

Guerra de palabras.

Representaciones, debates y alienamientos de la prensa y la opinión pública de Buenos Aires ante la Gran Guerra (1914-1919)

Autor:

Sánchez, Emiliano Gastón

Tutor:

Geli, Patricio

2014

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Antropología

Posgrado

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras

Tesis de Doctorado

**Guerra de palabras.
Representaciones, debates y alineamientos de la prensa
y la opinión pública de Buenos Aires ante la
Gran Guerra (1914 –1919)**

Doctorando: Mag. Emiliano Gastón Sánchez

Director: Dr. Patricio Geli

Octubre de 2014

“son así los periódicos, sólo saben hablar de lo que aconteció, casi siempre cuando ya es demasiado tarde para enmendar errores, peligros y faltas. Buen periódico sería aquel que en el día uno de enero de mil novecientos catorce hubiera anunciado que estallaría la guerra el veinticuatro de julio, dispondríamos entonces de casi siete meses para conjurar la amenaza, quién sabe si no podríamos llegar a tiempo, y mejor sería aún que apareciera publicada la lista de los que iban a morir, millones de hombres y mujeres leyendo en el diario de la mañana, con el café con leche, la noticia de su propia muerte, un destino marcado y por cumplir, día, hora y lugar, el nombre entero, qué harían cuando supieran que los iban a matar”.

José Saramago, *El año de la muerte de Ricardo Reis*

Abreviaturas utilizadas

AG: Anales Gráficos. Órgano del Instituto Argentino de Artes Gráficas

AIAAG: Anales del Instituto Argentino de Artes Gráficas

CRI: Crítica

CyC: Caras y Caretas

ED: El Diario

EG: Ecos Gráficos

EH: El Hogar

EN: El Nacional

EP: El Pueblo

ER: El Radical

ET: El Tiempo. Diario de la tarde

EXG: Éxito Gráfico

FM: Fray Mocho

GER: Germania

IN: Idea Nacional.

LA: La Argentina

LAF: La Acción Francesa

LGBA: La Gaceta de Buenos Aires

LM: La Mañana

LN: La Nación

LNo: La Nota

LP: La Prensa

LR: La Razón

LRF: La Razón Francesa

LT: La Tarde

LU: La Unión

MA: Mundo Argentino

PG: Páginas Gráficas

PU: Plus Ultra

TRI: Tribuna

Índice General

Agradecimiento	1
Introducción	3
Capítulo I. Pendientes de un hilo.	26
Guerra comunicacional, censura y manipulación informativa en la prensa porteña ante los inicios de la Primera Guerra Mundial	
1. Apuntes para una historia del campo periodístico porteño en tiempos de la Gran Guerra (1914 – 1919)	28
2. La geopolítica de la información y su incidencia en los diarios porteños	37
3. La guerra a través del cable. Censura telegráfica y manipulación informativa en los inicios de la guerra	46
4. Las reacciones de la prensa porteña ante la guerra comunicacional	55
5. Los usos del cable: humor y telegrafía en los albores de la Gran Guerra	66
Capítulo II: Frente a la hecatombe europea. Diagnósticos y posicionamientos de la prensa de Buenos Aires ante los inicios de la Gran Guerra	70
1. ¿Quién ha invocado a Marte? El debate sobre las responsabilidades en los inicios de la Gran Guerra	72
2. “Aliadofilia” y “germanofilia” en la prensa porteña. Dos categorías problemáticas	84
3. Las otras opciones del caleidoscopio: belicismo, pacifismo y neutralismo en la prensa periódica de Buenos Aires	95
4. Ante “el suicidio de Europa”. El estallido de la guerra como una crisis civilizatoria y resurgimiento del interrogante por la cuestión nacional	113
Capítulo III: La invasión de Bélgica y las “atrocidades alemanas” de 1914. Representaciones visuales y textuales en la prensa porteña	130
1. Entre la <i>Franktireurkrieg</i> y las “atrocidades alemanas”. La cuestión de Bélgica en la prensa porteña	134
2. La guerra de las imágenes. Entre la movilización visual y la evidencia	149
3. La prensa porteña ante el fusilamiento de Dinant. Del caso local a la mirada local	161
Capítulo IV: De la conflagración europea a la guerra mundial. Estancamiento, mundialización y nuevos escenarios de combate (1915-1916)	182
1. Cambios y continuidades en las representaciones de la dimensión técnica de la Gran Guerra	189
2. La “otra” guerra. La globalización del conflicto y los nuevos escenarios de combate	209

3. América, el continente del futuro. Disputas y revalorizaciones de los proyectos continentales a la luz de la contienda europea	217
Capítulo V: 1917: nuevos escenarios y encrucijadas	245
1. ¿Revolucionarios o agentes de káiser? Las primeras representaciones de la Revolución rusa en la prensa porteña	249
2. La crisis de 1917 a la luz de la prensa periódica porteña.	258
Capítulo VI: El epílogo: del armisticio a Versalles	288
1. Un desembarco silencioso: la agencias de noticias norteamericanas en el mercado sudamericano de comunicaciones	289
2. Anhelos y frustraciones: Argentina y América en el nuevo mundo de postguerra	294
Conclusiones finales	304
Bibliografía y fuentes consultadas	317
Anexos	341
Listado de ilustraciones	349

Agradecimientos

No por remanida, la afirmación deja de ser menos cierta: todo trabajo de investigación de largo aliento sólo puede llegar a su fin gracias a la generosa colaboración de varias personas e instituciones que a lo largo del camino han ayudado de distinta manera. Por ello, quisiera agradecer en primer lugar, a Patricio Geli, mi director de tesis. Le agradezco la lectura de todos y cada uno de los borradores de este trabajo con rigor, exigencia y, sobre todo, generosidad intelectual, ampliando mis horizontes e incitándome a ir más a fondo con las interpretaciones de los textos. Por su tolerancia ante las demoras y el apoyo incondicional en los momentos de angustia que produce la elaboración de una tesis.

Varios colegas y amigos aportaron datos, bibliografía, sugerencias y apoyo en diferentes momentos de este camino. Aún a riesgo de olvidarme de alguien quiero agradecer a José Emilio Burucúa, Nicolás Kwiatkowski, Martín Bergel, Maximiliano Fuentes Codera, Patrizia Dogliani y Pablo Fontana. A Daniel Lvovich, que aceptó generosamente ser el codirector de este proyecto desde sus inicios y fue siempre de gran ayuda cuando necesité de él. A comienzos de 2014, una versión previa de esta investigación fue presentada en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) como tesis en la Maestría en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural. Espero haber aprovechado los comentarios y las sugerencias que en dicha oportunidad me brindaran los miembros del jurado: Mariana di Stefano, Leticia Prislei y María Inés Tato. Por último, no quisiera olvidarme de José Sazbón, “maestro secreto de una generación” al decir de Ricardo Piglia y cuyas clases y consejos fueron muy importantes en mi etapa de estudiante para decidir dedicarme a estos temas. Que estas palabras oficien de respetuoso recuerdo de su figura.

El relevamiento hemerográfico que sostiene esta investigación me sumió en un largo peregrinar por diferentes archivos y bibliotecas de Argentina. Agradezco a Santiago Allende, Mariana Baravalle, Federico Boido y Eugenia Galiñanes que fueron de gran ayuda en los recónditos subsuelos de la Biblioteca Nacional. También a la Biblioteca del Honorable Congreso de la Nación, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, de la Legislatura de Buenos Aires y a la Biblioteca Mario Rosarivo de la Fundación Gutemberg.

El apoyo institucional del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET) mediante una beca interna de postgrado por un periodo de cinco años fue crucial para poder dedicarme exclusivamente a la tarea de la investigación.

Sería difícil concretar este tipo de empresa sin el apoyo y la tolerancia de los seres queridos. Agradezco a mi familia, que tomó con buen talante la decisión de abandonar una carrera más “prometedora” para iniciar el arduo camino por las aulas de Puán 480. A la familia Devés-Calderón que en los últimos años han pasado a ser parte de la mía y, en especial, al gran Aníbal, que no llegó a ver éstas páginas terminadas.

Por último, pero sin lugar a dudas, lo más importante, quisiera agradecer a Magalí las mil maneras en que colaboró con este proyecto. Ella fue la primera interlocutora de todas mis dudas e inquietudes, leyó todos los borradores señalando aciertos y problemas, toleró con paciencia mis variantes estados de ánimos y mi faceta más monotemática sobre un tema en el fondo atroz y, sobre todo, por acompañarme en esta aventura todos los días desde hace ocho años. Por todo ello, esta tesis también suya.

Introducción

“Una guerra es, además de sus actos y sufrimientos,
un torrente de palabras...”

Adan Kovacsics, *Guerra y lenguaje*

La Primera Guerra Mundial no sólo se libró en los diferentes campos de batalla y en las tristemente célebres trincheras del frente occidental, fue también una guerra simbólica basada en palabras, imágenes, fotografías, caricaturas, conferencias, mapas, proclamas militares, telegramas y relatos de los corresponsales. Es por ello que, desde el punto de vista de la prensa periódica y las redes globales de comunicación, la Gran Guerra debe ser considerada también como un gigantesco acontecimiento mediático e informativo. Entre agosto de 1914 y noviembre de 1918, tanto en los países beligerantes como en aquellos que permanecieron neutrales ante el conflicto, la prensa periódica fue el medio de comunicación más importante para la propagación de las primicias sobre la contienda pero también constituyó un vector clave en la difusión de la propaganda bélica y el ámbito privilegiado para la expresión de los intelectuales. Durante esos años, la prensa periódica participó activamente de esa guerra de interpretaciones y representaciones que dio vida a una gigantesca producción simbólica destinada a influir sobre la opinión pública además de satisfacer la avidez de novedades y la imaginación de los lectores.¹

¹ La historización del concepto de “opinión pública” remite indefectiblemente al célebre libro de Jürgen Habermas. Aunque muy valioso y fundacional, este estudio propone, siguiendo la tradición del Instituto de Investigación Social de Frankfurt, una crítica a la “industria cultural” en la que es evidente la idealización de la lógica imperante en los procesos comunicativos durante la era del capitalismo liberal. Desde esa perspectiva, establece una distinción esquemática y artificial, muy influyente en las periodizaciones sobre la historia de la prensa, que asigna al siglo XIX el predominio de la prensa de “opinión”, encarnación del raciocinio y la discusión política en el liberalismo y ven en el siglo XX la consolidación de la prensa comercial o de “información-negocio”, como una expresión de la emergente sociedad de consumo. Cf. *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 2009 [original alemán 1990], pp. 212-213. Los historiadores de la cultura francesa del siglo XVIII (v. g. Robert Darnton y Roger Chartier, entre otros) han señalado que dicha noción de opinión pública debe ser extendida más allá de los cafés y los salones que dominaban la discusión en el mundo de la burguesía liberal pues la expansión del público lector y la mayor circulación de la información impresa abrieron una discusión sobre el accionar político y cultural de los grupos subalternos, originalmente excluidos de la noción habermasiana de “esfera pública”. Para una crítica de la perspectiva de Habermas véase también John B. Thompson, *The Media and Modernity. A Social Theory of the Media*, California, Standford University Press, 1995, pp. 69-75 y Craig Calhoun (Ed.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, MIT Press, 1999.

El objetivo de esta tesis es analizar una problemática que hasta aquí no ha llamado particularmente la atención de los historiadores de la cultura y de la prensa en Argentina. Se trata del ingreso y la difusión en la prensa periódica porteña de gran tirada de un conjunto de representaciones, valores y sentidos sobre la Primera Guerra Mundial.² Dichas representaciones están constituidas por una densa trama de imágenes, percepciones y discursos, provenientes en gran medida del Viejo Mundo pero que serán activamente resignificados en el contexto rioplatense por las élites políticas e intelectuales.

¿De qué modo fue representada e interpretada la Gran Guerra en las páginas de la prensa periódica de una metrópolis como Buenos Aires, fuertemente ligada a Europa por vinculaciones económicas, demográficas y culturales pero que a su vez transitaba por un acelerado proceso de modernización socioeconómica al tiempo que, desde diferentes perspectivas y propuestas, trataba de delinear una identidad y una cultura nacional? Frente al nuevo escenario europeo marcado por la guerra, emergen un conjunto de problemas derivados de mirar a una serie de “otros” que han venido oficiando de referentes culturales y como modelos de sociedad —construidos incluso, frecuentemente, como faros prescriptivos— los cuales aparecen ahora enfrentados, desatando una verdadera ruptura civilizatoria. Observada desde la Argentina, la Primera Guerra Mundial desencadena una serie de inconvenientes para una cultura nacional que tradicionalmente se miraba de forma especular con Europa y que ahora debe redefinirse a partir de la imagen trágica que el Viejo Mundo le devuelve tras haber sido por años el modelo paradigmático a seguir para las élites argentinas. Es por ello que diferentes sectores de la opinión pública porteña y la prensa se vieron llamados a tomar partido por ciertas naciones en pugna, es decir, a adscribir a determinados modelos nacionales considerados afines o en los cuales debería nutrirse la cultura argentina. Y, al mismo tiempo, el estallido de la Gran Guerra posibilita también una serie de reflexiones sobre el legado del magisterio europeo en Argentina y reabre un interrogante sobre la identidad nacional.

La hipótesis principal de esta tesis es que la Primera Guerra Mundial constituye un acontecimiento catalizador del interrogante sobre la cuestión nacional en Argentina pues, al tiempo que dinamiza el juego de selección de afinidades con lo europeo, la

² Salvo menciones muy específicas, esta delimitación del objeto de estudio excluye deliberadamente a las publicaciones periódicas partidarias ligadas al socialismo y al anarquismo como *La Vanguardia* y *La Protesta* y a las revistas culturales, dado que constituyen un tipo de soporte distinto que requeriría un abordaje metodológico diferencial.

consternación producida por el estallido y la prolongación de la guerra en el Viejo Continente reabre el debate sobre cómo definir la cultura nacional. Las diferentes respuestas ensayadas por la prensa periódica de Buenos Aires a los interrogantes acerca de cuál es la auténtica identidad nacional y cuáles son los modelos a seguir en Europa luego del inicio del conflicto, permitieron la afirmación de un nacionalismo cosmopolita que, sin rechazar de plano la herencia de la cultura europea, se autoreconoce en la experiencia pacífica de la Argentina posterior a 1880. Dichas características lo ubican más próximo del llamado “nacionalismo del Centenario” que de los movimientos nacionalistas que florecerán en Argentina luego de la primera postguerra. Y, a su vez, este cuadro general, que ha sido más claramente verificado en el seno del campo intelectual porteño, encuentra una serie de importantes matices en su traslado al conjunto de la prensa periódica de Buenos Aires donde la presencia de un número mucho más amplio de voces y de intérpretes da lugar a diferentes posiciones alternativas que conforman un panorama mucho más complejo y heterogéneo que el que ha sido señalado hasta el momento.

Tanto en las investigaciones que la mencionan tangencialmente como en aquellas dedicadas a estudiar específicamente el impacto de la Gran Guerra en la opinión pública y la prensa porteña, el análisis sobre los alineamientos de los diarios y las revistas ante el conflicto suele consistir en el trazado de un estado del campo periodístico mediante una taxonomía estática y reduccionista que distingue entre la prensa “aliadófila” y “germanófila” o, según los términos utilizados por los contemporáneos durante el momento más álgido de las repercusiones del conflicto en Buenos Aires, “neutralista” y “rupturista”. Según estas clasificaciones, los dos periódicos más importantes y de mayor tirada de la ciudad, *La Nación* y *La Prensa*, fueron considerados aliadófilos aunque éste último mantuvo una política editorial independiente y neutralista e incluso contó con la colaboración de algunos intelectuales simpatizantes de Alemania como, por ejemplo, Estanislao Zeballos al igual que *La Razón*, que también mantuvo una política editorial similar. El resto de los principales diarios, *La Argentina*, *El Diario* y las revistas *Caras y Caretas*, *El Hogar*, *Fray Mocho* y *PBT* eran considerados aliadófilos siendo *Crítica* el defensor más radical en esta postura.³

³ Esa tabulación de los alineamientos de la prensa y la opinión pública puede encontrarse en los estudios clásicos de Percy Alvin Martin, *Latin America and the War*, Gloucester, Massachusetts, 1967 [original 1925], pp. 181-183; Raimundo Siepe, *Yrigoyen, la Primera Guerra Mundial y las relaciones económicas*, Buenos Aires, CEAL, 1992, pp. 63-65 y Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos-Fundación Simón

Si bien es cierto que un mapa de los posicionamientos puede resultar de gran utilidad para el lector, su trazado opaca algunos matices relevantes y, sobre todo, relega a un segundo plano el análisis de los discursos y las representaciones elaboradas por la prensa al calor del conflicto bélico. Las publicaciones periódicas son, por definición, emprendimientos colectivos y por ende, constituyen productos culturales complejos que responden a varias voluntades, con prácticas discursivas singulares y que utilizan distintos códigos expresivos, textuales y visuales, por lo cual discursos diferentes e incluso antagónicos pueden coexistir en las páginas de una misma publicación. De allí que el análisis sobre las representaciones de la Primera Guerra Mundial en la prensa periódica de un país neutral como Argentina que aquí se propone, rechaza explícitamente esa tendencia al etiquetamiento estático de las posiciones de los diarios y las revistas ante el conflicto, optando por una mirada de conjunto sobre las publicaciones y atendiendo a la polifonía de sus discursos visuales y textuales más allá de una tendencia más o menos evidente en la política editorial del diario o la revista en cuestión.

Esa perspectiva procura además contemplar las diferentes variaciones que se producen en los alineamientos de los diarios y las revistas porteñas a lo largo de las diversas coyunturas suscitadas por las repercusiones de la guerra en Buenos Aires. De esta manera se busca evitar cierta tendencia de la historiografía a abordar el estudio de las repercusiones locales de la guerra focalizándose, principalmente, en dos “instantáneas”: una fugaz mirada sobre los inicios del conflicto que se desplaza rápidamente al análisis de la llamada “crisis de 1917”. Observar exclusivamente la imagen que brinda ese particular momento de las repercusiones de la guerra en Buenos Aires en detrimento de una perspectiva integral y de largo plazo, es una opción metodológicamente arriesgada ya que puede llevar a considerar como novedosas algunas interpretaciones de la guerra —la visión de la guerra como un choque entre la

Rodríguez, 1994, p. 65 pero también ha sido reiterada en investigaciones más recientes como, por ejemplo, María Inés Tato, *Viento de Frontera. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, siglo XXI, 2004, pp. 84-85; “La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, en Silvia Mallo y Beatriz Moreyra (Coord.), *Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI*, Córdoba–La Plata, 2008, p. 728; Ídem, “La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial”, *Temas de historia argentina y americana*, Buenos Aires, UCA, N° 13, 2008, p. 234; Ídem, “Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos frente a la Primera Guerra Mundial”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas/Anuario de Historia de América Latina*, Graz, Institut für Geschichte Karl-Franzens – Universität Graz, N° 49, 2012, pp. 209-210; Hernán Otero, *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 66-68 y Olivier Compagnon, *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*, París, Fayard, 2013, pp. 65-66.

“civilización francesa” y la “barbarie alemana”— y ciertos debates como las reflexiones que rodearon al resurgimiento del interrogante por la cuestión nacional, que ya estaban presentes en la opinión pública desde los primeros meses de conflicto.⁴

Como hipótesis secundarias, aunque íntimamente vinculadas a la principal, en primer lugar se intenta demostrar que, no obstante la preocupación por los destinos de las principales naciones europeas enfrascadas en la guerra, la distancia respecto del teatro de operaciones, la condición de país neutral y la ausencia de restricciones a la opinión en la prensa porteña posibilitaron la emergencia de una mirada local sobre el conflicto. En esa perspectiva, la Gran Guerra fue sometida a diferentes operaciones intelectuales que implicaron su utilización como un insumo para la lucha política local pero también para la publicidad comercial y el humor gráfico y escrito. Y, en segundo lugar, que ciertos aspectos intrínsecos del campo periodístico porteño como la creación de nuevas publicaciones —algunas ligadas a las campañas propagandistas de las potencias europeas y otras completamente ajenas a ellas—, el aumento de las ediciones motivadas por la guerra, el incremento y la mejora de sus servicios telegráficos y la emergencia de la figura del moderno corresponsal de guerra, permiten pensar a la coyuntura comprendida entre 1914 y 1918 como un momento modernizador de la prensa periódica de Buenos Aires.

Para dilucidar esos problemas, esta tesis propone estudiar las repercusiones y representaciones de la Gran Guerra en la prensa y la opinión pública porteña en el periodo comprendido entre el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, el 28 de junio de 1914, que desató la crisis diplomática que antecede al estallido de la guerra, y la firma del Tratado de Versalles en junio de 1919. Esta delimitación temporal del objeto de estudio, en particular, la opción por un cierre de la investigación con la firma de los diferentes tratados de paz del año 1919 en lugar de la periodización más convencional ligada a la firma del Armisticio de Compiègne, el 11 de noviembre de 1918, se justifica por varias razones. En primer lugar, por una diferencia en las temporalidades respecto a lo que puede considerarse como la clausura de la guerra. En este sentido, la firma del armisticio y el fin de las hostilidades constituye claramente el desenlace de la guerra para un amplio sector de las sociedades combatientes pero no ocurre lo mismo con la cobertura mediática del conflicto en la prensa periódica de un país neutral como Argentina en donde la atención originada por la Gran Guerra se

⁴ Sobre dicha perspectiva véase la bibliografía indicada en la nota anterior, en especial, los trabajos de Tato y Compagnon.

prolonga hasta la firma del Tratado de Versalles. En segundo lugar, porque a comienzo de 1919 se produjo una reorganización de los mercados comunicacionales que, en el caso sudamericano, se tradujo en una mayor preponderancia de las agencias de noticias norteamericanas, la Associated Press y la United Press. Este hecho implicó un evidente retroceso de la agencia francesa Havas que desde finales del siglo XIX había detentado una posición de privilegio sobre el continente sudamericano y tuvo una gran importancia para la geopolítica de la información internacional que recibían los diarios y las revistas de Buenos Aires.

En el ámbito de la historiografía europea la Primera Guerra Mundial ha sido, sin lugar a dudas, una de las áreas privilegiadas por la investigación y los estudios históricos abocados al siglo XX. Durante el siglo que ha transcurrido desde su estallido hasta la actualidad, las diferentes generaciones de historiadores han estudiado a la Gran Guerra desde diversas perspectivas que se modificaron al calor de los acontecimientos políticos que jalonaron la pasada centuria y de las novedades metodológicas inherentes a la profesionalización de la disciplina. Luego de los sucesivos dominios de la historia política tradicional, la historia económica y, en menor medida, la historia social en la interpretación de la Gran Guerra, en las últimas dos décadas las investigaciones han desplazado el foco de su interés hacia el plano de lo simbólico y lo cultural.⁵

Esta nueva perspectiva ha dado lugar a una importante renovación en los estudios sobre la Gran Guerra, desarrollando nuevas líneas y temáticas de investigación entre las que cabe destacar: el rol de los intelectuales, músicos y artistas durante la Gran Guerra; la ocupación del espacio público y el despliegue a partir de la postguerra de los “lugares de la memoria” (monumentos, recordatorios, panteones, etc.); el papel de las artes del espectáculo y la propaganda durante la guerra; las prácticas significantes de los combatientes del frente y de los diferentes actores sociales en los “frentes internos”; la participación de las mujeres y los niños en el esfuerzo bélico y las patologías psicofísicas de los combatientes, entre otros novedosos tópicos. En ese marco general, los estudios sobre la opinión pública y la propaganda en tiempos de la Gran Guerra han adquirido una renovada atención. Una de sus vertientes más importantes, suele colocar el foco en la contribución con el esfuerzo bélico de las figuras prominentes del campo

⁵ Un análisis de las tres grandes configuraciones historiográficas que permiten aglutinar el campo de estudios sobre la Primera Guerra Mundial puede consultarse en Antoine Prost y Jay Winter, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, París, Éditions du Seuil, 2004, pp. 15-50.

de la literatura, el arte, el mundo científico y la academia.⁶ Sin embargo, los análisis abocados específicamente al estudio de la prensa periódica y la opinión pública durante la conflagración han mostrado una enorme importancia en las últimas décadas.⁷

De la mano de una perspectiva global en las investigaciones sobre la Primera Guerra Mundial, que ha cuestionado fuertemente la mirada “eurocéntrica” imperante en los estudios sobre el conflicto, esta renovación de la historiografía cultural ha comenzado a influir en los análisis dedicados a otras áreas geográficas afectadas por la guerra como lo territorios coloniales y los países neutrales.⁸ Sin embargo, estas nuevas perspectivas son casi desconocidas en los estudios sobre los efectos producidos por la Gran Guerra en Sudamérica y, en particular, en Argentina.⁹

El estudio sobre las repercusiones de la Gran Guerra en nuestro medio es aún un campo en construcción. En las últimas décadas las investigaciones dedicadas a estudiar el impacto de la Primera Guerra Mundial en Argentina se han abocado

⁶ La bibliografía sobre el papel de los intelectuales europeos durante la contienda es muy extensa. Entre las numerosas obras consultadas sugerimos ver los trabajos clásicos de Robert Wohl, *The Generation of 1914*, Cambridge, Harvard University Press, 1979; Roland Stromberg, *Redemption by War: The Intellectuals and 1914*, Kansas, The Regents Press of Kansas, 1982; Mario Isnenghi, *Il Mito della Grande Guerra*, Bolonia, Il Mulino, 1989; Christophe Prochasson, *Les Intellectuels, le socialisme et la guerre, 1900-1938*, París, Seuil, 1993; Christophe Prochasson y Anne Rasmussen, *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la Première guerre mondiale, 1910-1919*, París, La Découverte, 1996; Martha Hanna, *The mobilization of intellect. French scholars and writers during the Great War*, Cambridge, Harvard University Press, 1996; Samuel Hynes, *A war imagined. The First World War and English culture*, London, Pimlico, 1992; Frank Field, *British and French writers in the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

⁷ Véase, entre otros, Pierre Miquel, *La Paix de Versailles et l'opinion publique française*, París, Flammarion, 1972; Jean Jacques Becker, *1914: comment les Français son entrés dans la guerre, contribution à l'étude de l'opinion publique printemps-été 1914*, París, Presses de la FNSP, 1977; P. J. Flodd, *France 1914-18. Public Opinion and the War Effort*, Londres, Macmillan, 1990; Jeffrey Verhey, *The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilization in Germany*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000; Troy Paddock (Ed.), *A Call to Arms: Propaganda, Public Opinion and Newspapers in the Great War*, Westport Connecticut, Praeger Editors, 2004.

⁸ Cf. Glenford Howe, *War and Nationalism. A Social History of West Indians in the First World War*, Kingston, Ian Randle Publishers, 2002; Hew Strachan, *The First World War in Africa (1914-1918)*, Oxford, Oxford University Press, 2004; Gouqui Xu, *China and the Great War: China's pursuit of a new national identity and internationalization*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005 y Kees Van Dijk, *The Netherlands Indies and the Great War, 1914-1918*, Leiden, KITLV Press, 2007 y Maximiliano Fuentes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Akal, 2014. El dinamismo de dicha perspectiva global sobre el conflicto puede constatarse en el reciente libro de Helmut Bley y Anorthe Kremers (Eds.), *The World during the First World War*, Essen, Klartext Verlag 2014 que reúne artículos sobre el impacto de la Gran Guerra en Asia, África y Sudamérica.

⁹ Para el caso sudamericano pueden consultarse los clásicos estudios de Percy Alvin Martin, *Latin America and the War*, op. cit. y Joseph Tulchin, *The aftermath of war: World War I and U. S. Policy toward Latin America*, Nueva York, New York University Press, 1971. Un análisis influenciado por estas nuevas perspectivas puede verse en Olivier Compagnon, “Entrer en guerre? Neutralité et engagement de l'Amérique latine entre 1914 et 1918”, *Relations Internationales*, N° 137, París, PUF, 2009, pp. 31-43 y “1914-18: The Death Throes of Civilization. The Elites of Latin-America face the Great War”, en Jenny Macleod y Pierre Purseigle (Eds.), *Uncovered fields: perspectives in First World War studies*, Leiden, Brill Academic Publishers, 2004, pp. 279-295.

mayoritariamente a dos perspectivas historiográficas: por un lado, la historia económica y, por el otro, la historia diplomática, fuertemente ligada a la historia política y, en menor medida, social.

Dentro de la vertiente de la historia económica, la Primera Guerra Mundial es señalada en la bibliografía académica como una coyuntura crítica y como un periodo de profundas transformaciones —desarticulación del comercio mundial, drástica caída del producto bruto interno, inestabilidad de los patrones monetarios, adopción de medidas proteccionistas, etc.— a las que no pudo escapar la economía argentina. Dichas investigaciones han analizado los problemas que debió enfrentar una economía basada en un modelo agroexportador excesivamente dependiente del dinamismo de su comercio exterior, el conjunto de medidas implementadas por las administraciones de Victorino de la Plaza e Hipólito Yrigoyen para intentar palear dicha situación, el incipiente desarrollo de un proceso de industrialización por sustitución de importaciones y las fuertes presiones ejercidas por las potencias sobre la Argentina en el marco de la guerra económica y comercial.¹⁰

Desde la otra perspectiva de análisis, la historia política y diplomática, la mayoría de los estudios han analizado los avatares de la política exterior argentina durante la Gran Guerra y las dificultades suscitadas por el mantenimiento de la neutralidad frente a las presiones de los países combatientes. Sin embargo, estas investigaciones suelen abocarse con mucha mayor atención a la crítica coyuntura diplomática de 1917 —que se

¹⁰ Cf. Guido Di Tella y Manuel Zymelman, “El desarrollo industrial argentino durante la Primera Guerra Mundial”, *Revista de Ciencias Económicas*, Año XLVII, abril-mayo-junio de 1959, Serie IV, N° 6, pp. 221-224; Joseph Tulchin, “The Argentine economy during the First World War”, *The Review of the River Plate*, Vol. CXLVII, N° 3750, 19 de junio de 1970, pp. 901-903, Vol. CXLVII, N° 3751, 30 de junio de 1970, pp. 965-967 y Vol. CXLVIII, N° 3752, 1 de julio de 1970, pp. 44-46; Jane Van Der Karr, *La Primera Guerra Mundial y la política económica argentina. Un estudio de la legislación fiscal y presupuestaria durante los años del conflicto*, Buenos Aires, Troquel, 1974; Roger Grivil, “Argentina and the First World War”, *Revista de Historia*, San Pablo, N° 108, 1976, pp. 385-417; Ídem, “The Anglo-Argentine Connection and the War of 1914-1918”, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 9, N° 1, mayo 1977, pp. 59-89; Bill Albert (con la colaboración de Paul Henderson), *South America and the First World War. The impact of the war on Brazil, Argentina, Perú and Chile*, New York, Cambridge University Press, 1988 y Marcelo Rimoldi, “Argentina-Brasil: la problemática de la integración económica durante la Gran Guerra”, *Investigaciones y Ensayos*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia (ANH), N° 43, enero-diciembre de 1993, pp. 533-582. Aspectos parciales sobre los avatares de la economía argentina durante la Gran Guerra son estudiados por Peter Smith, “El comercio de la carne en tiempos de guerra”, en *Carne y política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986 [original inglés 1969], pp. 73-84; Adolfo Dorfman, “El despertar de la conciencia industrial”, en *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1970, pp. 323-363; Javier Villanueva, “El origen de la industrialización argentina”, *Desarrollo Económico*, Vol. 12, N° 47, octubre-diciembre 1972, pp. 451-476; Jorge Fodor y Arturo O’Connell, “La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX”, *Desarrollo Económico*, Vol. 13, N° 49, abril-junio 1973, pp. 3-65; Carl Solberg, “Crisis energética: política del petróleo durante la Primera Guerra Mundial, 1914-1918”, en *Petróleo y nacionalismo en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986 [original inglés 1979], pp. 47-86.

inscribe en el marco del nuevo escenario continental marcado por el ingreso de los Estados Unidos en la guerra y que a nivel local se vio incrementada por el hundimiento de varios buques de bandera argentina— y que constituye uno de los puntos más álgidos en las repercusiones de la contienda europea en Argentina.¹¹ A su vez, el incremento de las tensiones continentales que desató el ingreso en la guerra de los Estados Unidos y los intentos de hegemonía continental a través de su política panamericana han acaparado la atención de varias investigaciones en las que se destacan los estudios de Beatriz Solveira, quien además ha realizado un importante recopilación de documentos diplomáticos procedentes del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto (AMREC), fruto de su investigación doctoral sobre la política exterior de la Argentina entre 1914 y 1922.¹²

Por último, en el ámbito de las relaciones internacionales se destacan también algunos estudios de caso sobre las relaciones bilaterales con Francia, Rusia y México durante la Primera Guerra Mundial.¹³ Las relaciones bilaterales con Brasil durante el conflicto europeo, han motivado varios artículos de Marcelo Rimoldi que permiten pensar en el nuevo cariz que adquieren las relaciones entre las potencias sudamericanas neutrales, desde la búsqueda de una complementariedad económica frente al cierre de los mercados europeos hasta los planes de mejoras en las comunicaciones terrestres y fluviales, y los cambios que estas sufrieron luego del ingreso del Brasil en la guerra.¹⁴

¹¹ Percy Alvin Martin, *Latin America and the War*, op. cit., pp. 173-263; Andrés Cisneros y Carlos Escudé, (Dir.), *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Parte II, Tomo VII, “La Argentina frente a la América del Sur, 1881-1930”, Buenos Aires, Nuevohacer-GEL, 1999; *Ídem*, Tomo VIII, “Las relaciones con Europa y los Estados Unidos, 1881-1930”, Buenos Aires, Nuevohacer-GEL, 1999 y Juan Archibaldo Lanús, *Aquel apogeo. Política internacional argentina, 1910-1930*, Buenos Aires, Emecé, 2001, pp. 51-130.

¹² Harold Peterson, *La Argentina y los Estados Unidos*, Tomo II, 1914-1960, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985 [original inglés 1964], pp. 9-52; Joseph Tulchin, *La Argentina y los Estados Unidos. Historia de una desconfianza*, Buenos Aires, Planeta, 1990, pp. 95-120; Beatriz Solveira de Báez, “El ABC como entidad política: un intento de aproximación entre Argentina, Brasil y Chile a principios de siglo”, *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, Año II, Vol. II, N° 2, primer semestre de 1992, pp. 157-183; *Ídem*, “La Argentina y el pacto panamericano propuesto por Wilson”, *Investigaciones y Ensayos*, N° 42, ANH, enero-diciembre de 1992, pp. 475-515; *Ídem*, *La Argentina, el ABC y el conflicto entre México y Estados Unidos (1913-1916)*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1994 y *Argentina y la Primera Guerra Mundial según documentos del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, Tomo I, 1979 y Tomo II, 1994.

¹³ Beatriz Solveira, *Las relaciones con Rusia durante las presidencias de Yrigoyen y Alvear*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1995; Pablo Yankelevich, *La diplomacia imaginaria. Argentina y la Revolución Mexicana 1910-1916*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1994; Hebe Carmen Pelosi, “La Primera Guerra Mundial. Relaciones internacionales franco-argentinas”, *Temas de historia argentina y americana*, N° 4, Buenos Aires, UCA, 2003, pp. 155-184 y Guillermo Stamponi, *Una visión argentina de la Revolución Rusa: informes diplomáticos reservados y confidenciales*, Buenos Aires, APCPSN, 2009.

¹⁴ Marcelo Rimoldi, “Argentina-Brasil; dinámica de relación en la coyuntura 1914-1918”, *Temas de Historia Argentina I*, UNLP-FHCE, Serie Estudios/Investigaciones, 1994, pp. 39-71 y “El espacio de

Íntimamente ligadas a esta perspectiva, cabrían de ser destacadas las investigaciones realizadas por los historiadores de tendencia radical, las cuales suelen hacer hincapié en la “activa y altiva” defensa de la neutralidad por parte del gobierno de Hipólito Yrigoyen frente a la postura “pasiva e imprecisa” de su antecesor, Victorino de la Plaza, aunque acotadas fundamentalmente al estudio de la coyuntura de 1917 cuando el reciente gobierno de la Unión Cívica Radical debió afrontar las mayores presiones internas y externas desde el inicio de la guerra. A ellas deberían agregarse también los estudios dedicados a analizar las posiciones sostenidas por la Argentina durante su efímera participación en la Sociedad de las Naciones.¹⁵

Ahora bien, a pesar de que las repercusiones del conflicto bélico europeo excedieron largamente el ámbito de la economía y de la política exterior, los efectos producidos por la Gran Guerra en el seno de la sociedad y la política argentina era un área temática que prácticamente no había sido explorada hasta hace pocos años. En nuestro medio son escasas las investigaciones que se han propuesto analizar las repercusiones de la guerra desde la historia social estrictamente dicha, a excepción de los estudios de Fernando Remedi sobre las consecuencias alimentarias de la guerra en los sectores populares de la ciudad de Córdoba.¹⁶ Estos artículos tienen además el valor agregado de ser los únicos que han prestado atención a las repercusiones de la Gran Guerra en el interior del país, permitiendo matizar y complejizar la hegemonía porteña en los estudios sobre las repercusiones de la Primera Guerra Mundial en Argentina.

frontera argentino-brasileño y el transporte terrestre y fluvial como alternativa de encuentro (1914-1919)”, *Investigaciones y ensayos*, N° 55, Buenos Aires, ANH, enero-diciembre de 2005, pp. 305-339.

¹⁵ Ricardo Ryan, *La política internacional y la presidencia de Yrigoyen*, Buenos Aires, s/ed., 1921; Lucio Moreno Quintana, *La diplomacia de Yrigoyen*, La Plata, Editorial Inca, 1928; Luis Alén Lascano, *Pueyrredón, el mensajero de un destino*, Buenos Aires, Raigal, 1951; AA.VV., *Hipólito Yrigoyen: Pueblo y Gobierno*, Buenos Aires, Raigal, Vol. III, Tomo IX, “Neutralidad”, 1953 y Vol. IV, Tomo X, “Sociedad de Naciones”, 1953; Roberto Etchepareborda, “Hipólito Yrigoyen y el conflicto bélico”, *Mayo. Revista del Museo de la Casa de Gobierno*, Tomo II, N° 2, 1960, pp. 64-86; Gabriel Del Mazo, *Política internacional americana del presidente Yrigoyen*, Montevideo, s/ed. 1960; Luis Alén Lascano, *Yrigoyen y la Gran Guerra*, Buenos Aires, Korrigan, 1974; Gabriel Del Mazo, *Las presidencias radicales. La primera presidencia de Yrigoyen*, Buenos Aires, CEAL, 1983, pp. 148-209; Roberto Etchepareborda, *Yrigoyen/I*, Buenos Aires, CEAL, 1983, pp. 127-159; Raimundo Siepe, *Yrigoyen, la Primera Guerra Mundial y las relaciones económicas*, Buenos Aires, CEAL, 1992; Monserrat Llairó y Raimundo Siepe, *La democracia radical. Yrigoyen y la neutralidad 1916-1918*, Buenos Aires, CEAL, 1992; Ídem, *Argentina en Europa. Yrigoyen y la Sociedad de las Naciones (1918-1920)*, Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1997; Carlos Goñi Demarchi, José Scala y Germán Berraondo, *Yrigoyen y la Gran Guerra. Aspectos desconocidos de una gesta ignorada*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998 y Ángel Benvenuto, *Intransigencia argentina en Ginebra (1920)*, Buenos Aires, Corregidor, 2004.

¹⁶ Fernando Remedi, “La guerra en la cocina. Las consecuencias alimentarias de la Primera Guerra Mundial en Córdoba”, *Revista de la Junta de Historia Provincial de Córdoba*, N° 17, 1999, pp. 96-131 y “La sociedad en la guerra. Alimentación y Primera Guerra Mundial en Córdoba (Argentina)”, *Prohistoria*, Año VII, N° 7, Rosario, 2003, pp. 153-176.

Por su parte, desde una mirada que se ha beneficiado con la renovación de la historia política, extendiendo las fronteras de lo político para dar cabida en sus estudios a los actores y sus prácticas, representaciones y discursos, María Inés Tato ha analizado varios aspectos ligados a la recepción política y social de la contienda europea en Argentina. Sus investigaciones han echado luz sobre los alineamientos de las diferentes fuerzas políticas y sociales respecto de la política exterior argentina, las manifestaciones callejeras en favor de la neutralidad o la ruptura de relaciones con los Imperios Centrales, las liturgias cívicas y las ideas de nación que en ellas se pusieron en juego, los debates en el seno de las élites políticas e intelectuales que acompañaron la polarización de la opinión pública porteña entre “neutralistas” y “rupturistas” junto al profuso movimiento asociativo y el activismo social de las colectividades que floreció en la ciudad de Buenos Aires para brindar su apoyo a determinadas naciones en guerra.¹⁷

Por otra parte, el decurso de la Primera Guerra Mundial trajo graves consecuencias para el movimiento obrero argentino y obligó a sus organizaciones a tomar posición frente al comportamiento del movimiento obrero europeo, en especial, en el caso de los socialistas. Posteriormente, el estallido de la Revolución Rusa desató graves tensiones al interior de las organizaciones socialistas y anarquistas, muchas de las cuales propiciaron rupturas y distanciamientos que serán luego algunos de los grupos fundadores del Partido Comunista en Argentina. El análisis de esos posicionamientos y de las tensiones que la Primera Guerra Mundial imprime sobre esas fuerzas políticas ha merecido la atención de un puñado de estudios, entre los que se destacan los artículos de Roberto Pittaluga sobre la recepción de la Revolución Rusa en el anarquismo argentino y algunos análisis sobre los efectos de la Gran Guerra y, en particular, sobre las consecuencias de la Revolución Rusa en las filas del socialismo argentino a través de las propuestas y los posicionamientos de ciertas figuras emblemáticas como Enrique Del Valle Iberlucea.¹⁸

¹⁷ María Inés Tato, “La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, *op. cit.*, pp. 725-741; “Nacionalismo e internacionalismo en la Argentina durante la Gran Guerra”, *Proyecto Historia*, San Pablo, N° 36, junio de 2008, pp. 49-62; Ídem, “La disputa por la argentinidad”, *op. cit.* pp. 227-250 y “La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno a la Primera Guerra Mundial”, en María Inés Tato y Martín Castro (Comps.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2010, pp. 33-63. Para un análisis de la crisis de 1917 desde la sociología histórica puede consultarse el artículo de Alfredo Pucciarelli y María Cristina Tortti, “La construcción de la hegemonía compartida: el enfrentamiento entre neutralistas, rupturistas e yrigoyenistas”, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José Villaruel, *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos, 1995, pp. 71-123.

¹⁸ Emilio Corbiere, *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Beatriz Solveira, “El socialismo y la neutralidad argentina durante la Primera Guerra Mundial”, en Nilsa Alzola y Dinko Cvitanovic, (Comps.), *La Argentina y el mundo en el siglo XX*, UNS,

Por último, dada la enorme importancia del número de extranjeros que residían en Argentina hacia 1914, otro aspecto del impacto político y social de la contienda europea que ha comenzado a ser estudiado recientemente es el de las reacciones de las colectividades de inmigrantes, la labor del asociacionismo y el importante flujo de reservistas extranjeros y de voluntarios argentinos que cruzaron el Atlántico para combatir en los campos de batalla de Europa, entre los cabría destacar un estudio pionero de Federico Lorenz sobre los voluntarios argentinos y las recientes investigaciones de Hernán Otero y María Inés Tato sobre las reacciones ante la Gran Guerra de las colectividades francesa, italiana y británica radicadas en Argentina.¹⁹ De todos modos, cabría destacar que existen algunas investigaciones en las que estas demarcaciones historiográficas distan de ser tan nítidas pues proponen una mirada global sobre los efectos económicos, políticos y sociales de la Primera Guerra Mundial en Argentina como puede apreciarse en los clásicos estudios de Raimundo Siepe y Ricardo Weinmann y en el reciente libro de Olivier Compagnon.²⁰

Bahía Blanca, 1998, pp. 392-402; Roberto Pittaluga, "Lecturas anarquistas de la Revolución Rusa", *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, UNQUI, Bernal, 2002, pp. 179-188; Ídem, "De profetas a demonios: recepciones anarquistas de la Revolución Rusa (Argentina, 1917-1924)", *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, N° 11/12, UNLP, La Plata, 2002, pp. 69-98; Daniel Campione, "¿Partido revolucionario o partido de gobierno? La fundación del Partido Socialista Internacional", en Hernán Camarero y Carlos Herrera (Edits.), *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 145-157; Marina Becerra, "Guerra y Revolución", en *Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino: Enrique Del Valle Iberlucea*, Rosario, Prohistoria, 2009, pp. 109-161 y Augusto Piemonte, "Cuestión nacional y desarrollo económico en tiempos de la Gran Guerra. El Partido Socialista de Argentina en su relación con el librecambio", *Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del CeDInCI*, N° 10/11/12, verano de 2011/12, pp. 214-223 y Patricio Geli, "Representations of the Great War in the South American left. The Socialist Party of Argentina", en Helmut Bley y Anorthe Kremers (Eds.), *The World during the First World War*, Essen, Klartext Verlag 2014, pp. 201-213.

¹⁹ Ronald Newton, *German Buenos Aires, 1900-1933: Social Change and Cultural Crisis*, Austin & Londres, University of Texas Press, 1977, pp. 32-67; Federico Lorenz, "Voluntarios argentinos en la Gran Guerra", *Todo es Historia*, N° 373, agosto de 1998, pp. 72-91; Hebe Carmen Pelosi, "Francia y América Latina durante la primera guerra mundial", en *Argentinos en Francia, franceses en Argentina. Un biografía colectiva*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999, pp. 133-141; Emilio Franzina, "La guerra lontana: il primo conflitto mondiale e gli italiani d'Argentina", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, CEMLA, Año 15, N° 44, abril de 2000, pp. 57-84; Hernán Otero, *La guerra en la sangre*, op. cit.; Ídem, "Yrigoyen y la Argentina durante la Gran Guerra según los agregados militares franceses", *Estudios Sociales*, Año XIX, N° 36, Santa Fe, UNL, 2009, pp. 69-90; Ídem, "Emigración, movilización militar y cultura de guerra. Los franceses de la Argentina durante la Gran Guerra", *Amnis. Revue de civilisation contemporaine Europes/Amériques*, N° 10, 2011, puesto en línea el 1 de abril de 2011, <http://amnis.revues.org/1137>; María Inés Tato, "El llamado de la patria. Británicos e italianos residentes en la Argentina frente a la Primera Guerra Mundial", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, CEMLA, Vol. 25, N° 71, 2011, pp. 273-292 e "Italianità d'oltremare. La comunità italiana di Buenos Aires e la guerra", en Matteo Ermacora, Felicita Ratti y Andrea Scartabellati, *Frenti Interni. Esperienze di guerre lontano della guerra, 1914-1918*, Napoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 2014, pp. 213-226.

²⁰ Raimundo Siepe, *Yrigoyen, la Primera Guerra Mundial y las relaciones económicas*, op. cit.; Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial*, op. cit. y Olivier Compagnon, *L'adieu à l'Europe*, op. cit..

Ahora bien, la influencia de la guerra en el ámbito de la cultura es un área que ha recibido un interés notablemente menor en comparación con otras perspectivas historiográficas como la historia económica, política y social. Este hecho se traduce en las escasas investigaciones dedicadas a estudiar el papel de los intelectuales y sus intervenciones en el espacio público durante la Gran Guerra, un aspecto que merecería un estudio mucho más detallado y extenso.²¹

Sin embargo, la carencia más evidente es la que pesa sobre la prensa periódica de gran tirada y la opinión pública local. En los diferentes estudios señalados anteriormente el análisis de las publicaciones periódicas más relevantes del periodo y los posicionamientos de la opinión pública han recibido un tratamiento efímero y parcial. A pesar de que existen algunas aproximaciones sobre el papel de la prensa periódica durante la conflagración europea, no se dispone de una investigación que analice de forma conjunta y sistemática a la prensa periódica considerada como un artefacto cultural específico. Las investigaciones precedentes, si bien muestran la potencialidad de un estudio integral y pormenorizado, padecen algunas limitaciones de alcance y de profundidad. En primer lugar, porque son estudios acotados a una sola publicación o en su defecto a los principales diarios porteños como *La Nación* y *La Prensa*, desestimando el análisis de un vasto conjunto de publicaciones consideradas “menores” o escasamente representativas.²² Y, en segundo lugar, porque están acotadas a

²¹ Cfr. Tulio Halperín Donghi, “Estudio Preliminar”, en *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 1999, pp. 55-85; Susana García y Irina Podgorny, “El sabio tiene una patria. La Gran Guerra y la comunidad científica argentina”, *Ciencia Hoy*, Vol. 10, N° 55, febrero-marzo de 2000, pp. 24-34; Omar Acha, “La revolución rusa de José Ingenieros: elitismo y progresismo”, *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, Año VII, N° 20, invierno de 2002, pp. 163-182; Verónica Delgado, “Reconfiguraciones de debates y posiciones del campo literario en el semanario *La Nota* 1915-1920”, *Anclajes. Revista del Instituto de análisis semiótico del discurso*, Vol. VIII, N° 8, diciembre de 2004, pp. 81-99; Clara Jalif de Bertranou, “Diez años de la cultura argentina del Centenario a través de la revista *Nosotros*. Opiniones sobre la I Guerra”, en *Argentina en el espejo. Sujeto, nación y existencia en el medio siglo (1900-1950)*, Mendoza, EDIUNC, 2006, pp. 223-242; Verónica Delgado, “Sobre los vínculos entre España y Argentina en *La Nota*”, *Olivar. Revista de literatura y cultura española*, Año, 11, N° 14, 2010, pp. 103-114; María Inés Tato, “Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos ante la Primera Guerra Mundial”, *op. cit.*, pp. 205-223 y Silvina Cormick, “El continente americano durante la Gran Guerra. Las miradas de Manuel Ugarte, Ernesto Quesada, Alfredo Palacios y Leopoldo Lugones”, *Cuadernos de Política Exterior Argentina*, Rosario, CERIR, N° 111, enero-marzo de 2013, pp. 1-23.

²² Teresa Álvarez y Nilsa Alzola de Cvitanovic, “La historia europea como proceso político integrado a través de *Caras y Caretas*: la Primera Guerra Mundial (1914-1918)”, *Revista Interamericana de Bibliografía (RIB)*, Washington, OEA, N° 1-4, 1997, pp. 3-22; José Fernández Vega, “Crisis política y crisis de representación estética. La Primera Guerra Mundial a través de *La Nación* de Buenos Aires”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal, UNQUI, Año 3, N° 3, 1999, pp. 143-163; Hebe Carmen Pelosi, “Publicaciones de la francofilia argentina”, *Temas de historia argentina y americana*, N° 1, UCA, julio-diciembre de 2002, pp. 64-96, en especial pp. 65-75; Olivier Compagnon, “Si loin, si proche...’ La Première Guerre mondiale dans la presse argentine et brésilienne”, en Jean Lamarre y Magali Deleuze, (Dir.), *L’envers de la médaille. Guerres, témoignages et représentations*, Québec, Les Presses de

determinadas figura y coyunturas de la guerra como la Revolución Rusa o la firma del armisticio.²³

A su vez, el desarrollo de una investigación de estas características requiere incorporar información sobre la organización de los diarios y las revistas ilustradas del periodo, atendiendo a los elementos de su vida material, sus rasgos como objetos culturales y su significación política en el seno de la opinión pública local. De modo que, a la dificultad que supone la falta de investigaciones previas sobre las diferentes implicancias que la Primera Guerra Mundial tuvo sobre el sistema de la prensa periódica de Buenos Aires habría que agregar un segundo problema, más general, que se refiere a la ausencia de un campo de investigaciones consolidado sobre la historia de la prensa periódica en la Argentina moderna.

Hasta el momento, los análisis históricos y sociológicos más profundos sobre el mundo de la prensa han provenido de los estudios literarios. Las investigaciones proveniente de esta disciplina se han adentrado en el mundo de la prensa con el objeto de iluminar una serie de problemas íntimamente vinculados a sus preocupaciones como ser la profesionalización del escritor, el surgimiento de la novela, el éxito de determinados géneros literarios y la diversificación del público lector.²⁴ Desde la

l'Université Laval, 2007, pp. 77-91; Magali Chiochetti, "La Vanguardia y la Primera Guerra Mundial. Una construcción y confrontación de identidades políticas", *Cuadernos de H Ideas*, La Plata, UNLP, Año 1, N° 1, 2007, pp. 59-90; Katrin Hoffmann, "¿Construyendo una "comunidad"? Theodor Alemann y Hermann Tjarks como voceros de la prensa germanoparlantes en Buenos Aires, 1914-1918", *Iberoamericana. América latina, España, Portugal*, Berlín, Vol. IX, N° 33, 2009, pp. 121-137.

²³ Yves Saint Geours, "La France et l'Opinion argentine (11 novembre 1918 – 14 juillet 1919)", *Cahiers des Amériques Latines*, N° 16, 1977, pp. 127-151; Federico Lorenz, "La Gran Guerra vista por un argentino", *Todo es Historia*, N° 352, noviembre de 1996, pp. 48-65; Fedra López Perea y María Marta Rotondaro, *De maximalistas, germanófilos y extranjeros. El impacto de la Revolución Rusa en la oligarquía argentina visto a través de la prensa, 1917-1919*, Buenos Aires, Centro Argentino de Estudios Internacionales, 2009; Gordon Winder, "Imagining World Citizenship in the Networked Newspaper: *La Nación* Reports the Assassination at Sarajevo, 1914", *Historical Social Research*, Vol. 35, N° 1, 2010, pp. 140-166.

²⁴ Cf. Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006 [1988]; Jorge B. Rivera, *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel, 1998 [1985]; Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, [1985]; Carlos Mangone, "La república radical: entre *Crítica* y *El Mundo*", en Graciela Montaldo y colaboradores, *Yrigoyen, entre Borges y Arlt (1916-1930)*, Buenos Aires, Paradiso, 2006 [1989], pp. 63-92; Sylvia Saítta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década del '20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998; Alejandro Eujanian, *Historia de las revistas argentinas (1900-1950)*, Buenos Aires, AAER, 1999; Alejandra Laera, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutierrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, FCE, 2004; Eduardo Romano, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos, 2004; Claudia Román, "De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)", en Julio Schwartzman (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Tomo II, Buenos Aires, Emecé, 2003, pp. 439-468; Alejandra Laera, "Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)", en Carlos Altamirano (Dir.) y Jorge Myers (Ed.), *Historia de los intelectuales en América latina. Tomo I. La ciudad letrada. De la Conquista*

disciplina histórica, el mundo de la prensa y, en particular, la prensa decimonónica, fue la vía de acceso privilegiada para el análisis de la llamada política “facciosa”, destacando su papel en el debate de ideas, en la conformación de los lenguajes políticos y en los procesos de la modernización de la esfera pública aunque en los últimos años también se han desarrollado importantes investigaciones sobre la prensa satírica y la circulación de las novedades europeas ligadas a la moda.²⁵

Teniendo en cuenta el derrotero precedente a través de la producción historiográfica sobre el tema, es posible afirmar que, aunque las páginas de las publicaciones periódicas han sido una fuente de información para otras investigaciones, el papel de la prensa periódica de gran tirada y de los semanarios populares durante la Primera Guerra Mundial ha merecido una atención insuficiente si se tiene en cuenta que, debido a su condición estratégica como el medio masivo que ejercía un virtual monopolio en la comunicación social, la prensa cumplió un rol central en la cobertura de la guerra y en la construcción de determinados imaginarios sobre el conflicto europeo. Los escasos artículos y libros reseñados aportan un análisis de ciertos aspectos parciales sobre el tema omiten o mencionan tangencialmente cuestiones importantes para la comprensión del impacto de la Gran Guerra en la prensa porteña como, por

al Modernismo, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 495-522; Geraldine Rogers, *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*, La Plata, Edulp, 2008 y Claudia Román, “La modernización de la prensa periódica. Entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en Alejandra Laera (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Tomo III, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-37.

²⁵ Véase, entre otros, Tim Duncan, “La prensa política: ‘Sud-América’, 1884-1892”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (Comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana-UTDT, 1980, pp. 761-783; Tulio Halperin Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana-UTDT, 1985; Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1993; Paula Alonso, “‘En la primavera de la historia’. El discurso del roquismo a través de su prensa en los años 80”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*, “Dr. Emilio Ravignani”, N° 15, 1997, pp. 35-70; Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*, Bernal, UNQUI, 2004 [1998]; Eduardo Zimmermann, “La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo. El caso de *La Nación* y el Partido Republicano”, *Estudios Sociales*, Año VIII, N° 15, Santa Fe, UNL, 1998, pp. 45-70; Paula Alonso, “*La Tribuna Nacional y Sud-América: tensiones ideológicas en la construcción de la ‘Argentina moderna’ en la década de 1880*”, en *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, FCE, 2004, pp. 203-24; María Inés Tato, *Viento de Frontera*, op. cit.; Inés Rojkind, “Prensa, manifestaciones y oposición política. La protesta contra la unificación de deuda en julio de 1901”, *Estudios sociales*, N° 31, Santa Fe, UNL, 2006, pp. 137-162; Ídem, “El gobierno de la calle”. Diarios, movilizaciones y política en el Buenos Aires del novecientos”, *Secuencia*, N° 84, México, septiembre-diciembre de 2012, pp. 97-123; Fabio Wasserman, “La libertad de imprenta y sus límites: prensa y poder político en el Estado de Buenos Aires durante la década de 1850”, *Almanack Braziliense*, N° 10, 2009, pp. 130-146; Claudia Román, “De la sátira impresa a la prensa satírica. Hojas sueltas y periódicas en la configuración de un imaginario político para el Río de la Plata (1779-1834)”, *Estudios. Revistas de investigaciones literarias y culturales*, Vol. 18, N° 36, julio-diciembre de 2010, pp. 324-349; Miranda Lida, *La rotativa de Dios: prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo 1900-1960*, Buenos Aires, Biblos, 2012 y Víctor Goldgel, *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Buenos Aires Siglo XXI, 2013.

ejemplo, la manipulación informativa o el debate sobre las responsabilidades, pero una investigación que desarrolle una mirada de conjunto sobre la prensa porteña de gran tirada, basada en la lectura diaria, total y sistemática de un vasto conjunto de publicaciones periódicas de la ciudad de Buenos Aires y su papel en la formación de sensibilidades y opiniones al calor de los reacomodamientos que la Gran Guerra produce en la opinión pública local, no ha sido aún desarrollada.

A diferencia de las investigaciones señaladas anteriormente, esta tesis pretende ser una contribución al campo de los estudios sobre las repercusiones de la Gran Guerra en Argentina desde una perspectiva ligada a la historia cultural y a los estudios sobre la cultura impresa.²⁶ Este enfoque metodológico, que enfatiza la capacidad de los objetos impresos para influir en la construcción de relaciones e identidades implica, en primer lugar, una aproximación a la prensa periódica como un vehículo de representaciones sociales que destaca su masividad por sobre otros criterios y que abreva en un corpus de productos culturales y comerciales dirigidos a una amplísima franja de lectores. El extenso conjunto de publicaciones utilizadas para reconstruir ese mundo de ideas y creencias sobre la Gran Guerra busca recomponer la polifonía, los matices y las mediaciones de esas diferentes construcciones discursivas y escapar así a una mirada centrada exclusivamente en los “grandes” diarios. Para ello, se analizarán de manera sincrónica grandes ejes de investigación —como por ejemplo, la caracterización de los contendientes o el impacto de las conductas de los beligerantes en Argentina— a la luz de diferentes escenarios analíticos o variables como el estallido de la guerra, la invasión alemana de Bélgica y el desarrollo de las revoluciones en Rusia.

²⁶ Hace ya varias décadas las investigaciones de Elisabeth Eisenstein, Roger Chartier y Robert Darnton, entre otros, fueron centrales para otorgar visibilidad al mundo de lo impreso y, en particular, a los libros como objeto de estudio. Acerca de sus renovadoras propuestas historiográficas cf. Elisabeth Einsestein, *La imprenta como agente de cambio. Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana*, México, FCE, 2010 [original inglés 1979]; Roger Chartier, y Daniel Roche, “El libro. Un cambio de perspectiva”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (Pres.), *Hacer la historia III. Objetos nuevos*, Barcelona, Laia, 1985 [original francés 1974]; Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1994 [original francés 1987]; Ídem, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996; Robert Darnton, “¿Qué es la historia del libro?” y “Retorno a ‘¿Qué es la historia del libro?’”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal, UNQUI, N° 12, 2008, pp. 157-168 [original inglés 1982 y 2007, respectivamente]. Sin embargo, en los últimos años, la importancia otorgada a las prácticas y a la materialidad del mundo impreso ha desbordado el ámbito del libro para influir fuertemente en algunos de los más innovadores abordajes sobre la prensa periódica moderna. En este sentido véase: Christophe Charle, *Le siècle de la presse, 1830-1939*, París, Éditions de Seuil, 2004 ; Ann Ardis y Patrick Collier, *Transatlántic Prints Culture, 1880-1940. Emerging Medias, Emergings Modernism*, Londres, Palgrave-Macmillan, 2008 y Dominique Kalifa, Phillipe Réginer, Marie-Eve Thérenty y Alain Vaillant, *La Civilisation du Journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIXe siècle*, París, Nouveau Monde éditions, 2012.

En segundo lugar, la historia cultural de la prensa supone un estudio de la circulación de los discursos más allá de sus lugares de origen. De esta manera, se busca atender a la producción y circulación de esas imágenes y representaciones sobre la Gran Guerra difundidas en centenares de miles de ejemplares por día. En este sentido, la historiografía cultural ha demostrado la importancia explicativa de la circulación de saberes y de símbolos que permitió dar entidad a un conjunto de textos y discursos hasta entonces considerados “menores”. Por ello, aquí no sólo se tendrán en cuenta las intervenciones de las “grandes plumas” del campo intelectual porteño sino también ese sinfín de escritos y textos breves elaborados a lo largo del conflicto por autores y periodistas anónimos cuyas historias muchas veces escapan al ojo del historiador. Por último, pero no menos importante, dicho enfoque establece una atención sobre todo lo concerniente con la prensa en cuanto objeto cultural, es decir, a su realidad material y textual pero también las diferentes modalidades para ser vista y leída por sus consumidores.

Por todo ello, la historia cultural de la prensa periódica es, forzosamente, interdisciplinaria pues, si bien otorga un lugar destacado a las dimensiones simbólicas y representacionales, requiere también pensar a la prensa de masas en el cruce de otras disciplinas como la historia social y política. Esta perspectiva metodológica permite conocer cuestiones de vital importancia como los problemas económicos y de abastecimientos que padecieron los diarios porteños durante la guerra; sus índices de tiradas; el papel desempeñado por las agencias de noticias europeas y las compañías de cables submarinos; el alcance geográfico del diario y sus agentes y suscriptores; el tipo y contenido de sus secciones; los diferentes tipos de auspiciantes y estilos de publicidades; el papel del público lector y su prácticas de lectura y los diferentes vínculos con el mundo de la política y el debate público.

La tesis está organizada siguiendo un doble criterio cronológico y analítico a lo largo de seis capítulos que estructuran la argumentación y que buscan atender a diversos problemas pero también a diferentes “momentos” de la repercusión de la Gran Guerra en la prensa y la opinión pública de Buenos Aires. En este sentido, el análisis de la contienda desde la prensa periódica de un país periférico y neutral supone también repensar y adaptar a cada caso nacional las cronologías más consensuadas sobre la Primera Guerra Mundial. En el Río de la Plata, acontecimientos claves de la guerra como, por ejemplo, las batallas del Marne, Verdún o del Somme, fueron confinadas a la

rutinaria reiteración de noticias en las secciones de cables y telegramas sobre la guerra mientras que otros episodios, insignificantes si se los inserta en el gran cuadro de la contienda, como el fusilamiento del vicecónsul argentino en la ciudad belga de Dinant o el apresamiento del buque Presidente Mitre, tuvieron una enorme importancia para la opinión pública porteña.²⁷

De este modo, la estructuración de la tesis responde, en primer lugar, a los diferentes “ritmos” que jalonaron la cobertura de la guerra en la prensa de Buenos Aires. Un primer momento marcado por una notable atención durante el primer semestre del conflicto, cuando los periódicos porteños publicaban diariamente una enorme cantidad de información relacionada con la guerra que constituía la gran novedad del momento y en el cual es posible constatar la existencia de una serie de núcleos temáticos importantes como la querrela sobre las responsabilidades por el estallido de la guerra, los primeros alineamientos de la opinión pública porteña y la invasión alemana de Bélgica. Luego, un relativo amesetamiento en la cobertura del conflicto durante los años de 1915 y 1916 que coincidió, paradójicamente, con una mundialización de los enfrentamientos en casi todos los confines del globo. Y, por último, una progresiva recuperación de la centralidad informativa de la guerra en las páginas de los diarios locales durante el año de 1917, marcada por el estallido de la revolución en Rusia y la crisis política ocasionada por la guerra en el ámbito local, la cual se mantiene con ciertos altibajos hasta la firma del armisticio en noviembre de 1918 y los diferentes tratados de paz firmados a lo largo de 1919.

El primer capítulo puede ser considerado como el punto de partida necesario para cualquier análisis sobre las representaciones de la Gran Guerra en la prensa porteña y sus modos de otorgar sentidos a diferentes aspectos de ese acontecimiento pues en él se reconstruyen las condiciones de producción del discurso periodístico sobre la guerra, atendiendo a la evolución de la tiradas de los diarios porteños, los problemas de abastecimiento de los principales insumos para su elaboración (en particular, el papel y las tintas de origen europeo y norteamericanos) y el surgimiento de nuevos emprendimientos periodísticos, algunos de ellos directamente relacionados con la campañas de propaganda como el diario germanófilo *La Unión* o el periódico aliadófilo

²⁷ Dicho de otro modo, la cuestión no radica en sugerir, como lo hace Olivier Compagnon, que el impacto de la Gran Guerra en el continente habilitaría una discusión sobre la periodización del siglo XX sudamericano frente a otras opciones más consensuadas como el crack de 1929 o la Revolución Cubana sino más bien en la necesidad de ajustar las cronologías del periodo 1914-1918 a cada caso nacional y, más aún, al soporte específico de cada investigación. Cf. Compagnon, *L'adieu à l'Europe*, op. cit. p. 11.

Idea Nacional, y otros totalmente ajenos a ellas como por ejemplo, la revista *Plus Ultra* o el diario *La Época*, más preocupado en fomentar las candidaturas de los hombre de la Unión Cívica Radical que en el decurso de la guerra europea. En este capítulo tiene un lugar destacado el análisis del papel de las agencias de noticias europeas y las compañías de cables submarinos como medios privilegiados para la difusión de la información en la prensa local. Ligado a ello, también se analizan los diferentes problemas ocasionados por la censura sobre los servicios telegráficos en el marco de la faceta comunicacional de la guerra.

El capítulo dos analiza un doble movimiento discursivo presente en las publicaciones periódicas de Buenos Aires durante los primeros meses de la guerra. Ante todo, las diferentes tomas de partido en favor de los bandos en disputa, compromisos que se manifestaron a través de una serie de representaciones de Europa y mediante la elaboración de imágenes estereotipadas sobre los países combatientes. Dichos compromisos con la potencias en pugna muestran la empatía con determinados modelos nacionales considerados afines o en los cuales debería nutrirse la cultura argentina. Sin embargo, esos primeros alineamientos de la prensa local abarcan también una serie de posiciones hasta ahora no contempladas como el neutralismo, las diferentes variaciones del pacifismo y el belicismo. Junto a esos diferentes alineamientos emerge en una mirada rupturista sobre la guerra considerada como una crisis civilizatoria, que desata una serie de reflexiones sobre el lugar de la Argentina en la guerra.

El tercer capítulo aborda la cuestión de la invasión alemana de Bélgica. En dicho marco las tropas de ejército alemán desataron una campaña de terror contra la población civil de Bélgica y los departamentos de la frontera francesa que tuvieron en Argentina una resonancia particular pues durante la toma de la ciudad belga de Dinant fue fusilado por los alemanes el vicecónsul argentino de la ciudad, M. Rémy Himmer. Si bien, inicialmente la cuestión de Bélgica fue un tema estrictamente militar relacionado a la capacidad de resistencia de su anillo de fortificaciones ante el avance alemán luego comenzaron a publicarse relatos de los soldados y civiles, opiniones, fotografías y viñetas sobre el accionar de los ejércitos del káiser que contribuyeron a movilizar a la opinión pública porteña. Las llamadas “atrocidades alemanas” fijaron en la prensa porteña una interpretación dicotómica de la guerra como un choque entre la “civilización” francesa y la “barbarie” alemana que si bien no modificó radicalmente el

conjunto de alineamientos que se analizaron en el capítulo anterior logró generalizar una imagen muy negativa de Alemania en el seno de la opinión pública de Buenos Aires.

En el cuarto capítulo se estudian un conjunto de acontecimientos y problemas concernientes a los años 1915 y 1916, marcados por el relativo quietismo que se impone en el frente occidental, que implicó el paso de una guerra de movimientos a una guerra de posiciones, el cual coincide con un fenómeno en apariencia contradictorio: la globalización del conflicto que, de manera más o menos directa, comenzó a afectar todos los confines del globo. En la prensa porteña, la cobertura mediática de la guerra pierde la efervescencia de los meses iniciales y se vuelve más reiterativa. Sin embargo, ese amesetamiento del conflicto y los cambios de escala señalados se tradujeron en una modificación en la representación de la dimensión técnica de la guerra, un rasgo distintivo de la que puede considerarse como la primera guerra industrial de masas de la historia mundial. En ese contexto, la representación de la guerra que enfatizaba su carácter de combate moderno, marcada por una verdadera fascinación en torno a los aeroplanos y zeppelines, comienza a dar cabida a una progresiva hegemonización de la imagen de la guerra como una guerra de trincheras. A su vez, la mundialización de la Gran Guerra obligó a la prensa porteña a un descentramiento de la atención de manera casi exclusiva sobre Europa para dar cabida a nuevos escenarios del conflicto. Si el ingreso de Italia en la contienda, ocurrido en mayo de 1915, es un acontecimiento de enorme importancia dada la gran cantidad de italianos residentes en el país, a lo largo de esos años la cobertura periodística de la Gran Guerra comienza a mostrar un inusitado interés por otras regiones del conflicto como Asia, África y Oceanía, en donde se destaca la presencia de corresponsales argentinos en el frente oriental. Por último, la esperanza inicial de beneficiarse económicamente con la guerra tropezó constantemente con las complicaciones comerciales y el establecimiento de la guerra submarina ilimitada impulsado por Alemania. Ese nuevo escenario tornó más aplomada y menos coyuntural la reflexión sobre las repercusiones de la guerra en Argentina y no es una mera casualidad que en ese contexto emergieran en la prensa porteña distintas voces que comenzaban a revalorizar diferentes proyectos continentales como el latinismo, el hispanismo y, sobre todo, el panamericanismo.

El capítulo quinto está dedicado al año más conflictivo de la guerra a nivel local. El año de 1917 constituye uno de los puntos más altos en las repercusiones de la Gran Guerra en Buenos Aires pues, a excepción de los momentos iniciales del conflicto,

ninguna otra coyuntura de la guerra produjo un impacto en la opinión pública porteña equiparable a la crisis política y social que se extendió desde abril a diciembre de 1917. Esa tormenta fue el resultado de la concurrencia de un amplio conjunto de factores. En primer lugar, el estallido de las revoluciones en Rusia fue una enorme preocupación para los aliadófilos locales y los simpatizantes de Francia e Inglaterra. Ese ciclo revolucionario fue valorado de formas muy diferentes por esos sectores de la opinión pública local. La revolución de febrero fue vista con buenos ojos por parte de un amplio sector de la prensa local que veía en ella, el acontecimiento perfecto para considerar a Rusia una país democrático, susceptible de ser equiparado a sus pares de la Entente y poder así volver a insistir en una representación de la Gran Guerra como una cruzada de la libertad y la democracia contra el autoritarismo y el oscurantismo. Por el contrario, la revolución de octubre cosechó enormes críticas de la prensa porteña. Antes que por los alcances de su programa político y social, la revolución bolchevique fue un hecho censurable en tanto que, leída a la luz de las alianzas que ostentaban las potencias en guerra, implicaba lisa y llanamente poner a Rusia fuera de combate y de esa manera liberar a los alemanes de los combates en el frente oriental. Este fue sin dudas el motivo principal por el cual los sectores de la prensa favorables a la Entente vieron un gran peligro en la revolución y abonaron la extendida interpretación que hacía de los bolcheviques unos agentes alemanes al servicio del Káiser.

En segundo lugar, una crisis política interna que puso en jaque al recientemente electo gobierno de Hipólito Yrigoyen. En febrero de ese año, los Estados Unidos rompieron relaciones diplomáticas con el Imperio alemán y en abril ingresaron en la guerra como respuesta al restablecimiento de la guerra submarina ilimitada. Esta medida trajo aparejada fuertes presiones diplomáticas para que los países del continente adaptaran la misma postura aunque en el caso argentino, dichas presiones no lograron modificar el rumbo de la política neutralista del presidente Hipólito Yrigoyen. La gravedad de la situación se incrementó a partir de abril de 1917 a raíz del hundimiento por parte de los submarinos alemanes de varios buques de bandera argentina: el 4 de abril fue hundido el *Monte Protegido*, el 6 de junio, el *Oriana* y el 22 de junio el *Toro*. Mientras el gobierno argentino gestionaba las reclamaciones correspondientes por vía diplomática, otro incidente marcó la última escalada de la crisis: el affaire Luxburg. En septiembre, el gobierno de los Estados Unidos difundió una serie de telegramas cifrados del ministro alemán en la Argentina, el conde Karl Graf von Luxburg, que iban

dirigidos al káiser Guillermo II. En ellos se refería en términos despectivos al presidente Yrigoyen y a su ministro de Relaciones Exteriores, Honorio Pueyrredon (“un notorio asno anglófilo”) y recomendaba a las autoridades alemanas continuar con el hundimiento de los buques argentinos “sin dejar rastros”. Obviamente, cuando estos telegramas tomaron estado público, el presidente se vio obligado a entregar los pasaportes al diplomático germano pero aún así mantuvo su decisión de no romper relaciones con Alemania.

Este apartado propone brindar una lectura alternativa de dicha crisis que busca discutir el carácter excepcional que se le ha asignado a ese periodo para el análisis de las repercusiones de la guerra en la opinión pública local. Pues, si se resiste la tentación de examinar esa coyuntura como una suerte de “microclima” susceptible de ser aislado del resto de la contienda y se la inserta en el cuadro general de las repercusiones de la Gran Guerra en la prensa y la opinión pública local, es posible sostener que el modo en que la prensa interpreta esa coyuntura implica una reactualización de ciertos instrumentos analíticos, giros e ideologemas previos, adaptados en un contexto político revitalizado por el hundimiento de los buques de bandera argentina y el cambio en el horizonte político local que significó el ascenso del radicalismo al poder.

Y, a su vez, es necesario indagar con mayor detalle los alineamientos y las construcciones simbólicas de la prensa a lo largo de los diferentes hitos que conformaron ese periodo conflictivo. En el análisis de las manifestaciones que se produjeron a lo largo de esos meses, las investigaciones precedentes han señalado que la opinión pública se dividió en dos bandos irreconciliables: los partidarios del sostenimiento de la posición oficial frente al conflicto (los “neutralistas”) y los que propiciaban la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania (los “rupturistas”). Desplazado de un análisis que atiende prioritariamente a la dimensión social y política de dicha crisis, el papel de la prensa ha quedado limitado a la difusión y a la posterior cobertura de las manifestaciones y los mítines que se vivieron en Buenos Aires pero no se han concentrado en el análisis de los discursos y las representaciones puestas en juego en cada una de esos acontecimientos que jalonaron ese año conflictivo. Una mirada más atenta sobre la prensa periódica permitirá darle mayor dinamismo a esa visión estática de la opinión pública y discutir los alcances de la mencionada polarización de esos bandos.

El último capítulo se aboca a analizar las representaciones de la prensa porteña sobre el fin de la contienda y los alineamientos que rodearon al periodo comprendido entre la firma del armisticio en noviembre de 1918 y los diferentes tratados de paz de las potencias vencidas con sus pares de la Entente, en particular, del Tratado de Versalles. Inmersas en un clima de inicio de una nueva era emergen una serie de reflexiones sobre el nuevo escenario internacional legado por la Primera Guerra Mundial y el papel que la Argentina podría tener en él. A su vez, ese nuevo escenario internacional tuvo una consecuencia concreta en el plano comunicacional que impactará fuertemente en los diarios porteños, pues en paralelo al irrefrenable ascenso de los Estados Unidos como potencia mundial se produjo un reordenamiento del mercado mundial de comunicaciones que marcó el ingreso definitivo de las agencias de noticias norteamericanas en el mercado de comunicaciones sudamericano poniendo fin al viejo monopolio de la agencia Havas sobre la región.

Capítulo I

Pendientes de un hilo. Guerra comunicacional, censura y manipulación informativa en la prensa porteña durante los inicios de la Gran Guerra

“El servicio telegráfico ha venido a demostrar, que es el arte de mentir ocultando una verdad”

“Comentarios”, *Caras y Caretas*, N° 830, 29-8-1914

Los diversos vínculos que mantenía con Europa, la lejanía respecto del teatro de operaciones y su condición de país neutral, hicieron que la Gran Guerra tuviera en Argentina un cariz particular. Las primeras consecuencias que la contienda europea trajo a las costas del Río de la Plata fueron las diversas perturbaciones económicas y financieras que debió afrontar el modelo agroexportador y que han sido hasta ahora las más estudiadas por la historiografía local. Sin embargo, las investigaciones sobre las secuelas de la Primera Guerra Mundial en Argentina han omitido mencionar otro tipo de trastornos, en especial, los problemas ocasionados en el ámbito de la información y la circulación de las noticias.

Para las potencias comprometidas en el conflicto, la Primera Guerra Mundial fue también una guerra comunicacional y la información un arma más dentro de su nutrido arsenal. En un escenario en el cual la distinción entre información y propaganda se tornaba cada vez más opaca, las agencias de noticias europeas y las compañías de cables submarinos fueron consideradas como virtuales “agentes oficiales” de sus respectivos Estados y obligadas a colaborar en la distribución de la información y la propaganda durante la guerra. Dado que para los diarios de Buenos Aires la información telegráfica era la fuente principal de noticias europeas, cualquier análisis sobre los debates, los alineamientos y las interpretaciones elaboradas por los periódicos porteños sobre la Gran Guerra debe tomar como punto de partida el problema de la censura telegráfica y sus diferentes secuelas informativas. Sin embargo, esta cuestión de fundamental importancia para comprender las condiciones de posibilidad del discurso periodístico

sobre la guerra en Buenos Aires, ha sido omitida o mencionada al pasar, aún en las investigaciones más recientes sobre el tema.¹

Como parte de esa “guerra telegráfica” librada en las páginas de los diarios de Buenos Aires, la información en sí misma, su procedencia y su veracidad, se transformó en un objeto privilegiado de reflexión y motivó varias polémicas durante las primeras semanas de la guerra. En el marco de una feroz competencia por ganar el beneplácito de los lectores hambrientos de novedades, los diarios locales debieron moverse en un terreno muy poco confiable, signado por la merma de la información, la circulación de noticias falsas y los constantes desmentidos. Dicho escenario dio lugar, a un ejercicio de lectura recíproca de las noticias telegráficas y a una mirada maliciosa a la espera del error ajeno pues en la comprobación o refutación de las novedades publicadas parecía cifrarse no sólo la modernidad y la seriedad de sus servicios telegráficos sino también la credibilidad misma del diario.

El objetivo de este capítulo es analizar, a la luz de los periódicos de Buenos Aires, el papel desempeñado por las agencias de noticias europeas y las compañías de cables submarinos durante los primeros meses de la Gran Guerra. El control británico sobre los cables submarinos y la utilización por parte de los diarios locales de noticias procedentes de las agencias de países aliados como Havas y Reuters, fueron hechos cruciales para condicionar y difundir una determinada visión sobre la guerra y, en particular, sobre la ofensiva alemana del verano europeo de 1914. Antes que cualquier otro tipo de explicación, ligada a las relaciones económicas o a las afinidades políticas y culturales con los combatientes, este hecho permite comprender la mayoritaria simpatía de la opinión pública porteña por las principales fuerzas de la Triple Entente, en particular por Francia e Inglaterra y develar la tendenciosidad de la información que publicaban los diarios de Buenos Aires. La labor conjunta de estos dos actores olvidados por la historiografía sobre las repercusiones de la Gran Guerra en Argentina

¹ Cf. Olivier Compagnon, *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*, París, Fayard, 2013, pp. 34-35 y “Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos frente a la Primera Guerra Mundial”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas/Anuario de Historia de América Latina*, Graz, Institut für Geschichte Karl-Fransens – Universität Graz, N° 49, 2012, p. 209. El reciente artículo de María Inés Tato, “Luring neutrals. Allied and German Propaganda in Argentina during the First World War”, en Troy Paddock (Ed), *World War I and propaganda*, Leiden/Boston, Brill, Colección History of Warfare, Vol. 94, pp. 322-344, menciona al pasar la cuestión de las agencias de noticias europeas y el control sobre las comunicaciones por cable (pp. 326 y 333) pero se concentra principalmente en los libros y folletos editados en Buenos Aires por los organismos ligados a la propaganda aliada y germana.

constituye un elemento clave para analizar las primeras representaciones del conflicto europeo en la opinión pública local y sus diversos alineamientos.

Con el objeto de analizar la incidencia sobre los diarios locales de la información enviada por las agencias de noticias europeas durante los primeros meses de la Gran Guerra, se reconstruirán los principales canales por medio de los cuales recibían la información internacional los diarios de Buenos Aires. Luego, se analizarán los diversos problemas que la censura telegráfica produjo en la prensa porteña durante los inicios de la Gran Guerra. El análisis de las secciones telegráficas ha permitido develar la manipulación informativa a la que eran sometidos los diarios porteños y las limitaciones con las que contaban los lectores y comentaristas locales a la hora de elaborar sus juicios sobre la guerra europea. Por último, se analizarán las diferentes reacciones y posicionamientos ante esta manipulación informativa. Antes de todo ello, con el objetivo de enmarcar el análisis y conocer las condiciones de producción de los discursos y las representaciones sobre la Gran Guerra, se realizará una breve reconstrucción de las principales características del campo periodístico porteño entre 1914 y 1919.

1. Apuntes para una historia del campo periodístico porteño en tiempos de la Gran Guerra (1914 – 1919)

La centralidad adquirida por la prensa periódica de gran tirada durante la Primera Guerra Mundial hunde sus raíces en el proceso de expansión finisecular del mercado de bienes culturales que enmarcó el crecimiento y la modernización de la prensa local. Desde finales del siglo XIX, la circulación de diarios y revistas sufrió un paulatino crecimiento no sólo en términos cuantitativos —lo que explica el notable incremento en el volumen de la producción de impresos— sino también a nivel cualitativo, mediante una variedad de publicaciones que se orientaban a diferentes sectores de un público lector cada vez más heterogéneo y al que buscaban captar a partir de diferentes estrategias discursivas, temáticas y empresariales.²

² Para una caracterización más amplia del proceso de modernización finisecular de la prensa periódica pueden consultarse: Alejandro Eujanián, *Historia de las revistas argentinas (1900-1950)*, Buenos Aires, AAER, 1999; Gabriela Mogillansky, “Modernización literaria y renovación técnica: *La Nación* (1882-1909)”, en Susana Zanetti (Coord.), *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires, 1892-1916*, Buenos Aires, Eudeba, 2004, pp. 83-104; Claudia Román, “De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)”, en Julio Schwartzman (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Tomo II, Buenos Aires, Emecé, 2003, pp. 439-468 y “La modernización de la prensa periódica. Entre *La Patria Argentina*

Ese proceso de expansión y diversificación de la oferta periodística formaba parte de la vertiginosa modernización sociocultural de la Argentina, resultado de su incorporación en el mercado capitalista mundial, y que trajo aparejada la complejización de las estructuras urbanas, la puesta en marcha de las campañas de alfabetización y la expansión del aparato educativo. Hacia 1914, la ciudad de Buenos Aires había dejado de ser *La Gran Aldea* descrita por Lucio V. López para transformarse en una metrópolis cosmopolita, socialmente compleja y étnicamente plural. Entre 1869 y 1914, la población del país trepó de 1.737.000 a 7.885.000 habitantes y en el mismo periodo la ciudad de Buenos Aires pasó de 187.000 a 1.575.000 habitantes. Dicho crecimiento fue el resultado de la participación de Argentina en las corrientes de migración atlántica, lo cual explica que en vísperas de la Primera Guerra Mundial aproximadamente el 30 % de los habitantes del país fueran inmigrantes, un porcentaje que aumentaba notablemente en las grandes ciudades como Buenos Aires donde cerca del 50 % de la población estaba constituida por extranjeros.³ Este hecho se tornará una verdadera preocupación para las élites locales tras el estallido de la guerra ya que casi todas las naciones que participaban del conflicto se hallaban representadas en la ciudad y constituye un elemento decisivo para comprender las reacciones y los posicionamientos del Estado argentino y la opinión pública frente a la Gran Guerra.

El fuerte crecimiento poblacional y la posibilidad de acceder al sistema escolar fueron los principales motores para el incremento del consumo cultural. Si bien existieron intentos previos de establecer un sistema educativo a nivel nacional, el punto de partida fundamental para este proceso fue la sanción de la Ley Nacional de Educación (N° 1420) en junio de 1884, que establecía la obligatoriedad, gratuidad y

(1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en Alejandra Laera (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Tomo III, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-37. Sobre la emergencia de los magazines populares y su competencia con los diarios véase Eduardo Romano, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos, 2004; Geraldine Rogers, “Magazines y periódicos: zonas de superposición en la lucha por el mercado (1898-1904)”, *Orbis Tertius. Revista de Teoría y crítica literaria*, Año IX, N° 10, Al Margen-UNLP, 2004, pp. 24-36 y “Transformaciones y relevos en el campo periodístico argentino del cambio del siglo (XIX-XX): de *Don Quijote* a *Caras y Caretas*”, *Orbis Tertius*, Año X, N° 11, Al Margen-UNLP, 2005, pp. 56-67.

³ Cf. Gino Germani, “La inmigración masiva y su papel en la modernización del país”, en *Política y sociedad en una época en transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962, pp. 179-216; AA.VV, “La ciudad en el Censo Nacional de 1914. Tercer Censo General”, en *Población de Buenos Aires*, Año 5, N° 8, Dirección General de Estadísticas y Censos de la Ciudad de Buenos Aires, octubre de 2008, pp. 83-94. En 1914 los porcentajes de la población extranjera según su origen eran los siguientes: italianos (40,6%), españoles (36,3%), franceses (3,5%), británicos (1,2%), suizos (0,6%), alemanes (1,1%), rusos (4,1%), austro-húngaros (1,7%), sirio-libaneses (2,8). Cf. Vicente Vázquez Presedo, *El caso argentino: migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1971, p. 94.

laicidad de la educación en la Argentina. Más allá de las finalidades políticas albergadas por las élites y de la existencia de altos índices de deserción escolar, lo cierto es que el proceso de centralización estatista de la educación produjo un crecimiento constante de los niveles de alfabetización que sentaron las bases para la conformación de ese nuevo público lector. Hacia finales de la década de 1910 se logró la escolarización de la mayor parte de la población en edad escolar, aunque también alcanzó a los adultos, lo que produjo un fuerte descenso de los índices de analfabetismo entre el Censo Nacional de 1869 y el de 1914. En un periodo de cuarenta años, la población analfabeta había descendido del 77,4 al 35,9 %.⁴

La expansión de la educación común repercutió fuertemente sobre la capacidad de lectura y dio un gran impulso a la industria gráfica y a la prensa periódica local. Desde finales de la década de 1880, el volumen de los materiales impresos que circulaban por la ciudad se incrementó de manera notable pues, como ha señalado Adolfo Prieto, la prensa periódica fue uno de los objetos privilegiados para llevar a cabo las prácticas iniciales de esos nuevos contingentes de lectores que vinieron a sumarse a los consumidores regulares de la alta cultura letrada, ajenos a las campañas masivas de alfabetización. A diferencia del libro, que continuaba siendo la unidad vertebradora del universo de la cultura letrada, la prensa periódica del fin de siglo fue un espacio de lectura compartido por ambas porciones del campo intelectual.⁵

Las investigaciones sobre el proceso de expansión finisecular del mercado de bienes culturales y la modernización de la prensa periódica local suelen tomar al Centenario de 1910 como límite para sus indagaciones por lo cual para una reconstrucción de las características del campo periodístico argentino en los albores de la Gran Guerra es necesario recurrir a otro tipo de documentos. Para ello, son de fundamental importancia dos fuentes relativamente cercanas al estallido de la contienda: la *Guía Periodística Argentina* correspondiente al año 1913 y la sección abocada a diarios y revistas del *Tercer Censo Nacional*, levantado el 1° de junio de 1914. Entre ambas es posible obtener una importante cantidad de datos sobre formatos, tiradas, tipos

⁴ Para una descripción más detallada de este proceso véase Juan Carlos Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009 [1986] y Adriana Puiggrós (Dir.), *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino. Historia de la Educación Argentina II*, Buenos Aires, Galerna, 1991. Sobre los índices de analfabetismo y asistencia a las escuelas de la población en edad escolar cf. Vicente Vázquez Presedo, *Estadísticas Históricas Argentinas. Primera parte 1875-1914*, Buenos Aires, Macchi, 1971, p. 27.

⁵ Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006 [1988], p. 14.

de avisos y precios de las suscripciones que permiten fijar una instantánea de las características del campo periodístico argentino hacia mediados de 1914.

Según la *Guía Periodística Argentina*, en 1913 existían 831 publicaciones que se distribuían de la siguiente manera: 353 en la Capital Federal, 239 en la Provincia de Buenos Aires, 216 en el resto de las provincias y 26 en las Gobernaciones Nacionales.⁶ En junio de 1914, según el *Tercer Censo Nacional*, “los diarios, periódicos y revistas cuyos editores suministraron información ascendían a 518; pero además de estos existían 312, de los cuales no fue posible obtener dato de ningún género, porque no contestaron a las reiteradas comunicaciones que les dirigió la Comisión”.⁷ De forma que, el total de diarios, periódicos y revistas que circulaban por la Argentina en junio de 1914 era de 830 aún cuando sólo se tengan datos precisos sobre 518 de ellos. De esas publicaciones, 153 se editaban en la Capital Federal, 241 en la provincia de Buenos Aires y el resto en las diferentes provincias argentinas.

Dado que la mayoría de sus principales insumos (maquinarias, tintas y papel) provenían de Europa y, en menor medida, de los Estados Unidos, un análisis de las tiradas de los periódicos porteños entre 1914 y 1919 permitiría mostrar si sufrieron particularmente las complicaciones producidas por la Gran Guerra. Sin embargo, ésta es una tarea compleja dada la ausencia de datos sistemáticos sobre los tirajes durante esos años. La *Guía Periodística* brinda una información muy incompleta respecto de las tiradas antes del inicio de la guerra. Además, ante la inexistencia de un organismo fiscalizador era costumbre que la información sobre los tirajes fuera suministrada por los mismos periódicos muchos de los cuales, a juzgar por las reiteradas quejas de editores y censistas, se negaban a hacerlo.⁸ Por otra parte, hay que tener en cuenta que durante los años de la Gran Guerra vieron la luz varios diarios y revistas, algunos de ellos directamente relacionados con las campañas propagandísticas —como el periódico germanófilo *La Unión*, fundado el 31 de octubre de 1914 o el periódico de propaganda

⁶ Lerosé & Montmasson (Edit.), *Guía Periodística Argentina*, Buenos Aires, Benet editor, 1913, p. 12.

⁷ Alberto Martínez, “Censo de los diarios, periódicos y revistas de 1895 a 1914”, en *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1° de Junio de 1914*, Tomo IX, Instrucción Pública y Bienes del Estado, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía, 1917, pp. 273-274.

⁸ “Ante la imposibilidad de obtener los datos referentes a alguna de estas publicaciones, nos hemos visto obligados a insistir personalmente en la comprobación de los datos del tiraje de las mismas, que es indicador de la importancia que han alcanzado, y nos hemos estrellado ante la negativa sistemática, ante la grosera interpretación mala de nuestros propósitos y ante la soez e intemperante actitud de sus dirigentes [...] *Todo diario que oculta la comprobación de su tiraje y de sus medios de subsistencia, lo hace porque no le conviene que esto se sepa, ora por su inferioridad, ora porque goza de una fama usurpada de difusión y eficacia*”, *Guía Periodística Argentina*, p. 15. Destacado en el original. Las quejas del editor hacían referencia al diario *La Argentina*.

aliadófila *Idea Nacional*, que apareció el 15 de diciembre de 1916— sobre los cuales carecemos de información precisa o bien es muy heterogénea.⁹

Más allá de todas estas limitaciones, es posible brindar una evolución de las tiradas de los principales diarios y revistas de Argentina entre 1914 y 1919 (véase Anexo D). La cifra aproximada de la tirada diaria en 1914, basada en aquellas publicaciones sobre las que existe información, puesta en relación con el número de pobladores de la Capital, arroja un promedio de más de un ejemplar por habitante lo que permite vislumbrar la existencia de un mercado periodístico diversificado, con una variada oferta de publicaciones a lo largo de todo el día y de una gran masa de lectores pertenecientes a diversas clases sociales que adquirirían sus impresos gracias a un aceitado sistema de distribución. Luego de iniciada la Gran Guerra, los datos sobre las tiradas son muy escasos durante los años 1915 y 1916.¹⁰ Recién en 1918 es posible encontrar un conjunto representativo de datos sobre las publicaciones periódicas porteñas, plasmados en un detallado informe de Robert Barret –funcionario del Departamento de Comercio Exterior de los Estados Unidos, el *Foreing Trade Office*— cuyo objetivo era evaluar las posibilidades de venta de insumos y maquinarias a las industrias gráficas de la Argentina, Uruguay y Paraguay.¹¹ Ya en la inmediata postguerra, Luis Maisonnave consignó en un artículo dedicado al periodismo argentino incluido en el *Anuario Industrial de la Nación Argentina* una serie de datos sobre las

⁹ Por sólo dar un ejemplo, es difícil saber con exactitud cuál fue la tirada del diario *La Unión* (en adelante, *LU*). Al día siguiente de su salida a la calle, el diario declaró una tirada de 100.024 ejemplares, “Nuestro primer número”, *LU*, N° 2, 2-11-1914, p. 7. Sin embargo, las cifras de tiradas consignadas en fuentes alternativas y en la bibliografía secundaria son muy disímiles. Jane Van der Karr, (en su libro *La Primera Guerra Mundial y la política económica argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1974, p. 161), consigna 30.000 ejemplares. Los informes de los agregados militares franceses radicados en Argentina analizados por Hernán Otero (en “Yrigoyen y la Argentina durante la Gran Guerra según los agregados militares franceses”, *Estudios Sociales*, año XIX, N° 36, Santa Fe, UNL, 2009, p. 77) consignan una tirada de 50.000 ejemplares. Y según Katrin Hoffmann, la legación alemana en Buenos Aires lo subvencionaba con 10.000 pesos mensuales aunque era crítica del desempeño de su director ya que ese dinero permitía financiar una edición de entre 70.000 y 80.000 ejemplares de los que sólo se vendían entre 30.000 y 35.000. Cf. “¿Construyendo una ‘comunidad’? Theodor Alemann y Hermann Tjarks como voceros de la prensa germanoparlante en Buenos Aires, 1914-1918”, *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal*, Vol. IX, N° 33, Berlín, Iberoamericana/Vervuert, 2009, p. 129.

¹⁰ Un breve artículo de la revista *El arte tipográfico* arroja un puñado de datos sobre tiradas en 1915: *La Argentina*, 160.000 ejemplares; *El Diario Español*, 90.000; *La Nación*, 60.000 y *La Razón*, 25.000. En *El arte tipográfico*, Nueva York, 4/10/1914, p. 113. El 9 de Julio de 1916, en ocasión del Centenario de la Independencia nacional, *La Prensa* arrojó una extraordinaria tirada de 210.537 ejemplares aunque por tratarse de un verdadero coloso de la prensa argentina y de un acontecimiento francamente excepcional es difícil tomar dicha cifra como algo cotidiano. *Tercer Censo Nacional*, *op. cit.*, p. 276.

¹¹ Robert Barret, “Paper, paper products and printing machinery in Argentina, Uruguay and Paraguay”, *Special Agents Series*, N° 163, Department of Commerce, Washington, 1918. Dados los objetivos albergados por el informe, las publicaciones reseñadas por Barret eran de todo tipo: diarios y revistas, publicaciones religiosas, sindicales, industriales, deportivas, agrarias, médicas, etc. Del total de 153 publicaciones periódicas censadas por el autor, 24 eran diarias y 40 semanales.

tiradas de algunos diarios porteños que permiten evaluar su situación luego de finalizado el conflicto bélico.¹²

En aquellos casos en los que contamos con información sobre las tiradas antes, durante y después de la guerra como es el caso de *La Prensa*, *La Nación*, *La Razón* y *Caras y Caretas*, el análisis de las cifras permite constatar que estas grandes publicaciones no parecen haber sufrido una merma significativa en sus tiradas que, por el contrario, muestran un leve incremento respecto de 1914. Otros periódicos como *El Pueblo*, *El Diario* y *Última Hora*, muestran una baja en sus tiradas respecto de las que ostentaban en los inicios de la guerra. Sin dudas, la caída más drástica parecer ser la de *El Diario* que vio reducida su tirada a la mitad durante los años de la guerra: de 60.000 ejemplares diarios a comienzos de la conflagración a 30.000 durante la inmediata postguerra. Las otras caídas son un poco más suaves ya que *Última Hora* redujo su tirada de 35.000 a 25.000 ejemplares y *El Pueblo* pasó de 18.000 a 14.000. En gran parte, esa caídas de las tiradas estaba motivada por el aumento de los costos, la disminución de los auspiciantes y la escasez de la principal materia prima, el papel, ya que la inmensa mayoría de los proveedores de este insumo clave eran extranjeros y el contexto de la guerra, más allá de ciertas medidas arancelarias y fiscales tomadas por el gobierno, aumentó el precio del papel nacional.¹³

Para la industria gráfica en general y para las publicaciones periódicas en particular, los años de la Gran Guerra fueron una coyuntura bastante crítica. Las investigaciones realizadas por Damián Bil muestran que el número de publicaciones periódicas sufre en esos años una baja constante: si en 1913 las publicaciones de esa categoría alcanzaban las 800, ya en 1915 habían descendido a 153 y en 1918 la cantidad era aún “todavía menor”.¹⁴ Hacia finales de la Primera Guerra Mundial, el sector gráfico sufría una disminución general de la producción y en 1918 funcionaba con la tercera parte de la capacidad productiva de los años de la preguerra, lo que produjo unos niveles crecientes de desocupación en el sector.

¹² Luis J. Maisonnave, “El periodismo en la República Argentina”, *Anuario Industrial de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Benet Editor, pp. 8-14.

¹³ Los principales proveedores del papel era norteamericanos. Según varias notas de la revista *Ecos Gráficos* (en adelante, *EG*) hacia 1916 en todos los rubros ligados al sector se había producido alzas importantes desde un 800% en el costo de los fletes hasta 1200% en el polvo para blanqueo. Cfr. “La carestía de papeles y materiales de imprentas” y “Los precios del papel”, *EG*, N° 77-78, mayo-junio de 1916, pp. 369-372.

¹⁴ Damián Bil, “La industria gráfica en la Argentina: situación durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918)”, ponencia presentada en el VI Congreso Nacional de Estudios del Trabajo (ASET), Buenos Aires, 13-16 de agosto de 2003 y *Descalificados: proceso de trabajo y clase obrera en la rama gráfica (1890-1940)*, Buenos Aires, Ediciones RyR, Serie Investigaciones CEICS N° 3, 2007, pp. 36-37.

El relevamiento de los periódicos y las revistas ha evidenciado también la existencia de varios inconvenientes en el abastecimiento de su insumo más importante, el papel, lo que obligó a algunos diarios a reducir la cantidad de páginas. Probablemente, el más drástico de esos ejemplos sea el diario *La Tarde* que entre el sábado 8 y el lunes 10 de agosto, fue impreso en un formato reducido con una sensible disminución de la cantidad de páginas, de un promedio de doce a cuatro, llevando en su portada la aclaración de que se trataba de una “edición extraordinaria” debido a la falta de papel. Sin embargo, los problemas se agravaron pues el diario no pudo salir a la venta durante toda la semana siguiente por no contar con más reservas de este insumo.¹⁵ Por su parte, desde el 27 de agosto el diario *El Pueblo* se vio obligado a reducir de ocho a cuatro páginas su edición diaria por los altos costos del papel y como medida preventiva ante una posible crisis de abastecimiento. A partir del día siguiente el diario se publicó con la siguiente aclaración en su portada: “Edición transitoria de 4 páginas, con motivo de la inseguridad en la provisión de papel traída por la guerra europea”. Esa situación se prolongó por varios años y recién en 1922 pudo recuperar las ocho páginas en su edición diaria.¹⁶

Sin embargo, también es cierto que, impulsadas por el interés que despertó el estallido de la guerra, varios periódicos declararon un gran aumento en sus ventas. El diario *La Argentina*, por ejemplo, durante la primera semana del conflicto se jactó de haber vendido 250.000 ejemplares por día y el semanario *Mundo Argentino* declaraba una tirada de 140.000 ejemplares por edición.¹⁷ En rigor, la veracidad de esas cifras es improbable y a juzgar por los comentarios irónicos de Roberto de Laferrere en el diario *La Mañana* cualquier publicación podría jactarse de haber elevado sus tiradas con motivo de la guerra europea o debido a ciertos casos resonantes en la opinión pública local:

Días pasados un colega anunció que, con motivo del drama que preocupa en estos momentos al público, su tiraje había llegado a la suma, respetable por cierto, de 72.000 ejemplares. No queriendo ser menos [...] otro colega manifestó ayer que el suyo no bajo de

¹⁵ “Penurias del momento. El papel de imprenta”, *La Tarde* (en adelante, *LT*), N° 620, 17-8-1914, p. 3.

¹⁶ “La guerra y el papel de diarios”, *El Pueblo* (en adelante, *EP*), N° 5078, 27-8-1914, p. 2. También *La Gaceta de Buenos Aires* (en adelante, *LGBA*) redujo sus número de páginas ante “la perspectiva de una crisis del papel”, “Nuestra edición”, *LGBA*, N° 1196, 2-8-1914, p. 5. A mediados de agosto, *Mundo Argentino* (en adelante *MA*) comenzó a salir con cuatro páginas menos que de costumbre como “una medida previsorá” para poder enfrentar cualquier contratiempo y notificaba a los lectores que la cantidad de páginas de las ediciones futuras estarán “regidas por las circunstancias”. “Advertencia General”, *MA*, N° 188, 12-8-1914.

¹⁷ *La Argentina* (en adelante, *LA*), N° 3307, 6-8-1914, p. 1 y “Circulación de Mundo Argentino”, *MA*, N° 199, 28-10-1914.

180.000 el día en que el crimen fue esclarecido. Modestos somos: pero esos alardes obligannos a vencer algunos escrúpulos para declarar que desde el mismo día del asesinato nuestra tirada no baja de 1.250.000 ejemplares diarios y fracción. Por otra parte, no ha sido escasa nuestra intervención en tal suceso: la doble lanza estaba envuelta en un ejemplar de LA MAÑANA. Queda constancia pues –y sépanlo nuestros colegas jactanciosos– que leen nuestra hoja hasta los criminales calabreses...¹⁸

De esta manera, Laferrere respondía irónicamente a un suelto del diario *La Prensa* que el 29 de julio, con motivo de conocerse los primeros detalles de un hecho policial que por entonces acaparaba la atención del público porteño, el caso Livingston también conocido como “el crimen de la calle Gallo”, sumada a las expectativas por el posible inicio de una guerra en Europa, había declarado una tirada de 180.000 ejemplares, incrementando en cerca de 20.000 ejemplares su tirada habitual.¹⁹ Más allá de este tipo de afirmaciones difíciles de comprobar, lo cierto es que ante los primeros inconvenientes generados por el estallido de la guerra, algunos diarios ensayaron una estrategia editorial que trataba de conjugar la eventual falta del papel con la enorme demanda de información de los lectores. Ésta consistió en incrementar el número de ediciones diarias pero disminuyendo la cantidad de páginas por ejemplar, lo que permitía a los vespertinos porteños competir con las ediciones de la mañana ya que la diferencia horaria con Europa posibilitaba incorporar a las sucesivas ediciones de la tarde las novedades de último momento transmitidas por el telégrafo. Durante la primera semana del conflicto, *La Argentina* comunicaba a sus lectores las nuevas ediciones y formatos que intentaban “conciliar los intereses de los lectores, de los avisadores y de la empresa”: una primera edición con todos los avisos hasta las 4 a.m., una hora después se lanzará una segunda edición de ocho páginas con un limitado número de avisos y a las 10 a.m. se lanzará el *Boletín de la Guerra* de 4 páginas compuestas exclusivamente con información ligada a la contienda europea. Las dos primeras ediciones respetaban el precio tradicional del diario, 5 centavos mientras que el *Boletín* tenía un costo de 10 centavos pues implicaba un gran esfuerzo periodístico y obligaba a incrementar el servicio telegráfico.²⁰

¹⁸ “Apuntes del día”, *La Mañana* (en adelante, *LM*), N° 1276, 30-07-1914, p. 1.

¹⁹ El 19 de julio de 1914, Francisco Carlos Livingston, Subcontador del Banco de la Nación Argentina, fue encontrado muerto tras recibir más de cuarenta puñaladas en su casa de la calle Gallo 1680. La investigación descubrió que la mujer del muerto, Carmén Guillot de Livingston, había planeado el asesinato y para concretarlo recurrió a los servicios de dos inmigrantes calabreses recién llegados a la ciudad, Salvatore Viterale y Giambattista Lauro. Carmen Guillot fue condenada a reclusión por tiempo indeterminado mientras que Lauro y Salvato fueron condenados a pena de muerte, la última ejecutada en el país, el 22 de junio de 1916.

²⁰ “A nuestros lectores y avisadores”, *LA*, N° 3305, 4-8-1914, p. 1. Por su parte, el vespertino *El Nacional* desde el 10 de agosto de 1914 comenzó a publicar cuatro ediciones diarias: la primera a las 12 del

Un último elemento a tener en cuenta para evaluar el dinamismo del campo periodístico porteño durante la Gran Guerra es el económico. Aún reconociendo que una vez estallada la contienda en Europa los salarios reales disminuyeron entre 1915 y 1919, la compra de un periódico diariamente y de una revista ilustrada por semana era, en términos presupuestarios, un gasto muy factible ya que insumía un porcentaje relativamente bajo de los ingresos de los trabajadores y de los sectores medios. Durante 1914, el precio de los diarios oscilaba entre 7 y 10 centavos por ejemplar y el de las revistas ilustradas semanales era de 20 centavos mientras que el salario de un empleado más o menos calificado oscilaba entre \$150 y \$250 m/n.²¹ Agreguemos a esta capacidad de compra de los diarios y las revistas el fenómeno de la lectura indirecta, es decir, aquellos que no era efectivamente los compradores de las publicaciones pero que de todos modos accedían a su lectura por intermedio de un amigo, un miembro de la familia o en lugares comunes como los bares y las peluquerías donde las publicaciones periódicas pasaban de mano en mano.

En suma, desde el fin de siglo el mundo de los periódicos y las revistas editadas en Buenos Aires no sólo había crecido en términos cuantitativos también se había transformado en un espacio diversificado y fuertemente competitivo que se aprestaba a ingresar en una coyuntura crítica que se extendió durante los años de la Gran Guerra. El

mediodía, la segunda a 5 p. m., la tercera a las 7 p. m. y la cuarta a 10 p. m. Cf. “El Nacional a sus lectores”, *El Nacional* (en adelante, *EN*), N° 15512, 12-8-1914, p. 2. A pocos días de la puesta en marcha de esta nueva modalidad podía jactarse del beneplácito del público y afirmar que los vespertinos eran de mayor utilidad para el conocimiento de la actualidad sobre la guerra: “El porvenir de los diarios de Buenos Aires está en la tarde y aún en la noche pues siendo nosotros un país esencialmente cosmopolita y estando tan íntimamente vinculados con la Europa por intereses morales y materiales es la hora en que por razón de meridiano, se puede dar la información más completa de su movimiento comercial y social. Si a esto agregamos las sesiones de nuestro parlamento, el movimiento gubernativo, comercial, social, carreras y deportes, tendremos a las diez de la noche en el teatro, en el club, en el café, en la calle o en nuestras casas, las noticias completas del día fenecido en el país y fuera de él”, *EN*, N° 15517, 17-8-1914, p. 3.

²¹ Según Jorge Rivera, el sueldo de un colaborador del diario *Crítica* en 1913 rondaba los \$ 250 m/n. Tomando como base un promedio de precios de los años 1909, 1910, 1911 y 1914 (siendo este de base igual a 100) Carlos Díaz Alejandro obtiene un índice del costo de vida de \$180 para los años 1920 y 1921. El estudio de Fernando Remedi aporta datos para el caso de la ciudad de Córdoba donde la evolución de los sueldos de los trabajadores de la administración entre 1913 y 1919 muestra un retroceso cercano al 7% en términos nominales. Los salarios en moneda corriente se mantuvieron estables entre 1913 y 1917 sufriendo algunos recortes en 1918 mientras que en el sector privado, se produjo un retroceso en los salarios nominales desde 1913, estabilizándose en 1916. Véase, respectivamente, *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel, 2004 [1985], p. 72; *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983 [original inglés 1970], pp. 53-54 y “La sociedad en guerra. Alimentación y Primera Guerra Mundial en Córdoba (Argentina)”, *Prohistoria*, Año VII, N° 7, 2003, p. 159. En el periodo de recuperación económica de la inmediata postguerra, Beatriz Sarlo ha demostrado la baja incidencia en el gasto del excedente que implicaba la compra de un periódico y las novelas semanales para el ingreso de un maestro de escuela pública y para una familia obrera. *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, [1985], pp. 50-51.

aumento de las ediciones, la multiplicación de los horarios de salida y la venta callejera, transformaron a los diarios en un objeto cotidiano pero a la vez efímero y fugaz dada la velocidad de circulación de las noticias que los hacían más prontamente perecederos. El incremento de la cantidad de publicaciones periódicas y la presencia de ese nuevo público lector, ávido de información y con nuevas prácticas de consumo de lo impreso caracterizadas por la brevedad, la variedad y, sobre todo, la actualidad, explican la centralidad que la prensa periódica de gran tirada y los magazines populares adquirieron como principal medio de información durante la Primera Guerra Mundial.

2. La geopolítica de la información y su incidencia en los diarios porteños

Las investigaciones sobre las secuelas de la Gran Guerra en Argentina no han insistido lo suficiente sobre la importancia de la fase inicial de las repercusiones del conflicto en la opinión pública porteña y en la prensa periódica de gran tirada. En su artículo sobre la prensa argentina y brasileña frente a la Gran Guerra, Olivier Compagnon afirma que, durante los meses iniciales del conflicto, la prensa de Buenos Aires otorgó un lugar secundario a la cobertura de la conflagración europea, abocándose a otros acontecimientos como la muerte de algunas figuras rutilantes de la política local, como ser el presidente Roque Sáenz Peña o el ex presidente Julio Argentino Roca y a los vaivenes políticos de la Revolución Mexicana.²²

Sin embargo, basta con hojear los principales diarios y revistas de Buenos Aires basta para constatar que el inicio de la Gran Guerra fue un asunto neurálgico para la prensa local y que si bien los acontecimientos señalados por Compagnon tuvieron su lugar en las páginas de los diarios porteños, su influencia duró sólo unos días en el caso

²² “Lorsque la guerre éclate en Europe au cours de l’été 1914, on pourrait presque dire qu’elle passe inaperçue tant on peine à trouver des relations de la mobilisation et des premiers combats. Même la bataille de la Marne, premier tournant militaire important qui rompt l’avance allemande vers Paris en septembre, n’est évoquée que très marginalement ; quelques brèves, çà et là, évoquent ce que l’on nomme fréquemment ‘les événements européens’. L’actualité argentine est dominée pendant tout le mois d’août par le décès brutal du président de la République Roque Sáenz Peña, tandis que les derniers développements de la Révolution mexicaine [...] occupent l’essentiel des rubriques internationales dans la presse des deux pays”. Cf. Olivier Compagnon, “‘Si loin, si proche...’ La Première Guerre mondiale dans la presse argentine et brésilienne”, en Jean Lamarre y Magalí Deleuze (Dirs.), *L’envers de la médaille. Guerres, témoignages et représentations*, Québec, Les Presses de l’Université Laval, 2007, pp. 79. La misma idea es reiterada en su reciente libro (“La presse, en effet, n’accorde encore qu’une place secondaire au traitement d’un conflit dont la plupart des observateurs imaginent qu’il sera bref “ y “l’étude de la presse ne révèle pas une véritable mobilisation des sociétés pendant les premières semaines du conflit”), insistiendo en que, por entonces, la actualidad americana ocupaba un rol central en la prensa de Argentina y Brasil. Cf. *L’adieu à l’Europe*, op. cit., pp. 35-40.

de la muerte de los ex mandatarios o fue más bien intermitente, sobre todo, en la cobertura del conflicto mejicano. Lejos de esa interpretación, es posible sostener que la conmoción que produjo el estallido de la guerra en la prensa periódica de Buenos Aires fue tan grande que incluso afectó apartados y secciones que a priori no estarían interesadas en ella como, por ejemplo, las secciones sociales.

A finales del siglo XIX, los grandes diarios de Buenos Aires inauguraron un espacio dedicado a las noticias de sociedad y desde entonces, estas secciones dieron una cobertura sistemática a la vida privada de la alta sociedad porteña, registrando las fiestas, reuniones y eventos de la temporada.²³ En los albores de la guerra estos escaparates de la alta sociedad de la Argentina agroexportadora manifestaban su preocupación por los destinos de la nutrida colonia de argentinos radicados en Europa, incrementada por ser época de vacaciones estivales en el Viejo Continente.²⁴ Durante las semanas que siguieron al inicio de las hostilidades, la mayoría de los argentinos que se hallaban en el Viejo Mundo anticipará su regreso al país antes de que el cruce del Atlántico se torne más riesgoso. Abordados por los reporters en las dársenas del puerto, estos pasajeros serán algunos de los primeros informantes de los periódicos locales, narrando sus impresiones y vivencias en las principales ciudades de Europa durante los primeros días de la guerra.²⁵ La ansiedad por conocer los detalles sobre lo ocurrido en las metrópolis europeas otorgaba importancia a las vivencias de estos “testigos” argentinos aunque, al parecer, algunos de esos relatos de los recién llegados estuvieron plagados de equívocos y, sobre todo, de enormes exageraciones por lo que el diario *Tribuna* los llamaba “Tartarines argentinos” y sembraba un manto de sospechas sobre la veracidad de sus vivencias en el Viejo Continente.²⁶

²³ Un análisis sobre el origen de estas secciones puede verse en Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pp. 288-311.

²⁴ Véase, entre otros, “Vida Social”, *El Diario* (en adelante, *ED*), N° 7681, 1-8-1914, p. 6; “Tribulaciones de los argentinos en Europa”, *La Nación* (en adelante, *LN*), N° 15338, 8-9-1914, p. 9; “Viajeros de Europa”, *ED*, N° 7709, 3/9/1914, p. 1 y “Llegada del Príncipe de Asturias”, *ED*, N° 7710, 4-9-1914, p. 4.

²⁵ En ocasiones, los avatares de algunos miembros de la élite merecen una particular atención como es el caso de Josefina Anchorena Castellanos de Rodríguez Larreta, esposa del ministro argentino en Francia, Enrique Rodríguez Larreta, detenida junto a sus hijos por las autoridades alemanas de Estrasburgo cuando regresaba a París desde Frankfurt, donde debió permanecer por el lapso de veinticinco días. Cf. “La esposa del ministro argentino en Francia”, *EP*, N° 5066, 13-8-1914, p. 3. “Informaciones oficiales. Familias argentinas en Europa”, *LN*, N° 15314, 15-8-1914, p. 9 y “Banquete a la Sra. de Rodríguez Larreta”, *LN*, N° 15342, 12-9-1914, p. 7 y “El vía crucis de la señora de Larreta”, *ED*, N° 7749, 20-10-1914, p. 10.

²⁶ “Tartarines argentinos”, *Tribuna* (en adelante, *TRI*), N° 7188, 19-9-1914, p. 1. Unas semanas después, el periodista peruano Leónidas Yerovi dedicaba un largo escrito a estos cultores del “turismo heroico” en *Caras y Caretas*: “nos llegan en cada barco de pasajeros ciudadanos que lo han visto todo, lo han sufrido todo, y han estado en todas partes. Vuelven decididos a anonadarnos, a nosotros los pobrecitos que no

Del mismo modo, las secciones de las revistas ilustradas orientadas al público femenino dejaron de lado sus temáticas tradicionales —la moda, los consejos para la crianza de los niños, la economía hogareña, etc.— para abocarse a la cuestión de la guerra. Desde las páginas de *Mundo Argentino*, Carmen S. de Pandolfini, denunciaba los horrores de la guerra a través de una serie de “charlas” destinadas a las madres de todo el mundo, en una perspectiva que mezclaba un poco difusamente el pacifismo con el catolicismo. Este tipo de discursos construía como destinatario y referente explícito al público lector femenino pues si la realidad de la guerra era una cuestión de hombres, las madres de todo el mundo serán las portadoras de la tarea de enseñar el legado de la paz y de apoyar las campañas de beneficencia en favor de los huérfanos de la guerra.²⁷

En ese clima de gran excitación y ansiedad provocado por el estallido de la guerra, los diarios porteños trataron de satisfacer la enorme demanda de novedades apelando a las fuentes más diversas: a las ya mencionadas impresiones de los viajeros que retornaban del Viejo Continente se sumaban las publicaciones europeas que llegaban por correo a las redacciones de los diarios locales —de las que solían tomar “prestadas” caricaturas, fotografías y mapas— las crónicas de los corresponsales instalados en diferentes capitales de Europa y Sudamérica, los boletines informativos, las comunicaciones oficiales, las cartas de particulares y, de forma privilegiada, los servicios telegráficos de la agencias de noticias europeas.

El periodo comprendido entre 1860 y 1930 fue testigo de la construcción de un “sistema mundial de medios”, una red global de comunicación por cables submarinos y telégrafos que, junto con el desarrollo del ferrocarril y los barcos a vapor, permitió sortear ciertos obstáculos geográficos y organizar una red transnacional de negocios

salimos de la comarca natal y por consiguiente no hemos estado en París cuando talaban los bulevares, ni en Londres cuando partían los voluntarios, ni en Bruselas cuando los alemanes bombardeaban Lieja. Ellos sí. Ellos lo presenciaron todo y han pasado peligros y riesgos cuyo solo relato espeluzna” [...] Huye, lector, de los recién llegados procedentes de los países beligerantes”. Leónidas Yerovi, “Los héroes caseros”, *Caras y Caretas* (en adelante *CyC*), N° 840, 7-11-1914.

²⁷ Carmen S. de Pandolfini, “Charla femenina”, *MA*, N° 189, 19-8-1914 y N° 190, 26-8-1914. Incluso Martín Gil, célebre divulgador de la astronomía y pronosticador del tiempo, asiduo colaborador de *La Nación*, encabezó sus vaticinios sobre un posible eclipse solar que tendría lugar en Europa con alusiones a la guerra: “Escribir en estos momentos sobre cuestiones que no huelan a pólvora o estopa, a bombardeos, incendios y degüellos, es decir, ocuparse de la real bestia humana desatada aunque no hambrienta todavía es perder tiempo y tinta” y en una inflexión discursiva que analizaremos con más detalle en el próximo capítulo, ironizaba: “¿Qué podríamos decir nosotros de todo esto, nosotros los salvajes de Sudamérica ante aquellos pueblos de razas absolutamente superiores como lo están demostrando y algunas de ellas, representantes de Dios en la tierra y a quien invocan pretendiendo asociarse a él para degollar y quemar con toda desenvoltura? Pues no podía negarse que el bombardeo de una ciudad de 100.000 almas como Belgrado y el incendio de otras, es un acto de cultura ultrasuperior y de elevadísima moral cristiana”. “Impresiones”, *LN*, N° 15316, 17-8-1914, p. 5.

estatales y privados cuyos principales clientes fueron los Estados nacionales, las empresas privadas y la prensa periódica.²⁸ Desde un primer momento, esas redes transportaron capitales, tecnologías, personas, noticias e ideas que posibilitaron la conformación de una economía atlántica ligada a las zonas de influencia del Imperio británico en Asia y en Sudamérica. Como parte de ese desarrollo comunicativo, a comienzos de la década de 1860 se inició el tendido de la red de cables submarinos entre Sudamérica, Europa y Estados Unidos. En un proceso no exento de conflictos con las empresas rivales de Francia, Alemania y Estados Unidos, las compañías británicas conquistaron una posición monopólica en el mercado de las comunicaciones del continente sudamericano.²⁹ Esa notable expansión de la comunicación global, no sólo estuvo integrada al desarrollo de la economía mundial entre 1870 y 1914, también fue una plataforma clave para una masiva diseminación de valores culturales e ideológicos que coincidió con en el momento de la modernización constitutiva de los Estados nacionales en Sudamérica.

Si bien existieron algunos antecedentes previos, el desarrollo de las comunicaciones internacionales en Argentina se produjo durante la presidencia de Domingo F. Sarmiento.³⁰ Gracias a esa labor, desde agosto de 1874 Argentina se hallaba en condiciones de comunicarse telegráficamente con Europa, utilizando los servicios de la River Plate Telegraph Company a través de Montevideo, Rio de Janeiro y Pernambuco y desde allí por el cable submarino hasta Lisboa. A pesar de la crisis económica que golpeaba a los mercados financieros desde el año anterior, este hecho revolucionó la vida política, comercial y cultural de ciudades como Buenos Aires, Montevideo y Rio de Janeiro. Las rápidas conexiones con algunos de los principales centros metropolitanos del mundo como Londres, París o Nueva York, implicaron que aquellos lugares tradicionalmente anhelados por las élites locales estuvieran ahora más al alcance de la mano.

En paralelo a este proceso, desde 1859 y mediante una serie de acuerdos sucesivos, las tres grandes agencias de noticias europeas, la francesa Havas (1835), la británica Reuters (1851) y la agencia Wolff de Alemania (1849), se “repartieron” los

²⁸ Cf. Dwayne R. Winseck y Robert M. Pike, *Communication and Empire. Media, Markets and Globalization, 1860-1930*, Durham-Londres, Duke University Press, 2007, p. 1.

²⁹ Para una descripción muy detallada sobre el tendido de los cables submarinos en la región véase: Jorma Ahvenainen, *The European Cable Companies in South America before de First World War*, Helsinki, Finnish Academy of Sciences and Letters, 2004.

³⁰ Sobre los orígenes de la telegrafía en la Argentina, cf. Horacio C. Reggini, *La obsesión del hilo. Sarmiento y las telecomunicaciones*, Buenos Aires, Academia Nacional de Educación, 2011.

territorios del mundo en diferentes áreas de influencia. En esta suerte de reparto colonial comunicacional, la agencia Havas obtuvo el “monopolio” informativo sobre Sudamérica aunque su impronta sobre el continente parece haber sido mucho más débil que la de Reuters en los dominios británicos.³¹ Las principales complicaciones para el dominio de Havas sobre Sudamericana provinieron de la barrera idiomática del francés en un continente hispanohablante y, sobre todo, de su falta de control sobre los medios de circulación de la información, lo que se tradujo en una conflictiva dependencia de las compañías británicas de cables submarinos.

En 1877, *La Nación* fue el primer diario porteño en suscribirse al flamante servicio de noticias de Havas y desde entonces, los principales diarios de Buenos Aires tuvieron un papel muy relevante en la geopolítica de la información de la agencia francesa en el continente. Tal es así que en 1902, cuando sus directivos consideraron necesario mejorar los vínculos con su clientes sudamericanos enviaron a Buenos Aires a Charles Houssaye, sobrino de Henri Houssaye, uno de los principales hombres de la agencia. Instalado en Buenos Aires desde 1902, la activa labor de este joven director general de los servicios de la agencia para América del Sur, comenzó a dar sus frutos: en 1908 Luis Mitre, director de *La Nación* llegó a un acuerdo con la agencia francesa por 250.000 palabras anuales además del servicio general. A finales de 1911, Mitre firmó un nuevo acuerdo con Havas por 500.000 palabras al año más el servicio general al que estaban por entonces abonados el resto de los grandes diarios locales.³²

Es difícil exagerar las implicancias que estas innovaciones tuvieron en el ámbito de la prensa local. La posibilidad de recibir información de las principales capitales del mundo gracias al uso de la telegrafía, modificó progresivamente la dimensión espacio-temporal de los diarios porteños, permitiendo un “achicamiento del mundo” que se tradujo en una presencia mucho más rápida y fluida de las noticias internacionales que se erigieron como una sección estable en un proceso que coincidió, no casualmente, con un incremento de los corresponsales extranjeros.

³¹ Pierre Frédéric, *De l'agence d'information Havas a l'agence France Presse. Un siècle de chasse aux nouvelles*, París, Flammarion, 1959, pp. 137-141. Reuters obtuvo el monopolio sobre las regiones de influencia del Imperio británico en África y Asia mientras que Wolff ejercía su influencia sobre los territorios de Alemania, el Imperio Austro-húngaro y Escandinavia. Posteriormente, el acuerdo entre las tres grandes agencias de Europa fue ampliado incorporando a la Associated Press de Nueva York para distribuir recíprocamente las informaciones en Europa y América. Cabe aclarar que todos los despachos enviados desde los Estados Unidos hacia Europa ingresaban en el continente vía Londres.

³² Frédéric, *op. cit.*, p. 281 y Rhoda Desbordes-Vela, “L'information internationale en Amérique du Sud: les agences et les réseaux, circa 1874-1919”, *Les Temps des Médias*, N° 20, Printemps-été 2013, p. 132. Cabe destacar que para recibir las noticias de Havas, *La Nación* y *La Prensa* utilizaban los servicios de la Western Telegraph Company.

Ese extenso entramado comunicacional fue una pieza clave para la cobertura periodística de la Gran Guerra en Buenos Aires. En agosto de 1914, los periódicos porteños recibían la información telegráfica a través de una compleja red de cables submarinos cuya procedencia solía ser explícitamente consignada en las secciones telegráficas dedicadas a la guerra europea (véase Anexo II). La vía más importante era la línea Galveston que conectaba a través del Pacífico Buenos Aires, Valparaíso, Iquique, Callao (Lima), Colón (Panamá), Nueva York y Londres. La compañía encargada de su administración, The Central and South American Company, contaba con un importante edificio propio en Buenos Aires, conocido popularmente como “el rascacielos de la Galveston”, ubicado en la esquina de Sarmiento y San Martín de donde partía un cable directo a las oficinas del diario *La Prensa* en la Avenida de Mayo 567. Por su parte, The Western Telegraph Company, que ocupaba desde 1910 el solar de la calle San Martín 333-337, donde antes había funcionado la redacción del diario *La Nación*, contaba con dos grandes líneas: la Madeira, que conectaba Buenos Aires con Rio de Janeiro, Pernambuco, la isla de San Vicente, Lisboa y Londres y, una segunda línea, la vía Ascensión, que unía Buenos Aires con Lisboa y Londres sin pasar por el Brasil. Por estos canales recibía su servicio teleográfico el diario *La Nación*. La tercera opción era la línea Talismán, también conocida como el cable “P.Q.”, perteneciente a la Compagnie Française des Télégraphes Sous-Marins pero que era utilizada por la compañía Galveston para comunicarse directamente con Francia empalmando la ruta del Pacífico con Nueva York y el puerto de Brest. Los alemanes contaban únicamente con la llamada línea Monrovia que unía la ciudad de Emden con Monrovia (en la actual Liberia) y Pernambuco, utilizando los servicios de la vía Madeira para unir el tramo entre Brasil y Buenos Aires, administrada por la Südamerikanische Telegraphengesellschaft.³³

Los conflictos y las tensiones preexistentes entre la agencia Havas y las empresas británicas encargadas de la administración de esta red de transmisión de la información desaparecieron por completo a partir de agosto de 1914. Durante las primeras semanas de la guerra, esta Entente Cordiale en el ámbito informativo entre la agencia Havas y las compañías británicas de cables submarinos se tradujo en un aumento notable del flujo de la información telegráfica del exterior en relación con los meses previos. Los diarios

³³ Jorma Ahvenainen, *The European Cable Companies in South America*, op. cit., pp. 377-378 y Félix Lima, “Como nos comunicamos telegráficamente con Europa”, *Fray Mocho* (en adelante, *FM*), N° 122, 28-8-1914.

La Nación y *La Razón*, que contrataba los servicios de las agencias Havas y Associated Press, duplicaron largamente la cantidad de palabras transmitidas en agosto de 1914 en relación al mismo mes del año 1913.³⁴ Por su parte, sólo en la primera quincena de septiembre de 1914, el servicio telegráfico de *La Prensa* recibió por la vía Colón (Panamá) desde Nueva York, 73.645 palabras en telegramas ligados exclusivamente a la guerra, los cuales eran recibidos en la propia sede del diario donde una oficina telegráfica contigua a la sala de redacción de esta sección trabajaba ininterrumpidamente desde las 3 de la tarde hasta las 5 de la mañana del día siguiente.³⁵ En contraste con este alto grado de organización, uno de los pocos periódicos porteños que en 1914 no contaba con un servicio telegráfico propio era el diario católico *El Pueblo*. Recién en 1921, en el marco de una oleada modernizadora que incluyó un aumento de la planta de redactores y la incorporación de nuevas secciones como policiales y deportes, contrataron los servicios de la agencia Havas.³⁶

La importancia del servicio telegráfico para la cobertura de la Gran Guerra implicó la puesta a prueba de una aceitada organización de las redacciones y una importante inversión económica no sólo en los servicios de las agencias de noticias y las compañías de cables submarinos sino también en la adquisición de los equipos necesarios para recibir y “traducir” los despachos telegráficos y en los salarios del personal especializado de telegrafistas.³⁷ Por ello, es posible afirmar que para algunos de los principales diarios de Buenos Aires, la coyuntura de la Primera Guerra Mundial

³⁴ De los 3103 despachos, con un total de 467.745 palabras del año 1913 durante el mismo mes de 1914 se habían transmitido 9954 telegramas conteniendo 1.491.964 palabras. El servicio internacional había aumentado en igual proporción pasando de los 1097 telegramas con 106.184 palabras en agosto de 1913 a 3313 telegramas con 317.000 palabras en el mismo mes de 1914. Cf. “La conflagración europea”, *LN*, N° 15333, 3-9-1914, p. 9 y “Comunicaciones telegráficas. Movimiento noticioso interno e internacional”, *La Razón* (en adelante, *LR*), N° 2751, 3-9-1914, p. 2. Muy presumiblemente, los prestadores de estos servicios comunicarían este tipo de datos a sus clientes ya que las cifras publicadas por ambos diarios son exactamente las mismas.

³⁵ “La guerra y la información telegráfica”, *La Prensa* (en adelante, *LP*), N° 16017, 17-9-1914, p. 8. Según Juan Rómulo Fernández, esa cifra se elevó a 170.000 palabras al finalizar el mes de septiembre de 1914. Cf. *Civilización argentina. La obra de La Prensa en 50 años*, Buenos Aires, Talleres Gráficos L. J. Rosso, 1919, pp. 66-67.

³⁶ Miranda Lida, *La rotativa de Dios: prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo, 1900-1960*, Buenos Aires, Biblos, 2012, p. 65.

³⁷ No existen datos sobre el costo de estos servicios durante los meses iniciales de la guerra pero en 1913, recibiendo un volumen de información mucho menor, *La Prensa* declaraba un costo mensual de \$ 42.000 m/n. Cf. *Guía Periodística*, p. 72. Enrique José Maceira, en sus memorias sobre el diario *La Prensa*, menciona que los costos del servicio de la agencia *United Press* durante la Gran Guerra era de unos 4000 dólares semanales. *La Prensa que he vivido*, Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo, 2006, p. 43. En cuanto a los servicios de las compañías de cables submarinos, Ahvenainen constata una sensible y progresiva disminución de los costos entre 1875 y 1914, *op. cit.* p. 385. Según consigna Félix Lima en su crónica sobre la visita al personal del servicio telegráfico de *La Prensa*, los telegrafistas trabajaban en turnos de 8 horas diarias y cobraban un sueldo mensual de 150 pesos oro.

implicó el inicio de un momento modernizador de sus redacciones e incluso de sus estilos. Durante las primeras semanas de la guerra, la jerarquía de estos servicios en la competencia por las primicias motivó, en algunos casos, la introducción de cambios en los diseños y formatos de los diarios, asignando un espacio mucho más destacado para la información telegráfica en la portada como una estrategia de visibilidad de las novedades recibidas. Paradójicamente, en ese aspecto la franja de los vespertinos se mostró mucho más proclive a incorporar los grandes titulares sobre la guerra e intercalarlos con fotografías e imágenes, lo que contrasta con las portadas muy poco vistosas de los diarios más tradicionales como *La Nación* y *La Prensa* los cuales, a pesar de contar con los mejores servicios telegráficos, seguían apegados a un diseño muy poco atractivo compuesto por pequeños anuncios clasificados que cubrían la totalidad de sus portadas.

El control sobre estos medios de transmisión de la información fue una de las primeras acciones de la política británica hacia el continente sudamericano. Pasada la medianoche del 4 de agosto de 1914, el Almirantazgo británico dio la orden al CS *Telconia*, un buque utilizado para el tendido y la reparación de cables submarinos, que cortara los cinco cables que comunicaban a Alemania con el mundo exterior incluido el que llegaba a Brasil desde Emden.³⁸ Es por ello que, como ha sostenido Horace Peterson, el primer acto de la propaganda inglesa fue, en realidad, un acto de censura.³⁹ El monopolio británico sobre los cables submarinos sumado a la negativa a transmitir telegramas alemanes y la intercepción de buques que transportaban correspondencia entre Alemania y Argentina, puso a los Imperios Centrales en una franca desventaja para afrontar esa guerra comunicacional.

De esta manera, la información recibida por los diarios locales procedía casi exclusivamente de los países aliados y las escasas noticias originarias de las Potencias Centrales eran tamizadas previamente por la censura británica por lo que la opinión pública porteña quedaba virtualmente sometida al monopolio de la información de las agencias de noticias aliadas como Havas y Reuters. Si bien, lo que los editores de los diarios porteños decidían hacer con esas noticias era una decisión personal o

³⁸ Al día de hoy persiste un debate acerca de si dicha acción fue realizada o no por el *Telconia*. Al respecto, véase Daniel Hendrick, *The Invisible Weapon: Telecommunications and International Politics, 1851-1945*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, p. 141, en especial la bibliografía señalada en la nota 7, p. 150. La información fue conocida y difundida en Buenos Aires al día siguiente de la medida británica: "Los cables telegráficos en poder de Inglaterra", *LR*, N° 2727, 6-8-1914, p. 1.

³⁹ Horace C. Peterson, *Propaganda for war. The Campaign against American neutrality, 1914-1917*, Norman, University of Oklahoma Press, 1939, pp. 12-14.

empresarial tomada en un contexto en el que imperaba la más absoluta libertad de prensa, la gama de posibilidades era limitada pues, en última instancia, esa enorme masa de información era preseleccionada desde una mirada francesa y británica comprometida con los hechos.

Todas estas cuestiones, obligaron a Alemania a la utilización de la radiotelegrafía para sus comunicaciones con el continente aunque este sistema presentaba algunas limitaciones técnicas que hacían más lenta la transmisión de la información y que su caudal fuera más limitado. El pilar de la telegrafía inalámbrica en Alemania era la poderosa estación de la compañía Telefunken ubicada en la ciudad de Nauen, en las afueras de Berlín, que enviaba regularmente información comercial y militar a las estaciones de Tuckerton y Sayville en Nueva York.⁴⁰ Desde allí, la información era retransmitida por una compleja red de cables a través de países neutrales como México, Guatemala, Colombia y llegaban a Buenos Aires, donde el principal diario de la colectividad, el *Deutsche La Plata Zeitung* y el vespertino *La Unión* eran los encargados de su publicación y distribución (ver Anexo III).⁴¹

Por su parte, el gobierno argentino al igual que la gran mayoría de las naciones beligerantes y neutrales sometió el flujo de las comunicaciones radiográficas a la órbita del Ministerio de Marina y mediante una serie de decretos trató de vigilar las comunicaciones realizadas por buques extranjeros en aguas territoriales argentinas. Los decretos publicados por el ministerio prohibían el uso de códigos secretos en las transmisiones telegráficas internacionales, el uso de estaciones de radio en los buques de países beligerantes en aguas jurisdiccionales argentinas y en buques mercantes argentinos. Además, se exigió a los barcos de bandera argentina que navegasen por el

⁴⁰ David Welch, *Germany, Propaganda and Total War, 1914-1918*, New Jersey, Rutgers University Press, 2000, pp. 22-29 y Heidi J. S. Evans, “‘The Path to Freedom’? Transocean and German Wireless Telegraphy, 1914-1922”, *Historical Social Research*, Vol. 35, N° 1, 2010, pp. 209-233. En el marco de la política comunicacional alemana durante la guerra, en 1916 fue estatizada la empresa *Transocean*, que pasó a depender del Ministerio de Relaciones Exteriores del Reich.

⁴¹ Katrin Hoffmann, *op. cit.*, p. 128. A finales de agosto, *El Diario* publicó una comunicación del Sr. Charles T. A. Bristow, miembro de la legación de Gran Bretaña en Buenos Aires, que daba cuenta de la ruta de la información radiográfica alemana y de sus receptores en Sudamérica. Según un radiograma interceptado por los británicos junto con el *Deutsche La Plata Zeitung* también recibía esa información el diario *La Prensa* aunque los textos tenían que ser “disfrazados”, es decir ampliados o cambiados, a fin de diferenciarlos de aquellos que se envían al diario de la colectividad. Cf. “Servicio noticioso alemán. Telegrama interceptado”, *ED*, N° 7706, 30 y 31-8-1914, p. 1. Al día siguiente, la denuncia fue retomada por el diario *La Argentina* que, en un recuadro destacado en su portada, denunciaba al diario de la familia Paz como un “órgano oficial alemán” en Buenos Aires. Como veremos en el capítulo siguiente, si bien es cierto que *La Prensa* tenía una política editorial no tan apegada a la aliadófila que caracterizó a otros colegas y daba cabida en sus páginas a la opinión de notorios simpatizantes de Alemania como, por ejemplo, Estanislao Zeballos, esta denuncia jamás pudo ser fehacientemente comprobada.

Río de la Plata que sus radiooperadores fuesen argentinos y que operaran en presencia de un funcionario del gobierno nacional.⁴² Este ministerio fue también el encargado de atender las recurrentes denuncias de los diarios más radicalmente aliadófilos acerca de la existencia de estaciones radiotelegráficas clandestinas en el país que operaban en favor de Alemania las cuales, amparadas generalmente en una defensa de la neutralidad estatal, buscaban instalar en la opinión pública porteña una cierta psicosis sobre el espionaje alemán en Argentina.⁴³

3. La guerra a través del cable. Censura telegráfica y manipulación informativa en los inicios de la guerra

Por supuesto que la incidencia de esa guerra comunicacional sobre los países neutrales no puede medirse sólo en cantidad de palabras transmitidas. La geopolítica de las agencias europeas en el continente sudamericano y el tejido de la red mundial de medios de transmisión tuvieron consecuencias concretas en el contenido de las noticias difundidas por las agencias europeas durante la Gran Guerra, favoreciendo una determinada representación del inicio de las hostilidades.

La extensión adquirida por el tendido de los cables submarinos y las mejoras en la velocidad de transmisión de las noticias posibilitaron que el estallido de la guerra se conociera casi simultáneamente en todos los confines del globo. “El anuncio del pavoroso conflicto pasó a la misma hora por todos los mares del mundo [...] en veinte minutos, prodigiosamente, el grito de alarma dio la vuelta al mundo, enviado de continente a continente como señales fabulosas”, comentaba el corresponsal italiano Luigi Barzini, en una crónica escrita para *La Razón* donde narraba sus sensaciones al enterarse del estallido de la guerra a bordo del buque *Alfonso XIII* que surcaba el Atlántico rumbo a Barcelona.⁴⁴ Sin embargo, aunque las noticias iniciales circularon con una notable velocidad, con el correr de los días esa fugacidad dio paso a un estancamiento y la información sobre la guerra fue cada vez más restringida debido al

⁴² Ministerio de Marina, *Memoria del Ministerio de Marina correspondiente al ejercicio 1914-1915*, Buenos Aires, Imprenta J. Weiss & Preusche, 1915, pp. 9-10.

⁴³ Véase, entre otras, “Instalaciones radiotelegráficas. Los alemanes en Buenos Aires”, *CRI*, N° 407, 31-10-1914, p. 4; “Violando la neutralidad. Oficina radiográfica clandestina”, *LA*, N° 3385, 23-10-1914, p. 5; “Efectos de la guerra en nuestro país. Las estaciones radiográficas en los buques de bandera argentina”, *LA*, N° 3433, 10-12-1914, p. 5; “Estaciones radiográficas”, *LT*, N° 673, 20-10-1914, p. 1; “Radiografía clandestina”, *LT*, N° 677, 24-10-1914, p. 1; “Radiotelegrafía. Estaciones clandestinas”, *LT*, N° 23-11-1914, p. 3.

⁴⁴ Luigi Barzini, “El anuncio de la guerra cruza los mares”, *LR*, N° 2761, 15-9-1914, p. 3.

accionar de los diferentes organismos de la censura europea. Desde el inicio de las hostilidades, los gobiernos beligerantes diseñaron mediante un complejo andamiaje institucional un sistema de censura que, orientando los contenidos mediáticos en una determinada dirección, contribuyó al esfuerzo de la nación mediante la propaganda de guerra y al control escrupuloso sobre la difusión de ciertas novedades.⁴⁵

Las restricciones que comenzaron a caer sobre la información procedente de Europa trajeron grandes inconvenientes para la prensa porteña. En un primer momento, la decisión británica de limitar al máximo la difusión de información ligada a la guerra produjo una merma considerable en las noticias que hizo imposible a los periódicos continuar con las ediciones extraordinarias y los suplementos de última hora que se imprimían desde finales de julio.⁴⁶ En las naciones beligerantes, el control impuesto por los gobiernos y, en especial, por los altos mandos militares, sobre la información ligada a la guerra generaba una actitud entre cautelosa y hostil hacia la prensa. Ventilar en las páginas de los diarios las posiciones de los ejércitos implicaba un gran peligro desde el punto de vista de la seguridad militar por lo que esa parquedad de la información respecto de los movimientos militares y navales era para los diarios locales un hecho comprensible y hasta justificable debido al riesgo de entregar información sensible al enemigo.⁴⁷ “No reprocharemos a Inglaterra la censura severa a que sujeta la información telegráfica”, comentaba con lucidez el diario *El Pueblo*, por el simple hecho de que “la publicidad es un arma de combate como otra cualquiera. Si en vez de Inglaterra la dominadora de los cables fuese Alemania, la información nos llegaría guisada en salsa alemana como nos llega ahora encuadrada en el molde del criterio inglés”.⁴⁸ En realidad, las quejas de los diarios locales apuntaban contra la excesiva severidad de la censura que alcanzaba también a telegramas cuyos contenidos eran totalmente ajenos a la guerra, como las comunicaciones de índole comercial o familiar,

⁴⁵ Para una mirada de conjunto sobre el desarrollo de la censura en los diferentes países combatientes pueden consultarse los trabajos reunidos en el libro de Troy Paddock (Edit.), *A call to arms. Propaganda, public opinion, and newspapers in the Great War*, Westport-Connecticut, Praeger, 2004.

⁴⁶ “La escasez de noticias telegráficas auténticas y comprobadas, nos decide a suprimir, como servicio regular, la edición extraordinaria que hemos venido dando a la circulación a las 7.30 p.m. desde el inicio de la guerra europea”, *ED*, N° 7689, 11-8-1914, p. 4. Véase también, “Los cables telegráficos en poder de Inglaterra. Censura rigurosa para las noticias de la guerra”, *LR*, N° 2727, 6-8-1914, p. 1 y “Sin noticias”, *LGBA*, N° 1202, 9-8-1914, p. 3.

⁴⁷ “Como era de esperar, cada día se hacen más escasa las noticias de las operaciones militares y navales [...] Todos los gobiernos interesados ponen las más serias cortapistas a las informaciones para el exterior referentes a los movimientos de sus ejércitos y escuadras porque temen que una noticia enviada de París o Londres o de Buenos Aires pueda llegar a Berlín o a Viena por la vía de Japón”. “Las noticias de la guerra. Parquedad explicable”, *LN*, N° 15313, 14-8-1914, p. 9.

⁴⁸ “Que sí y que no”, *EP*, N° 5066, 13-8-1914, p. 2.

lo que era considerado una violación a los derechos de los neutrales, exigiendo al gobierno argentino que tome cartas en el asunto y haga respetar su condición de país neutral ante el conflicto.⁴⁹

Otro gran inconveniente para los diarios porteños fue la actitud desleal de las agencias de noticias europeas que, aprovechando la urgencia por obtener novedades del teatro de las operaciones, continuaban transmitiendo noticias viejas y cobrando un elevado precio por dicho servicio lo que les ocasionaba un gran perjuicio económico:

La censura telegráfica establecida en Europa, nos coloca a los de este lado del océano en una situación por demás incierta y dudosa. Sin embargo, eso no les impide a las agencias el seguir mandándonos noticias de los días anteriores, con el plausible deseo de darnos información, pero con el efectivo resultado de cobrarnos el servicio. Estamos pagando noticias fiambres, haciéndonos eco de lo que ya sucedió e informando sobre acontecimientos pasados de moda. Lo único que en todo esto hay de verdad es que en Europa están en guerra; que Alemania queda al sur de Rusia [sic] y Francia al este de Alemania [...] Como se ve, no porque exista una completa censura va a dejar las agencias telegráficas de seguir enviando noticias relacionadas con la guerra.⁵⁰

Dado que una de las características de este sistema informativo era que la red debería funcionar siempre al máximo de sus posibilidades, esta situación será una constante a lo largo de los años que duró la guerra. A su vez, estos reclamos ante las “noticias basuras” revela la exigencia del mercado de noticias porteño y muestra a los diarios de Buenos Aires como unos clientes muy demandantes ante los prestadores de este oneroso servicio informativo.

Junto con esta dimensión “económica” de la censura, la tendenciosidad de la información recibida por los diarios locales fue otro de los graves problemas durante las semanas iniciales de la conflagración. La posición hegemónica que detentaban en Sudamérica las compañías británicas de cables submarinos al iniciarse la guerra es un dato clave para comprender cómo, en una labor conjunta con las agencias de noticias aliadas y, en particular, con la agencia francesa Havas, condicionaron una determinada representación de los inicios de la Gran Guerra en la prensa local. Aunque este tipo de noticias suelen ser bastante escuetas, un análisis de las secciones que contenían los cables y telegramas procedentes de Europa muestra claramente la existencia de

⁴⁹ Cf. “Comunicaciones telegráficas. El egoísmo de la guerra”, *LR*, N° 2733, 13-8-1914, p. 3 y “Comunicaciones con Europa. Severidad inútil de la censura para los telegramas comerciales”, *LR*, N° 2738, 19-8-1914, p. 1.

⁵⁰ “Censura telegráfica”, *LR*, N° 1199, 6-8-1914, p. 4.

omisiones, tergiversaciones y, sobre todo, una evidente intencionalidad en favor de la Triple Entente, que se debía a la procedencia de la información.⁵¹

En rigor, las sospechas de tergiversación e intencionalidad recaían sobre la información telegráfica desde el inicio de la guerra austro-serbia. A finales de julio, cuando todavía el conflicto no se había extendido al resto del continente, *La Razón* afirmaba: “Las noticias que recibimos a este respecto, se resienten de contradicciones según sea su origen y punto en el que haya sido expedidas, dando o quitando gravedad al asunto así como informadas de criterio optimista o pesimista de acuerdo con los intereses políticos o económicos que estén de por medio”.⁵² Sin embargo, esa intencionalidad se hizo mucho más evidente en el modo de anunciar los movimientos de los ejércitos durante las primeras semanas de la guerra. Sin dudas, las polémicas más fuertes sobre la veracidad de la información estuvieron relacionadas con la ofensiva alemana de 1914.

Como es sabido, el jefe del Estado Mayor alemán, el conde Alfred von Schlieffen, había diseñado un plan militar previendo una lucha en dos frentes el cual, con escasas modificaciones introducidas posteriormente por Helmuth J. L. von Moltke, fue puesto en marcha en agosto de 1914. Todo el diseño del plan se basaba en un cálculo de los tiempos necesarios para desplegar las movilizaciones generales ya que mientras Alemania y Francia podían completar sus movimientos en aproximadamente dos semanas, por sus dimensiones territoriales, las deficiencias de su tendido ferroviario y el número de sus hombres, el Imperio Ruso necesitaba al menos seis semanas para concentrar el grueso de su ejército en la frontera austríaca. Conforme con ello, la estrategia diseñada por Schlieffen contemplaba arrojar todas sus fuerzas contra el enemigo más fuerte en una imponente ofensiva de más de un millón de hombres dirigida hacia el norte de Francia violando la neutralidad de Bélgica y Luxemburgo. Debían derrotar y controlar rápidamente a Francia en el oeste antes de que se completara la movilización rusa para luego replegar a casi todos los efectivos y atacar junto con las divisiones del ejército austrohúngaro en el frente oriental. A simple vista, era evidente que las expectativas de ganar la guerra se cifraban en una acción relámpago

⁵¹ Patricia Vega Jiménez ha constatado la existencia de tendencias similares en sus estudios sobre la prensa centroamericana, también dependiente de las agencias de noticias aliadas. Véase, “Primicias de la Primera Guerra Mundial en la prensa costarricense (1914)”, *Cuadernos de Inter.c.a.mbio*, Año 4, N° 5, 2007, pp. 271-308 y “¿Especulación desinformativa? La Primera Guerra Mundial en los periódicos Costa Rica y El Salvador”, *Mesoamérica*, N° 51, enero-diciembre de 2009, pp. 94-122.

⁵² “A través de los telegramas”, *LR*, N° 2721, 30-7-1914, p. 3.

en el frente occidental: siete de los ocho cuerpos del ejército alemán comenzaron a desplegarse hacia Francia el 2 de agosto de 1914.⁵³

Aunque con algunas dificultades, el plan marchaba según lo estipulado teniendo en cuenta que hasta la batalla del Marne, que tuvo lugar a pocos kilómetros de París a comienzos de septiembre de 1914, los combates en el frente occidental fueron, en líneas generales, satisfactorios para el avance alemán siendo retrasada su marcha solamente por la inesperada resistencia del ejército belga. Sin embargo, la forma en que la prensa local presentaba las noticias compone un cuadro donde el movimiento y la victoria acompañan casi siempre a los ejércitos de la Triple Entente.⁵⁴ Esa tendenciosidad se manifiesta a través de los grandes titulares que coronaban las secciones telegráficas y que direccionan la información en favor de las tropas aliadas en ambos frentes de batalla mientras que las referencias sobre el ejército alemán lo muestran constantemente rechazado y sufriendo un importante número de bajas que lo obligan al repliegue.⁵⁵ Ese discurso triunfalista sobre los movimientos de tropas durante las semanas iniciales de la contienda y los desmentidos sobre el avance de la ofensiva alemana debió que ser morigerado, incluso en los diarios más afines a los aliados, al hacerse pública la decisión del gobierno francés de trasladar provisionalmente su sede de gobierno de París a Bordeaux. Este hecho obligaba a reconocer, al menos implícitamente, que el avance alemán sobre la capital francesa era una amenaza real y concreta. Sin embargo, luego de

⁵³ Sobre el trasfondo militar que rodea al Plan Schlieffen y la ofensiva alemana del '14 pueden consultarse, entre otros: John Keegan, *Opening Moves: August 1914*, Nueva York, Ballantine, 1971; Arden Bucholz, *Moltke, Schlieffen and Prussian War Planning*, Londres, Berg, 1991 y Terence Zuber, *Inventing the Schlieffen Plan. War German Planning, 1871-1914*, Nueva York, Oxford University Press, 2003.

⁵⁴ Por supuesto que este fenómeno no es exclusivo de la prensa porteña. En Francia, recién el 29 de agosto de 1914, a instancias del nuevo Ministro de Guerra, Alexandre Millerand, fue comunicada a la prensa francesa la situación real del avance alemán que se encontraba a poco kilómetros de París y, de hecho, el 3 de septiembre la sede del gobierno se trasladó preventivamente de París a Bordeaux, en una muestra clara de la gravedad de la situación. Cf. Michael Nolan, "Press and Propaganda in France in the Opening Months of the Great War", en *A Call to Arms, op. cit.*, p. 63.

⁵⁵ Cf. "Importantes pérdidas de los alemanes", *LP*, N° 15979, 10-8-1914, p. 6; "La batalla de Lieja. Grandes pérdidas de los invasores", *ED*, N° 7685, 6-8-1914, p. 1; "Grandes pérdidas alemanas", *ED*, N° 7687, 8-8-1914, p. 1; "20.000 alemanes rechazados en la frontera francesa", *LA*, N° 3304, 3-8-1914, p. 1; "Nuevos detalles del combate de Lieja. Regimientos enteros de alemanes son diezmados al atravesar un terreno llenos de minas", *LA*, N° 3309, 8-8-1914, p. 1; "Victorioso avance de las tropas francesas en Bélgica y Alsacia", *LA*, N° 3317, 16-8-1914, p. 1; "Enormes pérdidas de los alemanes en Bélgica. Soberbio gesto de Inglaterra. El avance de los rusos continúa victoriosamente. Los alemanes y austrohúngaros sufren numerosas derrotas en la toda la línea fronteriza", *LA*, N° 3324, 23-8-1914, p.1; "Los austríacos son derrotados siete veces en las puertas de Belgrado", *LA*, N° 3309, 8-8-1914, p. 1 y "Invasión rusa. El ejército austríaco derrotado. Gran carnicería", *ED*, N° 7705, N° 29-8-1914, p. 1.

ese breve *impasse*, el discurso triunfalista se incrementó durante las batallas del Marne y luego en la llamada “carrera hacia el mar”.⁵⁶

El análisis de los servicios informativos de los diarios locales también demuestra la existencia de una gran cantidad de noticias “falsas”. Si bien estas pueden deberse a los cientos de rumores no confirmados que circulaban desde el inicio de la guerra cabe destacar que, no curiosamente, este tipo de noticias siempre comprometen a las Potencias Centrales en actos censurables o contribuyen a mostrar un clima de caos y debacle en sus retaguardias. Los diarios porteños informan, por ejemplo, sobre el estallido de una sublevación en Praga ferozmente reprimida por la monarquía austrohúngara o la declaración de guerra entre Alemania e Italia, una noticia de gran resonancia en Buenos Aires dada la enorme cantidad de italianos que residían en el país.⁵⁷ También comunican la muerte de líderes políticos antibelicistas, como el caso del diputado socialista alemán Karl Liebknecht, opositor a la participación de Alemania en la guerra, supuestamente pasado por las armas a mediados de agosto ante la negativa de prestar servicio en el ejército alemán.⁵⁸ Otra muerte anunciada por varios diarios fue la del general Otto von Emmich, responsable del asedio de Lieja, el cual según varias noticias procedentes de Francia se había quitado la vida ante la imposibilidad de batir el fuerte de dicha ciudad.⁵⁹ La posterior desmentida de esta noticia dio lugar a la sorna de *El Nacional*:

El generalísimo Von Emmich goza de buena salud... al menos por el momento. Ayer el telégrafo le hizo volar el cráneo con casco y todo. El hombre, ante el desastre de sus tropas, muertas en más de su mitad al pie de los fuertes de Lieja, resolvió incorporarse a sus huestes difuntas y se decretó cadáver haciéndose reventar el cofre divino. Un aviador francés había presenciado el hecho y hasta le vio la pistola al desgraciado jefe prusiano en el momento preciso en que disparaba el tiro. Hoy, la misma información telegráfica, nos

⁵⁶ “Retirada completa de las tropas imperiales”, *LA*, N° 3345, 13-9-1914, p. 1; “Fracaso completo del plan germano”, *LA*, N° 3346, 14-9-1914, p. 1, “El desastre alemán toma proporciones considerables”, *LA*, N° 3347, 15-9-1914, p. 1. El diario *Crítica* (en adelante, *CRI*) era todavía más explícito en sus titulares. A mediados de octubre resumía la situación de los ejércitos alemanes con un lacónico titular: “Siempre p’atrás”, N° 318, 16-10-1910, p. 1.

⁵⁷ “Sublevación en Praga. Violenta represión”, *ED*, N° 7697, 20-8-1914, p. 1 y “Alemania declara la guerra a Italia”, *EN*, N° 15506, 6-8-1914, p. 5; “La declaración de guerra de Italia a Alemania”, *CRI*, N° 311, 9-10-1914, p. 1; “Un nuevo protagonista”, *LGBA*, N° 1254, 9-10-1914, p. 1. Al día siguiente, *La Razón* publicó una aclaración de la agencia Havas, aclarando los motivos del equívoco informativo: “El telegrama transmitido ayer por la agencia Stefani de Italia a la agencia Havas de Buenos Aires (hoja núm. 3), comunicando *Il Messaggero* anuncia la participación de ese país en la guerra, debe ser rectificado. El texto de ese despacho ha llegado mutilado por la censura, que ha suprimido una palabra. Esa palabra esencial, que no ha llegado y que conjeturamos sea Portugal, explica la natural interpretación errónea dada al telegrama y supones que es Portugal y no Italia que participará en la guerra”. “Aclaración de la agencia Havas”, *LR*, N° 2783, 10-10-1914, p. 3.

⁵⁸ “Karl Liebknecht. Fusilado por negarse a prestar servicio”, *LR*, N° 2735, 15-8-1914, p. 2.

⁵⁹ Otra versión sostenía que el suicidio era un acto de abnegación para evitar la muerte de miles de sus hombres en un asalto sin sentido. Cf. “Abnegación de un general”, *LGBA*, N° 1210, 19-8-1914, p. 1.

comunica que el Emperador Guillermo lo ha amonestado seriamente a Von Emmich, por haberse excedido en sus ataques a Lieja contrariando órdenes terminantes al respecto. No creemos que la flema de los alemanes y sus rígidas ordenanzas lleguen hasta establecer apercibimientos a los difuntos y nos inclinamos a creer que el café que ha recibido Von Emmich es por haber empuñado su pistola contra sí mismo frente al enemigo, y lo que es más grave aún, sin haber dado fuego. El piloto explorador ha visto la paja en el ojo ajeno...es decir, el tiro del generalísimo alemán y en cambio no se ha apercibido del berrinche feroz de Guillermo, que cabrerísimo gesticulaba con grandes movimientos de brazos, retándolo a Emmich, ni tampoco vio la inmensa línea del ejército alemán que a esas horas ya avanzaba compacta hacia la frontera francesa.⁶⁰

Las ironías de *El Nacional* buscaban poner en evidencia algunos absurdos de la información telegráfica, en este caso en particular, el hecho de que el supuesto suicidio haya sido “verificado” desde el aire por un aviador francés, y alertar sobre las contradicciones recurrentes de las noticias que llegaban a las redacciones de los diarios locales. Un caso muy similar ocurrió con la supuesta muerte del senador brasileño Bernardino do Campos. Desde un primer momento la información que rodeaba el hecho fue muy confusa. Según el diario *La Mañana* había sido atacado a culatazos por una patrulla de soldados alemanes mientras viajaba en tren junto a su esposa con rumbo a Suiza y fue arrojado a las vías donde agonizó hasta morir mientras que *El Diario* consigna que su muerte había ocurrido en Stuttgart tras un ataque de un grupo de soldados alemanes y *La Gaceta de Buenos Aires* sostenía que había sucedido en la ciudad de Berna en Suiza, “donde se había dirigido con objeto de buscar alivio a una dolencia”.⁶¹

La noticia exaltó un sentimiento antialemán por entonces muy extendido en Buenos Aires. Inmerso en ese clima, *La Mañana* publicó un suelto furibundo contra el accionar de los germanos, protestando en nombre de los principios más elementales de la civilización y encolumnándose detrás de las posibles reclamaciones del gobierno brasileño: “el gobierno del Brasil exigirá explicaciones y contará en esa exigencia con el apoyo decidido de todas las naciones cultas. No necesitaba Alemania fundar tanta universidad y proclamar tanto su adelanto moral y científico para terminar en la tolerancia o en la sanción, mejor dicho, de esa barbarie que se está realizando diariamente”.⁶² Al día siguiente, el hecho fue desmentido oficialmente por el propio Ministro de Relaciones Exteriores de Brasil, el Dr. Lauro Müller, obligando a un pedido

⁶⁰ “La guerra a través del cable. Las bombas...telegráficas”, *EN*, N° 15518, 18-8-1914, p. 4.

⁶¹ “El senador Bernardino Campos. No existe comprobación oficial”, *ED*, N° 7690, 12-8-1914, p. 2; “El Dr. Bernardino de Campos. Un conflicto probable”, *EN*, N° 15512, 12-8-1914, p. 4; “Dr. Bernardino Campos. Muerto en Berna”, *LGBA*, N° 1204, 12-8-1914, p. 3.

⁶² “Un atentado alemán”, *LM*, N° 1289, 12-8-1914, p. 1.

de disculpas expresadas por Roberto de Laferrère en su habitual columna, “Apuntes del día”: “Al doctor de Campos nadie le ha hecho nada y goza de buena salud. Con este motivo, nuestro redactor se ha indignado nuevamente”.⁶³

Ahora bien, más allá de la parcialidad de la información y de los fines propagandísticos implícitos en ella, pudieron existir errores relacionados con la propia naturaleza del sistema de transmisión de la información. El uso de la telegrafía implicaba la participación de un gran número de personas que conformaban una extensa cadena de manipuladores de la información entre el emisor y el receptor (corresponsal, telegrafista, agencia nacional, traductor, telegrafista, agencia central, redactor, distribuidor mundial), por lo que era habitual la existencia de lagunas o errores en la información no necesariamente ligados a una tergiversación intencional. Un elemento que también pudo haber contribuido a incurrir en errores involuntarios es el inusitado ritmo de trabajo que la transmisión de las novedades de la guerra imprimió a los servicios telegráficos de los periódicos porteños. Incluso un diario tan poco condescendiente frente a las manipulaciones de la información como *El Nacional* reconocía que debido a la novedad de la guerra “la cocina arregladora de telegramas funciona a veinte caballos por hora y la deducción o fantasía, unida en tantos casos al desconocimiento completo del teatro de la guerra, hace producir acontecimientos inauditos y acciones militares de acuerdo con mapas y situaciones geográficas ignoradas hasta ahora”.⁶⁴

El desconocimiento de la geografía en la que se producían los desplazamientos de las tropas durante las primeras semanas de la guerra es otro elemento a tener en cuenta para evaluar algunas de las incongruencias de la información telegráfica. Para el sobresalto de los francófilos argentinos y la algarabía de los alemanes y sus simpatizantes locales, un error en la interpretación de los despachos telegráficos podía situar a los ejércitos del káiser a pocos kilómetros de París o en las cercanías de Brabante, en Bélgica, dada la existencia de varias localidades europeas con el mismo nombre: Saint Quentín o Quintín.

Lo que hoy conocemos como la Batalla de Saint Quintín, también llamada Batalla de Guisa, tuvo lugar los días 29 y 30 de agosto de 1914 en la región de Aisne en

⁶³ “El senador Bernardino Campos. Ni ha sido muerto ni ha sido asaltado”, *ED*, N° 7691, 13-8-1914, p. 4; “Asesinato de Bernardino de Campos. Desmentido oficialmente”, *LGBA*, N° 1205, 13-8-1914, p. 1; “Cosas de la guerra. El caso del senador Campos”, *LN*, N° 15314, 15-8-1914, p. 8; “Apuntes del día”, *LM*, N° 1290, 13-8-1914, p. 1.

⁶⁴ “La guerra y las mentiras telegráficas”, *EN*, N° 19507, 7-8-1914, p. 5.

Francia, en el marco del avance alemán hacia París. Sin embargo, a mediados de agosto se desató una polémica entre *La Argentina* y *La Prensa* por un supuesto enfrentamiento entre alemanes y franceses en Saint Quintín que es un caso testigo de la precariedad de la información que manejaban los periódicos porteños. El sábado 15 de agosto, *La Prensa* aseveraba que el gobierno argentino había recibido un telegrama informando la inminencia de una batalla en las inmediaciones de Saint Quintín, “al sudoeste de Namur y próximamente a 140 kilómetros de París”.⁶⁵ El mismo día, *La Argentina* y el propio Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. José Luis Murature, desmentían haber recibido un telegrama oficial con dicha información. Y al día siguiente, un extenso artículo firmado por el “Capitán Belfort” arremetía contra las imprecisiones del “venerable y anacrónico” colega de la mañana.⁶⁶ Para agregar todavía más confusión, *El Nacional* defendía una tercera posibilidad, la existencia de un Saint Quintín en las cercanías de Brabante, en Bélgica donde, según la información del embajador argentino en Holanda, León Guessalaga, todavía se encontraban los ejércitos alemanes.⁶⁷

⁶⁵ “La guerra. Noticia oficial importante”, *LP*, N° 15984, 15-8-1914, p. 7

⁶⁶ “La incomprensible confusión hecha anteayer por el venerable y anacrónico diario *La Prensa*, al lanzar a la circulación las especies más descabelladas y antojadizas con imperturbable solemnidad de oráculo, ha provocado en el público una sorpresa increíble, que LA ARGENTINA ha trocado en unánime carcajada con determinar exactamente la verdadera posición de “Saint Quintín”, que se presentaba por *La Prensa* como inminente a sufrir un ataque de las avanzadas alemanas. La explicación dada por el diario francés de la mañana de que se trata de una pequeña localidad belga de ese nombre no nos parece satisfactoria [...] Más lógico es atenerse a la hipótesis que patrocinamos, de una acción francesa contra el monte San Quintín, situado en las inmediaciones de Metz, punto estratégico de primer orden”. Capitán Belfort, “La ofensiva francesa. El Saint Quintín de *La Prensa*”, *LA*, N° 3318, 17-8-1914, p. 4. También *La Gaceta de Buenos Aires* se inclinaba por la localidad cercana a Metz, “La geografía y la guerra”, N° 1207, 15-8-1914, p. 3.

⁶⁷ “Anteayer a la tarde el telégrafo nos comunicaba otra nueva sensación. Se esperaba de un momento a otro una gran batalla entre alemanes y franceses [...] El origen de la noticia no podía ser mejor y estaba ratificada por una comunicación oficial recibida en el ministerio de relaciones exteriores de nuestros representantes en Holanda. El choque tremendo debía verificarse en las inmediaciones de Saint Quintín. Aunque nuestro diplomático en Holanda, don León Guessalaga, extraña un poco el ambiente y echa a rodar cada bola como un queso del país de Guillermina, sin embargo, la noticia produjo un cierto azoramiento y gran efervescencia, sobre todo entre los alemanes aquí residentes. Ferflujten, “tortazo francoises” scholnes. Frrrunden der Kaiser und deutsches fraterland in “San Quintinos”. Y no era para menos, si se considera que Saint Quintín se halla en Francia a muy corta distancia de París, sólo a dos horas escasas de ferrocarril. [...] Pero es que resulta que hay muchos San Quintines; tres o cuatro en Francia, uno en Filipinas, otro en Bélgica y hasta entre nosotros, si bien es sólo un modesto baratillo de la calle Moreno. El Saint Quintín belga al que se refiere el telegrama se encuentra en Brabante a corta distancia de Bruselas...”. “La de Saint Quintín. Gran alarma disipada. Confusión geográfica”, *EN*, N° 19516, 16/8/1914, p. 1.

4. Las reacciones de la prensa porteña ante la guerra comunicacional

Las posturas de los diarios porteños ante este tipo de situaciones conformaron un arco bastante ecléctico. Ya sea por incredulidad, por simpatía con alguna de las naciones de la Entente o por el simple hecho de que no había muchas más alternativas a las que recurrir, la mayoría de los diarios locales se limitó a difundir la información proaliada sin hacer públicamente ningún tipo de referencia a las manipulaciones, tergiversaciones e incoherencias que ésta pudiera contener. Incluso, algunos diarios como *La Razón*, aun a sabiendas de las posibles manipulaciones o contradicciones de la información, decidieron publicar todo lo que llegaba a sus redacciones para que el público pudiera formarse por sí mismo una idea sobre los acontecimientos, una manera elegante de excusarse por los errores u omisiones que los cables pudieran contener que no le impedía seguir llenando páginas con noticias tendenciosas en nombre de la “equidad informativa”.⁶⁸

En el otro extremo, las publicaciones ligadas a la causa alemana denunciaron sistemáticamente la información tendenciosa publicada por la prensa local al amparo de la censura británica. Fundado el 31 de octubre de 1914 por Hermann Tjarks, el director del *Deutsche La Plata Zeitung*, el diario *La Unión* fue el intento más importante de disputar el monopolio aliado de la información en Buenos Aires. Este vespertino era subsidiado por la legación alemana en Buenos Aires y contaba con el apoyo financiero de las principales industrias y casas comerciales alemanas radicadas en Argentina.⁶⁹

⁶⁸ “Cumple pues renunciar a muchos conceptos y noticias que el cable transmite; nos limitamos a consignarlas tal como llegan, para atestiguar a existencia de las informaciones [...] Pero no somos responsables de las omisiones que contengan por lo mismo que la censura no ha de permitir que nos lleguen más que aquellos relatos o anuncios que no perjudiquen o que convengan a las naciones censoras. En ese sentido, ha de haber una deficiencia que no nos es posible subsanar. Austria y Alemania, la contraparte de este litigio, están aisladas de nosotros [...] Al publicar, pues, todo lo que nos llega, cumplimos con el deber de dar satisfacción a la ansiedad pública [...] pero bueno es, en nombre de la equidad con que juzgamos los acontecimientos europeos y de la amplitud con la que servimos a nuestros lectores, fijar el criterio unilateral de la información que llega a Buenos Aires, por la deficiencia que comportaría la solidaridad con las omisiones u errores de datos o conceptos, que la censura nos obliga a aceptar, como única fuente”. “Servicios telegráficos de *La Razón*. Agencia Havas y corresponsales especiales”, *LR*, N° 2730, 10-8-1914, p. 3. Para avalar esa decisión, desde comienzos de octubre, la página dedicada a la sección de cables y telegramas sobre la guerra era acompañada por un recuadro que destacaba: “Los originales de todos los telegramas de la guerra que el diario publica en sus ediciones están a la vista del público en el hall de la administración”. “Telegramas de la guerra”, *LR*, N° 2775, 1-10-1914, p. 4.

⁶⁹ Cf. Percy Alvin Martin, *Latin America and the War*, Gloucester, Massachusetts, Peter Smith, 1965 [original inglés 1925], pp. 16, 180 y 182; Ronald Newton, *German Buenos Aires, 1900-1933. Social change and cultural crisis*, Austin & Londres, University de Texas Press, 1977, p. 35 y María Inés Tato, “The Battle for Public Opinion: the Argentine newspaper *La Unión* during the Great War”, en Olivier

Hasta entonces, las noticias procedentes de Alemania y la defensa de los Imperios Centrales sólo tenían cabida en los periódicos de la colectividad alemana (el *Deutsche La Plata Zeitung* y el *Argentinisches Tageblatt*) y turca (*Assalam* y *La Bandera Otomana*) los cuales, por cuestiones idiomáticas, circulaban en el seno de la comunidad y sus simpatizantes pero ejercían una influencia muy limitada sobre el conjunto de la opinión pública local.

Sin embargo, ese combate por revertir un clima informativo antialemán, contó con dos efímeras experiencias previas a la fundación del diario *La Unión*. La primera de ellas fue el *Boletín Germánico*, publicado en agosto de 1914 por el Comité Pro Germania y dirigido por Walter Klug. Este vespertino tenía una edición diaria de 4 páginas y se autoproclamaba como el “Defensor de los intereses de las colectividades germánicas”. Lamentablemente, no se ha conservado en Argentina ninguna colección de esta temprana experiencia editorial de la germanofilia local. La segunda publicación que se erigió como una defensora solitaria de los intereses de Alemania hasta la fundación de *La Unión* fue la revista *Ecos Gráficos*. Dedicada originalmente al mundo de las artes gráficas (venta de maquinarias e insumos, notas sobre cuestiones técnicas, etc.) el origen germano de sus directores, Gotardo Hoffmann y Jacobo Stocker, hizo que fuera reorientada hacia una campaña en favor de la causa alemana.

Gran parte de sus esfuerzos estuvieron destinados a denunciar las “calumnias” publicadas en la prensa local al amparo de la censura británica y a desnaturalizar las informaciones recibidas por los periódicos porteños, “ese tejido de infames mentiras que nos vienen desde Inglaterra por medio de sus cables”, las cuales eran tomadas en estas tierras como verdades a raíz del escaso conocimiento de Alemania que tenían los directores de los diarios. Con el objetivo de romper el monopolio de la información aliada, *Ecos Gráficos* publicaba traducciones de noticias oficiales procedentes de Alemania o de otros países neutrales rogando “no sólo a los nuestros amigos personales del periodismo sino a todos los diarios y periódicos de provincias que estén interesados en que todos sus lectores conozcan la exacta verdad den cabida en sus columnas a nuestras correspondencias”.⁷⁰

En el número siguiente, Hoffmann y Stocker firmaban un jactancioso editorial que pretendía demostrar de qué manera las denuncias de la revista junto a las actividades de

Compagnon – María Inés Tato (Eds.), *Toward a history of the First World War in Latin America*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert Verlag, [en prensa].

⁷⁰ “La guerra europea”, *La Guerra Europea. Suplemento especial de Ecos Gráficos*, N° 57-58, septiembre-octubre de 1914, p. 3.

la comunidad germana radicada en Argentina, habían abierto una brecha en el bloqueo aliado de la información gracias a la cual “varios de nuestros clientes amigos, dueños o directores de publicaciones del interior de la República, se han dado cuenta de que las noticias que ellos publican en sus hojas, sobre los acontecimientos de la guerra, son en su mayor parte mentiras inglesas y de la agencia Havas”.⁷¹ Los editores se comprometían a enviar a todos aquellos periódicos que así lo deseen un servicio informativo compuesto de artículos y noticias sobre la guerra procedentes de Alemania y a continuación publican una serie de cartas en respuesta a una circular enviada previamente en la que se denunciaba la censura británica y se ofrecía este peculiar servicio noticioso.

Curiosamente, luego de dedicarse casi íntegramente a esta campaña antibritánica durante varios meses, a partir de enero de 1915 la cuestión de la guerra y las campañas informativas ocuparon un lugar muy marginal en *Ecos Gráficos*. Sin dudas, la revista formó parte de una red financiera, política y cultural gestada para dar impulso y difusión a informaciones u opiniones afines a Alemania y son un claro indicio de ello la existencia de avisos publicitarios del flamante periódico *La Unión* en el número de *Ecos Gráficos* de noviembre de 1914 y la presencia de los mismos artículos en ambas publicaciones.⁷² De hecho, es posible conjeturar una suerte reemplazo entre ambos emprendimientos pues una vez que *La Unión* salió a la luz y se constituyó en el principal vocero de la prensa proalemana en Buenos Aires, *Ecos Gráficos* retornó a sus habituales menesteres ligados a la industria gráfica.

La denuncia contra la censura y la guerra comunicacional ocuparon también un espacio central en las páginas de *La Unión*. Aunque el editorial programático de su

⁷¹ Hoffmann & Stocker, “Ecos Gráficos contra la mentira”, *EG*, N° 59, noviembre de 1914, p. 409.

⁷² Por ejemplo, “¡Americanos!” de la Sra. L. Niessen-Deiter, publicado originalmente en el *Hamburger Tageblatt*, se reprodujo en *Ecos Gráficos*, N° 59, noviembre de 1914, pp. 405-408 y posteriormente en *La Unión*, N° 5, 5-11-1914, pp. 6 y 7. Leonor Niessen Deiter fue una periodista alemana, corresponsal en Sudamérica del periódico liberal *Koelnische Zeitung* y la segunda esposa de Ernesto Quesada. Según Pablo Buchbinder, ambos se conocieron cuando la periodista le realizó una entrevista a su padre Vicente en septiembre de 1913. Por aquel entonces, Ernesto había puesto fin a su vínculo matrimonial con Eleonora Pacheco. En agosto de 1914, Quesada recibió una carta de Leonor solicitándole su colaboración en la defensa de Alemania ante la opinión pública sudamericana. Él se comprometió con esa misión y le solicitó que le enviara regularmente materiales para defender la posición alemana mientras tanto Leonor se ocuparía de hacer conocer sus trabajos en el *Koelnische Zeitung*. Sin embargo, ese vínculo que inicialmente estuvo sostenido en su naturaleza intelectual y cimentado por intereses y afinidades comunes, a partir de 1915 adquirió un tono amoroso. En 1919, finalizada la guerra, Deiters viajó a Buenos Aires y se unió a Quesada. Cf. Pablo Buchbinder, *Los Quesada. Letras, ciencias y política en la Argentina, 1850-1934*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, p. 214. En ese marco debe comprenderse la elogiosa semblanza de Leonor realizada por Quesada en la revista *Germania* (en adelante, *GER*), “Leonore Niessen Deiter”, *GER*, N° 4, 16 de julio de 1915, s/p.

presentación está marcado por todas las reglas de cortesía y cordialidad para con sus colegas, esperables en un diario que sale a la luz, a renglón seguido los editorialistas reconocían la mera formalidad de esas saluciones. Los objetivos del diario apuntaban claramente a romper con la hegemónica difusión de noticias proaliadas que había generado un clima abiertamente antialemán en Buenos Aires. Aunque, según *La Unión*, los diarios no eran los responsables directos de ello sino las noticias tendenciosas que reciben y la prisa con la que se trabaja que “no permite analizar siempre el texto de 3000 o 4000 palabras que el telégrafo europeo le suministra noche a noche”.⁷³ Es por ello que las rectificaciones que publicará *La Unión* “no serán hechas a los diarios, y sí a las noticias, o mejor, a la tendenciosidad de esas noticias, de la que sólo es responsable la censura británica”. Diariamente, en una sección llamada “Depuración de noticias sobre la guerra” se contrastaban las distintas maneras de presentar la misma información según su procedencia. Con el objetivo de evidenciar la manipulación se reproducían en dos columnas paralelas las noticias que habían llegado por cable con mediación de la censura inglesa y aquellas recibidas por la radiotelegrafía alemana para hacer visibles las diferencias. Del mismo modo, desde el martes 8 de diciembre de 1914, el diario *Crítica*, uno de los más radicales defensores de la causa aliada, comenzó a publicar en tapa la “Sección *La Unión*” en la cual polemizaba diariamente con las noticias aparecidas en dicho matutino.⁷⁴

Una postura alternativa fue la de aquellos diarios que manifestaron abiertamente su incredulidad y su escepticismo ante la información aliada. La polémica en torno a la toma del sistema de fortificaciones de la ciudad de Lieja, sobre el que se cifraba gran parte de las expectativas de poder detener el avance alemán, evidencia algunas de esas críticas en medio de una información contradictoria sobre el verdadero destino de la estratégica ciudadela belga cuyo control era vital para el plan alemán. Al parecer, una de las estrategias usadas por las agencias aliadas para incrementar el heroísmo de los belgas fue presentarlos combatiendo siempre en inferioridad de condiciones, lo cual generalmente era cierto, mientras que el número de hombres de los ejércitos alemanes derrotados era incrementado y exagerado hasta el absurdo. Al respecto el diario *El*

⁷³ “A nuestros colegas”, *LU*, N° 1, 31-10-1914, p. 1. El artículo-programa, “Nuestros propósitos”, *ibídem*. Uno de los avisos publicitarios sobre *La Unión* publicado en *Ecos Gráficos* dejaba en claro sus principales objetivos: “Propenderá al conocimiento de la verdad para contrarrestar la propaganda injusta y difamatoria que el telégrafo y la prensa inglesa, desde muchos años atrás, sistemáticamente han seguido contra la cultura alemana”. “*La Unión*. Diario de la tarde”, *EG*, N° 61-62, enero-febrero de 1915.

⁷⁴ Cf. Sylvia Saítta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 41.

Pueblo comentaba: “Ese ejército alemán que atacó a Lieja, de despacho en despacho, fue ascendiendo: de cuarenta mil alemanes creció hasta ciento veinte mil, treinta mil de los cuales habrían quedado sobre el campo de la formidable contienda. Y luego de tanto horrorizante detalle, nada. Que entraron en Lieja los alemanes y que no entraron... ¡Vamos! Era lo único que faltaba: que ni el telégrafo fuese el progreso que hemos creído”.⁷⁵ Las quejas del anónimo comentarista de *El Pueblo* son un claro indicio de la incomodidad de algunos periódicos porteños ante las evidentes manipulaciones de la información por parte de los aliados.

De hecho, varios diarios de Buenos Aires, que también recibían sus noticias telegráficas de Inglaterra y Francia a través de las compañías británicas de cables submarinos, trataron de mantener una postura equidistante brindando una versión mucho más congruente sobre el verdadero estado del avance alemán que permitiera desmentir las noticias más escandalosamente parciales o tendenciosas. Un claro ejemplo de esta posición crítica frente a la información procedente de Europa puede verse en *El Nacional*, que ya a mediados de agosto denunciaba “las mentiras telegráficas que han tenido hasta ahora nuestra opinión completamente perturbada” y sostenía la completa derrota de los belgas en Lieja, más allá de las exageraciones novelescas sobre su resistencia “como así mismo los malos tratos y hasta los fusilamientos que se atribuyen a las fuerzas invasoras”.⁷⁶ Durante los meses iniciales del conflicto, *El Nacional* buscó insistentemente advertir a sus lectores sobre las mentiras y tergiversaciones que contenía la información procedente del teatro de las operaciones, denunciando que “los telegrafistas de ultramar nos consideran demasiado ingenuos, pues son estupendas las confabulaciones que nos ofrecen”.⁷⁷ Como podrá advertirse en el apartado siguiente, dedicado al humor gráfico y escrito motivado por esta faceta comunicacional del conflicto europeo, las posturas críticas ante la manipulación informativa revelan la presencia de un tipo de periodista avezado en el arte de la producción de las noticias que puede intuir los contrasentidos y las manipulaciones de la información pero también un

⁷⁵ “Que sí y que no”, *EP*, N° 5066, 13-8-1914, p. 2. Como se ha señalado, *El Pueblo* no reprochaba la aplicación de la censura por parte de Inglaterra pero sí exigía una mayor sutileza en su aplicación pues “pretender que las armas de la triple entente tengan un poder destructor infalible y las de alemanes y austríacos apenas ofendan, cual lo estamos viendo a diario, no es ni con mucho favorecer a ingleses, franceses, belgas y rusos: es fin de cuentas crear la incredulidad del público en todas las noticias de la guerra [...] ¿Para qué impresionar el sentimiento general con noticias que luego se desautorizan. Si hay una censura, ella debería ser garantía por lo menos para la realidad de lo que anuncia”. *Ibidem*.

⁷⁶ “La guerra europea. Triunfo completo de los alemanes contra los ejércitos en Bélgica”, *EN*, N° 15520, 20-8-1914, p. 3.

⁷⁷ “El arte de mentir”, *EN*, N° 19560, 30-9-1914, p. 1.

público lector muy entrenado en la lectura cotidiana de diarios y revistas que rápidamente detectaba una manipulación demasiado burda de la información.

Para el citado diario, aún con la escasa información con la que contaban los lectores porteños, era evidente que el plan alemán marchaba según lo estimado siguiendo su propósito de pasar por Bélgica “barriendo o aislando todo aquello que lo incómoda y es lo que ha conseguido en el presente dominando su ejército todo el territorio de ese país a excepción de Bruselas y Amberes”. Sus desmentidos también apuntaban contra las supuestas pérdidas que habían sufrido los alemanes, las cuales eran insignificantes en relación a la potencialidad de su ejército y que, por el contrario, esos combates habían servido para “aguerrir a sus soldados, familiarizarlos con el combate y dar cohesión a sus numerosos engranajes de hombre y máquinas”.⁷⁸

Esta postura también fue compartida por el anónimo escritor del diario *Tribuna* que casi diariamente daba vida a una columna llamada “La Gran Guerra. Consideraciones” que consistía casi íntegramente en comentarios sobre la guerra basados en los cables y telégrafos publicados por los diarios porteños y comentarios en torno a la prensa extranjera recibida por correo y que permite analizar no sólo los diferentes “usos” de la información internacional sino también algunas de las estrategias utilizadas por los diarios porteños de menor envergadura para cubrir las expectativas de los lectores sobre la guerra careciendo de un aceitado servicio informativos del extranjero y de corresponsales propios. En relación al debate sobre los alcances y los límites de la información internacional sobre la conflagración europea, a mediados de septiembre, este comentarista local de la Gran Guerra sostenía que “Aun descartando las noticias falsas dadas por telegramas ídem, se puede seguir esta gran guerra en nuestra capital como en pocas o tal vez, ninguna parte no sólo por la cantidad sino por la calidad de elementos que suministran los diarios nuestros, no solo en informes, sino en

⁷⁸ *Ibidem*. En su informe de 1919 sobre la prensa argentina, Luis Maisonnave afirmaba, exageradamente, que *El Nacional*: “Ha sido el único diario porteño netamente germanófilo durante la guerra. En política interior es conservador”, *op. cit.*, p. 12. Si bien es cierto que con el correr de los años el diario adquirió un discurso más explícitamente defensor de Alemania, esa postura no estaba tan claramente definida durante los meses iniciales del conflicto. De hecho, el reconocimiento de la gravedad que implicaba el avance alemán sobre París no lo eximió de tener un altercado con uno de los principales periódicos de la colectividad germana, el *Deutsche La Plata Zeitung*, por un suelto llamado “Los gestos guerreros de la monarquía”, según el cual Alemania debía de ser considerada como la principal responsable por el desencadenamiento de la guerra. Cf. “*Deutsche La Plata Zeitung*”, *EN*, N° 15525, 25-8-1914, p. 1. Uno de los pocos diarios que mereció el elogio de la colectividad alemana por su rectitud en la información de la guerra fue *Tribuna*, publicando en sus páginas los elogios del *Deutsche La Plata Zeitung* a su servicio que informativo el cual “no se hace lo que en los demás colegas, en cuanto a las noticias alemanas se refiere, que las reducen o las suprimen totalmente. *Tribuna* las da a conocer en toda su amplitud”. “*Tribuna* y la guerra. Juzgando nuestras informaciones”, *TRI*, N° 7163, 21-8-1914, p. 1.

excelentes gráficos, reproducidos y propios; y el que no los da, tiene el comentario interesante”.⁷⁹

Para este tipo de diarios que pretendían mantener una postura equidistante frente a los beligerantes resultaba complejo poder explicar cómo esos ejércitos alemanes, que según las informaciones telegráficas eran continuamente derrotados y sufrían enormes bajas en cada enfrentamiento, continuaban impertérritos en su avance, batiendo cada uno de los objetivos fijados por el plan Schlieffen. Esta contradicción no escapó a las ironías de un comentarista de *La Gaceta de Buenos Aires*:

Si nos fuésemos a llevar por el pesimismo de las noticias del teatro de la guerra, con respecto a los pretendidos contrastes de las fuerzas alemanas, tendríamos que aceptar que este ejército está en vísperas de su total aniquilamiento. Cada escaramuza, cada combate, cada pelea parcial, arroja en su contra un porcentaje inconcebible de muertos, heridos y prisioneros y el mundo no puede menos que admirar cómo son de muchos los alemanes y cómo nunca se acaban [...] Si hiciéramos la suma de todas esas bajas, equivaldrían a la totalidad del ejército de la frontera. Lo que nos resulta extraño es que las fuerzas aliadas no hayan llegado todavía a Berlín con tantas victorias y no nos explicamos cómo, después de sus innumerables fracasos, los alemanes se encuentren hoy camino de Bruselas y a pocos kilómetros de Nancy.⁸⁰

Este desmesurado número de bajas de los ejércitos del káiser era el complemento de la imagen negadora del avance alemán que diariamente enfatizaban los grandes titulares de las secciones de cables y telegramas sobre la guerra europea, tan exageradas que hacía dudar de la existencia misma de los ejércitos alemanes. Una imagen que se contradecía con la efectividad de la ofensiva alemana, al menos, hasta el giro militar que supuso la batalla del Marne a comienzos de septiembre de 1914.

5. Los usos del cable: humor y telegrafía en los albores de la Gran Guerra

En el análisis de los posicionamientos de la prensa porteña ante esa guerra comunicacional habría que destacar, por último, las recurrentes apelaciones del humor gráfico y escrito al tema de la información telegráfica y los diversos problemas motivados por la aplicación de la censura y la manipulación informativa. Sin dudas, una

⁷⁹ “La Gran Guerra. Consideraciones”, *TRI*, N° 7187, 18-9-1914, pp. 1 y 2. En análogo sentido, más allá del gesto complaciente para con el diario que lo tenía como corresponsal y representante en Francia, en una crónica escrita a finales de diciembre de 1914, Julio Piquet afirmaba que los servicios informativos de *La Nación* era muy superiores comparados con los diarios franceses que tenía a la vista: “para los que no tenemos más fuente de información que los periódicos franceses, resulta de gran interés, a pesar del mes y pico de atraso, la crónica telegráfica de la guerra que publica *La Nación*”. Julio Piquet, “Desde Burdeos. Vacaciones forzosas”, *LN*, N° 15447, 26-12-1914, p. 3.

⁸⁰ “Incertidumbre”, *LGBA*, N° 1207, 15-8-1914, p. 3.

de las cuestiones que motivó la mayor cantidad de burlas fueron las contradicciones y los sinsentidos de la información telegráfica que obligaban a los desmentidos posteriores. Desde las páginas de *El Pueblo*, Julio Franco hacía referencia a la “confusión mental” padecida por el telégrafo, una “neurosis” que se exteriorizaba en la enunciación simultánea de acontecimientos contradictorios: “la toma de Lieja coincide con 30 mil bajas alemanas; los franceses evacúan a Mulhouse, antes de rendirla; los austríacos destruyen a Belgrado; los rusos dejan Varsovia; las escuadras se pulverizan; los aeroplanos chocan con los Zeppelines y otras fantasías del corresponsal, que el encargado de la sección telegráfica de los periódicos tiene el deber de diluir con su facundia para alimentar las ansias del respetable público”.⁸¹

Ante este tipo de incoherencias, fruto de las manipulaciones y la tergiversación deliberada, *Caras y Caretas* iba más allá y profetizaba la insania mental no ya del telégrafo sino de los lectores, sujetos a un ejercicio de lectura esquizoide y alienante de noticias falsas, desmentidas, equivocadas y malintencionadas: “el Dr. Cabret teme, y con razón, que el cuarenta por ciento de los que se han entregado con pasión a la lectura de los telegramas de la guerra, pasen a ser sus pensionistas. Se funda en ello, por la disparidad de las noticias y el abuso que se hace de desmentidos, no siendo posible en ningún modo extraer una verdad de tal cúmulo de aventuras”.⁸² La humorada hacía referencia al Dr. Domingo Felipe Cabred (1859-1929) médico psiquiatra y sanitarista argentino, famoso por establecer en la localidad bonaerense de Open Door, cerca de Luján, un establecimiento para el tratamiento de alienados a puertas abiertas que fue el primero de este tipo en Sudamérica.

Incluso un género tan circunspecto como el de la información telegráfica dio lugar al humor gráfico y escrito, apelando a diferentes juegos de palabras que imitaban la diagramación y el tipo de escritura de los cables, utilizando la jerga idiosincrática de esta sección. Un ejemplo de este tipo de reescritura de la información telegráfica puede verse en la sección editorial de la revista *P.B.T.* de mediados de agosto que hacía referencia a la guerra imitando la escritura de las secciones telegráficas y que comenzaba así:

Sin mi responsabilidad ni garantía ahí van los “despachos” procedentes de las “despachaduras” de mis corresponsales en el “viejo” mundo, que parece haber llegado a la “senectud” y encontrarse en el periodo “agónico”: *San Petersburgo*.— El plazo para contestar el ultimátum de Alemania “expiró” a las doce. Ha sido el primer muerto de la

⁸¹ Julio Franco, “Pinceladas”, *EP*, N° 5066, 14-8-1914, p. 2.

⁸² “Comentarios”, *CyC*, N° 830, 29-8-1914.

campaña. Los “órganos” de la prensa están llenos de “notas” y “cantos” patrióticos.– Se ignora quién “tocará” las consecuencias.– No se da con la “tecla” para evitar el conflicto. Se ha “sostenido” un cambio de telegramas que tiene “tres bemoles”, con Alemania, pero no se ha logrado un “compás de espera”. De “tono destemplado” de algunos “órganos” se destacan “notas subidas”.⁸³

Durante los primeros meses del conflicto también el humor gráfico apeló a estos temas como un medio para expresar una crítica a la manipulación de la información sufrida por los diarios locales. Una tira cómica de Manuel Redondo publicada en *Caras y Caretas* y titulada sugestivamente “Macaneo telegráfico” (Figura 1), giraba íntegramente en torno a las contantes marchas y contramarchas de la información. Como puede verse en ella, la muerte del General alemán “Grosso” en Luxemburgo que, según se informara oportunamente en la viñeta anterior, había sido provocada por un ataque de frente en el que hubo 10.000 bajas alemanas y 20.000 francesas, fue un error de traducción pues en realidad el mencionado general alemán: “andaba diversión Luxemburgo, sufrió ataque cerebral, del que sucumbió, por hacer 10.000 solitarios barajas francesas, 20.000 alemanas”. Del mismo modo, la escena espeluznante que había sido presenciada desde las alturas de la Torre Eiffel, en la que los alemanes pasaban por las armas, degollaban y luego se comían las cabezas de miles de civiles belgas en la frontera con Francia era desmentida en la siguiente viñeta pues en realidad: “Los alemanes son artista cine; impresionando película; los muertos sólo son de hambre, los degollados son carneros al asador. Cabezas que comen son de corderito”. Junto con estas ironías sobre los desmentidos telegráficos hay alusiones a noticias locales relacionadas con la guerra como la prohibición de exportar harina y la remisión

⁸³ “Charlas del pebete”, *P.B.T.*, N° 507, 15-8-1914. Cabe aclarar que la influencia de los servicios informativos en la racionalización del discurso periodístico de la prensa porteña no se limitó al plano humorístico. En el contexto de la Gran Guerra, el control militar sobre la información incidió fuertemente en la redacción y el lenguaje de los cables que adquirieron un tono muy particular. Lo que al parecer eran términos “neutros” dieron lugar a una serie de polémicas respecto a cómo narrar e interpretar esos nuevos conceptos: ¿el movimiento de las líneas del frente era el resultado de una “retirada” o más bien de un “reagrupamiento táctico” de las tropas en vista a una nueva avanzada? ¿En base a qué número de muertes las bajas eran consideradas “menores” o “enormes”? En este sentido, Raimundo Manigot, colaborador de *La Argentina* y posteriormente, factótum de los periódicos francófilos *La Razón Francesa* y *La Acción Francesa*, entraba de lleno en esta discusión de eufemismos y términos bélicos, en particular, de aquellos provenientes de los radiogramas alemanes enviados desde la estación de Sayville. Luego de hacer gala de una francofilia rutilante, ponderando la organización del ejército francés, Manigot compone con un tono pedagógico un verdadero decálogo sobre los términos presentes en los telegramas y cómo debían ser leídos e interpretados. De esta manera, los lectores se anoticiaban que “el término ‘frontera’ no está, en la defensa nacional, supeditado estrechamente a la demarcación geográfica, sobre todo cuando en el límite cercano propiamente dicho la región, por las condiciones naturales del terreno, coloca a la defensa en situación desventajosa en relación con el despliegue del adversario”. Del mismo modo, “‘repliegue’ está lejos de sinonimizar derrota” pues las condiciones tácticas pueden exigir en determinados casos que la línea de defensa sea retrasada varios kilómetros. En suma, dado que la guerra es “un juego de ajedrez” que “comprende acciones y reacciones” la moraleja del comentarista era: “no interpretar erróneamente el sentido literal de las noticias”. Raimundo Manigot, “De la guerra”, *LA*, N° 3330, 29-8-1914, p. 4.

del oro desde las legaciones argentinas en el exterior y otras totalmente ajenas a la contienda como, por ejemplo, las denuncias sobre la adulteración de vinos en Mendoza. Como puede verse en la viñeta final, toda la tira apunta contra una de las raíces del problema, la figura de los cronistas, que incapaces de acceder al frente de batalla, daban rienda suelta a la fantasía y el invento. En este caso, el corresponsal era un militar que en una misiva al director del periódico para el que trabaja decía hallarse en una situación calamitosa, pasando hambre y sed y sometido a marchas constantes cuando en realidad se encontraba en un bar bebiendo champagne, fumando un puro y acompañado por una señorita.

Dado que las revistas ilustradas se publicaban una vez por semana, es evidente que este tipo de humor entablaba un diálogo y un guiño cómplice con los lectores que habían seguido los avatares de la guerra a través de los diarios y que estaban al tanto de las noticias a las que aludían más o menos críticamente esos juegos de palabras y esas imágenes burlescas. Este tipo de humor no sólo fue una forma catártica de transitar la angustia y la ansiedad que producía la guerra europea sino también un medio para expresar una actitud crítica ante la manipulación de la información que recibían los diarios porteños. Los diferentes usos y operaciones intelectuales a las que fueron sometidas las noticias telegráficas por parte de los semanarios populares y los magazines ilustrados buscaban producir relatos alternativos de las noticias procedentes de Europa que publicaban los grandes diarios locales apelando a la reproducción total o parcial de sus contenidos, muchas veces sacados de contexto y comentados cáusticamente.

A su vez, a juzgar por la recurrencia con la que el humor gráfico y escrito insistía sobre esta “capacidad inyectiva” de los cronistas y redactores, es posible conjeturar que también era recurrente la invención de cables y noticias telegráficas por parte de los diarios locales. Una de las viñetas de la tira “La Semana Cómica”, que el dibujante Pelayo publicaba en *Mundo Argentino*, mostraba al editor de un periódico solicitando al operario, que se encontraba al lado de una máquina funcionando a todo vapor, más telegramas fabricados en la trastienda del diario. El diálogo es desopilante: “– ¡Rápido, diez telegramas! / – ¿Favorables a la Triple alianza o a la Triple entente? / – ¡Surtidos... surtidos!”.⁸⁴ Al parecer, la “invención” de ciertas noticias relacionadas con la guerra o

⁸⁴ “Noticias de la guerra”, *MA*, N° 190, 26-8-1914. Casi dos meses después, Pelayo volvía a incluir la cuestión de la invención de las noticias sobre la guerra en su tira cómica: “– Sr. Melinita: dice el director que no mate más de cincuenta mil personas / – No puede ser; porque ya maté setenta mil y no es cosa de

el “retoque” sobre los textos de noticias publicadas con anterioridad fueron algunas de las estrategias adoptadas por los diarios porteños ante la progresiva merma de la información que ocasionaban la aplicación de la censura y la congestión de las líneas telegráficas. Tal vez, estas prácticas permitan explicar por qué las secciones de noticias telegráficas sobre la guerra se tornaban cada vez más frondosas a medida que las novedades eran cada vez más exiguas e imprecisas.⁸⁵

“Como nadie puede preguntar por teléfono”, se quejaba un anónimo comentarista de *La Gaceta de Buenos Aires*, “ni mandar mensajeros al sitio de las operaciones, para ver lo que hubiese de verdad en lo que ocurre, los diarios se entretienen en poner de su cuenta lo que el cable no les transmite y en ofrecernos páginas enteras de episodios imposibles, que el pobre público no puede afrontar”.⁸⁶ Uno de esos episodios fue descubierto por el diario *Tribuna* y denunciado, no sin ironías, en un extraordinario suelto donde mencionaba haber detectado “curiosas similitudes” entre la descripción del terreno donde tenía lugar un cruento enfrentamiento entre los ejércitos alemanes y los aliados de la Entente con ciertos rasgos de la descripción de la batalla de Waterloo realizada por Víctor Hugo en *Los Miserables*:

La Nación tiene un redactor que ha visitado la llanura de Waterloo. Así lo acredita al menos un suelto excelente, aparecido en su número de ayer, describiendo el terreno donde probablemente las fuerzas anglo-franco-belgas van a librar un terrible combate contra el poderoso ejército alemán. No obstante, lamentamos sinceramente la semejanza entre ese artículo de nuestro colega y la descripción magistral que hiciera Víctor Hugo en *Los Miserables*. Acaso se trate de un caso de memoria subconsciente. Pero de todos modos convengamos que, la llanura de Waterloo no debe permanecer actualmente idéntica hasta en sus más insignificantes detalles al año en que Víctor Hugo la visitara por primera vez.⁸⁷

resucitar a veinte mil. Milagros no se hacen todos los días”. “Información de la guerra”, *MA*, N° 198, 21-10-1914.

⁸⁵ Por supuesto, estas prácticas no eran novedosas. Antes de que el conflicto se masificara y que los británicos impusieran la censura sobre la información telegráfica, el Emir Emin Arslan, asiduo colaborador de *La Nación*, advertía al público contra las informaciones alarmistas enviadas por razones políticas, económicas o por los corresponsales de guerra ávidos de una noticia sensacional y recordaba al “famoso Wogner, corresponsal de un diario de Viena, el cual no habiéndose podido incorporar al ejército búlgaro, refugiábase en un café de Sofía, donde imaginaba las batallas, enviando sus relatos a todos los ámbitos del mundo”. “La nueva guerra”, *LN*, N° 15299, 31-7-1914, p. 7. Tampoco se limitaban necesariamente a un contexto bélico. En sus memorias, el experimentado periodista José Antonio Saldías, que pasó por las redacciones de *La Razón*, *Última Hora* y fue uno de los fundadores de *Crítica*, menciona lo que en la jerga se llamaba “inflar el telegrama”: un escueto telegrama era utilizado como el esqueleto de una nota más amplia construida con los giros y los clichés característicos de la sección a la que estaba destinada la noticia inventada. Cf. *La inolvidable bohemia porteña. Radiografía ciudadana del primer cuarto de siglo*, Buenos Aires, Freeland, 1968, p. 34.

⁸⁶ “Carrera de noticias”, *LGBA*, N° 1212, 21-8-1914, p. 1.

⁸⁷ “Víctor Hugo y *La Nación*”, *TRI*, N° 7162, 20-8-1914, p. 1.

El anónimo comentarista de *Tribuna* aludía a un suelto publicado en *La Nación* el 19 de agosto bajo el título “En el teatro de la guerra — Waterloo — La gran batalla de la hora presente”. Cotejando el texto es posible afirmar que el descubrimiento de *Tribuna* no es tan genial como parece pues el autor del suelto publicado en *La Nación* brinda ciertas pistas y menciona al pasar que “Hugo, cuya prosa y cuyos versos hicieron para la posteridad la pintura más fulgurante y más trágica de esa batalla, vio en su desenlace la mano de Dios”.⁸⁸ Pero también es cierto que el artículo de *La Nación* presenta como propios largos pasajes tomados casi literalmente de los capítulos I y II del libro primero de la segunda parte de *Los Miserables* —en particular, la descripción de la aldea de Hougomont, del camino de Ohain y el episodio del pozo de agua que fue rellenado con los cadáveres luego de la batalla— escamoteados a Víctor Hugo y expuestos como los dichos e impresiones de un visitante reciente al mítico campo de batalla.

Este pequeño episodio revela la pervivencia de viejas prácticas de lectura recíproca como así también de antiguas formas de polémica que fueron características de la prensa periódica del siglo XIX, el escenario de batallas políticas, foro de opiniones facciosas, el espacio privilegiado para el surgimiento y la circulación de ensayos literarios y científicos. Esa dimensión dialógica de los periódicos porteños emerge como una de las estrategias privilegiadas para emprender una crítica burlona de los servicios informativos utilizados por los diarios más tradicionales y “serios” de la ciudad como *La Nación* y *La Prensa*.

Esas imágenes revelan también las artimañas utilizadas por los diarios porteños para llenar páginas con supuestas “novedades” sobre la guerra. Una estrategia no menos deshonesto aunque probablemente menos trabajosa que la “invención” de ciertas noticias parece haber sido el “retoque” para su reutilización de los cables publicados con anterioridad. Una portada interna de la revista *Fray Mocho* ilustrada por José María Cao (Figura 2), hacía referencia a esta práctica condensada en la figura del “redactor modernista”, que nada tenía que ver con el movimiento literario y estético impulsado por Rubén Darío. En ella, un joven conversa sobre su mesa de trabajo con otro colega de la redacción sobre su nuevo empleo:

- ¿Estás empleado en la redacción?
- Soy redactor modernista.

⁸⁸ “En el teatro de la guerra – Waterloo – La gran batalla de la hora presente”, *LN*, N° 15318, 19/8/1914, p. 5.

– ¿Y qué es eso?

– Modernizo los telegramas de la guerra, publicados hace tres días y los vuelvo a publicar.⁸⁹

Ahora bien, independientemente de estas diferentes posturas de los periódicos locales ante esa guerra comunicacional, es posible afirmar que una de las principales consecuencias que tuvo la colaboración de las agencias de noticias con el esfuerzo bélico de sus respectivos gobiernos fue el progresivo desmoronamiento de esa geopolítica de la comunicación basada en los acuerdos previos entre las grandes agencias de noticias europeas y la Associated Press de Nueva York. Esa larga y eficaz alianza comenzó a resentirse desde el momento en que estalló la Gran Guerra y perdió gran parte de su efectividad cuando los respectivos gobiernos acudieron a la propaganda para presentar una versión del mundo deformada y cerraron sus fronteras para el intercambio de noticias entre las potencias centrales y los aliados de la Entente.

Los altos costos del mantenimiento del servicio, las restricciones para recibir información de todos los países combatientes sumados a las imprecisiones, las noticias falsas y los desmentidos de los servicios informativos motivaron los reclamos por parte de los directores de los principales diarios de Buenos Aires. A sólo un mes de haberse iniciado la guerra, el 30 de agosto de 1914, Jorge Mitre, director de *La Nación*, se quejaba en duros términos ante los directivos de la agencia Havas en París a causa de la negativa de entregar comunicados oficiales de Alemania a sus clientes sudamericanos porque el gobierno francés le había pedido a la agencia que sólo transmitiera información oficial de la Entente. “¿Sin noticias alemanas ni austríacas en su servicio? Nos están tomando el pelo”, escribió Mitre y a renglón seguido daba por finalizado su contrato con la agencia francesa.⁹⁰ En su intento por obtener un servicio informativo más diverso, Mitre le ofreció a Melville Stone, director general de la Associated Press, la clientela del diario *La Nación*. Pero como el acuerdo previo entre ambas agencias establecía la preeminencia de Havas sobre Sudamérica, a pesar de tratarse de uno de los diarios más importante del continente, los directivos de la agencia neoyorkina no pudieron aceptar la suculenta oferta realizada por Mitre.

Si bien esas negociaciones se mantenían entre bambalinas, este hecho constituye un claro ejemplo del modo en que la Gran Guerra comenzó a erosionar y tensionar las tradicionales delimitaciones de los mercados de las comunicaciones entre las grandes

⁸⁹ “Un nuevo oficio”, *FM*, N° 121, 21/8/1914.

⁹⁰ “Pas de communiqués allemands ni autrichiens dans vos service? Vous vous moquez de nous”, citado por Frédérix, *op. cit.*, p. 305. La traducción es mía.

agencias informativas, impulsado en parte por las búsquedas de los directivos de los principales diarios locales de servicios informativos menos tendenciosos. Los intentos de Havas para tratar de contener la expansión de las agencias norteamericanas no pudieron evitar que en 1916, la United Press de Nueva York ingresara en el mercado sudamericano de las comunicaciones.⁹¹ De esta manera, la posición privilegiada de Havas sobre el mercado de comunicaciones sudamericano, establecido en 1890, comenzaba una declinación definitiva a manos de las agencias norteamericanas.

En el marco de esa guerra comunicacional librada desde un primer momento sobre la opinión pública de los países neutrales, los límites entre la información y la propaganda se hicieron muy difusos. La censura ejercida por Inglaterra sobre las compañías de cables submarinos que transmitían las noticias desde Europa condicionó fuertemente la forma en que los inicios de la Gran Guerra fueron comunicados por los diarios de Buenos Aires, manipulando la información en favor de las armas de la Entente y generando un ambiente hostil y contrario a Alemania. Probablemente sin ser conscientes del todo, la mayoría de los diarios porteños se prestó tácitamente a esa campaña aliadófila. Ya sea por incredulidad, por simpatía con alguna de las naciones de la Entente o por el simple hecho de que no había muchas más alternativas a las cuales recurrir, la mayoría de los diarios locales se limitaron a difundir la información aliada sin hacer públicamente ningún tipo de referencia a las manipulaciones, tergiversaciones e incoherencias que ésta pudiera tener

Sin embargo, algunos diarios como *El Nacional* y *Tribuna*, sin ser unos defensores radicales de la causa germana, denunciaron constantemente las mentiras y falsedades que transmitía el telégrafo y trataron de mantener una postura equidistante de las potencias en pugna. La puesta en marcha del diario germanófilo *La Unión* y la

⁹¹ Sobre las negociaciones de la United Press con *La Nación* y *La Prensa* véase: Joe Alex Morris, *Hora de cierre a cada minuto. Historia de la United Press*, Buenos Aires, Ediciones Gure, 1959 [original inglés 1957], pp. 110-120.

apelación por parte de Alemania a otros soportes tecnológicos, como la radiotelegrafía, fueron un intento de contrarrestar esa hegemónica difusión de noticias favorables a la Entente.

La labor conjunta de las agencias de noticias europeas y las compañías de cables submarinos fue clave para difundir una versión tendenciosa sobre el conflicto europeo, apelado a la censura y la manipulación informativa en favor de la Triple Entente. Antes que cualquier otro tipo de explicación, este hecho permite comprender la mayoritaria simpatía de la opinión pública porteña con las fuerzas de la Entente. Sin embargo, más allá de esa hegemónica difusión de información proaliada, las opiniones vertidas por los diarios de Buenos Aires no pueden comprenderse únicamente por ese particular clima informativo. Muchas de esas impresiones y opiniones sobre la guerra se basaban en diferentes tipos de simpatías o afinidades con los países combatientes que eran largamente preexistentes al conflicto y que también contribuyen a comprender las interpretaciones y los alineamientos de las publicaciones periódicas porteñas ante la Gran Guerra, los cuales serán analizadas en el próximo capítulo.

Capítulo II

Frente a la hecatombe europea. Diagnósticos y posicionamientos de la prensa de Buenos Aires ante los inicios de la Gran Guerra

Asistimos, señor presidente, a una de las desgracias más hondas que registra la historia, a la lucha militar entre algunos de los países que marchaban al frente de la civilización. Los comprometidos y los estados que probablemente serán arrastrados, están íntimamente ligados a la Argentina por razones de familia, morales y económicas, y la intensidad de esta vinculación ha sido demostrada por la profunda emoción que ha producido en Buenos Aires y en toda la República la noticia de la guerra.

Discurso del Dr. Estanislao S. Zeballos
en la Cámara de Diputados de la Nación,
3 de agosto de 1914¹

Estas palabras del diputado Estanislao Zeballos, pronunciadas en una de las primeras sesiones parlamentarias que tuvieron lugar tras el estallido de la guerra, resumen lo que por entonces era ya un secreto a voces: inexorablemente, Argentina sería alcanzada por los efectos del conflicto que acababa de estallar en Europa. Esa “profunda emoción” que la noticia de la guerra había producido en la opinión pública local podía palpase con sólo mirar el aspecto del centro de Buenos Aires. Durante las primeras semanas del conflicto, cientos de transeúntes se agolpaban a toda hora en las puertas de las redacciones de los diarios a la espera de novedades sobre el conflicto que acababa de estallar en el Viejo Mundo.

Desde el comienzo de las hostilidades, la inmensa mayoría de la opinión pública porteña manifestó sus simpatías por la Triple Entente o, a decir verdad, como se verá luego por Francia y en menor medida por Inglaterra. En su dimensión más inmediata, estos alineamientos estuvieron en parte, condicionados por la procedencia de la información la que, como se ha analizado en el capítulo anterior, estaba sometida a fuertes manipulaciones en favor de los aliados gracias al predominio de la agencia

¹ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Año 1914, Tomo III, Sesiones ordinarias, 15 de julio al 31 de agosto, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso & Cía, 1914, p. 453.

Havas sobre el mercado sudamericano de comunicaciones y el control por parte de la compañías británicas de cables submarinos de los principales medios de transmisión de la información. Sin embargo, más allá de la capacidad para formar opinión que pudo haber tenido la información procedente de Europa, los diferentes posicionamientos de la opinión pública local no pueden comprenderse únicamente por los efectos de esa manipulación informativa. Los estrechos vínculos económicos, políticos, demográficos y culturales que ligaban a la Argentina con Europa habían forjado, con anterioridad al estallido de la guerra, diversas afinidades con algunos de los países contendientes que permiten comprender los alineamientos de los diarios y la opinión pública porteña frente la Gran Guerra.

Para la prensa periódica de Buenos Aires, el nuevo escenario europeo implicó la emergencia de un conjunto de problemas derivados de mirar a una serie de “otros” que han venido oficiando como referentes culturales y modelos de sociedad, los cuales aparecen ahora enfrentados desatando una verdadera ruptura civilizatoria. La vasta influencia económica, política y cultural que algunas de las potencias europeas ejercían en el país contribuye a explicar el por qué diferentes sectores de la opinión pública y de la prensa se vieron llamados a tomar partido en favor de ciertas naciones en pugna, revelando en ese gesto su adscripción a determinados modelos nacionales considerados afines o en los cuales debería nutrirse la cultura argentina. Sin embargo, más allá de las simpatías con ciertos países contendientes, el análisis de un vasto conjunto de diarios y revistas de Buenos revela la presencia de otras posiciones como el belicismo, el pacifismo y la defensa de la neutralidad estatal.

Junto a esos posicionamientos basados en la empatía con ciertos países contendientes emergerá paralelamente y en tensión, aunque de forma menos taxativa, una progresiva toma de distancia respecto del magisterio europeo y un afianzamiento de la identidad nacional. De este modo, el desconcierto producido por la guerra europea desata también diferentes reflexiones acerca del lugar que ocupa la Argentina en el mundo y origina un progresivo reajuste en los proyectos de construcción de la identidad nacional que tomaban como modelos civilizatorios a algunos de los países que ahora se hallaban involucrados en una contienda bélica de grandes dimensiones. En ese juego, entre la herencia simbólica recibida y la activa resignificación local, la prensa porteña descifrará los contornos de la Gran Guerra, al tiempo que abona nuevas reflexiones sobre la identidad y la cultura nacional, que se habían ido conformando al calor de las

fricciones propias del vertiginoso proceso de modernización iniciado a partir de 1880. El análisis de las estrategias interpretativas y los alineamientos de la prensa porteña durante los meses iniciales del conflicto permite sostener que la Primera Guerra Mundial constituye un acontecimiento catalizador de la identidad nacional pues al tiempo que dinamiza el juego de selección de afinidades con lo europeo, la consternación producida por el estallido de la guerra en el Viejo Continente reabre un debate acerca de la cultura y la identidad nacional.

Un primer eje que permite aglutinar las diversas miradas de la prensa local sobre la guerra europea es la polémica en torno a los orígenes de la misma y la responsabilidad que le cabía a cada potencia en el desencadenamiento del conflicto. Este importante debate, que será retomado en la postguerra en el marco de las negociaciones de los diferentes tratados de paz, ha sido mencionado muy al pasar por historiografía.² Sin embargo, las principales argumentaciones y representaciones esgrimidas en dicha polémica prefiguran algunos de los diferentes alineamientos de la prensa frente a la Gran Guerra que serán reconstruidos en el segundo apartado de este capítulo. En muchas oportunidades, los argumentos y las representaciones que sustentaban la asignación de las culpabilidades por el desencadenamiento de la guerra y los compromisos en favor de las potencias en pugna constituyen las dos caras de una misma moneda en las que subyacen diferentes apreciaciones sobre esas potencias europeas. Por último, se analizará la emergencia de una serie de reflexiones sobre el papel de Argentina ante la Gran Guerra. Este desplazamiento temático, fruto de un temprano diagnóstico del conflicto como una fractura civilizatoria reabre, concomitantemente, una indagación acerca de la cuestión nacional y de las propuestas sobre las cuales debería descansar la construcción de una nueva realidad argentina a partir de una toma de distancia del magisterio europeo.

1. ¿Quién ha invocado a Marte? El debate sobre las responsabilidades en los inicios de la Gran Guerra

El asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria y de la princesa Sofía Chotek en Sarajevo suele ser considerado el acontecimiento clave para comprender el estallido de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la lectura de los diarios de

² Cf. Olivier Compagnon, *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*, París, Fayard, 2013, p. 35.

Buenos Aires durante los meses de junio y julio de 1914 revela que esa no era una visión plenamente compartida por los contemporáneos de este lado del Atlántico. Lejos de esa versión canónica sobre los orígenes del conflicto, tanto el asesinato del archiduque en Sarajevo como los entretelones de la crisis diplomática de julio que culminó con la declaración de guerra de Austria a Serbia, el 28 de julio de 1914, recibieron un tratamiento anecdótico por parte de la prensa porteña — algunas notas dedicadas al autor del atentado, Gavrilo Princip y a la cobertura de la ceremonia religiosa realizada en la catedral de Buenos Aires, que contó con la presencia del presidente Victorino de la Plaza y su canciller José Luis Murature — pero bajo ningún punto de vista fueron considerados como un posible desencadenante de un conflicto bélico internacional.³

Sin dudas, que la región de los Balcanes estuviera asolada desde hacía varios años por recurrentes enfrentamientos armados sumado al convencimiento de que el conflicto quedaría focalizado en un relativamente área marginal de Europa, contribuyeron para que la prensa porteña le restara importancia a estos hechos, limitando su cobertura a las secciones telegráficas y a escasos comentarios ocasionales. Sólo con la expansión de la guerra a nivel continental a comienzos de agosto, que implicó la entrada en el conflicto de países que gozaban de mayores simpatías entre los lectores porteños, la guerra adquirió una enorme importancia en la prensa local. A partir de entonces, los diarios y las revistas jugaron un papel muy importante para explicar a sus lectores los motivos de la guerra y definir la naturaleza de la misma. Desentrañar los orígenes de la contienda para poder establecer la cuestión de las responsabilidades por su desencadenamiento fue uno de los temas preferidos de la prensa porteña durante las primeras semanas del conflicto. La mayoría de esas noticias y comentarios sobre los orígenes de la guerra buscaban asignar las responsabilidades a una u otra nación según cuales fueran sus preferencias o simpatías. Desde esta perspectiva, las interpretaciones se dividían entre aquellas que asignaban la culpabilidad a Serbia o en su defecto a Rusia y las que veían a las Potencias Centrales y, en particular, a Alemania como el principal responsable en el desencadenamiento de la Gran Guerra.

La interpretación sobre los orígenes de la guerra como el resultado de una amenaza proveniente de Serbia, acusada de ser la responsable por el atentado contra el

³ Cf. Gordon Winder, “Imagining World Citizenship in the Networked Newspaper: *La Nación* Reports the Assassination at Sarajevo, 1914”, *Historical Social Research*, Vol. 35, N° 1, 2010, pp. 140-166 y Compagnon, *op. cit.*, p. 34.

archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, tuvo escasos adeptos en la prensa local. Algunos artículos publicados por el diario *La Prensa* a finales de julio de 1914, enfatizaron la culpabilidad de Serbia en el estallido de la guerra. En su opinión, era un hecho demostrado que el asesinato del archiduque Francisco Fernando y su esposa formaba parte de “un complot nacionalista servio” [sic], apoyado o al menos consentido por los más altos funcionarios del gobierno de Belgrado, comprometido en una campaña para lograr la unificación de todos los habitantes de habla serbia de la región.⁴

Por el contrario, el corresponsal en Roma del citado diario, Giovanni Miceli, en dos crónicas escritas a comienzos de julio brindaba una versión más aplomada sobre el hecho. Si bien, Miceli era un crítico de la política imperialista de Austria sobre los Balcanes, repudiaba el atentado como un medio para acceder a la independencia del pueblo serbio. Sus crónicas buscaban refutar el principal argumento esgrimido desde el Imperio Austrohúngaro contra Serbia: la existencia de una complicidad del gobierno y del pueblo serbio en la organización del atentado. ¿Habría que concluir que todos los serbios empuñaron el arma de Gavrilo Princip y que es, por ende, un pueblo de “delincuentes políticos”? Lejos de ello, Miceli declaraba haber encontrado en sus viajes por Serbia “virtudes cívicas que admirar y una amplia hospitalidad que agradecer y mi convicción es que se trata de un pueblo no inferior a cualquier otro”.⁵ En opinión del corresponsal italiano, el crimen del heredero al trono de la doble monarquía debía atribuirse a un núcleo de “exaltados y fanáticos del patriotismo” pero que de ninguna manera podía responsabilizarse al gobierno de Belgrado en el estallido de un odio que la política austríaca hacía fermentar desde hacía tiempo.

La aclaración de Miceli sobre las “virtudes cívicas” del pueblo serbio, constituye un matiz positivo frente a una hegemónica representación de los pueblos balcánicos como “semibárbaros” y “atrasados”. La mayoría de los discursos de la prensa porteña sobre la cuestión de los Balcanes abonaron la construcción de una representación muy prejuiciosa de la región, signada por el “atraso” y el “salvajismo”. Dichas representaciones suelen ser enmarcadas en un esquema evolucionista que, siguiendo una

⁴ “El conflicto austro-servio”, *LP*, N° 15963, 25-7-1914, p. 10. También *El Pueblo* se inclinaba por la responsabilidad del gobierno serbio en el “cobarde asesinato” del príncipe heredero de Austria-Hungría, “cuya campaña nacionalista en los territorios de Bosnia y Herzegovina había generado la sangrienta tragedia”. “Austria y Servia”, *EP*, N° 5051, 26 y 27-7-1914, p. 2.

⁵ Giovanni Miceli, “Después del asesinato ¿Quiénes son los responsables?”, *LP*, N° 15968, 30-7-1914, p. 7.

serie de criterios y parámetros, ubicaba a estos pueblos más cerca de Rusia y de Asia que de la civilización occidental.

Por supuesto que muchas de esas imágenes sobre la región formaban parte de un substrato cultural previo al estallido de la Gran Guerra. A finales de julio, *La Razón* publicó un artículo del intelectual y político español, Emilio Castelar, antiguo corresponsal de *La Nación*, que si bien databa de 1893 contenía una serie de aseveraciones que eran según el diario de una “rigurosa actualidad”. Un sugerente apartado que llevaba por título “Aptitudes para el gobierno” insistía en la pervivencia del “despotismo oriental” en el país aún luego de la desaparición del dominio turco.⁶ Para Castelar, el haber cambiado una tiranía por otra era un claro indicio de la “incapacidad” del pueblo serbio para erigir formas de gobierno legítimas y representativas que permitieran encauzar los conflictos étnicos, políticos o religiosos sin caer endémicamente en la guerra o el atentado político. De allí, el carácter “profético” que habilitaba su reedición.

La trascendencia que adquiere la cuestión de los Balcanes luego del estallido de la guerra a nivel continental obligó a los diarios y las revistas de Buenos Aires a publicar algunas notas de corte informativas sobre los países de la región destinadas al gran público. En ellas puede verse reiterada esta deliberada construcción de una representación peyorativa sobre los países y los pueblos de los Balcanes. A comienzos de agosto, *Caras y Caretas* publicaba una nota de este estilo sobre Albania, un país al que consideraba como un “producto artificial de la guerra en los Balcanes” y cuya existencia se debía pura y exclusivamente a la política austríaca que lo había erigido como un Estado independiente para evitar que Serbia accediera a un puerto sobre el mar Adriático. En la óptica del semanario, Albania no había alcanzado todavía el estadio civilizatorio necesario para ser considerado un Estado a la altura de Occidente pues:

Los albaneses son gente que viven con la misma organización social que hace mil años [...] Tienen un feudalismo *sui generis* una de cuyas principales consecuencias es que cada albanes tiene un fusil, que dispara con la mayor facilidad. Allá no hay ferrocarriles, los albaneses no quieren que la civilización les invada. Son valientes y la civilización no les

⁶ “El despotismo oriental, que parecía alejado con el alejamiento de los turcos, se erige en la cima de aquella sociedad y las conjugaciones se extienden por todas partes. Los ministros conspiran contra el soberano y el soberano contra la libertad. La Constitución de 1835 muestra la primitiva inexperiencia de estos pueblos. Junto a la autocracia, la demagogia; junto a la oligarquía aristocrática, el comunismo bárbaro; junto al patriarcado asiático, la democracia occidental. Las instituciones se alteran al arbitrio del príncipe. Las costumbres se corrompen allá en su fondo sin perder la aspereza y la barbarie de su extraña superficie”. “Servia a través de su civilización y de su historia. Un artículo profético de Emilio Castelar”, *LR*, N° 2721, 30-7-1914, p. 3.

permitiría demostrarlo a cada instante. Viven frugalmente porque sus necesidades son pocas. Entre ellos, los odios de *clan* son terribles.⁷

La construcción de este imaginario social y geográfico sobre la región apuntaba a demostrar que la “falta de civilidad” imperante en los pueblos de los Balcanes los hacía “incapaces” para erigir formas de gobierno legítimas como las de Europa occidental. Esa supuesta incapacidad para gobernar “civilizadamente” sumada a otro aspecto central de esa representación, la apatía y la carencia absoluta de voluntad propia, buscaban demostrar que, en última instancia, el verdadero responsable detrás del accionar de estos pueblos era el Imperio ruso. Desde esta perspectiva, los proyectos de Rusia que buscaba extender su influencia política y cultural sobre la región esgrimiendo sus derechos como protectora de los pueblos eslavos, habían minado progresivamente los cimientos de Austria-Hungría en los Balcanes.⁸

Sin embargo, la inmensa mayoría de los periódicos locales y sus corresponsales extranjeros responsabilizaron al Imperio austro-húngaro y, sobre todo, a Alemania por haber desencadenado la conflagración. En este caso, las interpretaciones no se sostenían en representaciones sedimentadas con anterioridad al conflicto sino en un análisis del comportamiento de los jefes de estados durante la crisis diplomática de julio de 1914. Desde finales de ese mes, las críticas de un amplio sector de la prensa porteña apuntaban contra la falta de tacto de la cancillería austríaca que había impulsado una política equivocada de *divide et impera* entre los pueblos de la región. Contrariamente a lo esperado, esa política había aplacado el odio entre los pueblos balcánicos y despertó en ellos la conciencia de pertenecer a una misma raza y a una misma nación.⁹ Iniciada la crisis diplomática, Austria fue acusada de imponer a Serbia un ultimátum cuyos términos eran inaceptables y que encubrían en verdad una declaración de guerra indirecta.¹⁰ Este fue el principal argumento sostenido por el Emir Emin Arslán, representante diplomático del Imperio otomano en la Argentina y asiduo colaborador del diario *La Nación*, en una extensa crónica que reconstruía minuciosamente los

⁷ “El embrollo albanés”, *CyC*, N° 826, 1-8-1914.

⁸ Cf. “El conflicto austro-servio”, *LP*, N° 15965, 27-7-1914, p. 6. En el mismo sentido, *LGBA* afirmaba: “Excitada por Rusia, Servia se ha colocado deliberadamente en una situación por demás vidriosa en relación a su vecina”. “El conflicto austro-servio”, *LGBA*, N° 1189, 25-7-1914, p. 1.

⁹ “La guerra austro-servia. Las consecuencias de una política equivocada”, *EN*, N° 19501, 31-7-1914, p. 5.

¹⁰ “Europa amenazada de guerra”, *EN*, N° 19497, 27-7-1914, p. 7.

antecedentes del conflicto y en la cual culpaba al Imperio austro-húngaro por el desencadenamiento de la Gran Guerra.¹¹

Del mismo modo que ocurría con la relación entre Serbia y Rusia, el modo de proceder de Austria fue visto como un medio de Alemania para poder declarar la guerra sin tener que cargar con los costos políticos de esa acción. Es por ello que, desde los primeros días de agosto, Alemania y, en particular, la figura del káiser Guillermo II, concentraron gran parte de las críticas de la prensa porteña. Para el dirigente de la Unión Cívica Radical, Francisco Barroetaveña, uno de los más tempranos y activos publicistas de la aliadófila porteña, las responsabilidades por el estallido de la guerra recaían sobre los emperadores Francisco José y Guillermo II quienes habían propagando entre sus pueblos los deseos de expansión imperial y el culto al militarismo.¹²

Sin embargo, con el correr de los días la polémica sobre inicio de la guerra se concentró en torno a la figura del emperador Guillermo II. Para los partidarios de esta mirada personalista sobre los orígenes del conflicto, una serie de rasgos “patológicos” de su personalidad —la arrogancia, el delirio de grandeza, la temeridad, etc.— habían conducido al estallido de la guerra. Desde esta óptica, Guillermo II era presentado como un demente caprichoso, capaz de arrastrar a toda Europa a una enorme guerra sólo por sus anhelos personales de grandeza y su ideal de conquista.¹³ Por el contrario, su par de la doble monarquía, el emperador Francisco José, nunca tuvo un lugar protagónico en

¹¹ Emir Emin Arslán, “La nueva guerra”, *LN*, N° 15299, 31-7-1914, p. 7.

¹² “Un anciano de 84 años, con un pie en la tumba, católico ultramontano fervoroso, que se golpea el pecho, reza y comulga con profundo misticismo, recibiendo la consigna del Vaticano; y el fastuoso káiser, que se enorgullece de ser el *Deus ex machina* de la guerra moderna, del imperialismo amenazador, que se siente llegar a viejo sin haber mostrado al mundo destellos napoleónicos, después de propagar con el hecho, en veinticinco años, como el mejor gobierno, la militarización abrumadora, la absoluta obediencia y la absorción de la vida de un pueblo, en el culto a los cañones, a los acorazados y a la brutalidad pretoriana. Aquella impotencia senil y este orgullo insensato, desatan sobre la Europa civilizada la destrucción, las carnicerías humanas en proporciones nunca vistas...”. Francisco Barroetaveña, “El crimen de la guerra”, *ED*, N° 7682, 2 y 3-8-1914, pp. 4 y 5. La ampulosidad de sus textos no escapó a la caústica pluma de Roberto de Laferrere en el diario *La Mañana*: “parece —a juzgar por un artículo aparecido ayer— que el publicista vascoence, señor Barroetaveña, ha roto las hostilidades contra el Káiser. Este no se habrá enterado aún de la nueva sensacional, debido a la incomunicación telegráfica; pero es de esperar que, en cuanto se informe, aperebiráse a una defensa contundente”. “Apuntes del día”, *LM*, N° 1284, 7-8-1914, p. 1.

¹³ “Solo, con su pueblo y su ideal de conquista, alentado con la idea de que solamente debe rendir cuentas a Dios, juega con su imperio la vida de 20 millones de hombres sin que parezcan abrumarle recelos y flaquezas [...] ¿Estará loco? ¿Su parálisis parcial le habrá llegado al cerebro? Dios lo sabe. “Guillermo el temerario”, *LGBA*, N° 1199, 6-8-1914, p. 1. En la misma tónica, véase “Wilhelm”, *LM*, N° 1297, 20-8-1914, p. 1 y “Guillermo II”, *TRI*, N° 7159, 17-8-1914, p. 1. Esta imagen de Guillermo como un demente tuvo también su representación visual, por ejemplo, en las páginas del diario *Crítica*, apelando entre otras estrategias a una recurrente comparación histórica con la figura de Napoleón. A modos de ejemplo véase “Único parecido”, *CRI*, N° 449, 12-12-1914, p. 3.

este debate. La decrepitud y la abulia se destacan en las referencias al emperador austríaco que se había dejado arrastrar por Guillermo II en esta aventura bélica.

En las interpretaciones más radicales, ya sea por su apoyo explícito al comportamiento del káiser como por no haber hecho nada para impedirlo, el pueblo alemán también será considerado responsable por el desencadenamiento de la tragedia europea. Sin embargo, en algunas ocasiones los comentaristas trazaron una clara distinción entre la figura de Guillermo II y el pueblo de Alemania. Incluso un activo defensor de los aliados como el diario *La Argentina*, establecía una clara separación entre las belicosas tendencias del espíritu del káiser y el pueblo alemán, al cual le reconocían su aporte a las áreas más diversas de la cultura universal, y que cargará sobre sus espaldas los costos de haber iniciado la guerra en Europa por un momento de “exaltación cerebral” de su líder.¹⁴

La visión de Alemania como la responsable por el estallido de las hostilidades adquirió tal grado de consenso que fue incluso uno de los argumentos centrales esgrimidos por el Estado italiano para conservar la neutralidad en detrimento de las obligaciones establecidas en su alianza con las Potencias Centrales. Como recordaban varios de los cronistas italianos al hacerse públicos los términos del tratado en los primeros días de la guerra, dado que esos acuerdos establecían la ayuda mutua sólo en caso de un ataque exterior, el hecho de que Alemania haya dado inicio a las hostilidades no obligaba a los italianos a colaborar con ellos durante la guerra.¹⁵

Sólo las publicaciones ligadas a la defensa de Alemania sostendrán una versión de los orígenes del conflicto en la cual Inglaterra será considerada como la principal responsable de iniciar la Gran Guerra. Como ha demostrado Troy Paddock en su estudio sobre la prensa y la propaganda alemana durante los meses iniciales del conflicto, luego de un primer momento donde Rusia fue considerada el enemigo principal de Alemania, la maquinaria propagandística germana apuntó todos sus cañones contra *Das perfide Albión*.¹⁶ En la misma sintonía, los principales ataques de la revista *Ecos Gráficos* y del

¹⁴ “No cabe dudar del progreso ni de la cultura del pueblo alemán, cuyos hijos, gracias a su inteligente y asidua labor, le crearon renombre en las artes de la paz, en las ciencias, en las letras y en las industrias y el comercio. Nación poderosa, ‘cuyas universidades eran cuarteles y cuyos cuarteles eran universidades’, Alemania significaba en el concierto europeo un factor de ponderable civilización y estaba en condiciones de asegurarse el más bello porvenir, si no hubiera mediado la circunstancia de tener a su frente a un hombre cuya actitud a precipitado a toda Europa en la guerra que acaba de estallar”. “Alemania y el Kaiser”, *LA*, N° 3313, 12-8-1914, p. 4.

¹⁵ Véase, por ejemplo, Jack La Bolina, “Italia, oasis de paz”, *LN*, N° 15341, 11-9-1914, p. 4.

¹⁶ Troy Paddock, “German Propaganda: The Limits of *Gerechtigkeit*”, en *A call to Arms. Propaganda, Public Opinion and Newspapers in the Great War*, Londres, Praeger, 2004, pp. 115-160.

diario *La Unión* se concentraban sobre un miembro particular de la Triple Entente: Inglaterra. Inicialmente, *Ecos Gráficos* publicó varios artículos sobre la cuestión de las responsabilidades —basados en los documentos oficiales del *Libro Blanco* alemán— que apuntaban contra Rusia pero posteriormente Inglaterra fue considerada de manera unívoca la causante de la guerra en perjuicio de Alemania.¹⁷

En las páginas de estas publicaciones proalemanas, el debate sobre las responsabilidades arroja una imagen de Inglaterra que reitera, con escasas variaciones, una serie de rasgos y características negativas compuestas por la propaganda alemana. En primer lugar, que el verdadero motor del accionar inglés era la envidia causada por el desarrollo de Alemania y el temor que le inspiraban su industria y su comercio, en los cuales veían a sus principales competidores por las colonias africanas y asiáticas. En segundo lugar, otra característica intrínseca de “la pérfida Albión” era la cobardía, la lógica artera e indirecta de su accionar siguiendo siempre una misma política: “intrigar contra el competidor más fuerte, despertando la codicia o el recelo de los otros”. Por último, esa cobardía estaba directamente relacionada con la carencia de un ideal por el cual combatir en esa guerra pues si “Servia pelea por su nacionalidad, Rusia por la supremacía del mundo (la cuestión de razas es un pretexto), Francia por la reconquista, Alemania y Austria por su existencia ¿Inglaterra? ¿En holocausto de qué ideas pelea ella? Pues, todo el mundo lo sabe, *Inglaterra casi no pelea, Inglaterra hace pelear a los demás por su oro*”.¹⁸ Desde el punto de vista de los defensores de la causa germana, si para Alemania la guerra era ante todo un combate defensivo contra un conjunto desigual de enemigos coaligados y una lucha por su supervivencia como nación ante los ataques de sus vecinos, los motivos que impulsan a Inglaterra a la guerra eran puramente materiales.

Sin embargo, esas publicaciones agregaron algunas variantes locales a los trazos generales de la propaganda alemana. Por ejemplo, la denuncia del carácter imperialista de Inglaterra recordaba a los lectores argentinos los recurrentes perjuicios que la política exterior británica había ocasionado al país desde las invasiones inglesas de 1806. En ese argumento tenía un lugar destacado la cuestión de las islas Malvinas, ocupadas por los ingleses desde 1833. En noviembre de 1914, *Ecos Gráficos* publicó la extensa respuesta

¹⁷ “Esta guerra fue provocada por Rusia. Aunque la chispa estalló en Servia [sic] no cabe la menor duda que los servios [sic] procedieron en un todo bajo la dirección del partido paneslavista ruso, con cuyo apoyo contaban en absoluto”. “Los verdaderos causantes de la guerra”, *EG*, N° 57-58, septiembre-octubre de 1914, p. 6.

¹⁸ “Los verdaderos causantes de la guerra”, *op. cit.*, p. 7. Destacado en el original.

del canciller alemán Bethmann-Hollweg al discurso del Primer Ministro del Reino Unido, Herbert Asquith, que exponía los motivos de Inglaterra para ingresar en la guerra bajo el pretexto de la defensa de la libertad de Bélgica. A la serie de denuncias del canciller alemán contra la política exterior británica, el anónimo comentarista de la revista agregaba el episodio de las Malvinas a esa larga lista de invasiones y conquistas de los británicos: “¿Era también en nombre de la libertad que se quiso apoderar del suelo argentino y es en nombre de la libertad que detiene las Islas Malvinas? [...] ¿Qué hipócritas?”.¹⁹ Para los propagandistas de la causa germana, la idea de libertad esgrimida por Inglaterra encubría una agresiva política imperialista que representaba una amenaza real para los países de Sudamérica como ya lo había sido para otros continentes y la usurpación de las Malvinas era un ejemplo entre muchos otros que permitían demostrarlo ante los lectores argentinos. Por el contrario, Alemania era de todas las potencias europeas la única que no albergaba aspiraciones coloniales sobre el continente americano, ni trataba a sus estados como naciones coloniales de segundo orden.²⁰

En verdad, todos los países beligerantes tenían un argumento que esgrimir para explicar sus acciones y justificar su intervención en la guerra como parte de una acción siempre defensiva. De esta manera, las potencias europeas buscaban demostrar que eran sus enemigos los que, con mucha anterioridad a agosto de 1914, habían preparado el terreno para la guerra. En la prensa porteña, eso se tradujo en un tipo de noticias muy particular: aquellos relatos en los que un simple ciudadano encontraba ya sea en el metro de París o en una plaza de Berlín, una cartera de cuero que contenía documentos sensibles para los altos mandos militares y que, por lo general, estaban relacionadas con los diversos planes de guerra que databan de principios del siglo XX. Luego, desde finales de 1914 y a lo largo de 1915, esta estrategia adquirió un tono menos folletinesco mediante la publicación de documentos oficiales provenientes de los libros compilados

¹⁹ “¡En nombre de la libertad!”, *EG*, N° 59, noviembre de 1914, p. 415. Ante el argumento británico de intervenir en la guerra para salvaguardar la libertad de Bélgica, *La Unión* recordaba al público argentino que este “moderno Quijote” mantiene prisionera a su Dulcinea: Irlanda, sometida al yugo británico y que la decisión británica de impulsar el inicio de la guerra fue aplacar el “movimiento subversivo” en el Ulster. Cf. “Declaraciones muy sugestivas”, *LU*, N° 2, 2-11-1914, p. 1 e “Irlanda”, *LU*, N° 17, 19-11-1914, p. 3.

²⁰ Cf. “El verdadero imperialismo alemán”, *Crónica ilustrada de La Unión*, N° 1, 31-10-1914, pp. 1 y 2. Este argumento será utilizado por Ernesto Quesada, uno de los intelectuales germanófilos más importantes de Argentina, en su segundo artículo en defensa de la causa germana, “El ‘peligro alemán’ en Sudamérica”, *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Año V, Tomo IX, 1915, pp. 387-407 y 489-539. Ese mismo año fue editado como folleto por Talleres Gráficos de Selin Suárez y luego reproducido por entregas en *La Unión*, a partir del 25 de febrero de 1915.

por las cancillerías sobre la cuestión de las responsabilidades: el “Libro Blanco” (alemán), el “Libro Rojo” (inglés), el “Libro Azul” (francés), el “Libro Amarillo” (ruso) y el “Libro Gris” (belga).²¹

De todos modos, cabe señalar que algunos diarios evitaron quedar encorsetados entre esas dos grandes alternativas para explicar los orígenes de la guerra. Como señalaba un anónimo comentarista del diario *Tribuna*, mirados desde la distancia que permitía la neutralidad argentina, esos altos y nobles ideales por los cuales las potencias europeas decían luchar —la revancha francesa de 1871, el pangermanismo alemán, el paneslavismo ruso y el dominio de los mares de Inglaterra— en el fondo no eran más que anhelos imperialistas y deseos de dominación.²²

Aunque el objetivo explícito de la gran mayoría de este tipo de intervenciones era asignar culpabilidades entre las potencias europeas, otras explicaciones de los orígenes del conflicto apelaban a ciertas claves interpretativas en las cuales esa responsabilidad no recaía sobre un país en especial. Desde el catolicismo, por ejemplo, la guerra fue tradicionalmente considerada como un castigo de la Divina Providencia por los malos comportamientos de los seres humanos y ante el estallido de la guerra del '14, fue aplicado el mismo axioma y, como era de esperarse, esta visión fue defendida por el diario *El Pueblo* que, en sintonía con las autoridades de la Iglesia Católica Argentina, consideraba a la guerra como un castigo divino fruto del materialismo, el laicismo y la lucha de clases.²³

²¹ Al respecto de estas publicaciones, comentaba Prudencio Amarrete, pseudónimo del escritor español Francisco Grandmontagne: “Los libros de las potencias tienden a demostrar que ninguna de ellas fue la causante de la guerra. Leídos todos los libros resulta que la guerra ha estallado sola, como estallan los ciclones sin que se vea la mano que los produce. Estos libros superan, como obras de imaginación, a las mismas novelas [...] Son libros muy entretenidos: dialéctica sofística, argucias del derecho, formalismo leguleyo, efugios, artimañas, casuismo... de todo hay en estos alegatos internacionales”. La única excepción en ese cuadro era el Libro Gris de Bélgica pues sus páginas resumen “la narración del calvario de un pueblo”. Prudencio Amarrete, “El libro gris”, *CyC*, N° 844, 5-12-1914.

²² “Los gobiernos comprometidos en el asunto tratan de echar el sambenito de la responsabilidad del conflicto al vecino más cercano y se lavan inocentemente las manos como otros nuevos Pilatos [...] Los alemanes afirman que los rusos han sido los primeros en invadir su territorio y que los rusos han violado la neutralidad amontonando grandes masas de tropas en la frontera austríaca. Los rusos en cambio dicen haber recibido un ultimátum del gobierno germano cuando ni pensaban siquiera en la guerra y que todo lo que hacían era simplemente tomar medidas de prudencia por lo que pudiera ocurrir. Francia asegura que los alemanes han sido los primeros en invadir su país mientras que de Berlín afirman que es lo contrario. Austria, de cuya actitud ha salido todo esto, dice, muy ingenuamente, que lo único que ha tratado ha sido de castigar a los servios [sic], causantes de la muerte del heredero del trono. En este intrínquilis, todos proclaman su inocencia, pero no por eso deja alguno de movilizar a sus tropas y de atacar el primero cuando puede [...] “La culpa de la guerra”, *TRI*, N° 7151, 7-8-1914, p. 1.

²³ “La guerra es un mal que Dios permite pero no quiere. Culpable de ella es el hombre que, obedeciendo a sus pasiones y a la sed de bienes materiales, ha olvidado los preceptos de Dios para colocar el fin último de la vida en esta tierra”. “La peregrinación pro paz”, *EP*, N° 5075, 24 y 25-8-1914, p. 2. Días antes de que se realizara dicha peregrinación, el arzobispo de Buenos Aires, Mariano Espínola, brindó una pastoral

El universo teórico positivista, o mejor dicho lo que Oscar Terán ha llamado la “cultura científica”, también fue utilizado para dilucidar los orígenes de la guerra. Una de sus principales versiones retomaba un viejo argumento según el cual el avance del proceso civilizatorio y el incremento del progreso material de la sociedad moderna eran incapaces de eliminar un núcleo de agresividad atávica y de violencia instintiva presentes en todos los seres humanos. Desde esta clave interpretativa, aplicada con intermitencia ante cada nuevo conflicto bélico, el inicio de las hostilidades no sería la responsabilidad de tal o cual nación sino más bien el resurgimiento de una Europa bárbara y de “la bestia que todos llevamos aún indómita en el organismo, que se sobrepone a la razón” y que eclosiona en un momento dado.²⁴

En otra variante proveniente del mismo horizonte de sentidos, la Gran Guerra fue interpretada como un conflicto de razas y, más específicamente, como el resultado de una prolongada rivalidad entre el germanismo y el eslavismo. Según Ernesto García Ladevèse, corresponsal de *La Nación* en Madrid, el conflicto austro-serbio no podía reducirse a un enfrentamiento entre dos países pues era en realidad un choque entre diferentes concepciones culturales, religiosas y raciales: el eslavismo y el germanismo. Para el cronista español, el conde Leopold von Bertchtold, Ministro de Asuntos Exteriores del Imperio austro-húngaro, era “el alma de la campaña antieslava” que databa de varios años atrás y que había utilizando la impresión causada en la opinión pública por el asesinato de Sarajevo para lanzarse a un nuevo despojo en los Balcanes como el cometido en 1908 contra Bosnia-Herzegovina.²⁵

Este tipo de lecturas muestran el grado de difusión y la pervivencia de esa “cultura científica” en el seno de la opinión pública local aunque, por supuesto, también contó con sus adeptos en los claustros universitarios. Desde un registro muy similar, Manuel Carlés, por entonces profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos

donde afirmó que “la ‘guerra’, así como el ‘hambre’ y la ‘peste’, es un castigo de Dios, cuya misericordia infinita tenemos que implorar para que en determinadas circunstancias se nos libre y aleje”, *EP*, N° 5065, 12-8-1914, p. 2. Sobre las peregrinaciones de los católicos a la basílica de Luján durante la guerra véase Miranda Lida, “¡A Luján. Las comunidades de inmigrantes y el naciente catolicismo de masas, 1910-1934”, *Revista de Indias*, Vol. LXX, N° 250, 2010, p. 817.

²⁴ “La guerra y la crisis”, *EN*, N° 19516, 16-8-1914, p. 2. “¿Qué hervor de negra barbarie resucita en las comarcas que hasta ahora emanaron fuerza inteligente y luz conductora? ¿Qué atavismo de selva, qué resurrección de primitivas “razzias” nubla el espíritu de las naciones monitoras del mundo? “La guerra”, *LM*, N° 1279, 2-8-1914, p. 1.

²⁵ Ernesto García Ladevèse, “La paz de Europa en peligro”, *LN*, N° 15321, 22-8-1914, p. 5. La misma clave de lectura fue utilizada por Guglielmo Ferrero en “De Italia. La defensa de Francia y la incógnita rusa”, *LN*, N° 15365, 5-10-1914, p. 5. El diario *Tribuna* utilizaba otra acepción y hacía referencia a un combate entre el teutonismo y el eslavismo en “El conflicto austro-servio”, *TRI*, N° 7141, 26-7-1914, p. 1.

Aires, en una conferencia dictada a pocos días de haberse iniciado la contienda y que tuvo un gran impacto en la prensa, también se inclinaba por la concepción de una guerra de razas.²⁶ Glosando extensamente los principales argumentos de Gustave Le Bon sobre la evolución de los pueblos, Carlés consideraba que las causas del conflicto no eran económicas o territoriales sino el resultado de “antagonismos psicológicos de pueblos pertenecientes a razas distintas” y, en particular, del enfrentamiento entre germanos y moscovitas. Según explicaba, las razas no se distinguen por caracteres de color, forma ósea o capacidad craneana ni tampoco por su religión, lengua u organización política sino por su “diferenciación psicológica”. En palabras del conferencista: “cada raza conserva por acumulación secular lo que consiguió a través de siglos, formando una estructura especial del cerebro, no averiguado todavía y que se manifiesta por caracteres morales e intelectuales típicos”.

Puesto que cada hombre es hijo de su raza y se opone a otra raza de “alma diferente”, entre el ruso y el alemán existe una repulsión tan grande como la existente entre el chino y el persa o entre las especies animales diferentes. Dado que para crear una comunidad de pensamientos y sentimientos de raza se necesitan varios siglos de evolución histórica, Carlés sostenía que “en la guerra actual luchan tanto los vivos como la fuerza de los antepasados y triunfarán aquellos que hayan conservado en la raza mayores virtudes marciales”. Iniciada la contienda, el dilema de Europa se resumía a “germanismo o esclavismo”, en otras palabras, a la dominación de la raza alemana o de la moscovita.

En resumen, un amplio espectro de la prensa porteña se inclinaba por considerar responsable de la guerra a las Potencias Centrales y, en particular, a la actitud belicosa de Alemania en los años previos a la contienda y durante la crisis diplomática del mes de julio mientras que las visiones que apuntaban contra Serbia y Rusia fueron francamente minoritarias. Aunque también se ensayaron otras explicaciones que ponían el foco en el enfrentamiento racial o cultural y en la rivalidad económica entre las potencias europeas que había conducido a la carrera armamentista de la “paz armada”. Sin embargo, con la expansión del conflicto a nivel continental — que en la prensa porteña se tradujo en un cambio en los titulares de las secciones de cables y telegramas: del “Conflicto en los Balcanes” a “La conflagración europea”— los debates en torno a

²⁶ El contenido de la conferencia fue extensamente transcrito en la portada de *El Diario*, “Conferencia universitaria. Sobre las causas de la guerra”, *ED*, N° 7682, 2 y 3-8-1914, p. 1.

las responsabilidades fueron rápidamente eclipsados por los explícitos posicionamientos frente a la contienda.

2. “Aliadofilia” y la “germanofilia” en la prensa porteña. Dos categorías problemáticas

El 5 de agosto de 1914, luego del ingreso de Inglaterra en el conflicto bélico, Argentina declaró la “más estricta neutralidad” frente al estado de guerra entre “naciones amigas”.²⁷ Durante la administración conservadora de Victorino de la Plaza, entre la firma de ese primer decreto y el 31 de agosto de 1916, esta postura será reafirmada en ocho oportunidades a medida que se incorporaban nuevas potencias europeas al conflicto. Sin embargo, la neutralidad del Estado argentino ante la guerra no inhibió los tempranos debates y alineamientos de la prensa, los intelectuales y la opinión pública local.

A pocos días de iniciado el conflicto, el diario *La Mañana* publicó un suelto cuyo título era “El peligro de ser rubio”. En él se hacía referencia a la compleja situación de los alemanes radicados en Buenos Aires en los albores de la Gran Guerra: “¿Quién se anima a ostentar en estos momentos un rulo blondo o un par de ojos demasiado azules?”, se preguntaba el comentarista. “Salvo el diputado Zaccagnini, ninguno incurre en el funesto error de pasar por alemán. Los momentos son graves y es peligroso exhibir, ante las personas que leen las pizarras de los diarios, un aspecto teutónico”.²⁸ Más allá de las ironías contra los miembros del bloque parlamentario del Partido Socialista, este texto revela la existencia de un cierto clima de hostilidad contra Alemania en el seno de la opinión pública porteña que comenzaba a manifestar sus simpatías por ciertos miembros de la Triple Entente.

No deja de ser un hecho curioso que conceptos tan frecuentemente utilizados por la historiografía como “aliadofilia” y “germanofilia” sean dados por sentados en la mayoría de las investigaciones sobre las repercusiones de la Gran Guerra en Argentina. Si se entiende por “aliadófilo/a” a aquellas publicaciones o intelectuales que expresaron públicamente un defensa irrestricta de las posiciones y los intereses del conjunto de la

²⁷ “Decreto de 5 de agosto de 1914 declarando la neutralidad de la República en el estado de guerra entre Austria-Hungría, Servia, Rusia, Alemania, Inglaterra, Francia y Bélgica”, en *El libro azul. Documentos y actos de gobiernos relativos a la guerra en Europa*, Buenos Aires, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1919, pp. 4-6. El texto del decreto fue reproducido por casi todos los diarios porteños.

²⁸ “El peligro de ser rubio”, *LM*, N° 1284, 7-8-1914, p. 1. Antonio Zaccagnini fue diputado del Partido Socialista por la Capital en tres periodos: de 1914 a 1918, de 1928 a 1930 y durante 1932 hasta su muerte el 24 de mayo de ese año.

Triple Entente sin establecer ninguna diferencia entre los miembros de dicha alianza, es posible sostener que la aliadofilia en un sentido estricto del término fue una posición mucho más minoritaria de lo que se ha creído hasta ahora. Pues, si se exceptúan algunas publicaciones ligadas propaganda aliada y las posiciones de algunos diarios como *Crítica*, *Idea Nacional* y, en menor medida, *La Argentina*, fueron más bien escasos los defensores irrestrictos de dicha posición. A decir verdad, esas “mayorías aliadófilas” mencionadas por Compagnon fueron escasamente representativas de los principales alineamientos de la mayoría de las publicaciones periódicas porteñas cuyas simpatías se inclinaban por Francia y no por toda la Entente, ni siquiera por Inglaterra, cuya defensa fue bastante menor y, por lo general, se basaba en una extrapolación de ciertos valores universalistas tradicionalmente asociados a Francia como, por ejemplo, la libertad y la democracia. Este hecho tampoco implica que, como deduce el autor en su análisis de los posicionamientos de los intelectuales porteños, la aliadofilia encubre una “rutilante francofilia” sino más bien que, a juzgar por la definición de aliadofilia brindada más arriba, ambas constituyen posiciones ciertamente emparentadas pero, a su vez, diferentes y de alcances muy diversos.²⁹ Como se verá luego, la mayoría de las publicaciones periódicas y los intelectuales francófilos conservaron a lo largo de la guerra una imagen muy negativa del Imperio ruso.

La inclinación mayoritaria de los periódicos de Buenos Aires en favor de ciertos miembros de la Triple Entente se debía a varias causas. Evidentemente, estuvo influida por la procedencia de la información la que, como se ha analizado en el capítulo anterior, estaba sujeta a fuertes manipulaciones en favor de los aliados. Sin embargo, no deberían perderse de vista otros aspectos, como por ejemplo, las fuertes relaciones comerciales y financieras que la Argentina mantenía con algunos de los países de esa alianza, en particular, con Inglaterra y Francia.³⁰ Las profundas influencias que algunas potencias europeas habían ejercido sobre la élite política e intelectual argentina con anterioridad al estallido de la Gran Guerra, permiten entender los principales alineamientos de la prensa local frente al conflicto.

²⁹ Cf. Compagnon, *L'adieu à l'Europe*, *op. cit.*, p. 65.

³⁰ En vísperas de la Primera Guerra Mundial, las inversiones extranjeras en Argentina se distribuían del siguiente modo: 55,5 % correspondían al Reino Unido, 19,4 % a Francia, 9,2 % a Alemania, 1,2 % a los Estados Unidos y el restante 14,7 % a otros estados europeos. Andrés Regalsky, *Las inversiones extranjeras en Argentina (1860-1914)*, Buenos Aires, CEAL, 1986, p. 50. Como contrapartida, Inglaterra constituía el principal destinatario de las exportaciones argentinas seguido muy de lejos por Alemania, Francia, Bélgica y los Estados Unidos. Cf. Vicente Vázquez Presedo, *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1971, p. 147.

En el periodo comprendido entre finales del siglo XIX y el inicio de la Primera Guerra Mundial, Buenos Aires estuvo más cerca que nunca de Europa. Junto con la apertura a los capitales extranjeros y el fomento de la inmigración masiva, los hombres de la llamada Generación del '80 promovieron una búsqueda de modelos culturales y políticos para el país que privilegió una particular mirada hacia el Viejo Continente. La progresiva europeización de la élite porteña incluyó la adopción de costumbres, modas, pautas de comportamiento y estilos de vida procedentes de los grandes referentes socioculturales de la época.³¹ Ese viraje cultural de lo criollo a lo cosmopolita fue acompañado por diferentes iniciativas de las potencias europeas —instituciones culturales que irradiaban su influencia en el país, guías de viajes, exhibiciones culturales, visitas de políticos e intelectuales ilustres, etc.— que buscaban difundir y reafirmar esa mirada eurocéntrica. De esta manera, se fue confeccionando un particular esquema de percepción, basado en un tropismo de las élites porteñas hacia el Viejo Mundo, que situaba a las potencias europeas como los referentes exteriores privilegiados en materia económica, política y cultural. Sin embargo, esa mirada periférica que hacía de Europa el pináculo del Progreso y la Civilización tenía sus particularidades pues no todas las naciones ejercían la misma influencia ni concitaban las mismas adhesiones en el seno de las élites locales. En esa búsqueda de modelos en el Viejo Continente, las dos referencias primordiales fueron Francia e Inglaterra.

Aunque su presencia en términos demográficos y económicos fue mucho más modesta que la británica, Francia constituía el referente político y cultural más consensuado en el seno de la élite local. La imagen de Francia se hallaba íntimamente asociada a la recepción de los valores de la Ilustración y los principios de la Revolución de 1789 aunque desde mediados del siglo XIX, los elementos que componían la imagen dominante del país galo serán fusionados progresivamente con la latinidad, que actuará como una ideología legitimante de la expansión francesa en Sudamérica dado que el legado latino permitía sustraer al subcontinente de otras influencias europeas como la sajona o la hispana y situarlo bajo la égida francesa.³² Luego de la derrota en la guerra franco-prusiana de 1870 y ante el progresivo desplazamiento frente al Reino Unido, Francia comenzó a cultivar deliberadamente su imagen como hija de las Luces y la

³¹ Para un estudio pormenorizado de estos aspectos véase, Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, *pássim*.

³² Los avatares de la influencia del “modelo” francés en Sudamérica pueden consultarse en Denis Rolland, *La crise du modèle français. Marianne et l’Amérique latine. Culture, politique et identité*, París, L’Harmattan, 2011 [2000].

Revolución que en su proyección hacia Sudamérica incluyó también la utilización de ciertos elementos retóricos y simbólicos de la cultura política republicana de la Tercera República.³³ Desde finales del siglo XIX ésta será la imagen hegemónica de Francia en Argentina la cual coexistirá con una representación católica y conservadora del país galo. La Argentina fue muy permeable a la influencia cultural francesa y de hecho existía una verdadera omnipresencia cultural de Francia en el seno de las élites locales. Autoinvestida de una misión mesiánica y civilizadora, paradigma literario y estético por antonomasia, Francia fue percibida como un modelo cultural a seguir, identificado a una lengua y a un sistema de valores y, por supuesto, París constituía el centro de dicho sistema y el viaje a la Ciudad Luz, considerada el faro cultural de Occidente, era una parada obligada en el *grand tour* de la élite porteña por Europa.³⁴

Junto con esta arraigada francofilia existía una destacable presencia británica, basada en los vínculos económicos y comerciales que Inglaterra mantenía con el país. Sin embargo, aunque el Reino Unido constituía el principal inversor y el destino privilegiado de las exportaciones argentinas, su importancia como referencia política y cultural era ciertamente limitada. De todos modos, para algunos de los hombres que se habían propuesto construir la “república verdadera”, Gran Bretaña representaba un modelo de nación y de sociedad que evolucionaba ordenada y pacíficamente hacia la democratización de sus instituciones apoyada en una gran prosperidad económica. Aunque claramente más acotada que la francesa, la cultura británica tuvo sus adeptos en las élites porteñas e incluso ciertos ámbitos como el mundo de los *sports* y los clubes de sociabilidad masculina eran un claro ejemplo de esa influencia.³⁵

Ese substrato preexistente de admiración y afinidad con ciertas potencias europeas constituye el telón de fondo para comprender los principales alineamientos de la opinión pública porteña frente a la Gran Guerra. En este sentido, las adhesiones

³³ Sobre las características de la cultura política republicana entre finales del siglo XIX y comienzos del XX puede consultarse, entre otros, el libro dirigido por Serge Berstein y Odele Rudelle, *Le modèle républicain*, París, PUF, 1992, en especial los trabajos incluidos en la segunda parte, “L’âge d’or du modèle républicain, 1900-1939”, pp. 129-226.

³⁴ Acerca de la importancia del viaje a París en las élites argentinas véase David Viñas, “La mirada de Europa: del viaje colonial al viaje estético”, en *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964, pp. 3-80; Christiane Series, “Microcosme dans la capitale ou l’histoire de la colonie intellectuelle hispano-américaine a Paris entre 1890 y 1914”, en André Kaspi y Antoine Marès (Dir.), *Le Paris des étrangers*, París, Imprimerie National, 1989, pp. 299-312; Ingrid Fey, *First tango in Paris: Latin Americans in Turn-of-the-Century France, 1880 to 1920*, tesis de doctorado, UCLA, 1996 y Beatriz Colombi, *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamiento en América Latina (1880-1915)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2004.

³⁵ Para un análisis de la influencia británica en la élite porteña cf. Cristina Featherston, *La cultura inglesa en la Generación del 80. Autores, viajes, literatura*, Buenos Aires, Biblos, 2009.

concitadas por las potencias europeas en el seno de la opinión pública local dan cuenta de una serie de mecanismos de percepción y representación de aquellos países que históricamente habían sido considerados como los modelos a seguir para las élites locales que a partir de 1880 pusieron en marcha el proceso de inserción de la Argentina en el mercado capitalista mundial.

Basta con hojear las ediciones especiales dedicadas a Francia con motivo del 14 de julio para constatar la enorme admiración que esta nación concitaba en el seno de la opinión pública porteña. El suplemento especial editado por *El Diario*, por ejemplo, contaba con varias páginas a todo color, publicidades de las principales casas comerciales francesas radicadas en el país y escritos del propio Ministro Plenipotenciario de Francia en Argentina, M. Henri Jullemmier. Su objetivo era mostrar la pujante labor de la colectividad gala radicada en el país y la influencia que Francia ejercía en diversos ámbitos como la literatura, la plástica, la arquitectura, la educación, la aviación, la banca y el comercio. “La fiesta nacional de Francia es mundial”, afirmaba *El Nacional* en su homenaje al Hexágono que exaltaba los valores del universalismo francés mientras que *La Argentina* la ubicaba como el centro del latinismo y como un modelo para todas las democracias americanas que le debían gran parte de sus instituciones políticas.³⁶ Una vez iniciado el conflicto, la inmensa mayoría de la opinión pública local expresó de diferentes maneras su francofilia: en las calles, en los bares, en los teatros y desde las dársenas del puerto en ocasión de la partida de los reservistas. El grado de adhesión fue de tal magnitud que permitió a *La Gaceta de Buenos Aires* afirmar, en un escueto comentario sobre las espontáneas muestras de adhesión hacia el Hexágono durante una velada en el Teatro Coliseo, que “el pueblo argentino es, decididamente, francés, y todas sus afecciones se inclinan por su causa”.³⁷

³⁶ “La fiesta de Francia”, *EN*, N° 19486, 14-7-1914, p. 5 y “El 14 de julio”, *LA*, N° 3284, 14-7-1914, p. 4. A comienzos de julio de 1914, Santiago Fuster Castresoy, que se reconocía como “un devoto por las cosas de Francia” realizó una extensa crónica sobre los veteranos de la guerra franco-prusiana residentes en Buenos Aires que comenzaba así: “¿Quién puede concentrar en el transcurso de unas pobres líneas, el infinito romance de los viejos guerreros de Francia? ¿Es posible saber dónde comienzan y dónde concluyen las estupendas anécdotas del heroísmo francés, oponiéndose a las bayonetas y los cañones prusianos?”. “Glorias de Francia. Veteranos del 70 que residen en Buenos Aires”, *CyC*, N° 823, 11-7-1914. Tras el estallido de la Gran Guerra, las reminiscencias a ese último enfrentamiento entre Francia y Alemania serán un tema recurrente en la prensa porteña.

³⁷ “Ligeras incidencias producidas en nuestra capital, en que el pueblo ha tenido la ocasión de revelar sus entusiasmos íntimos, nos autorizan a afirmar que sus simpatías están de parte de los franceses, en cuyo favor se ha pronunciado elocuentemente. Hace algunos días, con motivo de haberse ejecutado la Marsellesa en el teatro Coliseo, la concurrencia, compuesta en su mayor parte de familias argentinas, se sintió presa de un frenético entusiasmo que se tradujo en ovaciones y aplausos en pro de la nación francesa. Ese sólo detalle habría bastado para calcular el grado de adhesión hacia aquel país si no se

Las publicaciones periódicas y los intelectuales partidarios de Francia e Inglaterra manifestaron su adhesión desde imperativos morales que se tradujeron en la construcción de diferentes estereotipos sobre las naciones en pugna. De esta manera, la francofilia porteña se apoyaba en un puñado de representaciones estereotipadas que hacían de Francia no sólo un modelo cultural y estético sino también la heredera de la Ilustración y de los valores universales ligados a la Revolución Francesa. Adaptadas a la coyuntura de la guerra del '14, esas imágenes de la Francia eterna acreditaban una representación de la guerra como una lucha de la democracia y el latinismo contra el autoritarismo prusiano. En una de las tantas intervenciones de los intelectuales francófilos en las páginas de la prensa local, el uruguayo José Enrique Rodó condensaba ese decálogo de la francofilia rioplatense. Para el intelectual uruguayo, se puede ser imparcial ante una guerra entre dos tribus de África, “sin significación moral, sin trascendencia posible en la marcha del mundo” pero es inadmisibles mantenerse al margen de una guerra en la que está involucrada la Francia eterna pues como reza el título de su artículo, la causa de Francia es la causa de la Humanidad.³⁸

A juicio de los americanos admiradores de Francia como Rodó, ese universalismo se basaba en tres grandes pilares: las vinculaciones de raza y espíritu con la latinidad, el magisterio intelectual que Francia ejercía sobre la cultura sudamericana y, por último, su tradición de libertad encarnada en la gran Revolución de 1789, considerada como un antecedente fundador de todas las revoluciones independentistas. Por ello, las repúblicas latinoamericanas se inclinaban indefectiblemente ante ese modelo de civilización democrático, humanitario y liberal al que consideraban amenazado por el autoritarismo prusiano.³⁹ Con escasas variaciones, estos rasgos del discurso francófilo serán sistemáticamente reiterados por los periódicos e intelectuales partidarios de Francia durante los meses iniciales de la guerra.⁴⁰

Sin embargo, al calor del nuevo clima de ideas que traerá la guerra, la anglofilia adquirió un lugar mucho más destacado en las páginas de algunas publicaciones porteñas aunque no logrará un consenso tan extendido como la defensa de Francia. La representación mayoritaria de Inglaterra en la prensa porteña buscaba equiparar ciertos

hubiera repetido anoche una manifestación callejera donde el espíritu vibró de entusiasmo aclamando a sus hombres y sus soldados”. “Adhesión a Francia”, *LGBA*, N° 1197, 3-8-1914.

³⁸ José Enrique Rodó, “La causa de Francia es la causa de la Humanidad”, *ED*, N° 7711, 5-9-1914, p. 5.

³⁹ Compagnon, *L'adieu à l'Europe*, *op. cit.*, pp. 79-80.

⁴⁰ Por sólo dar algunos ejemplos del discurso francófilo véase el poema de Rubén Darío “France – Amerique”, *LN*, N° 15341, 11-9-1914, p. 5 (Anexo IV); Vicente Blasco Ibáñez, “Las dos Francias”, *FM*, N° 128, 9-10-1914 y “Francia, antorcha del genio”, *CRI*, N° 317, 15-10-1914, p. 2.

rasgos del universalismo francés, haciéndole extensiva la condición de baluarte de la democracia lo que permitía igualar en ese punto a los dos miembros más importantes de la Triple Entente. Mediante esta construcción, el principal inversor y socio comercial de la Argentina agroexportadora podía erigirse también como un defensor de la democracia y de los derechos individuales amparados bajo la monarquía parlamentaria. En un artículo publicado a mediados de septiembre de 1914 en *El Diario*, Barroetaveña abonaba esta representación de Gran Bretaña como una nación sostenida en cuatro grandes pilares: el Derecho, la Libertad, el Orden y la Justicia.⁴¹

Un claro ejemplo de la construcción de esa representación de Inglaterra como defensora de la libertad y la democracia universal puede verse en algunas de las primeras crónicas de Leopoldo Lugones sobre la Gran Guerra. Corresponsal de *La Nación*, en viaje de regreso a Buenos Aires luego de su experiencia parisina, Lugones pudo presenciar a finales de julio de 1914 el pasaje de revista de la flota británica de guerra sobre el canal de la Mancha. En la extensa crónica que escribió luego de este acontecimiento, Inglaterra y Francia emergen como dos naciones que luchan por la defensa de la libertad universal contra la barbarie y esa condición justifica no sólo el imperialismo británico —“Inglaterra, escasa de territorio, tomó por suyo el océano y civilizando con ello medio mundo, se predestinó para la libertad”, afirma Lugones— sino también la carrera armamentista y sus altos costos sociales pues, a juicio del autor, la democracia universal y la libertad humana precisan que Inglaterra esté segura y lista para su defensa.⁴²

⁴¹ Francisco Barroetaveña, “La Gran Bretaña”, *ED*, N° 7722, 18-9-1914, p. 4.

⁴² “Mientras exista la barbarie de los hombres, la libertad inglesa como la romana, requerirá baluartes inexpugnables que la defiendan porque en ella ha puesto sus esperanzas la humanidad. Y es esto lo que justifica tan estupenda fábrica de heroísmo y de dolor, con sus millares de toneladas de hierro, el metal del trabajo, convertido en carne de monstruo, con su precio espantoso de setecientos millones de libras, que valen el hambre de millones de pobres, con su horrenda maquinaria de matar, cada uno de cuyos tiros cuesta como un diamante”. Leopoldo Lugones, “La revista de Spitehead”, *LN*, N° 15323, 24-8-1914, p. 6. En el mismo sentido véase: “Toda Inglaterra en batalla”, *CRI*, N° 421, 13-11-1914, p. 2 y “El himno de Gabriel Alomar a Inglaterra”, *TRI*, N° 7238, 17-11-1914, p. 5. Más allá de estas construcciones estereotipadas sobre las naciones en guerra existieron otros medios para expresar las simpatías con Inglaterra. A comienzos de agosto, el gobierno británico prohibió la exportación de carbón mientras duraba la guerra y las empresas británicas, cortaron el suministro a las compañías alemanas. En Buenos Aires, esta situación pudo ser catastrófica ya que la firma Wilson Sons & Cie. proveía de carbón a la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad (CATE) que suministraba luz a todo el municipio. A mediados de agosto, *La Nación* publicó un extenso artículo sobre “el bello gesto de Inglaterra” que mencionaba la excepción hecha por los británicos que permitía continuar con el abastecimiento de la CATE: “Es esta una bella serenidad que se sobrepone al nervioso movimiento de las agitaciones patrióticas [...] es un gesto de gallardía que debemos agradecer y considerar al mismo tiempo en todo el alto valor moral que implica, como revelador de un patriotismo excepto de alardes”. “Cosas de la guerra. Un bello gesto de Inglaterra”, *LN*, N° 15314, 15-8-1914, p. 8.

Un criterio muy similar será utilizado por Barroetaveña en su repaso sobre aquellas naciones con las que Argentina había mantenido “vínculos tradicionales de leal amistad”. En su esquema, Francia e Inglaterra se destacan ante todo por sus contribuciones a la libertad. La herencia intelectual de Francia en el Río de la Plata se remontaba a la Ilustración y al *Contrato Social* de Jean Jacques Rousseau, “traducido por Mariano Moreno para disipar las tinieblas del absolutismo”.⁴³ En un mismo sentido, las invasiones inglesas de 1806 y 1807, contrariamente a lo afirmado por la propaganda alemana, eran consideradas como una primera difusión de los anhelos de la libertad ya que, a pesar de su derrota, la principal influencia británica habría sido una propaganda tesonera que “oponiendo el derecho y la libertad a la sumisión absoluta de los Borbones [...] nos influyeron bríos revolucionarios, que en 1810 agitaron gloriosamente a la colonia”. Esas ideas democráticas diseminadas por Francia e Inglaterra confluyeron en la Revolución de Mayo de 1810. Es más, esa caracterización le permite a Barroetaveña explicar y defender el bloqueo anglofrancés del Río de la Plata como una “intromisión de las potencias amigas” frente a la “dictadura” de Juan Manuel de Rosas.

El párrafo final, condesaba esas imágenes de Francia e Inglaterra como arquetipos y baluartes de la democracia, la libertad y la justicia: “¡*Rule Britannia!* defensora de la civilización, de la justicia, de la libertad y de las nacionalidades, ¡*Allons enfants!* hijos de la Francia revolucionaria, de los derechos del hombre, de la escarapela tricolor, que han dado la vuelta al mundo, a despecho de los déspotas nacionales y extranjeros”.⁴⁴ De todos modos, cuando ese criterio se combinaba con el de las afinidades de razas y de cultura, en particular con la influencia del latinismo, Francia emergía como una nación que “influye grandemente en todo lo argentino”, la enseñanza, la literatura y las ciencias, “al punto de congobernarnos con la Marsellesa y los derechos del hombre y el ciudadano, como una creaciones propias”, un ascendente cultural que no era posible hacer extensivo a Gran Bretaña.

Este tipo de discursos evidencia de qué manera el estallido de la Primera Guerra Mundial dinamizó el juego de selección de afinidades con lo europeo y reafirmó la existencia de una serie de simpatías previas al conflicto con aquellas naciones que históricamente habían sido consideradas como paradigmas civilizatorios para la joven nación Argentina: Francia y, en menor medida, Inglaterra. Al mismo tiempo, permiten

⁴³ Francisco Barroetaveña, “Las naciones beligerantes. Vinculaciones argentinas”, *ED*, N° 7697, 8-8-1914, pp. 6-7.

⁴⁴ *Ibidem*. Durante los primeros meses de la guerra, en varias ocasiones la anglofilia porteña apeló a esta célebre canción patriótica. Véase, por ejemplo, “Rule, Britannia”, *LM*, N° 1284, 7-8-1914, p. 1.

discutir la utilización imprecisa y reduccionista que la historiografía sobre las repercusiones de la Gran Guerra en Argentina ha hecho de la noción de “aliadofilia”. Pues, los valores condensados en esas construcciones estereotipadas de Francia e Inglaterra hicieron del Imperio ruso un aliado incómodo incluso para los periódicos porteños más radicalmente aliadófilos que compartían con sus pares europeos el problema de componer una caracterización de la Gran Guerra como una cruzada de la Civilización Occidental y latina frente a la barbarie alemana contando con el apoyo de la Rusia zarista. Ante todo, aunque pocos periódicos lo reconocieran abiertamente, Rusia era un gran desconocido para la prensa local.⁴⁵ Durante la guerra, la información sobre el Imperio moscovita que brindaban los diarios locales se limitaba a las secciones de noticias telegráficas y lejos de la imagen que ostentaban sus aliados, la representación más consensuada en el seno la prensa porteña mostraba a Rusia como un país “feudal” y “oscurantista”, poblado por grandes masas de campesinos “atrasados” y “salvajes”, que se hallaba más próxima a la Edad Media que a los albores del siglo XX.⁴⁶

Sin embargo, durante las primeras semanas de la guerra un hecho inesperado como la promesa de manumisión de Polonia por parte del zar Alejandro II permitió a algunos de los defensores de la Entente realizar una lectura en clave democrática de Rusia. Para Barroetaveña, por ejemplo, la decisión del zar era un indicio de una evolución pacífica hacia las instituciones y las libertades modernas que posteriormente podrían extenderse al resto del imperio y que además tenían el merito agregado de conjurar futuras convulsiones revolucionarias.⁴⁷ Y en el mismo sentido se expresó Rubén Darío en una crónica publicada en *La Nación* en octubre 1914 al afirmar que “en el fondo de nuestros corazones, amantes de la Libertad y la Justicia, se alza un grito de júbilo y de simpatía para la Gran Rusia, poderosa y generosa, que ayudará a Francia a mantener incólume su escudo, que representa la civilización, y dará al mundo el bello y

⁴⁵ “De los grandes países que intervienen en la actual catástrofe europea, quizás el menos conocido para nosotros es Rusia”, afirmaba *La Razón* en los primeros días de la guerra. “La Santa Rusia”, N° 2724, 3-8-1914, p. 3.

⁴⁶ “Vemos a Rusia como en tiempos de Iván El Terrible, engrandecida en el territorio, multiplicada en sus fuerzas, pero siempre idéntica a lo que fue en la Edad Media, es decir, horda desatada tras el botín, aglomeración de muchedumbres siniestras, desencadenadas en espantoso furor de razzias [...] Tras de los ejércitos van, dice un telegrama, las bandas de multitudes éxodos de harapientos, anhelosos de precipitarse sobre las ciudades, hambrientos de saqueo, de muerte. Mientras que los soldados atacarán a los soldados, ellos destruirán, como los lobos y los chacales, a dentellada y a zarpazo, y por donde pasen el viento quedará gimiendo sobre montes de ensangrentada ceniza. Hordas de exterminio, renuevan en su bárbara marcha la visión de las huestes de radamichos y jazaros, la Tartaria salvaje vaciada sobre el continente de Europa”. “Tartaria”, *LM*, N° 1298, 21-8-1914, p. 1.

⁴⁷ “La resurrección de Polonia. Susceptibilidad alemana”, *ED*, N° 7705, 29-8-1914, p. 5.

radiante espectáculo de hacer flamear en el concierto de las naciones la gloriosa bandera de la Polonia resucitada”.⁴⁸ De todos modos, este tipo de intervenciones no lograron desplazar la imagen mayoritaria de Rusia como un país “feudal” y “atrasado”.

En el otro extremo, la defensa de las Potencias Centrales en un sentido estricto fue bastante excepcional pues gozaron de las simpatías de sectores mucho más acotados de la opinión pública porteña. En rigor, la posición más extendida dentro del campo periodístico porteño fue la “germanofilia”, entendiéndose por ello, la defensa de los intereses y las posiciones de Alemania durante la guerra, basada en una representación del Imperio alemán como una nación joven, pujante y amenazadora de los designios de sus adversarios y que hallaban inmersa en una guerra ocasionada por las ambiciones económicas y territoriales de sus adversarios. Esa representación ponderaba positivamente ciertos rasgos de su organización económica, política, social y cultural como el orden, la rigurosidad, la seriedad, la disciplina, etc. y determinadas instituciones vertebradoras de ese sistema social como el ejército prusiano y las universidades alemanas.⁴⁹

En Argentina, la influencia alemana comenzó hacia finales de siglo XIX cuando la Alemania imperial vivió un desarrollo económico tardío pero muy acelerado y en vísperas de la Gran Guerra representaba el tercer inversor de capitales extranjeros en el país. También había cumplido un papel muy importante en ciertas áreas específicas como, por ejemplo, en la modernización del Ejército argentino y en la enseñanza de las ciencias en las universidades nacionales. Ello explica en parte el hecho de que la germanofilia local estuviera concentrada en determinados nichos e instituciones en las cuales los alemanes habían ejercido un gran ascendente como, por ejemplo, en la Facultad de Derecho y, sobre todo, en la Escuela Superior de Guerra.⁵⁰

⁴⁸ Rubén Darío, “España y la guerra”, *LN*, N° 15368, 8/10/1914, p. 5. Otro activo defensor de Rusia fue periodista y político español Cristóbal de Castro, cuyas crónicas para diferentes medios españoles fueron reproducidas por el diario *Tribuna*. Castro había sido corresponsal en Rusia durante la guerra ruso-japonesa para el diario *La Correspondencia de España*, Luego, en el año de 1933 será uno de los fundadores de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética. Véase, entre otro, “Rusia y los rusos. Lo europeo y lo asiático”, *TRI*, N° 7265, 18/12/1914, p. 3.

⁴⁹ De todos modos cabe destacar que, a diferencia de lo que ocurría con otros alineamientos, fueron escasos los intelectuales y las publicaciones que durante la guerra se reconocieron abiertamente como “germanófilos”. Más allá de los alcances analíticos de la definición precedente, para los contemporáneos la “germanofilia” fue generalmente un término peyorativo utilizado por sus adversarios como un adjetivo calificativo.

⁵⁰ Sobre la influencia alemana en la modernización del ejército argentino véase: Warren Schiff, “The influence of the German Armed Forces and War Industry on Argentina, 1880-1914”, *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 52, N° 3, Duke University Press, agosto de 1972, pp. 436-455; Elizabeth B. White, *German influence in the Argentine army, 1900 to 1945*, Nueva York, Garland Publishing, 1991 y Fernando García Molina, *La Prehistoria del poder militar en la Argentina. La*

La prédica de estos intelectuales y la difusión de la propaganda alemana hallaron su lugar privilegiado en el diario *La Unión*.⁵¹ Sus páginas serán testigos de los esfuerzos por elaborar una imagen alternativa de Alemania que permitiera al menos matizar la representación negativa que tenía de ella gran parte de la opinión pública local. Frente a las acusaciones de ser la responsable del estallido de la guerra y de encarnar una sociedad bárbara y retrógrada, se elaboró una contraimagen en la que se enfatizaban los logros económicos, sociales y educativos del Segundo Reich que acompañaron el enorme crecimiento industrial experimentado por Alemania desde finales del siglo XIX, en el marco de una sociedad jerárquica que había evolucionado independientemente de la existencia de un sistema democrático parlamentario pleno.⁵² Sin embargo, en el contexto de la Gran Guerra, salvo en las publicaciones que sostenían las posiciones más radicalmente contra Alemania, los resultados de su acelerado crecimiento económico y social fueron reconocidos por varios diarios porteños, sometiendo la imagen de Alemania a una tensión no resuelta que insistía en los riesgos del despotismo prusiano para la democracia al tiempo que reconocía los méritos y aportes de sus pensadores y sus científicos al progreso de la Humanidad.⁵³

Más allá de las páginas de este vespertino, la causa de Alemania tuvo defensores más moderados en otros periódicos porteños. Una de ellas fue la Condesa Emilia de Pardo Bazán, corresponsal de *La Nación* en Madrid. En una de las primeras crónicas para el diario porteño, en la que narra el clima que se vivía en la capital española tras el inicio de la guerra, la cronista hacía gala de una germanofilia moderada y agregaba un

profesionalización, el modelo alemán y la decadencia del régimen oligárquico, Buenos Aires, Eudeba, 2011. El papel de los científicos alemanes en la Argentina ha sido analizado en Susana García, *Enseñanza científica y cultura académica. La Universidad de La Plata y las Ciencias Naturales (1900-1930)*, Rosario, Prohistoria, 2010. Para una mirada de conjunto sobre los intelectuales germanófilos durante la guerra véase Percy Alvin Martin, *Latin America and the War*, Gloucester, Massachusetts, Peter Smith, 1965 [original inglés 1925], pp. 184-186; María Inés Tato, “Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos frente a la Primera Guerra Mundial”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas / Anuario de Historia de América latina*, N° 49, Graz, Institut für Geschichte Karl Franzens – Universität Graz, 2012, pp. 205-223. Sobre las simpatías con Alemania en los círculos socialistas véase Claudia de Moreno, “¿Cultura o civilización?: Augusto Bunge y la Primera Guerra Mundial”, *Épocas. Revista de Historia*, N° 5, primer semestre de 2012, pp. 33-53.

⁵¹ Aunque no de manera exclusiva. El diario *La Razón*, por ejemplo, sin ser un periódico germanófilo publicó por entregas entre mediados de octubre y comienzos de noviembre de 1914, el célebre escrito de Ernesto Quesada, “La actual civilización germánica juzgada por un latino-americano”, publicada originalmente en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* a comienzos de octubre de ese año. Del mismo modo ocurre con la destacada presencia de Estanislao Zeballos en el diario *La Prensa*.

⁵² Tal es así que en un editorial de mediados de enero de 1915 dedicado a las virtudes de la democracia alemana, *La Unión* afirmaba: “Si Marx, Engels y Lasalle resucitaran, hallarían la mayor parte de sus ideas y doctrinas realizadas y puestas en práctica”. “La democracia y Alemania”, *LU*, N° 64. 14-1-1915, p. 5.

⁵³ En ocasiones, los elementos iluministas que tensionan la imagen de la Alemania “bárbara” son mencionados como una tradición que posibilitará su reconstrucción luego de ser liquidada en la presente guerra. Cf. Francisco Barroetaveña, “Alemania del porvenir”, *ED*, N° 7733, 1-10-1914, pp. 4 y 5.

elemento nuevo a esa imagen de Alemania: la valentía. Pardo Bazán reconocía su admiración por la “grandiosa sublimidad” que tenía la actitud de Alemania al combatir simultáneamente contra seis naciones poderosas y afirmaba: “cometa o no abusos, violaciones de neutralidad de territorios, haga lo que haga, la gigantona es una valiente”.⁵⁴ Hasta cierto punto, la germanofilia de Pardo Bazán no resulta tan llamativa si se tiene en cuenta que, salvo contadas excepciones, la gran mayoría de los intelectuales y cronistas españoles manifestaban cierto grado de simpatía por Alemania.⁵⁵ La moderada germanofilia de la cronista española también revela cierta perspectiva autorreferencial sobre su horizonte cultural en la que emergen, indiciariamente, valores culturales, visiones políticas y elementos de la memoria histórica de su país pues Pardo Bazán confiesa que parte de su admiración por Alemania se debe a que su situación en los inicios de la Gran Guerra “nos recuerda a la España del siglo XVI”, batallando sola contra medio continente europeo.

3. Las otras opciones del caleidoscopio: belicismo, pacifismo y neutralismo en la prensa periódica de Buenos Aires

En su análisis sobre los alineamientos de los intelectuales porteños frente a la Gran Guerra, Compagnon señala que la historiografía tiende a reproducir la oposición entre aliadófilos y germanófilos a expensas de una aprehensión más fina de ciertos posicionamientos individuales.⁵⁶ No deja de ser llamativo que esta apreciación sobre el campo intelectual, no sea aplicada por el autor en su análisis sobre los posicionamientos de la prensa periódica porteña ante el inicio del conflicto, el cual reitera una taxonomía, que distingue entre aquellos diarios donde la aliadofilia era particularmente sensible como *El Diario*, *La Argentina*, *La Mañana* y *Crítica*, aquellos que brindan una información “objetiva” y “equilibrada” como *La Prensa*, *La Razón* y *La Nación* y, por último, el solitario defensor de la germanofilia, *La Unión*.⁵⁷

Sin embargo, las opiniones y los alineamientos expresados por el conjunto de la prensa periódica porteña no se agotan en esa clasificación reduccionista. Durante los meses iniciales del conflicto es posible advertir otras posiciones tal vez más

⁵⁴ Emilia de Pardo Bazán, “Crónicas de España”, *LN*, N° 15342, 12-9-1914, p. 4.

⁵⁵ Para una mirada de conjunto sobre el heterogéneo ambiente intelectual español favorable a las Potencias Centrales durante la guerra véase Maximiliano Fuentes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014.

⁵⁶ Cf. Compagnon, *L'adieu à l'Europe*, *op. cit.*, p. 91.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 66-67. Tanto esta clasificación como las cifras de tiradas que brinda el autor están basadas en un informe de la legación francesa de Buenos Aires de finales de 1914.

excepcionales pero no menos representativas de las diferentes miradas de los periódicos y la opinión pública local sobre la guerra europea. En primer lugar, en el clima de entusiasmo ocasionado por el estallido de la conflagración algunos colaboradores y cronistas hicieron una glorificación de la guerra como un hecho positivo para la Humanidad. Arturo Giménez Pastor, desde la sección “Sinfonía”, una suerte de editorial de la revista *Fray Mocho*, brindaba al público porteño una imagen de la guerra como una cruzada vitalista llamada a restaurar los valores morales corroídos por la sociedad burguesa mediante una profunda renovación moral y política. El cronista partía de un diagnóstico opuesto a la francofilia porteña en relación a la significación de París como paradigma cultural y estético pues para Giménez Pastor el “armonioso espectáculo exterior de esa artística civilización europea que tantos compatriotas han ido a contemplar en Mabilly y en *Le Chat Noir*”, no había generado más que placeres mundanos y una cultura secular y materialista cuyos exponentes más cabales eran la prensa sensacionalista y la afición por el tango. Felizmente para el autor esa cultura decadente sería arrasada por el heroico espectáculo que traería la guerra:

Tal es el cuadro del momento, el espectáculo desplegado allá en el viejo mundo de la gran civilización y de la gran diplomacia. Terrible pero hermoso; sobre todo contemplado de lejos; y quizás necesario, tal vez sin duda necesario como revulsivo moral. La barbarie lleva en sí una gran ráfaga de heroísmo que es bueno, que es preciso sentir de cuando en cuando. El mundo estaba viviendo una vida relajada, moralmente mísera. Allá en París, centro universal de la inteligencia y de la civilización, la masa de los espíritus se apasionaba con el tango y con las miserias sensacionales del proceso de Mme. Caillaux. Un poco de huracán bárbaro no siempre viene mal para erguir los espíritus rebajados a preocupaciones de malsano sensacionalismo y mezquino materialismo. Se vuelve así a vivir un poco con el alma de las edades primitivas en que la naturaleza desplegaba, salvaje pero magnífica, la gloriosa y trágica alegría del heroísmo; es decir, el desahogo de la fuerza generosamente animal que hace la grande y viril belleza de la epopeya. [...] al fin y al cabo, entre el fracaso disimulado de la desorientación moral que se traduce en civilización sin grandeza y el que se traduce en revulsivo viril, mejor es éste [...] no puede negársele belleza de alto interés histórico y humano a ese espectáculo de la Europa resonando y resoplando guerra, barbarie épica, drama de sangre y fuego.⁵⁸

En el prisma de Giménez Pastor la guerra es considerada como un hecho no sólo ineludible sino anhelado al ser imaginada como una experiencia revitalizadora que, actuando como un revulsivo moral, traería un nuevo bienestar a la sociedad europea luego de una purificación de la comodidad y la decadencia burguesa. De allí, el carácter positivo y la “belleza” intrínseca que el cronista encontraba al contemplar los preparativos de la guerra en el Viejo Continente. Si bien, ésta no fue una concepción muy dominante en la opinión pública porteña, durante las semanas iniciales del

⁵⁸ Arturo Giménez Pastor, “Sinfonía”, *FM*, N° 120, 14-8-1914.

conflicto hubo varios diarios y corresponsales que acompañaron con leves matices esta glorificación de la guerra como una instancia revitalizadora de los valores perimidos de las sociedades europeas la cual, vista a la distancia y con la liviandad que permitía la neutralidad argentina, no era considerada como un hecho negativo en sí mismo.⁵⁹

En segundo lugar, habría que mencionar las diferentes variantes del pacifismo y, ante todo, el pacifismo de corte católico. A comienzos de la guerra, de acuerdo con las directivas del Papa Pío X y de su flamante sucesor, Benedicto XV, el diario *El Pueblo* ordenaba a todos los católicos del mundo y, en particular, a sus lectores porteños “que hagan públicas preces para que Dios misericordioso destruya las causas malignas de la guerra, dando a los que mandan pensamientos de paz y no de aflicción”.⁶⁰ Como el propio diario se encargaba de distinguir, el pacifismo cristiano era muy diferente de otros tipos de propuestas en favor de la paz, en especial, de las sostenidas por los socialistas. Pues, mientras que “el socialismo cree resolver el problema con protestar y abogar por la supresión de las patrias”, la tendencia cristiana propugna por “el mejoramiento del alma humana, trabaja porque los hombres sean más virtuosos, porque pueblos y razas se acerquen y fraternicen. No deja de predicar un sólo día que la guerra es barbarie pero se abstiene de pretender lo irrazonable y sobre irrazonable, imposible: que no haya naciones, por una parte y por la otra, que habiéndolas no haya entre ellas diversidad de anhelos y oposición de intereses”.⁶¹ En otras palabras, ambas tendencias buscaban un mismo objetivo pero divergían en los medios para alcanzarlo.

Sin embargo, ese pacifismo que llamaba a elevar los corazones hacia Dios y a evitar tomar partido frente a la guerra, a la que consideraba como un castigo divino, fruto de un moral decadente, el materialismo y la lucha de clases, se hallaba en franca contradicción con las recurrentes manifestaciones del diario en favor o en contra de determinadas naciones europeas. Si bien existe cierta visión de la Iglesia Católica argentina como “el último bastión de la germanofilia local”, al parecer las posiciones de

⁵⁹ El día del inicio de la guerra, el editorial de la *La Gaceta de Buenos Aires* afirmaba: “La Humanidad será la víctima. Bien merecido lo tiene y como no hay mal que por bien no venga, al revolcarse en su propia sangre ha de recibir quizás el baño purificador [...] Bienvenido, entonces, este bautismo de sangre que hará primar la razón sobre el instinto bestial. De montañas de cadáveres y de su podredumbre ha de nacer más tarde la semilla bendita de la verdadera paz”. “Europa en guerra”, N° 1195, 1-8-1914, p. 5. Las primeras impresiones de Julio Piquet, corresponsal de *La Nación* en París, iban en un mismo sentido: “Si la guerra es la expresión más acabada de la ferocidad y la barbarie, hay que reconocer que, por lo menos, es higiénica [...] dentro de la semibarbarie a que ha llegado la humanidad y que llama civilización, casi parece evidente el aforismo de Moltke, antes enunciado por José de Maistre [sic] de que la guerra es de institución divina y que si no fuera por ella, la humanidad caería en la podredumbre”. “Durante la gran batalla”, *LN*, N° 15354, 24-9-1914, p. 5.

⁶⁰ “Peregrinación pro paz”, *EP*, N° 5074, 23-8-1914, p. 3.

⁶¹ “Dos tendencias”, *EP*, N° 5063, 9-8-1914, p. 2.

los católicos porteños frente a la Gran Guerra fueron más complejas.⁶² A comienzos de octubre, el periodista del diario *El Pueblo* que firmaba como Observer su columna “En torno a la guerra”, resumía los principales argumentos que sostenían las contradictorias simpatías de los fieles porteños.⁶³ Los partidarios de Alemania sostenían que las ideas más perniciosas para el catolicismo procedían de Francia, cuyo gobierno era el único de Europa al cual puede denominarse ateo en un sentido estricto del término y un perseguidor implacable de la fe católica, que incluyó la destrucción de su organización eclesiástica y su expulsión del sistema educativo oficial. Por todo ello, los católicos partidarios de Alemania anhelaban ver a Francia destruida en la presente guerra.

Por su parte, los católicos afectos a Francia sostenían que no debía confundirse el Estado francés con la verdadera nación francesa, profundamente católica a pesar de los intentos republicanos por destruir la fe del pueblo francés. Por el contrario, para ellos Alemania constituía el principal país protestante del continente europeo, cuna del positivismo y del materialismo moderno. Es por ello que, una victoria de Alemania en la Gran Guerra equivaldría a la emergencia de un nuevo Carlomagno pero no católico sino hereje. Y recordaban además que si bien la iglesia católica fue perseguida en Francia no debía olvidarse que lo mismo había ocurrido en Alemania en el marco de la *Kulturkampf* posterior a la victoria en la guerra francoprusiana de 1870. Podría agregarse a esta reflexión contemporánea a los hechos que, a los ojos de los católicos, el resto de los miembros de la Triple Entente no concitaban una gran simpatía ya que Inglaterra podía ser considerada como la cuna del anglicanismo mientras que Rusia era la mayor representante de la Iglesia Ortodoxa en Europa oriental.

Ante tan complejo panorama, en el cual existían razones atendibles en ambos bandos, el autor de la nota proponía mantener la equidistancia respecto de los combatientes y ponerse en manos de la Providencia.⁶⁴ Sin embargo, la lectura del diario *El Pueblo* revela la existencia de diferentes simpatías y rechazos frente a las naciones combatientes que tensionan ese pretendido pacifismo ecuménico. Ante todo, era muy evidente su fobia antifrancesa. Con motivo del Affaire Caillaux, un escándalo de opinión pública que acaparaba la atención de la prensa parisina días antes del estallido

⁶² Compagnon, *L'adieu à l'Europe*, op. cit., pp. 101-102.

⁶³ Observer, “En torno a la guerra”, *EP*, N° 6012, 7-10-1914, p. 1.

⁶⁴ “Así las cosas, ¿qué podemos hacer los católicos si no es ponernos en manos de la Providencia y acatar por anticipado lo que disponga o permita como solución a este terrible conflicto? *Ibidem*.”

de la guerra,⁶⁵ el diario *El Pueblo* retomaba, con un tono de abierta confrontación, el viejo argumento de la existencia de dos Francias:

Ahí están frente a frente, en campos bien delimitados, las dos Francias de la hora actual [...] Ahí está la Francia de Jesucristo en Lourdes y la Francia atea de la corte de asises [sic]. En Lourdes está la Francia de San Dionisio y sus compañeros mártires, la de San Martín y San Hilario; la Francia de Martel, de Carlo Magno y de San Luis; la de San Vicente de Paul y de San Juan de la Salle; la Francia de los misioneros incansables e intrépidos [...] En el otro campo aparece, la Francia del terror y de la guillotina, de la masonería insidiosa y siniestra, de la Comuna incendiaria, de Venus endiosada, del divorcio rayano en el amor libre y de la persecución y la intolerancia sectarias. En una palabra, en la corte de asises está la mujer atea y divorciada que asesina y defendiéndola aparecen los hombres que desgraciadamente tienen en sus manos las riendas del gobierno [...] En París, en el tribunal que juzga a la mujer divorciada, asesina de Calmette, está esa parte de Francia entronizada en el poder que aborrece a sus hermanos, los franceses católicos [...] la Francia de Gambetta, suicida; de Waldeck Rousseau, engañador; de Combes, que gobernó pagando el espionaje y la delación; de Zola, el asqueroso de mala fe [...] esa parte de Francia que Maurice Barrés pintó con pluma magistral en los artículos titulados ‘Dans la cloaque’.⁶⁶

La figura de madame Caillaux opera aquí como una sinécdoque de Francia pues todos los males que ella encarna son el resultado del proceso de secularización y del laicismo republicano que han torcido el destino de la Francia monárquica y católica. A lo largo de la contienda un tópico recurrente del diario será la insistencia en el resurgimiento del catolicismo en Francia, fruto no sólo de un viraje en la valoración del catolicismo por parte de las autoridades políticas del país en el clima de la “Unión Sagrada” sino también como resultado de la activa colaboración de los fieles católicos en la defensa de su patria y sus correligionarios en guerra, olvidando las persecuciones y los vejámenes que el régimen republicano les había propinado a los fieles y eclesiásticos franceses.⁶⁷

⁶⁵ El 16 de marzo de 1914, Henriette Caillaux, esposa de Joseph Caillaux, Ministro de Finanzas del gobierno francés, ingresó a la redacción del diario *Le Figaro* y asesinó de seis balazos a su director, el periodista Gastón Calmette. Desde hacía varios meses, Caillaux era objeto de constantes ataques por parte de *Le Figaro* que llegó a publicar cartas privadas entre el ministro y su esposa. El abogado Fernand Labori obtuvo la absolución de la acusada bajo la figura de un crimen pasional. Para una descripción más detallada véase, entre otros, Edward Berenson, *The Trial of Madame Caillaux*, California, University of California Press, 1992.

⁶⁶ “Las dos Francias”, *EP*, N° 5051, 26 y 27-7-1914, p. 2. Posteriormente, con motivo de la absolución de Mme. Caillaux, publicó un durísimo editorial titulado “La madama absuelta” donde volvía a arremeter contra ella: “Mujer adúltera, perturbadora del hogar ajeno, divorciante, divorciada, vuelta a casar, lasciva como una mona [...] Ese es el producto genuino de una moral sin Dios”. *EP*, N° 5054, 30-7-1914, p. 2.

⁶⁷ A modo de ejemplo puede consultarse nuevamente la columna “En torno a la guerra” de principios de octubre donde, glosando extensamente los diarios católicos de París, Observer afirmaba que la guerra estaba dando paso a un enorme fervor religioso en Francia gracias al ejemplo de abnegación de aquellos católicos que había sido víctimas de la persecución de socialistas y radicales, un viraje que iba acompañado de otras noticias positivas como la cesación de los “espectáculos licenciosos” y la prohibición del ajenjo. Cf. Observer, “En torno a la guerra”, *EP*, N° 6014, 9-10-1914, p. 1 y N° 6016, 11-10-1914, p. 1.

De esta manera, el epidérmico pacifismo del diario católico no impide que la Gran Guerra también desate en él una explicitación de sus afinidades con ciertas naciones europeas. Las duras críticas de *El Pueblo* contra la imagen de la Francia republicana desentonan con la representación más tradicional del Hexágono como vástago de las Luces y la Revolución, reiterada en infinidad de ocasiones por la prensa periódica porteña. Por el contrario, a juzgar por el extenso editorial “Las dos Francias”, probablemente a cargo de Enrique Prack, el país galo sólo puede tener un lugar en el desarrollo de la cultura nacional: erigirse como un ejemplo de lo que no se debe hacer y de los males que Argentina tendría que evitar.⁶⁸ Ese prisma católico explica, a su vez, sus inclinaciones más explícitas en favor de las Potencias Centrales consideradas como las naciones “verdaderamente” católicas de Europa.⁶⁹

Por último, cabría destacar que el pacifismo de corte cristiano tuvo también sus defensores más allá del mundo católico apostólico romano como, por ejemplo, Pablo Besson, activo colaborador del diario *El Tiempo* y uno de los fundadores de la corriente bautista en Argentina.⁷⁰ En el contexto de la Gran Guerra, Besson acompañó esas posturas pacifistas pero se distanció claramente del Vaticano como institución pues, a juicio de Besson, la mezcla del militarismo y del falso cristianismo ha sido siempre el sostén de “la religión por los cañones”.⁷¹

Más allá del mundo católico, a lo largo de la Gran Guerra el pacifismo fue una postura que estuvo sujeta a diferentes tipos de combinaciones con otras ideologías y prácticas como el neutralismo y el panamericanismo. La revista *Mundo Argentino* y, en particular, en los editoriales firmados por su director Constancio C. Vigil, es posible advertir una combinación entre el pacifismo de corte católico y las impugnaciones morales a la guerra sumada a ciertas formas de pacifismo práctico, como la creación de

⁶⁸ “Los argentinos que asistimos a la formación de nuestra patria al comenzar el segundo siglo de su vida independiente [...] debemos escarmentar en el desastre visible que Francia padece por causa de las doctrinas ateas para combatir con energía esas enseñanzas deletéreas”. “Las dos Francias”, *op. cit.*

⁶⁹ “El gobierno francés ignora a Dios; no da en estos momentos el hermoso ejemplo de Alemania y Austria oficiales que se prosternan solemnemente ante El y públicamente impetran su ayuda”. “Ante la guerra”, *EP*, N° 5058, 3 y 4-8-1914, p. 3.

⁷⁰ Pablo Besson es considerado el iniciador de la Obra Bautista en Argentina. Nacido en Berna, Suiza en 1848, hijo de un predicador de la Iglesia Reformada y de una madre de origen valdense. Estudió en la Facultad de Teología de la Universidad de Neuchatel y luego en Leipzig. Llegó a la Argentina en 1881 a pedido de una pequeña colonia de bautistas franceses en Esperanza, provincia de Santa Fe. En octubre de 1905 contrajo matrimonio con Margarita Mealley, viuda del pastor bautista inglés Jorge Graham. Es conocido por ser el autor de la primera traducción del griego al castellano del Nuevo Testamento en Sudamérica, publicada en Buenos Aires en 1919. Para una reconstrucción biográfica mayor véase Santiago Canclini, *Pablo Besson. Un heraldo de la libertad cristiana*, Buenos Aires, Junta de Publicaciones de la Convención Evangélica Bautista, 1933.

⁷¹ Pablo Besson “Guerra y religión”, *ET*, N° 5634, 16-9-1914, p. 1.

una marina mercante internacional, muy cercanas al panamericanismo.⁷² Sin lugar a dudas, este tipo de propuestas tuvo su ejemplo más destacado en la campaña pacifista iniciada por el Museo Social Argentino y que contó con una gran acogida en la prensa periódica local.⁷³ El 4 de noviembre de 1914, la institución elevó una nota al Ministerio de Relaciones Exteriores, reclamando al gobierno que tomara medidas para garantizar la paz y la neutralidad. Pocos días después, el 13 del mismo mes, resolvió enviar a las universidades, instituciones científicas, cámaras de comercio, centros industriales y demás entidades económicas de América, una circular que contenía una propuesta sobre el cabotaje interamericano.⁷⁴ El contenido de ambas notas, firmadas por el Presidente de la entidad, Emilio Frers y por Tomás Amadeo, su Secretario General, revela las diferentes combinaciones del pacifismo con ciertas propuestas prácticas en favor de un panamericanismo pronorteamericano y la defensa de la neutralidad estatal. Ante el riesgo naval que implicaba el inicio de la guerra, el Museo Social llamaba al ministro Murature a entablar algún tipo de reclamación similar a las ya iniciadas por los Estados Unidos y tratar de llegar a un acuerdo panamericano.⁷⁵

Luego de recibir una respuesta formal de Murature, el Museo Social lanzó una segunda circular, destinada a diferentes instituciones y organismos del continente,

⁷² A mediados de diciembre de 1914, el semanario comentaba en un apartado destacado en su portada la propuesta del diario holandés *Rotterdamsche Courant* sobre la creación de un ejército y una marina internacional, recordando a sus lectores que una iniciativa muy similar de alianza fraternal y de arbitraje sin limitaciones entre los pueblos de América había sido presentada por el semanario en su número del 6 de mayo de 1914. “Pacifismo práctico. Ejército y escuadras internacionales”, *MA*, N° 206, 16-12-1914. Sobre el discurso moralista ante la guerra cf. A. Castañeiras, “¡Guerra!”, *MA*, N° 204, 2-12-1914.

⁷³ Cf. “Nota del Museo Social Argentino”, *LN*, N° 15396, 5-11-1914, p. 8; “Iniciativa del Museo Social Argentino”, *LA*, N° 3400, 7-11-1914, p. 5; “La Guerra. Navegación interamericana. Iniciativas del Museo Social Argentino”, *LP*, N° 16075, 14-11-1914, p. 9; “La neutralidad. Defensa de los neutrales. Actitud de los Estados Unidos”, *LR*, N° 2852, 30-12-1914, p. 3 y “El comercio internacional. La iniciativa del Museo Social Argentino”, *LN*, N° 15457, 6-6-1915, p. 9.

⁷⁴ “El Museo Social Argentino y la neutralidad americana. Notas intercambiadas por el Museo Social Argentino con el ministro argentino de Relaciones Exteriores y Culto” y “Cabotage [sic] inter-americano, su neutralidad. Circular del Museo Social Argentino”, *Boletín Mensual del Museo Social Argentino*, Año III, Tomo III, 1914, pp. 497-510.

⁷⁵ “Los países de América no tienen por que [sic] sufrir más de lo que sufren, como consecuencia de un conflicto en que ellos no han intervenido ni intervienen. América pacífica, en esta circunstancia, debe sostenerse a sí misma, apoyada en el derecho y sostenida por la fuerza formidable de la solidaridad continental. Y el Museo Social Argentino, amparándose a su vez en la autoridad moral y en la personería que lo acuerdan su carácter de institución pacífica y la circunstancia de haber promovido, con éxito notorio, otras formas de solidaridad americana, así como en el hecho de tener oficialmente solidarizados con sus ideales los de las más prestigiosas entidades científicas y económicas de Europa, de Norte y Sud América y de nuestro propio país, el Museo Social Argentino viene, señor ministro, a solicitar del gobierno argentino, por su intermedio, que en defensa de los altos ideales de paz y de amistoso intercambio internacional, a la vez que de los grandes intereses del país, promueva en concordia con el gobierno de los Estados Unidos, un inmediato acuerdo panamericano tendiente a prevenir los hechos y peligros a que he venido haciendo referencia y que han de afectar a todos los pueblos litorales de América”. “Notas intercambiadas por el Museo Social Argentino con el ministro argentino de Relaciones Exteriores y Culto”, *op. cit.*, p. 499.

donde esos anhelos por “un triunfo legítimo de la política americana de paz” se sostenían sobre un conjunto de propuestas concretas que buscaban, en palabras de Frers, “un aislamiento pacífico de América, requiriendo el reconocimiento de una fórmula nueva de derecho internacional” que se resumía en dos postulados: primero, que el comercio marítimo de los países americanos entre sí sea considerado como un cabotaje interamericano, siempre que se efectúe directamente entre puertos americanos no beligerantes y, segundo, que las embarcaciones mercantes que participen de ese cabotaje interamericano deberán ser consideradas como neutrales aunque naveguen bajo bandera de países que se encuentren en guerra.⁷⁶ Aunque no llegaron a producir las transformaciones anhelada por sus impulsores, las propuestas pacifistas del Museo Social Argentino recibieron el apoyo de un importante número de intelectuales e instituciones, tal como lo evidencia, las diferentes respuestas a dicha circular que fueron publicadas en el boletín de la institución a lo largo de 1915 y 1916. Pero sobre todo, permiten demostrar las diferentes combinaciones ideológicas que acompañaron al pacifismo en la opinión pública porteña.⁷⁷

Otra variante del pacifismo hacía hincapié en la cuestión del desarme y en las negociaciones diplomáticas como un medio privilegiado para resolver los conflictos entre las potencias europeas. Esa variante del pacifismo que propugnaba por reducir al mínimo indispensable los costos en armamentos tuvo a uno de sus principales defensores en el diario *La Tarde*. Para este vespertino, la guerra en Europa era la prueba suficiente de los riesgos que implicaban invertir grandes costos de dinero en la carrera armamentista. Trasladado al ámbito local, a partir de la desaparición de un escenario de conflicto con alguno de sus vecinos sudamericanos, este pacifismo práctico se tradujo en una crítica sistemática al ejército argentino considerado como “una institución inútil y parasitaria” que implicaba enormes gastos del presupuesto nacional que podrían destinarse a mejores inversiones.⁷⁸

Durante los primeros meses de la guerra, esta relación entre el pacifismo y las propuestas de desarme se tradujo también en un debate acerca de los flamantes buques

⁷⁶ “Cabotage [sic] inter-americano, su neutralidad. Circular del Museo Social Argentino”, *op. cit.*, p. 504.

⁷⁷ Por entonces, el pacifismo dio lugar a otras efímeras iniciativas como, por ejemplo, el movimiento popular americano en favor de la paz: “Anoche se realizó en el uno de los Salones de *La Prensa* una reunión preliminar de los iniciadores de un movimiento popular americano en favor de la paz europea [...] Se ha recibido las adhesiones de José F. Alcorta, Rodolfo Rivarola, Ernesto Nelson, Alfredo L. Palacios, Enrique Del Valle Iberlucea, José B. Zubiaur, Constancio C. Vigil y otros”. “En favor de la paz”, *LP*, N° 16005, 5-9-1914, p. 5.

⁷⁸ Cf. “El ejército”, *LT*, N° 623, 20-8-1914, p. 1 y “Una institución inútil y parasitaria”, *LT*, N° 625, 22-8-1914, p. 1.

de guerra que habían sido encargados por el gobierno argentino con anterioridad al estallido de la guerra, —más específicamente, en el marco de la versión vernácula de la “paz armada” protagonizada por los cancilleres Estanislao Zeballos y el Barón de Rio Branco—, y que estuvieron terminados cuando ese clima de guerra entre vecinos se había aplacado.⁷⁹ En ese contexto, la discusión sobre qué hacer con los dreadnought *Moreno* y *Rivadavia* fue un eje central del debate en favor del desarme y en el cual los diarios *La Argentina* y *La Tarde* fueron los más firmes defensores de la necesidad de venderlos, aprovechando el momento de la guerra y la necesidad de buques por parte de las potencias beligerantes o, en su defecto, intercambiarlos por buques mercantes.⁸⁰ La modificación del escenario de conflicto con los vecinos americanos sumada a la imagen de Argentina como una nación esencialmente pacífica, cuya construcción será analizada en el próximo apartado, y a las necesidades económicas que atravesaba el país como consecuencia del inicio de la guerra, tornaron irrelevantes la adquisición de esas modernas naves de guerra.

En este sentido, tanto el diario *La Argentina* como el vespertino *La Tarde* supieron conjugar una defensa de los aliados con este tipo de pacifismo sosteniendo que el arbitraje y la mediación diplomática era el único medio para garantizar la paz y que ese desarme europeo debía ser impulsado por el nuevo bloque de poder constituido por el ABC.⁸¹ Este nuevo consenso entre los principales estados sudamericanos permitió reevaluar críticamente la política armamentista europea y advertir que además de producir armamentos para sí misma, Europa era una de los principales proveedores de

⁷⁹ Para una caracterización de dicho procesos véase, Christian Garay, “Las carreras armamentistas navales entre Argentina, Chile y Brasil”, *Historia Crítica*, N° 48, Bogotá, septiembre-diciembre de 2012, pp. 39-57. De allí, las críticas de *La Mañana* al nuevo credo pacifista de Estanislao Zeballos, por aquel entonces Canciller de la Argentina: “Para el señor Zeballos, la civilización europea ha fallecido. ‘Es una desgracia horrible, dijo, que Europa haya hecho fracasar la civilización con esta guerra’ ¡Y éste es el mismo Toribio que en las memorables sesiones secretas de hace algunos meses cantaba, en prosa macarrónica, un himno a los beneficios de la guerra”. “El Mago”, *LM*, N° 1306, 29/8/1914, p. 1.

⁸⁰ En un editorial de finales de noviembre, *La Argentina* sostenía que “No cabe duda que los momentos son muy propicios para realizar una operación hartamente ventajosa para el erario nacional, y que vendría a mejorar notablemente la situación económica del estado”. “Los dreadnought”, *LA*, N° 3420, 27-11-1914, p. 4. En el mismo sentido, véase también, Julio Losada, “Paz y desarme general”, *LA*, N° 3420, 27-11-1914, p. 4; “Hay que vender los dreadnought”, *LT*, N° 707, 30-11-1914, p. 1.

⁸¹ El llamado Pacto del ABC, cuyo nombre oficial era *Pacto de No Agresión, Consulta y Arbitraje*, fue firmado el 25 de mayo de 1915 por la Argentina, Brasil y Chile y de allí su nombre. El tratado reconocía su origen en la Conferencia de Niágara Falls, que tuvo lugar entre el 21 de abril y el 30 de junio de 1914. En ella, los miembros del ABC propusieron una mediación diplomática ante el recrudecimiento del conflicto entre México y los Estados Unidos, luego del incidente de Tapinco y la ocupación norteamericana de Veracruz. Los alineamientos de la prensa porteña ante este nuevo bloque de poder serán analizados en el capítulo IV.

armas para los países sudamericanos, cuyas compras de armamentos generaban una desfavorable situación de la balanza económica y comercial.⁸²

De todos modos, estas diferentes acepciones del pacifismo parecen haber cosechado más críticas que adhesiones en el seno de la opinión pública local. Desde París, en una cronista enviada a *La Nación* en julio de 1914, el peruano Francisco García Calderón, realizaba una extensa y mesuradamente elogiosa reseña de una nueva “teoría positiva que discute el provecho de la guerra” fundada años atrás por un “sajón hostil a verdades impuestas, Mr. Angell”. García Calderón aludía al hoy olvidado bestseller de Norman Angell, *The Great Illusion*, publicado en 1910 y que produjo un enorme impacto en la opinión pública y los círculos académicos de Europa y los Estados Unidos, transformándose en un verdadero objeto de estudio y de culto.⁸³ A partir de una incorporación de la dimensión económica en las relaciones internacionales, la hipótesis central del libro de Angell sostenía que además de injusta, la guerra moderna era, en términos económicos, irracional e inviable dado el alto grado de interdependencia financiera y comercial entre las naciones.

Sin dejar de señalar ciertos puntos ciegos de la propuestas de Angell —como por ejemplo, la permanencia del instinto guerrero y su capacidad para escapar a las formas más refinadas de la cultura y el carácter cíclico de la lógica de la guerra contra la cual se torna estéril la “sensatez sajona y el cálculo menudo de provechos y pérdidas”— García Calderón consideraba que los postulados del “nuevo pacifismo” de Angell era muy superiores a la versión clásica de este movimiento ecuménico. Por el contrario, el pacifismo “clásico” era fustigado duramente por el cronista:

vive en blancos palacios, en propicias ciudades neutrales o en congresos románticos de reunión periódica y estéril. Coincide irónicamente con su clausura una nueva guerra bárbara, de refinamiento oriental, de violencia antigua. Se desarrolla en Ligas múltiples, de la paz, de la fraternidad, del derecho, multiplica arbitrajes y limita con malla de codificaciones precisas el asesinato colectivo. Su profeta es Tolstoi, Buda extraviado en una civilización artificial y mediocre. Su apóstol retórico, el barón d’Estournelles de Constant. Su mecenas multimillonario, Mr. Carnegie. La Haya y Ginebra, sus capitales gloriosas. Generoso evangelio que se extiende por el mundo, oponiendo a la rudeza de la conquista la música de viejos salmos y la ingenuidad de dulces vaticinios. No avanza la idea de paz en las asambleas, ni la invasión de folletos y ‘tracts’ aleja la perpetua amenaza.⁸⁴

⁸² “La paz armada. Consideraciones oportunas”, *LA*, N° 3282, 12-7-1914, p. 4.

⁸³ Sólo entre 1910 y 1913, el libro vendió más de dos millones de copias y fue traducido a más de veinticinco lenguas. Cf. Howard Weinroth, “Norman Angell and *The Great Illusion*: An Episode in Pre-1914 Pacifism”, *The Historical Journal*, Vol. 17, N° 3, septiembre de 1974, p. 551. Para un exhaustivo estudio biográfico puede consultarse el libro de Martin Ceadel, *Living the Great Illusion: Sir Norman Angell, 1872-1967*, Nueva York, Oxford University Press, 2009, en especial los capítulos 5 y 6 dedicados a sus posiciones durante la Gran Guerra.

⁸⁴ Francisco García Calderón, “Dos pacifismos”, *LN*, N° 15323, 24-8-1914, p. 5.

Las críticas del intelectual peruano contra las formas más convencionales del movimiento pacifista internacional apuntaban básicamente contra su inutilidad para detener el estallido de una nueva guerra de grandes proporciones. A pesar de su aceptada organización a nivel global, que incluía la realización periódica de congresos y convenciones en favor de la paz, este tipo de pacifismo era considerado por sus críticos como un lirismo intelectual que podía ser atractivo para ciertas figuras extravagantes como Tolstoi, el barón d'Estournelles de Constant o Andrew Carnegie pero que en términos prácticos había sido absolutamente inútil para contener y evitar el estallido de la guerra.

En análogo sentido, el primer día de la guerra *La Mañana* publicaba en su portada una dura diatriba sobre el pacifismo que apuntaba contra su escasa eficacia en la contención del conflicto bélico: “la persistente y vigorosa prédica del humanitarismo queriendo abolir la posibilidad de estos choques funestos, no son sino meras manifestaciones de un lirismo generoso pero pueril frente a la gravitación tiránica de los intereses sociales, territoriales y económicos”.⁸⁵ A pesar de sus activos compromisos en favor de la paz, la realidad de la guerra mostraba la claudicación de sus principios y los límites de la educación por la paz para penetrar en el “espíritu de la naciones”. Su conclusión no era, en verdad, muy alentadora: “la humanidad ha menester de la guerra y el hombre continúa siendo, como en el aforismo de Hobbes, el lobo de los hombres...”.⁸⁶ Pocos días después el diario de Francisco Uriburu volvía a la carga contra la eficacia de los Congresos por la Paz y la doctrina del derecho internacional como un instrumento para la concordia entre las naciones, encarnada en nuestro medio por Estanislao Zeballos. Desde esta perspectiva, el pacifismo era presentado como una doctrina académica abstracta e inútil que más allá de su solemnidad (“Una asamblea de internacionalistas es ya algo que, como lo bello, no puede definirse. Es el resplandor del universo concentrado en protocolos”) no había logrado captar la atención más allá de los círculos universitarios. Esa vacuidad quedó de manifiesto en que el estallido de la guerra coincide con una de estas asambleas de pacifistas.⁸⁷

En un registro más jocoso, Prudencio Amarrete, en su columna habitual de *Caras y Caretas* reflexionaba sobre la contradicción que supone entregar un premio por la paz

⁸⁵ “La educación por la paz”, *LM*, N° 1278, 1-8-1914, p. 1.

⁸⁶ *Ibíd.*

⁸⁷ “Eficacia de los Congresos de la paz y los internacionalistas”, *LM*, N° 1282, 5-8-1914, p. 1. Véase también, “Un cátedra risueña”, *LM*, N° 1301, 24-8-1914, p. 1.

que lleva el nombre del creador de la dinamita y cuyos fondos anuales proceden de la venta de ese explosivo, un galardón que ese funesto año de 1914 habrá de quedar vacante ante la falta de candidatos. Hasta hace poco tiempo los organizadores tenía un candidato “era el Káiser; pero después de los ultimátums repartidos por toda Europa como quien reparte almanques, no es posible que el emperador Guillermo aspire al legado que dejó el dinamitero a los pacifistas de mayor viso”.⁸⁸

El descredito que gozaba el pacifismo europeo y sus representantes locales en la prensa porteña estaba motivado por los escasos resultados que esas doctrinas y conferencias internaciones habían tenido para evitar que estallará una nueva guerra de dimensiones continentales en el Viejo Mundo y que evidenciaba las dificultades de las potencias europeas en la resolución de sus conflictos. Sin embargo, esto no implica necesariamente que la paz no fuera una condición anhelada y valorada en el Río de la Plata, más bien, todo lo contrario. En el debate sobre la cuestión nacional que reabre el estallido de la guerra y que será analizado en el próximo apartado, Argentina reafirma su cultura nacional y a la luz de la realidad europea, enaltece su experiencia pacífica reciente, la Argentina del crisol de razas que a partir de 1880 había dejado atrás el fantasma de la guerra para adentrarse en la senda del progreso y la modernización.

Por último, cabe destacar que más allá de la posición estatal frente al conflicto, el neutralismo fue una posición bastante consensuado en gran parte de la prensa porteña pues, independientemente de las afinidades políticas y culturales con ciertos países contendientes, ningún sector de la opinión pública consideró inicialmente que Argentina debería inmiscuirse en una guerra lejana y ajena.⁸⁹ De hecho, las manifestaciones que se

⁸⁸ Prudencio Amarrete, “El premio de la paz (filosófico embrollo testamentario de Nobel)”, *CyC*, N° 830, 29-8-1914. “El premio a la paz depende de la existencia de la guerra. Está sujeto a que la humanidad combata y se pelee. Si no se consume la materia explosiva, no pueden ser premiados los pacifistas. Sin expender dinamita no es posible que haya fondos para el premio de la paz. De manera que es absolutamente indispensable, para que haya pacifistas, la existencia de la dinamita. Y existiendo la dinamita existe la guerra. En consecuencia: para que haya premio a la paz es indispensable que la gente se rompa la crisma. ¿Habrá nada más paradójico que este legado testamentario?”.

⁸⁹ Durante los primeros días de la guerra varios diarios se encolumnaron con la decisión estatal de mantener la más estricta neutralidad ante el conflicto europeo. *La Nación* propugnaba por un “patriotismo pacífico” y defendía la neutralidad en su editorial “La catástrofe”, *LN*, N° 15301, 2-8-1914, p. 7; *La Razón* sostuvo que “el pueblo argentino tiene deberes que cumplir en defensa y conservación de sus propios intereses [...] La calma, la serenidad y la confianza en las propias fuerzas del país debe ser la base para establecer la regla de conducta más discreta en defensa de nuestra situación”, *LR*, N° 2724, 3-8-1914, p. 4. Por su parte, *El Diario* afirmaba que ante la guerra en Europa “un patriótico egoísmo ha de dirigir todas nuestras acciones. Debemos considerar la situación general de un punto absolutamente nacional, sin ninguna referencia a intereses extraños o de conjunto”, *ED*, N° 7681, 1-8-1914, p. 4 y 5. *La Mañana* aprovechó la firma del decreto de neutralidad para manifestar su defensa a rajatabla de esa posición —“Permaneceremos neutrales, así llegue hasta ambas dársenas la sangre de las víctimas”— y no dejó pasar la oportunidad para atacar a Zeballos: “El único que disiente con esta conducta es el doctor Zeballos

produjeron durante de las primeras semanas del conflicto tenían más que ver con la curiosidad que suscita la guerra que con un cuestionamiento del neutralismo estatal. Uno de los más enérgicos defensores de esta posición fue el diario *La Prensa*. Al finalizar la primera semana del conflicto, el diario de la familia Paz publicó un extenso editorial en el que hacía un balance de las movilizaciones y la excitación de la opinión pública porteña y pedía a la población que mantenga la calma y, sobre todo, el respeto por la neutralidad. El editorialista reconocía la centralidad que la guerra había adquirido, transformándose en un tema de conversación obligado entre la población que comenzaba a manifestar sus simpatías por uno u otro de los combatientes. Ante ello, el centenario periódico adquiría un tono prescriptivo: “debemos cuidar que los aquí residentes, connacionales de los combatientes en Europa, no comprometan nuestra serenidad”.⁹⁰ Dadas las fuertes vinculaciones que la Argentina mantenía con diferentes pueblos europeos, “lógico es que los hombres tengan simpatías por uno o por otro de los adversarios” lo cual no debía hacer olvidar a las autoridades locales y a los extranjeros que residían en el país de sus deberes y obligaciones para con la neutralidad estatal.⁹¹

Sin embargo, el neutralismo no se limitó a las declamaciones formales y varios periódicos se erigieron como guardianes de la neutralidad estatal. Sus recurrentes reclamos sobre la observancia de la neutralidad en la Argentina permiten evidenciar la capilaridad que adquirió la difusión del conflicto en Buenos Aires y sus repercusiones en los ámbitos más diversos de la sociedad porteña. Uno de los primeros grupos que atrajo la atención de los neutralistas fueron los miembros de las Fuerzas Armadas argentinas. Durante las primeras semanas de la guerra, los militares colaboraron activamente con la prensa brindando precisiones sobre cuestiones técnicas y haciendo conjeturas sobre el decurso del conflicto. Sin dudas, el punto más altisonante de estas intervenciones fue una conferencia del general José Félix Uriburu, la noche del jueves 20 de agosto de 1914 en el salón del Ateneo Nacional.⁹² Bajo el amparo de tecnicismos

quien, a juzgar por su tradición... imperialista, siente por los alemanes un estimación confraternal”. “Nuestra neutralidad”, *LM*, N° 1283, 6-8-1914, p. 1.

⁹⁰ “Juicio popular argentino”, *LP*, N° 15976, 7-8-1914, p. 8.

⁹¹ “Una nación como la nuestra, que acoge sin reservas en su hogar a todos los trabajadores del mundo, sin hacer distinciones de nacionalidad, que recibe sangre, capitales e ideas de Francia, de Alemania, de Inglaterra de Italia [...] en hora tan solemne como ésta no los separa, para elogiar a unos o herir a otros; observa como testigo imparcial el doloroso drama y mantiene una expectativa que nadie tiene el derecho de calificarla intencionada por unos u otros. Cuidemos nuestra serenidad, que es prenda que debemos por igual a todos los europeos que nos ayudan a enriquecer nuestra Patria y fundar su grandeza”. *Ibidem*.

⁹² La conferencia fue ampliamente publicitada y posteriormente comentada en casi todo el arco de la prensa porteña incluso en aquellos que defendían posiciones neutralistas. “Ateneo Nacional. Conferencia sobre la guerra”, *EP*, N° 5070, 19-8-1914, p. 3; “La Guerra Europea. Conferencia del general Uriburu”,

militares y cuestiones tácticas, Uriburu manifestó abiertamente sus simpatías por el ejército prusiano del cual era uno de sus principales admiradores en el ámbito local. La conferencia contó con la presencia del Dr. David Peña, Director del Ateneo Nacional, del Ministro de Chile, Figueroa Larrain y del Ministro de Justicia e Instrucción Pública, el Dr. Tomás Cullen. La asistencia a la conferencia de un miembro del gabinete nacional motivó las críticas de varios periódicos que lo consideraban una violación de la neutralidad estatal.⁹³ Días después, el Ministerio de Guerra publicó una resolución en la que prohibía a los jefes y oficiales del ejército publicar en la prensa artículos relacionados con la guerra y recomendaba evitar las manifestaciones públicas de sus simpatías sobre los beligerantes.⁹⁴

La campaña en defensa de la neutralidad no terminó allí. Las reprimendas de los diarios alineados con la defensa de la neutralidad también alcanzaron a los miembros del cuerpo diplomático argentino que en sus informes al Ministerio de Relaciones Exteriores utilizaban términos elogiosos para referirse a los soldados de una de las parcialidades en pugna. Para *La Prensa*, los miembros del cuerpo diplomático argentino debían “limitarse a transmitir al gobierno la información precisa pero descarnada de los acontecimientos, de manera que la imparcialidad, y no la simpatía o la pasión sea el rasgo característico de sus informes” y aclaraba que en caso de no observar estas normas de procedimiento, habrían violado la neutralidad estatal.⁹⁵

LA, N° 3322, 21-8-1914, p. 5; “Conferencia interesante”, *LGBA*, N° 1210, 19-8-1914, p. 5; “Ateneo Nacional. Conferencia del general Uriburu”, *LGBA*, N° 8209, 21-8-1914, p. 3; “Una conferencia interesante. En el Ateneo Nacional”, *LM*, N° 1292, 15-8-1914, p. 6; “Conferencias. ‘La contienda europea’”, *LN*, N° 15319, 20-8-1914, p. 6; “Ateneo Nacional. Tres conferencias”, *LP*, N° 15989, 20-8-1914, p. 5; “Ateneo Nacional. La conferencia de anoche”, *LP*, N° 15990, 21-8-1914, p. 6; “En el Ateneo Nacional. Conferencia del general Uriburu”, *LR*, N° 2738, 19-8-1914, p. 5; “En el Ateneo Nacional. Conferencia del general Uriburu”, *LR*, N° 2740, 21-8-1914, p. 4 y “Conferencia sobre la guerra”, *PBT*, N° 509, 29-8-1914. Posteriormente, la conferencia fue editada como folleto bajo el título *La guerra actual. Apuntes y enseñanzas*, Buenos Aires, 1915, s/ed.

⁹³ Ante la publicidad de la conferencia el diario *El Tiempo* (en adelante, *ET*) se preguntaba: “¿Puede hacerlo, estando en actividad y dado el hecho de que nuestro país es neutral? Y pudiéndolo, ¿es político que lo haga? Nuestra opinión es, que el General don José F. Uriburu no debe dar su conferencia”, “Conferencia y guerra”, *ET*, N° 5612, 20-8-1914, p. 1. Luego de realizada, las críticas apuntaban al contenido tendencioso de la misma y a la presencia de un funcionario del gobierno nacional en ella: “Cuando una asociación, cualquiera sea, costeada o ayudada pecuniariamente por el Estado, realiza un acto público, para hacer el elogio del ejército de uno de los beligerantes, en presencia de un alto funcionario del gobierno, compromete la neutralidad del Estado”, “Deberes de la neutralidad”, *ED*, N° 7701, 25-8-1914, p. 4 y “La conferencia”, *ET*, N° 5613, 21-8-1914, p. 1.

⁹⁴ “Los militares argentinos y la guerra europea”, *ED*, N° 7699, 22-8-1914, p. 1; “Los militares argentinos y la neutralidad”, *EN*, N° 19526, 26-8-1914, p. 4; “Militares, publicistas y oradores”, *ET*, N° 5615, 24-8-1914, p. 1. “Deberes ineludibles en militares y particulares”, *LP*, N° 15994, 25-8-1914, p. 9 y “Los militares argentinos y la guerra. Sus publicaciones en la prensa”, *LR*, N° 2741, 22-8-1914, p. 1.

⁹⁵ “La neutralidad y el cuerpo diplomático argentino”, *LP*, N° 15979, 10-8-1914, p. 7. Véase también la crítica de *El Diario* a la publicación en la prensa de información procedente de los diplomáticos argentinos, “Corresponsales diplomáticos”, N° 7700, 23 y 24-8-1914, p. 1.

La Gran Guerra conmovió a tal extremo la sociedad porteña que al parecer varios profesores de colegios secundarios de la Capital usaron las aulas como tribunas para verter sus opiniones sobre la contienda. Luego de recibir algunas denuncias, *La Prensa* dirigió un duro llamado de atención al Ministro de Instrucción Pública sobre los docentes que opinan en clase sobre la guerra, “haciendo comentarios en pro y en contra de los beligerantes y aduciendo causas y derechos favorables a los de su simpatía personal o de la nacionalidad de sus antepasados, así como vaticinios y aún votos por el resultado de la guerra”.⁹⁶ También los espectáculos de la ciudad de Buenos Aires se vieron afectados por las repercusiones de la guerra. A comienzos de agosto se hallaba en cartel la opereta *La hija del tambor mayor* que debió ser suspendida ante las reiteradas interrupciones de los espectadores que manifestaban en plena función sus simpatías por Francia, aprovechando una escena en la que aparecía la bandera tricolor y un desfile de soldados de esa nacionalidad. La obra fue prohibida y para evitar que se volvieran a repetir este tipo de incidentes, la Intendencia municipal emitió un decreto que prohibía en los teatros, cafés cantantes, cinematógrafos y demás espectáculos públicos, la representación de toda obra, o exhibición de cintas que por su lenguaje, acciones o argumentos pueda provocar manifestaciones de cualquier género en favor o en contra de la naciones o pueblos extranjeros.⁹⁷ A estos reclamos particulares podrían agregarse también otros más radicales como, por ejemplo, los pedidos del diario *El Tiempo* para que se impida la salida de reservista, las manifestaciones y la venta de boletines ligados a las colectividades extranjeras en las calles de Buenos Aires y su rechazo a un subsidio otorgado por el Concejo Deliberante de la ciudad al Comité Pro Bélgica con el objetivo de socorrer a los niños huérfanos por la guerra.⁹⁸

Ahora bien, al igual que en el caso del pacifismo, sujeto a diferentes combinaciones y superposiciones ideológicas, la neutralidad fue también una posición sutilmente disputada por algunos diarios como *La Argentina* y *La Tarde* que bajo una proclamada defensa de la neutralidad escondían reclamos muy sesgadas. Además de las ya mencionadas denuncias sobre la presencia de estaciones radiotelegráficas clandestinas que operaban desde Buenos Aires en favor de Alemania, otro de los hechos que motivó sus reclamos fue la supuesta violación de la neutralidad por parte de los

⁹⁶ “Comentarios imprudentes”, *LP*, N° 16000, 31-8-1914, p. 8.

⁹⁷ “Espectáculos públicos”, *LM*, N° 1284, 7-8-1914, p. 16 y “Espectáculos alusivos”, *ET*, N° 5602, 7-8-1914, p. 1.

⁹⁸ “Los reservistas”, *ET*, N° 5674, 6-11-1914, p. 1; “Violando la neutralidad”, *ET*, N° 5685, 20-11-1914, p. 1 y “Subsidio a los belgas. Un error”, *ET*, N° 5686, 21-11-1914, p. 1.

buques alemanes, como el *Cap Trafalgar* y el *Eleonore Woermann*, que inescrupulosamente cargaban el máximo de carbón posible en un puerto neutral como Buenos Aires cuando el decreto del gobierno nacional establecía al carbón como producto de contrabando y por ello su acopio quedaba limitado al mínimo indispensable para la llegada al puerto de destino.⁹⁹ En este tipo de denuncias públicas, frecuentemente acompañadas por fuertes reclamos al gobierno nacional de una mayor vehemencia en la defensa de su condición de estado neutral, parecería ser más relevante el hecho de que esas supuestas violaciones de la neutralidad fueran producidas por buques y agentes alemanes que la defensa de la neutralidad en sí misma.¹⁰⁰

Probablemente, uno de los mejores ejemplos de cómo, en ocasiones, el favoritismo por uno de los bandos en pugna desplazaba al neutralismo que muchos de estos diarios propugnaban, puede verse en la exaltada celebración de la batalla de las Malvinas que tuvo lugar el 8 de diciembre de 1914. El episodio naval que antecedió a este combate, ocurrido a finales de octubre de 1914 en el Cabo Coronel perteneciente a aguas territoriales chilenas, desató las quejas de varios periódicos locales que vieron en ello una violación de la neutralidad del país trasandino aunque cargaban las tintas contra el accionar de los buques germanos, e inclusive *La Argentina* manifestó sus simpatías por la heroica actitud de los británicos en ese enfrentamiento.¹⁰¹ Sin embargo, pocas semanas después, la victoria inglesa en la batalla de las Malvinas fue abiertamente festejada por varios diarios porteños pues, a su juicio, la destrucción de la escuadra alemana liberaba el océano Atlántico para el comercio argentino.¹⁰² El diario *La Argentina*, por ejemplo, defensor de la neutralidad cuando los implicados en esas supuestas violaciones eran buques alemanes, celebraba el aniquilamiento de la flota alemana como un hecho que despejaba el Atlántico de “los buques corsarios que paralizaron durante mucho tiempo nuestro comercio marítimo con Europa”, considerado

⁹⁹ Cf. “Flagrante violación de la neutralidad argentina”, *LA*, N° 3378, 16-10-1914, p. 5; “Neutralidad argentina. Negligencia del gobierno”, *LA*, N° 3379, 17-10-1914, p. 4; “Velando por nuestra neutralidad. Comprobación de las denuncias de *La Argentina*”, *LA*, N° 3383, 21-10-1914, p. 2; “La falsa neutralidad”, *LA*, N° 3386, 24-10-1914, p. 4; “Nuestra neutralidad”, *LGBA*, N° 1259, 15-10-1914, p. 5 y “Violación de la neutralidad”, *ED*, N° 7801, 19-12-1914, p. 1.

¹⁰⁰ En sentido contrario, *La Unión* realizaba la misma operación denunciando la violación de la neutralidad por buques de bandera inglesa y la forma despectiva de Inglaterra en el trato con las repúblicas sudamericanas. Véase, entre otros, “Se hace la luz”, *LU*, N° 20, 23-11-1914, p. 7.

¹⁰¹ “La neutralidad en peligro”, *LGBA*, N° 1275, 4-11-1914, p. 3 y “La neutralidad argentina y la sudamericana”, *LR*, N° 2831, 5-12-1914, p. 3. En relación al enfrentamiento de Cabo Coronel *La Argentina* tituló: “La gloriosa tradición de Nelson. Dignamente continuada”, *LA*, N° 3406, 13-11-1914, p. 5.

¹⁰² Para una descripción sobre este combate véase Ernesto de la Guardia, “La primera batalla de las Malvinas”, *Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 335, junio de 1995, pp. 8-25.

como un acto más de la prepotencia alemana contra un país joven, que vive de su producción y que mantenía la neutralidad frente a la guerra.¹⁰³ Posteriormente, la llegada de los buques británicos al puerto de Montevideo contó con una amplia cobertura de algunos diarios porteños como *Crítica*.

Muchos de esos diarios que se autoproclamaron celosos defensores de la neutralidad mantuvieron un sospechoso silencio frente a otros actos que también podían interpretarse como una violación de la neutralidad estatal. Es el caso de la venta de caballos, ponchos y yerba mate para los ejércitos de la Triple Entente, operaciones en las cuales al Estado argentino actuó como intermediario. Lejos de toda crítica, estas compras fueron celebradas por la mayoría de los diarios de Buenos Aires. El diario *La Razón*, por ejemplo, las consideraba un gran avance para la industria nacional y, sobre todo, como un triunfo del “criollismo” equiparable con el éxito del tango en las grandes metrópolis europeas:

Ya no es sólo el éxito inesperado y colosal del tango en los salones europeos, lo que debe alabar nuestra vanidad criolla, ya que para muchos el triunfo de la música orillera no resultaba una grata expresión del espíritu argentino. Hoy, la guerra, ha venido a enseñarnos otros campos de actividad en que las cosas o costumbres criollas empiezan a predominar en la progresista Europa. Los ejércitos piden caballos criollos para sus marchas penosas; compran yerba para ofrecer a sus soldados el mate reparador y lubricante del paisano y, por último, solicitan el poncho erigido desde ahora en el mejor y más conveniente abrigo para los ejércitos en campaña.¹⁰⁴

Como puede apreciarse, el tono es más bien de un cierto orgullo nacionalista ante la posibilidad de insertar esos productos arquetípicos de las tradiciones nacionales en el mercado europeo y no de un cuestionamiento acerca de si la injerencia del estado en estas transacciones no implicaría una violación de la neutralidad frente a la guerra comercial. Uno de los pocos diarios que, al menos fugazmente, dio en la tecla sobre este tema fue *Tribuna* que en extenso artículo de comienzos de octubre, donde elogiaba las potencialidades de la industria nacional ante la paralización de la producción europea, se preguntaba: “¿Cómo apreciará el gobierno alemán las nuevas relaciones económicas que se inician con la Francia, al proveerla nosotros de elementos para la guerra, que en tal carácter debe conceptuarse la provisión de paños y frazadas adquiridas, teniendo en

¹⁰³ “El Atlántico libre. Derrota de la escuadra alemana”, *LA*, N° 3433, 10-12-1914, p. 4.

¹⁰⁴ “En los ejércitos europeos. Triunfo del criollismo”, *LR*, N° 2776, 2-10-1914, p. 1. En el mismo sentido, “Compra de ponchos y frazadas”, *LR*, N° 2776, 2-10-1914, p. 1 y “La manufactura nacional”, *LP*, N° 16042, 12-10-1914, p. 4.

cuenta la neutralidad declarada por nuestro gobierno?”¹⁰⁵ Sin embargo, sólo unas semanas después el mismo diario se dejó embargar por un orgullo similar al expresado por su colega *La Razón* al comentar una fotografía que mostraba a “un gallardo soldado inglés sonriendo bajo la protección segura de un fino poncho americano” que había sido publicada en *Caras y Caretas*.¹⁰⁶ La denuncia más consistente sobre este tema provino del diario *La Tarde* que a finales de noviembre denunció en editorial que la intervención de Ministerio de Agricultura en la adquisición de caballos para los ejércitos beligerantes es un acto absolutamente ilegal y constituye un flagrante violación de la neutralidad infringida por el mismo estado nacional en beneficio de los estancieros coincidiendo en este punto con el diario *La Unión* el cual sostenía que la neutralidad era un amparo para comerciar con todas las naciones aunque en los hechos sólo se beneficiaba a los aliados de la Triple Entente.¹⁰⁷

Todos estos matices y los diferentes solapamientos entre las posiciones defendidas por los diarios locales al calor de los meses iniciales de la Gran Guerra revelan que la complejidad de los alineamientos expresados por los diarios porteños escapa a todo tipo de encasillamiento reduccionista. A su vez, la mirada de conjunto sobre las repercusiones del conflicto bélico en la prensa porteña revela que muchas de las cuestiones que la historiografía sobre las repercusiones de la Gran Guerra en Argentina ha señalado en relación a la crítica coyuntura de 1917 encuentran claros antecedentes desde el inicio mismo de la conflagración. En este sentido, los posicionamientos de los periódicos porteños ante la intermediación del Estado argentino en la venta de productos destinados a los combatientes de la Entente constituye un claro antecedente de la

¹⁰⁵ “Industrias nacionales”, *TRI*, N° 7206, 10-10-1914, p. 1. Y agregaba: “Menester parécenos que el Poder Ejecutivo se preocupe en resolver previamente el problema, fijándose de antemano la norma de conducta a seguir [...] ¿No sería este negocio motivo para una protesta análoga a la anterior, de Inglaterra, sobre el aprovisionamiento de carbón a un vapor alemán que desapareció misteriosamente de nuestro puerto?”.

¹⁰⁶ “Junto con el mate y el poncho, cruzan el Atlántico y van a echar raíces, en los más ilustres países del mundo, dos características de nuestra idiosincrasia social, dos girones de nuestra vida, dos especialidades encerradas hasta ahora en los límites de nuestra democracia. Hay más aún: entre nosotros mismos, el mate y el poncho, asaltados por la progresiva europeización de nuestras costumbres [...] habían comenzado a desaparecer”. “Mate y poncho”, *TRI*, N° 7235, 13-11-1914, p. 3.

¹⁰⁷ “¡Todo un ministro nacional convertido en intermediario entre compradores y estancieros! ¡Todo un gobierno que se echa sobre su frente el estigma de la parcialidad, con vilipendio no, con vergüenza del país, cuyos destinos rige! Ante tan inauditas declaraciones no cabe otro recurso que solicitar de la Academia Española que borre la palabra ‘neutralidad’ del diccionario de la lengua castellana”. “Neutralidad discutible”, *LT*, N° 716, 10/12/1914, p. 1. En el mismo sentido, “¿Nuestra neutralidad?”, *LU*, N° 16, 18/11/1914, p. 5 y “Qué concepto tenemos de neutralidad”, *LU*, N° 72, 23-1-1915, p. 7.

tendencia a la adjetivación de la neutralidad asociada luego a la llamada “neutralidad benévola” o funcional a la causa aliada por parte de Hipólito Yrigoyen.¹⁰⁸

4. Ante el “suicidio de Europa”. El estallido de la guerra como una crisis civilizatoria y el resurgimiento del interrogante por la cuestión nacional

A mediados de octubre de 1914, la portada principal del semanario *Caras y Caretas* mostraba un mapa de Europa en el cual las fronteras tradicionales del Viejo Continente habían sido reemplazadas por la figura de una enorme palma de una mano ensangrentada que un padre o tal vez un maestro, le enseñaba a un joven que se hallaba junto a él (Figura 3). Ante el interrogante del niño sobre el por qué de estos cambios en la geografía de Europa, el mayor responde: “Esa es una de las reformas que impone la civilización”. Esta imagen de Manuel Mayol condesaba una serie de sentidos sobre el inicio de la guerra y, en particular, la puesta en tela de juicio de Europa como el modelo civilizatorio para las futuras generaciones de argentinos, representadas en ese joven de pantalones cortos que observa atento la lección brindada frente a ese nuevo mapa de Europa. Pocas semanas antes, una portada de la revista *P.B.T.* de mediados de septiembre había mostrado a los líderes europeos con los rostros enrojecidos por el resplandor al contemplar un bosque en llamas (Figura 4). El título elegido por la revista para coronar este dibujo de José Olivella fue “El ‘foco’ de la civilización”. A juzgar por retroalimentación entre el discurso escrito y visual de dicha portada, en sólo un par de semanas, para un arco importante de la opinión pública porteña, Europa se había transformado del foco de la civilización en el foco de un gigantesco incendio que amenazaba con arrasar el mundo entero. Esas dos imágenes condensaban una misma idea y una temprana mirada de la prensa porteña sobre el estallido de la Gran Guerra como una fractura civilizatoria.

Al mismo tiempo que las páginas de los diarios porteños daban cabida a los diferentes alineamientos y compromisos con los bandos en disputa, emergieron un conjunto de interpretaciones que veían en la Gran Guerra un verdadero “suicidio de

¹⁰⁸ La historiografía ha utilizado el concepto de “neutralidad benévola” para definir el último tramo de las relaciones entre el gobierno radical y los aliados de la Entente. Como será analizado en el capítulo V, luego del mayor periodo de crisis diplomática en 1917, el gobierno radical se mostró públicamente más cercano a los aliados y firmó un acuerdo para el aprovisionamiento de cereales en condiciones muy ventajosas para Francia y Gran Bretaña. Cf. Weinmann, *op. cit.*, pp. 143-144; Andres Cisneros y Carlos Escudé, *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Parte II, Tomo VIII, “Las relaciones con Europa y los Estados Unidos, 1881-1930”, Buenos Aires, Nuevohacer, 1999, pp. 100-101.

Europa”. Observada desde la Argentina, la Primera Guerra Mundial desencadena un conjunto de problemas para una cultura nacional en formación que tradicionalmente se miraba de forma especular con Europa, obligada a redefinirse a partir de la imagen trágica que el Viejo Mundo le devuelve tras haber sido por años el modelo paradigmático a seguir para las élites locales. Es por ello que, el inicio de la guerra trae aparejado también una inquietud sobre la identidad nacional que se traduce en una serie de reflexiones sobre el legado del magisterio europeo en la Argentina que renueva la discusión sobre la naturaleza de la cultura nacional y los destinos de la nación, transformándose en un pretexto para trazar un balance de los principales aspectos del proyecto de nación puesto en marcha por la llamada Generación del ‘80.

En rigor, ese interrogante no era novedoso, más bien formaba parte del sentido común de las élites argentinas desde 1880. De hecho, en los discursos activados a partir del estallido de la Gran Guerra es posible verificar un retorno a varios de los temas que marcaron las discusiones del llamado “nacionalismo del Centenario”.¹⁰⁹ Sin embargo, a diferencia del clima autocelebratorio que acompañó los festejos de 1910 cuando la Argentina cotejaba orgullosa sus progresos con Europa, luego del estallido de la guerra para un amplio sector de la opinión pública porteña el Viejo Continente deja de ser el modelo paradigmático a seguir.

En los últimos años, la cuestión sobre la crisis identitaria que trajo aparejada la contienda europea ha sido analizada por algunas de las investigaciones que han comenzado a sustraer el estudio de las repercusiones ocasionadas por la Gran Guerra en Argentina de sus ámbitos historiográficos más tradicionales, como ser, la historia económica y la historia de las relaciones internacionales. Sin embargo, dichas indagaciones no han insistido lo suficiente sobre la importancia de la fase inicial de las repercusiones del conflicto en la opinión pública porteña y en la prensa periódica de

¹⁰⁹ La expresión “nacionalismo del Centenario” hace referencia a un tipo de nacionalismo que es ante todo liberal y que rechaza una idea de la nacionalidad centrada exclusivamente en la pertenencia a una cultura en común y, por ende, orientado hacia el pasado. Lejos de ello, postula que la elaboración de una cultura nacional debe abrirse hacia el futuro y anclar su construcción en diversos aspectos específicos del proceso histórico argentino como, por ejemplo, la inmigración masiva. Los nacionalismos que florecerán a partir de la primera postguerra modificarán radicalmente esta concepción. Cf. Carlos Payá y Eduardo Cárdenas, *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978; Oscar Terán, “El fin de siglo argentino. Democracia y nación”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 517-519, julio-septiembre de 1993, pp. 41-50; Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001; Fernando Devoto, “El momento del Centenario”, en *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pp. 47-119 y María Teresa Gramuglio, *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*, Rosario, EMR, 2013, pp. 69-205.

gran tirada.¹¹⁰ La escasa trascendencia otorgada a los meses iniciales del conflicto contrasta con la enorme atención que ha suscitado en la historiografía local la crisis política y diplomática de 1917, que constituye uno de los puntos más álgidos de las repercusiones de la Primera Guerra Mundial en Argentina. En dos artículos publicados en el año 2008, María Inés Tato ha estudiado las diferentes interpretaciones sobre “la argentinidad” y sus deberes que, de manera más o menos explícita, subyacían en las movilizaciones y los debates protagonizados por la sociedad argentina durante la crisis de 1917. A juzgar por los argumentos esgrimidos por la autora, esa coyuntura constituye un momento clave para el estudio de las repercusiones de la guerra en Argentina ya que, “aunque tempranamente los intelectuales y algunos medios de prensa como el vespertino *Crítica* se posicionaron con contundencia frente a la guerra en función de simpatías por uno u otro bando, en la opinión pública no se generaron identidades políticas definitivas ni ásperos debates hasta abril de 1917”.¹¹¹

Ahora bien, en su análisis sobre la evolución del nacionalismo en el seno de la opinión pública argentina, la prensa periódica ocupa un lugar marginal, limitado a delinear un estado del campo periodístico mediante una taxonomía estática y reduccionista que distingue entre la prensa “aliadófila” y “germanófila” o, según los términos utilizados durante la crisis, “neutralista” y “rupturista”.¹¹² Como ya se ha señalado y como se ha demostrado los apartados precedentes, si bien es cierto que un mapa de los posicionamientos puede resultar de gran utilidad para el lector, su trazado torna opacas algunas diferencias importantes. Pero además, dadas las características específicas que rodearon a dicha crisis, las conclusiones que extrae la autora sobre la discusión en torno a la cuestión nacional son difícilmente extrapolables a otros momentos de la repercusión de la Gran Guerra en Buenos Aires. La excesiva ponderación de esa particular coyuntura de 1917 pierde de vista que el debate en torno a

¹¹⁰ Véase al respecto lo señalado en el nota 22, p. 12 del capítulo I.

¹¹¹ María Inés Tato, “La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial”, *Temas de historia argentina y americana*, Buenos Aires, UCA, N° 13, 2008, pp. 229-230. En análogo sentido, María Inés Tato, “Nacionalismo e internacionalismo en la Argentina durante la Gran Guerra”, *Projeto História*, San Pablo, N° 36, 2008, p. 51.

¹¹² Siguiendo los clásicos estudios de Raimundo Siepe y Ricardo Weinmann, la autora afirma que “La prensa de alcance nacional también reflejó esa polarización y se alineó explícitamente con los grupos en pugna: *El Diario*, *La Nación*, *Crítica*, *La Mañana*, *La Vanguardia*, *Plus Ultra*, *Nosotros*, *La Argentina* y *Última Hora* fueron defensores de la causa de la ruptura con los Imperios centrales, en tanto, *La Época*, *La Unión* y la *Revista de Derecho*, *Historia* y *Letras* eran partidarios de la neutralidad. *La Prensa* y *La Razón*, por su parte, eran moderadamente favorables a los Aliados, aunque también oficiaban de tribuna de opiniones independientes y de reconocidos neutralistas, como Estanislao Zeballos, colaborador asiduo del diario de los Paz”. Tato, “La disputa por la argentinidad”, *op. cit.*, p. 234.

la identidad nacional es concomitante al estallido de la Gran Guerra y que su alcance incluye una serie de rasgos no contemplados por las investigaciones precedentes.

En el ámbito de la prensa periódica porteña, ese movimiento discursivo parte de un diagnóstico de la Gran Guerra como una ruptura civilizatoria puesto que participan en ella los países que tradicionalmente habían sido considerados como los modelos a seguir para Argentina. En palabras de un anónimo comentarista de *La Prensa*, el estallido de la guerra constituye un “formidable salto en las tinieblas” que torna difícil predecir sus consecuencias pues intervienen en ella las “viejas naciones, maestras de la cultura y guías de la civilización del mundo”.¹¹³ Esa caracterización de la guerra será el punto de partida que posibilitará la emergencia de una serie de críticas a la idea de Europa como el pináculo de la civilización occidental.

Un rasgo central de esa impugnación al lugar ocupado por Europa en el imaginario de las élites y de la opinión pública local fueron las críticas a la idea de Progreso como vertebradora de un esquema evolucionista gracias al cual las generaciones sucesivas vivirían siempre en un estadio civilizatorio superior respecto de sus antepasados. En la Argentina, desde mediados de 1870 la difusión de ciertas ideologías había posibilitado el desarrollo de una “mentalidad evolucionista” en el seno de la élite intelectual y política.¹¹⁴ El evolucionismo, tanto en su versión darwiniana como en la variante spenceriana, se convirtió en un elemento central de la cultura argentina e impregnó de militante progresismo biologicista al positivismo local brindando un marco a la reflexión histórica, política y social. En ese esquema, el progreso fue considerado como el motor y la *última ratio* de la historia y, a los ojos de los contemporáneos, la evolución de ciertos indicadores del desarrollo económico y social parecía indicar que la Argentina se hallaba por la buena senda. El volumen de las riquezas producidas por el país, la amplitud de su territorio y su variedad de climas, la población predominantemente “europea” eran elementos que avalaban esa creencia en el destino manifiesto de Argentina y su carrera irrefrenable hacia el progreso.

¹¹³ “Guerra en el continente europeo”, *LP*, N° 15971, 2-8-1914, p. 7. También en “La Guerra”, *TRI*, N° 7150, 6-8-1914, p. 2.

¹¹⁴ Para una reconstrucción de los procesos de recepción y utilización de estas ideas en Argentina véase, Marcelo Montserrat, “La mentalidad evolucionista: una ideología del Progreso”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (Comp.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana-UTDT, 1980, pp. 785-818; Ídem, “La presencia evolucionista en el positivismo argentino”, en *Ciencia, Historia y Sociedad en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, CEAL, 1993, pp. 70-82; Gregorio Weinberg, *La ciencia y la idea de progreso en América latina, 1860-1930*, Buenos Aires, FCE, 1998 y Oscar Terán, *op. cit.* Sobre su profusa influencia en la literatura argentina del siglo XIX puede consultarse el reciente libro de Sandra Gasparini, *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2012.

Es por ello que, como ha señalado Tulio Halperín Donghi, para las élites argentinas el estallido de la Gran Guerra representó una “disolución de esa visión lineal y ascendente del proceso histórico que en el siglo anterior había marcado con su signo la fe colectiva de una Europa en ascenso y, en la Argentina se había encarnado en esa otra fe nacional que había alcanzado su formación más elocuente en la obra histórica de Mitre”.¹¹⁵ En análogo sentido, para un importante espectro de la prensa porteña la Primera Guerra Mundial representó una ruptura respecto de ese legado europeo y la puesta en cuestión de la linealidad del progreso estuvo íntimamente asociada con una temprana percepción de un agotamiento del ciclo civilizatorio europeo, que coincidía en señalar sus raíces en algunos de los elementos que, en opinión de Giménez Pastor, justificaban el carácter “purificador” de la guerra europea.¹¹⁶

Probablemente, José Ingenieros fue uno de los intelectuales argentinos que mejor expresó ese doble movimiento de diagnóstico de la Gran Guerra como una fractura civilizatoria acompañado por un desplazamiento temático hacia lo nacional. Partiendo de una noción de decadencia y de un agotamiento del ciclo civilizatorio europeo, comenzó sus indagaciones sobre lo que él denominaba la “argentinidad” en una serie de artículos publicados en el semanario *Caras y Caretas* entre agosto de 1914 y julio de 1915.¹¹⁷ En el más célebre de ellos, “El suicidio de los bárbaros”, publicado en *Caras y Caretas* el 22 de agosto de 1914, Ingenieros brindaba una particular interpretación de la

¹¹⁵ Tulio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera*, Buenos Aires, Ariel, 1999, p. 66.

¹¹⁶ Ante el estallido de la guerra, el diario *La Mañana* afirmaba: “Europa liquida su era civilizadora, su era benéfica de trabajo y justicia, y se entrega a una alucinación brutal de hundimiento. Una larga subversión de valores morales ha traído, con el relajamiento espiritual, la exaltación de la fuerza exclusiva, y apagado el genio creador y pacífico, se desploma en esa conflagración cuyo resultado posible es tan obscuro y expone al continente europeo al predominio de los elementos subalternos, que han desencadenado la catástrofe, los elementos de la sordidez material y de la potencia bruta”. “La guerra”, *LM*, N° 1279, 2-8-1914, p. 1.

¹¹⁷ La activa presencia de Ingenieros en uno de los medios gráficos más populares de la Argentina constituye un momento muy particular de su itinerario intelectual marcado por el regreso al país a fines de julio de 1914 tras permanecer por más de tres años en un exilio autoimpuesto en Europa que lo obliga a un progresivo restablecimiento de sus redes intelectuales y a la búsqueda de nuevos espacios de inserción en el campo intelectual argentino. Para una descripción más detallada véase Oscar Terán, *José Ingenieros: pensar la nación. Antología de textos*, Buenos Aires, Alianza, 1986, pp. 57-72 y Tulio Halperín Donghi, “Estudio Preliminar”, en *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 1999, pp. 67-70. En paralelo, durante los años de la Primera Guerra Mundial, Ingenieros se sumergirá en una intensa labor organizativa de la cultura nacional mediante dos grandes proyectos intelectuales: la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*, aparecida en 1915 y la puesta en marcha de su proyecto editorial *La Cultura Argentina*. Para un análisis de estos emprendimientos véase el estudio introductorio de Luis Alejandro Rossi, “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina”, en la edición de la *Revista de Filosofía, Cultura – Ciencias – Educación*, Bernal, UNQUI, 1999, pp. 13-62 y Fernando Degiovanni, “Nacionalismo de mercado y disidencia cultural: *La Cultura Argentina* de Ingenieros”, en *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en la Argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007, pp. 215-320.

guerra como una crisis civilizatoria. En ella, llama poderosamente la atención el alcance del término “bárbaro” que comprende y abarca a toda la cultura europea y a lo largo del texto no existe ningún indicio que permita exceptuar de esta barbarie a las dos naciones que más habían influenciado a las élites argentinas, Francia e Inglaterra. Es por ello que, esta primera lectura de Ingenieros sobre la Gran Guerra constituye una importante fisura en su modelo eurocéntrico como paradigma histórico-cultural que, como ha señalado Oscar Terán, si bien no llegó a conformar un decidido antieuropeísmo abonó una representación del estallido de la guerra como el agotamiento de la influencia civilizatoria de Europa.¹¹⁸

De un fuerte tono prescriptivo, el texto no sólo establece un dictamen sobre la cultura europea y el fin de su potencialidad ético-civilizatoria sino que también señala cuales son los caminos que la Argentina deberá tomar de cara al futuro, lo que habilita una reafirmación de la identidad nacional que será una de las preocupaciones más acuciantes de este periodo de la obra de Ingenieros. El conflicto europeo funciona aquí como una suerte de pretexto para reexaminar el proceso de modernización controlado por las élites locales desde 1880 y la labor de ciertas figuras como Bernardino Rivadavia, Juan Bautista Alberdi, Domingo F. Sarmiento y Florentino Ameghino.¹¹⁹ Sin embargo, más allá de las particularidades de este escrito ya clásico, si se lo inserta en el

¹¹⁸ “Tuvo sus glorias; las admiramos. Tuvo sus héroes; quedan en la historia. Tuvo sus ideales: se cumplieron”. “El suicidio de los bárbaros”, CyC, N° 829, 22-8-1914. Posteriormente, Ingenieros operará una reformulación de su primera posición frente a la guerra. Durante la crisis de 1917, la *Revista de Filosofía* tuvo un fugaz momento aliadófilo y en su número de mayo reproducirá casi íntegro el célebre artículo de Leopoldo Lugones “Neutralidad imposible” publicado originalmente en el diario *La Nación*, el 7 de abril de 1917. A partir de 1918, la Revolución rusa, la Reforma Universitaria y la Semana Trágica de 1919 serán las causas con las que se identificará. En su conferencia “Ideales viejos e ideales nuevos”, dictada el 8 de mayo de 1918 en la ciudad de Rosario, afirmaba: “Mis simpatías están con Francia, Bélgica, con Italia, con Estados Unidos, porque esas naciones están más cerca de los ideales nuevos y más reñidas de los ideales viejos. Mis simpatías, en fin, están con la Revolución Rusa...”. Editada como folleto, entre otros, por la Biblioteca Popular de la Universidad Libre de Israel en 1918 y luego incluida en su libro *Los tiempos nuevos*.

¹¹⁹ Las intervenciones posteriores a este diagnóstico de la guerra como ruptura civilizatoria apuntan a cimentar los pilares de la nueva cultura argentina iluminada a partir de la crisis del modelo europeo. De esta manera, sus escritos en *Caras y Caretas* constituyen una suerte de síntesis programática de los planteos más amplios que serán desarrollados más sistemáticamente por Ingenieros en otros medios como *La Revista de Filosofía*. Cf. “Los sillares de la raza”, CyC, N° 837, 17-10-1914; “La religión de la raza”, CyC, N° 839, 31-10-1914; “Patria y cultura”, CyC, N° 840, 7-11-1914; “El nuevo nacionalismo argentino”, CyC, N° 841, 14-11-1914 y “Filosofía de la argentinidad”, CyC, N° 842, 21-11-1914; “Cultura y energía”, CyC, N° 843, 28-11-1914; “La justicia de la raza”, CyC, N° 849, 9-1-1915; “La tradición argentina”, CyC, N° 856, 27-2-1915. Posteriormente dedicará dos estudios más amplios sobre la cuestión: “Para una filosofía argentina”, publicado en la *Revista de Filosofía* en enero de 1915 y “La formación de la raza argentina”, conferencia dictada en el Instituto Popular de Conferencias dependiente del diario *La Prensa*, publicada luego en ese matutino el 2 de septiembre de 1915 y que se inscriben en la pregunta por el sustrato histórico del país a la que dará forma definitiva hacia el fin de la guerra en su libro *La Evolución Sociológica Argentina*.

conjunto de la prensa periódica porteña, su originalidad se torna mucho menos evidente. Por el contrario, la reapertura al debate sobre la cuestión nacional, fruto de un diagnóstico de los inicios de la Gran Guerra como una crisis civilizatoria, fue un lugar común bastante extendido en la opinión pública porteña.

Una de las principales aristas de ese renovado debate sobre lo nacional estaba directamente relacionada con la cuestión económica. Los principales diarios de Buenos Aires tenían muy en claro que independientemente de sus simpatías con Francia o Inglaterra, desde el punto de vista económico la posición que más le convenía a las élites locales era la neutralidad pues les permitiría seguir vendiendo los productos agropecuarios a sus clientes tradicionales ahora más necesitados que nunca de ellos.¹²⁰ Incluso antes de que estallara la guerra, un editorial del diario *La Tarde* declaraba “hacemos íntimos votos por la paz pero si para ello resultaran inútiles todos los esfuerzos humanos, nuestro país venderá a precios excepcionales sus stocks de trigo, maíz, avena, carne, etc.”.¹²¹ En sintonía con esa mirada y a pesar de la existencia de una cierta congoja por el destino Europa, en las semanas iniciales de la contienda es posible advertir la emergencia de un difuso pero palpable nacionalismo económico, por lo general, tramado con una defensa de la neutralidad estatal. Desde esta perspectiva, la Gran Guerra era presentada como una oportunidad estupenda para el porvenir de la economía nacional. El diario *La Prensa* resumía este decálogo de pragmatismo económico con estas palabras: “aunque en el orden de la solidaridad humana siga conmoviéndose hondamente el espíritu argentino, no existe ya inconveniente en declarar que los efectos económicos de la magna tragedia han de obrar de una manera favorable en el valor de nuestra producción”.¹²²

Si bien desde 1913 la economía argentina evidenciaba algunos problemas —que al día de hoy los historiadores debaten si se debían al estallido de la guerra en los Balcanes o bien respondían a problemas endógenos— y a pesar de que el inicio de las hostilidades produjo graves complicaciones en el ámbito comercial y financiero, los periódicos locales mostraban un aplomado optimismo respecto de los beneficios económicos que el conflicto podía producir para la Argentina. A raíz del paquete de

¹²⁰ Como ha señalado Gravi, que Argentina conservara la neutralidad también era la mejor opción para los beligerantes. P. 61.

¹²¹ “La guerra”, *LT*, N° 612, 31-7-1914, p. 1.

¹²² “Oportunidad para el desarrollo de la viticultura”, *LP*, N° 15987, 18-8-1914, p. 5. Por su parte, *La Nación* sostenía: “Nuestro fondo de riqueza lo constituyen las carnes y los cereales, alimentos que en los desarrollos eventuales del conflicto son elementos tan decisivos como el poder militar o la fuerza financiera. Ellos han de pagarse a buen precio”. “Los efectos de la guerra”, N° 15300, 1-8-1914, p. 8.

medidas económicas tomadas por el gobierno de Victorino de la Plaza, *La Prensa* afirmaba que “la República Argentina es uno de los pueblos de la tierra que, por causas y circunstancias varias, ha de experimentar sus repercusiones ruinosas en menor escala”.¹²³ Por ello, llamaba mantener la calma y a dejar de lado ese “estado de sobreexcitación irreflexiva” que se había apoderado de la opinión pública, el cual “deberá ceder a la observación razonada, a cuya luz se descubre que por poderoso que sea el contagio de la inmensa perturbación del viejo mundo, sus expansiones exteriores no alcanzarán a comprometer, en lo más mínimo, los destinos de la República Argentina”. Europa, socio comercial predilecto de la Argentina agroexportadora y principal inversor en el país, es ahora un continente asediado por el flagelo de la guerra lo que obliga a una mirada introspectiva sobre las potencialidades de la economía nacional para atravesar la crisis económica. Aunque insertas en la trama discursiva y conceptual del liberalismo económico existe una marcada tendencia a prestar una mayor atención a las necesidades del mercado nacional y a lo que más imprecisamente se denomina como “nuestro orden económico, comercial, financiero y monetario”, “nuestros propios intereses” o “nuestros recursos”.¹²⁴

El tono optimista imperante en muchas de esas intervenciones, que contrasta con la mirada sombría sobre los destinos de Europa, suele ir acompañado de una imagen de la guerra como una situación que Argentina debería aprovechar. En este sentido, el diario *La Razón*, en su editorial del 3 de agosto, llamaba al pueblo argentino a cumplir con sus deberes en “la defensa y conservación de sus propios intereses” e insistía en el carácter transitorio de la situación creada por los acontecimientos en Europa, que tal vez obligaban a realizar algunos esfuerzos y privaciones que luego de finalizada la guerra

¹²³ “Repercusión de la guerra en la Argentina”, *LP*, N° 15971, 2-8-1914, p. 6. Las medidas aprobadas por el gabinete de De la Plaza en la reunión del domingo 2 de agosto fueron: un decreto de feriado cambiario y bancario del 3 al 8 de agosto; una moratoria interna por treinta días; el cierre de la Caja de Conversión; la autorización a la Caja de Conversión a redescantar documentos comerciales del Banco de la Nación; facultar a las legaciones para recibir el pago en oro de los deudores de firmas argentinas para luego remitirlo al país y la prohibición de exportar oro, trigo y harina. Cf. Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos – Fundación Simón Rodríguez, 1994, pp. 39-41.

¹²⁴ Si bien en la coyuntura de la guerra hay una mayor demanda de intervención del Estado en la economía, los diarios más tradicionales como *La Nación* recordaban que ese tipo de medidas “entrañan una verdadera intervención dictatorial en el manejo libre de la vida comercial y financiera”, sólo justificable por la gravedad de la situación. “El momento financiero”, N° 15303, 4-8-1914, p. 8. Ese intervencionismo estatal será seguido muy atentamente por los periódicos más tradicionales para evitar “excesos” por parte del Estado. Por ejemplo, ante la medida de alojar en el Hotel de Inmigrantes a las personas que se encuentran en la indigencia por falta de trabajo, *La Prensa* se opuso duramente recordando que “hasta ahora, el concepto de la misión del Estado entre nosotros, ha sido el garantizar y facilitar el libre desenvolvimiento de las actividades, como requisito indispensable para contribuir al progreso nacional”. “El gobierno y los obreros sin trabajo”, *LP*, N° 15990, 21-8-1914, p. 8.

tendrían su recompensa: “No vendrá ahora el oro para ‘negocios’ pero vendrá luego para pagar nuestros productos. Entretanto debemos bastarnos a nosotros mismos y es en esto en lo que consiste la transición que, repetimos, será momentánea, porque la misma lucha europea creará las nuevas necesidades de colocación proficua de los capitales y, sobre todo, las necesidades perentorias de nuestra producción que son propiamente vitales”.¹²⁵ En coincidencia con un pronóstico bastante extendido según el cual las operaciones militares no se prolongarían más allá de la Navidad de 1914, la guerra era presentada como una situación anómala que si bien producía algunas complicaciones para un modelo económico excesivamente dependiente del exterior a su vez abría la posibilidad de colocar en mejores condiciones los productos argentinos en una Europa necesitada de alimentos y materias primas pues, como recordaba un editorial de *La Prensa*, en tiempos de guerra “el oro es esclavo del trigo”.¹²⁶

Este tipo de opiniones adquiere un tono casi programático en varios editoriales del diario *La Prensa* y se encuentra brillantemente plasmado en el editorial “Los engranajes comerciales” publicado a mediados de agosto. Allí se afirma: “La guerra europea debemos aprovecharla en nuestro país como una valiosa experiencia, a fin de poder impulsar la economía nacional, más que como una exclusiva enseñanza militar”. Para ello exigía a los gobernantes y a las clases dirigentes el estudio “de los factores de la economía argentina, a fin de orientarnos hacia el medio exacto de las necesidades colectivas”.¹²⁷ Ante todo, se imponía la necesidad de volver a reactivar el flujo de capitales, detenido por el estallido de la guerra y continuar dinamizando la producción teniendo en cuenta las necesidades de los mercados europeos pero sin olvidar el mercado interno para evitar la suba de precios y los conflictos sociales.

Durante los meses iniciales del conflicto europeo, este fue el tono predominante en relación a las potencialidades de la economía argentina para soportar las complicaciones ocasionadas por el estallido de la guerra y beneficiarse de ella. Habrá que esperar hasta comienzos de 1915, cuando la prolongación del conflicto comience a mostrar sus consecuencias concretas para la economía nacional, para poder encontrar ciertas señales de alarma acompañadas por un pedido de cambio de rumbo en el modelo económico o al menos una mayor presencia del Estado para iniciar un proceso de

¹²⁵ “Deberes populares”, *LR*, N° 2724, 3-8-1914, p. 4.

¹²⁶ “El cataclismo europeo. Sus consecuencias económicas”, *LP*, N° 16007, 7-9-1914, p. 5.

¹²⁷ “Los engranajes comerciales”, *LP*, N° 15986, 17-8-1914, p. 7.

industrialización por sustitución de importaciones.¹²⁸ Por el contrario, durante el primer semestre de la guerra los críticos al tono excesivamente optimista que manifestaban amplios sectores de la opinión pública porteña fueron muy escasos.¹²⁹ La puesta a prueba del modelo agroexportador y las diferentes perturbaciones económicas y financieras ocasionadas por el estallido de la guerra no se tradujeron de inmediato en un cuestionamiento sobre la excesiva dependencia externa de la economía nacional. Por el contrario, existen claros indicios de un cierto orgullo de esa condición de país exportador de alimentos y materias primas. A mediados de agosto, una noticia sobre la elección del novillo campeón de la exposición anual de la Sociedad Rural Argentina de 1914 fue la ocasión perfecta para desplegar un juego de espejos entre los campos argentinos que producen esas riquezas agropecuarias gracias al trabajo de su cosmopolita población y los ejidos de la vieja Europa convertidos en campos de batalla y sustraídos de sus tradicionales labores productivas. Para el comentarista del diario *La Mañana*, frente al estallido de las hostilidades en Europa, Argentina actuaba como aquel campesino retratado por Émile Zola en *La Débâcle*, que continúa trabajando su campo mientras a sus espaldas se destrozan los ejércitos en la batalla de Sedán durante la guerra franco-prusiana.¹³⁰

Ahora bien, más allá de los debates en torno al plano económico, los primeros días de la guerra estuvieron marcados por las movilizaciones callejeras, la febril demanda de información y una enorme expectativa sobre el curso de la contienda en la que, sin lugar a dudas, tenía una enorme importancia el alto porcentaje de inmigrantes que residían en la Argentina y, en particular, en Buenos Aires.¹³¹ Los comentarios en torno al comportamiento de esa variopinta masa de extranjeros que habitaban en la ciudad permiten reevaluar algunos elementos destacados del pasado

¹²⁸ Véase, entre otros, “Ocasión preciosa”, *LA*, N° 3381, 19-10-1914, p. 4; “Balance económico”, *LU*, N° 66, 16-1-1915, p. 5; “Industria nacional”, *LR*, N° 2868, 21-1-1915, p. 3; “Protección industrial”, *LR*, N° 2880, 2-2-1915, p. 3; “Industrias nacionales”, *EP*, N° 6159, 2, 3 y 4-4-1915, p. 2.

¹²⁹ “El optimismo ha asumido proporciones grandiosas”, comentaba *El Nacional* a mediados de octubre y criticaba por “disparatados” los razonamientos que abonaban esa interpretación de una beneficio casi automático para el país: “Y así, en medio de esta gran desorientación económica, se piensa que la guerra nos beneficiará, que dará mercado a nuestros productos, en fin que será para la república el momento de llegar al El dorado Clásico en busca del bellocoino de oro... [sic]”. “Optimismo”, *EN*, N° 19577, 16-10-1914, p. 1. En el mismo sentido, en un editorial de comienzos de octubre *La Tarde* crítica a los colegas que escatimaban información a los lectores para presentar una imagen falsa de la situación financiera, bursátil y comercial de Argentina. “Optimismo prematuro”, *LT*, N° 664, 8-10-1914, p. 1.

¹³⁰ “El novillo”, *LM*, N° 1302, 25-8-1914, p. 1.

¹³¹ Cf. María Inés Tato, “La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno de la Primera Guerra Mundial”, en María Inés Tato y Martín Castro (Comp.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, pp. 34-36.

nacional como la inmigración y trazar una reivindicación del cosmopolitismo, considerado como un elemento característico de la cultura nacional.¹³² De allí que, la cruda realidad de la guerra causada, entre otros factores, por los odios nacionalistas que cruzaban Europa contrasta con la presencia en Buenos Aires de miles de ciudadanos de las naciones beligerantes los cuales han sabido convivir en un clima de paz y de respeto mutuo. En este sentido, *La Nación* comentaba con cierta jactancia:

es de notarse con complacencia: entre esos enemigos que allá empuñan las armas los unos contra los otros, no se ha producido aquí ninguna salida de tono. Todos van en busca de sus noticias, las leen codeándose, con entusiasmo o grave silencio, según lo que ellas dicen al alma de cada cual, y se retiran comentándolas con discreta continencia de quienes se sienten en un lugar de hospitalidad común a todos, verdadero campo neutral donde los aires de buena paz suavizan el calor de los espíritus erguidos por la lucha. Mañana, muchos de ellos habrán partido para sus respectivos países, adonde el deber ante el peligro de la patria los llama y se encontrarán quizás frente a frente en el violento conflicto de la cólera guerrera, buscándose con saña el corazón enemigo; pero entretanto, aquí, en el tranquilo suelo de América nada los empuja a unos contra otros y leen codeándose y respetándose, sin violencia de ánimo, las noticias que anuncian el principio de la guerra en sus respectivos pueblos.¹³³

A la luz del estallido de la guerra, la autoafirmación de algunos de los rasgos más sobresalientes de la reciente historia nacional, produce una mirada satisfecha sobre la experiencia argentina que puede vanagloriarse de haber sabido conjugar un acelerado crecimiento económico y material con una evolución histórica relativamente pacífica ya que, al menos desde su conformación como Estado nacional, no había intervenido en ningún conflicto bélico internacional y había dejado atrás el fantasma de la guerra civil que la acompañara durante gran parte del siglo XIX. Como puede verse, el debate sobre los rasgos constitutivos de la cultura nacional no implica, como sostiene Olivier Compagnon, un pasaje de la cultura cosmopolita a una reflexión sobre la identidad nacional emancipada de los modelos europeos pues, al menos para el caso argentino, el cosmopolitismo es un elemento constitutivo de dicha identidad nacional.¹³⁴

¹³² “La particular contextura de la sociedad argentina, hija de un heteróclito cosmopolitismo, hace que sintamos vivamente las consecuencias de la espantosa tragedia. Conviven con nosotros, aportando a nuestro progreso su esfuerzo, elementos de todas las naciones en lucha: ingleses, franceses, alemanes, austríacos, belgas. Han formado hogares en nuestro país, hogares en que ha de sentirse hoy la vibración trágica de sus patrios lares, avivando el hondo amor por la nostalgia y acentuada exaltación del espíritu de raza por la solemnidad del momento. Multitud de argentinos, hijos de estos hogares, sentirán por contaminación del espíritu familiar, las vibraciones del alma de sus padres. Por esto, la tragedia europea repercute entre nosotros con tal variedad de matices emocionales, sacudiendo el espíritu argentino en las formas más diversas”. “La guerra en el continente europeo”, *LP*, N° 15974, 5/8/1914, p. 7.

¹³³ “La conflagración europea. Su influencia en nuestro país”, *LN*, N° 15304, 5/8/1914, p. 9. En el mismo sentido, “La actitud de Buenos Aires”, *LN*, N° 15304, 5/8/1914, p. 8 y “Repercusión del conflicto en la Argentina”, *LR*, N° 2725, 4/8/1914, p. 2.

¹³⁴ Cf. Compagnon, *L’adieu à l’Europe*, p. 14.

En las páginas de los diarios y las revistas de Buenos Aires, la imagen de la Argentina pacífica del crisol de razas emerge como el epítome de una representación del Estado y del pueblo argentino como esencialmente cosmopolita, pacífico y tolerante dando paso a una alabanza de las libertades democráticas imperantes en el país y que revela de qué manera ciertos valores universales como la libertad y la democracia podían ser reivindicados simultáneamente por los defensores locales de la francofilia y, a su vez, por aquellos interpretes de la guerra más abocados a reevaluar las características centrales de la identidad nacional: “esta tranquilidad de Buenos Aires es algo honroso para el país y algo que tiene que ratificarnos en el culto a la libertad, pues ella es la fuerza que une sin ahogar. No es el ‘yo’ imperial que acaba de estallar en Europa ni una formula de intereses; es la libertad buena para todos...Y es que si los pueblos de la vieja Europa tuvieran este concepto no se llegarían a esas matanzas”.¹³⁵ La paz junto a las posibilidades de progreso que el suelo argentino brindaba a esos miles de europeos que habían cruzado el Atlántico en busca de mejores perspectivas y cuyos destinos se verán truncados por el estallido de la guerra, es el panorama desde la cual la prensa porteña coteja sus diferencias con el Viejo Continente sumido en la cruda realidad de la guerra y se autoreconoce positivamente en su experiencia pacífica reciente que ha posibilitado su notable progreso económico y social.

En ese sentido, algunos diarios porteños intentan presentar al estallido de la guerra como hecho que permite mostrar al mundo el exitoso proceso de nacionalización de las masas puesto en marcha en la Argentina de entresiglos. Por solo dar un ejemplo de ello, en la primera semana del conflicto *La Gaceta de Buenos Aires* narraba con orgullo un hecho reciente que permitía dar cuenta de ello. En el marco de las primeras manifestaciones suscitadas por la guerra un grupo de jóvenes criollos de pura cepa ingresaron en una rotisería del centro porteño frecuentada por la colonia alemana de la ciudad y “haciendo gala de una extemporánea germanofobia, se dieron a gritar en coro la Marsellesa en abierta provocación de los pacíficos alemanes”. Lejos de toda confrontación, el anónimo cronista relata, al sorprendido y orgulloso, la respuesta de los comensales tudescos: “La legión alemana se descubrió y con voz timbrada de emoción, aunque un tanto gutural, entonó el himno... nacional argentino”.¹³⁶ Sin embargo, el inicio de la guerra fue también una oportunidad para evaluar y corregir ciertos aspectos del modelo de nación y sociedad puesto en marcha por los hombres de

¹³⁵ “Libertad y respeto”, *LM*, N° 1281, 4/8/1914, p. 1.

¹³⁶ “Ejemplo oportuno”, *LGBA*, N° 1202, 9-8-1914, p. 4.

la llamada “Generación del 80”. Uno de los ejes centrales de esa reevaluación es la cuestión inmigratoria. A sólo quince días de haberse iniciado la guerra, el diario *La Nación* publicó un extenso comentario en torno a un informe del Director de Estadística nacional sobre el aumento de la desocupación y la paralización del flujo inmigratorio. *La Nación* no veía con malos ojos este hecho pues permitiría reorganizar mejor la distribución del trabajo pero además exigía al estado argentino la confección de un nuevo régimen inmigratorio que respondiera a las necesidades del país. A juicio del editorialista, el nuevo régimen debía contemplar tres puntos básicos: “la regulación del movimiento inmigratorio sometiéndolo al contralor de las necesidades efectivas del país; la selección de la masa inmigrante, depurándola de los elementos inferiores, ‘undiserables’, que aporta en su arrastre y la distribución organizada de los brazos para que estos den todo su rendimiento en el conjunto completo de la actividad nacional”.¹³⁷ Es por ello que, a medida que la parálisis de los flujos inmigratorios se incrementa junto con la partida de los reservistas europeos que se embarcan rumbo a los campos de batalla, diferentes voces de la prensa porteña reactualizaron ciertas propuestas sobre la inmigración “selecta”, “útil y sana” que, posteriormente, se tradujo en una serie de acciones concretas tendientes a fomentar la llegada de colonos y agricultores belgas expulsados de sus tierras por la invasión alemana.¹³⁸

Esa progresiva toma de distancia respecto del magisterio europeo que impulsa el estallido de la guerra y el retorno a los debates sobre la identidad nacional, produjeron una serie de cambios en la escala del evolucionismo local, dando paso a una autocrítica sobre el lugar privilegiado que Europa había ocupado en el imaginario de las élites argentinas y, en particular, sobre el apego acrítico de éstas a la cultura europea. A pocas semanas de iniciado el conflicto y contraponiendo nuevamente la realidad del continente europeo con el panorama que se vivía en Buenos Aires, un editorial de *La Mañana* ensayaba una despiadada impugnación del europeísmo local que, en cierto sentido, hilvana varios de los elementos del debate señalados anteriormente:

Los despachos relativos a la guerra han de hacer mucho bien a nuestro pueblo. Desde luego, han de curarle por siempre de la inocente manía de referir todas las conquistas del progreso y de la cultura a los países del viejo mundo. Han de afirmar su optimismo vacilante sobre la urbanidad de nuestras multitudes y sobre otras ignoradas excelencias de la patria. Se ha

¹³⁷ “La guerra y la inmigración”, *LN*, N° 15316, 17-8-1914, p. 7.

¹³⁸ Véase, entre otros, “Colonización belga”, *LN*, N° 15459, 8-1-1915, p. 9; “Inmigración selectiva”, *LGBA*, N° 1342, 22-1-1915, p. 6; Tomás Amadeo, “La colonización belga”, *LN*, N° 15475, 24-1-1915, p. 4; “La inmigración”, *LU*, N° 81, 3-2-1915, p. 5; “Inmigración”, *LR*, N° 2906, 5-3-1915, p. 3 y “La inmigración calificada”, *TRI*, N° 7369, 22-4-1915, p. 1.

convenido en decir: nosotros no estamos todavía a la altura de las naciones de Europa. Perfectamente, Dios quiera que no lo estemos nunca. ¡La cultura de los países del Viejo Mundo! Apenas si hay lugar común tan falso. Nosotros hablamos de la cultura europea en un sentido absoluto. Los últimos despachos relativos a la guerra nos abren los ojos sobre nuestra ingenuidad. Ellos nos permiten asistir al mentís lanzado por un pueblo orgulloso y fuerte a su decantada civilización. Escenas semejantes a las ocurridas en dicho pueblo no presenciaron jamás los países menores de este continente ni en las sombrías épocas de dictadura y de guerra civil.¹³⁹

El progresivo desplazamiento de esa mirada “ingenua” sobre las bondades y virtudes de Europa junto al renovado interés por la identidad y la cultura nacional irán conformando en un amplio espectro de la prensa local un mayor sentimiento de pertenencia nacional que se traducirá en la búsqueda por parte de esos “países menores” del continente sudamericano de un dialogo en igualdad de condiciones con las naciones europeas y que halló en la firma del Tratado del ABC uno de sus momentos fundadores. En gran medida, esas pretensiones eran el resultado del efecto catalizador que el estallido de la Primera Guerra Mundial tuvo sobre la identidad nacional y anteceden en varios años a la autodeterminación nacional propugnada por el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson.

El estallido de la Gran Guerra produjo una enorme repercusión en Buenos Aires y despertó una gran expectativa en la opinión pública porteña. En su dimensión más inmediata, los diferentes alineamientos de la prensa local estuvieron, al menos en parte, condicionados por la procedencia de la información, la cual era sometida a fuertes manipulaciones en favor de los aliados de la Entente gracias al monopolio de la agencia Havas sobre el mercado sudamericano de comunicaciones y el control por parte de la

¹³⁹ “Un pueblo civilizado”, *LM*, N° 1289, 12/8/1914, p. 1. En sentido inverso, la progresiva impugnación del magisterio europeo sobre la Argentina posibilitará también una crítica sobre la imagen que Europa tenía de América latina como la tierra del atraso y la barbarie pintoresca pues como recordaba Lugones en una crónica escrita desde París a comienzos de julio de 1914 “para Europa seguimos siendo indios de estampa”. “La viga en el ojo”, *LN*, N° 15309, 10/8/1914, pp. 4 y 5. En análogo sentido, *El Nacional* afirmaba que en las principales capitales de Viejo Continente “se suponían que en Buenos Aires y demás ciudades argentinas, sus habitantes andaban en cueros, con plumas en la cabeza y lanza en ristre” “Turf”, *EN*, N° 19514, 14/8/1914, p. 1.

compañías británicas de cables submarinos de los principales medios de transmisión de la información. Sin embargo, más allá de la capacidad para formar opinión que pudieron haber tenido las noticias procedentes de Europa, los diferentes alineamientos de la opinión pública local no pueden comprenderse únicamente por esa manipulación informativa. Los estrechos vínculos económicos, políticos, demográficos y culturales que ligaban a la Argentina con Europa habían forjado con anterioridad al estallido de la guerra diversas afinidades con algunos de los países contendientes que también permiten analizar los posicionamientos de los diarios porteños frente la Gran Guerra. El análisis de las diferentes estrategias interpretativas sobre los orígenes del conflicto y las responsabilidades por su desencadenamiento ha mostrado que para los lectores de Buenos Aires el asesinato de Sarajevo no fue considerado inicialmente como un acontecimiento que desencadenaría la Primera Guerra Mundial. Lejos de esta visión estandarizada, los entretelones de la crisis de julio de 1914 no tuvieron una gran trascendencia en la prensa local. Sólo con la masificación del conflicto durante las primeras de agosto, la querrela sobre las responsabilidades adquirió una importancia destacada.

Algunas de las posiciones expresadas en relación al debate sobre la culpabilidad prefiguraron los alineamientos de la prensa una vez desencadenado el conflicto. Los diversos posicionamientos de la opinión pública porteña en favor de las naciones en disputa estaban motivados por una afinidad con aquellos países que tradicionalmente fueron considerados como los modelos a seguir para las élites locales que pusieron en marcha el proceso de inserción de la Argentina en el mercado capitalista mundial. De allí, la extendida francofilia que los diarios evidenciaban en sus páginas y que la opinión pública porteña manifestó en las calles, en los bares y en los teatros. Por el contrario, otras naciones europeas comprometidas en el conflicto como es el caso de Inglaterra y Alemania, suscitaban una adhesión mucho más limitada entre los porteños.

Sin embargo, las opiniones y los alineamientos expresados en el conjunto de la prensa periódica porteña no se agotaron en esa dicotomía entre la aliadofilia y la germanofilia. Durante los meses iniciales del conflicto es posible advertir otras posiciones tal vez más excepcionales pero no menos representativas de las diferentes miradas de los periódicos locales sobre la guerra europea. El neutralismo, las diferentes variantes del pacifismo e incluso ciertas apologías de la guerra europea tuvieron su lugar en las páginas de las publicaciones locales.

Junto a esos diferentes posicionamientos es posible constatar la temprana emergencia de una serie de interpretaciones que caracterizaron a la conflagración europea como un verdadero “suicidio de Europa”. Este temprano diagnóstico de la guerra como una crisis civilizatoria dio lugar, concomitantemente, a una serie de reflexiones sobre el legado del magisterio europeo en la Argentina y a un interrogante sobre la cuestión de la identidad nacional. Como en un juego de espejos, el estallido de la Gran Guerra produce una mirada introspectiva que permite reevaluar positivamente ciertos elementos del pasado nacional. En primer lugar, la condición de país agroexportador pues, a pesar de la existencia de una cierta congoja por el destino Europa, en las semanas iniciales de la contienda es posible advertir la emergencia de un difuso pero palpable nacionalismo económico, por lo general tramado con una defensa de la neutralidad estatal. Desde esta perspectiva, la Gran Guerra era presentada como una ocasión estupenda para el porvenir de la economía nacional. Es por ello que más allá de las simpatías con Francia o Inglaterra, desde el punto de vista económico la posición que más convenía a las élites locales era la neutralidad pues les permitiría seguir vendiendo los productos agropecuarios a sus clientes tradicionales ahora más necesitados que nunca de ellos.

En segundo lugar, la Gran Guerra operó como un revitalizador del nacionalismo cosmopolita, que reivindicaba la experiencia del crisol de razas y que si bien abrevaba en la cultura europea proponía la necesidad de adaptarla al medio local. Los diferentes discursos que ponderaron el correcto comportamiento de los connacionales de los países combatientes que residían en Buenos Aires dieron lugar no sólo a una revalorización de la inmigración europea y el cosmopolitismo sino también a un tercer elemento de ese nacionalismo: el pacifismo. De esta manera, la Argentina pacífica del crisol de razas será el epítome de una representación del Estado y del pueblo argentino que emergerá en tiempos de la Gran Guerra como el resultado de un renovado interrogante sobre la cuestión nacional.

Por último, este análisis permite realizar un señalamiento de tipo metodológico en relación a cierta tendencia de la historiografía a lanzar una mirada rápida sobre los inicios de la Gran Guerra para concentrarse decididamente en la conflictiva coyuntura que jalona gran parte del año de 1917. Observar la “instantánea” que arroja ese particular momento de las repercusiones de la guerra en Buenos Aires en detrimento de una perspectiva de largo plazo es una opción arriesgada ya que puede llevar a considerar

como novedosas algunas interpretaciones de la guerra —la guerra como un choque entre la “civilización francesa” y la “barbarie alemana”— que ya estaban presentes desde los primeros meses de conflicto, en particular, luego de la invasión y ocupación alemana de Bélgica y de los departamentos de la frontera francesa en el verano europeo de 1914. Lo mismo ocurre con lo que la historiografía que ha examinado el impacto de la Gran Guerra en las reflexiones sobre la identidad nacional ha dado en llamar el “nacionalismo aliadófilo”,¹⁴⁰ basado en el cosmopolitismo resultante del “crisol de razas” de la Argentina liberal, cuyos principales rasgos ya estaban presentes en la prensa porteña desde el inicio mismo de la Gran Guerra.

¹⁴⁰ Cf. Tato “Nacionalismo e internacionalismo”, p. 59 y “La disputa por la argentinidad”, p. 248.

Capítulo III

La invasión de Bélgica y las “atrocidades alemanas” de 1914. Representaciones visuales y textuales en la prensa porteña

La Revolución Mexicana fue uno de los tantos temas desplazados de las páginas de los diarios de Buenos Aires luego del estallido de la Primera Guerra Mundial. A mediados de agosto de 1914, una de las esporádicas notas de la prensa local aludía a las recientes “escenas de barbarie” que se habían registrado en el conflicto mexicano. Como corolario, el autor del suelto señalaba con beneplácito que ese tipo de escenas eran desconocidas en la guerra que por entonces se desarrollaba en el Viejo Continente.¹ Muy probablemente, este anónimo comentarista de *La Gaceta de Buenos Aires* haya quedado estupefacto al conocer los detalles del comportamiento de los ejércitos alemanes durante la invasión de Bélgica en el verano europeo de 1914.

La violación de la neutralidad de Bélgica fue, sin lugar a dudas, uno de los acontecimientos más importantes de los primeros meses de la Gran Guerra. Aunque un tratado internacional suscripto en 1839 por las principales potencias europeas garantizaba su neutralidad a perpetuidad, el 4 de agosto de 1914, siguiendo las directivas del Plan Schlieffen, las tropas alemanas invadieron el territorio belga. A pocos días de iniciada la invasión comenzaron a circular rumores sobre las crueldades cometidas por los soldados alemanes contra la población civil de Bélgica y de los departamentos de la frontera francesa. En un periodo relativamente breve, del 5 de agosto al 21 de octubre de 1914, se registraron cerca de 6500 fusilamientos y el establecimiento de un patrón de conducto que incluyó robos, saqueos, incendios, violaciones de mujeres, el uso de civiles como escudos humanos, deportaciones y la destrucción de algunos edificios considerados patrimonio histórico y cultural de la Humanidad, como la biblioteca de la Universidad de Lovaina y la catedral de Reims.²

¹ “Nunca como ahora fue tan crítica la situación interna de México y las escenas de barbarie – desconocidas por ejemplo en la actual contienda europea– se desarrollan con la estupenda facilidad de todo pueblo llegado al último periodo de disolución”. “Al margen de los telegramas. El caso de Méjico”, *LGBA*, N° 1205, 13-8-1914, p. 1.

² Cf. John Horne y Alan Kramer, *German atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2001, pp. 74-78 y el Apéndice I, pp. 435-439.

La planificación estrictamente militar de la ofensiva alemana de 1914, que justificaba la violación de la neutralidad de Bélgica como una necesidad estratégica, no había reparado en la enorme repercusión que estos hechos tendrían en la opinión pública mundial. La célebre alusión del canciller alemán Theobald von Bethmann Hollweg al tratado de 1839 como “un pedazo de papel” y los intentos posteriores de los políticos alemanes de justificar la avanzada sobre Bélgica como parte de una acción defensiva generaron un extendido repudio del accionar alemán. A partir de la violación de su neutralidad, la referencia a la causa de Bélgica y la defensa de sus derechos se transformó en una cuestión de índole moral, de fundamental importancia para justificar el ingreso en la guerra en países como Gran Bretaña y, sobre todo, para influir sobre la opinión pública de las naciones beligerantes y neutrales.³ Posteriormente, esa batalla sobre la opinión pública será reforzada mediante la publicación en diversos idiomas de los informes oficiales resultantes de las investigaciones realizadas por las comisiones aliadas a lo largo de 1915 y la respuesta del Estado alemán en el llamado *Libro Blanco*.⁴

Si bien, durante las semanas iniciales de la guerra las movilizaciones de tropas en todos los frentes pusieron en contacto a los ejércitos con la población y dieron lugar a varias situaciones de violencia contra los civiles, ninguna de ellas puede equiparar el grado de repercusión que tuvo la invasión de Bélgica en la prensa porteña.⁵ La importancia de este breve periodo de la guerra radica en que, gracias a la influencia de la propaganda de la Entente, estos hechos fijaron en la prensa porteña una matriz interpretativa de la contienda como un choque entre la “civilización” francesa y la “barbarie” alemana que tuvo una larga pervivencia a lo largo de los cuatro años que

³ Cf. Sophie de Schaepdrijver, “Occupation, propaganda and the idea of Belgium”, en Aviel Roshwald y Richard Suites, (Comps.), *European culture in the Great War: the arts, entertainment, and propaganda, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 267-294.

⁴ La investigación francesa se publicó en enero de 1915; la Comisión Bryce, británica, dio a conocer su informe definitivo en mayo de 1915 y la Comisión Belga publicó su informe final en octubre del mismo año. Para sus respectivas versiones en castellano, véase: *Las atrocidades alemanas. Informe oficial de la Comisión nombrada para comprobar los actos cometidos en el territorio francés con violación del Derecho de Gentes*, París, Garnier, 1915; *Informe acerca de los atentados atribuidos a los alemanes emitido por la comisión nombrada por el gobierno de su Majestad Británica*, Londres, Thomas Nelson, 1915; *Informe sobre las violaciones del derecho de gentes en Bélgica*, París, Berger-Levrault, 1915.

⁵ Podrían mencionarse la invasión rusa del este de Prusia en agosto-septiembre de 1914; la invasión alemana del noroeste del Imperio Ruso (Polonia y Lituania); la invasión rusa del Imperio Austro-Húngaro (Galitzia y Bukovina) de agosto de 1914 a comienzos de 1915 y la fallida invasión austríaca de Serbia de agosto a noviembre de 1914. Sólo los actos cometidos por los ejércitos austríacos en Serbia y por los alemanes en la frontera rusa tuvieron una escasa trascendencia en la prensa porteña, acotada por lo general a una mención en la sección dedicada a la información telegráfica sobre la guerra. Véase, entre otros, “La conflagración europea. Las crueldades de la guerra”, *ED*, N° 7701, 25-8-1914, p. 1; “La gran conflagración europea”, *LP*, N° 15996, 27-8-1914, p. 1; “Crueldades alemanas en la frontera rusa”, *LGBA*, N° 1268, 26-10-1914, p. 14 y “Atrocidades rusas en la Prusia oriental”, *LGBA*, N° 1268, 26-10-1914, p. 14.

duró el conflicto y que será reactualizada al calor de nuevas coyunturas, como por ejemplo, el ingreso de los Estados Unidos en la guerra, en abril de 1917. Pero, sobre todo, esas imágenes lograron consolidar una visión muy negativa de Alemania en la opinión pública local.

En este sentido, las representaciones sobre la cuestión de Bélgica y las llamadas “atrocidades alemanas” en la prensa de Buenos Aires plantean esencialmente un problema de recepción cultural, es decir, la difusión, reproducción y apropiación en el seno de la opinión pública de un país neutral de un conjunto de sentidos y representaciones construidas mayoritariamente en la Europa aliada. Aunque inicialmente la cuestión de Bélgica fue un tema estrictamente militar, relacionado a la capacidad de resistencia de su anillo de fortificaciones ante el avance alemán, luego los diarios y las revistas porteñas comenzaron a publicar centenares de relatos de los soldados y civiles, opiniones, fotografías y viñetas que contribuyeron a crear un determinado imaginario sobre la conducta de los ejércitos alemanes y a movilizar a la opinión pública porteña en una campaña contra Alemania. La mayoría de esas representaciones sobre la invasión de Bélgica que se exhiben en la prensa local reproducen con demora y cierta moderación los rasgos principales de la propaganda aliada sobre la cuestión de Bélgica, las llamadas “atrocidades alemanas”. Esta mirada de los hechos estaba constituida por un conjunto de relatos sobre la invasión que, si bien partían de una serie de hechos probados, en su propia circulación se fueron incrustando de pequeños nuevos detalles tomados del sin fin de rumores que rodearon a estos acontecimientos y luego reelaborados por la propaganda aliada, dando vida a un complejo mitológico muy ramificado. Como contraparte, las publicaciones defensoras de Alemania difundirán una explicación del accionar de sus ejércitos que presentaba a los fusilamientos de civiles como un acto de defensa y represalia debido a la participación de la población belga en una suerte de “guerra popular” contra los soldados alemanes. Desde esta perspectiva, la figura de los francotiradores concentrará gran parte de los esfuerzos de la prensa proalemana en Buenos Aires para justificar el accionar de los ejércitos del káiser.

Por ello, en el primer apartado de este capítulo se analizarán las modalidades en que fue leída y utilizada por los diferentes sectores de la opinión pública de Buenos Aires la cuestión de Bélgica. En él se examinará la difusión y circulación en los diarios porteños de un conjunto de imágenes y representaciones confeccionadas por los

intelectuales europeos con el objeto de legitimar y justificar el esfuerzo de sus naciones en guerra, y que permiten poner de relieve los énfasis, las omisiones y los malentendidos ocasionados por esta difusión al otro lado del Atlántico de estos rasgos de las “culturas de guerra” europeas. En el segundo apartado, íntimamente ligado al anterior, se estudiará el papel específico de la imagen en la movilización visual de la opinión pública porteña. Para ello, se analizarán principalmente los sentidos y significados de las imágenes e ilustraciones del diario *Crítica* relacionadas a la invasión alemana de Bélgica y las diferentes estrategias visuales utilizadas por los dibujantes del diario dirigido por Natalio Botana en el marco de sus constantes denuncias contra Alemania.

Ahora bien, más allá de las condiciones que posibilitaron la difusión de estas imágenes y discursos sobre la invasión alemana de Bélgica en la opinión pública porteña, estos hechos tuvieron una resonancia muy particular en Argentina debido a otros motivos. Durante la toma de la ciudad belga de Dinant, el 23 de agosto de 1914, fue fusilado por los alemanes el vicecónsul argentino de dicha ciudad, M. Rémy Himmer. Este hecho, constituyó el primer conflicto diplomático que deparó el inicio de la conflagración y es un hito reiterado en el estudio de las relaciones internacionales argentinas durante la guerra aunque su dimensión cultural y su impacto en el seno de la opinión pública porteña ha sido desatendida incluso en las investigaciones más recientes.⁶

Juzgado a la luz de la decisión final del gobierno de Victorino de la Plaza, el cual luego de una investigación diplomática desestimó realizar una reclamación formal a su par alemán, el fusilamiento del vicecónsul argentino en Dinant carecería de toda importancia dado que no llegó a modificar el “consenso neutralista” que rodeaba al gobierno conservador.⁷ Sin embargo, si se opta por una perspectiva más dinámica y se realiza un análisis del hecho a la luz de un número de publicaciones periódicas mucho mayor que las manejadas por Olivier Compagnon, esa valoración puede ser claramente discutida pues el caso Dinant produjo un fuerte debate en el seno de la prensa local y marcó una radicalización en las posiciones de algunos diarios porteños y de ciertas

⁶ Andrés Cisneros y Carlos Escudé, *Historia General de las relaciones exteriores de la República Argentina*, Parte II, Tomo VIII, “Las relaciones con Europa y los Estados Unidos, 1881-1930”, Buenos Aires, Nuevohacer, 1999, pp. 167-168 y Juan Archibaldo Lanús, *Aquél apogeo. Política internacional argentina, 1910-1939*, Buenos Aires, Emecé, 2001, pp. 65-66.

⁷ Cf. Olivier Compagnon, *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*, París, Fayard, 2013, p. 43.

agrupaciones que surgieron al calor del conflicto, los cuales solicitaron al gobierno la ruptura de relaciones con Alemania y el ingreso de Argentina en la guerra.

Por ello, en el último apartado de este capítulo se analizarán los alineamientos de la prensa porteña ante el fusilamiento de Dinant. Apelando también a documentos diplomáticos, dicho apartado procura reconstruir los entretelones de la investigación encargada por el gobierno argentino y las diferentes posiciones de los diarios locales ante el fusilamiento del vicecónsul. La mirada local de la prensa porteña sobre este caso revela la consolidación de un sustrato nacionalista que adquiriera nuevos bríos a la luz de la Gran Guerra y su utilización satírica como un elemento para la puja política a nivel local, en particular, como un ariete para las críticas al vapuleado gobierno de Victorino de la Plaza. En gran medida, los rasgos que componen esa mirada local sobre la invasión alemana de Bélgica emergen como resultado de un bloqueo discursivo que obliga a los intérpretes argentinos de estos acontecimientos europeos a volver hacia matrices discursivas más conocidas para poder entender cabalmente sus alcances y sus significados.

1. Entre la *Franktireurkrieg* y las “atrocidades alemanas”. La cuestión de Bélgica en la prensa porteña

La explicación esgrimida por Alemania sobre los hechos ocurridos en Bélgica sostenían que los civiles habían actuado como francotiradores, resistiendo el avance del ejército alemán rumbo a París. Según las referencias en los diarios de los soldados alemanes que participaron de la invasión, la figura de los francotiradores emerge inmediatamente después de la toma de la ciudad de Lieja, el 16 de agosto de 1914. Difundida inicialmente en los contactos entre las unidades del ejército alemán y en ciertos puntos de encuentro como las estaciones de trenes, esta versión de los hechos ingresó luego en una espiral de retroalimentación gracias a la ayuda de la prensa de Alemania y sus aliados. El 9 de agosto, la referencia a los francotiradores fue utilizada por primera vez en la prensa alemana y difundida por la agencia de noticias Wolff y para comienzos de octubre el término ya era familiar en toda Alemania.⁸ Con el correr de la invasión se fueron agregando diversas variantes a ese relato principal: la falsa hospitalidad de los civiles belgas que encubrían el asesinato o la mutilación de los

⁸ Cf. Horne y Kramer, *op. cit.*, pp. 94-95.

heridos alemanes; la participación de las mujeres y los niños en una guerra popular contra el invasor y el papel de los curas párrocos de las regiones rurales de Bélgica y Francia incitando a la resistencia desde el púlpito de las iglesias, entre otras. Una derivación de esa creencia sostenía que los sacerdotes habían transformado las torres de las iglesias en puestos de observación, estaciones radiotelegráficas o nidos de ametralladoras y éste fue uno de los principales argumentos utilizados para justificar la destrucción de los templos religiosos de la región.

Todos estos elementos fueron utilizados en la elaboración de la versión oficial del Estado alemán sobre lo ocurrido durante la invasión y están presentes en diversos documentos oficiales como, por ejemplo, en el famoso telegrama enviado por Guillermo II al presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, denunciando el comportamiento de los civiles belgas en la ciudad de Lovaina.⁹ Por el contrario, desde la óptica de los aliados de la Entente, la *Franktireurkrieg* fue la forma de justificar las “legítimas represalias” tomada por los alemanes contra la población civil de Bélgica y los departamentos de la frontera francesa, transformando a las víctimas civiles en supuestos perpetradores de actos atroces contra los soldados del káiser. Esta victimización de los invasores fue una de las estrategias privilegiadas de la propaganda alemana para justificar y legitimar la invasión de un país neutral y, sobre todo, la campaña de terror desatada contra los civiles de esos territorios.

Es complejo determinar hasta qué punto esos relatos sobre el accionar de los francotiradores en el territorio belga y francés eran realmente veraces. John Horne y Alan Kramer sostienen que, aunque probablemente hubo casos individuales de resistencia durante el inicio de la invasión, no hay evidencias que permitan demostrar la existencia de una resistencia masiva de la población civil de Bélgica contra los ejércitos del káiser. Además, las acciones del gobierno belga —en particular, las requisas de armas en manos de los civiles y las proclamas llamando al pueblo a no intervenir en el conflicto— no parecen alentar una resistencia civil contra el invasor, más bien todo lo contrario. Para los autores, esos relatos eran la expresión de una multiplicidad de factores entre los que habría que mencionar, en primer lugar, la enorme ansiedad generada por el estallido de la guerra en todas las sociedades combatientes y la obsesión con la existencia de un pérfido enemigo interno. En segundo lugar, la pervivencia en la memoria alemana de ciertos estereotipos sobre el enemigo civil que remitían a la guerra

⁹ Reproducido en *La Unión*: “Documentación oficial. Telegrama del Káiser al Presidente Wilson”, *LU*, N° 2, 2-11-1914, p. 1.

francoprusiana de 1870 y que pudieron haber resurgido ante un nuevo conflicto bélico. En tercer lugar, las circunstancias militares ligadas a la ofensiva de 1914 jugaron un rol vital para definir el “mito de los francotiradores”. El nerviosismo, la frustración y la tensión generada por la inesperada resistencia del ejército belga contribuyeron a generar la creencia en los francotiradores como una suerte de chivo expiatorio por el fracaso del plan alemán. Por último, dado que una de las principales actividades económicas de la región era la vinicultura, un hecho no menor para comprender este accionar fue el alto grado de consumo de alcohol de las tropas alemanas. La ebriedad contribuyó a la indisciplina de los soldados germanos y fomentó el robo, los saqueos y las violaciones de las mujeres.¹⁰

Como era de esperarse, esta versión de los hechos fue defendida en Buenos Aires por las publicaciones simpatizantes de Alemania como el diario *La Unión* y la revista *Ecos Gráficos*. En su primer número, el citado diario publicaba un extenso artículo llamado “¿De quién es la culpa de lo rudo de la guerra?”, en el cual condensaba los principales elementos de esta visión sobre lo ocurrido durante la invasión de Bélgica. Entre los motivos mencionados para justificar la desmesurada reacción de las tropas alemanas, *La Unión* destacaba que “los paisanos ejecutaron horripilantes bestialidades contra los heridos, cortándoles la cabeza o algunos miembros y contra médicos y columnas de transporte”; que dispararon contra los soldados alemanes desde diferentes puntos de las ciudades invadidas; que los prisioneros de los ejércitos aliados tenían en su poder al momento de ser apresados numerosas balas dum-dum, prohibidas por la Convención Internacional de La Haya de 1907 por su enorme poder destructivo y otras leyendas como la del alcalde de una ciudad belga que invitó a cenar a un superior alemán y lo liquidó de un balazo en plena velada o los regalos maliciosos de los campesinos a los soldados alemanes que incluyeron el agua envenenada y los cigarrillos llenos de pólvora.¹¹

Este escrito muestra claramente la rápida difusión de los principales argumentos esbozados por la propaganda alemana para defenderse de las acusaciones de haber cometido una serie de actos que implicaban una flagrante violación del Derecho de Gentes. A su vez, ejemplifica el proceso de inversión de la realidad por el cual los alemanes perpetradores de las crueldades contra los civiles belgas y franceses eran presentados como las víctimas de un tipo de guerra desleal. Por ello, desde esta

¹⁰ Horne y Kramer, *op. cit.*, pp. 113-116.

¹¹ “¿De quién es la culpa de lo rudo de la guerra?”, *LU*, N° 1, 31-10-1914, p. 6.

perspectiva, la población belga era en última instancia la responsable de la represión desatada por las tropas del káiser.¹² Dentro de la prensa porteña, el diario *La Unión* y, en menor medida, la revista *Ecos Gráficos* fueron los únicos defensores de la versión sobre los francotiradores pues las escasas referencias sobre esta figura que es posible encontrar en otros periódicos de Buenos Aires no tenían ese afán legitimador del accionar alemán más bien se limitaban a reproducir alguna noticia europea en las secciones de cables y telegramas sobre la guerra europea.

Mientras que esta visión centrada en el accionar de los francotiradores y los civiles belgas halló a sus solitarios defensores en las publicaciones de la germanofilia local, el monopolio que ejercían las agencias de noticias aliadas sobre el continente y el control británico sobre los cables submarinos, hicieron que la versión sobre las “atrocidades alemanas” tuviera una difusión notablemente más amplia en la prensa porteña. Desde finales de agosto éste término fue indistintamente utilizado por la prensa y los gobiernos de la Triple Entente para denunciar los actos cometidos por los soldados alemanes durante la invasión de Bélgica y Francia. Del mismo modo que en el caso alemán, inicialmente estas narrativas sobre las “atrocidades” emanaron de los refugiados y los heridos que provenían del teatro de las operaciones pero luego la prensa periódica se encargó de retransmitir y multiplicar estos relatos que finalmente codificaron una determinada representación de la invasión alemana de Bélgica.

Durante los primeros meses de la Gran Guerra, el imaginario sobre las “atrocidades alemanas” se fijó rápidamente en la opinión pública porteña gracias a la información recibida de las agencias aliadas y la labor de algunos corresponsales, entre los que tuvo un papel muy destacado Roberto J. Payró. Radicado en Bruselas desde 1909, donde se desempeñaba como corresponsal de *La Nación*, Payró fue el único corresponsal de un diario argentino que pasó los cuatro años de la Gran Guerra en Bélgica. Sin dudas, como recordará Alberto Gerchunoff al evocar los años de la ocupación, gracias a su amistad con el ministro argentino en la capital belga, Payró pudo haber salido del territorio sojuzgado y regresar a la Argentina o bien trasladarse a algún país europeo neutral como España o Suiza.¹³ Sin embargo, decidió quedarse en

¹² “Si los alemanes quemaron en Bélgica aldeas y villas, y pasaron por las armas a numerosos paisanos, no tienen ellos la culpa sino el pueblo belga tiene que cargar con ella”. “¿De quién es la culpa de lo rudo de la guerra?, *op. cit.* Sobre la culpabilidad de la población civil belga por su participación en la guerra popular contra los alemanes véase también “¿Quiénes son los culpables”, *EG*, N° 60, diciembre de 1914, p. 8.

¹³ Alberto Gerchunoff, “Un Quijote argentino”, en *Retorno a Don Quijote*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951, pp. 45-46.

Bruselas junto a su familia y comprometerse con la causa belga, sufriendo los cuatro años de la Gran Guerra en un país devastado, preso de la incomunicación, la falta de dinero y las amenazas del invasor, siendo éste uno de los momentos más difíciles de su vida y cuyas consecuencias dejaron profundas marcas en él.¹⁴

Aunque elaboradas pensando en un público lector de un país neutral y, por ende, ajeno a la burda militarización de la cultura que sobrevino en los países combatientes, Payró actuará como una suerte de mediador cultural entre ese mundo belga ocupado por los alemanes y la opinión pública porteña, difundiendo una serie de imágenes y representaciones sobre las “atrocidades” que tuvieron una enorme influencia en la prensa local. Situado en ese entramado de significaciones culturales que contribuyeron a la conformación de un determinado imaginario sobre las “atrocidades alemanas” en Bélgica, Payró tuvo acceso a diversas fuentes europeas —en especial, a diarios belgas y holandeses pero también a postales y afiches de propaganda— que le brindaron un conjunto de sentidos sobre las mismas aunque no lo mencione explícitamente.¹⁵ Es por ello que sus crónicas para el diario *La Nación* constituyen una de las fuentes más destacadas sobre la violación de la neutralidad belga y la denuncia más sistemática de

¹⁴ El 24 de febrero de 1919 le manifestaba a su amigo, el poeta Eduardo Talero, la imposibilidad de viajar a Buenos Aires por cuestiones de dinero: “Cuento con ir a Buenos Aires dentro de poco, pero todavía no puedo fijar la fecha, a causa de algunas dificultades que se me oponen, sobre todo en el orden material. Los cuatro años largos de cárcel me han obligado a hacer grandes sacrificios, que nadie me compensará, y cualquier viaje obliga hoy a desmesurados desembolsos”. La carta fue publicada en la revista *Nosotros*, Año XIII, N° 120, abril 1919, pp. 583-584. Otros testimonios contemporáneos lo señalan reiteradamente: en Bélgica “dio la medida de su capacidad para el sacrificio”, escribe Julio Piquet en “Apuntes a lápiz”, incluido en el número homenaje de la revista *Nosotros*, Año XXII, N° 228, mayo 1928, p. 165. También su hijo Julio recordará: “Además de la claustrofobia, la fiebre obsidional, la ruina económica, las privaciones, aún el hambre, que formaron la trama de la existencia en el país ocupado y sujeto a los vejámenes, las depredaciones [...] el escritor argentino padeció todos los sufrimientos morales que las grandes tragedias colectivas precipitan sobre el hombre de corazón e inteligencia”, “Prefacio”, en *El diablo en Bélgica*, Buenos Aires, Quetzal, 1953, p. 9.

¹⁵ En este sentido, los indicios presentes en las crónicas son plenamente confirmados en el relato del propio Payró sobre el primer allanamiento a su domicilio en Bruselas: “El registro duró unas dos horas, y pusieron aparte unos cuantos kilogramos de papel manuscrito, noticias y apuntes dactilografiados, propios y ajenos, diversos folletos y libros, ejemplares de diarios franceses e ingleses —que me habían costado más que su peso en oro—, números de *La Libre Belgique* pesadilla de la policía alemana, varias caricaturas muy malas de antes de la ocupación, el papel de calcar en la máquina usado, mi libro de direcciones [...] y una tarjeta con el título de redactor de *La Nación* de Buenos Aires [...] El registro continuó un cuarto de hora más, en el que se ocuparon de los libros de la biblioteca, los objetos que había sobre la chimenea y todo cuanto había en una papelería-archivo. Hojearon atentamente un álbum en que he coleccionado cuanta postal se refiere a la guerra y sus destrozos”. Roberto Payró, “La dominación alemana en Bélgica”, en Alberto Gerchunoff (Dir.) y Aarón Bilis (Dir. Artístico), *El Álbum de la Victoria*, Buenos Aires, Elías Danon Editor, 1920, s/p.

los atropellos cometidos por el ejército alemán que puedan encontrarse en las páginas de la prensa periódica porteña del momento.¹⁶

A partir de la invasión Bélgica, se instauró en gran parte de la prensa local, y sobre todo, en los diarios más afines a la aliadofilia, una representación dicotómica de la guerra como un choque entre la “civilización” francesa y la “barbarie” alemana. De más está decir que esta clave de lectura no era una creación *ex nihilo* de los diarios porteños, por el contrario, evidenciaba la activa recepción de algunos elementos de la propaganda y ciertos rasgos de las “culturas de guerra” de la Europea aliada.¹⁷ Esa mirada de la guerra como un enfrentamiento entre dos paradigmas civilizatorios antagónicos fue ampliamente difundida en la prensa porteña. La Gran Guerra adquiriría así la forma de una lucha entre principios e ideales agrupados en pares conceptuales opuestos: la libertad y la cultura de Francia contra el feudalismo de Alemania, la república social contra el imperio militarista, el espíritu contra la materia, la civilización contra la barbarie, la libertad contra la autoridad, el derecho igualitario contra el privilegio de casta, la fuerza del derecho contra el derecho de la fuerza, etc. Sin embargo, como se ha señalado en el capítulo anterior, si bien Francia y Alemania eran los países combatientes que concentraban estos atributos sociales y culturales, en el contexto de la guerra esos valores simbólicos se hicieron extensivos también a sus aliados apelando a una serie de representaciones estereotipadas y esencialistas sobre las naciones “que combaten a la sombra de sus banderas”.¹⁸

¹⁶ De allí, la aclaración introductoria del diario al iniciar la publicación de sus crónicas: “Nuestro corresponsal en Bruselas, D. Roberto J. Payró, nos ha enviado la correspondencia de esa capital que empezamos a publicar hoy. Se trata de un diario llevado escrupulosamente desde el 26 de julio, y cuya primera parte alcanza hasta el 4 de agosto. Ocioso nos parece encarecer la importancia de esta correspondencia, escrita por un testigo de los sucesos, que es, además, el escritor bien conocido y apreciado por los lectores de este diario”, *LN*, N° 15338, 8-9-1914, p. 4.

¹⁷ En los países combatientes, las primeras semanas del conflicto fueron el escenario de la emergencia de una verdadera cultura nacional de guerra, en cuya elaboración los intelectuales y la prensa serían de vital importancia. Si bien de contenidos diferentes en cada caso nacional, éstas respondían en su forma y funciones a objetivos similares. Mediante la construcción de diversas representaciones del conflicto cristalizadas de forma sistemática, aspiraban a la consolidación de la unidad nacional y a la exaltación del sentimiento de comunidad para dotar de sentido al conflicto y obtener un apoyo masivo de la opinión pública al esfuerzo de la nación en guerra. Para ello, fue fundamental la creación de identidades colectivas polarizadas y dicotómicas que asignaban valores positivos a la propia identidad nacional o la de sus aliados y paralelamente desplegaban una progresiva demonización del enemigo y su cultura. La acuñación original del concepto se halla en Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, “Violence et consentement. La ‘culture de guerre’ du premier conflit mondial”, en Jean-Pierre Rioux y Jean François Sirinelli (Eds.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, pp. 251-271. Para un balance reciente sobre el uso y los alcances de la categoría véase: Pierre Purseigle, “A very French debate: the 1914-1918 ‘war culture’”, *Journal of War and Culture Studies*, Vol. 1, N° 1, 2008, pp. 9-14.

¹⁸ “Inglaterra con sus tradiciones libres, con su prestigio moral y su característico espíritu de justicia; Bélgica democrática y pacífica, exaltada ahora por el heroísmo y el sacrificio; Rusia, redimida con la esperanza en las libertades; Servia [sic] y Montenegro que buscan la unidad de sus estados y la

Insertas en ese marco interpretativo, las representaciones sobre las “atrocidades” buscaban desplegar un proceso de demonización del pueblo y la nación alemana. Una de las principales estrategias de esa operación consistió en presentar al pueblo alemán y a sus líderes como los herederos y continuadores de los pueblos “bárbaros” —los hunos, los mongoles, los vándalos, etc.— equiparando reiteradamente a Guillermo II con figuras como Atila o Gengis Kan. Al utilizar estas encarnaciones prototípicas de la barbarie extramuros para representar las nuevas formas de la “barbarie” al interior de Europa, la propaganda aliada buscaba mostrar a los alemanes como los nuevos “bárbaros” de la Europa civilizada de comienzos del siglo XX.

Este tipo de construcciones fueron muy frecuentes en la prensa porteña no sólo como resultado de la información procedente de Europa sino también fruto de la pluma de algunos de sus colaboradores y corresponsales. A comienzos de diciembre, Payró trazaba una analogía entre Guillermo II y el Gengis Kan mientras que, en su denuncia de la “invasión vandálica a Bélgica por las huestes del káiser”, Barroetaveña sumara nuevos personajes para la escenificación de la barbarie. En este caso, el activo columnista de *El Diario* equiparaba la vanidad del káiser con la de Jerjes o Darío y a los campos de Bélgica con las Termópilas, Maratón y Salamina, donde los belgas demoran y castigan a los invasores no obstante su inferioridad numérica: “La historia se repite, aún a través de muchos siglos; y cualquiera que sea el éxito de la guerra, los belgas, como los soldados de Leónidas, han inmortalizado su nombre; y pueden grabar con orgullo en los fuertes de Lieja, otra leyenda imperecedera: Caminante, ve a decir a Bruselas, a Londres y a París, que aquí hemos muerto por defender la civilización y por castigar el vandalismo internacional”.¹⁹

emancipación de los hermanos de razas; el Japón que inició la nueva era con el amanecer de su sol naciente en los lejanos mares orientales; Portugal con sus avanzadas instituciones republicanas definitivamente conquistadas, combaten por la Francia y por el mundo. Austria, el imperio clásico del sable y de la insolencia policiaca; la vetusta monarquía forjadora de yugos, donde se han refugiado todos los despotismos; la nación que dio tiranos a toda la Europa y ejércitos de pretorianos a todos los césares para subyugar pueblos y asesinar libertades; Turquía, el imperio corrompido y degenerado, incapaz de asimilarse a la civilización; la bárbara Turquía, mancha de sangre de Asia, caída sobre Europa, fundada sobre la rapiña y sostenida por el miedo, combaten por Alemania, contra el mundo...”. “El espíritu de dos razas enemigas. La Francia intelectual con la Alemania militar”, *CRI*, N° 423, 16-11-1914, p. 2.

¹⁹ “El emperador Guillermo ha hecho pasear el incendio y la destrucción por todas partes, superando a los más bárbaros conquistadores [...] desde Visé por donde entraron en Bélgica, hasta Mons por donde pasaron para Francia, los cráneos de los civiles fusilados por sus hordas —hombres, mujeres, viejos y niños— le formarían un pedestal más alto que el de Gengiskán”. Roberto Payró, “Diario de un incomunicado”, *LN*, N° 15423, 2-12-1914, p. 5. Francisco Barroetaveña, “Atentado contra Bélgica”, *ED*, N° 7700, 23 y 24-8-1914, p. 1 y 12.

Los paralelismos históricos trazados por Barroetaveña son evidentes: al igual que en la batalla de las Termópilas los campos de Bélgica son el escenario de un combate entre la civilización y una nueva expresión de la “barbarie” encarnada por Guillermo II y sus “hordas”, haciendo ahora las veces de Jerjes. Sin embargo, sólo un par de semanas después la “gloriosa Esparta” de las Termópilas aparece a los ojos del mismo cronista como un modelo negativo antes que como una defensora de la civilización y la libertad. En dos crónicas sucesivas, Barroetaveña trazará una serie de comparaciones entre la Alemania guillermina con la antigua Esparta y, a su vez, entre Francia y Atenas. Glosando extensamente a Plutarco, Platón, Polibio y Cicerón el autor encuentra una serie de “analogías sorprendentes” entre Alemania y Esparta: un “pretorianismo imperialista y conquistador” que absorbe y deforma la vida civil de una sociedad moderna; una sociedad militarizada desde la niñez, basada en la crueldad, en el “menosprecio del derecho y la justicia” y el “culto a la gloria de las armas”. La equiparación del modelo político y social de Alemania con Esparta tendía a demostrar que las atrocidades cometidas en Bélgica no eran el resultado de una acción irracional ni tampoco un exceso individual sino el comportamiento esperable de un pueblo cuya historia y cuya identidad nacional se hallaba íntimamente ligado al desarrollo y el fomento del militarismo. Por el contrario, en las imágenes estereotipadas que utiliza Barroetaveña, Francia y Atenas emergen como la contraparte de ese militarismo guerrero y como un modelo de civilización basado en el respecto del derecho y la libertad, en una construcción que reitera algunos de los principales rasgos de la imagen de Francia analizada en el capítulo anterior.²⁰

Este tipo de discursos muestra que la Gran Guerra no sólo dinamizó un proceso de selección de afinidades con las naciones europeas sino que también fomentó la utilización de ciertos acontecimientos del pasado europeo para elaborar una serie de representaciones sobre la contienda. En este sentido, otra de las variantes utilizadas por los diarios porteños equiparaba la lucha del pueblo belga y su rey, vanguardia de esa cruzada de la latinidad cristiana contra la “barbarie” alemana, con otras batallas célebres de la historia europea como por ejemplo, la batalla de Poitiers del año 732, en la cual el

²⁰ “Contemplemos a la democracia francesa, con su medio siglo continuado de república vivida; con el siglo de oro de su literatura; con la legión inmortal de enciclopedistas, predicando bravamente la libertad, los principios humanitarios y el imperio de las leyes protectoras de los derechos del hombre frente a las tiranías, al yugo religioso y a la opresión feudal; con aquella explosión sublime y gigantesca de la revolución francesa de 1789 [...] con la organización admirable de una gran democracia, opulenta, cultísima, científica, artística, fuerte por su culto a los principios, a la justicia y a la libertad como por el valor impetuoso de sus hijos”. “Francia y Atenas. Cultura integral”, *ED*, N° 7714, 9-9-1914, p. 4.

ejército comandado por el líder de los francos, Carlos Martel, derrotó a los fuerzas de Al-Ándalus impidiendo así la expansión musulmana en el resto de Europa.²¹ Inserta en la señalada dicotomía entre la civilización y la barbarie, el sector más activamente ligado a la aliadofilia porteña, construirá una representación de Bélgica que oscilaba entre dos rasgos: el heroísmo y la victimización.

Sin embargo, en los diarios de Buenos Aires la construcción de esa imagen “bárbara” de Alemania estuvo sujeta a una serie de tensiones irresueltas. A excepción de sus expresiones más radicales, incluso los diarios y los intelectuales más activos de la aliadofilia porteña se vieron forzados a reconocer que estos rasgos “arcaicos” de la Alemania guillermina no podían opacar un conjunto de logros que incluso alguien como Barroetaveña se veía forzado a reconocer: su progreso industrial y comercial, las conquistas científicas, artísticas y literarias, el apego al trabajo, el ahorro, la perseverancia y la previsión.²² Una de las maneras de resolver estas dos dimensiones contrapuestas de esa imagen sostendrá la coexistencia de dos culturas al interior de Alemania: una civilizada, ligada a la experiencia histórica del romanticismo y el idealismo alemán y la otra, bárbara y brutal, encarnada en los viejos valores prusianos y ejemplificada de manera cabal por el accionar de los ejércitos del káiser durante la invasión de Bélgica.

En ese contexto, la destrucción de la biblioteca de la Universidad de Lovaina y el bombardeo de la catedral de Reims proveyeron los símbolos más explícitos de la nueva “barbarie” alemana y motivaron ásperos debates en la prensa porteña. El argumento esgrimido por el gobierno alemán, luego reiterado insistentemente por la propaganda germana, sostenía que durante la invasión las torres de las iglesias habían sido utilizadas como puestos de observación, estaciones radiotelegráficas e, incluso, como nidos de ametralladoras y por ello habían sido alcanzadas por la artillería alemana aunque no habían sido destruidas por completo.²³ Sin embargo, en la óptica de los aliados estos hechos fueron considerados como un ataque deliberado a la identidad nacional de

²¹ “Fuera cual fuere la suerte que las armas deparen a la ilustre nación, Bélgica habrá sido el valladar del espíritu latino a la irrupción germánica, ciudadela avanzada de Francia. Si Carlos Martel en los llanos de Poitiers salva a Europa de los sarracenos, quiera ahora Lieja haya sido la más brillante confirmación de que el espíritu latino sigue siendo signo de su historia”. “El León Belga”, *ED*, N° 7695, 18-8-1914, p. 1.

²² “Alemania y Esparta. Analogías sorprendentes a través de 2600 años”, *ED*, N° 7708, 2-9-1914, p. 4. Véase también, “Despotismo prusiano. Modelo peligroso”, *ED*, N° 7717, 12-9-1914, p. 4.

²³ “Lovaina, Reims, Malinas”, *EG*, N° 59, noviembre de 1914, pp. 422-424.

Bélgica y Francia que, junto con los asesinatos masivos de civiles, buscaba no sólo su derrota militar sino también la destrucción de su herencia histórica y cultural.²⁴

No deja de ser un hecho llamativo que la cultura política republicana —que hizo del laicismo y de la limitación del papel de la Iglesia católica en Francia uno de sus principales pilares— hiciera de estos hechos un punto nodal de su propaganda durante la Gran Guerra. Podría agregarse además que la tradición de destruir las iglesias de los países enemigos tenía en Europa varios siglos de antigüedad; era, si se quiere, un hecho “esperable” como una de las consecuencias posibles de un combate de artillería en la región. Como vaticinaba un suelto publicado por *El Diario*, que elogiaba los encantos históricos y arquitectónicos de los territorios que eran el escenario de los combates: “El cañón y el incendio van a destrozarse en breve todos aquellos encantos de la imaginación y de los ojos. Las catedrales serán bombardeadas y arruinadas, los bosques arderán al paso de los ejércitos [...] La guerra devolverá a todo aquello a su nivel anterior a la civilización, y catedrales, abadías, castillos, palacios, puentes y fábricas serán reducidos a una barbarie uniforme y terrible”.²⁵ Lejos de todo carácter “profético”, el texto muestra que este tipo de prácticas bélicas no fueron en absoluto excepcionales. De allí la indignación de algunos corresponsales ante esta construcción mítica de la importancia de la catedral en el combate de los intelectuales y de la prensa que conllevaba una cierta deshumanización del asunto.²⁶

Sin embargo, la propaganda de la Entente hizo de estos acontecimientos los símbolos más explícitos de la “barbarie” alemana, los cuales generaron un enorme repudio en gran parte de la prensa porteña y reforzaron la estigmatización del pueblo alemán y sus líderes. La noticia de la destrucción de Lovaina se conoció en Buenos Aires el 29 de agosto por medio de un telegrama procedente de Londres que fue publicado por varios diarios locales. En líneas generales, la prensa porteña repudió este hecho considerado como un acto innecesario y en algunos casos la destrucción de la

²⁴ Cf. Alan Kramer, *Dynamic of destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Nueva York, Oxford University Press, 2007, p. 2.

²⁵ “La barbarie de la guerra”, *ED*, N° 7692, 14-8-1914, p. 4.

²⁶ En una crónica escrita en Lagny en octubre de 1914 luego de una visita a la zona de combate, el periodista español Javier Bueno, corresponsal en Francia de *Caras y Caretas*, narraba su impresión al escuchar una conversación entre los parroquianos de una taberna Nogent sur Marne en las afueras de París. Tras oír las declamaciones del tabernero sobre el incendio de la catedral de Reims, el cronista se pregunta: “¿Es un sentimiento íntimo e inconsciente de amor al Arte? ¿Es porque los periódicos conceden más importancia a la destrucción del venerable monumento gótico que a las pirámides que cadáveres que se levantan en muchos kilómetros de tierra francesa? Yo, que vengo de ver la catástrofe, no puedo emocionarme tanto como este tabernero por el incendio de la catedral de Reims”. Javier Bueno, “Visiones del campo de batalla”, *CyC*, N° 842, 21-11-1914.

biblioteca de una de las universidades más antiguas de Europa fue utilizada como un nuevo elemento en esa construcción de la ya señalada imagen “bárbara” de Alemania. Si bien fue publicada con retraso en diciembre de 1914, la dura crónica escrita por Payró a raíz del incendio y la destrucción de la biblioteca de la Universidad de Lovaina, equiparaba el hecho con el célebre incendio de la Biblioteca de Alejandría, ordenada por el Califa Omar en el año 634:

Lovaina, la pacífica ciudad universitaria, que parecía protegida por la historia misma contra todo ataque destructor, cuya universidad fundada en el siglo XV por el duque Juan IV de Brabante se consideraba un siglo más tarde la primera de Europa, ha sido destrozada a cañonazos, empapada en la sangre de sus habitantes indefensos: mujeres, ancianos, niños, e incendiada luego por las hordas bárbaras de Guillermo II. La destrucción de Lovaina ha provocado un grito unánime de indignación en toda Bélgica, y debo creer que en el mundo entero, pues no se borra así del mapa, sin causa alguna, con un propósito salvaje de intimidación, con un torpe deseo de venganza, una ciudad famosa en las lides pacíficas y fecundas del pensamiento, un archivo de la antigua sabiduría humana, un monumento incomparable en cuanto se refiere a la historia del cristianismo en Europa, desde la postrimería de la Edad Media hasta la época actual. Liberales y católicos, escépticos y creyentes, unidos en un mismo sentimiento de admiración hacia los esfuerzos que para acercarse al ideal y a lo absoluto hicieron nuestros remotos antepasados, no tienen sino anatemas implacables para el moderno Omar, más merecedor que el antiguo de la universal reprobación, pues nadie podrá poner en dudas, como a propósito de la de Alejandría, que Guillermo II ha hecho incendiar la biblioteca de la universidad católica y ha convertido en pavesas tesoros inestimables de la filosofía cristiana [...] es la invasión de los bárbaros en un país que fue laborioso, honesto y rico.²⁷

Al igual que en otras de sus crónicas, Payró equipara las acciones de los ejércitos alemanes a la “barbarie”, la irracionalidad y el salvajismo. La diferencia radica en que en este caso los paralelismos históricos remiten a una acción ordenada por el líder de un Estado islámico. En este sentido, nuevamente nos encontramos frente a un tópico de larga duración, la imagen del turco como “bárbaro”, que se remonta mucho más allá de los usos de la oposición entre “civilización” y “barbarie” de comienzos de la Gran Guerra y que, como se verá en el capítulo cuatro, constituirá una de las representaciones más consensuadas sobre los pueblos de Asia en la prensa porteña.²⁸

²⁷ Roberto Payró, “Diario de un incomunicado”, *LN*, N° 15424, 3-12-1914, p. 5. La misma comparación era utilizada por el comentarista del diario *Tribuna* en “La Gran Guerra. Consideraciones”, *TRI*, N° 7183, 14-9-1914, p. 1.

²⁸ Luego de la utilización grecolatina de la noción de “bárbaro” como “extranjero”, durante la Edad Media la oposición “bárbaro” y “romano” fue lentamente reemplazada por la distinción entre “bárbaro” y “cristiano” y a partir del siglo XV, tras la caída de Constantinopla en 1453, el término “bárbaro” comienza a ser sistemáticamente utilizado para designar a los musulmanes o, más imprecisamente, al turco como “bárbaro”, asignándoles como atributos propios la barbarie, la crueldad y la ferocidad. Véase Nicolás Kwiatkowski, “Representaciones de la barbarie europea y americana durante los siglos XVI y XVII”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal, UNQUI, N° 18, 2014, pp. 180-203.

Este énfasis en el carácter “bárbaro” y “retrogrado” del Imperio alemán será reiterado en relación al bombardeo de la catedral de Reims, célebre por su arquitectura gótica y por haber sido el escenario de la consagración de veinticuatro reyes de Francia. Consideradas como acciones planificadas y sistemáticas tendientes a destruir la cultura de los países invadidos, estos hechos generaron un enorme repudio en gran parte la prensa porteña y reforzaron esa representación sobre el comportamiento “vandálico” del ejército y el pueblo alemán.²⁹ Incluso algunos de los corresponsales españoles que manifestaban una mesurada simpatía por Alemania como, por ejemplo, la escritora Emilia Pardo Bazán, vieron en este hecho un “exceso” innecesario de los ejércitos del káiser:

La guerra es la guerra, convenido... [...] al arrasar la catedral en que la doncella de Orleans consagró a Carlos VII de Francia; la catedral tan bella, que sólo en la nuestra de León encontró rival, aquel milagro de encaje sutil, tejido por el amor y la fe, aquella flor gótica abierta a la luz del cielo por sus ventanales de colores; Alemania nos ha lastimado, nos ha magullado, a cuantos amamos la hermosura. En vano alegrarán que lo hicieron sin querer... El pueblo de estatuas de reyes y santos yace por el suelo en añicos y nuestro corazón de artistas sangra. Nadie puede resucitar una catedral muerta.³⁰

Analizando el panorama desde una posición relativamente similar a la de sus pares porteños, es decir, desde un país neutral frente a la guerra pero no ajeno a las campañas de propaganda de las potencias combatientes, la escritora gallega sostenía que algo de verdad tenía que haber en los cientos de relatos sobre las crueldades alemanas, apoyadas en las denuncias de ciertos clérigos como el obispo de Malines y el renombrado cardenal Mercier, antiguo rector de la Universidad Católica de Lovaina. Por ello, a pesar de haber manifestado en el inicio de las hostilidades cierta admiración por Alemania, lo ocurrido en Bélgica la obligaba a un cierto distanciamiento y a no pocas contradicciones sobre el comportamiento de lo que consideraba uno de los

²⁹ En uno de sus editoriales sobre la destrucción de Reims, *La Gaceta de Buenos Aires* comentaba irónicamente la paradójica modernidad de la “barbarie” alemana: “esta vez el ejército y los cañones pertenecen a un país de gente que hace inventos químicos, perfecciona la mecánica y es lógico que no respeten lo que han respetado las hordas bárbaras”. “Las torres de Reims”, *LGBA*, N° 1238, 21-9-1914. Por su parte Payró escribía: “¡Los alemanes bombardean la catedral de Reims! Esta noticia me indigna y me sobrecoge. Si no es presentarse como bárbaros ante el mundo entero, ¿qué es lo que los alemanes buscan con este inútil atentado? Después de la biblioteca de Lovaina, la catedral de Reims ¡Están completos! Ése, que pretende ser un pueblo de sabios y de artistas, de pensadores y de poetas, de filósofos y de creyentes, no sólo se entrega a la matanza y a las violaciones para sembrar el terror en el país que quiere someter sino que se encarniza contra los libros y contra las obras de arte, contra la ciencia y contra la fe. [...] Este nuevo acto vandálico, que nadie podrá perdonarles nunca, nos hace temblar por las maravillas que aún quedan en pie [...] pues claro está que no han de respetar nada, que continuarán impertérritos su tarea destructora como un nuevo azote de Dios”, “La guerra vista desde Bruselas”, *LN*, N° 15541, 1-4-1915, p. 5. Véase también, “Catedral de Rheims [sic]. Su profanación y destrucción”, *LT*, N° 650, 21-9-1914, p. 1.

³⁰ La Condesa de Pardo Bazán, “Crónica de España”, *LN*, N° 15449, 28-12-1914, p. 4.

pueblos más cultos de Europa. En el afán por tratar de comprender las razones de este accionar, la cronista parece inclinarse por “las aserciones de un profesor que ha pasado tres años en Alemania” que le guardaba respecto y admiración aunque consideraba que era un pueblo “‘parvenu’, de origen salvaje y cuyas costumbres, solo medio encubiertas por la civilización son las mismas de sus tradiciones bárbaras”, un argumento que ya había circulado en la prensa porteña en relación al debate sobre las responsabilidades por el desencadenamiento de la contienda.³¹

Paradójicamente, uno de los pocos periódicos que no acompañó este clima de estigmatización de Alemania fue el diario católico *El Pueblo*. Por el contrario, éste rechazó de plano la idea de que la catedral haya sido destruida señalando que si bien había sufrido importantes averías aún se hallaba en pie. A comienzos de noviembre, en su columna habitual de comentarios sobre la guerra, Observer reproducía una nota del diario católico *L’Echo de Paris* en donde el propio cardenal arzobispado de Reims, el monseñor Lucon, que se hallaba fuera de la ciudad al momento de enunciarse la destrucción del edificio, narraba con algarabía su reencuentro con una catedral casi intacta, a diferencia de la imagen que se había figurado gracias a la prensa parisina.³² A su vez, aprovechó la ocasión para la señalar la contradicción que suponía la defensa de la catedral de Reims por parte del gobierno republicano francés —responsable de la laicización de todos los ámbitos de la sociedad francesa y que profesaba una abierta hostilidad hacia el catolicismo— subrepticamente enarbolado tras un símbolo tan inequívocamente católico y monárquico como dicha catedral. No sin ironía, *El Pueblo* develaba esta paradójica utilización por parte del gobierno y del periodismo francés de ciertos giros idiomáticos que hasta hace poco tiempo eran incompatibles con el hegemónico laicismo republicano, una crítica que en cierta medida buscaba extender a los defensores de la francofilia porteña.³³

³¹ *Ibidem*.

³² “¡Las ruinas de la catedral de Reims! ¡La destrucción de una maravilla del arte! ¡Las cenizas de la catedral! ¿Quién no ha leído esos rótulos y oído esos gritos? Pues ahora resulta que los escombros de la famosa catedral, reunidos por la catástrofe, han acordado dejar de ser ruinas, y subiéndose unos sobre otros, y poniéndose en orden y ocupando sus puestos han acordado decir al mundo que no se alarme tanto... ¡porque la catedral de Reims existe! ¡Ha resucitado! Sufrió desperfectos pero está en pie, con su magnífica portada y sus torres y hasta con su órgano”. Observer, “En torno de la guerra”, *EP*, N° 6034, 1-11-1914, p. 2.

³³ “¡Qué decir de las expresiones que se emplean con motivo de la destrucción de la catedral de Reims! ‘Han destruido la perla de los monumentos franceses y de los siglos’, acaba de decir *Le Journal* de París: agregando: ‘representaba la fe y la devoción que unen a los espíritus cristianos del mundo y atestiguaba su fe, su destino y su esperanza en Dios’. ‘La laicización francesa y la guerra’, *EP*, N° 6004, 27-9-1914, p. 2. En el mismo sentido, la indignación de un escritor español no ya anticatólico sino anticristiano por el

Sin embargo, luego de unas semanas *El Pueblo* modificará sensiblemente su posición frente a las “atrocidades alemanas” a medida que se conozcan la presencia de ciertos matices anticatólicos en los ataques de los soldados alemanes y que el clero belga y francés había sufrido de manera particular con la invasión. Pero, sobre todo, ese rápido desplazamiento estuvo motivado por el accionar de algunas figuras importantes del clero belga como el cardenal Désiré Joseph Mercier, cuya célebre pastoral sobre la destrucción de Lovaina fue rápidamente publicada en Buenos Aires.³⁴ Esa mayor conciencia sobre las implicancias del accionar de los soldados alemanes contra el clero católico tuvo en Buenos Aires un episodio destacado ligado a la llegada del presbítero paraguayo Manuel Gamarra, que se hallaba estudiando en Lovaina al momento de producirse la invasión alemana. Este joven narró sus peripecias personales durante los días de la destrucción de la ciudad y su relato fue publicado por varios diarios de Buenos Aires que destacaban, al igual que se verá luego con las crónicas de Payró sobre Dinant, su condición de testigo presencial de los hechos lo que le otorgaba una mayor veracidad.³⁵

El fusilamiento de la enfermera Edith Cavell fue el último episodio de esa construcción contemporánea a los hechos de una representación aliada sobre la “barbarie” alemana. Detenida a comienzos de agosto de 1914, acusada de haber colaborado con la fuga de varios prisioneros y heridos belgas, la enfermera británica fue sometida a un juicio sumario por parte de un tribunal militar alemán que dictaminó su

bombardeo de la catedral motivó una dura réplica de Miguel de Unamuno, “A propósito de la catedral de Reims”, *LN*, N° 15420, 29-11-1914, p. 5.

³⁴ “La pastoral del cardenal Mercier”, *EP*, N° 6121, 15 y 16-2-1915, pp. 2-3; “La pastoral del cardenal Mercier”, *EP*, N° 6144, 15 y 16-3-1915, p. 2 y “La pastoral del cardenal Mercier”, *EP*, N° 6146, 18-2-1915, p. 2; Roberto Payró, “La pastoral del Monseñor Mercier”, *LN*, N° 15520, 11-3-1915, p. 5. Sólo el diario *La Unión* rechazó de plano el texto que el cable inglés atribuía a Mercier, al que consideraba una “novela” fruto de las intrigas de la diplomacia británica contra Alemania que utiliza todo tipo de artilugios para engañar a la opinión pública argentina. Cf. “El cardenal Mercier”, *LU*, N° 61, 11-1-1915, p. 5. Sobre la campaña del cardenal Mercier y sus denuncias ante el Vaticano, cf. Horne y Kramer, *op. cit.*, pp. 267-277. Para una mirada más amplia sobre las polémicas entre los católicos europeos de diferentes nacionalidades a partir de la invasión de Bélgica véase Richard Schaefer, “Catholics and the First World War: religion, barbarism and the reduction to culture”, *First World War Studies*, Vol. 1, N° 2, octubre de 2010, pp. 123-139.

³⁵ Observer dedicó su columna habitual “En torno a la guerra” en *El Pueblo* al relato de Gamarra. La bajada del título decía: “Las inculpaciones de los alemanes en su avance sobre Bélgica: un testigo presencial llegado a Buenos Aires que las declara justas. Amplio relato de lo que vio y lo que pudo averiguar”, *EP*, N° 6137, 7-3-1915, p. 2. Véase también: “Las atrocidades alemanas en Bélgica. Por un testigo ocular”, *LA*, N° 3514, 4-3-1915, pp. 1 y 6 y “Las atrocidades de los alemanes en Bélgica. Persecución al clero católico”, *ED*, N° 7863, 5-3-1915, p. 4.

condena a muerte, el 12 de octubre de 1915.³⁶ El hecho tuvo una repercusión casi inmediata en Buenos Aires y reforzó la imagen de la barbarie asociada a Alemania. F. Ortega Anckermann, futuro director de la revista *Atlántida*, comentaba desde las páginas de *El Hogar* el fusilamiento de la enfermera señalando que la brutalidad del hecho permitía cuestionar el alcance real de la tradición ilustrada de Alemania.³⁷ Posteriormente, en noviembre de 1915, el poeta Almafuerte le dedicó el extenso poema titulado “Evangélica” que tuvo una gran acogida en la prensa local. De reminiscencias cristianas, Almafuerte hace de la enfermera británica un ejemplo para el género humano que con su inmolación ha tratado de salvar el “honor de la especie” ante el horror de la guerra y de la “barbarie” alemana.³⁸

El análisis de estos discursos, tanto los relacionados a la *Franktireurkrieg* como a las “atrocidades alemanas”, permite constatar la rápida difusión y apropiación en la opinión pública porteña de un conjunto de sentidos y representaciones construidas por los aparatos de propaganda de las potencias europeas en pugna. La mayoritaria presencia de imágenes y representaciones ligadas a las “atrocidades alemanas”, debida al monopolio aliado del mercado de comunicaciones en Sudamérica, fue sedimentando una imagen muy negativa de Alemania en el seno de la opinión pública local y fijaron en la prensa porteña una interpretación dicotómica de la guerra como un choque entre la “civilización” francesa y la “barbarie” alemana que será una de las principales claves de lecturas de la guerra en los años venideros. En gran medida, como consecuencia de la invasión de Bélgica varios diarios e intelectuales porteños que ya manifestaban ciertas simpatías por alguno de los miembros de la Triple Entente incrementaron su visión negativa de Alemania e hicieron de la adhesión a los aliados un rasgo que evidenciaba la superioridad de la cultura argentina.³⁹ Como recuerda María Rosa Oliver en sus

³⁶ Para un análisis más amplio sobre la figura de Edith Cavell y su lugar en la propaganda y los procesos de memorialización de la Gran Guerra véase Katie Pickles, *Transnational Outrage. The Death and Commemoration of Edith Cavell*, Londres, Palgrave-Macmillan, 2007.

³⁷ “¡Y pensar, Señor, que quienes acribillaron a balazos a el inocente cuerpo de Miss Cavell blasonan de sentimentales; han llorado seguramente leyendo los clásicos amoríos de Goethe con Carlota, sensibleros hasta el ridículo; y quizás tras el fusilamiento enviaran postales, dando cuenta del episodio, a las robustas Gretchen que por ellos suspiran al otro lado del Rhin...!”. F. Ortega Anckermann, “Notas y comentarios de actualidad”, *EH*, N° 317, 29-10-1915.

³⁸ “Tú, estupenda inglesa; tú, heroína Edith; tu, admirable Miss Cavell, has ocupado sin vacilar, con la serenidad de una flor que se abre en el silencio nocturno, tu puesto de mujer histórica, de cristiana ilustre... [...] Tu has salvado el honor de la especie humana, tu eres el superhombre”. Cf. Pedro Bonifacio Palacios, *Almafuerte y la guerra*, Buenos Aires, Otero & Co. Impresores, 1916, pp. 15-21.

³⁹ A comienzos de septiembre *La Tarde* comentaba: “Queríamos ser imparciales, moralmente, en el análisis de la contienda europea. No somos germanóforos por sistema, ni tampoco por inclinación; pero ante los actos de vandalismo devastador que cometen constantemente las huestes del káiser Guillermo, en Lovaina, Malinas y Termonde, no nos es posible contener nuestra legítima indignación y dejar de

memorias, para la juventud de la ciudad de Buenos Aires y para gran parte de la opinión pública porteña, luego de la ocupación alemana de Bélgica, la simpatía por Francia, Inglaterra y Bélgica se transformó en una suerte de “sentido común” muy extendido aunque también consciente de sus alcances y sus limitaciones.⁴⁰

2. La guerra de las imágenes. Entre la movilización visual y la evidencia

Christian Delporte ha señalado que la Gran Guerra constituye la primera guerra moderna no sólo por haber desplegado una movilización militar, económica y humana sin precedentes sino también porque inauguró el tiempo de las guerras de movilización mediática. En efecto, durante la Primera Guerra Mundial todos los medios fueron potenciales instrumentos de la propaganda patriótica aunque, sin lugar a dudas, una de las novedades del conflicto fue el lugar inédito que ocuparon las imágenes como portadoras de los mensajes propagandísticos.⁴¹ La revolución técnica que tuvo lugar entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, había transformado el estatus de lo visual y en los albores del nuevo siglo las imágenes no sólo podía ser reproducidas infinitamente, permitiendo llegar a miles de personas al mismo tiempo, sino también gracias a la fotografía y al cine, eran capaces de captar y transmitir imágenes de la realidad. Es por ello que, en los países combatientes una vez desencadenada la contienda, los afiches, las imágenes publicadas en la prensa, las postales y los films fueron puestos al servicio de la propaganda bélica.

Aunque en menor medida, este fenómeno tuvo sus réplicas en los países neutrales. En Buenos Aires, durante los primeros meses de la Gran Guerra, el público lector fue asaltado por un enorme flujo de imágenes de todo tipo —fotografías, grabados, dibujos,

vituperar semejantes barbaridades, indignas del ejército de una nación que se pretende culta y civilizada! “Vandalismo”, *LT*, N° 638, 7-9-1914, p. 1. Del mismo modo, a raíz del fusilamiento de Dinant, el diario *Tribuna* expresaba: “Acabamos de embanderarnos [...] frente al atropello inaudito de Dinant, que es el exponente altísimo de un estado de costumbre bárbara y trasunta bien a las claras, que el cultivo de la fuerza cuando conviértese en única preocupación, embrutece a los pueblos como a los hombre, el alma nacional hinchada de santo patriotismo irrumpe en protesta vibrante sana y valiente [...] Hay que decirlo sin reticencias: la actitud de Alemania desconcierta”. “Alemania”, *TRI*, N° 7242, 21-11-1914, p. 1.

⁴⁰ “Ser aliado fue, en seguida, de buen tono y consistía en aplaudir ostensiblemente los noticiosos cinematográficos, particularmente si entre el público reconocíamos a algún germanófilo; después, en no perder ocasión de cantar la *Marsellesa*, la *Madelon* y *Tipperary*, y en llamar *boche* a todo neutralista. Pero también era de buen tono limitar la virulencia de las bromas dirigidas a los del bando opuesto: ganara quién ganase, nuestras propias vidas no iban a cambiar”. María Rosa Oliver, *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, pp. 65-66.

⁴¹ “Images de un montre: le ‘boche’. Grande Guerre et mobilisation visuelle”, en Christian Delporte, *Images et politique en France au XXe siècle*, París, Nouveau Monde Éditions, 2006, pp. 126-127.

tiras cómicas, etc.— que desde las páginas de la gran prensa y los semanarios ilustrados avivaban los debates y contribuían a los alineamientos de la opinión pública local. Esas imágenes desempeñaron un papel determinante en la movilización visual de la opinión pública porteña, alimentaron los diferentes imaginarios sobre la contienda europea y jugaron un rol esencial en la construcción de un sentido común sobre la misma, en particular, en la elaboración de una representación maniquea de la guerra como un choque de entre la civilización y la barbarie.

Por razones técnicas y materiales, la reproducción masiva de imágenes y de fotografías en la prensa tuvo que esperar hasta finales del siglo XIX para lograr imponerse en las publicaciones periódicas de Buenos Aires. La incorporación de ciertos procedimientos técnicos como el fotograbado de medio tono (*half-tone*), que posibilitaba la reproducción de imágenes a gran escala y con mayor calidad, favoreció la utilización de la gráfica en la prensa porteña y en los magazines populares.⁴² Hacia 1914 el público porteño estaba relativamente familiarizado con el discurso gráfico y con la reproducción de imágenes en la prensa local. Las imágenes publicadas en la prensa periódica no sólo tuvieron una gran capacidad para la producción de sentidos, también cumplieron otras funciones y causaron diferentes efectos en los lectores ya sea como un mero complemento del texto con funciones ornamentales o decorativas, como vehículo de la instrucción y la pedagogía visual en la transmisión de mensajes políticos y como estrategia para la captación de consumidores a través de la publicidad.

Probablemente, uno de los casos más destacados en cuanto a la utilización de las imágenes gráficas en el medio local fue el del diario *Crítica*. En su intento por constituirse como la encarnación del periodismo moderno, replicando en el Río de la Plata rasgos y tendencias ya probados por la prensa sensacionalista norteamericana, *Crítica* introdujo una serie de novedades estéticas y estilísticas de un enorme impacto visual. Los diferentes tipos de imágenes que cotidianamente publicaba el diario —ya sean de la autoría de sus propios colaboradores como las tomadas de publicaciones

⁴² Si bien es cierto que, como ha señalado Sandra Szir, “la evolución tecnológica de la industria gráfica argentina es una historia que no está hecha en su conjunto”, en los últimos años algunas investigaciones sobre la cultura visual del periodo han analizado de qué manera las novedades técnicas impulsaron nuevas posibilidades expresivas y comunicativas en cuanto a la reproducción de las imágenes y la puesta en página. Véase Sandra Szir, *Infancia y cultura visual. Los periódicos ilustrados para niños (1880-1910)*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2007, pp. 124-128 y 148-154. También puede consultarse el artículo de Verónica Tell, “Reproducción fotográfica e impresión fotomecánica: materialidad y apropiación de imágenes a fines del siglo XIX”, en Laura Malosetti Costa y Marcela Gené (Comp.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2009, pp. 141-164.

extranjeras— cumplieron un papel destacado en su estrategia comunicativa durante la Gran Guerra y fueron cruciales para desplegar una campaña de movilización visual en favor de la Triple Entente.

Dentro del arco periodístico tendencialmente favorable a los aliados el diario dirigido por Natalio Botana se diferenció por la virulencia de sus ataques y por hacer de la guerra uno de los ejes del periódico y de sus suplementos ilustrados especiales. Es más, podría afirmarse que los posicionamientos y las reacciones del diario *Crítica* permiten considerarlo como un periódico de tendencias muy similares a sus pares de las naciones beligerantes. Además de haberle declarado la guerra a las Potencias Centrales, otro elemento que justifica su excepcionalidad es el prestigio y la calidad de sus caricaturas. *Crítica* movilizó en favor de la Entente a un eximio plantel de dibujantes que incluía a algunas de las mejores plumas del medio porteño como Pedro de Rojas, el peruano Julio Málaga Grenet, Diógenes “el Mono” Taborda y Juan Carlos Alonso, entre muchos otros. Sus intervenciones le valieron el reconocimiento de la prensa aliada y fueron reproducidas en los periódicos más importantes de Francia, Gran Bretaña e Italia. Como parte de una estrategia de autolegitimación, *Crítica* solía transcribir las notas aparecidas en diferentes medios extranjeros en los que se destacan la labor del diario y de su director en la campaña a favor de los aliados. Y, a su vez, durante los meses iniciales del conflicto, el propio diario dio cuenta del éxito de sus caricaturistas en Buenos Aires, lo que se traducían en ediciones agotadas y en la demanda de números atrasados.⁴³ De hecho, la importancia de sus imágenes sobre la contienda europea fue tan grande que posteriormente *Crítica* editó un extraordinario álbum sobre la guerra mundial compuesto de más de un centenar de reproducciones de las diferentes ilustraciones de sus colaboradores en láminas de 47 por 31 centímetros. A tono con la aliadofilia del diario, tanto los títulos que acompañaban a las imágenes como algunos de los textos reproducidos en el álbum fueron publicados en castellano, francés e inglés.⁴⁴

En el marco de esa campaña aliadófila, una de las estrategias favoritas del diario de Botana fue el uso de la caricatura política. En continuidad con una larga tradición de la prensa satírica del siglo XIX, *Crítica* apeló cotidianamente a la imagen burlona y

⁴³ “Desde que se inició la guerra europea y desde que *Crítica* definió bien clara y gallardamente su actitud, puede decirse que buena parte del éxito de esta campaña, ha sido debido al acierto con que nuestros dibujantes han interpretado nuestra manera de ver y nuestra orientación”. “Nuestras caricaturas de la guerra”, *CRI*, N° 440, 4-12-1914, p. 2.

⁴⁴ La publicación contó el apoyo publicitario de importantes casas comerciales de la ciudad de Buenos Aires ligadas a las colectividades británica y francesa. Su costo final fue de \$ 10 m/n.

corrosiva para referirse a la política nacional e internacional narrada de un modo coloquial y satírico. Generalmente, este tipo de caricatura recoge, amplifica y sintetiza a la manera de un editorial las ideas desarrolladas en los escritos que la acompañan aunque en muchas ocasiones la imagen en sí misma condensa una serie de sentidos que no necesariamente dependen de una interacción con los textos que la acompañan. Sin lugar a dudas, el blanco predilecto de estos ataques fueron el emperador alemán Guillermo II y, en menor medida, Francisco José. La demencia y la decrepitud son dos de los atributos más utilizados por los caricaturistas del diario para referirse a los líderes de las Potencias Centrales. En sintonía con algunas de las argumentaciones utilizadas en contra del káiser durante el debate sobre las responsabilidades por el estallido de la guerra, en las páginas de *Crítica* Guillermo II fue representado en varias ocasiones como un demente. De hecho, con ese título Diógenes Taborda inauguró a mediados del mes de diciembre una serie de retratos llamada “Galería enemiga”, dedicada a los líderes de las potencias centrales y sus aliados.⁴⁵

Sin embargo, a partir de la difusión de las noticias sobre el accionar de las tropas alemanas contra los civiles en Bélgica y en Francia, la sátira y la caricaturización fueron acompañadas por una representación que, a tono con los discursos analizados en el apartado anterior, enfatizaba la monstruosidad y la “barbarie” de los alemanes. Tanto los discursos como las imágenes gráficas de *Crítica* insisten en el carácter brutal y en el “estado salvaje” de las “hordas germánicas”, representantes de un estadio primitivo dentro de la escala de la evolución humana. Discursivamente, *Crítica* los denominaba constantemente como las “hordas teutonas”, los “salvajes”, los “vándalos” y fue uno de los escasos periódicos porteños que utilizó recurrentemente la palabra *boche* para referirse a los alemanes. No existe un total consenso respecto de los significados de este término durante la Gran Guerra. Al parecer, la palabra proviene del argot francés del siglo XIX y significaba “cabeza de madera” pero luego, al calor de un sentimiento antialemán de la década de 1860, se transformó en *alboche* (“al” como diminutivo de “alemán”). Durante la Gran Guerra, devino en *boche* utilizado para referirse de manera despectiva y como un insulto a todo lo relacionado con Alemania.⁴⁶

⁴⁵ “Guillermo ‘El Demente’” fue publicado en la portada del N° 454, 17-12-1914. Al día siguiente, el retratado por Taborda fue el Kronprinz Guillermo de Prusia. La frase que acompañaba el retrato era: “...de padre demente, hijo ‘otario’”.

⁴⁶ Delporte, *op. cit.*, p. 141. Para un análisis más detallado sobre la etimología del concepto durante la Gran Guerra, véase Christophe Prochasson, “La langue de feu. Science et expérience linguistiques pendant la Première Guerre mondiale”, *Revue d’histoire moderne et contemporaine*, Vol. 3, N° 53,

En el plano visual, una de las estrategias utilizadas por los dibujantes de *Crítica* también fue la comparación de Guillermo II con líderes que tradicionalmente fueron asociados con la “barbarie”. Sin embargo, en este caso se apeló a algunas figuras novedosas como, por ejemplo, Nerón considerado como un antecedente fundador de la destrucción de la cultura grecolatina que encuentra en Guillermo II un discípulo degradado y de menor valía (Figura 5).⁴⁷ El objetivo de estas construcciones simbólicas apuntaba al trazado de una genealogía de la violencia y la brutalidad de los alemanes cuyas raíces se remontaban a los primitivos germanos que habían derribado ese foco de cultura y civilización que fuera el Imperio Romano para demostrar así el carácter intrínseco de la violencia, la “barbarie” y el autoritarismo en la cultura alemana.

Además de caricaturizar a Guillermo II y al resto de los líderes de las Potencias Centrales, una parte significativa de las imágenes y los discursos del diario *Crítica* buscaban deshumanizar a los alemanes mediante su representación como bestias monstruosas. Lejos de ser una simple metáfora, esas imágenes buscaban comprender y caracterizar la verdadera naturaleza de los alemanes y sus líderes como animales salvajes y bestias inhumanas. Mediante una detallada descripción de las características físicas de los soldados alemanes y la reiteración de ciertos rasgos de esa representación, como su ferocidad o el rictus desencajado, las imágenes buscaban señalar su distancia y su inferioridad dentro de la escala de la raza humana (Figuras 6 y 7).

Como puede verse en la última ilustración, las mujeres y los niños constituyen las principales víctimas de la violencia y de las vejaciones cometidas por los “bestias” alemanas. Esto constituía una de las transgresiones más graves de los códigos de la guerra y era, a los ojos de *Crítica*, la ejemplificación más clara de la cobardía y la “barbarie” alemana expresada mediante la ejecución de mujeres y niños. Esa representación del martirio de las mujeres dio lugar a algunas variaciones gráficas pues en ocasiones, se apeló a mujeres que habían protagonizado casos trascendentes para la opinión pública mundial como, por ejemplo, la ya mencionada enfermera Edith Cavell, acusada de espionaje y fusilada por los alemanes en octubre de 1915, transformándose en un ícono mundial del sadismo alemán en Bélgica. Sin embargo, en otros casos se trataba de mujeres anónimas cuyos cuerpos yacentes testimonian indirectamente el accionar de los soldados alemanes contra los civiles (Figura 8 y 9).

juillet-septembre de 2006, pp. 122-141. Durante los primeros meses de la guerra, el término también estará presente en el tono despectivo con el que Payró se refiere a los alemanes.

⁴⁷ “Nerón el grande y Guillermo el poroto”, *CRI*, N° 468, 31-12-1914, p. 3. Dibujo de Pedro de Rojas.

En ese contexto, las violaciones de mujeres en los territorios invadidos por los alemanes y los hijos concebidos como fruto de esos actos, fueron un eje central de dicha campaña. En el marco del acalorado debate sobre “los hijos de los bárbaros”, como los denominaba la prensa europea, en particular de Francia, emergieron una serie de representaciones de las mujeres que se entrelazaban con determinadas imágenes femeninas de la nación y el patriotismo.⁴⁸ Sin embargo, como señala Delporte, incluso en la prensa de los países combatientes las violaciones de mujeres marcaron ciertos límites a lo representable; a lo sumo, la situación aparecía visualmente sugerida más que explícitamente mostrada, dejando a la imaginación del lector completar el cuadro de una situación tan aberrante.⁴⁹ En Buenos Aires esas limitaciones fueron todavía mayores pues tanto en el diario *Crítica* como en la prensa porteña en general, las violaciones de las mujeres durante la invasión alemana de Bélgica y Francia fue un tema escasamente mencionado.⁵⁰

En relación al maltrato de los niños, la leyenda de “las manos cortadas” fue, sin dudas, uno de los relatos más espeluznante dentro del conjunto de las “atrocidades alemanas”. Ésta sostenía que ya sea por placer o por puro sadismo los soldados alemanes habían seccionado las manos de los bebés y los niños belgas durante la invasión. En una de sus variantes, estos relatos asociaban la amputación de las manos con el robo de las alianzas de casamiento y los anillos de las mujeres de los territorios ocupados. Sin embargo, al igual que con otros elementos emergentes del proceso de mitificación de las “atrocidades alemanas” ningunas de las comisiones de investigación pudo comprobar fehacientemente la existencias de estos hechos.⁵¹

La prensa porteña se hizo eco muy rápidamente de estos relatos. El 21 de octubre de 1914 *Crítica* publicó un dibujo de Rojas en el cual el propio Guillermo II es el

⁴⁸ Cf. Ruth Harris, “The ‘Child of the Barbarian’: Rape, Race and Nationalism in France during the First World War”, *Past & Present*, N° 141, Oxford University Press, noviembre de 1993, pp. 170-206 y Stéphane Audoin-Rouzeau, *L’Enfant de l’ennemi, 1914-1918*, París, Flammarion, 2009 [original 1995].

⁴⁹ Delporte, *op. cit.*, pp. 154-156.

⁵⁰ La única referencia encontrada es un breve escrito publicado por el diario *La Tarde* que denunciaba las vejaciones de mujeres en Bélgica: “las mujeres belgas han debido sufrir el imborrable oprobio de ser abrazadas por los bárbaros del norte. La que no cede al capricho del invasor, paga con violencias el crimen de sus resistencia; tal la hija del burgomaestre de Aershot, brutalizada por un oficial teutón. El hermano que salió en defensa de la niña ultrajada y mató al innoble seductor fue fusilado [...] Después, la soldadesca desatada por las calles imitó los actos de sus superior [...] ¡Llor a la civilización germana!”. “La Horda”, *LT*, N° 647, 17-9-1914, p. 1. El texto estaba firmado con las iniciales R. M., probablemente Raimundo Manigot, quien posteriormente fuera el jefe de redacción de una de las publicaciones más radicales de la francofilia porteña, *La Acción Francesa*.

⁵¹ Para un análisis más extenso sobre las significaciones del mito de “las manos cortadas” véase John Horne, “Les mains coupées: ‘atrocités allemandes’ et opinion française en 1914”, *Guerres mondiales et conflicts contemporaines. Revue de Histoire*, Año 43, N° 171, julio de 1993, pp. 29-45.

encargado de seccionar las manos de los niños con un hacha ante la mirada de una madre que intenta defenderlos y cuyo título traza un juego de palabras con la Biblia, en referencia a las reiteradas alusiones de la guía divina del programa alemán: “Dejad que los niños venga a mi” (Figura 10). Las “manos cortadas” fueron una metáfora emotiva de las consecuencias de la invasión y con el tiempo devinieron en una alegoría de la invasión, del enemigo y de la guerra misma. La utilización de este motivo por parte de un eximio dibujante como Rojas y su publicación en el diario *Crítica* buscaba conmover a los lectores porteños apelando a una imagen atroz sobre el comportamiento de los soldados alemanes contra los niños belgas. A su vez, permite dar cuenta de la velocidad y el alcance global que adquirió la difusión de estas leyendas sobre el accionar alemán en Bélgica. Por último cabría señalar que la construcción de esa “barbarización” de las tropas alemanas en el diario *Crítica* va acompañada de una serie de representaciones conexas en las cuales, además de cruel y sanguinario, el soldado alemán es representado como un idiota, falto de iniciativa, indisciplinado, borracho y afecto al robo (Figuras 11 y 12).

Ahora bien, el estatus y las funciones de las imágenes del diario *Crítica* variaron de acuerdo al tipo de soporte técnico pues mientras que la caricatura permitía traducir y condensar el imaginario de las palabras y amplificar o enfatizar ciertos sentidos, la fotografía opera como un reflejo de lo real aunque también podía ser utilizada con fines ilustrativos. De hecho es posible conjeturar una suerte de complementariedad entre caricatura y fotografía pues si la caricatura permite traducir o condensar el imaginario de las palabras y amplificar su sentido, la fotografía, opera como un reflejo de lo real. Insertas en el marco de esa campaña de denuncia y deshumanización del enemigo alemán y de sus principales líderes, las imágenes fotográficas jugaron un rol esencial para acreditar la existencia de las “atrocidades alemanas” en Bélgica.⁵²

⁵² Incluso podría agregarse que esa necesidad de “ver” y de “comprobar” por sus propios ojos la nueva realidad de la guerra, también alcanzó al cine, en particular, a los noticieros cinematográficos que comenzaron a exhibirse en Buenos Aires desde comienzos de la contienda. En el marco de la desconfianza que suscitaba la palabra escrita en la prensa, fruto de las manipulaciones y tergiversaciones informativas, la fotografía y el cine permitían al espectador constatar con sus propios ojos los relatos de la prensa. Ese fue uno de los rasgos destacados de las publicidades sobre los films sobre la guerra en la prensa porteña: “episodios reales de la Gran Guerra” fue uno de los giros más utilizados. Por solo dar un ejemplo, a finales de noviembre, la Sociedad General Cinematográfica publicitó en varios diarios locales una “sensacional novedad cinematográfica” que consistía en una serie de episodios de la guerra como la batalla de Lovaina, el sitio de Amberes, la destrucción de Brujas, Gantes y Ostende y aclaraba que la misma era una “película directa y auténtica”. Véase, “Sensacional novedad cinematográfica”, *LT*, N° 705, 27-11-1914, p. 5.

Aunque desde comienzos del siglo XX era técnicamente posible transmitir imágenes y fotografías por medio del telégrafo, es viable conjeturar que la inmensa mayoría de las fotografías publicadas por los periódicos porteños eran reproducciones de imágenes que habían sido tomadas de las publicaciones europeas que llegaban por barco a las redacciones de los diarios locales o eran traídas por particulares.⁵³ En este sentido, habría que hacer una salvedad. En ocasiones, los usos y las reproducciones de imágenes y fotografías procedentes de las publicaciones europeas dieron lugar a diversos “malentendidos” los cuales, según Pierre Bourdieu, son inherentes a todo proceso de recepción cultural e intelectual.⁵⁴

Un claro ejemplo de ello puede verse en la reproducción de un dibujo, muy probablemente tomado de una publicación europea, que fuera publicado en *Crítica* el 17 de octubre de 1914. En él, Inglaterra es representada mediante el estereotipo de John Bull que luce en la cubierta de un buque pirata manteniendo cautiva a una figura femenina que, como puede verse en la diadema que la acompaña, representa a la Verdad. La imagen es acompañada por un breve texto, sobre el cual no es posible saber si pertenece a la publicación original o fue colocado por *Crítica* que dice: “John Bull: Así, quietita hasta que muerdas el polvo de la derrota definitiva y de tu satánico orgullo” (Figura 13). Esta representación, evidentemente negativa, de Inglaterra apuntaba a una acción que en Alemania se consideraba como el primer acto hostil de “la pérfida Albión” durante la Gran Guerra: el aislamiento comunicacional gracias a la censura telegráfica y al control de los cables submarinos.

En cualquier análisis sobre la fotografía de prensa durante la Gran Guerra es crucial el conocimiento de las condiciones en las que eran tomadas esas fotografías. Con anterioridad al inicio de la Gran Guerra, los reglamentos militares habían prohibido el empleo de cámaras fotográficas en las proximidades de los campos de batalla. Esa situación no había cambiado hacia 1914 más bien lo contrario, por entonces la censura era mucho más férrea para evitar otorgar información sensible al enemigo. Sin embargo, en reiteradas ocasiones esas prohibiciones parecen haber sido violadas. Desde el punto

⁵³ En 1907 el ingeniero francés Edouard Belin inventó la “belinografía”, un sistema que permitía enviar imágenes y fotografías a través de las líneas telegráficas y telefónicas aunque recién en 1914 este sistema fue utilizado por la prensa europea y norteamericana. Cf. Anton Huurdeman, *The Worldwide History of Telecommunications*, New Jersey, John Wiley & Sons Publications, 2003, pp. 295-296.

⁵⁴ “El hecho de que los textos circulen sin su contexto, que no importen con ellos el campo de producción del cual son el producto, y de que los receptores, estando ellos mismos insertos en un campo de producción diferente, los reinterpreten en función de la estructura del campo de recepción, es generador de formidables malentendidos”. Pierre Bourdieu, “Las condiciones sociales de la circulación de las ideas”, en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, p. 161.

de vista técnico, una serie de innovaciones previas al conflicto posibilitaron una masificación de la fotografía en el frente de batalla ya que los soldados podían disponer de cámaras fotográficas portátiles como la célebre *Vest Pocket* de Kodak fabricada desde 1912 y a un costo relativamente razonable.

Ello explica que durante los meses iniciales de la guerra algunos periódicos europeos publicaran avisos donde convocaban a enviar fotografías del frente que serían pagadas a los soldados. En algunos países como Francia, la expansión de la fotografía en el teatro de operaciones fue un hecho de tal magnitud que la censura se vio obligada a reglamentar el uso de las cámaras fotográficas en el frente. La escrupulosa censura que había caído sobre el universo de lo escrito —diarios, libros, obras de teatro, canciones, etc.— había mostrado una cierta indiferencia respecto de las imágenes. Sin embargo, estas prácticas parecen haber desaparecido a partir de 1915 con la creación del *Service Photographique de l'Armée* (SPA), el organismo destinado a controlar la producción de imágenes y organizar la propaganda visual en Francia.⁵⁵

Dada la abrumadora procedencia aliada de las publicaciones recibidas por los diarios de Buenos Aires, estas condiciones de producción explican algunas de las principales características de las fotografías reproducidas por los periódicos porteños. Ante todo, la principal función de ese tipo de fotografías era ilustrar las vivencias en el frente batalla. De allí, la perspectiva puramente informativa de esas imágenes que buscaban satisfacer la curiosidad sobre la guerra, su función referencial y su utilización como ilustración de los discursos escritos que las acompañan. La mediación de los fotógrafos profesionales que trabajaban para las diferentes instituciones encargadas de proveer las fotografías para los periódicos aliados iluminan ciertos rasgos del tipo de toma: la búsqueda de “lo representativo” a costa de una ausencia absoluta de espontaneidad, la distancia con los acontecimientos y la falta de emoción. Es evidente que ese tipo de fotografías constituyen una suerte de escenificación bucólica de la vida de los combatientes destinadas a identificar a la retaguardia con “los del frente” y de esa

⁵⁵ Sobre los usos de la fotografía y la censura véase, Joëlle Beurier, “La Grande Guerre, matrice des médias modernes”, *Les Temps des médias*, N° 4, 2005, pp. 162-163. A partir de octubre de 1915, los periódicos franceses debían consultar los fondos fotográficos reunidos por los funcionarios del SPA en los cuales se distinguía entre aquellas fotografías lacradas con la letra “B”, autorizadas por la censura para su publicación y las que llevaban la letra “I”, no autorizadas para su publicación dado que su contenido podía herir las susceptibilidades de la retaguardia. Cf. Laurent Véray, “Montrer la guerre”, en Jean Jacques Rousseau y Stéphane Audoin-Rouzeau, *Guerre et culture*, París, Armand Colin, 1994 y *Les Films d'actualité français de la Grande Guerre*, París, SIRPA/AFRHC, 1995, p. 24.

manera participar de algún modo de la guerra (a modo de ejemplo véase las Figuras 14 y 15).

Estos controles también explican la escasa reproducción de fotografías sobre el teatro de las operaciones y, más específicamente, sobre los muertos en el campo de batalla, imposibles de conseguir para los fotógrafos profesionales excluidos del frente. En sus estudios sobre la fotografía de prensa francesa durante la Gran Guerra, Joëlle Beurrier ha demostrado que desde la primavera de 1915 los cadáveres de los soldados franceses fueron escrupulosamente ocultados para los fotógrafos de prensa temiendo por las consecuencias que esas imágenes podrían traer en la retaguardia.⁵⁶ En análogo sentido, durante los meses iniciales de la Gran Guerra, las publicaciones periódicas de Buenos Aires solamente publicaron un puñado de fotografías que mostraban explícitamente los cuerpos yacentes de los muertos en combate. Por el contrario, la inmensa mayoría de las fotografías muestran o bien los preparativos de las batallas o bien las secuelas de los bombardeos y los heridos atendidos por las enfermeras pero no los cuerpos de los muertos.

Sin embargo, en el contexto de la invasión alemana de Bélgica algunas de las imágenes fotográficas publicadas por *Crítica* permitieron atestiguar los actos “vandálicos” cometidos en Bélgica por las “hordas teutonas” y proporcionar las pruebas que permitían acreditar fehacientemente ese comportamiento, en particular, la destrucción de ciertos edificios y monumentos emblemáticos y el fusilamiento de los civiles indefensos.⁵⁷ Dado que en esa época, la fotografía en general y la fotografía de prensa en particular era considerada como una fiel reproducción de la realidad y, por ende, podía ser utilizada como prueba del accionar alemán.⁵⁸

⁵⁶ Joëlle Beurrier, “Voir ou ne pas voir la mort? Premières réflexions sur une approche de la mort dans la Grande Guerre”, en Thérèse Blondet-Bisch, Robert Franck y Laurant Gervereau (Dir.), *Voir - Ne pas voir la guerre. Histoire mondiale de la photographie face aux conflits armés et aux efforts de paix*, París, Somogy, 2001, pp. 63-69.

⁵⁷ Con mucha menos consistencia, esta estrategia también fue utilizada por los diarios defensores de Alemania para probar la existencia de los francotiradores que atacaron a los soldados belgas, desatando la represión. En este sentido, el diario *La Unión* publicó en varias ocasiones fotografías sobre las armas utilizadas por los francotiradores. Cf. “Las armas de los francotiradores belgas”, *LU*, N° 3, 3-11-1914, p. 7.

⁵⁸ Al menos hasta el desarrollo de la fotografía digital, la fuerza probatoria de las fotografías se debía a su carácter referencial pues eran el resultado de un rastro químico de “algo” que se presentó ante la lente. Es por ello que las fotografías constituyen un registro de lo real, puesto que hay una máquina registrándolo y, a la vez, ofrecen un testimonio de lo real, en tanto hay una persona allí para hacerlas. Sobre este aspecto véase Susan Sontag, *Sobre la fotografía*, Alfaguara, México, 2006 [original inglés 1977], Roland Barthes, *La cámara lúcida. Notas sobre la fotografía*, Buenos Aires, Paidós, 2003 [original francés 1980] y Georges Didi-Huberman, *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, Barcelona, Paidós, 2004 [original francés 2004].

Como evidencia de un plan sistemático que buscaba destruir la civilización latina y cristiana y ante la insistencia de los medios alemanes en negar esos hechos considerados parte de la campaña de calumnias de la prensa aliada, *Crítica* publicó diversas fotografías que permitían avalar las noticias sobre la destrucción y el saqueo de pueblos enteros en Bélgica y en la frontera de Francia. A comienzos de noviembre *Crítica* publicó una serie de fotografías procedentes de Inglaterra sobre la destrucción de la catedral de Reims (Figura 16). Como su título lo indica, esas fotografías reivindicaban un estatuto de verdad sobre el bombardeo y permitían probar fehacientemente que, a pesar de las negaciones de los medios alemanes, la catedral de Reims había sido destruida por los cañones de los ejércitos alemanes.⁵⁹

En ese contexto, la fotografía obtuvo también el estatus de evidencia y testimonio de las vejaciones cometidas contra los civiles indefensos, en particular, las mujeres, los niños y los ancianos. El 24 de noviembre de 1914 *Crítica* publicó en su portada a página completa una serie espeluznante de fotografías de civiles muertos y mutilados por los soldados alemanes bajo el título “La Barbarie alemana. Documentos gráficos para la historia” (Figura 17). El copete que acompañaba el titular sostenía:

Crítica publica hoy una colección de fotografías sensacionales, llegadas directamente a nuestras manos desde la Polonia rusa, y traídas por un viajero moscovita, de quien las ha adquirido este diario, después de comprobar debidamente su autenticidad. Estas fotografías son verdaderos documentos históricos y *Crítica* es el primer diario del mundo que las publica. Se ha hablado de masacres, de mutilaciones, de asesinatos por las tropas germanas de niños y mujeres; pero ninguna publicación, ni las norteamericanas que se han esforzado en ello, pudieron conseguir hasta la fecha, placas tan verídicamente sensacionales como estas. Todas ellas han sido sacadas en la Polonia rusa, durante la marcha que sobre Varsovia iniciaron los ejércitos alemanes del general Hindenburg. La Polonia rusa fue tratada, según nos dice un testigo ocular, a sangre y fuego por las tropas del Káiser. No se respetaron siquiera la vida de los no combatientes, de las mujeres y de los niños. Todos fueron por igual exterminados, masacrados y mutilados. En vista de semejantes pruebas aportadas por *Crítica* a la comprobación de hechos que hasta ahora se dijieran el resultado morboso de imaginaciones enfermas, nos interrogamos: ¿no ha llegado el caso de que la joven América –Estados Unidos y el A.B.C.– impongan a Alemania un línea de conducta más humana?⁶⁰

⁵⁹ “La catedral de Reims y la verdad del objetivo”, *CRI*, N° 412, 5-11-1914, p. 2. El pie de foto agregaba: “En las fotografías pueden apreciarse las huellas de los prusianos, que han destruido bárbaramente la espiritualidad artística de pasadas generaciones”.

⁶⁰ “La Barbarie alemana. Documentos gráficos para su historia”, *CRI*, N° 431, 24/11/1914, p. 1. Y aclaraba: “En la redacción de este diario están los originales de las fotografías que publicamos a disposición de quien quiera comprobar personalmente el verismo espantoso de tanta nota macabra”. Dos días después, *Crítica* volvió a publicar en su portada la fotografía más impactante de toda la secuencia, la que muestra los cadáveres de un anciano con sus dos nietos en los féretros (Figura 18). “Hoy publicamos, ampliada para que se puedan apreciar ciertos detalles, una de las fotografías sensacionales aparecidas en nuestra edición de anteayer. Se trata, como se ve, de un infeliz anciano que en compañía de sus dos nietos, fue víctima de la saña salvaje de la soldadesca alemana. Esta, con aquella de la mujer en cinta, son las dos fotografías que mayor indignación han causado en nuestro público”. “La Barbarie alemana. Documentos gráficos para su historia”, *CRI*, N° 431, 26/11/1914, p. 1.

Más allá de los alardes, tan característicos del diario de Botana, de ser el primer periódico del mundo en publicar este tipo de fotografías, lo importante aquí es el estatus otorgado a las mismas como una evidencia de las masacres cometidas por los alemanes. El diario habla de “autenticidad”, de “documentos históricos” y de “pruebas” de tal calibre que, desde la perspectiva de *Crítica*, habilitarían un reclamo conjunto del gobierno de los Estados Unidos y del nuevo bloque de poder sudamericano formado por el ABC para que intervenga ante estas masacres de civiles indefensos. Si bien, las fotografías remiten al frente oriental y no a los territorios ocupados de Bélgica y Francia, lo importante es el estatuto de “documento” que el diario le asigna a esas imágenes y su utilización como parte de las diferentes estrategias para lograr que el gobierno argentino abandonara la neutralidad frente al conflicto.

Como una astucia de la historia, paradójicamente la primera vez que las fotografías fueron utilizadas como “prueba” de las atrocidades cometidas contra la población civil se produjo en el marco la campaña de denuncia contra las violaciones al Derecho de Gente en el Congo belga durante el reinado Leopoldo II.⁶¹ A finales de noviembre de 1905, el *London Daily Chronicle* publicaba una caricatura de David Wiyon llamada “Efecto de la Kodak”, luego reproducida por el *New York World Sunday Magazine* (Figura 19). La caricatura muestra al rey Leopoldo antes y después del enfrentarse a la cámara fotográfica. En la primer viñeta, John Bull sostiene una cartel que denuncia los “Horripilantes relatos de torturas en el Congo”, ante el cual el rey belga, sentado en una montaña de monedas de oro, alza sus manos y responde “¡Mentiras, mi estimado señor!”. En la viñeta siguiente, la cámara toma el centro de la escena, haciendo perder el equilibrio al rey Leopoldo y pregunta “¿Quién dijo mentiras?” mientras deja caer varias fotografías que permiten evidenciar la realidad de esas denuncias sobre las atrocidades cometidas por el colonialismo belga en el Congo mientras que John Bull sostiene el informe sobre esto hechos elaborado por la Asociación de Reforma.

⁶¹ Cf. James R. Ryan, “Exhibición de atrocidades. La fotografía, los misioneros cristianos y la cultura de protesta imperial a principios del siglo XX”, en Ricardo Salvatore (Comp.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2005, pp. 245-267.

3. La prensa porteña ante el fusilamiento de Dinant. Del caso local a la mirada local

Luego de una dura batalla contra el ejército francés, que había comenzado el 15 de agosto, el tercer cuerpo del ejército alemán logró tomar la ciudad belga de Dinant, el día 23 de agosto de 1914. Durante el asalto definitivo a la ciudad, los ejércitos del káiser reiteraron el mismo patrón de comportamiento que habían establecido desde su ingreso al territorio de Bélgica en la ciudad de Visé: fusilamientos de civiles, incendios de edificios, deportaciones, etc. El accionar de los alemanes en Dinant marcó el número más alto de civiles ejecutados durante la invasión de Bélgica, con un total de 674 fusilamientos registrados sobre una población cercana a los 7000 habitantes, es decir, cerca del 10% de la misma.⁶² Entre ellos figuraba, Remy Himmer, ciudadano francés y vicecónsul argentino de la ciudad, fusilado el 23 de agosto de 1914 junto a 31 trabajadores de su fábrica textil y ante los ojos de su familia.⁶³

Casi un mes después del hecho, el 22 de septiembre el diario *La Nación* publicó un cable procedente de Londres que, basado en la información del diario *Handelsblad* de Ámsterdam, notificaba el fusilamiento del vicecónsul y el incendio de su casa donde funcionaba la sede y el archivo del consulado argentino en la ciudad.⁶⁴ Dos días después los principales diarios de Buenos Aires publicaron la confirmación oficial del hecho realizada por el ministro argentino en La Haya, León Guesalaga.⁶⁵ Incluso aceptando que el fusilamiento de Himmer fuera una represalia como consecuencia de algún tipo de hostilidad contra los soldados del káiser, que era la versión manejada por las autoridades alemanas, ello implicaría una responsabilidad individual del vicecónsul pero

⁶² Para una detallada reconstrucción de los hechos cf. Horne y Kramer, *op. cit.*, pp. 42-53 y Aurore François, *Les événements du mois d'août 1914 à Dinant. Essai sur la genèse d'un massacre et réflexions autour de la culture de guerre*, Bruselas, Archives générales du Royaume, 2001.

⁶³ El fusilamiento de Himmer fue constatado por la Comisión de Investigación belga en su *Informe, op. cit.*, p. 136.

⁶⁴ “El vicecónsul argentino en Dinant”, *LN*, N° 15352, 22-9-1914, p. 8; “El vicecónsul en Dinant. Su fusilamiento”, *LN*, N° 15352, 22-9-1914, p. 10. El resto de los diarios se hizo eco de las noticias provenientes del servicio telegráfico de *La Nación*. “Gracias a la excelente información telegráfica de nuestro colega *La Nación*”, comentaba *El Diario*, “podemos tener la absoluta seguridad de que nuestro cónsul en Dinant ha sido fusilado por fuerzas del ejército alemán”. “El fusilamiento del cónsul argentino en Dinant”, *ED*, N° 7725, 22-9-1914, p. 4.

⁶⁵ “Nuestro vicecónsul en Dinant”, *LP*, N° 24-9-1914, p. 6; “El fusilamiento del vicecónsul en Dinant”, *LN*, N° 15354, 24-9-1914, p. 8. El 19 de septiembre se había presentado ante Guesalaga en la legación argentina en Holanda un ciudadano holandés residente en La Haya llamado Federico Wirtz quien fue encargado por el hijo del vicecónsul para denunciar el fusilamiento de su padre. Ante la incomunicación del ministro argentino en Bélgica fue Guesalaga el responsable de notificar el hecho a Murature. Los telegramas entre Guesalaga y Murature y la declaración certificada de Wirtz pueden consultarse en Beatriz Solveira de Báez, *Argentina y la Primera Guerra Mundial. Según documentos del Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto* (en adelante, *APGM*), Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1979, pp. 56-60.

no del Estado argentino que se había declarado neutral.⁶⁶ Por lo cual, quedaba por resolver el supuesto agravio contra el escudo y la bandera nacional que indicaban la sede del consulado argentino en Dinant.

El gobierno de Victorino de la Plaza inició una investigación para constatar si se había producido algún tipo de violación deliberada de la soberanía nacional ya que la información recibida en Buenos Aires mencionaba que las tropas alemanas habían incendiado el consulado argentino, mancillando el escudo y la bandera que indicaban su ubicación. La investigación estuvo a cargo del Ministro de Relaciones Exteriores, José Luis Murature, a través de una dificultosa red de comunicaciones telegráficas con el ministro argentino en Bélgica, Alberto Blancas, el ministro argentino en Berlín, Luis B. Molina y su par en Holanda, León Guesalaga, que por encontrarse en un país neutral muchas veces fue el encargado de recibir los telegramas desde Buenos Aires y retransmitir la información a sus colegas.

Confirmada oficialmente la noticia, las reacciones de los diarios porteños fueron muy diversas aunque, en líneas generales, no difirieron de sus alineamientos previos respecto de la contienda europea. Los principales diarios de la ciudad, *La Nación* y *La Prensa*, fueron bastante cautos ante la noticia que ellos mismos habían propagado. A tono con su estricta defensa de la neutralidad, *La Prensa* hizo un llamamiento a la opinión pública para que mantuviera la calma sobre todo en vistas a la vaguedad de la información recibida y que aguardara con “espíritu elevado y sereno” la resolución de la investigación que el gobierno había iniciado en Europa. También instaba a no exagerar la situación en cuanto a la supuesta violación de la soberanía nacional dado que los funcionarios consulares no ostentaban ni representación ni carácter diplomático en el país en el cual estaban acreditados ya que su labor se limitaba al plano comercial, lo cual no eximia la elevación de una reclamación oficial en caso de que la investigación en curso avalara esas noticias.⁶⁷ Por su parte, *La Nación*, hablando en nombre de la opinión pública local, aseveraba que la inmensa mayoría de los lectores de la capital rechazaban la idea de que el ataque haya sido deliberado e intencional y también

⁶⁶ Así fue comunicado por el gobernador de Bruselas, el mariscal von der Goltz, al Ministerio de Relaciones Exteriores argentino en Berlín. Para los alemanes, Himmer había abierto fuego contra las tropas alemanas por lo que su muerte era considerada una represalia justificada ante su participación en una guerra ilegítima. Véase *APGM*, pp. 81-82.

⁶⁷ “Fusilamiento del vicecónsul en Dinant. Ausencia de datos precisos”, *LP*, N° 16025, 25-9-1914, p. 9. Este último argumento motivó una dura réplica del diario *La Mañana* que se manifestaba contrario a entrar en esas “sutilezas del escalafón” pues Himmer era, ante todo, un funcionario del gobierno nacional. Véase, “El caso de Dinant”, *LM*, N° 1342, 4-10-1914, p. 1.

solicitaba aguardar por el resultado de la investigación oficial para emitir un juicio certero al respecto.⁶⁸

Algunos de los diarios que habían mantenido una postura crítica frente a la veracidad de la información procedente de Europa negaron inicialmente la noticia del fusilamiento dado que el cable que informaba el hecho provenía de Londres. *El Nacional*, por ejemplo, objetó inicialmente la veracidad de la noticia, considerada un eslabón más de la campaña de mentiras telegráficas que diariamente recibía la prensa porteña a través de las agencias aliadas. Dicho diario, que había sido uno de los principales críticos de la manipulación informativa que ejercían los aliados, sostuvo que de hecho no existía un cónsul argentino acreditado en dicha ciudad y que éste era un rumor sin ningún tipo de fundamento que buscaba incrementar la imagen negativa de Alemania en el seno de la opinión pública local.⁶⁹ También el diario *Tribuna* consideró inicialmente a la noticia como un hecho inverosímil “por cuanto no cabe suponer, dada la reputación que los jefes alemanes gozan entre nosotros y en todo el mundo, como preparados y cultos, que el ofuscamiento producido por la guerra pueda haberlos llevado a cometer tan grave error”. Dado que, muy probablemente, se tratara de una noticia sensacional lanzada a rodar sin ningún fundamento, llamaba a la opinión pública a mantener la calma y esperar los resultados de la investigación de la cancillería.⁷⁰

Por su parte, los diarios más radicalmente aliadófilos como *Crítica*, *La Argentina* y *La Tarde* desde un primer momento consideraron que el hecho constituía un crimen de lesa humanidad y que implicaba además una violación de la neutralidad estatal y de la soberanía nacional. En un extenso editorial publicado al día siguiente de haberse conocido la noticia, *La Argentina* consideraba que el fusilamiento del vicecónsul era “una regresión hacia el hombre primitivo” pues a pesar de que la guerra es un acto cruel en sí mismo, había ciertas normas que reglamentaban el proceder de los militares y civiles durante un conflicto bélico. Sin embargo, el editorial agregaba un elemento más

⁶⁸ “El caso Dinant”, *LN*, N° 15353, 23-9-1914, p. 8.

⁶⁹ “Las mentiras telegráficas. Un política capciosa”, *EN*, N° 19552, 21-9-1914 p. 1 y “Un rumor sin fundamento”, *EN*, N° 19553, 22-9-1914, p. 1.

⁷⁰ “El caso de Dinant”, *TRI*, N° 7191, 23-9-1914, p. 1. Las dudas sobre la veracidad de la información también llevó a *La Mañana* a negar inicialmente el fusilamiento aunque con un tono más irónico sobre sus posibles consecuencias en Buenos Aires: “Tenemos el sentimiento de anunciar que ningún miembro del cuerpo diplomático y consular de la república ha sido fusilado en Bélgica. El señor Maleplate y los demás elementos que componen las “juventudes patrióticas” están de duelo. A resultar cierto el crimen de Charleroi ya estarían al pie de la pirámide de Mayo envueltos en la bandera azul y blanca y en plena patriótica verbosidad. También la rectificación alcanza al publicista doctor Barroetaveña cuya enemistad personal con el káiser se comenta con aspereza en los círculos berlineses y en la colonia de Heligoland”, “Notas breves”, *LM*, N° 1330, 22-9-1914, p. 1.

a la versión inicial de los hechos: las víctimas que acompañaban a Himmer portaban una bandera blanca y pidieron clemencia ante los perpetradores de su asesinato. Por todo ello, para el diario ligado a la familia Mulhall el fusilamiento del vicecónsul debía ser considerado como un crimen de lesa humanidad y una afrenta a soberanía nacional.⁷¹ Cuando el fusilamiento fue confirmado oficialmente, dicho diario exigió al gobierno una “viril protesta” y dada la gravedad de la ofensa esperaba que Argentina recibiera de Alemania algo más que “cortesanas disculpas”, es decir, algo más que una mero descargo formal.⁷² *La Tarde* fue más explícito aún y al igual que *Crítica* pidió la declaración de guerra a Alemania.⁷³

Este pedido de ruptura de relaciones con Alemania, que buscaba forzar el ingreso de Argentina en la contienda fue una posición limitada a un puñado de diarios y que en muchos casos motivó las burlas de sus colegas. En este sentido, *La Gaceta de Buenos Aires* ironizaba sobre la importancia para los aliados del ingreso de Argentina en la guerra gracias a su enorme poder de fuego:

El fusilamiento del hipotético vicecónsul nos ofrece la bella ocasión de participar en la gran contienda con la doble ventaja de hacer causa común con los aliados y de revelar a la faz del mundo el inconmensurable poder de nuestros ejércitos. El general Ortega, probable jefe de las fuerzas expedicionarias abriga ciega confianza en el triunfo de nuestros “muchachos”, aún cuando tuvieran que toparse con los temibles “fulanos de la muerte”. Ante esa opinión, el gobierno no debería vacilar un instante y es esta la hora en que el ministro Molina debiera recibir órdenes de alojarse en un hotel, anticipándose al escarmiento que el culto pueblo de Berlín haría con los vidrios y otros enseres de la legación.⁷⁴

Salvo algunos periódicos exaltados que vieron en el fusilamiento del vicecónsul la ocasión propicia para radicalizar un discurso aliadófilo que reclamaba el ingreso de Argentina en la guerra, la defensa de la neutralidad, al menos hasta que se contara con

⁷¹ “El caso de Dinant”, *LA*, N° 3355, 23/9/1914, p. 4 y “Grave ofensa a la soberanía nacional”, *LA*, N° 3355, 23-9-1914, p. 5. En ésta última nota el funcionario fallecido es mencionado en dos oportunidades como “Remy Hinimur”.

⁷² “El fusilamiento del cónsul argentino en Dinant. Confirmado oficialmente”, *LA*, N° 3356, 24-9-1914, p. 1.

⁷³ “¡Guerra a Alemania!” , *LT*, N° 665, 9-10-1914, p. 1.

⁷⁴ “Neutralidad intolerable”, *LGBA*, N° 1239, 22-9-1914, p. 1. El comentarista continuaba luego con una descripción de las tropas que comandaría “el genio militar de Victorino de la Plaza”: “Supongamos una división de santiagueños alternando con los cosacos en un violento ataque a las guarniciones de Breslau. ¿Podrían los rusos pedir compañeros más impetuosos y una ayuda más eficaz? [...] Imaginemos un escuadrón de Jujuy, con los ponchitos tradicionales, el coto circundante y mandado por el comandante Pérez, imponiendo la rendición de Koenisberg [...] Y, por otro lado, un batallón de cordobeses, provistos de tonada y escapularios [...] ¿no contaríamos con la alianza implícita del Uruguay, cuya temible escuadra llevaría a Kiel el espanto y la desolación? ¿Qué harían los superdreadnought de Enrique de Prusia ante una descarga del 18 de Julio, el formidable defensor del cerro de Montevideo? Decididamente, debemos declarar la guerra a Alemania. La victoria sería más que probable y, en último término, bien podría ser que Inglaterra, en prueba de gratitud, nos reintegrara el dominio de las islas Malvinas”.

una mayor certeza sobre lo ocurrido, fue la posición más consensuada en el seno de la opinión pública de Buenos Aires, incluso en las páginas de publicaciones que manifestaban una moderada simpatía por ciertos miembros de la Entente. En este sentido, los irónicos comentarios sobre los potenciales ejércitos que Argentina podría enviar a combatir al Viejo Continente buscaban develar la irresponsabilidad y, sobre todo, la absoluta falta de realismo que implicaba plantear la posibilidad de un enfrentamiento bélico con una potencia militar como Alemania. A los ojos de la inmensa mayoría de los diarios porteños, Argentina estaba absolutamente incapacitada para combatir contra las potencias europeas pero además le convenía conservar la neutralidad para poder continuar vendiendo sus productos agropecuarios a las naciones beligerantes.

Luego de estas reacciones iniciales, el caso Himmer perdió centralidad por un par de semanas a la espera de los resultados definitivos de la investigación oficial. Sin embargo, la demora excesiva en la investigación comenzó a ocasionar algunos inconvenientes al gobierno y casi diariamente diarios como *Crítica*, *La Argentina*, *La Mañana* y *La Tarde* reclamaban una mayor celeridad en la toma de una decisión al respecto y fustigaban en duros términos al presidente Victorino de la Plaza y al canciller Murature.⁷⁵ La falta de respuesta por parte del gobierno conservador transformó a los hechos de Dinant en uno de los principales ejes de la crítica a la impericia gubernamental, por entonces, ya exaltada por la incapacidad para detener el alza de los costos de vida que ocasionaba la guerra. Incluso algunas de las críticas comenzaron a trasladarse del gobierno hacia el pueblo argentino dada su falta de reacción frente al hecho. Fastidiado por lo que consideraba un escasa adhesión a su campaña, a comienzos de octubre, el diario *Crítica* fustigaba al pueblo argentino por su “falta de alma” y denuncia a la política pacifista mantenida por el gobierno como un acto de cobardía.⁷⁶ Luego esa posición a fue modificada a medida que la juventud comenzó a movilizarse contra el gobierno.

A finales de octubre, en un telegrama enviado al ministro en La Haya para que fuera retransmitido a su par en Berlín, Murature instaba a acelerar la resolución

⁷⁵ A finales de septiembre un editorial del diario *La Argentina* opinaba al respecto: “Es en realidad incalificable la displicencia con que el gobierno nacional ha intervenido en el doloroso suceso de Dinant [...] Nuestra cancillería ha procedido en esta circunstancia con un recelo que linda en lo pusilánime, y si en el primer momento pudo justificarse una actitud expectante por la carencia de informaciones oficiales resulta ahora absolutamente improcedente toda demora, después de la comunicación de nuestro representante diplomático en Holanda”. “El honor nacional”, *LA*, N° 3360, 28-9-1914, p. 4.

⁷⁶ Cf. “Dinant”, *CRI*, N° 309, 7-10-1914, p. 2.

definitiva del asunto pues el hecho estaba ocasionando graves inconvenientes al gobierno nacional:

La demora en el asunto del Vicecónsul Argentino en Dinant crea aquí una situación molesta. Cierta prensa la aprovecha para propagandas exaltadas asegurando que la cancillería alemana se solidariza con el insulto [sic] a la bandera argentina y que ha rechazado toda gestión al respecto. Sobre esta base se comprende agitar la opinión con iniciativas como el de boicotear el comercio alemán y otras análogas. El asunto ha causado y causa más efecto en contra de Alemania que todas las inculpaciones de sus adversarios. Es difícil para este gobierno impedir falsas versiones y calmar susceptibilidad patriótica por las dilaciones que sufre el asunto.⁷⁷

Esa “cierta prensa” a la que hacía referencia Murature era sobre todo el diario *Crítica* y, en menor medida, *La Argentina* y *La Tarde* que no dejaron de fustigar al gobierno por su tibieza a la hora de reclamar a su par de Alemania por la muerte de Himmer. De hecho, en reiteradas ocasiones estos diarios denunciaron que el lento accionar del representante argentino en Berlín, el doctor Molina, y del propio Murature, se debía a que ambos eran funcionales al Imperio alemán o, como ellos preferían expresarlo, “agentes alemanes”.⁷⁸ La radicalidad de la postura de estos diarios fue tal que *La Tarde* llegó a criticar la tibieza del principal diario de la colectividad francesa en Argentina, *Le Courier de la Plata*, que al igual que los principales periódicos de Buenos Aires había llamado a mantener la calma y esperar por los resultados de la investigación gubernamental.⁷⁹

Estos reclamos descansaban sobre una vaga percepción de que Argentina estaba siendo colonizada silenciosamente por Alemania y que el silencio del gobierno nacional ante la “insolencia germana” era el mejor ejemplo de ello, dado que los principales responsables de la investigación diplomática eran “agentes alemanes”. Esta visión confirma nuevamente los diferentes modos en que la Gran Guerra fuera utilizada como un insumo para la lucha política local pero además permite reafirmar la enorme importancia que tiene la fase inicial del conflicto y, en particular el “caso Dinant” pues en ella se establecieron ciertas claves de lectura sobre la guerra que serán luego reiteradas en diferentes ocasiones a lo largo de los cuatro años de la conflagración.

⁷⁷ “Telegrama cifrado del Canciller Murature al Ministro Argentino en La Haya”, 31-10-1914, en *APGM*, p. 78.

⁷⁸ Cf. “El asunto vergonzoso de Dinant ¿Ministros argentinos o agentes del Káiser”, *CRI*, N° 315, 13-10-1914, p. 1; “La vergüenza de Dinant. Alemanes en el gobierno argentino. El canciller Murature agente del imperio”, *CRI*, N° 427, 20-11-1914, p. 1; “La vergüenza”, *LA*, N° 3414, 21-11-1914, p. 4; “La diplomacia argentina. Sustitución de los actuales ministros”, *LT*, N° 701, 23-11-1914, p. 1; “La diplomacia argentina. Urgencia de renovar los ministros”, *LT*, N° 702, 24-11-1914, p. 1; “La diplomacia argentina. Necesidad de remover su personal”, *LT*, N° 703, 25-11-1914, p. 1.

⁷⁹ “El asunto Himmer”, *LT*, N° 668, 13-10-1914, p. 1.

Entre esos tópicos habría que destacar la ya señalada visión binaria de la guerra como un choque entre la democracia y contra el autoritarismo prusiano; la defensa del honor nacional, mancillado en estos actos por la “soldadesca germana” y la asociación entre la neutralidad estatal como una forma encubierta de germanofilia.

Estas claves interpretativas sobre la guerra, que han sido remarcadas por la historiografía como un trazo distintivo del discurso aliadófilo en el marco de la llamada “crisis de 1917”, ya están presentes en diferentes diarios y sectores de la opinión pública porteña mucho antes de esa particular coyuntura, asociado incluso a la crítica de un gobierno de un signo político distinto al yrigoyenismo. Por ejemplo, la asociación entre la neutralidad estatal como una forma encubierta de germanofilia y la apelación a la juventud como la encargada de regenerar una sociedad y un gobierno conservador, timorato y faltó de dinámica, son elementos que fueron utilizados en el marco de las polémicas y de debates suscitadas en torno al fusilamiento de Himmer. Por ejemplo, a raíz de la prohibición por parte del gobierno municipal de una movilización organizada por los estudiantes de Buenos Aires nucleados en el Juventud Patriótica Nacional con motivo del fusilamiento del vicecónsul de Dinant, será utilizada esa equiparación entre el neutralismo estatal, caracterizado por el quietismo y la abulia, con una forma encubierta de la germanofilia. En ese contexto, *La Argentina* denunció que el pueblo de la Capital estaba “amordazado por la germanofilia de sus gobernantes”.⁸⁰

Con la llegada del vapor *Frisia* al puerto de Buenos Aires el gobierno argentino pudo contar con los documentos elaborados durante la investigación en Europa antes de tomar una decisión definitiva al respecto. Ese mismo buque proveniente de Ámsterdam trajo también una nueva tanda de escritos de Roberto Payró para el diario *La Nación*. En una de ellas, una extensa crónica fechada en Ámsterdam el 20 de octubre de 1914 y publicada en *La Nación* el 17 de noviembre, Payró denunciaba el fusilamiento del vicecónsul argentino en Dinant y la muerte de Julio Lemaire, vicecónsul y canciller del consulado general argentino en Amberes.⁸¹ Lo cierto es que esa denuncia no se limitaba a la muerte de los representantes argentinos, por el contrario, mediante información de

⁸⁰ Cf. “El gobierno no quiere que se proteste contra el atentado de Dinant”, *LA*, N° 3422, 29-11-1914, p. 3.

⁸¹ “Dos representantes argentinos muertos en la guerra”, *LN*, N° 15408, 17-11-1914, p. 5. En ninguno de los informes oficiales existen referencias al fallecimiento del vicecónsul de Amberes, según Payró, muerto en el sótano de su casa durante el bombardeo de la ciudad. La noticia de la muerte de un segundo representante consular argentino tuvo una gran repercusión en la prensa local: “Otra injuria de los bárbaros. El Canciller de la Legación Argentina en Amberes”, *CRI*, N° 315, 13-10-1914, p. 1; “El Sr. Teodoro Le Maire”, *ED*, N° 7743, 13-10-1914, p. 1; “Otro y van dos”, *LGBA*, N° 1257, 13-10-1914, p. 1; “Muerte de un funcionario argentino en Amberes”, *LP*, N° 16044, 14-10-1914, p. 9;

primera mano procedente del ministro argentino en Bruselas, el Dr. Alberto Blancas, del agregado militar, el coronel Lorenzo Bravo y de entrevistas a testigos presenciales y a los miembros sobrevivientes de la familia Himmer, Payró elaboró una larga crónica en la que describe con lujo de detalles el saqueo de Dinant donde calcula que han muerto al menos quinientas personas y se han tomados cerca de seiscientos prisioneros.

Esta crónica de Payró que confirmaba el fusilamiento de Himmer produjo un impacto inmediatamente en la prensa porteña. En el marco de una guerra comunicacional que tornaba discutible y sospechosa a toda información procedente del Viejo Mundo, la crónica de Payró obtendría automáticamente un estatus de “veracidad” dada la condición de “testigo” del corresponsal que permitía constatar de forma cabal la existencia del hecho. Es por ello que su publicación produjo una gran conmoción en el seno de la opinión pública local, siendo comentada y reproducida por varios colegas de la ciudad de Buenos Aires y del extranjero.⁸² En este sentido, *Crítica* sostenía tras la publicación del testimonio del corresponsal argentino en Bruselas:

La verdad ha hablado, por fin, y ha hablado claro. La verdad es la palabra serena y grave, autorizada y sincera de uno de nuestros más reputados escritores y uno de nuestros más populares periodistas: don Roberto Payró [...] No es posible, pues, dudar un momento de su imparcialidad y, por consiguiente, de la sinceridad de sus informaciones, como no es posible sospecharlo por un instante ligado a las simpatías latinas que, hoy por hoy, imperan en el mundo, gracias a la barbarie germana. Su palabra, pues, debe tenerse por definitiva, y como la fuente más seria de verdad que viene a confirmar cuanto se ha dicho y, especialmente, cuanto a dicho *Crítica* respecto del fusilamiento de nuestro vicecónsul en Dinant, M. Remy Himmer.⁸³

Por supuesto que es muy discutible la supuesta “imparcialidad” de Payró frente a los bandos en disputa; basta con leer sus crónicas para comprobar sus evidentes y explícitas simpatías para con Bélgica y Francia como así también sus críticas al accionar de los ejércitos alemanes en la guerra. A su vez, también es claro el propósito de *Crítica* al elogiar la actitud de Payró: ésta vendría a confirmar lo que el diario de Botana había

⁸² Véase, entre otras, “El asunto del vicecónsul. La verdad de los hechos”, *LGBA*, N° 1286, 17-11-1914, p. 5; “La inmolación del cónsul Himmer”, *ED*, N° 7774, N° 18-11-1914, p. 4; “La ofensa de Dinant”, *TRI*, N° 7239, 18-11-1914, p. 1; “El atentado de Dinant” y “La confirmación del ultraje”, *LA*, N° 3411, 18-11-1914, p. 4. Semanas después, la crónica de Payró sobre Dinant fue reproducida en la portada del diario parisino *Le Figaro*: cf. Eugenio Garzon, “Les Massacres de Dinant”, *Le Figaro*, N° 349, 15-12-1914, p. 1. A raíz de esa publicación, la cuestión del vicecónsul argentino de Dinant fue objeto de mención y comentarios por parte de George Reymard en *Le Temps*, “L’affaire du vice-consul argentin fusillé à Dinant”, *Le Temps*, N° 19557, 22-1-1915, p. 3 y del propio Georges Clemenceau en su diario *L’Homme Enchaîné*: “Pénible Reniement”, N° 100, 22-1-1915, p. 1, donde lamentaba la actitud claudicante del gobierno argentino ante el hecho.

⁸³ “El atentado de Dinant. Comprobación de los hechos”, *CRI*, N° 423, 17-11-1914, p. 1.

sostenido sobre el hecho desde el principio y llevaría al pueblo argentino a declarar la guerra contra Alemania aún si el gobierno nacional mantuviera la neutralidad.

Luego de ser publicadas en el matutino porteño las denuncias sobre el saqueo de Dinant comenzaron a percibirse sus efectos sobre el diario y, posteriormente, sobre su autor. Al día siguiente de su publicación, el Banco Alemán Transatlántico hizo saber al administrador de *La Nación* la cancelación de un aviso publicitario del banco como así también las suscripciones para sus oficinas en Buenos Aires, la casa central en Berlín y una sucursal en Mendoza. *La Nación* comentó socarronamente al respecto: “no se nos tachará de excesivamente suspicaces si relacionamos un hecho con otro. En la vida de los diarios, los episodios de esa naturaleza son demasiado frecuentes para que les asignemos al que nos ocupa mayor importancia que la que en realidad tiene. Los que conocen la tradición de este diario saben que ni por eso, ni por mucho más, se apartará *La Nación* de la línea de conducta que se ha trazado”.⁸⁴

Al hacerse pública esta decisión del banco alemán la mayoría de los diarios porteños protestaron contra lo que consideraban un acto más de la prepotencia germana. Sólo *El Nacional* sin justificarla, trató de comprender los motivos de la institución bancaria recordando que “los alemanes entre nosotros han sido hasta hoy especialmente víctimas de la agresión informativa, no por culpa de parte de nuestra prensa, sino por la información de las agencias telegráficas al servicio exclusivo de intereses hostiles a los germanos”, una postura que fue acompañada por *La Unión*.⁸⁵ Sin embargo, las diferencias entre el banco alemán y el diario de la familia Mitre fueron rápidamente subsanadas, en una reconciliación que le valió duras críticas de los sectores más radicales de la aliadofilia local que habían confiando en el “endurecimiento” de *La Nación* frente a los intereses alemanes.⁸⁶ Por su parte, Payró no correrá con mucha mejor suerte: cuando las autoridades alemanas de la ocupación en Bélgica tuvieron noticias del activismo proselitista del escritor, desataron una andanada represiva contra él que incluyó varios allanamientos a su vivienda, la requisa de sus manuscritos, el

⁸⁴ “*La Nación* y la guerra”, *LN*, N° 15409, 18-11-1914, p. 7.

⁸⁵ “Los argentinos y la guerra. A propósito de un artículo de *La Nación*”, *EN*, N° 19610, 18-11-1914, p. 1 y “Los argentinos y la guerra. A propósito de un artículo de *La Nación*”, *LU*, N° 17, 19-11-1914, p. 5. Durante esos días, *La Unión* publicó dos notas con los documentos enviados por el banco al diario *La Nación*, todo un indicio del grado de cercanía del diario dirigido por Tjarks con los círculos comerciales y financieros de Alemania radicados en el país, insistiendo en que éstos eran de carácter privado y que bajo ningún punto de vista se “quiso ejercer presión sobre la opinión pública en sentido perjudicial al diario”. Cf. “¿Sólo el Banco Alemán Transatlántico? Nos consta que no”, *LU*, N° 16, 18-11-1914, p. 3 y “El Banco Alemán Transatlántico y nuestro colega *La Nación*”, *LU*, N° 17, 19-11-1914, p. 3.

⁸⁶ Cf. “*La Nación*, Alemania y el Banco Transatlántico”, *CRI*, N° 438, 1-12-1914, p. 1.

sometimiento a varios interrogatorios y la imposición de estrictas condiciones de vigilancia que se mantuvieron hasta el final de la guerra.⁸⁷

A juzgar por la evidencia que arrojan los documentos diplomáticos, las posiciones de algunos diarios porteños en torno a la cuestión de Dinant generaron un profundo desagrado en Berlín. Días después de publicadas la crónica de Payró que confirmaba la muerte de los funcionarios consulares argentinos, el 20 de noviembre de 1914, el ministro Molina informaba a Murature que “la actitud asumida con respecto a Alemania por una gran parte de nuestra prensa desde que estalló la guerra, ha producido acá en todos los círculos una impresión de profundo desagrado. Los más importantes diarios la han criticado duramente, considerándola incompatible con los deberes de la neutralidad”.⁸⁸ La respuesta de Murature ante los reclamos que dejaba traslucir la comunicación de Molina brinda un panorama general del campo periodístico porteño ante el caso de Dinant, basado en una distinción entre la prensa “seria” y “algunos diarios sin importancia” también llamados “prensa amarilla”. En palabras del canciller:

La prensa seria mantiene absoluta imparcialidad sin excepción. Día a día publica los comunicados de todas las Legaciones y ha dado a conocer los libros oficiales de las distintas cancillerías sobre la guerra. El tono de los comentarios es invariablemente amistoso. Sus servicios informativos abarcan todas las procedencias. Si abundan más las noticias de los ingleses es por estar bajo su dominación los cables. Algunos diarios sin importancia hacen una propaganda muy violenta en un sentido o en otro. No se puede impedir los excesos porque la libertad de prensa los ampara. Pero todos ejercen el mismo derecho inclusive los diarios alemanes. Hay tres de estos, dos en alemán y uno en español sin contar otras publicaciones periódicas. El incidente de Dinant es explotado para propaganda anti alemana. A este gobierno se la acusa de encubrir un atropello ofensivo para la dignidad nacional dirigiéndosele términos insultantes. He publicado las informaciones oficiales para impedir exageraciones pero la prensa amarilla insiste en la versión de los ultrajes deliberados de la bandera. Ahora habla de boicotear el comercio alemán.⁸⁹

La evaluación de Murature sobre los alineamientos de la prensa porteña ante el fusilamiento del vicecónsul en Dinant es bastante acertada. A excepción de los partidarios más radicales de los bandos en disputa, la inmensa mayoría de la prensa local, que Murature llama “seria”, mantuvo una postura relativamente equidistante al respecto. El dominio británico sobre los cables submarinos explica la mayoritaria

⁸⁷ En ese contexto, no es una mera casualidad que pocos días después de publicada esta crónica algunos diarios de Buenos Aires se hicieran eco de un rumor, luego desmentido, sobre el fusilamiento del agregado militar argentino en Bélgica, el Coronel Lorenzo Bravo, uno de los principales informantes de Payró. Cf. “Rumor sensacional ¿Fusilamiento del Coronel Bravo?”, *LA*, N° 3411, 18-11-1914, p. 1 y “Un rumor grave”, *LM*, N° 1387, 18-11-1914, p. 1.

⁸⁸ “Telegrama cifrado N° 944 del Ministro Argentino en Berlín al Ministro de Relaciones Exteriores”, 20-11-1914, en *APGM*, p. 85.

⁸⁹ “Telegrama cifrado del Ministro de Relaciones Exteriores al Ministro argentino en La Haya”, 22-11-1914, en *APGM*, pp. 85-86.

presencia de noticias favorables a los aliados aunque, como le recuerda Murature a Molina y sus interlocutores, los partidarios de Alemania contaban en Buenos Aires con tres publicaciones propias (los dos diarios de la colectividad y el ya citado *La Unión*). Sin embargo, a juzgar por esta visión y por lo que dejan entrever los documentos diplomáticos de los representantes argentinos en Berlín, dos diarios acapararon la atención de los alemanes: *Crítica* y *La Nación*.

Como ya se ha señalado, el diario de Botana fue uno de los más férreos y constantes críticos de la tibieza del gobierno nacional ante lo que consideraba una causa suficiente para romper relaciones diplomáticas con el Imperio alemán e impulsó desde sus páginas la creación de varias agrupaciones como la Asociación Patriótica Nacional y la Liga Antigermánica de la Juventud. También, como lo menciona Murature en su telegrama, con motivo del fusilamiento del vicecónsul lanzó una campaña en la que instaba a la población argentina a boicotear las casas comerciales y las industrias alemanas radicadas en el país.⁹⁰ Aunque esta prédica le ocasionara algunos inconvenientes al gobierno nacional, éste no podía impedir el ejercicio de esos “excesos” pues, como le recordaba Murature a Molina, la libertad de prensa imperante en Argentina así lo amparaba.

Esta campaña contra Alemania y, posteriormente, su tenaz oposición al radicalismo tuvieron sus costos para el diario de Botana ya que provocaron la pérdida de una gran cantidad de anunciantes, en particular, las casas comerciales de origen alemán que mandaron retirar sus avisos publicitarios y las suscripciones. En noviembre de 1914, acusando el golpe de los comerciantes alemanes radicados en Buenos Aires luego de haber iniciado la campaña de boicot a las empresas germanas, *Crítica* sostenía: “Hace tiempo hicimos conocer la pequeña venganza de las casas alemanas mandando a retirar los anuncios y suscripciones a este diario. Nuestra calidad de chicos traviesos, pero no mal intencionados, no nos libró de la venganza ruin de esa raza bárbara. Y cómo felizmente *Crítica* no necesita poco ni mucho de la ayuda alemana para mantener su próspera vida, continuamos y continuaremos con firmeza nuestra campaña en pro de la civilización”.⁹¹ Sin embargo, ese tono jactancioso encubría una situación económica y financiera muy complicada. Los costos de la campaña aliadófila y su virulento

⁹⁰ Cf. “La ofensa de Dinant”, *CRI*, N° 304, 2/10/1914, p. 1; “El asesinato de Dinant”, *CRI*, N° 305, 3/10/1914, p. 1; “La revancha de Dinant. Ojo por ojo y diente por diente”, *CRI*, N° 320, 18-10-1914, p. 1; “La industria alemana contra la industria argentina”, *CRI*, N° 416, 9-11-1914, p. 1 y “Los alemanes contra los argentinos. La CATE contra la Italo-argentina”, *CRI*, N° 418, 11-11-1914, p. 4.

⁹¹ “La guerra de los alemanes contra Argentina”, *CRI*, N° 425, 18-11-1914, p. 3.

antiyrigoyenismo fueron demasiado altos para el vespertino dirigido por Botana. Luego de algunos picos significativos en sus tiradas durante 1915 y 1916, durante los años finales de la Gran Guerra *Crítica* era un diario prácticamente inexistente y en los albores de la década del '20 sobrevivía con serias dificultades dado el encarecimiento de los insumos, las maquinarias y los servicios informativos.⁹²

En cuanto a *La Nación*, más allá de mantener una línea editorial defensora del neutralismo y de contar con algunos colaboradores que manifestaban una mesurada francofilia, la acogida en sus páginas de las crónicas escritas por Payró ocasionaron los resquemores del gobierno alemán. Éste sospechaba de la existencia de algún tipo de vínculo o colaboración entre el diario de la familia Mitre y el gobierno nacional pues *La Nación* publicó información a la cual en teoría sólo podía tener acceso el gobierno, como por ejemplo, la declaración de la Sra. Himmer ante Lorenzo Bravo incluida en la crónicas de Payró, y como criticaban otros colegas porteños, lo hizo antes de que la Cancillería emitiera un juicio sobre la investigación sobre el caso Dinant procedente desde Europa.⁹³ Puede que la vieja participación de Murature en el diario *La Nación* fuera un motivo de sospecha para los círculos de Berlín. Y, en ese sentido, no deja de ser paradójico que hayan sido *Crítica* y *La Tarde* los diarios que más insistieron en denunciar las vinculaciones entre el canciller argentino y el diario de la familia Mitre, considerado como una suerte de “jefe de redacción” en las sombras.⁹⁴ Sin embargo, es posible conjeturar que el verdadero eslabón para comprender esas posibles filtraciones de la información procedente de la investigación oficial entregada a la Cancillería argentina haya sido el coronel Lorenzo Bravo, uno de los principales informante de Roberto Payró, a quien le brindó información exclusiva para la elaboración de sus crónicas.⁹⁵

⁹² Sobre las tiradas de *Crítica* durante la guerra, véase el Anexo I.

⁹³ Al respecto, véase el editorial de *La Argentina*, “Lo intolerable”, N° 3412, 19-11-1914, p. 4.

⁹⁴ Cf. entre otras, “Un caso de insubordinación”, *CRI*, N° 426, 19-11-1914, p. 1 y “El asesinato del cónsul argentino en Dinant. *La Nación* y el Dr. Murature”, *LT*, N° 696, 17-11-1914, p. 1.

⁹⁵ De hecho, la confirmación oficial del fusilamiento y del ultraje a la bandera nacional en Dinant se basaba un informe realizado por Bravo. Una copia de dicho informe fue enviada a Buenos Aires a finales de octubre en el vapor *Frisia*, el mismo buque que traería las crónicas de Payró a Buenos Aires. Este hecho abre a una serie de conjeturas difíciles de saldar: o bien Payró viajó hasta Ámsterdam acompañado por Bravo aunque no lo mencione en sus crónicas o tal vez, aunque sea menos probable, la documentación oficial sobre el caso fuera llevada por el propio Payró que habría actuado como una suerte de agente del Servicio Exterior de la Nación. En el informe, Bravo afirmaba que Himmer había sido fusilado a mansalva junto a otras ciento cuarenta y seis personas, incluidos ancianos y niños, que fueron enterrados al día siguiente en una fosa común en las afueras de la ciudad. Las palabras finales de su informe son concluyentes: “De la floreciente ciudad de Dinant que V. E. ha conocido, llena de encantos y atractivos, a las orillas de la Meuse, no queda sino un montón de ruinas. Más de las dos terceras partes de las casas han sido quemadas; todas las fábricas han sido destruidas y la misma suerte han tenido las

Finalmente, el 24 de diciembre de 1914, basándose en un informe del Procurador General de la Nación, Julio Botet, el gobierno de Victorino de la Plaza dio por cerrado el caso sin elevar una protesta formal al Imperio alemán. La decisión se basaba en una serie de conclusiones a las que había arribado luego de las diferentes investigaciones realizadas en suelo europeo: en primer lugar, que Himmer había sido fusilado en masa por los soldados alemanes bajo la acusación de haber disparado contra las fuerzas invasoras; en segundo lugar, que tal acto había ocurrido en la vía pública y no en el interior del consulado argentino de la ciudad y, por último, que en ninguna declaración o testimonio sobre el hecho se había podido constatar que al momento de su fusilamiento los soldados alemanes estuvieran al corriente de que Himmer ostentaba el cargo de vicecónsul argentino de la ciudad. Por todo ello, el informe del Procurador concluía que no había existido una violación de la soberanía nacional ni un agravio intencional de la representación consular.⁹⁶ El tiempo transcurrido entre la noticia del hecho y la toma de una resolución final por parte del gobierno había desalentado, incluso en los diarios que más insistieron en el asunto como *Crítica*, *La Argentina* y *La Tarde* y que criticaron abiertamente la resolución final del hecho, toda posibilidad de que el gobierno argentino tomara alguna medida enérgica contra Alemania.⁹⁷

Ahora bien, más allá de estos entretelones diplomáticos y de las repercusiones del caso en la opinión pública local, una de las discusiones que motivó el fusilamiento del vicecónsul fue la precaria situación del servicio exterior de la nación y, en particular, la cuestión de la nacionalidad de los representantes consulares. En torno a este punto emergieron algunas posiciones que se manifestaron contrarias a la contratación de funcionarios extranjeros de esos respectivos países. Consultado por el diario *La Argentina*, Manuel Ugarte dio su opinión sobre el asunto. Luego de hacer un encendido elogio de la neutralidad y de apoyar los reclamos oficiales del gobierno sobre un agravio injustificable sostuvo que, en el fondo, el verdadero problema radicaba en “la inexplicable costumbre de nombrar cónsules de nacionalidad extranjera que, en

iglesias y los conventos”. “Telegrama del agregado militar en Bruselas a la Legación argentina en Bruselas”, en *APGM*, p. 70.

⁹⁶ El informe completo de Botet fue publicado en los principales diarios porteños: “El incidente de Dinant. Dictamen del Procurador de la Nación”, *LN*, N° 15446, 25-12-1914, pp. 6 y 7; “El asunto de Dinant. Dictamen del Procurador de la Nación”, *LP*, N° 16116, 25-12-1914, p. 7.

⁹⁷ “El caso Dinant. Procedimiento equivocado”, *LR*, N° 2849, 26-12-1914, p. 3; “El error supremo”, *LA*, N° 3450, 27-12-1914, p. 4; “El incidente de Dinant”, *LT*, N° 729, 26-12-1914, p. 1. Este último caso, marca un parábola ejemplificadora de las variaciones en los embanderamientos de los diarios locales frente al conflicto: de considerarlo como una “asesinato” y pedir el ingreso de Argentina en la guerra *La Tarde* viró hacia una postura más conciliadora que consideró “satisfactorias” las repuestas brindadas por el gobierno nacional al respecto.

momentos de conflicto, tienen que oscilar entre la patria real y la patria diplomática que les impone su situación”.⁹⁸ Al parecer, esa tensión identitaria señalada por Ugarte fue algo frecuente durante los meses iniciales de la Gran Guerra y en varias oportunidades un amplio sector de la prensa porteña expresó públicamente sus quejas contra aquellos cónsules argentinos que, violando su condición de representantes de un país neutral, hacían campaña en favor de sus patrias de origen, en particular, de los cónsules argentinos en Berlín, Frankfurt y Hamburgo, que motivaron el pedido de su destitución y una reorganización de la estructura consular del servicio exterior de la nación.⁹⁹

En ese debate sobre la nacionalidad de los cónsules, el diario *La Tarde* presentó una de las posturas más radicales al afirmar explícitamente que el caso de Himmer no debería tener ninguna trascendencia pues el fusilamiento “se ha llevado a cabo contra una persona que ningún vínculo de raza tiene con nosotros. Si se hubiera tratado de un ciudadano argentino, entonces la cuestión cambiaba de aspecto. Pero como el señor Himmer era francés se ha sentido inspirado por el espíritu patriótico y ha salido en defensa de su país sin tener en cuenta la misión que le había confiado el gobierno argentino”.¹⁰⁰ A su vez, el editorialista del diario, probablemente el propio Eduardo B. Morales, reconocía que el fusilamiento de Himmer evidenciaba los inconvenientes ocasionados por el criterio tradicional con el cual el gobierno nombraba a ciudadanos extranjeros para ejercer el cargo de cónsules en el exterior y reclamaba una pronta reforma del cuerpo consular.¹⁰¹ Esa reforma fue una de las escasas consecuencias concretas que dejó el fusilamiento de vicecónsul de Dinant. El 28 de noviembre de 1914 se firmó un decreto que suspendía provisoriamente en sus funciones a varios vicecónsules de nacionalidad de países beligerantes y, posteriormente, mediante una serie de decretos fueron suspendidos en sus funciones consulares y hasta nueva

⁹⁸ “El fusilamiento del cónsul argentino en Dinant. Opiniones de Manuel Ugarte”, *LA*, N° 3357, 25-9-1914, p. 1.

⁹⁹ Cf. “La representación consular”, *LM*, N° 1344, 5-10-1914, p. 1; “Propaganda en favor de Alemania”, *EP*, N° 6011, 5 y 6-10-1914, p. 3; “Violando la neutralidad. El cónsul de Frankfurt”, *LA*, N° 3368, 6-10-1914, p. 4; “Reorganización de la diplomacia”, *TRI*, N° 7202, 6-10-1914, p. 1; “Asunto del cónsul de Hamburgo. Reiteración de la solicitud de informes”, *LR*, N° 2779, 6-10-1914, p. 1; “Nuestros cónsules en Alemania”, *CRI*, N° 309, 7-10-1914, p. 4; “El cónsul argentino en Hamburgo”, *EN*, N° 19568, 7-10-1914, p. 1; “Cónsules argentinos beligerantes”, *ET*, N° 5668, 30-10-1914, p. 1 y “Los vicecónsules y la guerra”, *LM*, N° 1394, 25-11-1914, p. 1.

¹⁰⁰ “Nuestro cónsul en Dinant. Su fusilamiento”, *LT*, N° 652, 23-9-1914, p. 1.

¹⁰¹ En opinión del editorialista, “los cónsules deberían ser argentinos para que en un momento de conflicto no olviden la representación que ejercen”. En el mismo sentido véase “La nacionalidad de los cónsules”, *EN*, N° 19555, 24-9-1914, p. 1.

resolución los vicecónsules extranjeros de Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Francia, Inglaterra, Italia, Portugal y Rusia.¹⁰²

El citado editorial de *La Tarde* también deja entrever los límites del universalismo francés tensionado por un componente nacionalista que, como se ha demostrado en el capítulo anterior, a partir de un diagnóstico de la Gran Guerra como una fractura civilizatoria se hizo cada vez más fuerte y que permeó la mirada local sobre la cuestión de Bélgica. De que otro modo comprender sino el tono casi exagerado y sobreactuado de algunos diarios locales frente al caso de Dinant. ¿Por qué esas muertes que se producen en un contexto de violencia generalizada motivan ese reclamo particular desde una perspectiva en la que suele mencionarse el honor y la dignidad nacional?

Íntimamente ligada a la defensa de la neutralidad, en algunas de las intervenciones de la prensa porteña sobre la invasión de Bélgica y, en particular, sobre el fusilamiento de Himmer es posible advertir la presencia de un sustrato nacionalista de diferente intensidad, ligado muchas veces a valoración excesiva de la importancia de Argentina para el mundo. Ese engrandecimiento de la confianza en los destinos de la nación, motivado en gran medida por el fracaso del paradigma civilizatorio europeo que representaba la Gran Guerra, se tradujo en una serie de reclamos al gobierno nacional para que exija a las potencias europeas el respeto que la Argentina merece como nación independiente y neutral. A finales de septiembre, *El Diario* comentaba al respecto: “Nuestro cónsul ha sido tratado por los mismos procedimientos que tantas veces han dictado términos despectivos a las cancillerías europeas, cuando se han referido a países semisalvajes o completamente bárbaros”.¹⁰³ Y durante las semanas que siguieron a la confirmación del fusilamiento del vicecónsul ese reclamo adquirirá diferentes declinaciones pero siempre en el mismo sentido: distinguir a la Argentina de lo que la prensa local consideraba, a su vez, países “menores”, exigiendo un trato destacado y no como si fuera una “colonia de Oceanía” o una mera “factoría” perdida en los confines

¹⁰² Véase, “La guerra, Vicecónsules suspendidos”, *LP*, N° 16108, 17-10-1914, p. 10; “La diplomacia argentina. Cancelación de las patentes a los vicecónsules”, *LT*, N° 704, 26-11-1914, p. 1; “La diplomacia argentina. Procedimientos de comité en las legaciones”, *LT*, N° 705, 27-11-1914, p. 1; “La diplomacia argentina. Cónsules y vicecónsules beligerantes”, *LT*, N° 706, 28-11-1914, p. 1; “Consulados suprimidos”, *EP*, N° 6072, 17-12-1914, p. 2; “Los vicecónsules”, *LM*, N° 1416, N° 17-12-1914, p. 1; “Vicecónsules argentinos extranjeros. Cesación de funciones”, *LP*, N° 16089, 28-11-1914, p. 7 y “Consulados argentinos”, *EN*, N° 19639, 17-12-1914, p. 7. Los decretos posteriores se firmaron el 31 de mayo de 1915, el 8 de septiembre de 1915, el 17 de febrero de 1916 y el 31 de marzo de ese año. En total, fueron 55 los funcionarios afectados y 45 los viceconsulados cerrados por la aplicación de estas medidas. Cf. Beatriz Solveira, *La Evolución del Servicio Exterior Argentino entre 1852 y 1930*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1997, p. 159.

¹⁰³ “El fusilamiento del cónsul Himmer”, *ED*, N° 7727, 24-9-1914, p. 4.

del mundo.¹⁰⁴ Esa crítica al accionar de las grandes potencias europeas contra los estados más pequeños y neutrales incluyó también un cuestionamiento de las normas internacionales que en teoría velaban por el respeto de la soberanía nacional. En este sentido, *El Diario* consideraba al derecho internacional como “una bonita farsa” dado que no había podido impedir “la manera de tratar a los pequeños países neutrales por las grandes naciones que urgidas por la necesidad de violar su territorio, destruyen la propiedad pública y privada y exterminan a sus habitantes”.¹⁰⁵

A partir de una evaluación del caso puntual del vicecónsul argentino en Dinant, producido en un marco de acciones de violencia generalizadas contra los civiles de Bélgica y Francia, las páginas de los diarios y las revistas de Buenos Aires serán testigos de la conformación de una mirada local sobre esos hechos. Desde esa perspectiva, es posible afirmar que la Gran Guerra constituye un verdadero sismo discursivo que obliga a los intérpretes porteños a regresar hacia matrices retóricas y estéticas más conocidas sobre la “barbarie”, en las cuales es posible verificar la presencia de ciertos elementos que provienen del horizonte político y cultural de formación de los intérpretes. En ese sentido, a pesar de la inmediatez imperante en la escritura de las crónicas payrosianas existe una preocupación reiterada en cómo narrar lo que el cronista está presenciando, es decir, cómo dar cuenta de esos hechos. Y en varios pasajes parece insinuar los límites del lenguaje para representar cabalmente el horror: “escenarios de batallas, de bombardeos, de incendios, de saqueos, de matanzas. ¿Cómo describirlos? ¿Cómo variar la monótona repetición de las mismas palabras: ruinas, escombros, montones de ruinas, hacinamiento de escombros?...”. Incluso, de modo más explícito y reflexionando sobre las narraciones posteriores de los hechos, sostiene:

cuando se lean las siguientes notas se verá, una vez más, que la grandeza de la guerra no existe sino para los que, siglos más tarde, la contemplan a través de los libros que no dicen la verdad, que sistematizan arbitrariamente el tiempo y el espacio, que callan las ignominias, las vergüenzas, las crueldades, la baja, las traiciones [...] para no examinar

¹⁰⁴ Luego de conocida la noticia un editorial del diario *La Mañana* sentenciaba: “el pueblo todo de la república reclama a sus gobernantes un procedimiento franco y rápido, que nos diga si la nación es respetada por los beligerantes o si se la considera como una factoría despreciable, perdida en los confines de la tierra, donde el código de honor no ha llegado aún con los barcos que cargaron nuestra riqueza y levantaron en dinero gran parte de nuestro esfuerzo”. “El caso de Dinant”, *LA*, N° 3355, 23-9-1914, p. 4. La distinción entre Argentina y las colonias de Oceanía en “El asesinato de Dinant”, *CRI*, N° 306, 4-10-1914, p. 1.

¹⁰⁵ “El fusilamiento del cónsul Himmer”, *ED*, N° 7728, 25-9-1914, p. 4.

sino lo que falsamente llaman las “grandes líneas”, trazadas *ex post facto*, después del resultado final.¹⁰⁶

Sin embargo, a pesar de estas limitaciones Payró realiza un esfuerzo por objetivar los hechos para lo que recurre, además de a nociones como masacre o catástrofe, a un concepto muy particular y poco frecuente para el periodo. Dicho casi como al pasar el cronista afirma: “la víctima no tiene responsabilidad en el *holocausto*”.¹⁰⁷ Sin embargo, a la hora de buscar una imagen en la historia argentina o, mejor aún, en su canon literario que condense la significación de la barbarie, el despotismo y el salvajismo, Payró vuelve sobre esa obra tan influyente para él como fue el *Facundo* de Sarmiento¹⁰⁸ y encuentra allí, en la representación del accionar de los caudillos federales del interior durante el siglo XIX, una imagen local en la que apoyarse para trazar una nueva analógica histórica que permita comprender estos sucesos: “¿No parece esto de los proceder de Facundo o el Chacho, en las épocas más bárbaras que haya atravesado nuestro país?”, se pregunta en relación a las crueldades cometidas por los alemanes.¹⁰⁹ La analogía y la comparación con algunas de las significaciones del concepto de “barbarie” que Sarmiento condensó como diagnóstico e intervención en las páginas del *Facundo* es otro de los mecanismos a los que apelará Payró para representar las acciones de las tropas alemanas en Bélgica.

En otra de sus versiones, la interpretación de los hechos ocurridos durante la invasión alemana de Bélgica remitirá a la figura del malón como ejemplificación local de la “barbarie” y la amenaza constante al avance de la civilización. Apelando a la máxima sarmientina de “civilización y barbarie”, a comienzo de octubre de 1914 Gregorio Tito utilizaba dicha comparación en un análisis sobre la invasión de Bélgica y sin ningún tipo de prurito por el esquematismo, trazaba una comparación entre el

¹⁰⁶ Roberto J. Payró, “La guerra. Diario de un testigo. Peregrinación a las ruinas”, *LN*, N° 15426, 5-12-1914, pp. 4 y 5 y “La guerra vista desde Bruselas”, N° 16112, 23-12-1914, p. 4.

¹⁰⁷ Acerca de las discusiones terminológicas sobre los diversos conceptos para la narración de este tipo de acontecimientos cf. David El Kenz, *Le massacre, objet d'histoire*, París, Gallimard, 2005, pp. 7-23. El debate en las páginas del mismo periódico sobre el impacto de la Gran Guerra en el lenguaje literario y la crisis de representación estética que trajo aparejada ha sido analizado por Fernández Vega, José (1999). Crisis política y crisis de representación estética. La Primera Guerra Mundial a través de *La Nación* de Buenos Aires. *Prismas*, n° 3, 1999, pp. 143-163.

¹⁰⁸ Beatriz Sarlo ha demostrado que la organización ideológica de *Diversas aventuras del nieto de Juan Moreira* (1911), reitera varios tópicos de la visión dicotómica de civilización y barbarie del *Facundo*: adscribe el universo social, político y cultural de lo criollo como un obstáculo para la modernización de la Argentina, explica la corrupción del poder político basado en la propiedad rural de la tierra, etc. Cf. Sarlo, Beatriz (selección, prólogo, notas y cronología), en Roberto Payró, *Obras*, España, Biblioteca Ayacucho, 1984 pp. XXVII-XXVIII. La influencia sarmientina en el trazado del perfil de Gómez Herrera también fue señalada por Juan Carlos Ghiano en “Roberto J. Payró, un testigo de excepción”, en Roberto Payró, *Al azar de las lecturas*, La Plata, UNLP, 1968, pp. 24-25.

¹⁰⁹ “La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo”, *LN*, N° 16143, 4-4-1915, p. 4.

accionar de Catriel y Namuncurá con los ejércitos del Káiser. Para el autor, el comportamiento de los alemanes era todavía más repudiable que el de los malones de indios pues se trataba de un pueblo que abiertamente se jactaba del avance de su cultura y su progreso.¹¹⁰

Por su parte, a finales de septiembre, el anónimo autor de la columna “La Gran Guerra. Consideraciones” que publicaba el diario *Tribuna* consideraba a las “atrocidades alemanas” como “un caso colectivo digno de estudio de psiquiatras y antropólogos como Ingenieros, Serret y Nemann Nitscher [sic]”, trazando nuevamente un paralelismo en clave racista con los malones de indios:

La inferior raza americana, cobriza y de pelo cerdudo, cuando daba malones en el Sur (hasta poco antes de 1880) y en el Chaco en las colonias hasta no hace mucho, mataban a los hombres, dejaban los viejos y se llevaban haciendas, mujeres y niños cautivos. Ahora estamos viendo que los blancos alemanes, de satinada piel, de cabellos color choclo y ojos celestes que ponen en blanco a cada momento, se conducen en la guerra en Bélgica y Francia, no sólo arrasando innecesariamente todo, sino que no respetan ancianos ni niños. Los telegramas de hechos indescriptibles...¹¹¹

Por supuesto que no es una casualidad el hecho de que en su inmensa mayoría estas referencias a las formas de la “barbarie” del pasado nacional aludan siempre a experiencias previas a la consolidación del Estado nacional. Por el contrario, ellas remiten a esa imagen de la Argentina pacífica del crisol de razas que ha sido analizada en el capítulo anterior.

Más allá de el tono con el que varios cronistas y corresponsales denunciaron estos hechos y los utilizaron para elaborar una imagen deshumanizada del enemigo, la distancia respecto del teatro de las operaciones, la condición de país neutral y la ausencia de censura en la prensa porteña hicieron inevitable que fueran reapropiados y utilizados para fines menos “solemnes” como el humor gráfico y la sátira política. A mediados de septiembre, una de las viñetas de la tira “La semana cómica” que el dibujante Pelayo publicada en el semanario *Mundo Argentino* mostraba el siguiente diálogo entre De la Plaza y uno de sus ministros en relación a la falta de pan y a la carestía de vida en general: “– ¡Yo no veo que están tan mal como dicen; a mí no me

¹¹⁰ “¿Quiénes son más salvajes, los indios de la Argentina, que no sabía leer ni escribir, o los alemanes que se jactan de hablar hasta siete idiomas y que en sus ciudades tienen los mismo o parecidos monumentos, a los que destruyen? Catriel y Namuncurá y sus indiadas violaban mujeres, niñas; y los soldados alemanes han hecho lo mismo con las esposas y las hijas de los belgas, a los ojos de sus maniatados maridos y padres, algunos enloquecidos de rabia e impotencia. ¿Quiénes son más infames y más crueles?”. “Civilización y barbarie. Símbolos”, *CRI*, N° 308, 6-10-1914, p. 2.

¹¹¹ “La Gran Guerra. Consideraciones”, *TRI*, N° 7194, 26-9-1914, p. 1.

falta nada! – No se preocupe señor Presidente: ¡Peor están en Lovaina!”.¹¹² En este sentido, hasta el fusilamiento de Himmer fue utilizado por las revistas y los semanarios populares en términos jocosos. Una portada interna de *Fray Mocho*, publicada a comienzo de octubre, es el mejor ejemplo de ello (Figura 20). El dibujo de Friedrich muestra a dos elegantes mujeres conversando sobre los pequeños dilemas de la vida conyugal. Ante las quejas proferidas por una de ellas contra su marido, la amiga le responde: “Trata de que lo nombre cónsul en Bélgica”. Una manera de reírse y desdramatizar las posibles implicaciones que el fusilamiento de Dinant pudiera tener en los destinos de la nación.

La violación de la neutralidad de Bélgica fue sin dudas uno de los acontecimientos más relevantes de los primeros meses de la Gran Guerra. Si bien es cierto que durante los meses iniciales del conflicto, las movilizaciones de tropas en todos los frentes pusieron en contacto a los ejércitos con la población y dieron lugar a varias situaciones de violencia contra los civiles, ninguna de ellas fue comparable a lo ocurrido en Bélgica ni tuvieron el mismo grado de repercusión en la prensa de Buenos Aires. Para la prensa porteña, la cuestión de Bélgica plantea esencialmente un problema de circulación y recepción cultural, es decir, la difusión y apropiación en el seno de la opinión pública de un país neutral de un conjunto de sentidos y representaciones construidas mayoritariamente en la Europa aliada. Inicialmente la cuestión de Bélgica fue un tema estrictamente militar, relacionado a la capacidad de resistencia de sus fortificaciones ante el avance alemán pero luego los diarios y las revistas de Buenos Aires comenzaron a publicar centenares de relatos de los soldados y civiles, opiniones, fotografías y viñetas que contribuyeron a crear un determinado imaginario sobre la conducta de los ejércitos alemanes y movilizar a la opinión pública porteña.

La mayoría de las representaciones sobre la cuestión de Bélgica que se exhiben en la prensa local reproducen con demora y cierta moderación los rasgos principales de la

¹¹² Pelayo, “La semana cómica”, *MA*, N° 194, 23-9-1914.

propaganda europea. Por un lado, en las publicaciones defensoras de Alemania se difundirá una versión de los hechos que presentaba a los fusilamientos de civiles como un acto de defensa y represalia debido a la participación de la población de Bélgica en una suerte de “guerra popular” contra los soldados alemanes. Desde esta perspectiva, la figura de los francotiradores concentró gran parte de los esfuerzos de la prensa proalemana en Buenos Aires para justificar el accionar de sus ejércitos contra la población de los territorios ocupados. Por otro lado, su contraparte aliada, las llamadas “atrocidades alemanas”, tuvieron una difusión mucho más amplia en la opinión pública local. Esta mirada de los hechos estaba constituida por un conjunto de relatos sobre la invasión que, si bien partían de una serie de hechos probados, en su propia circulación se fueron incrustando de pequeños nuevos detalles tomados de rumores y reelaborados por la propaganda aliada, dando vida a un complejo mitológico muy ramificado.

El análisis de estos discursos, tanto los relacionados a la *Franktireurkrieg* como a las “atrocidades alemanas”, permite constatar la rápida difusión y reproducción en los diarios y las revistas editadas en Buenos Aires de un conjunto de sentidos y representaciones construidas por los aparatos de propaganda de las potencias europeas en pugna. La mayoritaria presencia de las “atrocidades alemanas”, debida al monopolio aliado del mercado de comunicaciones en Sudamérica, fue sedimentando una imagen muy negativa de Alemania en el seno de la opinión pública porteña y fijaron en la prensa local una interpretación dicotómica de la guerra como un choque entre dos paradigmas civilizatorios antagónicos: la “civilización” francesa y la “barbarie” alemana. Si bien, esta interpretación no modificó radicalmente el conjunto de alineamientos analizados en el capítulo anterior, varios diarios porteños que ya manifestaban ciertas simpatías por algún miembro de la Triple Entente incrementaron su visión negativa de Alemania a raíz de la invasión a Bélgica.

El fusilamiento del vicecónsul argentino en la ciudad belga de Dinant aportó un elemento específico a esas imágenes y representaciones sobre la cuestión de Bélgica provenientes de la Europa en guerra. Aunque algunos de los partidarios más intransigente de la Entente hayan considerado que este hecho era una agravio a la soberanía nacional y a la neutralidad estatal ante el conflicto, la gran parte de los diarios porteños mantuvieron una postura mucho más mesurada, solicitando a sus lectores esperar a que el gobierno nacional contara con toda la información recabada en el Viejo Continente para poder tomar una decisión sobre el asunto. A su vez, esos debates en

torno al fusilamiento del vicecónsul dieron lugar también a la emergencia de una mirada local de la prensa porteña que revela la consolidación de un sustrato nacionalista que adquiriera nuevos bríos a la luz de la Gran Guerra y su utilización satírica como un elemento para la puja política a nivel local y las críticas al gobierno de Victorino de la Plaza.

Capítulo IV

De la conflagración europea a la guerra mundial. Estancamiento, mundialización y nuevos escenarios de combate (1915-1916)

“La sensación de estancamiento iba en aumento a medida que los partes de los grandes estados reflejaban de más en más la monotonía gris de los metidos en las trincheras o de los que en el frente oriental chapaleaban en las ciénagas para defender o tomar pueblos y aldeas con nombres imposibles de pronunciar y, más aún, de insertar en la retórica del heroísmo. En el segundo año de la guerra esa retórica comenzó a empalagarme, y en ella, más que nada, la ‘Oda increpatoria’ de Almafuerte que Juan Carlos, mi tío abuelo, cada noche que iba a comer a casa (e iba a menudo) recitaba con un énfasis que congestionaba aún más su cara roja”.

María Rosa Oliver¹

La llegada de la Navidad y el fin de año de 1914 marcan el cierre de una primera etapa de la cobertura informativa de la Gran Guerra en la prensa porteña. Como se ha podido apreciar en los capítulos anteriores, por diversas razones, el primer semestre de la contienda constituye una fase de enorme importancia para el análisis de las repercusiones de la Primera Guerra Mundial en la prensa y la opinión pública de Buenos Aires. En primer lugar, por una cuestión de índole cuantitativa: durante esos meses iniciales del conflicto los periódicos porteños publicaban diariamente una gran cantidad de información relacionada con la guerra que constituía la gran novedad del momento. En segundo lugar, porque en esa primera fase de la guerra es posible constatar la existencia de un conjunto de núcleos temáticos de gran importancia como la querrela sobre las responsabilidades por el estallido de la guerra, los primeros alineamientos de

¹ *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, pp. 73-74. No hay ninguna referencia a una poesía con ese título en las *Obras Completas* de Almafuerte, UNLP, La Plata, 1946, Vol. I. Muy probablemente, María Rosa Oliver alude al extenso poema “Apóstrofe”, fechado en La Plata el 29 de diciembre de 1915, donde el poeta realiza un duro ataque contra la figura del káiser Guillermo II al que trata de “mentecato”, “amoral”, “mediocre”, “invasor”, “asesino” e “infanticida”. Cf. Pedro Bonifacio Palacios, *Almafuerte y la guerra*, Buenos Aires, Otero & Co. Impresores, 1916, pp. 27-38.

la opinión pública porteña y el resurgimiento de un interrogante por la cuestión nacional y, por último, la invasión de Bélgica y la llamadas “atrocidades alemanas” de 1914.

Sin embargo, luego de un semestre en el cual la Gran Guerra había sido la novedad rutilante en las páginas de la prensa periódica porteña, las expectativas de los contemporáneos sobre una rápida resolución del conflicto comenzaron a desvanecerse. Concebida inicialmente como una guerra breve, más cercana a las campañas decimonónicas que a la guerra industrial de masas en la que se transformará luego, los altos mandos militares y los líderes políticos de todas las naciones combatientes proyectaban pasar la “Navidad en casa”. Lejos de esas aspiraciones, el fin del año de 1914 muestra un panorama mucho más sombrío: en sólo seis meses la guerra había sesgado la vida de medio millón de personas y mutado hacia un nuevo tipo de combate, más brutal y mortífero, la guerra de trincheras, que nadie sabe a ciencia cierta cómo resolver.

Ese nuevo panorama se hace presente en casi todos los balances de fin de año ensayados por los diarios y las revistas de Buenos Aires. En gran parte de la prensa local las reflexiones en torno a la Navidad emergen empapadas de un clima de pesadumbre y escepticismo respecto al futuro de la guerra y de Europa. En su editorial del 24 de diciembre, *La Gaceta de Buenos Aires* comentaba:

La Navidad de 1914 llega en las horas más cruentas de la historia del mundo. Naciones enteras se despedazan, millares de hombres mueren en los campos de batalla, millares de hogares quedan sin padre, sin hermanos y hasta sin hijos. Como un sarcasmo, el barbarismo moderno conmemora con la más espantosa de las tragedias el nacimiento del apóstol de la paz y la fraternidad humana. Quédenos a estos pueblos de América, la satisfacción muy legítima de dar un alto ejemplo al mundo viejo [...] El jefe de la cristiandad no pudo obtener un armisticio para el día de Navidad. El destino quiere que el cañón retumbe en los espacios, que las balas rasguen el aire y siembren la desolación y la muerte, que las caballerías se destrocen en los choques terribles, que los infantes caigan en la ebriedad del furor incontenible, que el incendio no deje un hogar en pie. Pero a la hora de la media noche, cuando la fiera humana recuerde, sin querer acaso, el acontecimiento del pesebre de Belén, sentirá aplacados por un instante sus brutales instintos, dominada por la más grande e inmovible de las leyendas, la única que ha de vivir lo que viva la humanidad.²

² “Noche Buena”, *LGBA*, N° 1318, 24-12-1914, p. 1. Por su parte, el diario *La Mañana* señalaba: “El año ‘14 significa en este sentido el derrumbe de tan maravillosas quimeras y quizás el origen inesperado de formas de ilusión colectiva. Es lo desconocido que tiene por umbral las hogueras de las catástrofes, las batallas destructoras, la alucinación del Apocalipsis convertida en verdad minuciosa e implacable [...] ¿Qué aspecto asumirá la esperanza de ahora? ¿Qué anhelos se manifestarán a raíz de la liquidación de los valores fundamentales del siglo XIX? [...] Tal vez, no conviene exagerar el pesimismo ni fundar una hipótesis demasiado optimista”. “Del año que se fue”, *LM*, N° 1421, 2-1-1915, p. 1. En el mismo sentido véase también, “Navidad”, *LR*, N° 2848, 25-12-1914, p. 3.

Esa reflexión sobre la guerra marcada por la festividad del calendario cristiano y el clima de balance de fin de año fueron las notas distintivas de la última semana de 1914 y tiñó de una gran pesadumbre a las expectativas de prosperidad para el año entrante.

Algunas investigaciones recientes sobre las repercusiones de la Gran Guerra en Argentina, como el estudio de Olivier Compagnon, sostienen que a partir de 1915 la guerra se torna omnipresente en la prensa gracias a una serie de importantes transformaciones como el desarrollo de la cartografía y el establecimiento de los corresponsales en Europa, lo que posibilitaba el acceso a un tipo de información menos estereotipada sobre el conflicto respecto de aquella que era enviada por las agencias de noticias europeas. Ligado a ello, el autor sostiene que la movilización de la opinión pública y los intelectuales, que había comenzado tibiamente a finales de 1914, se multiplica a lo largo de 1915 y 1916.³

Podría señalarse al respecto que, en primer lugar, esas supuestas innovaciones de la prensa fueron anteriores a 1915. La introducción de la cartografía sobre la guerra, por ejemplo, está presente en los principales diarios porteños desde las primeras semanas del conflicto, transformándose en una sección estable a lo largo de la contienda.⁴ Lo mismo ocurre con la figura de los corresponsales pues muchos de ellos ya estaban radicados en el Viejo Continente al momento de producirse el estallido de las hostilidades y los enviados especiales de los principales medios porteños partieron hacia Europa en las primeras semanas del conflicto.⁵ En segundo lugar, esa percepción sobre la existencia de una mayor movilización a partir de 1915 responde a una idea de la opinión pública que, por momentos, se reduce al accionar de los intelectuales ya que Compagnon proporciona como única prueba de ello un breve análisis de la célebre y

³ Olivier Compagnon, *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*, París, Fayard, p. 115.

⁴ A mediados de septiembre de 1914, por ejemplo, *El Diario* anunciaba la creación de una sección fija de mapas sobre la guerra: "En las páginas centrales aparecerá, de hoy en adelante, en todas las ediciones, la carta de la guerra, tanto de Francia y Bélgica como de Austria y Prusia. En esas mismas van los telegramas de la guerra recibidos hasta las 11 am. de hoy. Los que llegan después de esa hora se colocarán en la primera plana. Se mantiene la misma indicación en colores para designar a los diferentes ejércitos y su cambio de posiciones". "Mapa de la guerra", *ED*, N° 7718, 13 y 14-9-1914, p. 4.

⁵ Por sólo citar el caso de dos de los semanarios más importantes de Buenos Aires. En su edición del 22 de agosto de 1914, *Caras y Caretas* presentaba al conjunto de corresponsales que partían rumbo a Europa: José María Salaverría, corresponsal en Inglaterra; Federico Ribas, en Bélgica; Javier Bueno, en Francia; Alberto Candiotti, en Austria-Hungría y H. Elsner, en Alemania. "Crónica de la guerra europea", *CyC*, N° 828, 22-8-1914. Del mismo modo, la partida de Juan José Soiza Reilly como corresponsal de *Fray Mocho* fue ampliamente promocionada por la revista: "Fray Mocho en la guerra. Partida de Juan José Soiza Reilly", *FM*, N° 120, 14-8-1914.

transitada encuesta de la revista *Nosotros* sobre la guerra europea y su influencia en Argentina.⁶

Sin embargo, el análisis de un vasto conjunto de diarios y semanarios populares de Buenos Aires permite sostener una perspectiva bastante diferente. A partir de 1915 y a lo largo de 1916, la cobertura informativa de la guerra en la prensa periódica porteña de gran tirada pierde progresivamente la efervescencia que la había caracterizado en los meses iniciales del conflicto y se torna más cotidiana, predecible y reiterativa. Incluso por momentos la conflagración europea perderá centralidad y será desplazada por una renovada atención sobre la política local en el marco de la campaña para las elecciones presidenciales de abril de 1916.

Ligado a ello, como deja entrever el recuerdo de María Rosa Oliver que sirve de epígrafe a este capítulo, existen claros indicios de una rápida saturación de los lectores frente a las noticias sobre la guerra que se traduce en un acostumbramiento y en la progresiva pérdida de interés frente a las novedades provenientes de Europa. En buena medida ese paulatino desinterés también se hallaba relacionado a una desconfianza cada vez mayor sobre la información telegráfica, sometida desde el inicio del conflicto a una burda manipulación por parte de las agencias de noticias y los organismos de la censura de los beligerantes. Desde finales de 1914 algunas voces aisladas señalaban esa saturación. El periodista y escritor peruano Leónidas Yerovi, por ejemplo, afirmaba en las páginas de *Caras y Caretas*: “Va para un par de meses que estamos de ‘teatro de la guerra’ y ‘conflagración europea’ y el temita comienza a ser fatigoso. Y es el tiempo que transcurre, el implacable tiempo que nos acostumbra a todo, y la costumbre que deriva en monotonía”.⁷ En el mismo sentido, a finales de octubre de 1914, el anónimo autor de la columna “La vida que pasa” del diario *La Tarde* comentaba:

La gran guerra europea empieza a dejar un poco de interesarnos. La extrema tensión nerviosa de los primeros días ha traído un poco de laxitud... Poco a poco nos hemos adaptado a las circunstancias, organizando nuestras vidas según las viejas costumbres, como si ya fuera un incidente familiar, el estruendo de los cañones que nos llega desde la

⁶ Compagon, *L'adieu à l'Europe*, op. cit., pp. 69-71. A comienzos de 1915, la dirección de la revista decidió efectuar una amplia encuesta a destacados intelectuales del medio local sobre las consecuencias de la guerra. Las preguntas planteadas fueron: “¿Qué consecuencias entrevé usted para la Humanidad como resultado de esta guerra?” y “¿Qué influencia tendrán estos acontecimientos actuales en la futura evolución moral y material de los países americanos y especialmente de la República Argentina?”. Las diferentes repuestas fueron publicadas en cuatro números consecutivos (del N° 70 al 73) durante el primer semestre de 1915. Para un análisis más amplio véase, Clara Alicia Jalif de Bertranou, “Diez años de la cultura argentina del Centenario a través de la revista *Nosotros*. Opiniones sobre la I Guerra”, en Clara Alicia Jalif de Bertranou (Comp.), *Argentina en el espejo. Sujeto, nación y existencia en el medio siglo (1900-1950)*, Mendoza, EDIUNC, 2006, pp. 223-242.

⁷ Leónidas Yerovi, “Estrategas de café”, *CyC*, N° 837, 17-10-1914.

lejanía sobre las alas del Atlántico... Hay ya muchas personas que ha hecho el firme propósito de no leer los telegramas, ni de interesarse por las últimas novedades del conflicto. ‘-No me hable de la guerra-’ es la frase que resuena en los labios o se lee en el silencio de casi todos los pacíficos y despreocupados habitantes de esta metrópoli”.⁸

A lo largo de 1915, ese sentimiento se hará más pronunciado sobre todo a medida que la guerra se estanque y deje de proporcionar novedades cotidianas a los lectores de Buenos Aires. En ese sentido, a comienzos de febrero de dicho año, un editorial del semanario *Mundo Argentino*, presumiblemente escrito por su director Constancio C. Vigil, afirmaba: “Estamos casi habituados ya a ver el mundo vuelto a la barbarie. Al principio de la guerra, al leer cada mañana los grandes títulos de los diarios, creíamos soñar; ahora ya nos limitamos a seguir angustiados las interminables alternativas que se producen en las líneas de batalla. Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia, las grandes naciones de ayer, no son hoy más que grandes masas de homicidas en acecho, con el arma al brazo y el ojo avizor. Ya ni la más horrenda carnicería ni la destrucción de poblaciones indefensas asombra a nadie”.⁹

Los ejemplos de estos diferentes diagnósticos realizados por la propia prensa sobre el agotamiento de sus lectores frente a una guerra estática y prolongada podrían multiplicarse.¹⁰ Dichos sentimientos evidencian el inicio de una nueva fase en la cobertura de la guerra marcada por una progresiva pérdida de atención en el conflicto a medida que éste se extiende en el tiempo más allá de lo esperado. Tal vez sea por ello que la historiografía abocada a estudiar el impacto de la Gran Guerra en la prensa y la opinión pública de Buenos Aires ha pasado por alto este periodo de relativa “tranquilidad”, considerado como una suerte de paréntesis entre las semanas iniciales de la guerra y el recrudecimiento de sus implicancias para nuestro país en el marco de la ya mencionada crisis de 1917. La falta de atención sobre ese periodo es ante todo el resultado de un enfoque que atiende a ciertos momentos del impacto de la guerra en Buenos Aires pero que excluye una perspectiva integral sobre las consecuencias del

⁸ “La vida que pasa. (Notas porteñas)”, *LT*, N° 681, 29-10-1914, p. 1.

⁹ “La semana”, *MA*, N° 213, 3-2-1915.

¹⁰ En junio de 1915, F. Ortega Anckermann, en su columna habitual del semanario *El Hogar* diagnosticaba: “La guerra ha dejado de ser un buen tema periodístico. Agotado el renglón de ‘atrocidades’, terminadas las sorpresas con la intervención de Italia ¿cuál es el valiente que apechuga con la lectura cotidiana de tantísimo telegrama inflado, si a fin de cuentas hemos de enterarnos que los respectivos ejércitos continúan estratégicamente en el mismo sitio? A esta altura del conflicto ya nos basta con una simple ojeada a los grandes titulares. Tras diez meses de guerra, el espíritu del lector se siente fatigado y aquel febril interés y aquellos locos entusiasmos del comienzo han perdido casi todo su vigor”. “Notas y comentarios de la actualidad”, *EH*, N° 298, 18-6-1915.

conflicto y a su vez se encuentra relacionado a un escaso relevamiento de fuentes hemerográficas.¹¹

Sin embargo, esta etapa de las repercusiones de la Gran Guerra en Buenos Aires presenta una serie de particularidades muy destacadas. Como nunca antes, la prensa y la opinión pública porteña fueron invadidas por la propaganda de los bandos en disputa. Ligada en gran medida al estancamiento de las acciones en el frente occidental, la información sobre la contienda se vuelve más reiterativa y monótona pero, a su vez, coincide con una mayor circulación en los diarios de aquellos discursos provenientes de las “culturas de guerra” europeas, en particular, de Francia. De esta manera, mientras la sección de cables y telegramas pierde la centralidad que había adquirido durante los meses iniciales del conflicto, la prensa de Buenos Aires da cabida a cientos de escritos provenientes de aquellos intelectuales europeos comprometidos con la defensa de su nación como por ejemplo, Ernst Lavisse, Henri Bergson, Charles Andler y Maurice Barres, entre otros. A su vez, además de dar una mayor cabida a ese tipo de discursos ligados a la propaganda europea, por esos años se acentúa la tendencia a la creación de publicaciones de propaganda iniciada a finales de octubre de 1914 con la fundación del diario *La Unión*. De esta manera, vieron la luz por esos años diferentes diarios y revistas como *La Razón Francesa*, *La Acción Francesa*, *Idea Nacional*, *Germania* y *Alma latina*.

También a lo largo de 1915 y 1916 es posible encontrar una serie de temas y problemas de gran relevancia para la comprensión de una visión integral sobre las repercusiones de la Gran Guerra en la prensa y la opinión pública porteña. Sin embargo, éstos no se hallan estrictamente relacionados a un acontecimiento concreto de la guerra europea pues, al igual que ocurre con el Marne, las grandes batallas de Verdún o el Somme, ocuparon un lugar relativamente marginal en la cobertura contemporánea de la guerra en Buenos Aires y sólo posteriormente serán objeto de una construcción simbólica y discursiva que hizo de ellas episodios heroicos de la lucha contra la “barbarie teutona”. La escasa relevancia otorgada a estos hitos destacados de la guerra europea, contrasta con el lugar que ocuparon otros acontecimientos locales como por ejemplo el apresamiento del buque *Presidente Mitre* en diciembre de 1915. A su vez,

¹¹ Sobre esa mirada del impacto de la Gran Guerra en Argentina que articula su análisis entre las primeras semanas de 1914 y la crisis de 1917 véase los artículos de María Inés Tato y Olivier Compagnon indicados en la nota 4 de la introducción. El reciente libro de Compagnon, por ejemplo, le dedica una escasa atención a los años 1915 y 1916. Cf. Compagnon, *L'adieu à l'Europe*, op. cit., pp. 31-32 y 134.

algunos de los temas más recurrentes de esos años en la prensa porteña están ligados a reflexiones más amplias y menos atadas a los vaivenes del conflicto.

En primer lugar, ese amesetamiento del conflicto se tradujo en una progresiva modificación en la representación de la dimensión técnica de la guerra, un rasgo distintivo de la que puede considerarse como la primera guerra industrial de masas de la historia mundial. En ese contexto, la representación de la guerra que acentuaba su carácter de combate moderno, caracterizada por una verdadera fascinación en torno a los aeroplanos, los zeppelines y los submarinos comienza a dar cabida a una progresiva hegemonización de la imagen de la contienda como una guerra de trincheras. A partir de entonces, ambas representaciones tenderán a coexistir de manera conflictiva e incluso ciertos rasgos de esa primera representación de la contienda como una guerra dinámica serán dominantes durante los años finales del conflicto, relacionada a la cobertura periodística del papel desempeñado por un puñado de aviadores argentinos que participaron de los combates en el Viejo Continente como Vicente Almandos Almonacid.

En segundo lugar, el establecimiento definitivo del frente occidental coincide con un fenómeno en apariencia contradictorio: la globalización de un conflicto que, de manera más o menos directa, comienza a afectar a todos los confines del globo ya desde finales de 1914 con el ingreso de Turquía y Japón en la contienda. Ese cambio de escala que supuso la transformación de la conflagración europea en una verdadera guerra mundial obligó a la prensa porteña a un descentramiento de su atención casi exclusiva sobre Europa occidental para dar cabida a nuevos escenarios de combate en Asia, África y Europa del Este. La renovada atención sobre los escenarios no europeos del conflicto, territorios menos conocidos para la opinión pública local, dio lugar a una circulación de diversas configuraciones simbólicas y discursivas sobre “lo árabe”, “lo oriental” y “lo africano” que se remontaban a un anterior y largo proceso de representaciones sobre dichos escenarios pero que serán reactivadas y resignificadas en el marco de las campañas de propaganda de las potencias beligerantes.

Por último, la prolongación de la guerra comenzó a tener efectos concretos sobre la economía argentina y la esperanza inicial de beneficiarse económicamente con el conflicto tropezó con las complicaciones comerciales y logísticas causadas por el establecimiento de la guerra submarina irrestricta a comienzos de 1915. Ese nuevo panorama tornó más aplomada y mucho menos coyuntural a la reflexión sobre los

alcances y las repercusiones de la guerra en Argentina pero también sobre los destinos del continente. Por ello, no es una casualidad que en ese contexto de prolongación del conflicto y del incremento de sus consecuencias económicas para los países que tradicionalmente colocaban el grueso de sus exportaciones en Europa, emergieran nuevas valoraciones y disputas en torno a diferentes proyectos continentales como el latinoamericanismo, el hispanoamericanismo y, sobre todo, el panamericanismo.

1. Cambios y continuidades en las representaciones de la dimensión técnica de la Gran Guerra

En julio de 1918, algunos meses antes de que finalizara la Gran Guerra, Carlos Iburguren dictó una serie de conferencias en la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres que luego darían lugar a su célebre libro *La literatura y la Gran Guerra*, publicado dos años después. Allí, el intelectual salteño afirmaba:

La mentalidad de nuestra generación se ha desenvuelto y nutrido bajo el influjo de la filosofía y de la literatura materialista que [...] anegó el alma de Europa a fines del siglo XIX. El idealismo y el espiritualismo fueron ahogados por un nuevo dios: el laboratorio que revelaba a los hombres la verdad inclemente de la ciencia positiva. El moderno espíritu científico, que nos hizo ver todo a través del prisma desconsolador de la materia, nos enseñó que el determino es ley del universo y nos mostró a la fatalidad como cauce de nuestra efímera vida. El escepticismo y el pesimismo abriéronse, entonces, atormentando el alma egoísta, sensual y refinada, que caracterizo a la época que termina. El siglo de la ciencia omnipotente, el siglo de la burguesía desarrollada bajo la bandera de la democracia, el siglo de los financieros y los biólogos, se hunde, en medio de la catástrofe más grande que haya azotado jamás a la humanidad.¹²

Este pasaje reafirma la persistencia de una interpretación de la Gran Guerra como una fractura civilizatoria que estuvo presente en la prensa porteña desde las primeras semanas del conflicto. A su vez, lanza una dura crítica a la época que antecedió al asesinato de Sarajevo, considerada como un mundo que incubaba los principales males que condujeron al estallido de la conflagración: el materialismo, el aburguesamiento de la sociedad, la democracia y la cultura científica. Sobre éste último punto, el escrito de Iburguren revela una mirada crítica acerca de la utilización de la ciencia y la técnica puestas al servicio de la industria de la muerte masiva en los campos de batalla del Viejo Continente.

¹² Carlos Iburguren, *La literatura y la gran guerra*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1920, pp. 7 y 8.

Sin embargo, esa impugnación al lugar otorgado a la ciencia y la técnica durante la Gran Guerra debería ser considerada como el punto de llegada de una percepción que se fue conformando lentamente y a medida que el transcurso de la contienda daba cabida a novedades inéditas como la utilización de los gases tóxicos, la implementación de la guerra submarina irrestricta y los raids aéreos contra la población civil. Pues si se dejan de lado las reflexiones de los intelectuales marcadas por el final de la contienda y se posa la mirada sobre los diarios y, en particular, sobre los semanarios populares que se editaban en Buenos Aires a comienzos de la Gran Guerra, la imagen resultante es francamente antagónica. Pues en la prensa periódica de gran tirada y en el imaginario popular, menos condicionado por el debate de los intelectuales, los rasgos novedosos de esa guerra industrial, científica y tecnológica originaron una verdadera fascinación entre los lectores de Buenos Aires.

Las investigaciones dedicadas a analizar los cruces y influencias entre la técnica y la cultura han mostrado que en una época de aceleradas transformaciones metropolitanas, como eran las primeras décadas del siglo XX en Buenos Aires, el deseo por conocer, explorar e imaginar aquello que está por venir se intensifica y se traduce en diferentes formas de representación, actitudes, valores, ideas y utopías puestas en diálogo con la realidad que arrojaba ese vertiginoso proceso de modernización social y cultural.¹³ Sin embargo, las representaciones sobre la dimensión técnica de la Primera Guerra Mundial en la prensa periódica de gran tirada de Buenos Aires constituyen un eslabón inexplorado entre las indagaciones sobre los vertiginosos cambios que rodearon al proceso de modernización finisecular hasta sus proyecciones sobre el futuro metropolitano en tiempos del Centenario y los contornos de la “imaginación técnica” delineados por Beatriz Sarlo como un rasgo característico de la cultura porteña de los años veinte. Sin embargo, los años de la Gran Guerra muestran una diferencia sustancial respecto de esos otros momentos que jalonaron la conformación de un imaginario cultural sobre la técnica en Buenos Aires. La diferencia radica en que esas imágenes ya no son sólo proyecciones o anhelos futuros sobre el impacto de la técnica en la vida cotidiana de las grandes urbes sino que constituyen una realidad concreta enmarcada por

¹³ Cf. Beatriz Sarlo, *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2004 [1992]; Ídem, “In Pursuit of the Popular Imagination”, *Poetics Today*, Vol. 15, N° 4, invierno 1994, pp. 569-585; Jorge F. Liernur y Graciela Silvestri, “El torbellino de la electrificación. Buenos Aires, 1880-1930”, en *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y culturales en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, pp. 9-95 y Margarita Gutman, *Buenos Aires. El poder de la anticipación: imágenes itinerantes del futuro metropolitano en el primer Centenario*, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 2011.

el desarrollo de la primera guerra industrial de masas. Con el estallido de las hostilidades esa combinación entre lo real y lo imaginario que articulaba las imágenes y los discursos sobre la técnica y la vida urbana en las décadas previas de la cultura porteña, sin desaparecer completamente, tiende a reflejar a través de las noticias sobre esa particular faceta de la guerra una realidad cruelmente concreta y no ya proyectada o imaginada.

Durante la fase inicial del conflicto, caracterizada por una guerra de movimientos, un rasgo que distingue a las representaciones ligadas a la dimensión tecnológica de la guerra en la prensa porteña y, en particular, en los semanarios ilustrados, es la descripción ascética y carente de todo tipo de valoración sobre el papel de la técnica en esa nueva conflagración. La sola mirada de los periódicos y los magazines porteños de la época permiten constatar la enorme cantidad de notas ligadas a esa faceta de la guerra en las que impera una visión más bien fetichizada y neutra de la misma. Un buen ejemplo de ello puede verse en las dos primeras portadas del semanario *Mundo Argentino* dedicadas a la contienda. La primera de ellas, titulada “¡Maldita sea la guerra!”, muestra a una mujer cuya figura remite a una virgen del cristianismo, rodeada por sus hijos en la soledad de la calle. Los sentidos que rodean a esta portada se articulan con los alineamientos del semanario y su director, Constancio C. Vigil, que desde sus páginas se había pronunciado en contra de la guerra. Sin embargo, a la semana siguiente la portada del mismo semanario muestra a página completa un combate entre un hidroavión y un submarino cuyo título era: “La guerra moderna”. El pie de la portada que acompañaba y completa a la imagen incluía la siguiente descripción: “La escuadra británica con sus tres poderosos elementos utilizados en las últimas maniobras: acorazados, submarinos e hidroplanos. Los submarinos imposibilitan los bloqueos y maniobran perfectamente en altamar. Los hidroplanos hacen servicio de vigilancia poseen instalaciones de radiotelegrafía, lanzan bombas y hasta poseen cañones de construcción especial” (Figura 21 y 22).

El contraste entre ambas portadas es muy significativo pues la curiosidad que rodea a las novedades bélicas y el parco discurso con el que la revista describe la escena parecen exceptuar a esa faceta del conflicto respecto de las declamaciones pacifistas que fueron uno de los rasgos distintivos de los alineamientos del semanario. Sin embargo, lejos de constituir una rareza ese tono fue característico de las notas dedicadas a la dimensión técnica y científica de la Gran Guerra durante los meses iniciales del

conflicto. Impulsados por la curiosidad de los lectores frente a estas novedades, los semanarios populares ilustrados publicaron desde el comienzo de la guerra una gran cantidad de notas de corte informativo y principalmente gráficas cuyo objetivo era satisfacer esa curiosidad a través de la información sobre el funcionamiento y las bondades de estos instrumentos. Por sólo dar un ejemplo, entre las decenas de notas presentes en la prensa durante las semanas iniciales de la guerra, a finales de agosto de 1914 *Caras y Caretas* publicó una breve noticia titulada “La nueva ametralladora”. Junto a la fotografía que muestra a dos soldados manipulando el arma, el escrito que la acompaña enfatiza su mayor versatilidad respecto de los modelos anteriores pues esta nueva versión “no pesa más de catorce kilos” y, a su vez, describe las mejoras tendientes a facilitar su manipulación: se alimenta “introduciendo cargadores de veinticinco cartuchos mientras que el otro hace puntería”, permitiendo hacer blanco en un objetivo situado hasta dos kilómetros de distancia y con un poder de fuego obliga el acompañamiento de un carro de municiones equipado con 45.000 cartuchos.¹⁴

Los escritos que acompañan a este tipo de notas dedicadas a los nuevos armamentos que se pondrían a prueba en la guerra europea por momentos se asemejan a un aviso publicitario que describe las bondades de un producto cualquiera y evidencian que para un amplio sector de la prensa y la opinión pública porteña la creencia en el poder ilimitado y benéfico de los avances científicos y tecnológicos que se remontaban a finales del siglo XX, todavía se mantenía incólume durante los meses iniciales de la guerra mundial. Carentes de todo tipo de valoración sobre las consecuencias ocasionadas por esos armamentos y de la complicidad de las innovaciones científicas con los emprendimientos bélicos, esas representaciones ligadas a la dimensión técnica de la guerra moderna constituyen una operación de lectura selectiva sobre el paradigma de la modernidad que permite abstraer a la ciencia y la técnica de sus implicancias mortíferas y en muchos casos ponderar sus logros como parte de la evolución del progreso humano.¹⁵

Por ello, durante la fase inicial del conflicto esa faceta técnica de la guerra fue objeto de una verdadera fascinación por parte del público lector que, cual si fuera un

¹⁴ “La nueva ametralladora”, *CyC*, N° 830, 29-8-1914. En el mismo sentido véase, “Cómo se lanza un torpedo”, *CyC*, N° 829, 22-8-1914; “La artillería moderna”, *CyC*, N° 830, 29-8-1914; “Boya telefónica para submarinos”, *FM*, N° 121, 21-8-1914; “Las minas submarinas”, *FM*, N° 123, 4-9-1914. Ese tipo de narración sobre la técnica también fue compartida por los diarios como puede verse en la descripción realizada por *La Razón* sobre el famoso mortero de 42 centímetros: “Descripción técnica del mortero alemán de 420 mm”, *LR*, N° 2832, 7-12-1914, p. 2.

¹⁵ Sobre la noción de “tradición selectiva” véase Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009 [original inglés 1977], pp. 158-164.

espectáculo, un pasatiempo o una novela fantástica, anhelaba conocer mediante la prensa las características y el accionar de esas nuevas máquinas de guerra. A finales de agosto de 1914, en un breve escrito sobre las novedades técnicas que rodeaban a esa guerra incipiente, Lino Instuinz daba cuenta de las expectativas de los lectores porteños en relación a estas innovaciones: “se comprende que las multitudes que, anhelantes, esperan noticias, durante horas enteras, a las puertas de las imprentas, sueñen con grandes combates en el aire y debajo del mar, con escuadras formidables que se hundan y con ejércitos inmensos que perecen”.¹⁶ Alimentado por notas como “El hidroavión giroscópico” o “Submarinos contra aeroplanos”, los semanarios populares fueron conformando un imaginario bélico en Buenos Aires donde la dimensión técnica e industrial de la Gran Guerra fue uno de los atractivos centrales que parece haber provocado un gran interés por parte de los lectores más que sus críticas.¹⁷

Durante los meses iniciales de la guerra, gran parte de esas expectativas estuvieron ligadas a los ataques aéreos, en particular al papel de los zeppelines, verdaderos objetos de admiración y curiosidad entre los lectores locales. Como ha señalado Margarita Gutman, en su análisis de las imágenes sobre el futuro metropolitano en los semanarios porteños: “El aire es la gran obsesión en la imaginación tecnológica del futuro urbano”.¹⁸ Para la autora, de todas las innovaciones científico-tecnológicas que transformaron los modos y ritmos de vida en las grandes urbes del mundo occidental, la aviación fue la que menos impacto directo tuvo sobre la experiencia práctica y cotidiana de la gente. Sin embargo, fue el invento que más profundamente activó la imaginación de sus contemporáneos.

De esta manera, la Gran Guerra vino a impulsar de forma notable el papel de la conquista del aire en el imaginario urbano de Buenos Aires. Los principales corresponsales de los medios porteños instalados en ciudades como Londres y París, que estuvieron bajo la amenaza de un ataque aéreo con dirigibles y aeroplanos, dieron cuenta del pánico que se apoderó de sus habitantes ante la posibilidad de un bombardeo de la ciudad. En una crónica fechada en septiembre de 1914 y publicada en noviembre de ese año en *La Nación*, su corresponsal en Londres Estlin Grundy narraba a los lectores porteños los preparativos de la capital británica para prevenir un eventual ataque de los zeppelines: cañones y baterías antiaéreas, pedidos a la población de

¹⁶ Lino Instuinz, “Los modernos elementos de guerra”, *CyC*, N° 830, 29-8-1914.

¹⁷ Ambas en *CyC*, N° 828, 15-8-1914.

¹⁸ Gutman, *Buenos Aires. El poder de la anticipación*, op. cit., p. 299.

mantener a oscuras las casas y los comercios para evitar ser un blanco fácil durante la noche, toque de queda, etc. Para el cronista londinense, la restricción en el uso de la luz eléctrica fue el primer hecho que hizo recordar a la población de Londres que su país estaba en guerra. El aspecto lúgubre del centro de la ciudad, los tranvías circulando con las ventanillas cerradas, las principales arterias de la metrópoli iluminadas por una luz mortecina, todo ello brindaba un cuadro desolador. Para que los lectores porteños comprendieran mejor ese panorama, pero también como un mecanismo solapado de adhesión a los aliados, Grundy trazaba una comparación con Buenos Aires: “Imaginaos a la Avenida de Mayo reducida a eso [...] Es como si suprimiéramos las luces de la calle Callao, de tal modo, que cuando uno toma un tranvía y quiere bajarse en Tucumán, por ejemplo, desciende en Córdoba, por no haber podido distinguir el sitio en que debía apearse”.¹⁹

Dadas estas complicaciones para la vida cotidiana de los londinenses, el cronista sostenía que el efecto ocasionado por el ataque aéreo iba mucho más allá de la destrucción que éste pudiera causar, algunas muertes y la pérdida de una par de edificios, pues “el principal objetivo de los alemanes no es ese sino el efecto moral causado por esa expedición y el terror que inspiraría en los habitantes”. Como corolario de su larga crónica, Grundy reafirmaba la importancia de la guerra aérea como una novedad rutilante de la Gran Guerra pues a su modo de ver: “Esta gran guerra dejará una impresión profunda en la imaginación de los hombres; pero ninguno de sus aspectos será más emocionante que el ofrecido por la intervención de las aeronaves”.²⁰ Casi contemporáneamente a esta crónica, el corresponsal de *Caras y Caretas* instalado en Londres, el español José María Salaverría, escribió una larga crónica sobre el aspecto de la ciudad a raíz de los “endiablados zeppelines”, el principal temor de los londinenses.²¹

Estos relatos sobre las sensaciones de los habitantes de Londres ante la inminencia de un ataque aéreo tuvieron su correlato en los cronistas instalados en París, otra de las ciudades amenazadas por el accionar de los dirigibles. Tanto Federico Rivas y Javier Bueno, corresponsales de *Caras y Caretas* como el colombiano Eduardo Carrasquilla Mallarino, corresponsal del diario *La Razón* y el propio Salaverría, instalado en París desde comienzos de 1915, narraron para los lectores porteños sus experiencias durante los vuelos de los zeppelines y los *Taubes* alemanes sobre la Ciudad Luz, “un

¹⁹ Estlin Grundy, “La aviación y la guerra. Londres espera los zeppelines”, *LN*, N° 15349, 3-11-1914, p. 6.

²⁰ *Íbidem*.

²¹ José María Salaverría, “Londres de noche. La amenaza de los Zeppelines”, *CyC*, N° 843, 28-11-1914.

espectáculo único, que creo y lo siento, no volveré a ver en mi vida”, escribió Ribas.²² Hasta bien entrado el segundo semestre de la guerra, la cuestión de los ataques aéreos sobre ciertas metrópolis europeas fue un tema recurrente entre los corresponsales de los diarios y las revistas porteñas incluso dando lugar a un tono menos dramático sobre las complicaciones ocasionadas a los parisinos y londinenses.²³

Más allá de los relatos de los corresponsales instalados en las metrópolis europeas, la excitación que provocaban en Buenos Aires esos novedosos aparatos voladores se expresó de maneras muy diversas. Ante todo, mediante el tipo de notas de tono descriptivos, plagadas de datos y detalles sobre los tamaños, armamentos, formas y alturas alcanzadas por estos aparatos.²⁴ Pero también esa fascinación por la guerra en el aire se tradujo mediante formas más novedosas como los poemas. La revista *Ecos Gráficos*, activa defensora de Alemania hasta la fundación del diario *La Unión*, publicó un poema firmado por “G. K.” dedicado al zeppelin y en el cual se mofaban del miedo que producía entre los británicos ese maravilloso invento de un alemán, “el primer hombre del siglo”, como llamara el káiser Guillermo a Ferdinand von Zeppelin (véase anexo V).

Los noticieros cinematográficos sobre la Gran Guerra que periódicamente llegaban a Buenos Aires y eran publicitados en las páginas de los principales diarios y revistas de la ciudad agregaban a esa curiosidad un elemento nuevo: el movimiento, carente en los relatos y las fotografías sobre la guerra aérea publicadas por la prensa. Entre las escenas que se anunciaban en un estreno en la sala de Max Glücksmann a comienzos de noviembre de 1914 el aviso publicitario destacaba: “La defensa de Londres contra los ataques aéreos” y “Aeroplano alemán *Taube* destruido por los aliados” entre otras “interesantes y conmovedoras escenas”.²⁵ De esa manera, los films y los noticieros sobre la guerra permitían presenciar esos combates en tiempo real transformando a la guerra en una suerte de espectáculo fascinante y, a la vez, carente de riesgos.

²² Federico Ribas, “Episodio de la guerra en París. Un combate de aeroplanos”, CyC, N° 836, 10-10-1914; Javier Bueno, “La guerra desde París”, CyC, N° 837, 17-10-1914; Eduardo Carrasquilla Mallarino, “Carta de París”, LR, N° 2898, 24-2-1915, p. 4 y José María Salaverría, “Crónicas de París. Noche de emociones. Un combate en el aire”, CyC, N° 866, 8-5-1915.

²³ Cf. Eduardo Carrasquilla Mallarino, “Visiones de guerra. Las zepelinadas de París”, CyC, N° 868, 22-5-1915.

²⁴ Cf. “Los Zeppelines”, CyC, N° 832, 12-9-1914.

²⁵ “La gran conflagración europea. Hoy sensacional estreno”, LN, N° 15042, 11-11-1914, p. 3.

Hasta el célebre meteorólogo del diario *La Nación*, Martín Gil, dedicó una extensa columna a explicar la única amenaza que von Zeppelin no había contemplado para su fascinante invento: la electricidad de la atmósfera. Motivada por la lectura de las crónicas sobre el posible ataque aéreo a la ciudad de Londres, el meteorólogo radicado en Córdoba no dudaba sobre la efectividad de estos aparatos: “no hay, pues, defensa alguna contra este barbarismo moderno: tal es la impresión de todo aquel que tiene amenazada su mollera por un zeppelin”.²⁶ Con una notable capacidad pedagógica Martín Gil explicaba al gran público la mecanismos de generación de la electricidad causada por el accionar del sol en torno de las nubes y los gases atmosféricos y los riesgos que ésta implicaba para los zeppelines dado que el aislamiento de su esqueleto metálico era muy precario para poder enfrentar una descarga de la electricidad atmosférica. La guerra aérea también alimentó la colaboración de algunos periodistas ligados al mundo de la aviación como, por ejemplo, Carlos Francisco Borcosque en donde comenzaban a emerger las primeras críticas sobre el papel de la técnica en la guerra: “Indudablemente que existen ya máquinas aéreas mortíferas. El aeroplano parece deshonorarse con los usos a que hoy día se le destina. Y por una ley muy humana, todo invento, todo progreso, solo sirve para destruir y matar”, afirmaba el periodista chileno.²⁷

Incluso varios años después, en 1917 con la muerte del Conde von Zeppelin, algunos de los obituarios que se publicaron en la prensa porteña, incluso en algunos diarios simpatizantes de los aliados, rescataron la importancia de su invento como un progreso importante para historia de la aeronavegación. Ese balance condescendiente con el inventor alemán lo mostraba como una figura pacífica que había sido utilizado para los planes megalómanos de Guillermo II y la asignaba a ese fracaso militar la causa principal de la tristeza que lo llevó a la muerte.²⁸

²⁶ Martín Gil, “El sol contra la guerra”, *LN*, N° 15428, 7-12-1914, p. 4.

²⁷ Cf. “El tiro desde los aeroplanos”, *CyC*, N° 849, 9-1-1915 y “Los dirigibles en la guerra”, *CyC*, N° 857, 6-3-1915. Carlos Francisco Borcosque Sánchez (Valparaíso, 9-9-1894 – Buenos Aires, 5-9-1965. Periodista chileno que residió en Buenos Aires durante gran parte de su vida. Con anterioridad a la Gran Guerra, había escrito cuentos policiales para el diario *La Argentina*. Vinculado al mundo de la aviación chilena y argentina, luego tuvo una destacada labor como cineasta. Véase también Javier Castro, “La guerra en los aires”, *CyC*, N° 828, 15-8-1914.

²⁸ “He aquí, pues, la probable gran tristeza del viejo conde von Zeppelin en sus últimos días. El había soñado su invento para la paz y los devoró la guerra; su alma de antiguo militar no vio con disgusto ese empleo pero si hubo de contemplar con gran pena el regreso de esas naves que podían ostentar en la vuelta, que era fuga, como único trofeo el haber matado a una cuantas mujeres y niños y gente indefensa. Muere pues el conde en pleno fracaso de su invento como arma de guerra. Cuando la hora de la paz llegue serán esos dirigibles excelente medio para el servicio de correos, transportes, etc. y contribuirán a estrechar relaciones entre los pueblos [...] Admiremos la energía de Zeppelin, su fe en sí mismo, su

Aún cuando esa imagen estará sujeta a un cambio progresivo, a medida que la guerra se transforme de manera más ostensible en un combate de trincheras, la pervivencia residual de ese halo de curiosidad y admiración que provocaban los “conquistadores del aire” explica la atención destacada que la prensa porteña brindó al puñado de aviadores argentinos que se incorporaron como voluntarios a los ejércitos de la Entente: Vicente Almandos Almonacid y Benjamín Giménez Lastra. Estos aviadores argentinos que participaron de la guerra, en particular la figura de Almonacid, han sido destacados por la historiografía como un ejemplo paradigmático del grado de adhesión a la causa de Francia entre los voluntarios argentinos.²⁹ Ahora bien, ¿a qué se debe esa “notaria trascendencia” de Almonacid? ¿Por qué su figura fue objeto de una construcción casi mítica desde las páginas de la prensa periódica que contrasta con los lacónicos comentarios sobre la partida o las “heroicas” muertes en combate de otros voluntarios argentinos? Miradas desde el mundo de la prensa periódica de gran tirada la trascendencia adquirida por esos personajes podría leerse desde otra perspectiva, no tanto en relación a la francofilia porteña sino como parte de la fascinación popular por la aviación que caracterizó a la representación técnica de la Gran Guerra.

Nuevamente, la Gran Guerra opera aquí como un elemento disparador de sustratos culturales preexistentes pues desde sus orígenes el desarrollo de la aviación había sido seguido muy atentamente por la prensa de Buenos Aires.³⁰ Con anterioridad al estallido de la guerra, la historia trágica de la aviación argentina, había acaparado la atención de la prensa y de algunos intelectuales, fascinados por este rasgo novedoso de la vida moderna. La muerte de Jorge Newbery, por ejemplo, fue todo un acontecimiento para la opinión pública local. Al pie de su tumba, el poeta Belisario Roldán hablando en nombre del Jockey Club sostenía: “allá fue el patriota, a 6000 metros, jadeando y

resistencia ante el ridículo, su generosidad y lamentemos que la locura imperialista alemana se burlara de él”. “El conde Zeppelin”, *ED*, N° 10879, 9-3-1917, p. 3.

²⁹ En su artículo sobre el tema Federico Lorenz afirma que: “para las potencias aliadas, especialmente Francia, este esfuerzo individual pasó desapercibido en el volumen de la tragedia (excepto en casos de notoria trascendencia, como el de Vicente Almandos Almonacid)”. Cf. “Voluntarios argentinos en la Gran Guerra”, *Todo es Historia*, N° 373, agosto de 1998, p. 73; sobre Almonacid, pp. 84-87. Véase también María Inés Tato, “Nacionalismo e internacionalismo en la Argentina durante la Gran Guerra”, *Proyecto Historia*, San Pablo, N° 36, junio de 2008, p. 50 nota 40; Ídem, “La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, en Silvia Mallo y Beatriz Moreyra (Coords.), *Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI*, Córdoba–La Plata, 2008, pp. 733-734; Ídem, “La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial”, *Temas de historia argentina y americana*, N° 13, Buenos Aires, UCA, julio-diciembre de 2008, p. 242; Hernán Otero, *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 138-142 y Compagon, *L’adieu à l’Europe*, *op. cit.*, pp. 87 y 174.

³⁰ Cf. Gutman, *op. cit.*, pp. 280-283 y 304-327.

jadeando, lo mismo que si quisiera —tolérense versos míos— ¡Lo mismo que si quisiera / robarse el disco del sol / para usarlo en la bandera!”.³¹ De esta manera, la participación de los aviadores argentinos en la guerra incrementa esa admiración popular por los ases del aire. Pues fueron los aviadores y no cualquier tipo de voluntarios los que accedieron a ese lugar preferencial en la prensa que alentó, además, su construcción mítica. El cruce entre esa dimensión técnica y el heroísmo que rodeaba a la incipiente aviación nacional hizo de ese puñado de aviadores argentinos que participaron de la guerra una suerte de héroes modernos del panteón plebeyo de la metrópolis moderna.³²

El 15 de enero de 1916, Federico Ribas, corresponsal de *Caras y Caretas* en París, realizó la primera entrevista de un medio local a Vicente Almonacid. La crónica, ilustrada con varias fotografías, se inicia con un encuentro ocasional en el tren entre el repórter y el riojano Hernán Carril quien iba rumbo al regimiento a visitar a su comprovinciano y amigo y que será su *partener* durante toda la entrevista. Luego de aclarar los motivos que lo llevaron a enrolarse como voluntario (“mi cariño a Francia por un lado, un poco de deseo de aventura y curiosidad hacia el peligro por otro lado”) Almonacid narró algunas de las principales misiones en las que había participado desde su llegada al ejército francés. Formó parte de la guardia constante que tenía como objetivo impedir que los *Taubes* volasen sobre París, realizó vuelos nocturnos sobre la Ciudad Luz y posteriormente fue incorporado a la 27e escuadrilla del ejército francés, cuya misión principal consistía en volar sobre el territorio enemigo para bombardear estaciones y fábricas de municiones. Almonacid le contó a Ribas los detalles de algunos de sus vuelos “más emocionantes”:

³¹ “Homenaje a Jorge Newbery”, *Atlántida: ciencias, letras, arte, historia americana, administración*, Buenos Aires, Coni Hermanos, Tomo XII, N° 39, marzo de 1914, p. 15. Incluso durante la guerra, la prensa seguirá dando cuenta de la historia trágica de los inicios de la aviación en Argentina. Véase, entre otros, “El accidente del Teniente Goubat”, *LP*, N° 16075, 14-11-1914, p. 9; “Las alas de Icaro”, *LM*, N° 1399, 30-11-1914, p. 1 y “II aniversario de la muerte de Newbery”, *FM*, N° 202, 10-3-1916.

³² Cabe aclarar que ese fenómeno no fue exclusivo de la prensa de Buenos Aires. En casi todas las grandes metrópolis, durante las primeras décadas del siglo XX, la figura de los aviadores y sus hazañas serán objeto de reverencia por parte de la opinión pública y tendrán un lugar muy destacado en la prensa popular. Véase, Peter Fritzsche, *A nation of fliers. German aviation and the Popular Imagination*, Cambridge, Harvard University Press, 1992; Robert Wohl, *A passion for Wings. Aviation and Western Imagination, 1908-1918*, New Haven – Londres, Yale University Press, 1994 y Scott W. Palmer, *Dictatorship of the air. Aviation culture and the fate of modern Russia*, Nueva York – Londres, Cambridge University Press, 2006. Sobre la aviación en el Brasil de los años ‘20 véase Nicolau Sevcenko, *Orfeo extático en la metrópolis. San Pablo, sociedad y cultura en los febriles años veinte*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo 3010, 2013, pp. 103 y ss.

Recibí la orden de bombardear una fábrica de gases asfixiantes a unos ciento cincuenta kilómetros de la frontera. Salí a las 4 de la mañana, todavía hacía noche y puse un par de horas en hacer el viaje de ida, pues soplaban un viento norte bastante fuerte [...] Recién salí el sol cuando empecé a bombardear la fábrica que me habían asignado. La séptima bomba causaba el efecto deseado. Casi se me vuelca el aparato, tan formidable fue la explosión. Bajé para ver si había quedado aún algo por *hacer* y cuando estaba a poca altura pude observar que varios aeroplanos, tomaban vuelo dispuestos a lanzarse en mi persecución. Sin perder un minuto empecé a tomar altura en vuelos en espiral pues además por *allá* abajo las ametralladoras comenzaban a funcionar. Cuando me encontré a mil quinientos metros me di cuenta que me encontraba rodeado de siete aviatiks que se proponían cortarme la retirada. Descendí de nuevo y puse el motor a toda velocidad, tomando la ventaja sobre los aparatos alemanes. Cuando ya casi me encontraba en territorio francés, mi corazón latía con menos fuerza, pues me sentí ya casi seguro de mi salvación. Por medio de una hábil maniobra logre atraerlos hacia la zona dominada por la artillería francesa, la cual comenzó un fuego incesante contra mis perseguidores, logrando *descender* dos de ellos y obligando a los otros a huir. Créame que cuando aterricé [sic] *largué un respiro muy fuerte* pues aquel día sentí un poquito de miedo pues vi la muerte de muy cerca. Excuso decirle que mi aparato estaba acribillado de balas.³³

Por esta acción Almonacid fue citado en el orden del día y pocos días después recibió su primera condecoración: la “Medalla militar”. La crónica de Ribas contiene los principales tópicos de una construcción simbólica que hará de este desconocido aviador argentino un héroe popular con nombre y apellido. La imagen del intrépido aviador solitario, amante del peligro y poseedor de una habilidad extraordinaria por la cual le son encomendadas acciones temerarias. La nota culmina con el anuncio de Almonacid sobre una nueva y peligrosa aventura de la que no podía brindar mayores detalles aunque bromeó sobre su destino: si retornaba vivo, tal vez le fuera concedida la Legión de Honor. Ya de regreso en el tren, Ribas apelaba a una frase de su compañero Carril para el cierre de la crónica: “Estate seguro que vuelve. Los riojanos han tenido dos tigres: el de los Llanos y este...”.

Pocas semanas después otro cronista estrella de los medios porteños, Juan José de Soiza Reilly, corresponsal de *Fray Mocho* y del diario *La Nación*, realizó otra entrevista a los aviadores argentinos. En un gesto de reconocimiento posterior de la importancia que tuvo esa crónica, fue seleccionada por Soiza Reilly para la confección de su libro de entrevistas a personajes célebres llamado *Hombre Luminosos*.³⁴ Las menciones a la figura de Almonacid en la historiografía sobre las repercusiones de la Gran Guerra en

³³ Federico Ribas, “Desde París. Un aviador argentino en la guerra”, CyC, N° 902, 15-1-1916. En ese reportaje el aviador argentino también narró la acción por la cual recibió la cruz de guerra, “esa cruz de cobre con la que se premia a los héroes” que Almonacid lucía en su pecho: un vuelo de reconocimiento fotográfico de las posiciones alemana que fue repelido con un ataque de obuses que destruyó un ala de su avión por lo que tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia.

³⁴ Editado en Montevideo por Vicente Matera en 1920 con prólogo de Armando Donoso y epílogo de otro corresponsal argentino de la Gran Guerra, Alejandro Sux. El libro recogía las entrevistas y semblanzas de diferentes personajes como Florencio Sánchez, Bartolito Mitre, Julio Herrera y Reissing, Baltasar Brum, José María Cao, Francisco Barroetaveña, Florencio Parravicini y Alberto Tena, entre otros.

Argentina han tomado como referencia el texto incorporado en el libro de 1920 pero no la crónica original publicada en marzo de 1916 en el semanario *Fray Mocho*.³⁵ Si se cotejan ambas versiones surgen algunos detalles interesantes. En primer lugar, el cambio del título pues la crónica publicada en *Fray Mocho* giraba en torno a los aviadores argentinos mientras que la versión incorporada en el libro de 1920 tiene por título “Almonacid”. En segundo lugar, en la versión incluida en el libro de 1920 Soiza Reilly agrega una llamada en el título que contiene una sugestiva aclaración: “Esta crónica fue la primera publicación argentina que se hizo sobre el ilustre aviador argentino, dándolo a conocer en su propia patria. En entonces el pueblo no lo conocía y solo varios de sus amigos, Giménez Lastra, Ghisso, Videla Dorna y yo, creíamos en su triunfo nativo”.³⁶

Las modificaciones incorporadas en la versión incluida en el libro publicado en los años de la inmediata postguerra permite constatar la rápida transformación de Almonacid desde aquellas primeras entrevistas a comienzo de 1916, cuando era un soldado desconocido hasta, como veremos enseguida, su llegada al país en 1919 recibido por una multitud como un héroe nacional. Pero ese breve pasaje revela algo más que el exponencial crecimiento de la figura de Almonacid. Al parecer, Soiza y Ribas se disputaban el honor de haber realizado la primera entrevista al aviador riojano. Ambas notas son muy similares, describen los mismos enfrentamientos, las condecoraciones y anuncian una misión inminente y muy riesgosa. Sin embargo, atendiendo tanto a la fecha propuesta por Soiza sobre su realización (22 de enero de 1916) como a la de su publicación efectiva en *Fray Mocho* (3 de marzo de 1916), la crónica realizada por Ribas es la que debe ser considerada como la primera entrevista a Almonacid en un medio local durante la Gran Guerra.

Más allá de estos detalles, el escrito de Soiza Reilly replica la tendencia a la “panteonización” del aviador riojano aunque también menciona allí a Benjamín Giménez Lastra. Acompañado de Gervasio Videla Dorna, antiguo presidente del Aero Club Argentino de Buenos Aires, el repórter logró entrevistar a estos dos “guerreros del aire” en un descanso de sus actividades. Soiza enfatiza fuertemente el aspecto que más se ha señalado respecto de estos voluntarios, su adhesión a Francia, “patria espiritual de los indios de América”. De hecho, la descripción de los entrevistados busca enfatizar los

³⁵ Véase la bibliografía mencionada en el cita 29.

³⁶ Juan José de Soiza Reilly, “Almonacid”, en *Hombre luminosos*, Montevideo, Vicente Matera, 1920, p. 131.

lazos y las simpatías que unían a la Argentina con Francia.³⁷ Sin embargo, más allá de esas simpatías, el texto replica los giros de esa construcción heroica de ambos pilotos. La temeridad, el arrojo y la audacia hace que emprendan sus misiones como si fueran un evento deportivo: “Riendo y bromeando creen posible todo lo imposible. ¡Bello optimismo gaucho! Cada cual vuela en su máquina como si guiara un automóvil. Traspasan la línea de fuego. Arrojan sus bombas. Esquivan los proyectiles enemigos y bajan silbando un tango criollo”.

Esa construcción también se traduce en las muestras de respeto mencionadas en la crónica (“la gente, por la calle, se detiene a mirarlo y admirarlo”) cuando Almonacid y Soiza se disponen a almorzar en el Café de París de la avenida de la Opera. Particulares, viejos soldados desmovilizados, señoritas, todos se inclinan a admirar a “aquella gloria francesa que pasaba”. Y el cronista agrega además otro atributo a la personalidad del riojano, la modestia: “A no mediar la camaradería que nos une y cierta admiración recíproca que nos fraterniza muy áspero hubiérame sido realizarle el reportaje”, giro que probablemente también responda a la sorda batalla con Ribas por obtener la primicia. Esa imagen del héroe viviente es condensada en el párrafo final de la crónica del entrerriano. Al despedirse del aviador, Soiza lo ve perderse entre la multitud frenética que recorre los bulevares y narra la siguiente escena: “Un caballero, que luce la Legión de Honor en el ojal del sobretodo, se ha detenido con un chico, a mirarlo y lo saluda. El muchacho pregunta:

—Papá: ¿quién es ese oficial?

— Es un *héroe* — le responde el padre — ¡Quítate el sombrero!

La escena final narrada por Soiza ratifica la clara propensión de los cronistas porteños a construir una imagen simbólica de estos voluntarios como héroes nacionales la cual, en gran medida, responde a la admiración que incluso antes de la guerra despertaban personajes como Jorge Newbery.³⁸ Esa tendencia será replicada en otros

³⁷ Cf. Lorenz, *op. cit.*, p. 76. Escribe Soiza: “En la aviación francesa, hay dos jóvenes argentinos que han logrado imponerse por su valor y por su inteligencia. Uno de ellos es un pacífico riojano, de histórica familia provincial, sin una gota de sangre francesa en las venas pero más que la torre Eiffel: se llama Vicente Almandos Almonacid. Su padre fue gobernador de La Rioja. El otro es santiagueño, más criollo que el arroje, pero francés de espíritu y muy popular en toda América por sus audaces y valientes vuelos aeronáuticos. Lo ha popularizado también una tragedia: fue el compañero de nuestro inolvidable Newbery en la caída de los Tamarindos, en Mendoza, donde éste falleció y aquél libróse por milagro de una muerte segura. Me refiero a Benjamín Giménez Lastra”. “La aviación bélica. Aviadores argentinos en el ejército francés”, *FM*, N° 201, 3-3-1916.

³⁸ Lorenz entrevistó en este pasaje un gesto de reconocimiento por parte de Francia, la nación defendida, para con los voluntarios argentinos. Sin embargo, cabe recordar que la crónica fue escrita y publicada en

escritos de la prensa y de algunos intelectuales y políticos argentinos hasta el final de la guerra.³⁹ La figura de los aviadores y de Almonacid en particular, ocupa un lugar destacado en el libro de Alejandro Sux, corresponsal del diario *La Prensa* en París, dedicado a los voluntarios sudamericanos que participaron de la Gran Guerra.⁴⁰ El senador Joaquín V. González también le dedicó en varias oportunidades unas páginas al aviador oriundo de su provincia natal en las cuales ya circulan algunos de los epítetos luego consagrados para describir al “Cóndor de Famatina”.⁴¹

Esa construcción simbólica en torno a la figura de Almonacid explica la fascinación popular que produce su llegada a la Argentina en septiembre de 1919. El evento fue organizado por un comité de recepción que estuvo integrado por Joaquín V. González, Enrique Loncán y Belisario Roldán, entre otros.⁴² Una muchedumbre anhelante esperaba en las dársenas del puerto de Buenos Aires para manifestarle su admiración y reconocimiento. Las fotografías publicadas por los semanarios porteños muestran al aviador riojano con su uniforme militar y sus condecoraciones en el pecho llevado en andas por una multitud. Esa visión de Almonacid como un héroe nacional será reiterada insistentemente en los escritos que acompañan esas imágenes de la llegada del ídolo. “Llega el héroe, sonriente, modesto, en su íntimo orgullo por la coronación de sus esfuerzos” afirmó *Caras y Caretas*.⁴³ Esa misma semana, Almonacid

un medio porteño no francés ni menos aún oficial como para otorgarle ese estatuto a la crónica de Soiza Reilly que permitiera avalar dicha interpretación. Cf. Lorenz, *op. cit.*, p. 87.

³⁹ Cf. “Los pilotos argentinos. Con el Sr. Giménez Lastra”, *LP*, N° 15678, 23-2-1917, p. 9.

⁴⁰ Alejandro Sux, *Los voluntarios de la libertad. Contribución de los latino-americanos a la causa de los aliados*, París, Ediciones Literarias, 1918, pp. 173-179. De hecho, Almonacid encabeza la lista de argentinos mencionados por Sux. Allí se reiteran los trazos de la construcción heroica del derrotero del aviador riojano.

⁴¹ Joaquín V. González, “Almonacid”, *Obras Completas*, La Plata, UNLP, Volumen XX, 1936, pp. 191-203. Allí González escribe: “como un cóndor arrancado de su roca por la inmensa campanada de agosto de 1914, surca de un vuelo la distancia desde su nevado de Famatina, a través del Océano, hasta los campos consagrados por la más grandes y sacra de las guerras humanas y f a ofrecer sus alas, su garra y su entusiasmo ingénito a la causa de la libertad y del ideal [...] Cuando un hombre h entrado en el nimbo de la gloria, toda su vida pasada se ilumina como un resplandor. Y Almonacid ha fijado como una estrella su nombre y el de su Patria, en el firmamento de la inmortalidad, derivada de las proezas de guerra por sus ideales supremos”. El texto data de julio de 1917. La imagen del cóndor que atravesó el Atlántico también era utilizada por Sux en *Los voluntarios de la libertad*, *op. cit.*, p. 173.

⁴² González fue también el encargado de realizar el discurso en un acto posterior realizado en honor de “los hijos de La Rioja y Catamarca, a los héroes vueltos a la Patria, victoriosos de las batallas de Francia, Capitán Almonacid y soldado Dr. Luis Acuña”. Cf. “Bajo el Arco del Triunfo”, *Obras Completas*, La Plata, UNLP, Volumen XX, 1936, pp. 207-216. El caso de Belisario Roldán es sintomático de la liviandad de los alineamientos de algunos intelectuales porteños durante la guerra: considerado “germanófilo” por sus enemigos, en 1917 participará de los mítines “neutralistas” y en los años de la postguerra será el prologuista de la compilación de las crónicas de Kinkelin publicadas anteriormente en el diario *La Nación*. Sin embargo, ni él ni los demás parecen haber manifestado reparos sobre su presencia en la recepción del héroe argentino que había combatido para la gloria de Francia.

⁴³ Cf. “Almonacid”, *CyC*, N° 1095, 27-9-1919.

fue portada de una revista deportiva que acababa de salir, *El Gráfico*, luciendo sobre el pecho de su uniforme militar las condecoraciones recibidas por su participación en la guerra (figura 23).

Claramente, las expectativas generadas en torno a estas figuras no pueden reducirse al hecho de haber combatido para los ejércitos de Francia, la nación que gozaba de mayores simpatías en la prensa y la opinión pública local. Aunque provenientes de las clases sociales más acomodadas de la Argentina, en gran medida gracias a esa elaboración mitológica que realizó la prensa porteña, estos aviadores se transformaron en una suerte de ídolos populares que antecedieron fugazmente a figuras posteriores como los cantantes de tango, los futbolistas y las actrices de cine.

A partir de 1915 esa representación más dinámica y móvil de la Gran Guerra será complementada con las imágenes de la guerra en el mar y los primeros empleos de los tanques diseñados por el Reino Unido apelando a notas descriptivas como las ya señaladas.⁴⁴ Pero también a medida que la guerra submarina acapare la atención de la prensa porteña algunos reporters porteños intentarán brindar una imagen más detallada del accionar de los submarinos. Sin dudas, el caso más logrado fue la serie de cuatro crónicas escritas por Javier Bueno, corresponsal de *Caras y Caretas*, que a mediados de junio de 1915 pudo pasar dos días a bordo de un submarino alemán.⁴⁵ En ellas, Bueno narra sus “aventuras” a bordo de un submarino alemán que realizó una travesía al mar del Norte donde pudo presenciar el hundimiento de un buque inglés y cuyo correlato es la emergencia de una mirada mucho más condescendiente respecto a estos métodos de guerra utilizados por Alemania que, como se verá más adelante, provocaron la indignación de un amplio sector de la prensa local.⁴⁶

Y a su vez, desde comienzos de 1915 comenzará a ser eclipsada por la imagen de las trincheras. Inicialmente las trincheras no eran presentadas como los lugares miserables, embarrados y llenos de ratas que llegarían a convertirse con el tiempo en el

⁴⁴ Véase, entre otras, A. Rousseau, “La guerra submarina”, *LN*, N° 15513, 4-3-1915, pp. 4 y 5; “Los guardianes del mar”, *CyC*, N° 874, 3-7-1915.

⁴⁵ Así lo destacaba el propio Bueno en un carta enviada al director de la revista fechada en Berlín en junio de 1915: “Mi querido y respetado director: adjunto cuatro artículos de una excursión que acabo de hacer en un submarino alemán. He sido el único periodista que ha obtenido permiso para esto y tras de muchas diligencias y solicitudes, *Caras y Caretas* será la sola revista de América que puede decir que su corresponsal en la guerra ha visto hundir barcos a los submarinos alemanes [...] Como siempre, a su ordenes, su devoto amigo, Javier Bueno, Corresponsal de guerra”. Cf. Javier Bueno, “Dos días en un submarino alemán”, *CyC*, N° 878, 31-7-1915.

⁴⁶ “Alemania no se fatiga, Alemania no descansa. Alemania no necesita que ningún político haga discursos para convencerla de que hay que fabricar cañones, obuses, armas para su ejército. Alemania sabe que tiene que defenderse y ni un momento siente el cansancio”. “Dos días en un submarino alemán IV”, *CyC*, N° 881, 21-8-1915.

símbolo de la guerra. Por el contrario, las primeras imágenes y representaciones sobre ellas tenderán a presentarlas como algo confortable, limpio y hasta agradable. En enero de 1915, Gastón Lear escribió una extensa nota dedicada a la vida en los campamentos y las trincheras francesas motivada por la curiosidad en torno a ese nuevo tipo de guerra.⁴⁷ Este temprano escrito de Lear es un buen ejemplo de las percepciones contemporáneas sobre el cambio en la lógica de la guerra y su rápida transformación en una “guerra de trincheras” desde finales de 1914 y comienzos de 1915.⁴⁸ La imagen resultante de la crónica es una apacible vida en los campamentos donde los enfrentamientos entre las trincheras “es un sport que divierte a los soldados”. El diseño del campamento es “perfectamente alienado como una ciudad moderna”, donde las calles tienen “títulos encantadores” y “los músicos amenizan las vigilias” acompañados de cómicos, saltimbanquis y actores. La bucólica y jovial descripción era acompañada por una serie de fotografías claramente tomadas por un profesional vinculado al ejército donde los soldados en pose ilustraban diferentes facetas de la nueva vida en las trincheras que en gran medida trataba de emular a vida en la retaguardia. Y al igual que ocurre con las lecturas sobre los avances técnicos ligados a la guerra, las trincheras fueron también consideradas al menos inicialmente como un símbolo del progreso.⁴⁹

Una imagen muy similar será presentada en las primeras crónicas de Enrique Gómez Carrillo y Vicente Blasco Ibáñez sobre las trincheras. Sobre todo en el caso del escritor español, que a comienzos de 1915 emprendió una larga gira por los campos de batalla y las trincheras del ejército francés que contó con el apoyo del Estado y los altos mandos militares, las primeras crónicas sobre esa nueva forma de guerra que había irrumpido en el horizonte europeo buscaban mostrar un cuadro ciertamente idealizado y heroico de ese nuevo mundo subterráneo.⁵⁰

⁴⁷ “Todos los cronistas europeos han tratado de aproximarse a las trincheras francesas con el objeto de ver lo que allí pasa y cómo se vive”. Gastón Lear, “La vida en el campamento francés”, *CyC*, N° 848, 2-1-1915.

⁴⁸ “Ya ha sido llamada esta contienda por muchos publicistas ‘la guerra de trincheras’ y basta ese detalle para reconocer que las operaciones se reducen a movimientos estratégicos, a luchas de artillería a gran distancia y a sorpresas parciales de las que nadie conocemos la verdad puesto que cada corresponsal ha narrado los hechos a su manera”. *Ibidem*.

⁴⁹ “Es la consecuencia del progreso en todo: la lucha se realiza de acuerdo a los aprendizajes tomados al progreso y así, las trincheras, los campamentos, los fosos tienen algo de él”. *Ibidem*. Otra visión idealizada sobre las trincheras puede verse en la descripción hecha en “Cómo son las trincheras alemanas”, *EH*, N° 274, 1-1-1915.

⁵⁰ Cf. Enrique Gómez Carrillo, “La vida trágica. En un campamento francés”, *LN*, N° 15517, 8-3-1915, p. 4; Vicente Blasco Ibáñez, “Marcha subterránea”, *FM*, N° 170, 30-7-1915 y “En las trincheras”, *FM*, N° 171, 6-8-1915.

Esa representación sobre las trincheras parecía tan forzada que desató las ironías de algunos dibujantes porteños como Pelayo. En febrero de 1915 una de las viñetas que componía su columna estable “La semana cómica” comparaba las bondades de las trincheras en relación con las míseras piezas de pensión de la ciudad de Buenos Aires. La imagen que se titula “¡Mejor se está en las trincheras!” muestra a dos hombres harapientos que comparten una pieza lúgubre con una sola cama (figura 24). Uno de ellos sentado sobre ella lee un diario en voz alta: “En las trincheras subterráneas hay cuartos de baño y de todo confort moderno” y el otro, fumando acostado sobre el suelo le responde: “¡Che, que diferencia con las espléndidas piezas de 30 pesos de aquí!”.⁵¹ En menos de un año esa visión idealizada sobre la guerra de trincheras habrá cambiado drásticamente. En enero de 1916, la portada de *Fray Mocho* a cargo de José María Cao mostraba el diálogo entre el diablo y un soldado muerto en el infierno. Rodeados de vapores y víboras el diablo le pregunta “¿Y no te gustaría volver a la trinchera?” y desde el caldero gigantesco en el que está sumergido el soldado le contesta: “No. Esto comparado con aquello es el paraíso”.⁵²

Una vez que el resto de los corresponsales pudieron hacerse una idea más cabal de lo que implicaban las trincheras, esa imagen de confort y tranquilidad comenzó a erosionarse rápidamente aunque sin perder el tono triunfalista indispensable de todo escrito que pretendiera pasar por los controles de la censura francesa.⁵³ La guerra de las trincheras traerá aparejada también la representación de ese tipo de combate como algo absurdo, carente de sentido si se piensa en el esfuerzo material y humano que implicaba ganar unos escasos metros de tierra arrasada. A eso apuntaba la portada del semanario *Fray Mocho* publicada a mediados de mayo de 1915: un soldado inglés y un alemán combaten en medio de la nieve que cubre una trinchera y el alemán que se ha rendido y perderá su posición le pide al enemigo que le cuide unos pollos hasta que vuelvan a tomarla los ejércitos del káiser en unos quince días (figura 25).⁵⁴ Traducido al lenguaje visual con un mensaje muy coloquial, el dibujante José María Cao condensaba en esa portada una crítica al sinsentido de la guerra de trincheras. A medida que la guerra revele al mundo su faz más terriblemente mortífera, con la utilización de los gases y las gigantescas batallas en las que morirán miles de personas en unos pocos meses con el

⁵¹ Pelayo, “La semana cómica”, *MA*, N° 214, 10-2-1915.

⁵² José María Cao, “En el quinto infierno”, *FM*, N° 194, 14-1-1916.

⁵³ Cf. Guglielmo Ferrero, “En las trincheras francesas. El espíritu de las tropas”, *LN*, N° 15482, 31-1-1915, p. 4 y Javier Bueno, “En las trincheras alemanas”, *CyC*, N° 870, 5-6-1915.

⁵⁴ José María Cao, “En las trincheras”, *FM*, N° 159, 14-5-1915.

objetivo de ganar unos escasos metros de tierra, será posible advertir en las páginas de la prensa periódica porteña diferentes críticas al uso de la técnica al servicio de la muerte.

Esa modificación de la mirada sobre el lugar que ocupa la técnica en la Gran Guerra se entrama con un cambio de percepción sobre la guerra en general. Durante los primeros meses de 1915 en la prensa periódica porteña emergen diversos diagnósticos e interpretaciones que revelan la percepción de un cambio en la naturaleza y el alcance del conflicto que la historiografía sobre la Primera Guerra Mundial ha considerado como el viraje de 1915 hacia la guerra total.⁵⁵ Al comienzo tímidamente pero luego de forma mucho más clara, los diarios y las revistas de Buenos Aires comenzaron a conjeturar que se estaba frente a un combate de características novedosas, en otras palabras, frente a un nuevo tipo de guerra. El primero y más evidente de esos nuevos rasgos del conflicto era su prolongación y, sobre todo, la incapacidad para poder definir cuándo terminará la contienda. Finalizadas las certezas que rodeaban al pronóstico sobre el fin de la guerra para la Navidad de 1914 toda nueva conjetura parecía apresurada. Los pronósticos sobre el fin de la guerra y las posibilidades de la paz serán de ahí en adelante un lugar común en las páginas de los diarios porteños, periódicamente ajustadas a la nueva realidad hasta la firma del armisticio en noviembre de 1918.⁵⁶

Un segundo elemento de esta nueva caracterización de la guerra está relacionado a los fines del combate. Más allá de las anexioniones territoriales y de las disputas por los territorios coloniales, a partir de 1915 el objetivo principal de la guerra está relacionado con el aniquilamiento completo del adversario. En esa clave de la lectura, el enfrentamiento parecía reducirse a un combate entre Inglaterra y Alemania, enfrascados en una lucha hasta las últimas consecuencias.⁵⁷ En esa guerra a muerte un tercer rasgo nuevo es el ataque contra los civiles. Como ya había demostrado la campaña alemana sobre el territorio belga y francés en 1914, la distinción entre civiles y combatientes tenderá a hacerse cada vez más pequeña a lo largo de la guerra que deviene así en una guerra de masas no sólo por el grueso de los contingentes de soldados consumidos

⁵⁵ Cf. John Horne (Dir.), *Vers la guerre totale. Le tournant de 1914-1915*, París, Tallandier, 2010.

⁵⁶ Aníbal Latino, "El gran conflicto. La fecha probable de su terminación", *LN*, N° 15455, 4-1-1915, p. 4. En el mismo sentido cf. Pedro S. Lamas, "¿Cuánto durará la guerra?", *LR*, N° 2875, 27-1-1915, p. 4.

⁵⁷ "Sólo Inglaterra y Alemania son las que dicen: no depondremos las armas hasta no destruir por completo al militarismo prusiano, hasta no reducir a Alemania a una potencia que no inspire peligro dicen los ministros y generales británicos [...] Y a su vez el Káiser, este si habla, hasta destruir el navalismo inglés y reducir a la nada a esa nación egoísta [...] la paz no llegará hasta que quede una de ellas anuladas y como es un poco difícil dar en tierra con semejantes colosos está lejano el día de la concordia y de la terminación de la sangrienta contienda". "Hasta vencer", *EN*, N° 19665, 13-1-1915, p. 1.

diariamente en las grandes batallas sino también por los civiles involucrados en ella. En esa percepción el bombardeo sobre las ciudades abiertas e indefensas fue un elemento clave en la conformación de ese diagnóstico sobre los cambios en la naturaleza de guerra.⁵⁸

Esta nueva caracterización sobre la naturaleza de la guerra permitió la reafirmación de una mirada mucho más crítica sobre la faceta tecnológica e industrial del conflicto. Como señaló tempranamente uno de los reporters de mayor prestigio mundial, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, corresponsal de *La Nación*, una de las caras más horrible de esa guerra moderna estaba relacionada con la despersonalización de la muerte que posibilitaba el uso de la técnica:

Lo horrible de la guerra moderna es eso. Los soldados se matan sin verse. Un hombre cae sin saber de dónde ha salido la bala que lo hiere. Un hombre tira y no sabe si su disparo va a perderse en el espacio o si va a cegar una existencia. Sorprendidos de pronto por una lluvia de fuego, los regimientos vuelven la vista hacia uno y otro lado y no descubren sino colinas que los rodean ¿Cómo defenderse? ¿Cómo huir siquiera? Por más que corran los caballos, las granadas corren más, las granadas vuelan, las granadas pasan por encima de las selvas, de las ciudades, de las montañas, para caer siempre, cual el rayo, haciendo hecatombes. La guerra moderna – dicen los militares – es un duelo de artillería. Pero la idea de duelo supone la presencia de adversarios. La guerra moderna, en realidad, es el desencadenamiento de los elementos bárbaramente captados por la ciencia.⁵⁹

Una cierta nostalgia recorre el escrito de Gómez Carrillo. Las implicancias técnicas de la Gran Guerra dejaban sin efecto el heroísmo de antaño y los duelos cara a cara entre los adversarios. Pero además esa despersonalización de la muerte hacía de la conflagración europea una guerra sin belleza, sin grandeza, “antiestética” y “antipoética” como sostenía Ortega Anckermann en las páginas de *El Hogar*, a raíz de una comparación entre las cargas de caballería pintadas por Detaille y los “sucios ‘poilus’ chapoteando en el barro”.⁶⁰

⁵⁸ Sobre los bombardeos alemanes a la costa británica *La Argentina* comentaba en un editorial de comienzos de 1915: “Los taubes y los zeppelines alemanes, remontados a gran altura y arrojando bombas explosivas sobre pueblos y ciudades entregados al sueño, es un espectáculo tan bárbaro, tan desconsideradamente inhumano que no es extraño que el mundo entero y América especialmente haya sentido estremecimientos de horror y que la más enérgica y unánime reprobación se haya patentizado en los países no beligerantes, ante un hecho que viene a culminar la negra serie de atrocidades germanas”. “La barbarie en la guerra”, *LA*, N° 3475, 23-1-1915, p. 4

⁵⁹ Enrique Gómez Carrillo, “La vida trágica. El alma de la guerra”, *LN*, N° 15415, 24-11-1914, p. 4.

⁶⁰ “Sean como fueren las viejas guerras, la de hoy en nada se les parece. En esta, desde el terreno hasta los combatientes, todo es antiestético y antipoético. En lugar de los flamantes escuadrones galopando sobre un campo en flor que pintara Detaille, tenemos a los sucios ‘poilus’ chapoteando en el barro, escondidos en lóbregas trincheras, como topos. La esbelta lanza y el luciente sable ha sido reemplazados por una cosa tan inmundada como los gases asfixiantes. Y entre los jefes, ¿dónde encontrar las gallardas figuras de cromo de un Turenna, de un Gonzalo de Córdoba, un Condé cabalgado en briosos corceles al frente de sus legiones? No. Los de hoy ignoran la equitación y tienen por toda arma el inofensivo tubo de teléfono. Y

Como puede apreciarse, la crítica a la guerra industrial también incluyó, desde muy tempranamente, las referencias a sus implicancias para la producción artística y literaria. En este sentido, el crítico literario francés Rémy de Gourmont, asiduo colaborador del diario *La Nación*, publicó una reflexión sobre el impacto de la guerra en la literatura francesa contemporánea. Aunque breve, este artículo anticipa uno de los tópicos recurrentes en el debate sobre la literatura en la inmediata postguerra, a saber: el carácter anti-épico de la guerra tecnificada que cercena las posibilidades de la imaginación artística. En ello, según el argumento del crítico, la técnica cumple un papel fundamental pues el combate mecanizado no sólo limita la acción creativa de los combatientes sino que impide el surgimiento del héroe trágico bloqueando así las posibilidades para su tratamiento estético a consecuencia de la primacía de la técnica en lo social y lo militar.⁶¹

En un registro más mundanamente, lo que impacta de esos cambios introducidos en el potencial de los arsenales europeos es el número de muertos que genera esa nueva guerra industrial. De ahí en adelante la imagen de la vieja Europa que devora a sus hijos en una carnicería será muy frecuente en la prensa porteña. Un ejemplo de ella puede verse en la portada del semanario *PBT* de fines de mayo donde una anciana repostera que representa el declive de Europa, cocina la paz a fuego lento y para ello introduce en un gigantesco horno a decenas de pequeños soldados como si fueran leña (figura 26).⁶² Al igual que ocurre con las interpretaciones sobre la guerra como una fractura civilizatoria, este registro crítico sobre el uso de la técnica en la contienda reabre una discusión sobre los alcances del progreso como categoría tradicionalmente asociada a los avances científicos y tecnológicos desde el siglo XIX. Cuando la Gran Guerra revele esas macabras utilidades de los inventos producidos luego de años de investigación y trabajo, diferentes diagnósticos insistirán en la idea de que Europa como paradigma de la civilización y la idea ciencia misma habrían entrado en una crisis sin retorno. La noción de una ciencia sin alma y sin moral será la clave utilizada para tratar de explicar

así las prestigiosas figuras del pasado han sido cambiadas por un Joffre aburguesado, gordo y vulgar; un Hindenburg con cara de bull-dog malhumorado; un káiser raquíto, con un brazo anquilosado y un Víctor Manuel paseándose por el Isonzo con un impermeable que le viene grande". F. Ortega Anckermann, "Notas y comentarios de actualidad", *EH*, N° 317, 29-10-1915. Jean Baptiste Édouard Detaille (1848-1912) fue un pintor de estilo académico francés cuya obra está dedicada casi íntegramente a temas militares, en particular, sobre la guerra francoprusiana de 1870.

⁶¹ Rémy de Gourmont, "La guerra y la literatura francesa", *LN*, N° 15481, 30-1-1915, p. 4. Sobre el debate suscitado por el impacto de la guerra en la producción artística véase, José Fernández Vega, "Crisis política y crisis de representación estética. La Primera Guerra Mundial a través de *La Nación* de Buenos Aires", *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal, UNQUI, Año 3, N° 3, 1999, pp. 143-163.

⁶² José Olivella, "Preparando dulce", *PBT*, N° 548, 29-5-1915.

cómo un símbolo tan unívoco del Progreso había devenido en un elemento más de esa guerra sanguinaria.⁶³.

En suma, el estudio sobre el papel desempeñado por la tecnología en la imaginación popular de Buenos Aires de los años de Gran Guerra arroja un panorama cambiante. La importancia asignada a esa primera imagen de la Gran Guerra ligada a los combates aéreos muestra la fascinación de un amplio sector de la prensa y la opinión pública porteña con esas novedades que parecen sacadas del contexto de muerte y destrucción para el que fueron diseñados. Este tipo de notas fueron una forma de difusión y de apropiación de las novedades técnicas que Europa había pergeñado y puesto al servicio de la guerra y colaboraron en la conformación de una suerte de “imaginación bélica” en Buenos Aires. Con altibajos esa curiosidad permanecerá a lo largo de la guerra y hará nuevamente eclosión en las notas dedicadas a los aviadores argentinos que participaron de la contienda, obligando a naturalizar la consabida imagen de la Primera Guerra Mundial que la reduce al combate de trincheras. Sin embargo, desde comienzos de 1915 esta imagen dinámica de la contienda se superpone con la representación más convencional sobre la guerra de trincheras y las grandes batallas de materiales. En ese contexto, se hace mucho más palpable la emergencia de una mirada crítica sobre esa dimensión de la guerra técnica e industrial. Aunque no fue ajena al mundo de los magazines, las críticas a la dimensión técnica de la guerra sobre todo en sus implicancias para el mundo del arte y la literatura estará mucho más ligada a la reflexiones sobre los cambios en la naturaleza de la guerra de ciertos intelectuales y corresponsales exteriores.

2. La “otra” guerra: la globalización del conflicto y los nuevos escenarios de combate

Desde finales de 1914, el establecimiento definitivo del frente occidental coexiste coincidir con un fenómeno en apariencia contradictorio: la globalización de un conflicto que deja de ser estrictamente europeo y de manera más o menos directa comienza a afectar a todos los confines del globo. Ese cambio de escala que supuso la transformación de la conflagración europea en una verdadera guerra mundial obligó a la

⁶³ En ese sentido véase el extenso escrito de Julio Piquet, “La caída de los titanes”, *LN*, N° 15484, 2-2-1915, p. 4. “Leyendo los cables que nos llegan desde Europa hay que decir con fe y con ansia: ¡ah, quien fuera salvaje!” comentaba el diario *La Mañana*. “¡Gran civilización! ¡fértil en artes destructoras y sin moral superior que la refrene! ¡Adónde irá el hombre que desee ser libre?”. Cf. “Júpiter Zeppelin”, *LM*, N° 1524, 16-4-1915, p. 1.

prensa porteña a un descentramiento de su atención casi exclusiva sobre Europa occidental para dar cabida a nuevos escenarios de combate en Asia, África y Europa del Este. La renovada atención sobre los escenarios no europeos del conflicto, territorios menos conocidos para la opinión pública local, dio lugar a una circulación de diversas configuraciones simbólicas y discursivas sobre “lo árabe”, “lo oriental” y “lo africano” que se remontaban a un anterior y largo proceso de representaciones sobre dichos escenarios pero que serán reactivadas y resignificadas en el marco de las campañas de propaganda de las potencias beligerantes. A su vez, si el ingreso de Italia en la guerra, ocurrido en mayo de 1915, marcó un punto importante de las repercusiones del conflicto en Buenos Aires dada las dimensiones de la colectividad italiana radica en el país, a partir de entonces cobró una mayor atención lo acontecido en el frente oriental dado su mayor movilidad y gracias a una recorrida realizada por dos corresponsales argentinos, Juan José de Soiza Reilly y Emilio Kinkelin, por la Polonia rusa.

En los últimos años, siguiendo la estela dejada por la obra de Edward Said, el estudio sobre la presencia del Orientalismo en la cultura argentina ha sido objeto de una significativa atención.⁶⁴ En dichas indagaciones, de modo más o menos explícito, el estallido de la Primera Guerra Mundial suele ser señalado como el inicio de un cambio en la valorización de los pueblos y las culturas de Oriente en el campo literario e intelectual argentino, en consonancia con un movimiento que por esos años afectaba a otras zonas de la cultura occidental que hizo del Oriente un nuevo polo de positividad política y cultural para apuntalar una nueva era civilizatoria surgida de la crisis de liberalismo ocasionado por la guerra.

Trasladada al ámbito del campo periodístico y de la opinión pública porteña durante los años de la Gran Guerra, sobre todo a partir de 1915 cuando la mundialización del conflicto obliga a la prensa de Buenos Aires a prestar una mayor atención a nuevos escenarios de combates ubicados en otros confines del globo, esa

⁶⁴ Cf. Martín Bergel, “Un caso de orientalismo invertido. La *Revista de Oriente* (1925-1926) y los modelos de relevo de la civilización occidental”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 10, 2006, pp. 99-117 y “La idea de Oriente en el pensamiento argentino decimonónico, de Sarmiento al positivismo de fin-de-siècle. Notas preliminares de investigación”, en Marisa Muñoz y Patrice Vermeren (Comp.), *Repensando el siglo XIX desde América latina y Francia*, Buenos Aires, Colihue, 2009, pp. 371-394. Axel Gasquet, *Oriente al Sur: el orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*, Buenos Aires, Eudeba, 2007 y “El orientalismo argentino (1900-1940). De la revista *Nosotros* al grupo *Sur*”, *Working Papers*, Latin American Studies Center, University of Maryland, N° 22, 2008. Los análisis sobre la presencia de esos discursos en la prensa periódica de gran tirada son mucho más minoritarios cf. Emmanuel Taub, *Otredad, orientalismo e identidad. Nociones sobre la construcción de un otro oriental en la revista Caras y Caretas, 1898-1918*, Buenos Aires, Teseo – Universidad de Belgrano, 2008.

hipótesis es parcialmente confirmada. Pero, a su vez, debe ser complejizada para poder dar cuenta de otras las diversas representaciones discursivas y visuales sobre “lo oriental”, “lo asiático” y “lo africano” que permiten develar los mecanismos propios de un proceso de construcción simbólica sobre esos escenarios en el marco de la guerra. De hecho, podría sostenerse que en el registro específico de la prensa periódica de gran tirada la construcción de un imaginario geográfico, social y cultural sobre esos territorios se encuentra suspendida entre diferentes y, a su vez, conflictivas representaciones sobre los pueblos y las culturas de Asia y África implicadas en la conflagración.

La primera de ellas revela la pervivencia de una mirada peyorativa sobre esos territorios, basada en una reiteración de diferentes estereotipos y lugares comunes que en Argentina adquirió su composición más acabada en lo que se ha dado en llamar “el paradigma sarmientino” sobre el Oriente. La presencia de motivos asiaticistas en la obra de Sarmiento, particularmente, en el *Facundo*, fueron utilizados con el objetivo de conocer y comprender las formas de la barbarie que habían surgido en la pampa argentina a mediados del siglo XIX. Para ello, Sarmiento acude con frecuencia al uso de analogías orientalistas, un recurso que Carlos Altamirano ha llamado la “cita orientalista”, como un código establecido que sirve, entre otras cosas, para producir conocimiento sobre el “otro” gaucho.⁶⁵ Las reflexiones de Sarmiento sobre el Oriente constituyen, a su vez, el punto de partida de una dilatada elaboración de esa imagen que se prolongará a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX, imantando diferentes zonas del campo cultural argentino como el modernismo, la teosofía y el ensayo positivista.

La dilatada trayectoria de esas imágenes y representaciones hicieron que, hacia 1914, esa imagen negativa sobre Oriente se hallara muy extendida en el campo cultural y en cierta medida también en la prensa periódica porteña. Como ya fuera señalado anteriormente, en ocasión del debate sobre las responsabilidades y a la escasa defensa de Rusia en el seno de la opinión pública porteña, la imagen más consensuada sobre el Oriente en la prensa local, aunque también ésta podía hacerse extensiva a Europa del Este y Rusia, se sostiene sobre una serie de rasgos negativos — la barbarie, el

⁶⁵ Cf. Carlos Altamirano, “El orientalismo y la idea de despotismo en el *Facundo*”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani*, tercera serie, 1994, FFyL-FCE, pp. 10. Sobre Sarmiento y el Oriente véase además Martín Bergel, “La idea de Oriente en el pensamiento argentino decimonónico, de Sarmiento al positivismo de fin-de-siècle”, *op. cit.*, pp. 371-381 y Axel Gasquet, “La traducción ideológica de Domingo F. Sarmiento”, en *Oriente al Sur: el orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*, Buenos Aires, Eudeba, 2007, pp. 73-99.

autoritarismo, la ausencia de la ley, el analfabetismo— que hace de esos pueblos y territorios un “otro” enemigo de la civilización occidental. Estas imágenes estereotipadas sobre el Oriente serán reiteradas a medida que la guerra arrastre hacia ella a otros países no europeos. Por ejemplo, a finales de agosto, con motivo del ingreso de Japón en la contienda junto a los aliados de la Entente, un exaltado Roberto Payró escribía:

Ya era bastante con que la Francia republicana se hubiera hallado en la terrible necesidad de apoyarse en el zarismo, de tender la mano a las ensangrentadas manos de hierro de la autocracia para sellar una alianza monstruosa que sólo justifica el derecho a la vida [...] Por mucho que haya progresado Japón, por admirable que sea su desarrollo material, sus ideas no son y probablemente no serán nunca las de las naciones liberales que trabajan por una civilización más elevada y perfecta, civilización de paz, de bienestar, de fraternidad universal: el país de los daimios y del haraquiri es un país todavía bárbaro.⁶⁶

Este párrafo revela los límites ya señalados en relación al alcance del término “aliadofilia” para poder dar cuenta cabalmente de los diversos alineamientos ante la guerra de la prensa local y de sus corresponsales. En este sentido, el ingreso de Japón en la guerra como un aliado de la Triple Entente, revela la emergencia de fisuras en la aliadofilia porteña sobre todo, en relación al intento de presentar a la conflagración como una cruzada de la civilización latina y sus valores frente a la barbarie y el autoritarismo prusiano, una visión dicotómica del conflicto establecida a partir de la invasión alemana de Bélgica. Como puede apreciarse, la crítica imagen que traza Payró sobre Japón, que en gran medida también alcanza a Rusia, le impide seguir presentado a la Gran Guerra en esos términos porque, lisa y llanamente, a pesar de su progreso material, el Imperio japonés era a su juicio un país “bárbaro” y “retrogrado”, lo cual implicaba una afrenta para Francia e Inglaterra que ya tenían bastante con haber tenido que recurrir a la ayuda de la Rusia zarista.⁶⁷

Paradójicamente, aunque apelando a sentidos diferentes, las publicaciones ligadas a la germanofilia porteña también presentarán una imagen negativa del Japón. Sin embargo, ésta no se hallaba relacionada a ciertos clichés previos sobre el Oriente que

⁶⁶ Roberto Payró, “Diario de un incomunicado”, *LN*, N° 15415, 24-11-1914, p. 4.

⁶⁷ En el mismo sentido, una nota del periodista español Luis Carbó, reproducida por el diario *Tribuna* a comienzos de noviembre de 1914, trazaba un paralelismo entre la barbarie rusa, representada en el arquetipo de los cosacos y una imagen de Japón muy similar a la presentada por Payró en sus crónicas. Cf. Luis Carbó, “Los japoneses y su idioma”, *TRI*, N° 7226, 3-11-1914, p. 3. Por su parte el diario *Tribuna* publicó un crítico artículo sobre el apoyo de Japón a la Entente: “Es un caso sorprendente. La civilización europea pidiendo ayuda a la semicivilización asiática es como desequilibrar a los más serenos [...] que Asia venga en auxilio de Europa es una calamidad diplomática. “El Japón y la civilización europea”, *TRI*, N° 7170, 29-8-1914, p. 1.

tensionaban la visión de la Entente como los baluartes de la libertad y la justicia sino más bien con su condición de súbdita “servil” de Inglaterra. En esa visión Japón es presentado como un verdadero peligro para el mundo blanco una cuestión que Inglaterra en su afán de destruir a Alemania no puede comprender. A finales de noviembre de 1914, el diario *La Unión* dedicaba un duro editorial sobre el ingreso de Japón en la guerra titulado “La máscara amarilla” que, basado en un esquema racista, hacía alusión a los motivos encubiertos de la declaración de guerra a Alemania. Para el editorialista, detrás de la máscara de simpatía y sonrisas permanentes de los japoneses se “oculta una astucia de la que no se ha dado cuenta el hombre civilizado”.⁶⁸ La polisémica dicotomía entre la civilización y la barbarie es empleada nuevamente aquí para brindar una explicación de los motivos encubiertos del ingreso de Japón en la guerra. A juicio de las publicaciones defensoras de Alemania, el Imperio del Sol aprovechará el contexto de la guerra para saciar sus anhelos imperialistas a expensas de los territorios coloniales de Alemania en Asia.

Desde esa perspectiva, Japón emerge como un actor en cierta medida carente de decisión propia, lanzado a la guerra por el sentimiento germanóphobo de Gran Bretaña que “subleva al mundo de los negros y los amarillos y arrastra —por primera vez en la historia del mundo— a una potencia asiática en un conflicto europeo”, aunque no haya mensurado cabalmente el riesgo geopolítico que implicaba el engrandecimiento del poderío japonés a expensas de los territorios alemanes en Asia como ocurrió rápidamente en el caso de Tsingtao.⁶⁹

Del mismo modo a lo que ocurre con la representación de Japón, la imagen de Turquía presente en la prensa porteña, sobre todo en el sector más radicalmente aliadófilo, insistirá en la reiteración de una imagen del turco como “bárbaro” que en gran medida reiteraba los mismos mecanismos utilizados en el proceso de “barbarización” del pueblo y la nación alemana con motivo de la invasión de Bélgica. De esta manera, Alemania y Turquía eran equiparadas apelando a un mismo tipo de comportamiento “bárbaro” y “salvaje” contra los civiles, en especial, contra las mujeres

⁶⁸ “La máscara amarilla”, *LU*, N° 23, 26-11-1914, p. 3.

⁶⁹ “¡Qué heroísmo arrancar a traición una pluma una pluma al águila que lucha contra el oso, el gallo, el león y otros de menor importancia! ¡Qué honor para Inglaterra echar encima de Alemania a los mongólicos después de las grandes hazañas de Togo y Daressalem y otras ‘acciones! [...] Probable es que este sea el primer acto de la comedia a que los alemanes asistirán interesados viendo como la media docena de sus enemigos de hoy, unidos únicamente por la envidia y el miedo que les inspiran, se desplumen unos a otros”. *Ibidem*. En el mismo sentido véase, entre otros, “El peligro amarillo”, *LU*, N° 57, 6-1-1915, p. 3 y “Japón y la India”, *LU*, N° 84, 6-2-1915, p. 5.

y los niños. A finales de diciembre de 1914, *Crítica* publicaba un dibujo de Taborda en el que “al aliado turco”, se arremangaba las mangas de su camisa mientras blandía su cimitarra e inquiría: “¿Cuántas obras de artes quedan en pie? ¿Dónde están las mujeres? ¿Dónde los niños?” en explícita alusión a lo ocurrido en Bélgica (figura 27).⁷⁰

Como puede apreciarse, en esa representación de la “barbarie oriental” confluyen un sustrato cultural y simbólico preexistente que se basaba en la reiteración sistemática de una serie de clichés peyorativos sobre el Oriente pero también nuevos elementos surgidos de los aparatos de propaganda y las culturas de guerra de la Europa aliada. En este caso es evidente que la imagen de la “barbarie” que trazaba el diario dirigido por Natalio Botana le hacía extensivo al aliado turco, los mismos atributos que fueron asignados a los ejércitos del káiser en relación a la invasión alemana de Bélgica: la destrucción de obras de arte consideradas patrimonio de la Humanidad, la violación de mujeres, el ataque a los niños y ancianos, etc. De allí que los Jóvenes Turcos sean presentados con frecuencia como torpes agentes del káiser que conducen a las masas de fanáticos obnubilados por la idea de su participación en una guerra santa contra el cristianismo.⁷¹ Sin embargo, esa resignificación de sentidos que se produce en el marco de la guerra no desplazará totalmente la pervivencia de ciertos rasgos típicos de las elaboraciones previas la imagen del Imperio otomano como “el enfermo de Europa” pero también las referencias al exotismo, el misterio y la sensualidad como un halo que rodea a esos pueblos y culturas lejanas traducidas en notas informativas de interés general sobre países y territorios menos conocidos entre los lectores porteños.⁷²

Durante los años de la guerra emerge una segunda representación de los pueblos de Asia y África de rasgos mucho más positivos la cual no se encuentra relacionada con una percepción del “Oriente” como modelo de reemplazo de la civilización occidental, que será un fenómeno más característico de los años veinte, sino más bien con la participación de las tropas coloniales en el esfuerzo bélico de sus metrópolis. La presencia de esas noticias sobre los soldados coloniales implicados en la contienda y los territorios diversos que uno a uno iban sido arrastrados al torbellino de la guerra

⁷⁰ “Este solo nos faltaba”, *CRI*, N° 450, 13-12-1914, p. 3.

⁷¹ Jack La Bolina, “La Guerra Santa”, *LN*, N° 15454, 3-1-1915, p. 4; Emir Emin Arslán, “Al-Djihad o la Guerra Santa”, *LN*, N° 15493, 11-2-1915, p. 4.

⁷² Cf. Isaac Muñoz, “La actuación de Turquía”, *TRI*, N° 7243, 23-11-1914, p. 6 y Paul Beauregard, “El hombre enfermo”, *LP*, N° 16111, 20-12-1914, p. 6. Para el caso de Egipto, por ejemplo, véase “Bellezas egipcias”, *CyC*, N° 848, 2-1-1915; “Las riquezas de los príncipes de la India”, *CyC*, N° 855, 20-2-1915 y “El misterioso Egipto”, *LR*, N° 2902, 1-3-1915, p. 5.

fueron cruciales para procesar una percepción del cambio de escala ya señalado: la conflagración europea se transformaba así en una guerra mundial.⁷³

Este hecho fue el punto de partida para la elaboración de una representación muy elogiosa de estos pueblos asiáticos y africanos que constituye la segunda imagen más claramente presente en la prensa porteña. En esa construcción se destaca, ante todo, el heroísmo, la fiereza y la lealtad para con sus dominadores coloniales. Para la comprensión del público porteño, *Caras y Caretas* explicaba el comportamiento de la India británica apelando a la particular lectura de una supuesta frase de Manuel Belgrano: “Seguramente, ellos piensan ahora como Belgrano pensaba hace un siglo: ‘Si hemos de cambiar de amo, preferimos quedarnos con el viejo’. Porque una India independiente es una utopía demasiado peligrosa para jugar con ella”.⁷⁴ Junto a esos atributos no faltaron las miradas sobre el pintoresquismo de las tropas colonias con sus turbantes y sus trajes cuya eficacia en el marco de la nueva guerra estaba aún por demostrarse.⁷⁵

En las publicaciones más afines a la aliadofilia local, esa representación del heroísmo y la valiosa colaboración de los ejércitos colonias llegaron al paroxismo. En este sentido, vale la pena detenerse en uno de los tantos dibujos que Pedro de Rojas elaboró para el diario *Crítica*, en este caso un titulado “Jugando con el polichinela” que fuera publicado a mediados de noviembre de 1914 (figura 28). En él, puede verse a un soldado indio montado sobre el lomo de un gigantesco elefante que representa a la “India británica”, jugando con un polichinela de cartón que lleva la cara de Guillermo II y acompañado por la siguiente exclamación: “Yo no sabía que en Europa se divertía tanto. Si lo sé, vengo antes”.⁷⁶

Ahora bien, tanto por la opinión de periodistas y de colaboradores locales como por la difusión y puesta en circulación de notas e imágenes tomadas de la prensa europea, los diarios y las revistas de Buenos Aires hicieron extensiva esa imagen de

⁷³ Cf. Compagnon p. 170. Como suele ocurrir en el libro de Compagnon, aspectos importantes como éste son mencionados tangencialmente mediante una cita de *Caras y Caretas* de comienzos de agosto de 1914.

⁷⁴ “La India y la guerra”, *CyC*, N° 840, 7-11-1914. Sobre esa caracterización de los ejércitos coloniales véase también Isaac Muñoz, “Los orientales en la guerra. Los cipayos de la India”, *TRI*, N° 7269, 23-12-1914, p. 5.

⁷⁵ En una crónica publicada en enero de 1915 luego de la visita a las tropas coloniales en Londres, José María Salaverría señalaba: “Los ingleses están muy satisfechos con sus tropas coloniales. Y entre todas las que conquistan mayor aprecio son aquellas tropas lejanas, pintorescas, que han sido traídas desde el fondo del Indostán. ¿Es por su valor y su eficacia? ...Hasta ahora, en realidad, los soldados indios han combatido poco en el norte de Francia. Pero se los estima sobre todo por su exotismo, por sus turbantes, por su color aceitunado y sus cabelleras rizosas”. “Los soldados indios”, *CyC*, N° 851, 25-1-1915.

⁷⁶ “Jugando con el polichinela”, *CRI*, N° 428, 21-11-1914, p. 3.

“barbarie” no sólo a los enemigos de la Entente sino también a las tropas colonias de Asia y África, utilizadas por el ejército inglés y francés durante los combates en el continente. En las publicaciones porteñas defensoras de la causa germana, como *La Unión y Ecos Gráficos*, y en concordancia con la propaganda alemana este hecho fue presentado como una falta al código de ética militar, que consideraba a la guerra como un acto entre “caballeros” y, por ende, juzgaba críticamente tener que combatir contra “negros” y “amarillos” traídos desde los confines de los imperios coloniales. Aunque sin poseer la misma carga, otras publicaciones como *Caras y Caretas* y *Fray Mocho*, en la difusión de notas e imágenes tomadas de la prensa europea también hicieron circular esas imágenes en la opinión pública local.⁷⁷

Algo similar ocurre también con la información sobre el frente oriental que, como se ha señalado en el capítulo dos, alimentó la confirmación de una imagen muy negativa sobre los pueblos balcánicos y eslavos desde el inicio de la guerra. Sin embargo, las representaciones sobre el frente oriental estarán ligadas de un modo más directo al accionar de dos periodistas argentinos que a comienzos de 1915 emprendieron un extenso viaje por la Polonia rusa: Juan José de Soiza Reilly, corresponsal de *Fray Mocho* y de *La Nación* y el teniente coronel Emilio Kinkelin, también corresponsal del diario de la familia Mitre. A partir de 1915, la mayor atención por el frente oriental en gran medida era una consecuencia del quietismo que caracterizaba a los enfrentamientos en el territorio belga y francés. Pues lejos del combate mecanizado que caracterizó a los enfrentamientos en el frente occidental, el frente oriental todavía asemejaba a una guerra del siglo XIX: enfermedades, largas marchas a pie y la pervivencia del combate cuerpo a cuerpo.

Ese viaje por los territorios controlados por el ejército alemán fue posible gracias a los estrechos vínculos que Kinkelin mantenía con ciertos círculos del ejército en Berlín.⁷⁸ Este hecho posibilitó el acceso de ambos reporters a las zonas del frente ruso seguidos atentamente de una comitiva alemana comandada por el capitán Schweiz, quien además facilitó las traducciones ya que Soiza no hablaba alemán. La recorrida

⁷⁷ Por ejemplo, las imágenes de los senegaleses que combatían en el ejército francés como monos en las caricaturas alemanas de la época reproducidas en los medios porteños. “El humorismo en la prensa germana”, *CyC*, N° 843, 28-11-914. Véase también “La intervención de los negros”, *LR*, N° 2811, 12-11-1914, p. 4. A comienzos de junio de 1916 *Fray Mocho* reprodujo un extracto del libro alemán *Majarabatigolmatana. Extraordinarias aventuras de un indio en la guerra europea* que narraba las peripecias de un soldado indio al llegar al puerto de Marsella. Cf. “En Marsella”, *FM*, N° 215, 9-6-1916.

⁷⁸ Recordemos que al momento de producirse el estallido de la guerra Kinkelin se hallaba en Berlín como miembro de una comisión de armamentos enviada por el ejército argentino. Según menciona en sus crónicas, inmediatamente pidió el pase a disponibilidad para ser corresponsal de *La Nación*.

partió de la ciudad de Lodz en la devastada Polonia rusa y culminó en Berlín. Ese conjunto de crónicas muestra la vida de los mercados y los pueblos judíos de Europa oriental, las epidemias, los heridos y hasta asisten a un combate de artillería contra el ejército ruso. Dadas las condiciones que posibilitaron la travesía de los argentinos el tono de las crónicas, sobre todo en lo referente al accionar de los alemanes frente a los civiles, es invariablemente muy positivo. Por ejemplo, la extensa descripción que hace el cronista de *Fray Mocho* sobre los métodos administrativos empleados por los alemanes en los pueblos y las aldeas ocupadas pretende contrastar la imagen sobre los métodos brutales empleados en Bélgica.⁷⁹ Ello le permite hasta dudar de que esa visión sobre la Alemania “barbara” sea cierta: “No es mi deber de cronista defender a tirio ni a troyanos. Pero, digamos la verdad: ¿no se habrá exagerado en Bélgica y en Francia la actitud de los oficiales alemanes? No puedo creer que el Estado mayor haya mandado a Rusia los oficiales corteses y a Francia, los “asesinos...”.”⁸⁰

El análisis de estas representaciones sobre aquellos países y territorios no europeos que se incorporaban progresivamente a la guerra revela la presencia de diferentes construcciones imaginadas que no necesariamente respondían a un grupo social o a una región determinada, sino más bien a la construcción occidental de un imaginario totalizador sobre esas regiones de Asia y África. Muchas de esas ideas provenían de largas construcciones simbólicas que se remontaban a mediados del siglo XIX, las cuales convivirán de forma problemáticas con algunas imágenes estereotipas sobre los asiáticos y africanos elaboradas por los aparatos de propaganda de los países en guerra. De forma similar a lo ocurrido con estos confines del globo, durante los años 1915 y 1916, el continente americano también estará sujeto a diferentes proyecciones ideológicas y culturales, aunque con consecuencias políticas mucho más concretas para la región.

3. América, el continente del futuro. Disputas y revalorizaciones de los proyectos continentales a la luz de la contienda europea

“No ya el miedo, que nunca, como ahora, Europa se nos presenta temible, pero si el respeto y la admiración, tantas veces manifestados por el nuevo al viejo mundo, corren riesgo de perderse si la guerra se prolonga durante seis meses todavía. La

⁷⁹ Cf. Juan José de Soiza Reilly, “Como administran los alemanes las ciudades tomadas a los rusos”, *FM*, N° 152, 26-3-1915.

⁸⁰ Juan José de Soiza Reilly, “*Fray Mocho* en la guerra. Desde las trincheras”, *FM*, N° 145, 5-2-1915.

probidad, la seriedad, el reconocimiento de los valores ajenos, la discreción, la justicia, todo aquello, en fin, que constituía el orgullo de Europa y era como un espejo en el cual nosotros, los jóvenes e inquietos pueblos americanos debíamos mirarnos para copiar gestos e imitar acciones, amenaza con venirse al suelo y, lo que es peor, el desmoronamiento, fragmentariamente, ya se ha iniciado”. Estas reflexiones fueron escritas por Tito Livio Foppa, uno de los corresponsales del diario *La Razón* en Europa, en una crónica firmada en Marsella en febrero de 1915.⁸¹ Sus palabras constituyen un claro ejemplo, entre muchos otros, de como el estallido de los hostilidades en Europa y su prolongación en una guerra de nuevas características fueron rápidamente interpretados en la prensa porteña como los indicios de una crisis moral que puso en tela de juicio algunos de los valores que el Viejo Continente había difundido por el mundo y, en particular, en el continente americano. En análogo sentido a lo que ocurre en torno al debate sobre la cultura y la identidad nacional, la emergencia de una temprana lectura de la contienda como una fractura civilizatoria posibilitó también el surgimiento de una serie de interrogantes sobre el destino del continente americano frente a la guerra europea, transformada en un espejo nada tentador para esos “jóvenes e inquietos” pueblos americanos.

Durante los primeros meses de la contienda se irá conformando en el seno de la prensa porteña un discurso americanista de un tono más bien genérico y difuso que apelaba a una idea de América como una entidad monolítica y, sobre todo, como un ejemplo de paz, trabajo y progreso ante el nuevo escenario europeo. En ese registro, la inauguración del Canal de Panamá, que tuvo lugar a mediados de agosto de 1914, motivó en las páginas del diario católico *El Pueblo* un juego de contrastes entre el continente americano y su par europeo:

Mientras en Europa se alinean los ejércitos para la gran batalla que llevará la desolación a todos los hogares, América inauguró el domingo una de las más grandes arterias comerciales: la obra de la paz y de trabajo, y aún diríamos la obra del siglo de la ingeniería moderna, la apertura del Canal de Panamá [...] Es posible que el Canal de Panamá, cuya apertura no ha podido ser el acontecimiento jubiloso de esta civilización porque debieron marchar a la cabeza ha quedado rezagados en los campamentos, nos traiga el equilibrio y la paz de muchas naciones que no encuentran más que en el poder de los cañones la seguridad de sus intereses. Los que luchamos por la paz y la concordia humana no podemos más que saludar con júbilo esta obra de progreso y de civilización que interpone el empuje de la joven América a la conflagración del viejo continente europeo.⁸²

⁸¹ Tito Livio Foppa, “Al margen de la guerra. El temor de América”, *LR*, N° 2908, 8-3-1915, p. 5.

⁸² “El acontecimiento mundial”, *EP*, N° 5069, 17 y 18-8-1914, p. 2.

No deja de ser contradictorio que el símbolo elegido por el diario *El Pueblo* para ejemplificar ese nuevo sentimiento de orgullo continental, que emerge a contraluz de la guerra europea, haya sido el Canal de Panamá; un proyecto ampliamente resistido por diversos sectores de la opinión pública porteña dado que era considerado como una intromisión de los Estados Unidos en el territorio americano.⁸³ La presencia norteamericana en Panamá incrementó el sentimiento antinorteamericano presente en gran parte de los círculos intelectuales porteños y en menor medida también activó una imagen muy negativa de los Estados Unidos en la prensa local.⁸⁴ Sin embargo, una década después y a pesar de la pervivencia de un sentimiento antinorteamericano en la prensa local al cual se hará referencia más adelante, la coincidencia entre la finalización de ese proyecto y el estallido de las hostilidades en Europa sirvió para señalar el contraste entre la realidad europea y la americana que señalaba el comentarista de *El Pueblo*. Y al igual que ocurre en torno a las reflexiones sobre la identidad nacional, la guerra emerge aquí como una nueva oportunidad de diverso tipo (económica, inmigratoria, política, etc.) para el continente americano.⁸⁵

La puesta en tela de juicio de Europa como modelo civilizatorio para Sudamérica emerge muy tempranamente. De hecho, es concomitante al estallido de la guerra como puede verse por ejemplo en la portada del semanario *Fray Mocho* del 7 de agosto de 1914 (figura 29). En ella, México y los Estados Unidos caracterizados en los estereotipos del Tío Sam y un mejicano de sombrero gigante y pequeños bigotes contemplan como se despedazan dos soldados en el teatro de la guerra ante la atenta

⁸³ El 9 de mayo de 1904 el gobierno de los Estados Unidos pagó a la banca J. P. Morgan, que actuaba como Agente Especial de Desembolso, la suma de cuarenta millones de dólares para ser transferida a la Compañía Nueva del Canal de Panamá en París, en cumplimiento de la llamada Ley Spooner. Al día siguiente se intercambiaron en la capital francesa las escrituras y facturas de la venta que le permitieron a los Estados Unidos tomar posesión de la zona del canal. De esta manera, Colombia vio disgregado su territorio con la pérdida del Departamento de Panamá transformado en una República bajo la protección de los Estados Unidos. La bibliografía sobre el expansionismo norteamericano y el caso panameño es muy abundante. Para un mirada de conjunto sobre el trasfondo político de la construcción del Canal véase: Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno, “La construcción del Canal de Panamá, 1904-1914”, *Mesoamérica*, N° 45, enero-diciembre de 2003, pp. 100-130.

⁸⁴ Cf. Ana Moraña, “Argentina y Estados Unidos: ¿defensa ante la amenaza o sueño de hegemonía? *Caras y Caretas*, 1898-1910”, *Hispanérica. Revista de literatura*, Año XXXV, N° 105, diciembre de 2006, pp. 39-41.

⁸⁵ En septiembre de 1914, el italiano Guglielmo Ferrero comentaba en una crónica enviada a *La Nación*: “Lo que me parece ser más seguro, entre todo aquello que se puede prever, es que este es ‘el cuarto de hora de América’. Este desmesurado conflicto que incendia a Europa dañará a todo el mundo y también las dos Américas experimentarán sus perjuicios: pero las dos Américas habrá ventajas también, no escasas. Mientras tanto muchas de las producciones agrícolas de América – los granos y las carnes sobre todo– aumentarán su valor [...] En cuanto a la América del Norte, podrá fácilmente adelantar en muchos mercados del mundo que Europa proveía de productos industriales y quitar a Europa una parte de su antigua hegemonía financiera”. “El ciclón. Un momento único en la historia del mundo”, *LN*, N° 15340, p. 4.

mirada de la muerte que contempla el “drama europeo”. El diálogo entre aquellos dos países vecinos, por entonces enfrentados en un conflicto diplomático que se resolverá gracias a la mediación de Argentina, Brasil y Chile, revela claramente ese cuestionamiento al modelo europeo: “—Nos critican mucho por nuestra cultura irreflexiva. ¿Será este el modelo que debemos imitar?”⁸⁶

Este discurso de corte americanista más genérico y difuso se mantendrá hasta comienzos de 1915. En enero de ese año, por ejemplo, un comentario sobre la Exposición Universal de San Francisco presentaba un juego especular muy similar al realizado por *El Pueblo* a comienzos de la contienda, al trazar un contraste entre el doloroso momento que atravesaba Europa y los resultados visibles de la pacífica labor de los pueblos americanos, librados de las rencillas aristocráticas que han llevado al Viejo Mundo a la catástrofe en la que se encontraba sumergido.⁸⁷

A partir de entonces y hasta el ingreso de los Estados Unidos en la contienda, en abril de 1917, que implicó el “arrastre” de un puñado de países sudamericanos hacia el teatro de las operaciones, la prensa porteña será testigo de diferentes indagaciones y construcciones simbólicas sobre diversos proyectos continentales más claramente definidos y ligados a diferentes propuestas de liderazgo continental como por ejemplo, el latinoamericanismo, el iberoamericanismo y, sobre todo, el panamericanismo. Sin embargo, antes de decantar en estas expresiones, algunos de los países llamados a liderar esos proyectos de alcance supranacionales como España, Italia y los Estados Unidos fueron destacados ante todo por su condición de neutrales frente al conflicto. Este interés por el comportamiento de los países neutrales, en especial de España e Italia, será un eje de atención de gran relevancia en la prensa porteña hasta los primeros meses de 1915 y coexistirá con ese registro americanista más indeterminado. Prueba de ello fue la presencia de los corresponsales de los diarios porteños instalados en Madrid y Roma, los cuales realizaron varias notas y entrevistas a los ministros y hombres fuertes

⁸⁶ José María Cao, “La vieja Europa y la joven América”, *FM*, N° 119, 7-8-1914.

⁸⁷ “Por una mera coincidencia [...] la inauguración de la Exposición Universal de San Francisco vendrá a realizarse en momentos en que las más cultas naciones de Europa dan ante el mundo y ante los siglos venideros el doloroso y desgarrador espectáculo de la guerra más colosal y devastadora que haya contemplado la Humanidad [...] Así América, la joven América, este mundo nuevo, vigoroso, pujante y libre de viejas reatas y prejuicios que se transmiten por atavismo, ha levantado en uno de sus confines más remotos, en la aurífera California triunfadora, un templo augusto a la labor infatigable de los hombres [...] cuando la matanza humana se hallará en su máximo apogeo la ciudad de San Francisco abrirá las puertas de la Gran Exposición Universal, conmemorándose con este acto uno de los más trascendentales hechos humanos, el formidable tajo geométrico para unir los dos océanos, ideados por Fernando de Lesseps y terminado por el presidente Wilson”. “El ejemplo americano. La Exposición de San Francisco”, *LGBA*, N° 1333, 12-1-1915, p. 1.

de la política española e italiana en donde la cuestión de la neutralidad era, sin dudas, el interrogante más destacado.⁸⁸

De hecho, la conformación de una suerte de Internacional de los Neutrales fue una idea que circuló fugazmente por la prensa porteña desde finales de 1914 y hasta en las semanas previas al ingreso de Italia en la guerra. A comienzos de noviembre de 1914, por ejemplo, una editorial del diario *La Razón* planteaba la necesidad de realizar una acción diplomática conjunta entre los países americanos y europeos neutrales tendiente a limitar los perjuicios ocasionados por la guerra. El editorialista exigía al gobierno nacional la puesta en marcha de “una gestión colectiva destinada a remediar los daños que la guerra origina” que contemplara entre otras medidas asegurar el tráfico de los mares para los buques de banderas neutrales y habilitar el uso de los buques de comercio de los países beligerantes que se encontraban varados en los puertos neutrales.⁸⁹ Esas propuestas eran sintomáticas de los problemas económicos y comerciales ocasionados por la guerra a los países neutrales. Por ello, sin cuestionar la neutralidad de los Estados, estos efímeros proyectos apuntaban a establecer reglas claras para el comercio internacional ante una guerra que comenzaba a prolongarse más de lo esperado.

La visión que destacaba por sobre todas las cosas la condición de neutrales de estos países ha quedado plasmada en una portada de *Caras y Caretas* de finales de febrero de 1915. Motivada por el inicio del intercambio de notas entre el presidente Woodrow Wilson y sus pares de Gran Bretaña y Alemania, la portada de Juan Carlos Alonso muestra al presidente Victorino de la Plaza, a los reyes de España e Italia y al Tío Sam parapetados frente al káiser Guillermo II que surca la zona de guerra a bordo de un submarino (figura 30). El título de la misma es “La réplica de los neutrales” en alusión los reclamos norteamericanos en defensa del comercio neutral que eran presentados como una reclamación conjunta del restado de los Estados americanos y europeos que no formaban parte de la contienda. Paradójicamente, ese intercambio diplomático sería el punto de partida de un cambio progresivo en la representación de los Estados Unidos y del presidente Wilson en la prensa porteña que virará hacia una

⁸⁸ Véase, entre otras, la serie de entrevistas a políticos italianos realizadas por Titto Livio Foppa, corresponsal de *La Razón* en Roma en enero y febrero de 1915 y Vizconde de Lascano Tegui, “La neutralidad española. Lo que dice el ministerio”, *CyC*, N° 850, 16-1-1915.

⁸⁹ “Los países neutrales ante la guerra. Norteamérica, el A.B.C., Italia, España, Holanda y otras naciones tienen intereses comunes”, *LR*, N° 2813, 14-11-1914, p. 1. En el mismo sentido: “La neutralidad. Defensa universal de los neutrales”, *LR*, N° 2832, 7-12-1914, p. 4.

imagen mucho más relacionada a las propuestas panamericanas para el continente que a su rol de defensor de los neutrales.

De esta manera, a medida que la guerra se prolongue y comience a ocasionar trastornos concretos a la economía argentina y de la región la reflexión sobre la identidad continental de la “joven América” decantará en una serie de discursos y proyectos continentales con dimensiones políticas e ideológicas mucho más precisas que el difuso americanismo característico de los primeros meses de la guerra. En primer lugar, habría que mencionar al latinismo concebido como un proyecto aglutinante para las naciones americanas durante la guerra y que en gran medida se benefició de la extendida francofilia presente en las élites y la opinión pública local. Como ya se ha señalado en relación a los primeros alineamientos de la prensa porteña, la imagen de Francia se hallaba íntimamente asociada a la recepción de los valores de la Ilustración y los principios de la Revolución de 1789 aunque desde mediados del siglo XIX, los elementos que componían la imagen dominante del país galo serán fusionados progresivamente con la latinidad, que actuará como una ideología legitimante de la expansión francesa en Sudamérica dado que el legado latino permitía sustraer al subcontinente de otras influencias europeas como la sajona o la hispana y situarlo bajo la égida francesa.⁹⁰ En líneas generales, el latinismo descansaba sobre los mismos valores de esa francofilia pero proyectados en una identidad de escala continental. De esta manera, todos los países del continente sudamericano, a excepción de los Estados Unidos, quedaban hermanados bajo ese conjunto de valores representativos de la civilización latina: los principios de la Ilustración y la Revolución Francesa de 1789 que estaban en la base de los procesos independentistas americanos y los valores universales ligados a ella, como la libertad y la justicia que, como ya se ha destacado, acreditaron una representación de la Gran Guerra como una lucha de la democracia y el latinismo contra el autoritarismo prusiano.

En tiempos de la Gran Guerra ese latinoamericanismo fue reforzado mediante diversas actividades que buscaban acrecentar las simpatías de los pueblos sudamericanos en favor de la Entente y en las que participaban sobre todo los intelectuales franceses, españoles e italianos como Gabriel Hannotaux, Vicente Blasco Ibáñez y Gabriele D’Annunzio. Un ejemplo paradigmático de esas intervenciones puede observarse en la

⁹⁰ Los avatares de la influencia del modelo francés en Sudamérica pueden consultarse en el libro de Denis Rolland, *La crise du modèle français. Marianne et l’Amérique latine. Culture, politique et identité*, París, L’Harmattan, 2011 [2000]. Sobre la política cultural francesa para el continente cf. Gilles Matthieu, *Une ambition sud-américaine. Politique culturelle de la France (1914-1940)*, París, L’Harmattan, 1991.

reunión de intelectuales en la Sorbona de París en honor a la civilización latina, realizada a mediados de febrero de 1915. La mayoría de los discursos allí vertidos apuntaban a reforzar la interpretación de la guerra como un enfrentamiento cultural entre el latinismo y el germanismo. Sin embargo, la América latina, una región íntegramente neutral por ese entonces, fue objeto de múltiples menciones y referencias que buscaban enfatizar los lazos culturales de simpatía y amistad con Francia, cuna del latinismo. En su intervención, el presidente de la Cámara de Diputados de Francia, Paul Deschanel, hizo una genealogía de la latinidad desde la remota Grecia y sus batallas contra la barbarie asiática, pasando por Italia y España en la cual tuvo un lugar destacado el papel de “los pueblos de la América latina donde la sangre latina mezcló su sangre con la de los anglosajones para el desarrollo de nuevas bellezas”.⁹¹ Por su parte, el español Vicente Blasco Ibáñez, que se desempeñaba como corresponsal de *Fray Mocho*, pronunció un discurso en el cual afirmaba que los pueblos de habla hispana en Europa y América latina hacían votos por la victoria de Francia: “España palpitante y desde del Texas a la Tierra del Fuego, 18 naciones y 80 millones de hombres envían con ardor sus votos a Francia”.⁹²

Desde mayo de 1915, esa visión de guerra como una cruzada de la civilización latina pudo ser reafirmada gracias al ingreso de Italia en la guerra junto al bando de la Entente. Por supuesto que dada la importancia que la colectividad italiana tenía en la Argentina de ese entonces, la declaración de guerra de Italia a las Potencias Centrales, el 23 de mayo de 1915, produjo un impacto inmediato en la prensa local. Las semanas posteriores estuvieron marcadas por las noticias que anunciaban la partida de los reservistas, las manifestaciones proitalianas y la creación de instituciones de ayuda a la patria lejana como por ejemplo el Comitato Italiano di Guerra. En otro plano, de forma bastante extendida, en la prensa porteña más partidaria de los aliados la declaración de guerra italiana fue leída como una confirmación del enfrentamiento entre el latinismo y el germanismo.

Como ya se ha señalado, esta clave de lectura no era nueva para entonces aunque en los primeros meses de 1915, en gran medida ligada a la expectativa en torno a la

⁹¹ “La fiesta en la Sorbona. Por la civilización latina”, *ED*, N° 7847, 13-2-1915, p. 1. Véase también “En la Sorbona. Brillante fiesta en honor de la civilización latina”, *LM*, N° 1464, 14-2-1915, pp. 4 y 5 y “En honor de la civilización latina”, *LN*, N° 15496, 14-2-1915, p. 5.

⁹² *Ibidem*. Semanas después Blasco Ibáñez brindó otra conferencia en París sobre la misma temática que cosechó varios elogios en la prensa local: “Conferencia de Blasco Ibáñez. Un llamamiento al latinismo”, *LN*, N° 15537, 28-3-1915, p. 8 y “Alemania frente al mundo. Defensa de la latinidad. Conferencia de Blasco Ibáñez”, *LA*, N° 3538, 28-3-1915, p. 2.

actitud de Italia frente al conflicto, el polo latino de esa caracterización dicotómica de la guerra dejará de aludir exclusivamente a Francia para dar una mayor cabida en ella al costado romano de esa latinidad. A comienzos de abril, por ejemplo, en una colaboración a la revista *El Hogar*, el intelectual y periodista Emilio Becher traducía esa clave de lectura en la contraposición de dos morales y caracterizaba a la guerra como “el último asalto contra el Imperio romano, es decir, contra la comunidad de las sociedades nacidas de la libertad latina, en tanto que, en el otro extremo de Europa, la fraternidad de los eslavos restablece la fuerza del Imperio de Bizancio. Así se restaura ante nuestros ojos la unidad magnífica de Roma, tal como existió bajo los emperadores antoninos y la unidad que manifestaron como símbolos las águilas consulares y la cruz de los misioneros, y a la cual pertenecemos también nosotros los argentinos, en la solidaridad de las naciones romances”.⁹³ De esta manera, la latinidad permite a los intelectuales partidarios de los principales miembros de la Entente, entre los que militaba Becher, trazar una lectura de la guerra como un resurgimiento del Imperio romano que incluye a Rusia como la heredera de Bizancio. Pero, además, esa latinidad no sólo será el elemento aglutinador de un proyecto para el continente americano pergeñado bajo la égida de Francia e Italia sino que también se entronca con el debate sobre la identidad nacional pues, al igual que plantea Becher, se insistirá en reiteradas ocasiones con la raigambre “latina” de la sociedad y la cultura argentina. Con el ingreso de Italia en la guerra se incrementará esa clave de lectura y reafirmará las proyecciones latinoamericanas del conflicto.⁹⁴

Por el contrario, los discursos defensores del iberoamericanismo en el contexto de la guerra fueron mucho más minoritarios. Este hecho se debía en parte al papel ocupado por España en el imaginario político y cultural argentino con anterioridad a la Gran Guerra. Durante gran parte del siglo XIX, la imagen de España fue variando desde una representación que asociaba a la antigua metrópoli colonial con los vejámenes de la conquista y sus consecuencias hacia una representación como la Madre Patria cuyos rasgos principales acabaron por delinearse en tiempos del Centenario. A lo largo del siglo XIX, el extendido sentimiento hispanofóbico presente en la opinión pública

⁹³ Emilio Becher, “Dos morales en luchas”, *EH*, N° 288, 9-4-1915.

⁹⁴ El diario *El Tiempo* señalaba que su entrada en el conflicto se debía al “verdadero odio de parte de la gran nación latina para el ‘tedesco’” y reafirmaba los lazos con los destinos de las naciones latinas: “Nosotros, vinculados por tantos lazos con ‘La Bella’, seguiremos desde aquí con todo el buen sentimiento que nos anima, ora sufriendo por sus desgracias, ora alegrándonos con sus triunfos”. “Italia en la guerra”, *ET*, N° 5830, 19-5-1915, p. 1.

porteña estaba ligado a un rechazo político y cultural del pasado colonial hispano y de su legado en el mundo postindependentista, el cual era visto como un impedimento para la modernización del país. Alimentada por corrientes intelectuales europeas como el liberalismo, el iluminismo y el positivismo, esa imagen transitó diferentes elaboraciones que señalaban a España como el país más atrasado de Europa, signado por el conservadurismo y el oscurantismo católico.⁹⁵

Sin embargo, en el fin de siglo la guerra de Cuba abrió un nuevo capítulo en la relación de España con Sudamérica. El inicio de la rebelión cubana puso en tela de juicio la figura de España como potencia imperial e implicó un enfrentamiento con los Estados Unidos por la influencia en América.⁹⁶ Leída como una oposición entre la raza latina y la sajona, la guerra de 1898 reveló la amenaza de la expansión norteamericana sobre el continente y dio comienzo una revaloración de la herencia hispánica y el legado colonial que adquirió su punto culminante en torno del Centenario de la mano de un puñado de escritores de inspiración hispanófila y católica como Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Enrique Larreta, Joaquín V. González y Estanislao Zeballos.⁹⁷

Con el estallido de la Gran Guerra, la prensa porteña revelará la persistencia de una imagen de España como una potencia de segunda categoría dentro del concierto europeo. A mediados de agosto de 1914 cuando la guerra se había expandido en gran parte del continente europeo la revista *Caras y Caretas* publicó una viñeta del dibujante Polimam que mostraba un diálogo entre el líder gobierno conservador español Eduardo Dato y el rey Alfonso XIII. El rey la pregunta a Dato si había recibido algún ultimátum y ante la negativa, afirmaba: “Debe haberse extraviado en el correo, porque me consta

⁹⁵ Sobre las representaciones de España en el siglo XIX pueden consultarse, entre otros, Tulio Halperin Donghi, “España e Hispanoamérica: miradas a través del Atlántico (1825-1975)”, en *El espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 66-110 e Ignacio García “...Y a sus plantas rendido un León: Xenofobia antiespañola en Argentina, 1890-1900”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 13, N° 39, Buenos Aires, CEMLA, agosto 1998, pp. 195-222.

⁹⁶ En diciembre de 1896 el presidente Cleveland expresó sus deseos de intervenir en la guerra y a principios de 1897 el Congreso de los Estados Unidos reconoció a los insurrectos el status de beligerantes. En febrero de 1898, la explosión del buque de guerra *Maine* determinó el inicio de una guerra entre Estados Unidos y España que finalizó con la pérdida de las últimas colonias americanas: Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Sobre la importancia de la guerra en el movimiento regeneracionista español véase, entre otros: Frederick Pike, *Hispanismo 1898-1936. Spanish Conservatism and Liberal and their Relations with Spanish America*, London, University of Notre Dame Press, 1971; Nuria Tabanera García, “El horizonte americano en el imaginario español, 1898-1930”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 8, N° 2, Julio-Diciembre 1997; el volumen colectivo “1898: ¿Desastre nacional o impulso modernizador?”, *Revista de Occidente*, N° 202-203, Alianza, Madrid, marzo 1998 e Ignacio García, “Rubén Darío y Francisco Grandmontagne en el Buenos Aires de 1898. La redefinición de los conceptos de Hispanismo en América y de Americanismo en España”, *Iberoamericana*, Vol. LXVIII, N° 198, Berlín, enero-marzo 2002, pp. 49-66.

⁹⁷ Cf. Fernando Devoto, *Nacionalismo, tradicionalismo y fascismo*, p. 50 y ss.

que se han enviado a todos los monarcas de la tierra”.⁹⁸ Por ello, como proyección de una identidad continental sobre el continente, el iberoamericanismo tendrá una posición francamente minoritaria frente al latinismo y el panamericanismo contando con un solitario y ocasional defensor en el diario *Tribuna*.⁹⁹

Sin embargo, con el correr de los meses la atención de la prensa y la opinión pública porteña sobre España estuvieron relacionadas tanto a su imagen ligada al iberoamericanismo como a su condición de país neutral ante el conflicto bélico. Ambos elogios provinieron principalmente de las publicaciones periódicas ligadas a la germanofilia local. El lugar ocupado por España en las páginas de esas publicaciones fue el de una nación que no guardaba rencores contra Alemania, de hecho, un importe porción de su opinión pública española le era favorable. Esta situación se explicaba como el resultado de diferentes episodios remotos de la historia española como la invasión francesa de 1808 y la batalla contra la “armada invencible” pero también a enfrentamientos más reciente en torno a la ocupación de Gibraltar.¹⁰⁰ Las páginas de *La Unión* fueron también el punto de apoyo para la creación de entidades como la Comisión Pro Homenaje a España, que buscaba brindarle un homenaje a la “Madre Patria” en el marco del centenario de la independencia en 1916.¹⁰¹

Desde la perspectiva de la germanofilia local, España será también el eje vertebrador de un proyecto continental que ligaba a las repúblicas sudamericanas con la Madre Patria en función de su historia, su lengua y sus tradiciones. De hecho, ambas condiciones, la neutralidad y el iberoamericanismo fueron reivindicadas con frecuencia simultáneamente:

Sobran dedos en las manos para contar a los americanos que consideran todavía a España madrastra y no madre de América; y más sobrarían si en lugar de abarcar todo un continente nos ciñéramos a aquel país que para honra suya más neta conserva el alma española: la Argentina, donde a cada paso oímos, leemos y escribimos en lugar de España, Madre Patria. ¡Honor a la madre que tales hijos a concebido! España está dando al mundo un ejemplo, una lección sublime de altísima moralidad política internacional [...] la

⁹⁸ Polimam, “Emisión menor”, *CyC*, N° 828, 15-8-1914.

⁹⁹ En julio de 1914 sostenía: “Patria es, para los iberoamericanos, la América Española [...] anhelo de confraternidad y de concordia que debe orientar a los pueblos sudamericanos unificados por la comunidad del origen, de las costumbres de las instituciones, del idioma, de la tradición, de los intereses y de los destinos históricos para ser realidad la unión política que consagre y encarne esa unidad moral – que fue sueño en Bolívar, acción en San Martín y pensamiento en Artigas”. “Hacia el ideal americano”, *TRI*, N° 7144, 30-7-1914, p. 1.

¹⁰⁰ Véase, entre otros, Álvaro de Santillana, “Firmas españolas”, *LU*, N° 25-11-1914, pp. 4 y 5; Juan Lacalle, “España y Alemania”, *LU*, N° 23-11-1914, p. 4; Antonio Barranco Garrido, “España ante la guerra actual”, *LU*, N° 64, 14-1-1915, p. 7.

¹⁰¹ “Comisión Pro-Homenaje a España”, *LU*, N° 64, 14-1-1915, p. 6.

neutralidad perfecta de España en estos momentos revela un temple de alma superior [...] ¹⁰²

De esta manera, la historia de España, su influencia en América y su estoicismo en el mantenimiento de la neutralidad aún a costa de grandes pérdidas económicas se fusionan en la mirada de la prensa germanófila porteña sobre la “Madre Patria”. Esa particular lectura halló una de sus síntesis más acabadas en el número especial de la revista *Germania* de mayo de 1916 dedicado a España.¹⁰³ En ella se conjugaron artículos dedicados a tradiciones y figuras típicamente españolas como Miguel de Cervantes y las corridas de toros con un editorial firmado por Julio de Romero Leiva que enfatizaba la influencia española en América y notas breves denunciando la ocupación británica de Gibraltar.

Posteriormente, algunos de esos discursos y sentidos sobre el papel de España en la historia de América y Argentina fueron tomados por el gobierno de Hipólito Yrigoyen para instituir por el decreto el 12 de octubre como “fiesta nacional”.¹⁰⁴ En los considerandos del decreto se enfatizaban los vínculos de raza, idioma y religión que unía a los pueblos americanos con España, cuya herencia perduraba en las naciones americanas. Los considerandos del decreto establecían:

1°) Que el descubrimiento de América es el acontecimiento de más trascendencia que haya realizado la humanidad a través de los tiempos, pues todas las renovaciones posteriores se derivan de este asombroso suceso que al par que amplió los lindes de la Tierra, abrió insospechados horizontes al espíritu;

2°) Que se debió al genio hispano —al identificarse con la visión sublime de genio de Colón— efemérides tan portentosas, cuya obra no quedó circunscripta al prodigio del descubrimiento, sino que la consolidó con la conquista; empresa ésta tan ardua y ciclópea, que no tiene términos posibles de comparación en los anales de todos los pueblos;

3°) Que la España descubridora y conquistadora volcó sobre el continente enigmático y magnífico el valor de sus guerreros, el denuedo de sus exploradores, el precepticismo de los sabios, las labores de sus menestrales; y con la aleación de estos factores, obró el milagro de la conquista para la civilización de la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones americanas.

Por tanto, siendo eminentemente justo consagrar la festividad de esta fecha, en homenaje de España, progenitora de naciones, a las cuales ha dado con la levadura de su sangre y con la

¹⁰² “España y las repúblicas americanas”, *LU*, N° 72, 23-1-1915, p. 5.

¹⁰³ *GER*, N° 23, “Homenaje a España”, 2-5-1916. *Germania* era una revista quincenal ligada a los intereses alemanes en Argentina. Fundada el 1 de junio de 1915, dejó de salir el 16 de mayo de 1916 luego de editar un total 24 números. Su propietario y fundador fue Eduardo Retienne, era el dueño de una droguería especializada en productos químicos y maquinarias para la fabricación de sodas y aguas gaseosas ubicada en la calle Sarmiento 1127. A partir del número quince se publicó “bajo el protectorado honorario del Excmo. Señor ministro de Alemania Conde K. de Luxburg”.

¹⁰⁴ Lucio Moreno Quintana, *La diplomacia de Yrigoyen*, La Plata, Inca, 1928, pp. 400-402.

armonía de su lengua una herencia inmortal que debemos afirmar y mantener con jubilosos reconocimientos, el Poder Ejecutivo Nacional decreta...¹⁰⁵

Luego de esa elogiosa descripción del aporte de la “España descubridora y conquistadora” al desarrollo de la civilización en América, la decisión tomada por el gobierno radical venía a reafirmar la progresiva reconciliación de ciertos sectores de las élites políticas e intelectuales de Argentina con la “Madre Patria” que, como ya se ha señalado, había tenido su punto de partida en el marco de los festejos del Centenario. Sin ser estrictamente novedoso, ya que el 12 de octubre era recordado todos los años en la prensa porteña,¹⁰⁶ la coincidencia entre la sanción de este decreto y la autorización por parte del gobierno nacional de una manifestación considera “germanófila” por gran parte de la prensa local fue uno de los puntos que abonó la imagen de Yrigoyen como un partidario de Alemania —que será analizada en el próximo capítulo— e hizo que los simpatizantes de la Entente ubicaran a España en el ecléctico conglomerado “rupturista”.¹⁰⁷

Sin embargo, este hecho no puede dejar de ser leído en el marco de la Gran Guerra y discutir cuanto hay en ese acto de la cosmovisión “americanista” que sostenía a la política internacional de Yrigoyen, frecuentemente elogiada por la historiografía partidaria al radicalismo, y cuanto de pragmatismo en el marco de un conflicto bélico que ya llevaba más de tres años de duración y cuyas implicancias políticas y económicas eran cada vez mayores para los países neutrales como Argentina. Como será analizado en el capítulo siguiente, el ingreso de los Estados Unidos en la contienda trajo como consecuencia directa un incremento de las tensiones diplomáticas entre las naciones del continente para que las demás naciones del continente acompañaran la decisión del presidente Wilson. Esas presiones diplomáticas se combinaron con una crisis política local cuyas principales consecuencias se extendieron a lo largo de gran

¹⁰⁵ Decreto 7112/17, *Boletín Oficial de la República Argentina*, Año XXV, N° 7112, Buenos Aires, 11 de octubre de 1917, p. 225.

¹⁰⁶ Véase, por ejemplo, la portada de *El Hogar* “1492 – 12 de octubre – 1915”, N° 314, 8-10-1915.

¹⁰⁷ Al respecto, *El Diario* comentaba: “El país recibió la noticia de que el 12 de octubre se declaraba feriado, con señalada simpatía. Por lo que la fecha evoca, por afecto a España, por afinidad de razones, esa consagración estaba en el ánimo de todos [...] Pero no ha podido ser verdad tanta belleza. Al conceder permiso a la manifestación germanófila para ese día, se ha borrado con el codo lo que acababa de escribirse con la mano. Se ha colocado el asunto, que estaba fuera de discusión, en el terreno en el terreno agitado y caliente de las pasiones [...] Para no se confundidos con los germanófilos no se embanderarán muchos balcones y las colectividades extranjeras aliadas no podrán concurrir a la fiesta que viene a pagar culpas que no suyas [...] Claro está que la fiesta española, del Colón, nada tiene que ver con los germanófilos pero es indudable que éstos aprovechan la festividad del día, que no fue decretada para ellos”. “La fiesta de la raza”, *ED*, N° 11062, 9-10-1917, p. 4. En el mismo sentido, cf. “El día de todos”, *ED*, N° 11063, 11-10-1917, p. 4.

parte de 1917. Es por ello que, el decreto que declaraba al 12 de octubre como un día de “fiesta nacional” puede ser interpretado como una clara tentativa por parte de Yrigoyen de mantener vivo el vínculo con España que, por entonces, era uno de los pocos países del continente europeo que al igual que la Argentina, mantenía una posición neutral ante el conflicto.

El último de esos proyectos continentales que fue objeto de disputas en el marco de la guerra fue el panamericanismo. Al igual que en el caso español, la guerra del 1898 fue un punto de inflexión en las percepciones de las élites y la opinión pública argentina sobre los Estados Unidos. Aunque a comienzos del siglo XIX, la imagen de la sociedad civil y política norteamericana operó como un punto de referencia importante para el pensamiento político de los letrados revolucionarios que, con frecuencia, apelarían a esa primera experiencia republicana en América como uno de los modelos legitimantes para las acciones emprendidas en el Río de la Plata. Posteriormente, la inmensa mayoría de los miembros de la élite porteña, salvo contadas excepciones como Domingo F. Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Eduardo Wilde y Juan B. Justo, coincidirían en su rechazo a los Estados Unidos como un paradigma continental frente a otras alternativas que gozaban de un mayor consenso como Francia e Inglaterra, dieron forma a un dilatado imaginario cultural, político y diplomático antinorteamericano.¹⁰⁸

Hacia finales del siglo XIX, esa recusación halló su primer antecedente en la Primera Conferencia Panamericana celebrada en Washington en 1889 donde los representantes argentinos, Roque Sáenz Peña y Vicente Quesada, bloquearon sistemáticamente las propuestas diplomáticas de Washington e iniciaron una fuerte campaña publicitaria que nutrió ese imaginario “antiyanqui”. Ese sería el punto de partida de diferentes enfrentamientos diplomáticos entre los representantes argentinos y sus pares norteamericanos en el marco de las conferencias panamericanas.¹⁰⁹ Si en el

¹⁰⁸ Una visión de conjunto sobre las interpretaciones de los políticos, diplomáticos e intelectuales argentinos sobre el país del Norte puede verse en el estudio clásico de David Viñas, *Viajeros argentinos a Estados Unidos*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2008 [original 1998]. Sobre las representaciones de los Estados Unidos en el pensamiento de Justo véase Patricio Geli y Leticia Prislei “Apuntes de viaje: Juan B. Justo en los Estados Unidos”, *Entrepasados. Revista de historia*, Año VI, N° 11, fines de 1996, pp. 7-20 y Margarita Merbilháa, “Representaciones finiseculares de los Estados Unidos en el socialismo argentino: los tempranos diagnósticos de Juan B. Justo y Manuel Ugarte”, *A Contracorriente*, Vol. 9, N° 1, 2011, pp. 237-269. Para el caso de Eduardo Wilde, cf. Paula Bruno, “Estados Unidos como caleidoscopio. Ensayo sobre las observaciones de viajeros y diplomáticos argentinos del fin de siglo”, *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 39, 2013, pp. 23-38.

¹⁰⁹ El lema de Sáenz Peña en dicha conferencia, “América para Humanidad” planteaba una polémica abierta con los preceptos de la Doctrina Monroe, “América para los americanos”. Por su parte, bajo el pseudónimo de Domingo de Pantoja, Quesada publicó en 1893, una caustica crítica de los Estados Unidos (*Los Estados Unidos y la América del sur: los yanquis pintados por sí mismos*, Buenos Aires, Jacobo

plano diplomático Argentina bloqueó sistemáticamente el proyecto de la Unión Panamericana debido fundamentalmente a una relación competitiva con la economía norteamericana, en el plano intelectual y cultural, la guerra hispano-estadounidense exacerbó el tono de estas posturas y actuó como el disparador de un virulento discurso antinorteamericanismo y antiimperialista, cuyos contornos fueron reconstruidos por Oscar Terán en un estudio ya clásico.¹¹⁰

En los albores del siglo XX, esos tópicos antinorteamericanos serán retomados, aunque no de manera exclusiva, por la literatura y el ensayismo de los escritores modernistas, ámbito de la “cultura estética” que en América latina cobijó a la llamada “reacción positivista” a partir de la publicación del célebre *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó en 1900. Este ensayo condensaba una representación de los Estados Unidos que conformará el núcleo central del imaginario antinorteamericano. Según esta lectura en clave culturalista, la sociedad norteamericana está gobernada por el utilitarismo y por un afán material vulgar, carente de sentido estético que Rodó contrapone con el *Ariel*, representación del idealismo más proclive para los pueblos latinos del continente que entre los sajones.

Si bien el modo en que ese discurso antinorteamericano se trasladó a las publicaciones periódicas de gran tirada ha sido un tópico mucho menos estudiado que su presencia en los círculos letrados, es posible afirmar que en líneas generales ese sustrato “antiyanqui” era todavía palpable en la prensa y la opinión pública porteña a comienzos de la Gran Guerra.¹¹¹ En julio de ese año, con motivo de las negociaciones diplomáticas en la Conferencia de Niágara Falls que buscaba mediante la intermediación de los cancilleres de Argentina, Brasil y Chile poner fin al conflicto entre México y Estados Unidos, *Caras y Caretas* publicó una portada que permite dar

Peuser, 1893). Sobre el papel de Sáenz Peña y Quesada en la construcción de ese imaginario antinorteamericano véase Juan Pablo Scarfi, “La emergencia de un imaginario latinoamericanista y antiestadounidense del orden hemisférico: de la Unión Panamericana a la Unión Latinoamericana (1880-1913)”, *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 39, 2013, pp. 81-104. Para un análisis más amplio sobre la oposición de los diplomáticos argentinos a la política exterior panamericana cf. Leandro Morgenfeld, *Vecinos en conflicto. Argentina y los Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1955)*, Buenos Aires, Peña Lillo – Ediciones Continente, 2011.

¹¹⁰ Oscar Terán, “El primer antiimperialismo latinoamericano (1898-1914)”, en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, Colección Armas de la Crítica, 1985, pp. 85-97. También resulta de utilidad su artículo, “El espiritualismo y la creación del anti-imperialismo latinoamericano”, en Ricardo Salvatore (Comp.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2005, pp. 301-313.

¹¹¹ En ese aspecto cabría mencionar el artículo de Ana Moraña, “Argentina y Estados Unidos: ¿defensa ante la amenaza o sueño de hegemonía? *Caras y Caretas*, 1898-1910”, *Hispanérica. Revista de literatura*, Año XXXV, N° 105, diciembre de 2006, pp. 31-44 y las referencias mencionadas en Gutman, Buenos Aires. *El poder de la anticipación*, op. cit., pp. 383-392.

cuenta de la persistencia de ese sentimiento de recelo y desconfianza para con Estados Unidos (figura 31). La portada a cargo de Manuel Mayol muestra al Tío Sam en el extremo del cuadro con la paloma blanca de la paz posada sobre el hombro y llevando bajo el brazo el flamante tratado de paz firmado gracias a la intermediación del A.B.C. El halo de paz que rodea al Tío Sam contrasta con la escena de muerte y destrucción causada en México que él contempla. No sin ironía, la frase que acompaña a la imagen: “¡Me parece que he llegado tarde!” refuerza esa mirada crítica sobre la negativa norteamericana a negociar una salida pacífica del conflicto con México y su intervención armada sobre un territorio soberano e independiente.

Durante los meses iniciales del conflicto esa desconfianza ante los Estados Unidos fue reiterada en varios diarios y revistas porteñas. El eje central de dichas críticas giraba en torno al silencioso desembarco de los capitales norteamericanos en Argentina. Al retomar ciertos giros del antinorteamericanismo de comienzos de siglo, como el apego al utilitarismo y el vulgar afán de la lucro de los norteamericanos, la mayor presencia de los inversores de los Estados Unidos en la economía local fue percibida como una riesgo en algunos periódicos porteños. En un editorial de comienzos de noviembre de 1914 el diario *La Tarde* denunciaba los “interesados esfuerzos” de la industria norteamericana para aumentar los intercambios comerciales con Argentina. La ausencia de una reciprocidad entre las partes de esa nueva alianza abrían un interrogante a futuro: “¿no se convertirán las naciones que forman el A.B.C. en una factoría norteamericana?”.¹¹² Por el contrario, la anglofobia característica de las publicaciones proalemanas vio en el fomento de las relaciones comerciales de Argentina con los capitales norteamericanos un hecho muy positivo considerado como una forma indirecta de desplazar la enorme injerencia británica sobre la economía argentina.¹¹³

Todavía en enero en 1915 ese antinorteamericanismo era objeto de interés de algunos dibujantes de los principales semanarios populares de Buenos Aires. Es el caso de *PBT*, por ejemplo, que a finales de enero de ese año publicó un dibujo de José Olivella que resume una dura crítica a la política exterior norteamericana que nuevamente reactualizaba en el contexto de la guerra el viejo recelo antinorteamericano (figura 32). La imagen muestra al Tío Sam comiendo unas aceitunas sacadas de un frasco que lleva el rotulo de “ventajas comerciales”. Y la frase que la acompaña reza:

¹¹² “Nuestro comercio con EE.UU.”, *LT*, N° 685, 4-11-1914, p. 1. En el mismo sentido, “Estados Unidos y la Argentina. Política comercial y bancaria y expansión del intercambio”, *LT*, N° 687, 6-11-1914, p. 1.

¹¹³ Cf. “El capital norteamericano. Su benéfica penetración en el país”, *LU*, N° 24, 27-11-1914, p. 3 y “La economía británica”, *LU*, N° 70, 21-1-1915, p. 5.

“La rama del olivo de la paz me dio ya estas aceitunas”. El dibujo sugiere una idea recurrente entre los sectores que manifestaban su recelo contra los Estados Unidos: la visión del pacifismo norteamericano como una estrategia discursiva tendiente a ocultar un avance comercial sobre los mercados sudamericanos en una sorda disputa contra los intereses económicos y comerciales británicos.¹¹⁴

Sin embargo, a partir de 1915 la imagen de los Estados Unidos en la prensa y la opinión pública porteña estará sujeta a una lenta transformación que invertirá progresivamente los términos valorativos sobre la nación del Norte. Por decirlo rápidamente, esa representación pasará de las suspicacias y el receso que rodeaba al “peligro yanqui” a una imagen de los Estados Unidos como el defensor de la civilización occidental, la democracia y la justicia frente al “autoritarismo prusiano”. Aunque este desplazamiento de sentidos se consolide de forma rápida en las semanas posteriores al ingreso de los Estados Unidos en la guerra, en abril de 1917, es posible sostener que dicha transformación venía operándose de forma paulatina desde comienzos de 1915. Por ello, de todas las disputas y valoraciones sobre los proyectos continentales presentes en la prensa porteña durante los años de la Gran Guerra, el caso del panamericanismo es quizá el más interesante.

A través de un análisis de los alineamientos de la prensa local frente a una serie de acontecimientos concretos —como el intercambio de notas entre el presidente Wilson y sus pares de Gran Bretaña y Alemania en relación a los derechos comerciales de los neutrales, el hundimiento del buque de pasajeros *Lusitania*, la firma del Tratado del ABC, y las propuestas pacifistas del presidente norteamericano en 1916— se intentará demostrar las transformaciones en la imagen de los Estados Unidos en el seno de la opinión pública porteña durante los años anteriores a su declaración de guerra a Alemania. Ello demuestra además que la figura de Wilson contaba con sus adeptos porteños mucho antes del “momento wilsoniano” de Versalles.¹¹⁵

El primero de esos hechos fue el intercambio de notas entre el presidente Wilson y los líderes del Reino Unido y Alemania a raíz de la defensa comercial de los neutrales como consecuencia del bloqueo naval británico. En 1909 las principales potencias

¹¹⁴ Incluso en octubre de ese año, una portada de Cao publicada en *Fray Mocho* insistía en esa misma idea. Ésta muestra un diálogo entre el rey de España, Alfonso XIII y el Tío Sam en un teatro. “Esta obra es demasiado larga y siempre representan la misma. ¿No se aburre usted?”, pregunta el rey español a lo que el Tío Sam responde; “Yo no. Como casi todos los artistas son clientes míos, me gustaría que se prolongase la temporada”. “El teatro de la guerra”, *FM*, N° 182, 22-10-1915.

¹¹⁵ Tomo este giro del libro de Erez Manela, *The Wilsonian Moment. Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Cambridge, Oxford University Press, 2007.

europas firmaron la Declaración de Londres, un complemento a la Conferencia de la Haya de 1907, que regulaba el comercio marítimo con los neutrales.¹¹⁶ Desde el comienzo de la guerra basada en su superioridad naval, Inglaterra trató de sacar ventaja de sus enemigos en el marco de esa guerra económica. Es por ello que el 20 de agosto de 1914, el gobierno británico dictó la primera Order in Council por la cual declaraba la introducción de una serie de modificaciones a la Declaración de Londres que transformaron su contenido original. En concreto, desaparecían los diferentes rangos asignados a las mercancías comerciadas, las cuales en la práctica fueron consideradas en su inmensa mayoría como contrabando “absoluto” por lo cual eran posibles de ser secuestradas. Ligado a ello, se decretó el derecho a inspección de los buques neutrales que transportaran mercancías hacia puertos neutrales con lo que se veía afectado no sólo el comercio entre los neutrales y las potencias beligerantes sino también el comercio bilateral entre neutrales. Estas medidas fueron complementadas con la Order in Council del 29 de octubre que estableció las listas de productos considerados como contrabando “absoluto”. Por último, el 2 de noviembre de 1914 se declaró como zona de guerra al Mar del Norte, efectivizando el bloqueo comercial a las Potencias Centrales. A principios de febrero de 1915, como respuesta a estas modificaciones unilaterales de los acuerdos de 1909, Alemania anunció el establecimiento de la guerra submarina ilimitada que declaraba zona de guerra las costas inglesas. Esta nueva estrategia para llevar a cabo la guerra económica y comercial contra los enemigos de la Entente y que implicaba la utilización de los submarinos como arma clave, fue puesta en marcha el 4 de febrero de 1915 cuando el gobierno alemán como zona de guerra a las aguas que rodeaban a Inglaterra e Irlanda. Es por ello que, en adelante, serían hundidos sin previo aviso los buques enemigos y neutrales que navegaran por esa zona. Desde entonces y hasta su restablecimiento definitivo a comienzos de 1917, la táctica de la guerra submarina estuvo sujeta a diferentes fases de avances y retrocesos.¹¹⁷

¹¹⁶ La citada declaración regulaba los siguientes aspectos: el bloqueo en tiempos de guerra, la caracterización de las mercancías consideradas como contrabando, la prohibición de prestar ayuda por parte de los neutrales, la destrucción de presas neutrales, el cambio de bandera, las escoltas, las indemnizaciones, etc. Respecto a las mercancías consideradas como contrabando establecía tres categorías: el contrabando absoluto (armamentos, pólvora, etc.), el contrabando relativo (alimentos, carbón, ropa, etc.) y las mercancías libres de comercio (algodón, lana, cueros, pieles, goma, etc.). Cf. Ricardo Weinmann, *La Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos – Fundación Simón Rodríguez, 1994, p. 45.

¹¹⁷ Weinmann, *La Argentina en la Primera Guerra Mundial*, op. cit., pp. 46-47. Para una descripción más detallada sobre los vaivenes de la guerra económica y el bloque británico a Alemania y sus respuestas véase Eric W. Osborne, *Britain's Economic Blockade of Germany, 1914-1919*, Nueva York, Frank Cass, 2004.

En ese marco, los Estados Unidos y, en particular, la figura de Wilson emergieron como defensores continentales del derecho comercial de los neutrales y como un posible aliado de Argentina dada su neutralidad ante el conflicto y las similitudes de los perjuicios ocasionados por la guerra a las economías de ambos países. Algunos diarios como *La Prensa*, *La Nación* y *La Razón* apoyaron desde un primer momento la idea de realizar un reclamo conjunto de los neutrales bajo el amparo de los Estados Unidos.¹¹⁸ Esta medida fue también apoyada por las publicaciones proalemanas de Buenos Aires como el diario *La Unión*. Dado el sesgo antibritánico que caracterizaba a sus posiciones la medida fue ampliamente apoyada por el diario defensor de la causa germana, al considerar que Inglaterra perjudicaba a los neutrales con su política marítima violatoria de los tratados previos y ello revelaba los motivos puramente comerciales que la habían impulsado a la guerra. Los reclamos norteamericanos sobre los excesos británicos en la guerra naval permitían también ubicar del lado inglés a ciertos métodos de guerra que perjudicaban a los derechos de los civiles cuando todavía no se habían acallado las denuncias aliadas por la invasión alemana de Bélgica.¹¹⁹

Este apoyo a la campaña de Wilson por parte del principal vocero de Alemania en la opinión pública porteña, permite matizar la tradicional asociación entre germanofilia y antinorteamericanismo que ha sido señalada en relación a las posturas de los intelectuales “germanófilos” argentinos durante la llamada crisis de 1917.¹²⁰ Mirada desde el mundo de la prensa periódica y apelando a una visión más dinámica para leer los alineamientos al calor de los vaivenes del conflicto, la asociación entre ambos conceptos es mucho menos estable que en las elaboraciones de los intelectuales defensores de Alemania como Ernesto Quesada y Ernesto Vergara Viedma.

Sin embargo, dado que inicialmente el reclamo norteamericano iba dirigido a Inglaterra, una nación que era percibida en un amplio arco de la prensa porteña como la

¹¹⁸ De hecho en un editorial de mediados de diciembre, *La Prensa* recordaba sus diferentes intervenciones en ese sentido durante los meses iniciales de la guerra y sí presentaba como “el primer diario del Nuevo Mundo que dio la voz de alarma”. Cf. “Los neutrales del Nuevo Mundo y de Europa”, *LP*, N° 16104, 13-12-1914, p. 5. Por su parte, *La Nación* sostuvo: “La voz de América se ha hecho oír por el órgano poderoso y justiciero de los Estados Unidos”. “El comercio neutral”, *LN*, N° 15458, 7-1-1915, p. 7. *La Razón* afirmaba: “La voz de América amenazada por la injusta ruina ha tenido el potente eco que habrá resonado en el mundo como el de la justicia misma”. Cf. “La neutralidad. Actitud de los Estados Unidos. Defensa universal de los neutrales”, *LR*, N° 2854, 2-1-1915, pp. 1 y 2 y “Neutralidad. Efectos de la nota de Inglaterra”, *LR*, N° 2863, 13-1-1915, pp. 3 y 4.

¹¹⁹ “La nota norteamericana”, *LU*, N° 56, 5-1-1915, p. 3; “Comentarios que sugiere la nota americana”, *LU*, N° 58, 7-1-1915, p. 5.

¹²⁰ Cf. María Ines Tato, “Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos ante la Primera Guerra Mundial”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas/Anuario de Historia de América Latina*, Graz, Institut für Geschichte Karl-Fransens – Universität Graz, N° 49, 2012, pp. 219-222.

“libertadora” del Atlántico gracias a la liquidación de la flota alemana en la batalla de las Malvinas y que además constituía una de las principales destinos de las exportaciones argentinas, algunos diarios porteños no le otorgaron gran importancia al reclamo e incluso manifestaron sus reparos a acompañar las propuestas de Wilson.¹²¹ “¿Qué vamos nosotros en la partida?” se preguntaba el diario *La Mañana* en un extenso editorial publicado el fin de año de 1914. En su opinión: “Meternos de puro comedidos en ese pleito es inhábil e inoportuno”. Acompañar a los norteamericanos era para el diario dirigido por Francisco Uriburu un acto sin ningún beneficio a la vista, debido a las equivocadas gestiones del representante argentino en Washington, Rómulo Naón y a la presión ejercida por Wilson sobre los países sudamericanos bajo un discurso panamericanista considerado como “un bello ideal” pero impracticable en ese momento de la guerra.¹²² Por su parte, *El Diario* en un extenso editorial de comienzos de enero consideró que la nota norteamericana constituía un acto unilateral que se arrogaba una representación del resto de los países sudamericanos que carecía totalmente. En vista de los intereses de un país comercial como Argentina había que aceptar que alguno de los beligerantes garantizara la navegación y esa acción solo podía emprenderla Gran Bretaña.¹²³

Hasta aquí, salvo algunas excepciones, la visión mayoritaria sobre la defensa del comercio neutral emprendida por Wilson no había obtenido demasiados adeptos. El pragmatismo en cuanto a las condiciones necesarias para realizar las actividades comerciales ligadas a la exportación y el antiguo vínculo comercial y financiero con Inglaterra, contribuyeron a desestimar el reclamo inicial de la nota norteamericana. Gran Bretaña era percibida como la única potencia mundial que podía garantizar la libre navegación del Atlántico, una condición vital para el comercio exterior argentino, por lo cual no había que inmiscuirse en un reclamo ajeno y pretencioso impulsado por una nación que dado el tenor de sus exportaciones era además competidora con la Argentina por los mismos mercados.

¹²¹ Cf. “Una tormenta en un vaso de agua”, *LGBA*, N° 1323, 30-12-1914, p. 6; “El comercio de los neutrales. La reclamación norteamericana”, *LN*, N° 15451, 30-12-1914, p. 8; “La nota americana y la guerra”, *ED*, N° 7811, 1 y 2-1-1915, p. 1.

¹²² “A pura pérdida”, *LM*, N° 1430, 31-12-1914, p. 1. En el mismo sentido *La Argentina* afirmaba en un editorial: “Hemos servido, así, con nuestra adhesión, reales e importantes intereses de una nación poderosa, y hemos corrido un riesgo efectivo embarcándonos en una aventura peligrosa, sin que tengamos ningún beneficio de su gestión favorable no obstante la seguridad de una pérdida incalculable en caso de insuceso”. “Los éxitos de la cancillería”, *LA*, N° 3461, 8-1-1915, p. 4.

¹²³ “La nota norteamericana y nosotros”, *ED*, N° 7813, 5-1-1915, p. 4. Véase también “La nota inglesa”, *LA*, N° 3466, 13-1-1915, p. 4.

Sin embargo, a raíz del decreto alemán que establecía por primera vez la guerra submarina ilimitada ese panorama comenzó a cambiar, en algunos casos, de forma drástica. A diferencia de la falta de apoyo obtenida por la nota dirigida a Inglaterra, el inmediato reclamo del gobierno estadounidense contra la decisión alemana concitó un gran apoyo entre la prensa local apelando ahora sí a un criterio de solidaridad continental. En un editorial dedicado al asunto, *El Diario* juzgaba a la nueva nota como “una noble y sesuda página de derecho público genuinamente americano” que constituía “la expresión del pensamiento y de la voluntad del continente ante el incomprensible desvío de la ley y las prácticas internacionales”.¹²⁴ Aunque el procedimiento haya sido exactamente el mismo que en el caso de la nota al Imperio británico, es decir una acción aislada del gobierno de Wilson arrogándose una representación continental que no poseía, la visión del decreto alemán como una amenaza sensiblemente más grave para el comercio local sumada a las escasas simpatías que gozaba Alemania en el seno de la opinión pública porteña cubrieron de un tono más condescendiente a la nueva nota norteamericana.¹²⁵

Las páginas del diario *La Unión* fueron testigo de un solitario intento de defensa de esta decisión extrema del almirantazgo alemán. Ante todo, apelaron a titulares tendenciosos que presentaban a esa nueva estrategia de guerra submarina como un hecho destinado pura y exclusivamente contra los buques británicos.¹²⁶ Luego, publicaron las colaboraciones de algunos intelectuales y juristas que trataron de explicar el sustento legal de la medida.¹²⁷ Sin embargo, el intercambio de notas entre la cancillería alemana y el gobierno de Wilson no se tradujo en una crítica abierta al presidente norteamericano pero le exigió a los Estados Unidos que aplicara el mismo criterio para juzgar a ambos países y que “concluya de una vez por todas con su ambigüedad, revelando al mundo su pensamiento completo”.¹²⁸

¹²⁴ “Solidaridad americana ante el decreto alemán”, *ED*, N° 7847, 13-2-1915, p. 4.

¹²⁵ “Beligerantes y neutrales”, *EP*, N° 6136, 6-3-1915, p. 1; “La nota de Alemania”, *LA*, N° 3501, 19-2-1915, p. 4.

¹²⁶ “La campaña de los submarinos alemanes contra los buques mercantes ingleses”, *LU*, N° 80, 2-2-1915, p. 1.

¹²⁷ “Juzgando ahora jurídicamente el ataque de los submarinos alemanes, es innegable que conforme a los principios del Derecho Público, Alemania tiene la facultad de apresar o hundir sin previo aviso a los buques beligerantes y a los neutrales su llevasen contrabando de guerra, comprobado en el registro de la nave”. N. R. Orfila, “Los submarinos alemanes y el comercio inglés”, *LU*, N° 83, 5-2-1915, p. 5. Véase también Ernesto Quesada, “La política inglesa en el concepto de neutrales e ingleses”, *LU*, N° 97, 23-2-1915, pp. 5 y 6.

¹²⁸ “La actitud del gobierno de Washington frente a Alemania e Inglaterra”, *LU*, N° 91, 15-2-1915, p. 3.

El establecimiento de la guerra submarina irrestricta incrementó la indignación de la prensa porteña por los métodos bélicos de Alemania. Al igual que otros actos y decisiones de Alemania, la guerra submarina fue interpretada como un nuevo símbolo de la “barbarie teutona” que barría con las conquistas históricas del Derecho de Gentes y que implicaba un retroceso para los pueblos civilizados.¹²⁹ Pues una cosa era el derecho a presas que pretendía imponer Inglaterra y otra muy distinta “los excesos del cañoneo a ojos vendados proclamado tan impávidamente por su contendor”.¹³⁰ La mayoría de los diarios porteños vieron en la guerra submarina una decisión que afectaba directamente a la Argentina y al resto de los neutrales incluidos los Estados Unidos. Por ello reclamaron medidas al Poder Ejecutivo para evitar una paralización del comercio exterior y reafirmaron el apoyo al gobierno de Wilson.¹³¹ El diario *La Nación* afirmó: “La voz de América se ha hecho oír [...] En cuanto a la faz americana del asunto, ello revela una vez más la necesidad de que toda América unifique su política exterior bajo principios claros y terminantes” que aunque no lo afirme explícitamente bien podrían ser los principios panamericanos.¹³²

En ese contexto, en enero de 1915 fue elevada al rango de embajada la representación de los Estados Unidos en Argentina. Este hecho y la llegada del primer embajador norteamericano a suelo argentino, Jesup Stimson, fueron aplaudidos por un amplio sector de la opinión pública local. *La Nación* saludó efusivamente a la nueva embajada a la que consideró como una ejemplo de solidaridad práctica en la línea de la Monroe, Drago y de la defensa de los neutrales iniciada por Wilson.¹³³ Mientras que otros diarios como *La Mañana* y *El Pueblo* sin desconocer la importancia de la medida recordaron que ello no implica ni un sometimiento ni un apoyo ciego a la política exterior norteamericana.¹³⁴

Estos primeros cambios en la mirada sobre el papel de los Estados Unidos a la luz de guerra adquirieron un consenso mucho más amplio a raíz del hundimiento del

¹²⁹ Enrique Prack, “La bandera neutral y el contrabando de guerra”, *EP*, N° 6125, 21-2-1915, p. 2.

¹³⁰ “El comercio internacional y las represalias”, *ED*, N° 7859, 1-3-1915, p. 4.

¹³¹ “Un nuevo peligro”, *LM*, N° 1457, 7-2-1915, p. 1; “Ante la realidad”, *LN*, N° 15491, 9-2-1915, p. 7.

¹³² “Ante el bloqueo”, *LN*, N° 15495, 13-2-1915, p. 7.

¹³³ “La embajada americana”, *LN*, N° 15452, 1-1-1915, p. 15 y “El embajador de los Estados Unidos”, *LN*, N° 15454, 3-1-1915, p. 10. *El Nacional* y *La Razón* también apoyaron la llegada de Stimson. Cf. “Embajada americana”, *LR*, N° 2855, 4-1-1915, p. 3; “Personalidad de América”, *EN*, N° 19661, 9-1-1915, p. 3. Por su parte *La Unión* celebró la llegada de Stimson como un hecho que transparentaba el objetivo norteamericano de disputar los mercados argentinos a los inversores europeos. “Las declaraciones del embajador norteamericano”, *LU*, N° 55, 4-1-1915, p. 3.

¹³⁴ “La embajada norteamericana”, *LM*, N° 1428, 9-1-1915, p. 1 y “Norte y Sur”, *EP*, N° 6089, 9-1-1915, p. 1.

Lusitania, ocurrido el 7 de mayo de 1915 en las costas de Irlanda. La unánime condena de la prensa y la opinión pública local se debía en parte al clima de hostilidad contra Alemania presente desde la invasión de Bélgica pero que se había reactivado a raíz del establecimiento de la guerra submarina ilimitada. En ese marco, y de manera análoga a lo ocurrido con el incendio de la biblioteca de la Universidad de Lovaina y el bombardeo de las catedrales durante la invasión de Bélgica y Francia, el hundimiento de este barco de pasajeros en las frías aguas del Mar de Norte que produjo más de un millar de muertos proveyó a gran parte de la opinión pública porteña un nuevo eslabón para la construcción de la imagen “bárbara” de Alemania y la comparación con los hechos ocurridos en Bélgica fue inmediata.¹³⁵ Sólo las publicaciones defensoras de Alemania se hicieron eco de una versión llamada a activar acalorados debates posteriores sobre los motivos encubiertos en su hundimiento, relacionados al transporte de armas y de pólvora con destino a los aliados de la Entente. Esa interpretación justificatoria del hundimiento insistía en que el buque era de origen inglés no norteamericano y que estaba armado como un crucero auxiliar de la marina británica.¹³⁶

A raíz de estos acontecimientos la imagen de los Estados Unidos y del presidente Wilson comenzó a mostrar una faceta mucho más positiva en el seno de la prensa local y empezaron a ser representados como un importante factor de poder en el ámbito internacional que podía actuar como garante de los neutrales americanos en el contexto de la expansión de la guerra en todos los frentes. A su vez, la figura del presidente norteamericano y de los Estados Unidos fue asociada a la defensa de la paz universal como lo atestiguan diferentes portadas de las revistas más importantes de Buenos Aires (figuras 33 y 34). Sin embargo, ello no implicó la desaparición absoluta de las críticas y los recelos frente a los Estados Unidos por sus pretensiones de hegemonía continental y por su imprudencia en el reclamo contra Inglaterra.¹³⁷

Un tercer momento importante de la reconversión de la imagen de los Estados Unidos en la opinión pública porteña fue la firma del Tratado del ABC en mayo de

¹³⁵ “El acto vandálico y brutal de los marinos teutones no tiene justificación alguna y repugna a los nobles sentimientos que creíamos la más noble conquista de una civilización milenaria”, “El hundimiento del *Lusitania*”, *EH*, N° 293, 14-5-1915. “Los crímenes de la guerra” e “Impresión del día sobre la guerra”, *TRI*, N° 7394, 10-5-1915, pp. 1 y 2.

¹³⁶ Véase, entre otras, “Detalles sobre el hundimiento del crucero auxiliar inglés. El buque estaba armado con 12 cañones del calibre de 15 centímetros”, *LU*, N° 160, 8-5-1915, p. 1; “El *Lusitania* conducía 5.471 cañones”, *LU*, N° 162, 11-5-1915, p. 1 y “El hundimiento del *Lusitania* se aceleró por su carga explosiva”, *LU*, N° 168, 18-5-1915, p. 1.

¹³⁷ Cf. “Una disminución”, *ED*, N° 7863, 8-3-1915, p. 4; “El comercio de los neutrales”, *LA*, N° 3515, 5-3-1915, p. 4.

1915. Este nuevo bloque de poder sudamericano reconocía su antecedente en la mediación que los cancilleres de esos tres países habían realizado en el conflicto entre México y los Estados Unidos durante la Conferencia de Niágara Falls en junio de 1914. A mediados de mayo de 1915 los cancilleres que habían participado de la mediación se reunieron en Buenos Aires con el objetivo de ratificar dicho tratado. En líneas generales, la prensa porteña vio con buenos ojos este nuevo bloque de poder construido bajo la injerencia de los Estados Unidos. Sólo el diario *La Nación*, que como se ha visto en el capítulo III, había estado vinculado al canciller José Luis Murature quien en su momento fuera jefe de redacción del diario de la familia Mitre, se opuso a la ratificación del tratado por considerarlo como una excesiva injerencia del panamericano norteamericano sobre Sudamérica y opuso en varios editoriales una defensa del “sudamericanismo”.¹³⁸

La discusión en torno al papel de los países neutrales frente a la guerra submarina y el cambio progresivo de la imagen de los Estados Unidos en el seno de la opinión pública iluminan las reacciones de la prensa porteña ante el apresamiento del buque *Presidente Mitre*, el segundo incidente diplomático de importancia que debió atravesar la administración conservadora de Victorino de la Plaza. El vapor *Presidente Mitre* fue apresado el 28 de noviembre de 1915 en Punta Médanos por el acorazado británico *Orama* cuando iba en viaje desde Buenos Aires al puerto de San Antonio en la Patagonia argentina. El buque pertenecía a la Línea Nacional del Sur, compañía subsidiaria de la alemana *Hamburg Südamerikanische Dampfschiffahrtsgesellschaft* (*Compañía de Navegación a Vapor Hamburgo Sudamericana*) y al momento de ser capturado enarbolaba la bandera argentina por estar inscripto en la matrícula nacional. En él viajaban 65 pasajeros de primera clase, 140 de tercera y 267 sacos de correspondencia que fueron bajados a tierra del mismo modo que con la carga general. Los pasajeros de nacionalidad alemana fueron trasbordados al *Orama* donde se los declaró como prisioneros de guerra. El caso evidenciaba los trastornos ocasionados por una nueva modificación de la Declaración de Londres de 1909, en este caso, en relación al criterio utilizado para definir la nacionalidad del buque: la bandera o el origen del

¹³⁸ Para una análisis más detallado véase Beatriz Solveira de Baez, “El ABC como entidad política: un intento de aproximación entre la Argentina, Brasil y Chile a principios de siglo”, *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, N° 2, primer semestre de 1992, pp. 157-183; “La Argentina y el pacto panamericano propuesto por Wilson”, *Investigaciones y Ensayos*, N° 42, Academia Nacional de la Historia, enero-diciembre de 1992, pp. 475-515 y su libro *La Argentina, el ABC y el conflicto entre México y los Estados Unidos (1913-1916)*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1994.

propietario y/o armador. Es por ello que, a pesar enarbolar la bandera argentina, el *Presidente Mitre* fue considerado como un buque alemán. El asunto resuelto muy rápidamente y a comienzos de 1916 el buque ya había sido entregado a sus propietarios.¹³⁹

Tanto por los intereses económicos y comerciales que Inglaterra representaba para la economía argentina como por su condición de miembro de la Entente varios diarios salieron rápidamente a aclarar que el “desagradable incidente” no complicaría las relaciones con Gran Bretaña descargando las responsabilidades del hecho sobre el gobierno argentino por no comunicar a los armadores la modificación de la Declaración de Londres.¹⁴⁰ En ese sentido, la predisposición británica en favorecer la resolución del conflicto en parte muestra la mutua conveniencia en que esa relación comercial mantuviera su curso normal durante la guerra. Esa relativización del hecho fue mucho mayor en algunos de los diarios que mantuvieron las posturas más radicales sobre el tema como *La Acción Francesa*, sucesor del *La Razón Francesa* que debió cambiar de nombre por un pleito con el vespertino homónimo, donde se le restó importancia al incidente.¹⁴¹ Este periódico sostuvo que el apresamiento del buque argentino era un hecho “absolutamente normal dentro de las condiciones en que la guerra ha colocado a la navegación” y que el asunto “sólo sirve de tema torpemente explotado por los ‘boches’ de acá, que pretender dar al caso la importancia de un atropello a la ‘soberanía argentina’, atropello que solo existe en sueño”.¹⁴² Nuevamente, al igual que en el caso del fusilamiento de Dinant, los planteos de una defensa de la neutralidad y la soberanía nacional ante las arbitrariedades por lo beligerantes fueron asociados a la germanofilia local aún cuando el apresamiento del *Presidente Mitre* haya sido cometido por un buque británico.

Sin embargo, a pesar de su brevedad, el hecho produjo un gran impacto en la opinión pública porteña y motivó varias movilizaciones de la juventud para presionar al

¹³⁹ Véase, Martin, *Latin America and the War*, op. cit., pp. 191-192; Weinmann, op. cit., pp. 56-60 y Juan Archibaldo Lanús, *Aquel apogeo. Política internacional argentina, 1910-1939*, Buenos Aires, Emecé, 2001, pp. 67-72.

¹⁴⁰ Cf. “El caso del vapor Mitre”, *ED*, N° 10495, 1-12-1915, p. 4;

¹⁴¹ El periódico *La Razón Francesa* fue fundado por el periodista francés Louis Cogniat quien falleció en 1916 y fue remplazado por Elías Danon, quien a su vez renunció en junio de 1917 por problemas de salud. El último director fue el socio del ex director, Marcel Porthelance. *La Razón Francesa* publicó 67 números en seis meses hasta que debió cambiar su nombre por *La Acción Francesa* tras un pleito con el vespertino *La Razón*. Tenía una tira aproximada de 42.000 ejemplares y salía tres veces por semana. Cf. Hebe Pelosi, “Publicaciones de la francofilia argentina”, *Temas de historia argentina y la americana*, Buenos Aires, UCA, N° 1, julio-diciembre 2002, pp. 66-75.

¹⁴² “El caso del ‘Presidente Mitre’. Lo que parece ser y lo que es”, *La Acción Francesa* (en adelante, *LAF*), N° 100, 2 y 3-12-1915, p. 1.

gobierno de De la Plaza las cuales fueron apoyadas incluso por algunos diarios partidarios de los aliados como *La Argentina* aunque pidió “prudencia y cordura”.¹⁴³ La crítica más sostenida contra los métodos utilizados por Gran Bretaña para llevar a cabo la guerra comercial provino de aquellos diarios e intelectuales simpatizantes de Alemania. Estos veían en el apresamiento de un buque de bandera nacional un gesto de prepotencia de la armada británica y una violación de los derechos de los neutrales. Esa actitud halló en el discurso brindado por Estanislao Zeballos en la Cámara de Diputados, el 5 de diciembre de 1915, el punto de apoyo para las críticas a las violaciones del derecho internacional por parte de Inglaterra.¹⁴⁴ Ese discurso produjo tal impacto para los sectores críticos del “imperialismo inglés” que *Germania* llegó a editarlo como un folleto que se entregaba con el ejemplar de la revista como “obsequio de Germania a sus lectores” pero también fue reproducido parcialmente por *La Prensa* y *La Razón*.¹⁴⁵ Al respecto, el diario *El Pueblo* comentó: “da la sensación de ser el alma nacional la que habla por esa prosa robusta, que ojalá, aun cuando contuviese alguna demasía, fuera la que tuviesen en asunto de esta especie los diarios en general de nuestro país”.¹⁴⁶

Esas diferentes reacciones frente a la actitud británica se explican en función de las simpatías previas por los diferentes bandos en conflicto. Sin embargo, el rol de los Estados Unidos como defensor continental de los neutrales y la reciente firma del Tratado del A.B.C. impulsaron el pedido de un reclamo conjunto con el gobierno norteamericano en favor de una defensa común de los intereses continentales. Para *La Razón* el reclamo tenía validez ya que todos los países americanos estaban afectados del mismo modo por estas “prácticas de corso” puestas en ejecución por los beligerantes.¹⁴⁷

La última estación de este recorrido a lo largo de las diferentes coyunturas que pusieron en discusión a la imagen de los Estados Unidos en la prensa periódica local fueron las fallidas negociaciones de paz entabladas por el presidente Wilson en

¹⁴³ “El apresamiento del Presidente Mitre. Manifestaciones de la juventud”, *LA*, N° 3771, 8-12-1915, p. 1.

¹⁴⁴ “La actitud del Dr. Zeballos sobre ‘el Mitre’ juzgada en Europa”, *EN*, N° 20013, 28-12-1915, p. 4.

¹⁴⁵ “Interpelación al Poder Ejecutivo de la Nación sobre el apresamiento del *Presidente Mitre*”, *GER*, N° 15, 1-1-1916, s/p. “Captura del ‘Presidente Mitre’. Discurso del doctor Zeballos”, *LR*, N° 3141, 7-12-1917, p. 7.

¹⁴⁶ “El discurso del doctor Zeballos”, *EP*, N° 6361, 8-12-1915, p. 1. El discurso le valió las burlas de sus acérrimos críticos de *La Mañana* quienes llamaron a no darle entidad a un hecho que no debería trascender de un despacho judicial. Cf.

¹⁴⁷ “Reclamación del ‘P. Mitre’. Gestiones conjuntas con el gobierno de los Estados Unidos”, *LR*, N° 3137, 2-12-1917, p. 1.

diciembre de 1916. Las propuestas de paz en las que Wilson pretendía ubicarse como un mediador entre los grandes bloques de potencias europeas en guerra significaron un retroceso en relación a otras acciones del presidente norteamericano en materia de política internacional que resintió su imagen en una franja importante de la prensa porteña. Sobre todos en los diarios y las revistas que mantenían las posiciones más extremas en relación a la defensa de los aliados estas propuestas wilsonianas de acabar con la guerra le valieron duras críticas que lo señalaban como un traidor y un claudicante ante Alemania.¹⁴⁸ A mediados de enero de 1917, el diario *Idea Nacional* daba por cerrado el asunto con estos términos:

Jamás en la historia un jefe de Estado vio tan mal ni tan de lejos, desde lo alto del más torpe lirismo cuestión de importancia tal como la que el señor Wilson pretendió dilucidar ante el parlamento americano [...] Parece haber olvidado el mandatario norteamericano que los cañones de la Entente no truenan en esta guerra por una simple cuestión de bajo mercantilismo [...] La Raza Latina pelea por su propia Honra, y no puede aceptar una paz, sin ser antes caballerosamente vencida o gloriosamente vencedora sobre el horrendo dragón del militarismo prusiano [...] Guarden los Estados Unidos del Norte su exclusivista teoría de ‘América para los americanos’; no intervenga en la contienda, si no se siente capaz de hacerlo, espada en mano y alta la viciera [sic], como entidad caballeresca y en favor de las causas de su simpatía. No sirva el señor Wilson a las aspiraciones de Guillermo II que ahora quisiera retroceder sin perder terreno [...] Deje que la Raza Latina, unida con la honradez británica y con la ingenua caballerosidad del moscovita, siga bregando por su Honra, por la Justicia, por la Libertad del mundo entero. Y hasta tanto no se presente el momento racional y oportuno, deje de hablar de paz el señor Wilson.¹⁴⁹

Este duro escrito retoma varios giros y claves interpretativas sobre diversos aspectos de la guerra que ya había circulado en el seno de la prensa porteña como la crítica al lirismo inútil y declamatorio del pacifismo y las acusaciones contra el “mercantilismo yanqui” y la doctrina Monroe frecuentes en el discurso antinorteamericano. Pero, a su vez, contiene algunos elementos importantes y novedosos. El primero de ellos es la percepción de Wilson como un actor funcional a los intereses alemanes que al saberse derrotados buscan una forma elegante de salir de la guerra que en términos más amplios se traduce en una tensión entre el panamericanismo y la “raza latina”. El segundo aspecto importante es la negativa a toda negociación de paz que no sea el resultado de una victoria aplastante contra Alemania o, en su defecto, una derrota de la Entente. Ese rechazo estaba relacionado con la ya

¹⁴⁸ Véase, entre otras, Pedro de Rojas, “Wilson pide la paz... porque a él le conviene”, *Idea Nacional* (en adelante, *IN*), N° 7, 22-12-1916, p. 1; Argo, “El caso de Wilson”, *IN*, N° 8, 23-12-1916, p. 1; “Los aliados no quieren la paz”, *IN*, N° 10, 26-12-1916 y “Las proposiciones de paz a Alemania. Las contradicciones de la prensa boche”, *LAF*, N° 257, 16 y 17-12-1916.

¹⁴⁹ Faz, “El discurso de Mr. Wilson. El lirismo del presidente y la teoría Monroe”, *IN*, N° 33, 23-1-1917, p. 1.

señalada visión de una guerra a muerte que buscaba el aniquilamiento del adversario cuyos contornos se habían emergido en la prensa porteña desde comienzos de 1915. Por ello, la idea de un acuerdo de paz con Alemania se tornó casi imposible y los ofrecimientos de paz de Wilson le valieron el mote de “traidor” al esfuerzo de la causa aliada lo que implicó un retorno a la imagen de los Estados Unidos como un país que se beneficiaba económicamente con la neutralidad. Es por ello que, en esas publicaciones el ingreso de los Estados Unidos en la guerra implicara un rápido desplazamiento de sentidos que, como se verá en el próximo capítulo, trae una rápida modificación de la imagen de Wilson que de timorato y traidor se transformará muy rápidamente en un defensor de la civilización occidental contra la amenaza de la “barbarie” alemana.

Los lentos cambios que se producen en la imagen de los Estados Unidos a lo largo de 1915 y 1916 en gran medida explican que, luego de su ingreso en la guerra en abril de 1917, algunas actitudes al menos criticables desde la óptica de un país neutral como el ingreso de la flota de guerra norteamericana al puerto de Buenos Aires en julio de 1917 o el desvelamiento del contenido de los telegramas cifrados enviados por el conde Luxburg, hayan recibido escasas críticas por parte de un amplio sector de la opinión pública porteña. En esa nueva coyuntura el antinorteamericanismo terminará siendo confinado a un sector de la élite política e intelectual, sobre todo en el caso de los intelectuales defensores de Alemania pero entre aquellos afines a la Entente y en gran parte de la opinión pública local, el recelo ante los Estados Unidos había sido progresivamente erosionado en los años previos a su participación en la guerra.

A partir de 1915, la cobertura mediática de la guerra en la prensa porteña pierde la efervescencia que había caracterizado a los meses iniciales y se vuelve más cotidiana, predecible y reiterativa. Tal vez, por ello sea que la historiografía abocada a estudiar el impacto de la Gran Guerra en Argentina suele pasar por alto este periodo de

“tranquilidad” de la guerra hasta el recrudecimiento de sus implicancias para nuestro país en el marco de la ya mencionada crisis de 1917.

Sin embargo, a lo largo de 1915 y 1916 es posible encontrar en las páginas de la prensa periódica porteña una serie de temas y problemas de gran relevancia para la comprensión de una visión integral sobre las representaciones de la Gran Guerra en la prensa y la opinión pública porteña. En primer lugar, ese amesetamiento del conflicto y los cambios de escala señalados se tradujeron en una progresiva modificación en la representación de la dimensión técnica de la guerra, un rasgo distintivo de la que puede considerarse como la primera guerra industrial de masas de la historia mundial. En ese contexto, la representación de la Gran Guerra que enfatizaba su carácter de combate moderno, caracterizada por una verdadera fascinación en torno a los aeroplanos y zeppelines, comienza a dar cabida a una progresiva hegemonización de la imagen de la guerra como una guerra de trincheras. A partir de entonces, ambas imágenes tenderán a coexistir de manera residual e incluso ciertos rasgos de la primera representación técnica de la guerra serán dominantes, incluso durante los años finales del conflicto, relacionado a la cobertura periodística del papel desempeñado por el puñado de aviadores argentinos que participaron de los combates en el Viejo Continente.

En segundo lugar, la mundialización de la Gran Guerra obligó a la prensa porteña a un descentramiento de la atención de manera casi exclusiva sobre Europa para dar cabida a nuevos escenarios del conflicto como Asia, África y Oceanía. A su vez, si el ingreso de Italia en la contienda marca un punto importante de las repercusiones del conflicto en Argentina dada las dimensiones de la colectividad italiana en Buenos Aires, a partir de entonces, dentro del Viejo Continente cobró mayor atención lo acontecido en el frente oriental dado su mayor movilidad. Por último, el alargamiento de la guerra comenzó a tener efectos muy concretos sobre la economía argentina y que la esperanza inicial de beneficiarse económicamente con el conflicto tropezó constantemente con las complicaciones comerciales y el establecimiento de la guerra submarina ilimitada. Ese nuevo escenario tornó más aplomada y menos coyuntural a la reflexión sobre los alcances y las repercusiones de la guerra en Argentina y no es una mera casualidad que en ese contexto emergieran distintas voces que comenzaban a revalorizar los diferentes proyectos continentales: el latinismo, el hispanismo y, sobre todo, el panamericanismo.

Capítulo V

1917: nuevos escenarios y encrucijadas

El año de 1917 constituye uno de los puntos más altos de las repercusiones ocasionadas por la Gran Guerra en la prensa y la opinión pública porteña. Dicha trascendencia se debió a una combinación de factores que implicaron tanto a los acontecimientos internacionales vinculados con el desarrollo de la guerra —como el ingreso de los Estados Unidos en la contienda y el estallido de las revoluciones en Rusia—, como así también a un cambio en el escenario político local marcado por el ascenso al poder del radicalismo en las elecciones presidenciales de 1916. En este capítulo, se analizarán los dos grandes ejes problemáticos que recorren gran parte de las percepciones y representaciones de la prensa local a lo largo de 1917: por un lado, los debates en torno a las revoluciones en Rusia y, por el otro, los alineamientos de la prensa porteña ante la llamada crisis de 1917.

De todos los grandes hitos que marcaron al tercer año de la guerra en Europa, como los motines en el ejército francés y las grandes batallas de Passchendaele y Caporetto, las revoluciones en Rusia fueron, sin dudas, los hechos que mayor recepción tuvieron en la opinión pública local.¹ En la prensa periódica porteña, las primeras representaciones de ese ciclo revolucionario fueron el fruto de diferentes lecturas que enmarcaron a esos acontecimientos en el cuadro de la Gran Guerra y ello explica las diferentes miradas e interpretaciones que rodearon a las revoluciones de febrero y octubre en el seno de la opinión pública local. Leídas en esa clave, la revolución de febrero fue vista como un acontecimiento favorable por parte de un amplio sector de la prensa proaliada, pues veía en ella el inicio de un proceso de reformas graduales, liberales y progresistas. Esta interpretación permitió considerar a Rusia como un país democrático, susceptible de ser equiparado a sus pares de la Entente y reiterar una representación de la contienda como una cruzada de la libertad y la democracia contra el “autoritarismo prusiano” y “el oscurantismo teutón”.

Por el contrario, la revolución de octubre cosechó muchas más críticas en la prensa local. Antes que por los alcances concretos de su programa político y social, la

¹ Sobre la importancia del año '17 en la historia de la Gran Guerra véase Jean Jacques Becker, *1917 en Europe. L'année impossible*, Bruselas, Éditions Complexe, 1997.

revolución bolchevique fue un hecho censurable por sus implicancias para las alianzas estratégicas de los aliados de la Entente. Leída en esa perspectiva, los hechos de octubre implicaban lisa y llanamente poner a Rusia fuera de combate y de esa manera liberar a los ejércitos alemanes del frente oriental. Este fue el motivo principal por el cual amplios sectores de la prensa favorables a la Entente vieron un gran peligro en la revolución bolchevique y abonaron una extendida interpretación propagandística que hacía de Lenin y sus aliados unos agentes al servicio del káiser Guillermo II.

Ese año estuvo signado por un segundo eje conflictivo vinculado al ámbito local, la crisis política que se extendió entre abril y noviembre de 1917. El 3 de febrero de ese año, los Estados Unidos rompieron relaciones diplomáticas con el Imperio alemán y el 6 de abril le declararon la guerra a Alemania como respuesta al restablecimiento de la guerra submarina ilimitada. Esta medida trajo aparejada fuertes presiones diplomáticas para que los países del continente americano adaptaran la misma postura que el gobierno de Woodrow Wilson, aunque en el caso argentino esas presiones no lograron modificar el rumbo de la política neutralista del presidente Hipólito Yrigoyen. La gravedad de la situación se incrementó a partir de abril de 1917 a raíz del hundimiento por parte de los submarinos alemanes de varios buques de bandera argentina: el 4 de abril fue hundido el *Monte Protegido*, el 6 de junio el *Oriana* y el 22 de junio el *Toro*. Ese clima de hostilidad originó un fuerte debate y una activa movilización en el seno de la opinión pública local.

Mientras el gobierno argentino gestionaba los reclamos correspondientes por vía diplomática, otro incidente marcó la última escalada de la crisis: el “affaire Luxburg”. A comienzos de septiembre, el gobierno de los Estados Unidos difundió una serie de telegramas cifrados del ministro alemán en la Argentina, el conde Karl Graf von Luxburg, que iban dirigidos al káiser Guillermo II. En ellos se refería en términos despectivos al presidente Yrigoyen y a su ministro de Relaciones Exteriores, Honorio Pueyrredon (“un notorio asno anglófilo”) y recomendaba a las autoridades alemanas continuar con el hundimiento de los buques argentinos “sin dejar rastros”. Cuando estos telegramas tomaron estado público, el presidente se vio obligado a entregar los pasaportes al diplomático germano pero aún así mantuvo su decisión de no romper relaciones con Alemania a pesar de la insistente demanda de un amplio sector de la prensa, la opinión pública y las Cámaras de Diputados y Senadores.

¿Por qué un sector de la opinión pública de un país neutral, que desde el inicio mismo de la guerra había manifestado junto a las simpatías por algunos de los países combatientes una toma de distancia respecto del magisterio europeo que abonó una imagen de sí misma como una nación y un pueblo esencialmente pacífico y tolerante, decide —ante un hecho relativamente menor en cuanto a su alcance si se lo compara con el caso de otros neutrales como España, Dinamarca o los países escandinavos— pedir el ingreso del país en la guerra? Esa particular coyuntura no puede comprenderse sin otorgarle importancia a un dato clave: desde hace unos pocos meses la primera magistratura era ejercida por un nuevo partido político, la Unión Cívica Radical que había puesto fin a la larga alternancia de gobiernos conservadores. La tendencia a la utilización de temas y problemas ligados a la Gran Guerra como un insumo para los debates y la lucha política local encontró en el año de 1917 su momento más álgido y es por ello que los problemas causados por esa nueva fase de la contienda, que se abre con la declaración de la guerra de los Estados Unidos a Alemania, funcionan aquí como un elemento vertebrador en la construcción de un amplio arco opositor al recientemente electo gobierno de Hipólito Yrigoyen.²

Como ya se ha mencionado, el año de 1917 acaparó gran parte de las investigaciones sobre el impacto de la Gran Guerra en Argentina. En este capítulo se propone realizar una lectura de dicha crisis a la luz de la prensa periódica de Buenos Aires que busca, en primer lugar, discutir el carácter excepcional que apriorísticamente se le ha asignado a ese período en el análisis de las repercusiones de la guerra en la opinión pública local. Pues si se resiste la tentación de examinar ese particular momento como una suerte de “microclima” susceptible de ser aislado del resto de la contienda y se la inserta en el cuadro general de las repercusiones de la Gran Guerra en la opinión pública porteña es posible sostener que el modo en que la prensa interpreta esa coyuntura implica una reactualización de ciertos instrumentos analíticos, giros e ideologemas previos, adaptados en un contexto político revitalizado por el hundimiento de los buques de bandera argentina y el cambio en el horizonte político local que significó el ascenso del radicalismo al poder.

² Cf. Pucciarelli, Alfredo y Tortti, María Cristina, “La construcción de la hegemonía compartida: el enfrentamiento entre neutralistas, rupturistas e yrigoyenistas”, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José Villaruel (Eds.), *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos, 1995, pp. 71-123.

Encuadrada en esa perspectiva más amplia, la llamada crisis de 1917 implica, en rigor, una reactivación de ciertos discursos y claves interpretativas que ya estaban presentes en la prensa porteña desde los primeros meses de las hostilidades como por ejemplo: una visión binaria de la guerra como un choque entre la libertad y la democracia frente al “autoritarismo prusiano”; el resurgimiento de un debate en torno a diferentes concepción sobre la cuestión nacional y ligado a ello, la apelación al honor patrio ante los atropellos de Alemania; los señalamientos sobre los riesgos que implicaban el mantenimiento de una neutralidad que conduciría a un aislamiento del mundo y la exaltación de la juventud como la regeneradora de una sociedad en decadencia ligada a la creación de ciertas organizaciones políticas en favor de los bandos en disputa.

En segundo lugar, es necesario indagar con mayor detalle los alineamientos y las construcciones simbólicas de la prensa a lo largo de los diferentes hitos que conformaron ese periodo conflictivo. En el análisis de las movilizaciones que se produjeron a lo largo de esos meses, las investigaciones precedentes han señalado que la opinión pública se dividió en dos bandos irreconciliables: los partidarios del sostenimiento de la posición oficial frente al conflicto (los “neutralistas”) y los que propiciaban la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania (los “rupturistas”). En el marco de un análisis que atiende prioritariamente a la dimensión social y política de dicha crisis, la prensa periódica ha sido objeto de una visión instrumental ligada a la difusión y a la posterior cobertura de las manifestaciones y los mítines que se vivieron en Buenos Aires. En ella se reitera la tendencia ya señalada al etiquetamiento estático de las posiciones de la prensa, dejando de lado el análisis de los discursos y las representaciones puestas en juego en cada uno de los acontecimientos que jalonaron ese periodo conflictivo.

Una mirada más atenta sobre la prensa periódica permitirá develar en qué medida las interpretaciones que sostienen la idea de una polarización de la opinión pública durante la crisis han quedado encorsetadas en una lectura cuyos términos fueron propuestos por ciertos sectores de la propia prensa, en particular, por el arco más vinculado a los aliados de la Entente. Pues aún cuando algunos periódicos terminaron aceptando esos términos como definitorios de sus posiciones frente a la guerra, la imagen de una opinión polarizada entre “rupturistas” y “neutralistas” no contempla una

serie de matices importantes en relación a los alineamientos de los diarios y las revistas porteñas.

Con el objetivo de analizar ese año tan particular para la comprensión de las representaciones de la Gran Guerra en la prensa local, en el primer apartado se estudiarán las interpretaciones sobre las revoluciones que se produjeron en Rusia a lo largo de 1917 hasta la firma del Tratado de Brest Litovsk en marzo de 1918. El segundo apartado procura recorrer los diferentes mojones de esa conflictiva coyuntura de 1917 con el objetivo de reconstruir la progresiva radicalización de las posiciones de la prensa y la opinión pública frente a las repercusiones de la guerra en el ámbito local.

1. ¿Revolucionarios o agentes del káiser? Las primeras representaciones de la Revolución rusa en la prensa porteña

El estallido de las revoluciones que se produjeron en Rusia a lo largo de 1917 tuvo una importante repercusión en la opinión pública y la sociedad porteña, aunque el estudio de esas influencias ha sido acotado, principalmente, a las formaciones políticas e intelectuales de la izquierda local y al movimiento obrero. A partir de 1917 y durante los años siguientes, el debate en torno a la caracterización del proceso revolucionario que tenía lugar en Rusia conmovió fuertemente el imaginario de la izquierda local y dio lugar a ásperos enfrentamientos, adhesiones y rupturas, impulsados al calor de los intentos por descifrar ese fenómeno novedoso.³

Sin embargo, la repercusión de la Revolución rusa en el marco de la prensa periódica de gran tirada es un tópico que ha sido mucho menos estudiado y que presenta algunas características diferentes en comparación con su recepción en el ámbito de la izquierda local. El artículo de Fedra López Perea y María Marta Rotondaro, analiza el impacto de la revolución de octubre principalmente en los diarios *La Nación* y *La*

³ Cfr. Emilio Corbiere, *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Beatriz Sarlo, “La revolución como fundamento”, en *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007 [1988], pp. 121-153; Roberto Pittaluga, “Lecturas anarquistas de la Revolución Rusa”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, UNQUI, Bernal, 2002, pp. 179-188; Ídem, “De profetas a demonios: recepciones anarquistas de la Revolución Rusa (Argentina, 1917-1924)”, *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, N° 11/12, UNLP, La Plata, 2002, pp. 69-98; Omar Acha, “La revolución rusa de José Ingenieros: elitismo y progresismo”, *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, Año VII, N° 20, invierno de 2002, pp. 163-182; Daniel Campione, “¿Partido revolucionario o partido de gobierno? La fundación del Partido Socialista Internacional”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (Edits.), *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 145-157 y Marina Becerra, “Guerra y Revolución”, en *Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino: Enrique Del Valle Iberlucea*, Rosario, Prohistoria, 2009, pp. 109-161.

Prensa.⁴ A partir de una mirada un tanto sesgada que explica la “aliadofilia” de estos diarios “de la oligarquía” en función de su papel en la defensa de los intereses económicos del Imperio británico en Argentina, las autoras buscan enlazar el análisis del impacto de la revolución de octubre con la dinámica política que rodeó a la Semana Trágica de enero de 1919 y, en particular, con la construcción discursiva que asociaba al extranjero con la figura del “agitador maximalista”.

El análisis de las representaciones sobre las revoluciones de febrero y octubre que se propone aquí busca otorgar importancia a las primeras percepciones de la Revolución rusa en la prensa porteña de gran tirada y se sostiene en la hipótesis de que el rasgo distintivo de esas lecturas iniciales sobre las revoluciones que tuvieron lugar en Rusia, durante el año 1917 y comienzos de 1918, fue ubicar a estos acontecimientos en el marco del juego de las alianzas y las estrategias internacionales entre las potencias europeas que combatían en la Gran Guerra. Esa clave de lectura explica las diferentes reacciones de la prensa y la opinión pública local ante las revoluciones de febrero y octubre. Dada esa tendencia a subordinar la revolución a la Gran Guerra, la prensa porteña de gran tirada tendió a mostrarse mucho más conciliadora con la revolución de febrero que con el viraje político iniciado en octubre de 1917.

La primeras informaciones sobre los hechos que tenían lugar en Rusia fueron muy confusas y atentaron contra la posibilidad de realizar un juicio cabal sobre lo que estaba ocurriendo en la ciudad de Petrogrado. Posteriormente, a medida que se incrementó la información telegráfica y sobre todo con la llegada de los diarios europeos a las redacciones de Buenos Aires, que se constituyeron en un insumo clave para la conformación de ese imaginario porteño sobre las revoluciones, fue posible aclarar un poco más la situación. El 17 de marzo *El Diario* dio a conocer un extenso artículo tomado de *The Times* de Londres que había sido publicado a comienzos de febrero. Según explicaba en un breve párrafo introductorio, el artículo “contribuye a aclarar el fondo de los acontecimiento que se han producido en Rusia”. La nota en cuestión se titula “La Nueva Rusia” y en ella se brinda una interpretación venturosa de la revolución de febrero caracterizada como el inicio de una “regeneración nacional de Rusia” que venía a liberar a ese “organismo” de las “anormalidades” que habían

⁴ Fedra López Perea y María Marta Rotondaro, *De maximalistas, germanófilos y extranjeros. El impacto de la Revolución Rusa en la oligarquía argentina visto a través de la prensa, 1917-1919*, Buenos Aires, Centro Argentino de Estudios Internacionales, 2009.

limitado su desarrollo pleno y que constituían una rémora a su progreso: fundamentalmente, la falta de una constitución debida al asesinato del zar Alejandro II.⁵

Este artículo contiene los principales trazos de una caracterización sobre la revolución de febrero que tuvo una importante propagación en la prensa porteña: la imagen de una revolución “pacífica” que viene a remover los largos siglos de oscurantismo y opresión que obstaculizaban el verdadero desarrollo del pueblo ruso. En base a esa clave de lectura, la revolución de febrero fue vista con muy buenos ojos por parte de la prensa periódica más favorable a los aliados de la Entente, pues la serie de reformas introducidas por el gobierno provisional de Alexander Kerensky permitían presentar a la “nueva” Rusia como una nación liberal y democrática al estilo de Europa occidental.⁶ En gran medida esa mirada positiva sobre la revolución de febrero se debía a que dicha caracterización tornaba más pertinente la remanida imagen aliada de la guerra como un enfrentamiento entre dos paradigmas civilizatorios antagónicos —la civilización latina, ligada a la defensa de las libertades y de la democracia frente al autoritarismo prusiano—, que permitía ubicar a Rusia del lado de la “civilización”. Como se podrá apreciar en el próximo apartado, la declaración de guerra de los Estados Unidos a Alemania, producida a comienzos de abril de 1917, también fue leída por un vasto conjunto de publicaciones periódicas e intelectuales porteños como una reactualización de esa clave interpretativa que estaba presente en la prensa local desde la invasión alemana de Bélgica. De hecho, en algunas ocasiones ambos acontecimientos, la revolución de febrero y el ingreso de los Estados Unidos en la contienda, fueron interpretados en la misma clave democrática. Así, por ejemplo, Ramón Melgar, en un escrito de comienzo de abril publicado en *El Diario*, donde resumía los principales argumentos de su libro *La bancarrota de una civilización*, publicado a comienzos de la guerra, enlazaba ambos hechos como el resultado del “determinismo democrático” impulsado por la guerra. De esta manera, afirmaba Melgar: “Esta guerra dará frutos copiosos para la libertad de todos los pueblos de la tierra. El imperio moscovita, en plena desangración, se ha regenerado, se ha liberado del yugo ominoso que pesaba sobre sus destinos. Este hecho grandioso es la primera comprobación de nuestra tesis”.⁷

⁵ “La Nueva Rusia”, *ED*, N° 10886, 17-3-1917, p. 3.

⁶ “La revolución ha sido trascendental. Una Rusia nueva ha nacido; una Rusia liberal, moderna, europea, en cuyo porvenir se ponen las más bellas esperanzas”. Cf. “La revolución rusa”, *CyC*, N° 864, 24-5-1917.

⁷ Ramón Melgar, “El determinismo democrático”, *ED*, N° 10904, 8 y 9-4-1917, pp. 1 y 5. Entre 1906 y 1924 Melgar desempeñó el cargo de Rector del Colegio Nacional de Dolores. Fue un activo colaborador

Esa caracterización adquirió un tono mucho más extremo en las publicaciones de la propaganda aliada que enfatizaron el carácter democrático y antialemán de la revolución. En un exaltado suplemento publicado a mediados de marzo, *La Acción Francesa* caracterizaba a la revolución de febrero como “un golpe mortal al germanofilismo ruso” y una victoria “para todos los Cruzados de la Justicia y del Derecho”, enfatizando los vínculos democráticos entre la nueva Rusia y la Francia democrática y republicana.⁸ Al coincidir con las primeras repercusiones del ingreso de los Estados Unidos en la guerra, esa visión de la revolución de febrero como “democrática y liberal” incrementaba el bando de los países que luchaban en defensa de la Libertad y la Justicia. De allí que el diario *Idea Nacional*, en un comentario sobre las noticias telegráficas provenientes de Rusia señalaba: “Los partidos liberales del imperio —los que escuchan el consejo de la sabiduría inglesa y se inspiran en el principio de la libertad que irradia desde Francia— se han apoderado del gobierno de todas las Rusias y comienzan a eliminar a los elementos germanófilos que, obstinadamente, dificultaban la provisión de víveres y la buena administración del ejército”. Aunque los métodos descriptos bajo el término “eliminar” no parecen reflejar la tolerancia y el tono de deliberación democrática que quisieron darle a estos hechos los diarios más firmemente alineados con los aliados, *Idea Nacional* no dudaba en presentar a la revolución de febrero como un triunfo de la Entente y, por ende, de la causa de la civilización dado su carácter de revolución “antigermana y liberal”.⁹

Sin embargo, esa mirada benevolente sobre los inicios del proceso político que tenía lugar en Rusia cambió drásticamente a partir de la revolución de octubre de 1917 que cosechó fuertes críticas por parte de la prensa local. A comienzos de noviembre de 1917, *La Nación* publicó un extenso comentario sobre la nueva situación política de

de *El Nacional* donde firmaba sus artículos sobre educación y pedagogía con el pseudónimo de “Maestro”. El libro en cuestión es *La bancarrota de una civilización: guerra europea de 1914*, Buenos Aires, La Baskonia, 1914.

⁸ “*La Acción Francesa* y con ella los Aliados de Buenos Aires, de la América latina gritan: Gracias, joven Rusia, hermana de Francia, por tu levantamiento sublime y generoso Ya nada ni nadie podrá dividirnos y arrancarnos el triunfo de tu gesto divino”. Cf. “La revolución inmortal del Imperio de la gran Rusia. La democracia triunfante derrumba las trincheras del absolutismo” y “La Gran Revolución de Rusia es Germanófoba”, *LRF*, N° 293, p. 5.

⁹ Cf. “Los sucesos en el imperio ruso”; Faz, “Rusia. La gran victoria aliada”, *IN*, N° 76, 16-3-1917, p. 1 y “La revolución rusa”, *IN*, N° 81, 22-3-1917, p. 2. Por su parte, en los diarios más moderadamente simpatizantes de Alemania, como *El Nacional*, la revolución de febrero también fue celebrada como un hecho democrático que probaba la falsedad que implicaba considerar a Rusia como un miembro de esa cruzada por la Libertad y el Derecho, haciendo énfasis en las condiciones de vida del pueblo ruso bajo el zarismo más que en los alcances concretos de la revolución. Cf. “¡Salve pueblo ruso! El poder de los parlamentos”, *EN*, N° 20413, 16-3-1917, p. 1 y “El imperio de la falsedad. Mentiras patrióticas. ¡Murió el rey! ¡Viva el rey!”, *EN*, N° 20415, 19-3-1917, p. 1.

Rusia que permite dar cuenta del cambio en las valoraciones sobre ese proceso político. Allí el comentarista señalaba: “Después de ocho meses de infatigable breva, los maximalistas rusos, dueños de la mayoría del Soviet de Petrogrado, han conseguido dominar la capital y han declarado depuesto al gobierno provisional y disuelto el parlamento preliminar”.¹⁰ Como punto de partida de un análisis sobre el alcance del programa político del nuevo gobierno, el comentarista de *La Nación* analizaba la situación desde el punto de vista militar, desestimando la importancia de este hecho para los aliados de la Entente los que “hace ya tiempo [...] no tienen sino en muy poca cuenta la eficiencia de la acción militar rusa”.

Aclarado este punto, tanto el programa como la nueva forma de gobierno articulada en torno del Soviet de Petrogrado, eran juzgados desde un punto de vista liberal y en contraposición a la Duma, de donde emergen dos legitimidades en pugna pues “el Soviet a tenido, desde el primer momento, importancia capital en su desarrollo [de la revolución]; pero su autoridad ha sido siempre una autoridad de hecho, sin raíz en la legalidad que tenía la Duma, ya desaparecida”. Por último, en cuanto al análisis del programa político de los maximalistas o “bolcheviques”, el articulista desestimaba rápidamente la importancia de su plano interno que se reduce a “dar al país una organización social marxista” aclarando que, en ese aspecto, “tienen en contra a la enorme mayoría de los rusos [...] que no quieren la supresión de la propiedad”. Sin embargo, en este temprano informe sobre los alcances de la revolución de octubre, la cuestión clave radicaba en la dimensión externa del programa bolchevique que aspiraba a resucitar a la Internacional, el cual “puede darse por completamente fracasado: la Internacional no resucitará para imponer la paz marxista”. Dicho esto, el anónimo comentarista del diario de la familia Mitre se apresuraba a enfatizar que a la luz de su programa “los maximalistas nunca han preconizado una paz separada e incondicional con Alemania”, pues en su programa hablan de “paz justa” y de “paz democrática” pero que hasta ahora no había motivos para creer que los maximalistas estuvieran dispuestos a firmar con los enemigos de Rusia una paz separada e incondicional.

Si se juzga el espacio dedicado en este artículo a analizar los alcances del mal conocido programa político de los bolcheviques puede verse claramente que, al menos en estas apreciaciones preliminares, la preocupación central que inspiraba esa revolución radicaba en la posibilidad de firmar una paz por separado con Alemania. De

¹⁰ “Los sucesos de Petrogrado”, *LN*, N° 16485, 9-11-1917, p. 8

hecho, las primeras medidas del gobierno bolchevique que se conocieron en la prensa porteña como, por ejemplo, las confiscaciones a los bancos, las requisas y la expropiación de tierras quedaron confinadas a las secciones de cables y telegramas internacionales pero no motivaron el mismo tono en los comentarios que la cuestión de la posible salida de Rusia de la Gran Guerra.¹¹

Esa posibilidad de la firma de una paz por separado con Alemania y el hecho de que varios de los líderes bolcheviques hubieran obtenido un salvoconducto firmado por el káiser para poder atravesar el territorio en guerra y llegar a Rusia, alimentó una construcción de la propaganda aliada que presentaba a la revolución de octubre y sobre todo a sus principales líderes como agentes al servicio del gobierno alemán. Tanto en sus informaciones telegráficas como en los comentarios locales en torno a la prensa europea esta visión estuvo presente en las páginas de los principales diarios porteños.¹² Esa fue la primera impresión arrojada por *El Diario* luego de que la información telegráfica confirmara la deposición de Kerensky: “La revolución rusa va llegando a las últimas consecuencias; los maximalistas, instigados por el oro alemán, a cuyo servicio se puso Lenin, han conseguido deponer a Kerensky, la férrea voluntad que logró detener los horrores de la revolución y dar energías al ejército [...] El triunfo de los maximalistas y los demócratas es francamente favorable a los deseos alemanes”.¹³ Y agregaba: “El maximalismo es el triunfo de la exageración revolucionaria, auspiciada por Alemania, con el único fin de debilitar a Rusia, que olvida supremos intereses en la ebriedad producida por las libertades, en la incultura de la masa y va camino a un suicidio nacional. Nada de extraño tendrá que el maximalismo se consolide y Rusia concierte la paz con Alemania pero esto, dentro de la enorme conflagración no será más que un nuevo episodio, favorable desde luego a Alemania pero insuficiente para decidir la contienda”.

En busca de trascender las noticias telegráficas, sospechadas de manipulación desde el comienzo de la contienda, algunos diarios abrieron sus páginas a la colaboración de periodistas e intelectuales más informados en la cuestión rusa. De esta manera, el Dr. Elías Leyboff —un médico ruso que militaba en las filas del socialismo entrerriano y que era director del periódico *Rusia Libre*— ocupó la primera página de *El*

¹¹ Cf. “Distribución de tierras en Rusia”, *LN*, N° 16506, 30-11-1917, p. 7.

¹² Para un análisis en *La Prensa* y *La Nación* véase Fedra y Rotondaro, p. 40.

¹³ “La situación en Rusia. La deposición de Kerensky”, *ED*, N° 11089, 8-11-1917, p. 1.

Diario en varias ocasiones.¹⁴ Los textos de Leyboff presentan una particularidad destacada desde su primer escrito en tanto evidencian un conocimiento mucho más acabado sobre la política rusa desde finales del siglo XIX que posibilita brindar a los lectores porteños un panorama más complejo en torno a los orígenes del socialismo ruso, desde “Gregorio Plejanoff” y Vera Zasulich hasta las actuales divisiones y tendencias entre los “bolsheviki” (maximalistas), los “mensheviki” y los socialistas revolucionarios.

En los escritos de Leyboff, la revolución de octubre es considerada como un gran riesgo para Rusia pues pone en peligro el territorio nacional, pero también amenaza con truncar el proceso revolucionario iniciado en febrero lo que implicaría un retroceso en las libertades adquiridas desde entonces. Sin embargo, el médico y periodista ruso aspiraba a que el resto de las fuerzas políticas pudiera sofocar rápidamente el “alzamiento” de Lenin y sus partidarios: “Todos los partidos políticos de Rusia (los demócratas burgueses, los demócratas radicales, los socialistas nacionales con Kerensky, Pleschejonoff, los socialistas demócratas con Plejanoff, Tchjeide, Skobeleff, Tzeretelli y otros) menos los leninistas o sea 9-10 partes de Rusia con su ejército rechazarán al enemigo interno para volver sus armas contra los enemigos exteriores. ¡Ni paz por separado ni dictadura anarquista!”.¹⁵

A pesar de contar con mayor información, la interpretación de Leyboff reitera una mirada negativa sobre la revolución de octubre y los bolcheviques. Aunque en este caso la posibilidad de la firma de una paz por separado con Alemania no se encuentra relacionada a una visión de Lenin y su grupo como agentes alemanes, sino con una lectura desde la política rusa que los ubica como un “enemigo interno” cuyo objetivo era desplazar la democracia lograda por el gobierno de Kerensky para instaurar una “dictadura anarquista”. De allí, el apoyo expresado por el médico ruso al grupo conducido por Plejanoff, considerado el verdadero representante del socialismo ruso, frente a Lenin y Trostky, “hijos ilegítimos de la Internacional Socialista” que encubren bajo la fraseología de la revolución permanente su condición de

¹⁴ Esta condición era explícitamente declarada en un breve texto introductorio al primer escrito de la serie: “En vista de los acontecimientos de política interna que se desarrollan en Rusia, hemos pedido al doctor Leyboff algunos datos sobre aquellos sucesos. El doctor Leyboff, distinguido medico ruso, está perfectamente informado de todos los sucesos de su país y conoce íntimamente a los hombre que actúan allí pues desterrado como todos ellos, ha vivido en su compañía durante quince años en París y en Suiza”.

¹⁵ Dr. Elías Leyboff, “Rusia: su momento actual. El golpe de manos de los leninistas y sus efímeros alcances”, *ED*, N° 11089, 9-11-1917, p. 1.

“contrarrevolucionarios”.¹⁶ Paradójicamente, en este punto las interpretaciones de Leyboff coinciden con las críticas al socialismo y a los bolcheviques que provienen desde los círculos del catolicismo pues, para el diario *El Pueblo*, la revolución de octubre debía ser erigida como un ejemplo de los males que acarrea el socialismo y que remiten a su mirada crítica sobre la Comuna de París.¹⁷

El binomio entre democracia/dictadura que introduce Leyboff para referirse a las revoluciones de febrero y octubre fue otra constante en la prensa local. Pues si en relación a los acontecimientos de febrero los diarios porteños apelaron a giros como la “nueva era”, “la nueva Rusia” y “regeneración”, las palabras utilizadas con más frecuencia para definir el nuevo gobierno surgido de la revolución de octubre fueron “régimen” y “dictadura”. La carga peyorativa que rodeaba a estos términos, que apuntaba a enfatizar los métodos antidemocráticos de los bolcheviques, fue insistentemente remarcada por los principales diarios porteños sobre todo respecto de la persecución contra el gobierno provisional de febrero y con motivo de la cancelación de la Asamblea Constituyente considerada como “la verdadera expresión de la voluntad popular”.¹⁸ Ligado a ello, la toma del poder por parte de los bolcheviques fue juzgada como un golpe de Estado largamente planificado contra el gobierno constitucional, una caracterización que buscaba socavar la legitimidad del nuevo gobierno reforzada por el no reconocimiento de las embajadas aliadas.¹⁹ En ese sentido, la información internacional en torno al gobierno bolchevique mostraba una tendencia muy similar a lo ocurrido anteriormente con Alemania que buscaba mostrar el caos de la retaguardia rusa y la falta de apoyo popular al gobierno comandado por Lenin y los bolcheviques.²⁰

A partir de 1918, las noticias sobre Rusia publicadas en la prensa porteña apuntaban principalmente a las negociaciones de paz en la Conferencia de Brest-Litovsk. Este hecho, que marcó el fin de la participación rusa en la Gran Guerra, no supuso grandes cambios en la mirada sobre el proceso político iniciado en octubre de

¹⁶ Dr. Elías Leyboff, “Rusia: el momento actual. Los leninistas en el poder”, *ED*, N° 11091, 11 y 12-11-1917, pp. 1 y 4.

¹⁷ “La ‘santa revolución libertadora’ va siendo una ironía sangrienta. Mírese el mundo en el espejo de Rusia. El socialismo hecho gobierno ha servido allá para entregar a Rusia vencida y anarquizada a merced de la nación con quien estaba en guerra. Idéntico fracaso obtendrá en todas partes. La ‘Commune’ famosa del 71 va siendo de actualidad. La sangre aquella que manchó el suelo generoso de Francia va teniendo sucesión”. Cf. “¡Rusia!”, *EP*, N° 6828, 9-11-1917, p. 1.

¹⁸ “El régimen maximalista en Rusia. Persecución a los miembros del gobierno provisional”, *LN*, N° 16486, 10-11-1917, p. 6 y “Situación en Rusia. Grandes divisiones”, *ED*, N° 11115, 9 y 10-12-1917, p. 1.

¹⁹ “Los miembros del Soviet prepararon el golpe con toda clase de precauciones”, *LN*, N° 16485, 9-11-1917, p. 7 y “Golpe de Estado en Rusia. Proclama del comité revolucionario”, *LP*, N° 17468, 10-11-1917, p. 7.

²⁰ “Las calamidades en Rusia. Sin gobierno y sin víveres”, *LN*, N° 16495, 19-11-1917, p. 7.

1917. Por el contrario, implicó una reiteración de la imagen de los bolcheviques y en este caso en particular de Trotsky, el representante ruso en dicha conferencia, como actores funcionales al emperador Guillermo II de Alemania. Esta representación no sólo circuló entre las noticias internacionales que recibían los diarios porteños, también fue un tema utilizado por los dibujantes de las revistas de Buenos Aires como puede verse en la portada de *Caras y Caretas* publicada en la semana de la firma del Tratado de Brest-Litovsk con el título “Triste actitud del Oso Carolina” (figura 35).²¹ En ella, un Trotsky harapiento que remite a una figura circense presenta a un oso amaestrado frente a los líderes de las Potencias Centrales y sus aliados. La imagen elegida por Álvarez para representar la “entrega” de Rusia a sus enemigos fue la figura arquetípica del oso. Sin embargo, el bravío oso ruso que había sido un lugar común en la propaganda aliadófila durante la guerra era ahora un pobre animal malherido, manso y derrotado por la acción de los bolcheviques. De allí la recompensa, un par de monedas de oro, que Guillermo le entrega al líder bolchevique por haber cumplido con su misión. Dada la coincidencia entre la firma del tratado de paz entre Rusia y Alemania con el desarrollo del carnaval en Buenos Aires, el dibujante buscaba captar la comprensión de los lectores sobre esa particular interpretación de la revolución de octubre y los bolcheviques apelando a un mítico personaje de los carnavales porteños: el Oso Carolina como símbolo emblemático de un animal domesticado.

En suma, esa mirada negativa sobre la revolución de octubre presente en la prensa periódica de Buenos Aires no respondía tanto a una “psicosis” antibolchevique que será un fenómeno más bien posterior, ligado a los acontecimientos de la Semana Trágica de enero de 1919 donde adquirió su máximo esplendor.²² Tampoco se basaba en un debate en torno al alcance del programa político de los bolcheviques, el cual era escasamente conocido dada las limitaciones de la información internacional. El dato clave para comprender las principales críticas al proceso político que se inició en octubre de 1917 fue la firma de la paz por separado con Alemania. Leída en el marco de una guerra que ya llevaba más de tres años de duración, ese hecho implicaba la disolución del frente oriental lo que posibilitaba a Alemania la utilización de parte de esos ejércitos para intentar romper definitivamente el frente occidental.

²¹ E. Álvarez, “Triste actitud del Oso Carolina”, *CyC*, N° 1013, 2-3-1918.

²² Cf. Daniel Lvovich, “La Semana Trágica: el Gran Miedo de 1919”, en *Nacionalismo y antisemitismo en a Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003, pp. 133-186.

2. La crisis de 1917 a la luz de la prensa periódica porteña

Como ya ha sido señalado, gran parte de ese año estuvo marcado por los efectos de una crisis política que se extendió entre abril y noviembre de 1917 fruto de una combinación de factores locales e internacionales. El 3 de febrero los Estados Unidos rompieron relaciones diplomáticas con el Imperio alemán y el 6 de abril le declararon la guerra a Alemania como respuesta al restablecimiento de la guerra submarina ilimitada. Esta medida trajo aparejada fuertes presiones diplomáticas para que los países del continente americano adaptaran la misma postura que el gobierno de Woodrow Wilson, aunque en el caso argentino esas presiones no lograron modificar el rumbo de la política neutralista del presidente Hipólito Yrigoyen.²³ La gravedad de la situación se incrementó a partir de abril de 1917 a raíz del hundimiento por parte de los submarinos alemanes de varios buques de bandera argentina: el 4 de abril fue hundido el *Monte Protegido*, el 6 de junio el *Oriana* y el 22 de junio el *Toro*. Ese clima de hostilidad originó un fuerte debate y una activa movilización en el seno de la opinión pública local, a pesar de que en todos los casos las reclamaciones diplomáticas del gobierno argentino obtuvieron las disculpas formales de su par alemán acompañado por el pago de las indemnizaciones correspondientes y el desagravio simbólico a la bandera nacional.

Mientras el gobierno argentino gestionaba esos reclamos por vía diplomática, otro incidente marcó la última escalada de la crisis: el llamado “affaire Luxburg”. El aislamiento comunicacional de Alemania a raíz del corte de los cables submarinos que la ligaban con el exterior había motivado desde el inicio de las hostilidades una búsqueda de canales alternativos de comunicación internacional. El problema parecía haberse resuelto mediante la utilización de la radiotelegrafía que conectaba a las estaciones de Nauen en las afueras de Berlín con dos potentes antenas radicadas en Sayville y Tuckerton en el territorio de los Estados Unidos, la cuales eran las encargadas de retransmitir la información procedente de los medios alemanes en el resto

²³ Desde entonces y hasta el fin de la guerra, varios países de Centro y Sudamérica le declararon la guerra a Alemania: Panamá y Cuba (abril de 1917), Brasil (octubre de 1917), Guatemala (abril de 1918), Costa Rica y Nicaragua (mayo de 1918), Haití y Honduras (septiembre de 1918). Por su parte, Bolivia, Perú, Ecuador, República Dominicana, Uruguay y El Salvador rompieron relaciones diplomáticas con el Imperio alemán. Solamente Argentina, Chile, Colombia, Paraguay, México y Venezuela se mantuvieron en la neutralidad. En gran medida, el nivel de acatamiento al llamado del presidente Wilson permite iluminar los niveles de influencia y empatía para con Estados Unidos en el continente. Cf. Percy Alvin Martin, *Latin America and the War*, Gloucester, Massachusetts, 1967 [original 1925], *passim* y Olivier Compagnon, “Entrer en guerre? Neutralité at engagement de l’Amérique latine entre 1914 et 1918”, *Relations Internationales*, París, PUF, N° 137, 2009, pp. 31-43.

del continente americano. Sin embargo, esta alternativa tuvo que dejar de ser utilizada desde el momento en que los Estados Unidos declararon la guerra a Alemania. Es por ello que, a partir de 1917, Alemania comenzó a enviar sus telegramas cifrados a través de sus legaciones en Suecia. Dado que los servicios secretos de Inglaterra estaban al tanto de los códigos utilizados por los alemanes fue posible decodificar el contenido de los telegramas enviados entre sus embajadas y las legaciones alrededor del mundo hacia Berlín. Sin dudas, el ejemplo más resonante de estos fue el famoso “telegrama Zimmermann”, fechado el 16 enero de 1917, en el cual el ministro de Asuntos Exteriores del Imperio alemán, le ofrecía a México su apoyo en la campaña para recuperar los territorios anexionados por los Estados Unidos semanas antes de relanzar la guerra submarina ilimitada.²⁴

A pesar de ello, el gobierno alemán continuó utilizando los mismos códigos aún luego de hacerse públicas las filtraciones del caso Zimmerman. Y de manera análoga a lo ocurrido en ese caso, a comienzos de septiembre el servicio secreto británico le entregó a su par estadounidense el texto descifrado de una serie de telegramas enviados por Luxburg a Berlín. En un claro intento de presión al gobierno argentino, el 8 de septiembre fue publicado en los principales diarios norteamericanos el contenido de tres telegramas escogidos por el Secretario de Estado Robert Lansing. Fue el propio Lansing quién ordenó la publicación del contenido de los telegramas en la prensa antes de notificar de ello al gobierno argentino, pues si bien el día anterior a la publicación le mostrara los telegramas al embajador en Washington, Rómulo Naón, el gobierno de Yrigoyen se enteró de su contenido por los diarios norteamericanos.

El 10 de septiembre, Naón envió un telegrama urgente a la cancillería argentina para comunicar que el gobierno de los Estados Unidos había interceptado tres telegramas de la legación alemana en Argentina. En ellos el ministro alemán en la Argentina, se refería en términos despectivos al presidente Yrigoyen y a su ministro de Relaciones Exteriores, Honorio Pueyrredon (“un notorio asno anglófilo”) y recomendaba a las autoridades alemanas continuar con el hundimiento de los buques argentinos “sin dejar rastros”. Peor aún, los telegramas estaban fechados en mayo y junio de 1917, es decir, se habían escrito mientras se realizaban las negociaciones por el hundimiento del *Monte Protegido* y el *Toro*. Cuando estos telegramas tomaron estado público, gracias a su reproducción en la prensa porteña, se incrementó el sentimiento de

²⁴ Para un análisis sobre este caso véase el libro clásico de Bárbara Tuchmann, *The Zimmermann Telegram*, Nueva York, Ballantine Books, 1994 [original 1958].

hostilidad contra Alemania y el gobierno se vio obligado a entregar los pasaportes al diplomático germano, aunque mantuvo su decisión de no romper relaciones con Alemania a pesar de la insistente demanda de un amplio sector de la prensa, la opinión pública y las Cámaras de Diputados y Senadores.²⁵

Las investigaciones sobre el comportamiento de la opinión pública porteña durante la guerra han otorgado una gran centralidad al análisis del año 1917, considerado como un “parteaguas” en los posicionamientos de la opinión pública ante la guerra, que se tradujo en una polarización de la opinión en dos bandos irreconciliables que expresaban una identidad diferenciada: por un lado, los partidarios del sostenimiento de la posición oficial frente al conflicto (los llamados “neutralistas” o “germanófilos”) y, por el otro, los que propiciaban la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania (los “rupturistas” o “aliadófilos”).²⁶ En el marco de un análisis que atiende prioritariamente a la dimensión social y política de dicha coyuntura, la prensa periódica ha sido objeto de una visión instrumental ligada a la difusión y a la posterior cobertura de las manifestaciones y los mítines que sacudieron a Buenos Aires por esos meses. En ella se reitera la tendencia al etiquetamiento estático de las posiciones de la prensa y se deja de lado el análisis de los discursos y las representaciones puestas en juego en cada uno de los acontecimientos que jalónaron ese periodo conflictivo.

Sin embargo, una mirada más atenta sobre la prensa periódica permite destacar, al menos, cuatro aspectos que complejizan esa perspectiva más tradicional sobre la crisis. En primer lugar, si se rechaza la tentación de examinar ese particular momento como una suerte de “microclima” susceptible de ser aislado del resto de la contienda y se la

²⁵ Para una descripción más detallada sobre la crisis puede consultarse, Lucio Moreno Quintana, *La Diplomacia de Yrigoyen*, La Plata, Inca, 1928, pp. 101-184; Percy Alvin Martin, *Latin America and the War*, op. cit., pp. 193-263; Raimundo, Siepe, *Yrigoyen, La primera Guerra Mundial y las relaciones económicas*, Buenos Aires, CEAL, 1992, pp. 21-64; Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos-Fundación Simón Rodríguez, 1994, pp. 106-144 y Juan Archibaldo Lanús, *Aquel apogeo. Política internacional argentina, 1910-1939*, Buenos Aires, Emecé, 2001, pp. 72-105.

²⁶ Cf. María Inés Tato, *Viento de Fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 84-86; Ídem, “La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, en Silvia Mallo y Beatriz Moreyra (Coords.), *Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI*, Córdoba-La Plata, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A., Segreti” / Centro de Estudios de Historia Argentina Colonial (CEHAC) Universidad Nacional de La Plata, 2008, pp. 728-730; Ídem, “La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial”, *Temas de historia argentina y americana*, Buenos Aires, UCA, N° 13, 2008, p. 231 y “Nacionalismo e internacionalismo en la Argentina durante la Gran Guerra”, *Projeto História*, San Pablo, N° 36, 2008, p. 52; Ídem, “La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno a la Primera Guerra Mundial”, en Tato, María Inés y Castro, Martín (Comp.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2010, p. 37 y Olivier Compagnon, *L’adieu à l’Europe. L’Amérique latine et la Grande Guerre*, París, Fayard, 2013, pp. 139-143.

inserta en el cuadro general de las repercusiones de la Gran Guerra en la opinión pública porteña es posible sostener que el modo en que la prensa interpreta esa coyuntura implica una reactualización de ciertos instrumentos analíticos, giros e ideologemas previos, adaptados en un contexto político revitalizado por el hundimiento de los buques de bandera argentina y un cambio en el horizonte político local marcado por el ascenso del radicalismo al poder.

Puesta en perspectiva con la totalidad de las repercusiones de la Gran Guerra en la prensa porteña, la excepcionalidad de esa coyuntura es francamente menos evidente. Del mismo modo que ocurre con el ya señalado debate en torno a la cuestión nacional, los principales tópicos de los discursos expresados por la prensa porteña al calor de dicha crisis, lejos de ser una novedad emergente en 1917, en su gran mayoría estaban presentes desde la invasión alemana de Bélgica y en los debates suscitados en torno al fusilamiento del vicecónsul argentino en Dinant. De esta manera, a lo largo de 1917 fueron reactualizados diferentes diagnósticos e interpretaciones sobre la guerra como un enfrentamiento entre dos paradigmas culturales antagónicos que oponía la civilización y la libertad identificada con la Entente contra la “barbarie alemana”; la asociación entre la defensa de la neutralidad estatal y la germanofilia y, por último, la invocación a la juventud como un agente renovador de un gobierno y una sociedad petrificada. Ninguna de estas claves de lectura sobre la guerra fue un surgimiento *ex nihilo* como suelen presentar apriorísticamente las investigaciones limitadas a la coyuntura de 1917.

Ello puede comprobarse a partir del análisis de las reacciones de la prensa porteña ante el restablecimiento de la guerra submarina ilimitada y la declaración de guerra de los Estados Unidos a Alemania. Al igual que había ocurrido a comienzos de 1915, durante el primer intento de establecer esta política que ocasionaba graves complicaciones a los neutrales, la guerra submarina incrementó la indignación de la prensa y la opinión pública local por los métodos bélicos utilizados por Alemania. Por ello, gran parte de la prensa porteña juzgó a la nota de la cancillería alemana, que notificaba el restablecimiento de la guerra submarina, como una abierta violación al Derecho de Gentes que la colocaba fuera del comportamiento de los pueblos civilizados. En lo que será una constante a lo largo de 1917, la decisión del gobierno del káiser fue juzgada a la luz de su accionar desde el inicio de la guerra y se hizo énfasis en la continuidad de la violencia contra los civiles y los países neutrales. Como sostenía un artículo publicado por *El Diario* a raíz de la nota alemana: “cierto es que ya venía desde

el principio de la guerra cometiendo tropelías, desafueros, atropellando toda clase de derechos y respetos. Pero aún quería conservar, por lo menos aparentemente, un resto de pudor [...] Ahora tira la máscara. Se presenta brutalmente como es”.²⁷ Dicho de otro modo, esa decisión revelaba una forma de encarar la guerra que siempre estuvo presente en los ejércitos alemanes pero que sólo en 1917, dada la gravedad de la situación para Alemania, se hizo explícita y abierta.

Con la declaración de guerra de los Estados Unidos contra Alemania ocurrida en el mes de abril se abrió un nuevo episodio en la prensa local que, sin embargo, no supuso grandes cambios interpretativos sobre la naturaleza y las características del conflicto bélico. Gran parte de la prensa porteña volvió a inclinarse por una mirada de la guerra como una lucha entre ideales antagónicos: el militarismo y la “barbarie” prusiana, que encontraban en las Potencias Centrales su último refugio para un sistema de gobierno arcaico, frente a la cruzada de la civilización latina en defensa de la libertad, la justicia y la democracia. Y gracias a la ya señalada interpretación de la revolución de febrero de 1917, como el punto de partida de un proceso de modernización política democrática en Rusia, el ingreso de los Estados Unidos en la guerra vino a completar y reforzar esa interpretación dicotómica de la contienda.²⁸

Al igual que había ocurrido en febrero con la ruptura de relaciones entre los Estados Unidos y Alemania, las apreciaciones sobre la Doctrina Monroe volvieron a estar en el centro de la escena, utilizada como uno de los argumentos principales al que apelaron los intelectuales y los periódicos que trataban de justificar los motivos por los cuales el gobierno nacional debería acompañar a su par norteamericano. Sin dudas, la apelación más resonante de la Doctrina Monroe como el argumento legitimador del pedido de ruptura de relaciones entre Argentina y Alemania halló su elaboración más destacada en el célebre escrito de Leopoldo Lugones, “Neutralidad imposible”, publicado el 7 de abril de 1917, en las páginas de *La Nación*.²⁹

²⁷ “Nuestra navegación transatlántica y la nota alemana”, *ED*, N° 18850, 2-2-1917, p. 4.

²⁸ Al conocerse la declaración de guerra *El Diario* comentaba: “Mr. Wilson se ha encontrado ante la realidad de los hechos y no ha querido hacerse cómplice de aquellos a quienes no teme en calificar de enemigos naturales de la libertad [...] Un alto ideal guía a los Estados Unidos: no persiguen ningún fin egoísta; no abrigan ningún deseo de conquista ni de dominación ni de compensación por los sacrificios que aceptan libremente. Quiere ser solamente uno de los campeones de los derechos de la humanidad”. “El mensaje del presidente Wilson”, *ED*, N° 10900, 3-4-1917, p. 5. Posteriormente, la declaración de guerra a Austria y Hungría, en diciembre de 1917, también será interpretada en el mismo sentido, cf. “El discurso de Wilson. El evangelio de las democracias”, *ED*, N° 11111, 5-12-1917, p. 3.

²⁹ Ese mismo año fue incorporado en el libro *Mi Belligerancia*, Buenos Aires, Otero y García, 1917, pp. 156-172.

El texto se sostiene en la remanida división dicotómica del mundo entre las naciones civilizadas y las naciones bárbaras y está marcado por una fuerte prédica panamericanista, evidente en los giros “La guerra ya está en América” y “La guerra ya está en casa”. Ese cambio de coyuntura justificaba la interpretación lugoniana de que Argentina debería ingresar a la guerra en nombre de la moral y el honor de la nación o, de lo contrario, quedaría subsumida al “terrorismo de los déspotas”. Mediante esta apelación a la moral, el autor esgrimía su primer argumento a favor de la ruptura de relaciones con Alemania. No obstante, este será reforzado al invocar el principio de solidaridad americana y más concretamente a la Doctrina Monroe. Para Lugones, la declaración de guerra de los Estados Unidos a Alemania imponía a la nación el deber de acompañar a su “hermana del norte”, pues en horas en que tan grave peligro azotaba al continente amenazando su “integridad física y moral”, ninguna nación americana podía permanecer al margen. América era representada como la tierra de la independencia y la democracia, retomando las palabras del presidente Wilson y eran estos principios compartidos lo que hacían de ella, a pesar de sus muchas diferencias, “una entidad mucho más uniforme que Europa”. Así, frente al Viejo Continente, donde la civilización y la barbarie habían podido coexistir hasta lanzarse a la guerra, el Nuevo Mundo aparecía para el autor como el territorio de la libertad y su porvenir, argumentaba, dependía de la defensa de este valor constitutivo. Por ello, así como los Estados Unidos se habían incorporado a la guerra en defensa de aquellos valores que eran propios del continente el resto de las naciones americanas tenían el deber moral de acompañarlos. Al apelar al principio de la solidaridad continental, Argentina se hallaba compelida a acompañar a los Estados Unidos en una lucha que involucraba, según el prisma de Lugones, los fundamentos mismos del continente americano: la libertad y la democracia. Por ello, la neutralidad era entonces un sinónimo del aislamiento respecto de las demás naciones americanas y una aceptación implícita de la “barbarie alemana”.³⁰ De esta manera, el texto de Lugones condesaba, bajo la firma de un escritor consagrado, diferentes diagnósticos e interpretaciones sobre la guerra que había circulado previamente en la prensa local desde la ruptura de relaciones entre Estados Unidos y Alemania.

³⁰ Cf. Silvina Cormick, “El continente americano durante la Gran Guerra. Las miradas de Manuel Ugarte, Ernesto Quesada, Alfredo Palacios y Leopoldo Lugones”, *Cuadernos de Política Exterior Argentina*, Rosario, CERIR, N° 111, enero-marzo de 2013, pp. 6-9.

En el sector de la prensa más favorable a los aliados la única novedad trascendente que implicó el ingreso de los Estados Unidos en la guerra fue la consolidación de un cambio drástico en la imagen del presidente Wilson que se había iniciado a raíz de la ruptura de relaciones en febrero de ese año. Si a finales de 1916 las propuestas de paz del presidente norteamericano le habían valido todo tipo de vituperios por parte de algunos diarios como *Idea Nacional*, la declaración de la guerra contra Alemania hizo de él un líder trascendental que se sumaba a la lucha contra la “barbarie alemana”. Ese cambio en las valoraciones del presidente norteamericano puede constatarse en la imagen publicada en la portada de *Idea Nacional* luego de la declaración de guerra norteamericana (figura 36). En ella el ex presidente Abraham Lincoln junto a una corona de laureles que lleva el lema “Guerra de Secesión” le indica a un pequeño Wilson vestido de soldado que se dirija hacia la gigantesca pila de cráneos que ha dejado “la barbarie alemana”: “Ve a apagar aquel fuego, que sobre las cenizas que queden, germinará la paz del mundo, turbada por los desvaríos de un loco vanidoso y sanguinario”.³¹ De la mano de un cambio en la percepción sobre el presidente Wilson, la imagen de Rojas reactualiza la remanida interpretación de la Gran Guerra como una lucha contra la “barbarie alemana” que en este caso es acompañada por un fuerte componente nacional en la referencia a Lincoln y la Guerra de Secesión. De esta manera, la lucha decimonónica contra la esclavitud en el territorio norteamericano inviste y legitima a la decisión bélica de Wilson de marchar contra Alemania. Ese cambio también fue acompañado por los editoriales y las notas que rodearon a la decisión norteamericana donde se reiteraban además los riesgos de la neutralidad mantenida por Argentina.³²

El segundo aspecto importante que arroja el análisis de la prensa periódica porteña, durante los meses de la crisis, permite sostener que esa imagen de una opinión pública polarizada entre dos bandos irreconciliables no se verifica durante los primeros meses de esa coyuntura. Ello puede constatarse en las reacciones de la prensa ante la ruptura de relaciones entre los Estados Unidos y Alemania en febrero de 1917 y la posterior declaración de guerra entre ambos países. Invocando el argumento de la solidaridad continental vinculado al panamericanismo y a la Doctrina Monroe, algunos diarios porteños sostuvieron que el gobierno nacional debería acompañar a su par de los

³¹ Pedro de Rojas, “Lincoln y Wilson”, *IN*, N° 91, 5-4-1917, p. 1.

³² “La neutralidad tal cual la está practicando hoy el gobierno nacional no conduce a otra parte que a la insignificancia del país frente al universo convulsionado. Su abandono debe ser, en cualquier forma, inmediato...”. “La Argentina ante el conflicto”, *IN*, N° 91, 5-4-1917, p. 2.

Estados Unidos en la ruptura de relaciones con Alemania. Pero, además, dada la confianza en un pronto apoyo del resto del continente a la postura de Wilson señalaron los riesgos que podría acarrear la decisión argentina de conservar la neutralidad y quedar aislada de resto del mundo una vez finalizada la guerra.³³ Por ello, a medida que diferentes países sudamericanos se fueran sumando a la decisión tomada por los Estados Unidos, mediante la declaración de guerra a Alemania o al menos con la ruptura de relaciones diplomáticas, el peligro de quedar afuera del mundo “civilizado” que combatía en esa cruzada contra el “autoritarismo prusiano”, se constituía como un argumento reiterado cada vez con mayor insistencia.

En algunos de los medios más radicalmente aliadófilos como el diario *Idea Nacional* la ruptura de relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y Alemania fue el punto de partida de una veloz transformación de la imagen de ese país y del presidente Wilson. Las duras críticas contra las propuestas pacifistas del presidente americano que habían caracterizado su posición a finales de 1916, dieron paso a un elogio de la “grave resolución norteamericana valerosa y honradamente definida por el presidente Wilson [...] trazando un programa político que se impone a todos los neutrales, ante la nueva barbarie con que, dando el último zarpazo, la candidez alemana quiere horrorizar al mundo”.³⁴ Y al igual que varios de sus colegas porteños, dado que la decisión alemana afectaba de forma directa a la Argentina, sugería la idea de una “neutralidad imposible” ante la nueva fase de la guerra que se abría con la ruptura de relaciones entre los Estados Unidos y Alemania: “existe en todos el deber moral ineludible de imitar el ejemplo de Estados Unidos y de propender, todos, cada cual por los medios posibles, al aniquilamiento de la fiera que se declara enemiga de la especie humana. Hablar de neutralidad en la hora presente es un sarcasmo”.³⁵

Sin embargo, la solidaridad continental pretendida por los Estados Unidos no logró concitar una adhesión total ya que hubo diarios como *El Pueblo* que criticaron duramente esas pretensiones norteamericanas para con los países sudamericanos. A juicio del diario católico, era erróneo creer que “el continente sudamericano está en el mismo orden de ideas y sentimientos” que los Estados Unidos y, luego de analizar las

³³ Cf. “El papel de Sud América en el momento internacional”, *ED*, N° 10853, 6-2-1917, p. 3; “Nuestra actitud internacional”, *ED*, N° 10854, 7-2-1917, p. 4.

³⁴ “¿Se complacerá por mucho más la República Argentina en esta negación de sus derechos y deberes, no secundando en servicio de la Humanidad la iniciativa de los Estados Unidos?”. “El último zarpazo. Los neutrales ante la actitud norteamericana”, *IN*, N° 44, 5-2-1917, p. 1.

³⁵ “Neutralidad”, *IN*, N° 44, 5-2-1917, p. 3. Días después volvía a la carga con un reclamo de acción al gobierno nacional: Faz, “Neutralidad, no indiferencia”, *IN*, N° 46, 7-2-1917, p. 1.

diferencias geopolíticas y económicas entre ambos casos, sentenciaba: “Queriéndolo o no los Estados Unidos, es el hecho que aparecemos supeditados los sudamericanos a las decisiones de ellos y en un asunto que no puede ser de trascendencia mayor. Cuando consideremos conveniente una actitud, la tomaremos nosotros no a la zaga de nadie, por grande que sea”.³⁶ El antinorteamericanismo que sobrevuela en este editorial de *El Pueblo* justificaba el rechazo a seguir ciegamente a los Estados Unidos y bloqueaba la discusión en torno a la solidaridad continental del resto de los países sudamericanos encolumnándose en la defensa de la neutralidad nacional.³⁷

Finalmente, la decisión del gobierno nacional, comunicada el día 7 de febrero a través del flamante ministro de Relaciones Exteriores Honorio Pueyrredon, sostenía que: “El gobierno argentino, lamenta que S. M. Imperial, se haya creído en el caso de adoptar medidas tan extremas y declara que ajustará su conducta, como siempre, a los principios y normas fundamentales del derecho internacional”.³⁸ El breve “como siempre” que Pueyrredon agrega casi al pasar en su respuesta revela una concepción de las relaciones internacionales, basada en el derecho y los principios más allá de las contingencias políticas. Ello explica, también, que a diferencia de su antecesor Victorino De la Plaza que reafirmó en varias ocasiones la neutralidad del Estado argentino frente a la guerra, Yrigoyen no creía que la neutralidad fuese una situación que tuviera que ser declarada expresamente pues desde su concepción la paz era el estado natural entre las naciones. De allí, que desde su llegada a la presidencia Yrigoyen no consideró que fuera necesario declarar expresamente y por medio de un decreto la condición de Estado pacífico y neutral frente a la Gran Guerra.

La actitud del gobierno argentino, tanto frente al decreto alemán que restablecía la guerra submarina irrestricta como ante la comunicación norteamericana sobre la declaración de guerra a Alemania, fue juzgada positivamente por la mayoría de los diarios porteños. Los principales formadores de opinión como *La Prensa*, *La Nación*,

³⁶ “Frente a la conflagración”, *EP*, N° 6598, 6-2-1917, p. 1.

³⁷ Ese planteo fue reiterado días después: “¿Qué el Brasil piensa así o asá? Allá él. ¿Qué Bolivia u otras repúblicas sudamericanas están dispuestas a esto o a lo otro? Allá ellas. Nosotros no examinamos esta cuestión desde el punto de vista brasileño o boliviano o desde el de esas otras repúblicas sudamericanas. Nosotros examinamos la cuestión desde el punto de vista argentino [...] Ante todo y sobre todo, neutrales: esta debe ser la bandera que levantemos y mantengamos a una los argentinos”. Cf. “La contienda europea y nosotros”, *EP*, N° 6600, 8-2-1917, p. 1.

³⁸ “Nota de la Legación Alemana, fecha del 2 de febrero de 1917, comunicando las medidas adoptadas por su gobierno para impedir el tráfico marítimo en zonas de bloqueo de la Gran Bretaña, Francia, Italia y el Mediterráneo Occidental”, en *El libro azul. Documentos y actos de gobiernos relativos a la guerra en Europa*, Buenos Aires, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1919, pp. 39-40; el acuse de recibo de Pueyrredon, del 7 de febrero, p. 41.

La Razón y algunas de las revistas más importantes como *Caras y Caretas* y *Fray Mocho* se mostraron conformes con la decisión del gobierno más allá de algún señalamiento puntual. *El Diario*, por su parte, la consideraba “prudente y correcta” ante la violación de las leyes que implicaba la nota alemana y sostenía que el hecho de no acompañar la decisión norteamericana no implicaba una falta de solidaridad con la “gran república del Norte”.³⁹ La única excepción fueron los periódicos que sostenían las posturas más extremas al respecto como *Idea Nacional* y *La Acción Francesa* que alertaban sobre las consecuencias para la Argentina de esta actitud benevolente.⁴⁰

Esa postura comprensiva de la mayor parte de los diarios porteños tuvo su correlato entre algunos de los intelectuales. Si se toma como un indicio de ello la encuesta realizada por la revista *La Nota*, a partir de su número del 16 de febrero de 1917, la inmensa mayoría de los “doctores” especializados en derecho internacional que fueron consultados le restaron importancia a los alcances concretos de la nota o, en su defecto, apoyaron la repuesta brindada por el gobierno nacional al restablecimiento de la guerra submarina. La encuesta consistía de una sola pregunta “¿Qué actitud debe asumir la República Argentina ante el decreto del gobierno alemán?” y fue dirigida a Joaquín V. González, Luis María Drago, Norberto Piñero, Carlos A. Becú, Manuel A. Montes de Oca, Carlos Rodríguez Larreta, Nicolás N. Matienzo, Adolfo F. Orma, Enrique Larreta, Rodolfo Rivarola, Osvaldo Magnasco, José Luis Murature, Ernesto Bosch y Eduardo L. Bidau.⁴¹

Podría argumentarse que, debido a la explícita inclinación aliadófila de la revista dirigida por el Emir Emin Arslán, la selección de juristas era un tanto sesgada dada la ausencia de notorios simpatizantes de Alemania como Juan P. Ramos, Alfredo Colmo, y Ernesto Vergara Biedma; los tres abogados, aunque no especializados en derecho internacional.⁴² De todos modos, la encuesta de *La Nota* es bastante representativa del

³⁹ “La nota argentina”, *ED*, N° 10855, 8-2-1917, p. 3 y “Los neutrales y Alemania”, *ED*, N° 10856, 9-2-1917, p. 4. En el mismo sentido, “La cuestión internacional. Se impone la neutralidad”, *EN*, N° 20381, 7-2-1917, p. 1.

⁴⁰ Cf. Faz, “El último ‘bluff’. Lamentos argentinos”, *IN*, N° 47, 8-2-1917, p. 1 y “Las consecuencias”, *IN*, N° 51, 13-2-1917, p. 3.

⁴¹ “Encuesta de *La Nota* sobre la actitud de la Argentina ante el último decreto alemán”, *La Nota*, N° 75, 16-2-1917, pp. 5-7.

⁴² Juan P. Ramos se graduó como abogado en la Universidad de Buenos Aires y se desempeñó como Inspector General de Provincias, como Vocal del Consejo Nacional de Educación y fue profesor de Sociología y de Derecho Penal en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Alfredo Colmo fue Derecho Civil en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, senador nacional por la Capital Federal en 1910 y cónsul en Toulouse y Liverpool. Por último, Ernesto Vergara Biedma era abogado y profesor de Historia en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Cf. María Inés Tato, “Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos frente a la Primera Guerra Mundial”, *Jahrbuch für*

apoyo inicial que suscitó la postura del gobierno radical ante esta nueva fase del conflicto mundial, motivada por el restablecimiento de la guerra submarina, incluso entre algunas publicaciones que posteriormente serán muy críticas de la postura mantenida por el gobierno nacional frente a la guerra. Este hecho revela, también, que con anterioridad al hundimiento de los buques argentinos, la inmensa mayoría de la prensa porteña seguía considerando a la neutralidad estatal como la mejor opción posible.

Por su parte, la declaración de guerra norteamericana se produjo una verdadera fascinación de un sector de la opinión pública porteña, con la figura del presidente Woodrow Wilson que consolidó el cambio de imagen que venían operándose desde comienzos de 1915. Esa construcción simbólica en torno a la figura de Wilson empalmaba con las diferentes representaciones del presidente norteamericano que se había desplegado a lo largo de 1915 y 1916, en relación con su papel como mediador entre los neutrales y las potencias beligerantes con motivo del inicio de la campaña de la guerra submarina ilimitada. Una de las primeras formas en que esta admiración se materializó fue mediante el envío de un telegrama al presidente norteamericano que contaba con la firma de más de cien intelectuales y políticos argentinos expresando su admiración y respeto. El telegrama fue redactado por Luis María Drago y la organización de la acción estuvo a cargo de Antonio F. Piñero y Antonio Madariaga, quienes, junto a una comitiva, hicieron entrega del texto del telegrama y el listado de firmas al embajador norteamericano Jesup Stimson para que lo hiciera llegar por vía oficial. Entre los firmantes figuraban, además de Piñero y Madariaga, Ernesto Bosch, Manuel A. Montes de Oca, Enrique Rodríguez Larreta, Enrique Rivarola, Francisco Barroetaveña, Valentín Virasoro, Eduardo Bidau, José Nicolás Matienzo, Tomás R. Cullen, Carlos A. Tornquist, Manuel Lainez (director de *El Diario*), Edmundo J. Rojas, Carlos Molina Salas, Alberto García Hamilton, Daniel Amadeo, Julio Moliner y Valentín Santamaría, entre otros.⁴³ Días después, por intermedio del embajador

Geschichte Lateinamerikas/Anuario de Historia de América Latina, Graz, Institut für Geschichte Karl-Franksens – Universität Graz, N° 49, 2012, pp. 206-207. Sobre la revista *La Nota* durante la guerra véase: Verónica Delgado, “Reconfiguraciones debates y posiciones del campo literario en el semanario *La Nota* 1915-1920”, *Anclajes. Revista del Instituto de análisis semiótico del discurso*, Vol. VIII, N° 8, diciembre de 2004, pp. 81-99; “Sobre los vínculos entre España y Argentina en *La Nota*”, *Olivar. Revista de literatura y cultura española*, Año, 11, N° 14, 2010, pp. 103-114 y *Revista La Nota: antología 1915-1917*, La Plata, UNLP, Biblioteca Orbis Tertius, N° 3, 2010.

⁴³ “Felicitaciones a Wilson”, *ED*, N° 10904, 8 y 9-4-1917, p. 4; “Felicitaciones a Wilson. Entrega del telegrama al embajador Stimson”, *ED*, N° 10906, 11-4-1917, p. 4; “En la embajada de Estados Unidos. Entrega del mensaje de admiración y simpatía al presidente Wilson”, *ED*, N° 10908, 13-4-1917, p. 1.

Stimson, el presidente Wilson hizo llegar sus agradecimientos a los argentinos que habían firmado dicho mensaje.⁴⁴ El hecho de que muchos de los firmantes habían participado de la encuesta de la revista *La Nota*, a mediados de febrero de ese año, muestra los rápidos desplazamientos en las posiciones de la opinión pública a lo largo de ese particular periodo de 1917.

Sin embargo, estas muestras de adhesión a Wilson de los círculos intelectuales y políticos no se tradujeron en un pedido de ruptura de relaciones con Alemania. Por el contrario, el sector mayoritario de la prensa porteña, incluso el diario *La Nación* que daba cabida a los escritos de Lugones, se mostró partidario de apoyar la política de neutralidad de Yrigoyen. En ocasión de la respuesta del gobierno argentino al ingreso de los Estados Unidos en la guerra, un editorial de *El Diario* trazaba una lectura del apego a la legislación internacional de Yrigoyen como una forma de colocarse del lado de la civilización y manifestar su solidaridad con el gobierno de Wilson, una acción que se integraba a la línea diplomática de Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca, Quintana y Sáenz Peña.⁴⁵ E incluso algunos diarios como *El Pueblo* y *El Nacional*, que manifestarían posturas muy críticas en relación al accionar del gobierno de Yrigoyen en el plano de la política interna, mostraron su apoyo a la defensa de la neutralidad aún cuando el gobierno que la llevara a cabo fuera de un signo político totalmente contrario a sus intereses.⁴⁶

Hasta aquí, podría afirmarse que los debates y alineamientos de la prensa periódica durante el inicio de esta coyuntura de 1917 no se distanciaban demasiado de aquellos manifestados en otros pasajes de la guerra. Sin embargo, un hecho concreto imprimirá una mayor intensidad a esos debates que fueron trasladados como nunca antes a la discusión política local. Los connatos de la declaración de guerra de los Estados Unidos a Alemania coincidieron con el hundimiento por parte de los submarinos alemanes de varios buques de bandera argentina, lo que agravó la situación interna. A partir de entonces, y hasta la finalización de este periodo conflictivo, se operó un cambio en la dinámica de la crisis y la discusión sobre los modelos ideales europeos

⁴⁴ “Felicitaciones al presidente Wilson. Agradecimiento del presidente de Estados Unidos”, *ED*, N° 10914, 20-4-1917, p. 1.

⁴⁵ “Nuestra acción internacional. Manteniendo la tradición”, *ED*, N° 10906, 11-4-1917, p. 4 y “Nuestras posición en el conflicto internacional. Su entera definición”, *ED*, N° 10907, 12-4-1917, p. 4.

⁴⁶ Cf. “Ante todo, el interés nacional”, *EP*, N° 6651, 13-4-1917, p. 1; “Prudencia y seriedad”, *EP*, N° 6654, 15-4-1917, p. 1; “La neutralidad argentina. Comedias internacionales”, *EN*, N° 20438, 11-4-1917, p. 1 y “Política internacional. Norteamérica y la Argentina. Debemos mantenernos neutrales”, *EN*, N° 20439, 12-4-1917, p. 1.

que habían suscitado los alineamientos y las simpatías desde comienzos de la guerra que se trasladó al ámbito de la política interna, transformando a la opinión pública en un verdadero campo de batalla.

A lo largo de las diferentes manifestaciones que se produjeron en esos meses, la prensa periódica fue un actor clave en la conformación de esa polarización, pues aportó los elementos discursivos que contribuyeron a definir y caracterizar a los bandos en disputa, lo que revela un tercer aspecto importante para la comprensión del rol de la prensa en dicha crisis. Esa tendencia, que emerge a partir del 4 de abril con el hundimiento en el Atlántico norte del velero de bandera argentina *Monte Protegido*, motivó una “estruendosa” manifestación por las calles del centro porteño que demostraba “haberse excedido el límite de la paciencia para soportar la irritante barbarie de asaltar a los buques neutrales en los mares libres y echarlos a pique”.⁴⁷ Los principales diarios de la ciudad llamaron a mantener la calma, mientras que otros como *El Nacional* y *La Razón* criticaron duramente los excesos de los manifestantes pero también la complacencia del gobierno nacional.⁴⁸ Rápidamente, algunos diarios partidarios de la neutralidad estatal entrevieron un cambio de actitud en ese sector de la opinión pública local. Cotejada con otras experiencias europeas e incluso con el caso del apresamiento del buque *Presidente Mitre* la desmedida reacción de esos sectores daba algunos indicios de una radicalización de las posturas favorables a la ruptura de relaciones con Alemania. Así lo expresaba Enrique Prack en un editorial de finales de abril:

Es cierto que se cree que un submarino alemán ha hundido un barco que ostenta la bandera argentina; pero también lo es que tal barco conducía artículos considerados contrabando de guerra. Además, ¿no han apresado los cruceros ingleses sobre la misma costa argentina, a otro barco, el *Presidente Mitre*, que ostentaba con más derecho la enseña nacional, que iba de un puerto de la república a otro de la misma, con carga y pasajeros argentinos? ¿Quién pensó entonces en la guerra? Si ofensa al honor nacional ha habido en un caso también la hubo en el otro. Y sin embargo, con toda prudencia y discreción se resolvió el asunto del *Presidente Mitre* por la vía diplomática. ¿Por qué no podría también por ella la cuestión del *Monte Protegido*?⁴⁹

A partir de allí la polémica en la prensa se trasladó también a las calles de Buenos Aires, iniciando una serie de movilizaciones por parte de los diferentes grupos y fuerzas políticas que dieron lugar a la creación de algunas organizaciones llamadas a nuclear

⁴⁷ Para un comentario la manifestación véase en la misma página “La conflagración y el espíritu público. La manifestación de anoche”, *ED*, N° 10909, 14-4-1917, p. 2.

⁴⁸ Cf. “Patrioterismo callejero. Nerviosidades prematuras”, *EN*, N° 20441, 14-4-1917, p. 1 y “El dominio de la turba”, *EN*, N° 20442, 16-4-1917, p. 1.

⁴⁹ Enrique Prack, “La neutralidad argentina y sus problemas”, *EP*, N° 6662, 25-4-1917, p. 1.

esos esfuerzos como la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad y el Comité Nacional de la Juventud. El día 17 de abril la Asociación Pro Neutralidad organizó un mitin en la Plaza Congreso en desagravio de la colectividad alemana por los incidentes aislados que se habían producido en la manifestación espontánea ocurrida días atrás. Luego del acto, los manifestantes marcharon por las calles de la capital y finalizaron su recorrido en la puerta del Club Alemán, donde el conde Luxburg brindó un improvisado discurso.⁵⁰ Los diarios más cercanos a la aliadofilia local comentaron duramente la manifestación de “los neutrales” y, a partir de entonces, estos sectores de la prensa apelaron al término “neutralistas” para definir a este variopinto contingente. Por ejemplo, *El Diario* comentaba: “Recorrió anoche las calles una manifestación pública, más o menos reducida, de carácter neutralista. Ya se sabe lo que quiere decir neutralidad a estas alturas del conflicto internacional. Y se sabe quien compone esa neutralidad. Es el sentimiento y las tendencias alemanas mal disimulado con una piel de cordero”.⁵¹ De esta manera, desde esa primera movilización de los partidarios de la conservación de la neutralidad estatal, los diarios favorables a la ruptura con Alemania apelaron a un argumento ya utilizado contra Victorino de la Plaza en el marco del affaire Himmer, la asociación entre neutralidad estatal o el “neutralismo”, como se lo ha denominado peyorativamente de allí en más, con una forma encubierta de la germanofilia.

Esa construcción del bloque “neutralista” creció en intensidad y fue reiterada ante cada nuevo episodio de la crisis, pero halló en el affaire Luxburg sus tonos más estridentes. Como un indicador de la velocidad con que la prensa instaló el tema de Luxburg en la opinión pública porteña, el mismo día en que se conoció el contenido de los telegramas, *El Diario* volvía a publicar en su portada la denuncia, nunca comprobada, sobre el hundimiento del *Curramalán* titulando: “Hundido sin dejar rastros”, que hacía alusión a uno de los giros más polémicos de los telegramas de Luxburg. En un extenso escrito del mismo día, donde denunciaba el accionar del representante alemán, *El Diario* sostenía que la revelación no sólo ponía en evidencia la “deslealtad notoria” y la “vulgaridad del lenguaje” utilizado por el diplomático, sino que también explicaba “la desaparición sin dejar huella de buques y tripulaciones argentinos totalmente perdidos, ‘sin rastro’, según el procedimiento aconsejado por él para hundir a los buques de nuestra bandera a fin de evitar las reclamaciones de nuestro gobierno”.⁵²

⁵⁰ “Asuntos internacionales”, *LP*, N° 17104, 17-4-1917, pp. 5-6.

⁵¹ “Los ‘neutrales’ en la calle. Diplomacia perturbada”, *ED*, N° 10911, 17-4-1917, p. 6.

⁵² “Ya basta”, *ED*, N° 11043, 9 y 10-9-1917, p. 7.

El centro porteño fue recorrido por una multitud que ocasionó destrozos en algunos locales emblemáticos ligados a la colectividad alemana en Buenos Aires. Así fueron atacados entre otros, la redacción del diario *La Unión*, en Corrientes y Florida, la sede del Club Alemán ubicado en Córdoba entre Maipú y Esmeralda, un local de la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad, los restaurantes *Aues Keller* y *Bismarck*, la cervecería *Teutonia* en Sarmiento y 25 de Mayo y la librería Woerden y Cía, en Cangallo y Florida. La multitud atacó también la librería de Guillermo Krieger, editor del periódico *Skandinaven* ubicada en Corrientes 461. En la recorrida que los reportes de los diarios hicieran al día posterior pudieron constatar que el dueño había colocado un cartel en la puerta del local señalando: “Lamentable error, casa dinamarquesa”.⁵³ Más allá de estas explosiones de violencia espontánea, la agudización del conflicto diplomático de septiembre se tradujo en un mayor asociacionismo cuyas organizaciones principales, el flamante Comité Nacional de la Juventud y la reorganizada Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad, fueron los principales vectores de una polarización que recién en esa instancia adquirirían contornos más reales.⁵⁴

La prensa partidaria de la Entente fijó una lectura de esa situación tendiente a equiparar nuevamente a la germanofilia con la defensa de la neutralidad estatal.⁵⁵ Pero sobre todo comenzó a señalar insistentemente el cambio de panorama que implicaba el ingreso de varios países americanos en la guerra y las nuevas presiones de Londres y de Washington tendientes forzar el ingreso de los americanos en la guerra. En ese contexto, varios diarios porteños sostuvieron la necesidad de un cambio de rumbo en la política neutralista del gobierno de Yrigoyen, señalando indirectamente los problemas y los riesgos que implicaban la permanencia en la “neutralidad imposible”.⁵⁶ Días después, *El*

⁵³ Moreno Quintana, *op. cit.*, pp. 163-164; Siepe, *op. cit.* “Destrozos producidos por la manifestación de anoche”, *ED*, N° 11046, 13-9-1917, p. 2.

⁵⁴ El Comité Nacional de la Juventud estuvo vinculado al círculo que organizó que había organizado el mitin de abril en el Frontón y contó con el apoyo de importantes intelectuales como Ricardo Güiraldes, Pedro Miguel Obligado, Ramón Columba, Alfonso de Laferrere, Alberto Gerchunoff, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Alfredo Palacios. Por su parte, Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad contó con el apoyo de Ernesto Quesada, Gregorio Araoz Alfaro, Alfredo Colmo, Juan P. Ramos, Calixto Oyuela, Carlos Meyer Pelegrini, Ernesto Vergara Viedma y Carlos Indalecio Gómez entre otros. Cf. Tato, “La contienda europea en las calles porteñas”, *op. cit.*, p. 44.

⁵⁵ “No menos incomoda, si bien muy ridícula, es la posición en que se encuentran, después de estos sucesos los ciudadanos argentinos neutralistas a todo trance que suscribieron manifiestos exhortando a las autoridades para que no se apartaran de una regla de conducta que ellos mismos le señalaban”. “Germanofilia”, *ED*, N° 11046, 13-9-1917, p. 2.

⁵⁶ *El Diario*, por ejemplo, comentando las nuevas prohibiciones sobre el carbón tomadas por Inglaterra y los Estados Unidos, retomando el giro lugoniano de comienzos de abril: “La neutralidad, pues, se hace imposible. Hay que herrar o quitar el banco”. Cf. “La neutralidad cada día más difícil”, *ED*, N° 11047, 14-9-1917, p. 1.

Diario volvió a la carga con un discurso más explícito a raíz del acto realizado en el Frontón Nacional: “La opinión del país es decididamente beligerante. Está del lado de los aliados que defienden la libertad y el derecho contra los peligros del feudalismo y la autocracia de los imperios centrales y sus aliados”.⁵⁷ Sin embargo, la postura del gobierno nacional contó con el apoyo de los diarios afines al radicalismo como *La Época* pero también de otros como *El Pueblo*, *El Nacional*, *La Razón* y *La Prensa*.⁵⁸

El Comité Nacional de la Juventud realizó dos importantes actos en el mes de septiembre. El 15 hizo su presentación en sociedad y nuevamente el lugar elegido fue el Frontón Nacional y una semana después tras las declaraciones del Senado en favor de la ruptura con Alemania, el 26 de septiembre, organizó una manifestación a la Plaza del Congreso que culminó con una marcha hasta la Plaza San Martín en la que se calcula participaron alrededor de 60.000 personas y al que los diarios defensores de la postura gubernamental calificaron de acto “pro-guerra”.⁵⁹ A pesar de ello, el presidente desoyó estas manifestaciones de las cámaras y de la opinión pública que se mostraban en favor de una ruptura de relaciones con Alemania y mantuvo la política de neutralidad, convencido de que las palabras de Luxburg expresaban una opinión personal y no reflejaban la posición real del gobierno alemán. Este argumento fue clave para que los diarios que apoyaban la conservación de la neutralidad estatal rechazaran los pedidos de rupturas de relaciones con Alemania.⁶⁰

Ante esta persistencia en la neutralidad, algunos sectores de la prensa reactivaron la idea según la cual la neutralidad oficial encubría una velada germanofilia del gobierno nacional, aunque este caso aplicada a la figura de Yrigoyen y de algunos diarios defensores de la neutralidad como *La Prensa*.⁶¹ El diario *La Mañana*, que apoyó fervientemente al Comité Nacional de la Juventud, ya a comienzos de abril equiparaba a Yrigoyen con el Káiser, ambos considerados como los responsables de ejercer una dictadura en sus respectivos países: “El viejo mundo nos amenaza con el despotismo teutónico [...] también nos amenaza aquí, en la heredad solariega, otro despotismo de consecuencias más graves y de efectos más inmediatos: el despotismo de las multitudes

⁵⁷ “Peligros de la neutralidad”, *ED*, N° 11049, 16 y 17-9-1917, p. 4.

⁵⁸ Véase, entre otras, “Con la música a otra parte”, *EP*, N° 6780, 13-9-1917, p. 1; “¡Asnos notorios! Escándalos de conventillo”, *EN*, N° 20575, 10-9-1917, p. 1.

⁵⁹ Tato, “La contienda europea en las calles porteñas”, *op. cit.*, p. 46. Cf. “El mitin de ayer ‘pro-guerra’”, *EN*, N° 20596, 27-9-1917, p. 1.

⁶⁰ “¡La ruptura de relaciones con Alemania! Pero ¿y el motivo? Si el gobierno alemán declara no hacerse solidario de los dicho y hecho por su ministro en Buenos Aires”. “Lo que queda de la incidencia Luxburg”, *EP*, N° 6785, 19-9-1917, p. 1.

⁶¹ “Cátedra de germanofilismo [sic]”, *ED*, N° 11074, 23-10-1917, p. 5.

constituidas en comités de salud pública, dedicadas a ahogar en sangre a la libertad”.⁶² Esta comparación entre las “dictaduras” del Káiser y del presidente Yrigoyen revela los usos y las combinaciones de discursos provenientes de la guerra en la disputa política local. Sin embargo, esas variables también podrían combinarse de otro modo. Por sólo brindar un ejemplo, el diario *El Nacional* desde la intervención radical de la provincia de Buenos Aires no cejaba en la denuncia de la dictadura yrigoyenista, coincidiendo en ese punto con *La Mañana*, pero a su vez fue un activo defensor de la política exterior del yrigoyenismo encolumnándose detrás de la neutralidad estatal.⁶³

Pero además esa visión lineal que reiteraba la asociación entre la neutralidad de Yrigoyen con la germanofilia es reduccionista e insostenible. Para el gobierno radical, existían razones objetivas a favor de la neutralidad como la lejanía geográfica de una guerra que no afectaba a la seguridad de los países sudamericanos y la necesidad de mantener los vínculos económicos y comerciales con los países combatientes por la dependencia de la economía argentina de los mercados externos. A ello se sumaban otras causas específicas como la presencia de vastos grupos étnicos provenientes de los países enrolados en bandos opuestos y la continuidad de un fuerte sesgo antinorteamericano en las concepciones de la política exterior de Yrigoyen. Estas razones, más otras de carácter ideológico como el apego del presidente a un pacifismo de cuño krausista, invalidan la esquemática asociación entre el “neutralismo” y germanofilia que operaron en los diagnósticos de un amplio sector de la prensa pero, como ha demostrado Otero, también se hallaban muy extendidos entre algunos funcionarios extranjeros como los agregados militares franceses.⁶⁴ No obstante, esa asociación no varió, incluso, a pesar de algunos cambios posteriores en la política exterior que evolucionó en favor del bando aliado como el ya mencionado acuerdo comercial con Francia y Gran Bretaña para la venta de cereales que se firmó en enero de 1918.

En defensa de esa posición oficial, la Liga Patriótica Pro Neutralidad anunció la realización de una movilización para el día 12 de octubre con el objetivo de apoyar a la política exterior del gobierno nacional. La tormenta que azotó a la ciudad el día

⁶² “Patria y política”, *LM*, N° 1974, 26-4-1917, p. 1. Al menos, tres colaboradores del diario integraron la Junta Ejecutiva del CNJ: Alberto Gerchunoff, el dibujante Ramón Columba y Alfonso de Laferrère. Cf. Tato, *Viento de Fronda*, *op. cit.* p. 88.

⁶³ Cf. “El presidente la República fuera de la Constitución. Inicio de la dictadura”, *EN*, N° 20450, 25-4-1917, p. 1.

⁶⁴ Hernán Otero, “Yrigoyen y la Argentina durante la Gran Guerra según los agregados militares franceses”, *Estudios Sociales*, Año XIX, N° 36, Santa Fe, UNL, 2009, pp. 69-90.

estipulado para la concentración obligó a los organizadores a suspender el acto, pero como no todas las agrupaciones convocantes pudieron ser avisadas a tiempo algunas decidieron continuar adelante con el itinerario previsto. Desde los días previos a este acto frustrado, la prensa favorable al Comité Nacional de la Juventud volvió a cargar contra los “neutralistas” brindando una caracterización muy negativa de los grupos que componían ese conglomerado:

El neutralismo que veremos desfilar el sábado por las calles, el neutralismo como ya dijimos de la primera hora, es el mismo de siempre. Es el germanismo disimulado por un disfraz que encubre los aspectos vergonzosos de la tendencia [...] Al que conozca nuestro medio le bastará analizar los componentes que forman la columna neutralista. Clericales en mayoría, clericales afines con el catolicismo de Roma y el catolicismo austriaco y alemán pero que nada tienen que ver con la religión que exalta a Francia y recibe la corona del martirio en los campos de Bélgica y en todo el frente occidental; al lado de estos, germanos puros o descendientes de germanos o vinculados a germanos por parentesco e intereses. Como sobre, todavía, de este cuadro confuso, variopinto, de extrañas e inconfesables conexiones, aparte los asalariados, otros grupos que representan la ignorancia, el atraso, el oscurantismo de cierta inmigración que responde con esto a la conducta de su patria de origen.⁶⁵

El pasaje precedente permite constatar de qué manera la prensa colaboró activamente en la construcción discursiva de esa polarización que refleja el choque entre diferentes simpatías con los países contendientes pero también concepciones políticas, ideológicas y culturales antagónicas.⁶⁶ Luego de la frustrada manifestación del 12 de octubre, los diarios partidarios y simpatizantes de los aliados apuntaban a mostrar que de manera espontánea la ciudad de Buenos Aires se había negado a embanderarse en un acto que confundía una fecha realmente digna de festejos como la instauración del Día de la Raza pero de la cual habían tratado de sacar partido los “germanófilos”.⁶⁷ Y, nuevamente aquí, en los discursos contrarios al acto, la adhesión a los aliados de la Entente era presentada como un rasgo de superioridad cultural que contrastaba con los

⁶⁵ “El condimento neutralista”, *ED*, N° 11062, 2-10-1917, p. 5.

⁶⁶ “Inútil buscar dentro de todo ese amalgama un noble lazo moral un vínculo genuino que pueda corresponder al ambiente democrático que respiramos y orientarse en los principios políticos que son nuestra bandera. Mientras los afectos que se colocan entre los aliados reivindican la igualdad de religiones políticas, una ferviente y poderosa conjunción espiritual, ellos, los neutralistas, no osan declarar que desean y esperan el triunfo de las reacciones despóticas, de los procedimientos imperialistas, de la vuelta a la fuerza y la barbarie”. “El condimento neutralista”, *ED*, N° 11062, 2-10-1917, p. 5. En el mismo sentido: “Neutralistas”, *ED*, N° 11064, 11-10-1917, p. 4. Una caracterización muy similar fue hecha respecto de una manifestación “neutralista” realizada en la ciudad de Córdoba: “La manifestación neutralista de Córdoba ha sido, como era de suponer, una gran vergüenza. Masas de ebrios manejados por gentes de comité, clérigos y beatos, vivas al Papa-Rey – ¡qué pensaría la colonia italiana! – y evocaciones al káiser; un acto netamente antiargentino pues ensalzar el clericalismo y el militarismo, dos peligros de que vamos huyendo”. Cf. “Un ejemplo”, *ED*, N° 11063, 10-10-1917, p. 4.

⁶⁷ “La opinión de la Capital”, *ED*, N° 11065, 12-10-1917, p. 1.

términos utilizados para definir a la manifestación “neutralista”: “mitin vergonzante”, “procaz gritería”, “aquelarre callejero”, entre otros calificativos.⁶⁸

A su vez, el análisis de otros pasajes de esa crisis como la visita de la escuadra norteamericana al puerto de Buenos Aires que se produjo en agosto de 1917, revelan la construcción de una imagen muy positiva del “rupturismo” por parte de la prensa aliada. La visita de la escuadra norteamericana y del crucero inglés *Glasgow* que custodiaban las costas del Atlántico, luego del ingreso de los Estados Unidos en el guerra, fueron actos que evidentemente tenían como objetivo presionar a la opinión pública para forzar al gobierno de Yrigoyen a que abandonase su política de neutralidad. De esta manera, lo que a simple vista eran visitas de “cortesía” a un puerto neutral se transformaron en la excusa perfecta para manifestar sus simpatías a los Estados Unidos e Inglaterra.

En julio de 1917, el embajador Stimson comunicó al gobierno nacional que en julio de 1917 entraría “incondicionalmente” una escuadra de la flota norteamericana de guerra al puerto de Buenos Aires. El presidente Yrigoyen hizo llamar al embajador norteamericano para expresarle que en idioma castellano la palabra “incondicional” tenía una carga negativa para quien iba dirigida y le exigió el retiro de la misma de la nota diplomática. Inicialmente, Stimson se negó a hacerlo al aludir que tenía instrucciones precisas de su gobierno, motivo por el cual Yrigoyen intimó al diplomático a que le comunicara a su gobierno que en semejantes condiciones Argentina rechazaba la entrada de la escuadra norteamericana. Semanas después, la Casa Blanca adquirió un tono más conciliatorio y solicitó al gobierno argentino la entrada de la escuadra como una “visita de cortesía”.⁶⁹

Al conocerse los entretelones de estas negociaciones, los principales diarios de la ciudad apoyaron efusivamente la iniciativa distanciándose de la postura oficial en la que veían un acto mezquino detrás del cual se entreveían los recelos oficiales por el boicot norteamericano al Congreso de los Neutrales convocado por el presidente Yrigoyen.⁷⁰

⁶⁸ “Lo que fue el mitín”, *ED*, N° 11066, 13-10-1917, p. 2.

⁶⁹ Lucio Moreno Quintana, pp. 153-155; Siepe, pp. 50-51. Según Weinmann, lo que molestaba al gobierno nacional no era el término “incondicional” sino el vocablo “invitación” pues que aunque no figuraba en la nota argentina, el gobierno norteamericano interpretó que la escuadra había sido invitada lo que podía ser considerado como una violación de la neutralidad. *Op. cit.*, p. 127-128.

⁷⁰ Cf. “El Congreso de Neutrales”, *ED*, N° 10986, 14-7-1917, p. 3. El 8 de mayo de 1917 el gobierno radical envió una circular a las cancillerías latinoamericanas para conocer su opinión al respecto y, según declaró el presidente Yrigoyen en el mensaje inaugural a comienzos de julio, habían aceptado varias naciones. Sin embargo, la mayoría de los países americanos recibieron presiones de los Estados Unidos para que desistieran de participar en el congreso. Finalmente, la única legación que concurrió a Buenos Aires fue la mexicana que arribó a mediados de diciembre de 1917 como un gesto de reconocimiento del General Obregón a la actitud del Yrigoyen. Sobre el Congreso de los Neutrales y la compleja relación

El mismo grupo de intelectuales y políticos que había organizado el envío del telegrama de felicitaciones al presidente Wilson se reunieron en la casa de Antonio F. Piñero, con el objetivo de acordar un texto de adhesión y simpatía a la visita norteamericana. Al respecto *El Diario* comentaba: “la idea es bien plausible por cierto y está inspirada en los sentimientos arraigados en la masa de nuestra población. Y era conveniente que esos sentimientos se explayasen y evidenciasen en forma precisa con motivo de la venida de los barcos de Estados Unidos a playas argentinas”. Y a raíz de esos sentimientos agregaba que la necesidad de “separar la actitud pública de la actitud oficial [...] es un propósito conveniente y feliz”.⁷¹

Estas opiniones eran reveladoras de dos cuestiones importantes para comprender algunas de las características que rodearon a esa coyuntura de 1917. La primera, la progresiva consolidación de un cambio en la imagen de los Estados Unidos en el seno de la prensa y la opinión pública porteña que, con altibajos, se había iniciado en 1915 pero que se extendió muy rápidamente luego de la declaración de guerra contra Alemania. La segunda, es la conformación de un grupo de intelectuales y dirigentes políticos ligados a las élites que, junto a ciertos sectores de la prensa proaliada, se erigieron como los representantes de la opinión pública porteña, distanciándose de las posiciones oficiales frente a estos conflictos internacionales. Ese “rupturismo moral”, concebido como un compromiso político intelectual que tomaba distancia de la posición estatal, descansaba sobre una distinción entre el gobierno y el pueblo de la nación. Desde este punto de vista, dado que el presidente no reconocía las demandas de la ciudadanía en favor de un cambio en la orientación de su política exterior, se ponía en tela de juicio el grado de representatividad del gobierno radical.

Finalmente, la escuadra comandada por el almirante Capertown arribó al puerto de Buenos Aires el 24 de agosto de 1917 y fue recibida por cientos de personas en las dársenas del puerto en un clima de fiesta que se extendió por toda la ciudad a lo largo de los cinco días que duró la visita. El grado de consenso popular que rodeó a la llegada de los marinos norteamericanos fue francamente sorprendente si se tiene en cuenta que, a excepción del diario *La Prensa* y de algunos intelectuales como Estanislao Zeballos, la inmensa mayoría de la prensa local celebró la presencia de la flota de guerra norteamericana en el puerto de un país neutral. El hecho fue portada de algunos de los

entre el yrigoyenismo y panamericanismo en general véase, Moreno Quintana, *op. cit.*, pp. 213-226; Raimundo Siepe, *Yrigoyen, La Primera Guerra Mundial y las relaciones económicas*, *op. cit.*, pp. 41-58 y Weinmann, *op. cit.*, p. 109 y 117-118.

⁷¹ “La visita de la escuadra americana”, *ED*, N° 10962, 16-6-1917, p. 2.

principales diarios y revistas de Buenos Aires como *El Diario*, *Plus Ultra* (figuras 37 a 39) que además cubrieron con lujos de detalles todas las actividades sociales realizadas por los marinos en la ciudad.⁷² En gran medida, la cobertura de la visita de la escuadra marcaba la culminación estelar de un cambio en las percepciones de la prensa y la opinión pública porteña sobre los Estados Unidos que había comenzado a comienzos de 1915. Tanto en esas imágenes como en los escritos periodísticos que acompañaron la llegada de la escuadra hay una fuerte insistencia sobre la clave democrática que ligaba a los Estados Unidos con sus aliados de la Entente, pero también con la Argentina. En un editorial escrito luego del arribo de los buques americanos, *El Diario* sostenía:

Estamos juntos en un ideal de justicia, libertad y derecho. Por lo tanto en un ideal netamente americano. El gran vendaval de democracia que en lógica respuesta al imperialismo prusiano cruza el mundo, han limpiado de nubes, de las nubes que la prosa diaria pudo amontonar el cielo en donde lucen nuestro sol y las estrellas de la Unión [...] Nuestra ley se llama libertad. Nuestra norma generosidad. Nuestra obligación la que establece la solidaridad humana, ya que no podemos ver impasiblemente el martirio la Bélgica, la campaña submarina... Este es el sentir del pueblo. Por eso hay en la bienvenida a los marinos norteamericanos un gran latido fraterno; no se trata solamente de naciones amigas, de pueblos del mismo continente; hay algo más; son fracciones del mismo ejército que lucha, cada uno con sus armas por la democracia. La Unión guarda el mar, para todos, con sus naves de guerra; nosotros al recibir cordialmente a sus bravos marinos tomamos espiritualmente parte de la empresa [...] ¡Welcome!⁷³

Dado que esos ideales eran también constitutivos de la cultura y la sociedad argentina, tanto por esa afinidad política y cultural como por el pragmatismo que aconsejaba quedar en el bando “correcto” al momento de finalizar la guerra, las intervenciones un sector mayoritario de la prensa y los intelectuales partidarios de la ruptura de relaciones con Alemania buscaban mostrar que la actitud del pueblo de la metrópoli era contraria a las posiciones mantenidas por el gobierno en política exterior. Desde esta perspectiva, la enorme mayoría de la opinión pública era presentada como partidaria de la Entente y de los Estados Unidos.⁷⁴

⁷² Véase, entre otras, “La llegada de la escuadra norteamericana. Aspectos de la gran manifestación”, *ED*, N° 10995, 25-7-1917, p. 8; “Los marinos norteamericanos. EL banquete de anoche”, *ED*, N° 10997, 27-7-1917, p. 5.

⁷³ “Ante la escuadra”, *ED*, N° 10992, 24-7-1917, p. 3.

⁷⁴ “La gran capital sudamericana de habla española, se presenta una e indivisible, con toda la heterogeneidad de sus elementos celebrando la presencia de sus ilustres huéspedes en su recinto y aspirando en la emulación amplia del agasajo a dejar en el espíritu de los visitantes la impresión de una confraternidad como de una solidaridad indestructibles. Los ecos aislados, pobres e insignificantes de los factores germanofilistas [sic] que procedieron en forma solapada a hostilizar los acuerdos oficiales y populares para la recepción de la escuadra se han extinguido por completo, han sido arrollados por el poder inmenso de esta palpación formidable que no podemos comparar a ninguna otra en los últimos tiempos”. “Una espléndida corroboración”, *ED*, N° 10996, 26-7-1917, p. 4.

Por ello, a modo de balance de esa agitada semana, la partida de la escuadra sirvió para enfatizar el nuevo apego al panamericanismo de un importante sector de la prensa local y la visión del pueblo de Buenos Aires como partidario del ingreso en la guerra dado que “la opinión argentina en cuanto al problema mundial de la guerra se ha expresado terminantemente”.⁷⁵ Sin embargo, el grado de consenso que presentaban los diarios partidarios de la ruptura no era tan extendido como ellos creían y esos “ecos aislados, pobres e insignificantes” no provenían exclusivamente de los “factores germanofilistas” como sostenía *El Diario*, de hecho fueron bastante más extendidos. Por ejemplo, el diario *El Nacional* que mostraba una mesurada germanofilia, saludó por cortesía la llegada de la escuadra, pero al momento de su partida se permitió señalar que la algarabía popular que había rodeado a la visita era un gesto de “snobismo” desmesurado: “hablando con la franqueza que caracteriza nuestras posiciones, el homenaje a sido excesivo y no lo justifica en sus proporciones, acontecimientos de ningún género”.⁷⁶ Pero también los diarios como *La Razón* y *El Pueblo*, a los que sería un exceso calificar de “germanófilo”, mantuvieron una postura crítica ante la visita de la escuadra y sus posibles consecuencias. Con la partida de la flota norteamericana, *El Pueblo*: “En el saludo de ayer de la metrópoli argentina, que como dijimos llevó envuelto el nuestro, no hemos entendido ni entendemos que fuera involucrado el más mínimo consentimiento de coparticipaciones de u enfeudamientos reñidos con los respetos que, no ya una, sino todas las naciones del mundo deben a nuestra soberanía”.⁷⁷

El análisis de los sentidos que rodearon a esos términos permite develar en qué medida las interpretaciones que sostienen la idea de una polarización de la opinión pública durante la crisis han quedado encorsetadas en una lectura cuyos términos fueron propuestos por ciertos sectores de la propia prensa, en particular, por el arco más vinculado a los aliados de la Entente. Pues aún cuando algunos periódicos terminaron aceptando esos términos como definitorios de sus posiciones frente a la guerra, la imagen de una opinión polarizada entre “rupturistas” y “neutralistas” tuvo una mayor utilidad para la disputa política e intelectual de los contemporáneos pero no resulta totalmente convincente como categorías para el análisis histórico. Ante todo porque al igual que ocurre con otros apelativos utilizados en las disputas públicas durante la guerra, como es el caso de “germanófilo”, presentan una carga peyorativa sobre todo en

⁷⁵ “Al salir la escuadra”, *ED*, N° 11000, 31-7-1917, p. 7.

⁷⁶ “Entusiasmo meridionales. Teatralidad y excesos”, *EN*, N° 20485, 31-7-1917, p. 1

⁷⁷ Cf. “El día yanqui”, *EP*, N° 6737, 25-7-1917, p. 1. Y días después reiteró en un nuevo editorial su rechazo al panamericanismo: “Norte y Sur”, *EP*, N° 6748, 1-8-1917, p. 1.

el caso de los “neutralistas”. Por ello, es problemático analizar la dinámica de esa coyuntura política e intelectual apelando a los mismo que términos que utilizaban sus contemporáneos sin establecer sobre ellos algún tipo de precisión o definición porque, como ha sido señalado en el capítulo dos en relación a otros términos frecuentemente reiterados por la historiografía como es el caso de “aliadofilia” y “germanofilia”, esos conceptos fueron utilizados como un epíteto descriptivo por los adversarios antes que como el aglutinante de una identidad política o ideológica frente a la guerra.

Por último, la insistencia en una imagen de la prensa y la opinión pública porteña polarizada entre “rupturistas” y “neutralistas” no contempla una serie de matices importantes en relación a los alineamientos de los diarios y las revistas de Buenos Aires frente a esos acontecimientos. En ese sentido, se ha señalado que ambos grupos presentan una heterogeneidad política e ideológica que no coincide con una división entre oficialismo y oposición o entre aliadófilos progresistas y germanófilos reaccionarios. Pues el campo “aliadófilo” congregaba principalmente a opositores del gobierno radical: conservadores, el grupo parlamentario socialista, demócratas progresistas pero también a algunos radicales miembro del gabinete nacional como Honorio Pueyrredon y Federico Álvarez de Toledo y el ministro argentino en París Marcelo T. de Alvear, favorables a la ruptura con Alemania.⁷⁸

Sin embargo, aquellos análisis que atendieron a la heterogeneidad de las fuerzas políticas que conformaban a cada uno de esos bandos, contrasta con el esquematismo con el cual fue analizado el mundo de la prensa —al reproducir una tabulación estática de los alineamientos de los principales diarios y revistas de Buenos Aires—, que, en gran medida, son tributarios de los análisis clásicos de Ricardo Weinmann y Raimundo Siepe. De esta manera, *La Mañana*, *El Diario*, *Crítica*, *Caras y Caretas*, *La Vanguardia*, *La Patria degli Italiani* y *Última Hora* son presentados como partidarios de la ruptura los Imperios centrales, mientras que a favor de la neutralidad se ubica a *La Época*, los dos diarios de habla germana, el *Deutsche La Plata Zeitung* y el *Argentische Tageblatt*, *La Unión*, *La Prensa* y *La Razón*.⁷⁹

⁷⁸ Cf. María Inés Tato, *Viento de Fronda*, *op. cit.*, pp. 85-86; Ídem, “La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, en Silvia Mallo y Beatriz Moreyra (Coords.), *Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI*, Córdoba–La Plata, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A., Segreti” / Centro de Estudios de Historia Argentina Colonial (CEHAC) Universidad Nacional de La Plata, 2008, pp. 728-730 y “La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial”, *Temas de historia argentina y americana*, Buenos Aires, UCA, N° 13, 2008, p. 231-234.

⁷⁹ Cf. Weinmann, *op. cit.*, pp. 61-65 y Siepe, *op. cit.*, p. 64.

En el mundo de la prensa periódica esa heterogeneidad multiplica sus variables y torna mucho menos pertinentes a esas categorías de “rupturistas” y “neutralistas” como representativas de los alineamientos de los diarios y las revistas de Buenos Aires ante la coyuntura del año 1917, ya que impide contemplar matices importantes. El grupo de los diarios defensores de las posiciones mantenidas por el gobierno radical encubre posturas muy diversas sólo unificadas por el común acuerdo en torno a la defensa de la neutralidad estatal. De esta manera, bajo el rótulo de “neutralistas” se han agrupado a diarios de propaganda defensores acérrimos de Alemania como *La Unión* que merecen con todo derecho el mote de germanófilos; un diario como *La Época* que actuaba como voceros de la Unión Cívica Radical y en cuyas páginas antes que las simpatías con alguno de los contendientes europeos primaba la defensa de los postura gubernamental de Yrigoyen. Junto a otros diarios como *El Nacional*, *La Razón* y *La Prensa* que se mostraban críticos del radicalismo en el plano interno, pero que apoyaban la defensa de la neutralidad como política de Estado independientemente del signo político del gobierno de turno. Algo similar ocurre también con el diario *El Pueblo*, el que además de sostener la política de neutralidad del gobierno del cual era opositor no renegaba de sus posiciones pacifistas frente al conflicto incluso durante el año 1917.⁸⁰ Algo similar ocurrió con el bando de los “rupturistas” que englobaría a algunos de los diarios que mantuvieron las posiciones más extremas respecto de la ruptura de relaciones con Alemania como *Idea Nacional* y *La Acción Francesa* con otros diarios de mayor tirada como *La Nación*, *El Diario* y *Caras y Caretas*, en los cuales las simpatías por alguno de los miembros de la Entente no se tradujo en un pedido de declaración de guerra a Alemania.

⁸⁰ Véase “En torno de la paz”, *EP*, N° 6828, 9-11-1917, p. 1 y la polémica en el diario *La Patria degli Italiani* en relación a una peregrinación italiana a Luján a por la “paz italiana” lo que motivó una dura réplica defendiendo la paz universal: “Mangia Preti”, *EP*, N° 6831, 12 y 13-11-1917, p. 1.

La conflictividad que caracterizó a gran parte del año 1917 fue el resultado de una combinación de factores que implicaron tanto a los acontecimientos internacionales vinculados con el desarrollo de la guerra como así también a un cambio en el escenario político local marcado por el ascenso al poder de la Unión Cívica Radical. En este capítulo, se analizaron dos grandes ejes problemáticos que recorrieron gran parte de las percepciones y representaciones de la prensa local a lo largo de 1917: por un lado, los debates en torno a las revoluciones en Rusia y, por el otro, los alineamientos de la prensa porteña ante la llamada crisis de 1917.

Las primeras representaciones de ese ciclo revolucionario en la prensa periódica porteña fueron el fruto de diferentes lecturas que subordinaron la Revolución rusa en el marco de la Gran Guerra y ello explica las diferentes miradas e interpretaciones que rodearon a las revoluciones de febrero y octubre en el seno de la opinión pública local. Leídas en esa clave, la revolución de febrero fue vista como un acontecimiento favorable por parte de un amplio sector de la prensa proaliada, pues veía en ella el inicio de un proceso de reformas graduales, liberales y progresistas, una interpretación permitió considerar a Rusia como un país democrático, susceptible de ser equiparado a sus pares de la Entente y reiterar una representación de la contienda como una cruzada de la libertad y la democracia contra el “autoritarismo prusiano” y “el oscurantismo teutón”.

Por el contrario, la revolución de octubre cosechó muchas más críticas en la prensa local. Antes que por los alcances concretos de su programa político y social, la revolución bolchevique fue un hecho censurable por sus implicancias para las alianzas estratégicas de los aliados de la Entente. Leída en esa perspectiva, los hechos de octubre implicaban lisa y llanamente poner a Rusia fuera de combate y de esa manera liberar a los ejércitos alemanes del frente oriental. Este fue el motivo principal por el cual amplios sectores de la prensa favorables a la Entente vieron un gran peligro en la revolución bolchevique y abonaron una extendida interpretación propagandística que hacía de Lenin y sus aliados unos agentes al servicio del káiser Guillermo II.

Ese año estuvo signado por un segundo eje conflictivo vinculado de forma más directa al ámbito local, la crisis política que se extendió entre abril y noviembre de 1917. Las investigaciones sobre el comportamiento de la opinión pública porteña

durante la guerra han otorgado una gran centralidad al análisis del año 1917 considerado como un “parteaguas” en los posicionamientos de la opinión pública ante la guerra, que se tradujo en una polarización de la opinión en dos bandos irreconciliables y que expresaban una identidad diferenciada: por un lado, los partidarios del sostenimiento de la posición oficial frente al conflicto (los llamados “neutralistas” o “germanófilos”) y, por el otro, los que propiciaban la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania (los “rupturistas” o “aliadófilos”). En el marco de un análisis que atiende prioritariamente a la dimensión social y política de dicha coyuntura, la prensa periódica ha sido objeto de una visión instrumental ligada a la difusión y a la posterior cobertura de las manifestaciones y los mítines que sacudieron a Buenos Aires por esos meses. En ella se reitera la tendencia al etiquetamiento estático de las posiciones de la prensa, soslayando el análisis de los discursos y las representaciones puestas en juego en cada uno de los acontecimientos que jalaron ese periodo conflictivo.

Sin embargo, una mirada más atenta sobre la prensa periódica permite destacar cuatro aspectos que complejizan esa perspectiva más tradicional sobre la crisis. En primer lugar, si se rechaza la tentación de examinar ese particular momento como una suerte de “microclima” susceptible de ser aislado del resto de la contienda y se la inserta en el cuadro general de las repercusiones de la Gran Guerra en la opinión pública porteña, es posible sostener que el modo en que la prensa interpretó esa coyuntura implicó una reactualización de ciertos instrumentos analíticos, giros e ideologemas previos, adaptados en un contexto político revitalizado por el hundimiento de los buques de bandera argentina y un cambio en el horizonte político local marcado por el ascenso del radicalismo al poder.

Puesta en perspectiva con la totalidad de las repercusiones de la Gran Guerra en la prensa porteña, la excepcionalidad de esa coyuntura es menos evidente. Del mismo modo que ocurre con el ya señalado debate en torno a la cuestión nacional, los principales tópicos de los discursos expresados por la prensa porteña al calor de dicha crisis, lejos de ser una novedad emergente en 1917, en su gran mayoría estaban presentes desde la invasión alemana de Bélgica y en los debates suscitados en torno al fusilamiento del vicecónsul argentino en Dinant. De esta manera, a lo largo de 1917 fueron reactualizados diferentes diagnósticos e interpretaciones sobre la guerra como un enfrentamiento entre dos paradigmas culturales antagónicos que oponía la civilización y la libertad identificada con la Entente contra la “barbarie alemana”; la asociación entre

la defensa de la neutralidad estatal y la germanofilia y, por último, la invocación a la juventud como un agente renovador de un gobierno y una sociedad petrificada. Ninguna de estas claves de lectura sobre la guerra fue un surgimiento *ex nihilo* como suelen presentar apriorísticamente las investigaciones limitadas a la coyuntura de 1917.

El segundo aspecto importante que arroja el análisis de la prensa periódica porteña durante los meses de la crisis permite sostener que esa imagen de una opinión pública polarizada entre dos bandos irreconciliables no se verifica cabalmente durante los primeros meses de esa coyuntura. Ello ha sido constatado mediante el análisis de las reacciones de la prensa ante la ruptura de relaciones entre los Estados Unidos y Alemania en febrero de 1917 y la posterior declaración de guerra entre ambos países revelando el alto grado de consenso que obtuvieron las posiciones del gobierno radical ante el inicio de esa nueva fase de la guerra. Con anterioridad al hundimiento de los buques argentinos la inmensa mayoría de la prensa porteña seguía considerando a la neutralidad estatal como la mejor opción posible.

A su vez, el análisis del comportamiento de la prensa a lo largo de las diferentes manifestaciones que se produjeron en esos meses, permite sostener que la prensa periódica fue un actor clave en la conformación de esa polarización, pues aportó los elementos discursivos que contribuyeron a definir y caracterizar a los bandos en disputa, los “rupturistas” y los “neutralistas”, lo que revela un tercer aspecto importante para la comprensión del rol de la prensa en dicha crisis. Esa caracterización del “neutralismo” reiteraba la asociación entre la neutralidad estatal con una forma encubierta de la germanofilia, pero también apelaba a diversos términos despectivos para referirse a los miembros que integraban ese conglomerado: clericales, ciertos sectores del movimiento obrero y lo peor de la inmigración europea, los españoles.

A su vez, el análisis de otros pasajes menos transitados de esa crisis como la visita de la escuadra norteamericana al puerto de Buenos Aires que se produjo en agosto de 1917 revelan la construcción de una imagen muy positiva del “rupturismo” por parte de la prensa aliada. De esta manera, un grupo de intelectuales y dirigentes políticos ligados a las élites junto a ciertos sectores de la prensa proaliada, se erigieron como los representantes de la opinión pública porteña, distanciándose de las posiciones oficiales frente a estos conflictos internacionales. Ese “rupturismo moral”, concebido como un compromiso político e intelectual que tomaba distancia de la posición estatal, descansaba sobre una distinción entre el gobierno y el pueblo de la nación. Desde este

punto de vista, dado que el presidente no reconocía las demandas de la ciudadanía en favor de un cambio en la orientación de su política exterior, se ponía en tela de juicio el grado de representatividad del gobierno radical. Pero además, dado que los ideales liberales y democráticos eran considerados constitutivos de la cultura y la sociedad argentina, tanto por esa afinidad política y cultural como por el pragmatismo que aconsejaba quedar en el bando “correcto” al momento de finalizar la guerra, las intervenciones un sector mayoritario de la prensa y los intelectuales partidarios de la ruptura de relaciones con Alemania buscaban mostrar que la actitud del pueblo de la metrópoli era contraria a las posiciones mantenidas por el gobierno en política exterior.

El análisis de los sentidos que rodearon a esos términos, permite develar en qué medida las interpretaciones sobre la actuación de la opinión pública durante la crisis han quedado encorsetadas en una lectura cuyos términos fueron propuestos por ciertos sectores de la propia prensa, en particular, por el arco más vinculado a los aliados de la Entente. Pues aún cuando algunos periódicos terminaron aceptando esos términos como definitorios de sus posiciones frente a la guerra, la imagen de una opinión polarizada entre “rupturistas” y “neutralistas” tuvo una mayor utilidad para la disputa política e intelectual de los contemporáneos pero no resulta totalmente convincente como categorías para el análisis histórico. Ante todo porque al igual que ocurre con otros apelativos utilizados en las disputas públicas durante la guerra, como es el caso de “germanófilo”, presentan una carga peyorativa sobre todo en el caso de los “neutralistas”. Por ello, es problemático analizar la dinámica de esa coyuntura política e intelectual apelando a los mismo que términos que utilizaban sus contemporáneos sin establecer sobre ellos algún tipo de precisión o definición porque, como ha sido señalado en el capítulo dos en relación a otros términos frecuentemente reiterados por la historiografía como es el caso de “aliadofilia” y “germanofilia”, esos conceptos fueron utilizados como un epíteto descriptivo por los adversarios antes que como el aglutinante de una identidad política o ideológica frente a la guerra.

Por último, la insistencia en una imagen de la prensa y la opinión pública porteña polarizada entre “rupturistas” y “neutralistas” no contempla una serie de matices importantes en relación a los alineamientos de los diarios y las revistas de Buenos Aires frente a esos acontecimientos. En ese sentido, se ha señalado que ambos grupos presentan una heterogeneidad política e ideológica que no coincide con una división entre oficialismo y oposición o entre aliadófilos progresistas y germanófilos

reaccionarios. Pues el campo “aliadófilo” congregaba principalmente a opositores del gobierno radical: conservadores, el grupo parlamentario socialista, demócratas progresistas pero también a algunos radicales miembro del gabinete nacional como Honorio Pueyrredon y Federico Álvarez de Toledo y el ministro argentino en París Marcelo T. de Alvear, favorables a la ruptura con Alemania.

En el mundo de la prensa periódica la heterogeneidad multiplica sus variables y torna mucho menos pertinentes a esas categorías de “rupturistas” y “neutralistas” como representativas de los alineamientos de los diarios y las revistas de Buenos Aires ante la coyuntura del año 1917, ya que impide contemplar matices importantes. El grupo de los diarios defensores de las posiciones mantenidas por el gobierno radical encubre posturas muy diversas sólo unificadas por el común acuerdo en torno a la defensa de la neutralidad estatal. De esta manera, bajo el rótulo de “neutralistas” se han agrupado a diarios de propaganda defensores acérrimos de Alemania como *La Unión* que merecen con todo derecho el mote de germanófilo; un diario como *La Época* que actuaba como vocero de la Unión Cívica Radical y en cuyas páginas antes que las simpatías con alguno de los contendientes europeos primaba la defensa de los postura gubernamental de Yrigoyen. Junto a otros diarios como *El Nacional*, *La Razón*, *La Prensa* y *El Pueblo* que se mostraban críticos del radicalismo en el plano interno, pero que apoyaban la defensa de la neutralidad como política de Estado independientemente del signo político del gobierno de turno. Éste último además de sostener la política de neutralidad del gobierno del cual era opositor no renegaba de sus posiciones pacifistas frente al conflicto incluso durante el año 1917.⁸¹ Algo similar ocurre con el bando de los “rupturistas” que engloba a algunos de los diarios que mantuvieron las posiciones más extremas en relación a la ruptura de relaciones con Alemana como *Idea Nacional* y *La Acción Francesa* con otros diarios de mayor tirada como *La Nación*, *El Diario* y *Caras y Caretas* en los cuales las simpatías por alguno de los miembros de la Entente no se tradujo en un pedido de declaración de guerra a Alemania.

Este último aspecto fue clave para mensurar cabalmente los alineamientos de la prensa a lo largo de esa coyuntura conflictiva de 1917. En los principales formadores de opinión de Buenos Aires —tanto los que se han sido ubicados en el bando “neutralista” como *La Prensa* y *La Razón* como los llamados “rupturistas”, *La Nación*, *El Diario*,

⁸¹ Véase “En torno de la paz”, *EP*, N° 6828, 9-11-1917, p. 1 y la polémica en el diario *La Patria degli Italiani* en relación a una peregrinación italiana a Luján a por la “paz italiana” lo que motivó una dura réplica defendiendo la paz universal: “Mangia Preti”, *EP*, N° 6831, 12 y 13-11-1917, p. 1.

Caras y Caretas y *Fray Mocho*— las simpatías culturales y políticas con los beligerantes no se tradujo en una política editorial sistemática en favor del ingreso de Argentina en la guerra. Salvo excepciones, ligadas sobre todo a los diarios de propaganda aliada como *Idea Nacional* y con anterioridad en los casos *La Tarde* y *Crítica*, esas posturas extremas contrastaron con la cordura y los discursos más mesurados de la gran mayoría de los diarios y revistas porteñas. Ello revela una mayor responsabilidad y un cierto realismo cuando la adhesión moral a la guerra corrió el riesgo de transformarse en una modificación concreta de la política exterior que implicaría una complicación mayor aún para la economía argentina. Pero también si se tiene en cuenta los problemas financieros que debió atravesar el diario dirigido por Natalio Botana, debido a un compromiso extremo con la causa aliada, esos discursos más mesurados y conciliadores también pueden ser pensados más allá de cuestiones estrictamente ideológicas y políticas como una forma de llegar a una franja de lectores más amplia.

Capítulo VI

Epílogo: del armisticio a Versalles

Hacía unos meses que el Káiser había huido, más asustado por la revolución que por la derrota y ahora la flamante República Alemana –socialista, decían– firmaba el armisticio con los aliados. Aquel 11 de noviembre la gente se largó a la calle y nosotras lo convencimos a papa de que por la noche nos llevara al centro. Las banderas, de colorido inusitado en comparación con las de los días patrios, cubrían las fachadas como la multitud la calle, más a pie que en vehículos [...] Aunque desde hacía tiempo ya no tenía ninguna seguridad de que no habría otra guerra, sentía alivio de que la grande, la mundial, hubiera terminado.

María Rosa Oliver¹

En las investigaciones dedicadas al estudio sobre el impacto de la Gran Guerra en Argentina la salida de la crisis de 1917 suele marcar el final de las repercusiones de la guerra en el ámbito local. Desde esa perspectiva, el año de 1918 emerge como una larga coda hacia un final predecible signado por la firma del armisticio de Compiègne el 11 de noviembre de 1918. Pero más grave aún es el hecho de que el lapso comprendido por entre el fin de las hostilidades y la firma de Tratado de Versalles, en junio de 1919, ha caído en un verdadero olvido historiográfico sólo mencionado tangencialmente, incluso en las investigaciones más recientes.²

Sin embargo, el periodo comprendido entre el armisticio de 1918 y la firma de los diferentes tratados de paz con las naciones vencidas a lo largo del primer semestre de 1919 constituye una etapa relevante para el análisis de la cobertura mediática del conflicto en la prensa periódica de un país neutral como Argentina en donde la atención originada por la Gran Guerra se prolonga hasta la firma del Tratado de Versalles. Ello se debe a varios motivos. En primer lugar, porque a comienzos de 1919 se produjo una reorganización de los mercados comunicacionales que, en el caso sudamericano, se

¹ *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, p. 108.

² En su reciente libro, Olivier Compagnon menciona tangencialmente ese lapso de la guerra. Cf. *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*, París, Fayard, 2013, pp. 146 y 153. La única excepción es el clásico artículo de Yves Saint Cours, "La France et l'Opinion argentine (11 novembre 1918 – 14 juillet 1919)", *Cahiers des Amériques Latines*, Serie "Sciences de l'Homme", N° 16, 1977, pp. 127-151.

tradijo en una mayor preponderancia de las agencias de noticias norteamericanas como la Associated Press y, sobre todo, la United Press en los contratos con los principales diarios del continente. Este hecho implicó un evidente retroceso de la agencia francesa Havas que desde finales del siglo XIX había detentado una posición de privilegio sobre el continente sudamericano y tuvo una gran importancia para la geopolítica de la información internacional que recibían los diarios y las revistas de Buenos Aires.

En segundo lugar, porque al igual que ocurre con el estallido de la guerra, el periodo comprendido entre la firma del armisticio y el Tratado de Versalles vuelve a poner sobre el tapete la reflexión en torno al papel de la Argentina y del continente sudamericano en el nuevo escenario que presenta el mundo de la postguerra. De esta manera, luego del fervor que acompañó a los días posteriores al fin de la Gran Guerra, caracterizados por las manifestaciones y las celebraciones por la victoria que incluyeron importantes enfrentamientos entre los diferentes sectores de la opinión pública local, la reflexión más meditada sobre el futuro de la Argentina en el escenario de la postguerra fue un tema recurrente en las intervenciones de la prensa porteña. Así, los festejos por la victoria de los aliados fueron acompañados recurrentemente por una visión del escenario de la postguerra como una nueva oportunidad para la cultura y la economía nacional. De manera análoga a los discursos que rodearon el debate sobre la cuestión nacional durante las semanas posteriores al estallido de la Gran Guerra, un aplomado optimismo marcó a la mayoría de esas intervenciones y propuestas sobre los mecanismos que debería emplear la Argentina para beneficiarse de esa situación. Sin embargo, no faltaron algunas voces más escépticas ante los desafíos que planteaba la nueva era que se habría tras cuatro años de guerra.

1. Un desembarco silencioso: las agencias de noticias norteamericanas en el mercado sudamericano de comunicaciones

Desde el punto de vista de la prensa periódica porteña y las redes globales de comunicación, el periodo comprendido entre armisticio en noviembre de 1918 y la firma del Tratado de Versalles a mediados de 1919 es un momento clave en el que se opera una importante transformación en el mercado de comunicaciones internacionales. Ese cambio estuvo relacionado al desembarco definitivo de las agencias de noticias norteamericanas en Buenos Aires, más concretamente de la *United Press*. Como se ha señalado en el primer capítulo de esta tesis, la colaboración de las agencias de noticias

con el esfuerzo bélico de sus respectivos gobiernos produjo un progresivo desmoronamiento de esa geopolítica de la comunicación basada en los acuerdos previos entre las grandes agencias de noticias europeas y la Associated Press de Nueva York. Esa larga y eficaz alianza comenzó a resentirse desde el momento en que estalló la Gran Guerra y perdió gran parte de su efectividad cuando los respectivos gobiernos acudieron a la propaganda para presentar una versión del mundo deformada y cerraron sus fronteras para el intercambio de noticias entre las potencias centrales y los aliados de la Entente.

Los altos costos del mantenimiento del servicio, las restricciones para recibir información de todos los países combatientes sumados a las imprecisiones, las noticias falsas y los desmentidos de los servicios informativos motivaron algunos reclamos por parte de los directores de los principales diarios de Buenos Aires. Sin embargo, los intentos por obtener un servicio informativo más diverso, habían fracasado por el apego respetuoso de las agencias norteamericanas al acuerdo previo que establecía la preeminencia de Havas sobre Sudamérica. Si bien esas negociaciones se mantenían entre bambalinas, este hecho constituye un claro ejemplo del modo en que la Gran Guerra comenzó a erosionar y tensionar las tradicionales delimitaciones de los mercados de las comunicaciones entre las grandes agencias informativas, impulsado en parte por las búsquedas de los directivos de los principales diarios locales de servicios informativos más eficientes y menos tendenciosos.

Los intentos de Havas para tratar de contener la expansión de las agencias norteamericanas no pudieron evitar que en 1916, la *United Press* de Nueva York ingresara en el mercado sudamericano de las comunicaciones. De esta manera, la posición privilegiada de Havas sobre el mercado sudamericano, establecida en 1890, comenzaba una declinación definitiva a manos de las agencias norteamericanas.³ En este sentido, el diario *La Prensa* jugó un rol clave en esa transformación del mercado de las agencias de noticias internacionales en Buenos Aires.⁴ El trasfondo de esa negociación ha sido narrado con detalle por uno de los directivos de la agencia *United Press* de Nueva York, Joe Alex Morris. Una mezcla de audacia y olfato comercial

³ Pierre Frédéric, *De l'agence d'information Havas a l'agence France Presse. Un siècle de chasse aux nouvelles*, París, Flammarion, 1959, pp. 322-324; Dwayne R. Winseck y Robert M. Pike, *Communication and Empire. Media, Markets and Globalization, 1860-1930*, Durham-Londres, Duke University Press, 2007, p. 246.

⁴ Cf. James Cane, *The Fourth Enemy. Journalism and power in the making of Peronist Argentina, 1930-1955*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2011, p. 36.

permitieron que una agencia minoritaria de los Estados Unidos que en 1916 contaba con un puñado de clientes fuera del territorio norteamericano concertara uno de los contratos más importante del continente sudamericano con un verdadero coloso de la prensa sudamericana como era el diario *La Prensa* y adquiriera un posición destacada en Sudamérica aprovechando las tensiones ocasionadas por la manipulación informativa de Havas.

En el verano de 1916 el director de *United Press*, Roy Howard, viajó a Buenos Aires y firmó con Jorge Mitre un contrato de diez años para unificar los despachos de los corresponsales de la *United Press* y *La Nación* y vender ese servicio conjunto al resto de los diarios del continente. De esta manera, *La Nación* recibía un servicio noticioso de la agencia de Howard quién a su vez lo vendió al diario que consideraba más importante en cada una de las grandes ciudades del continente. Según Morris, las ganancias de Mitre y la *United Press* ascendieron a 75.000 dólares anuales.⁵ Ese acuerdo entre la agencia neoyorkina y el diario de la familia Mitre tuvo un gran éxito durante más de dos años, pero en 1918 Jorge Mitre resolvió lanzarse a establecer su propia agencia de noticias en Sudamérica con el objetivo de desplazar a la agencia de Howard a pesar de haber firmado un contrato de colaboración por diez años.

Howard decidió regresar a Buenos Aires alertado porque los principales diarios de Chile y Perú comenzaban a negociar con Mitre el pase a su nueva agencia. Ante esa situación, Howard y James I. Miller, —un joven egresado de la Universidad de Stanford que el anterior gerente en Buenos Aires había conocido en el bar *La Helvética*, frecuentado por los miembros de la redacción de *La Nación* y al que había sido propuesto como su reemplazante— llegaron a la conclusión de que la única posibilidad que la *United Press* tenía para sobrevivir era persuadir a Ezequiel Paz, propietario del diario *La Prensa*, a contratar los servicios informativos de la agencia.

Se inicio allí una sorda batalla entre las agencias norteamericanas para obtener los contratos de los principales diarios de Buenos Aires. En ese marco, para diferenciarse de su principal competidor, el 1° de junio de 1919 *La Prensa* accedió a recibir un servicio especial de la *United Press*. Dado que la redacción del diario no contaba con una línea telegráfica directa, los empleados de la *United Press* debían traducir los despachos recibido en inglés para enviarlos al diario con un mensajero. Según Morris, el uno de los primeros cables recibidos fue un despacho de París, enviado a tarifa urgente,

⁵ Joe Alex Morris, *Hora de cierre a cada minuto. Historia de la United Press*, Buenos Aires, Ediciones Gure, 1959 [original inglés 1957], p. 111.

que anunciaba la firma del tratado de Versalles entre los representantes alemanes y las potencias aliadas. Consciente de su importancia, Miller le arrancó el despacho de la máquina de escribir al traductor, lo puso en manos del mensajero y lo lanzó corriendo por la calle San Martín hasta el edificio de *La Prensa*. El muchacho entregó el “flash” a un ordenanza que lo llevó a la mesa del jefe de redacción. La noticia de la *United Press* había llegado veinte minutos antes que el de cualquier otra agencia.⁶

El peso de los acontecimientos había desatado una nueva carrera por las primicias entre los principales diarios de Buenos Aires y la audaz apuesta de Ezequiel Paz de confiar en el servicio informativo de una agencia nueva y pequeña había dado sus frutos: podía vanagloriarse de ser el primer diario porteño en notificar uno de los hechos más importantes vinculados a la Gran Guerra luego de la firma del armisticio que había sido notificado aquel 12 de noviembre de 1918 a las 7 y 25 de la mañana por su colega *La Nación*. En los años siguientes, *La Prensa* tuvo un papel crucial en el crecimiento y el desarrollo de la *United Press* y Ezequiel Paz le encomendó a esa agencia noticiosa todo su servicio exterior llegando a concertar pago semanales de entre 10.000 y 14.000 dólares por sus servicios.

Estos cambios al nivel de las agencias fueron acompañados por una política sistemática del Departamento de Estado norteamericano que bajo la administración de Woodrow Wilson intentó llegar a un acuerdo con Gran Bretaña para terminar con el monopolio británico de las compañías de cables submarinos en el marco de una campaña más amplia por estrechar los vínculos con Sudamérica luego de la guerra. Como ha señalado Joseph Tulchin, la administración Wilson atacó el problema de las comunicaciones con el continente en dos frentes. Mientras trataba de lograr un acuerdo internacional en la Conferencia de Paz de París continuó con las negociaciones diplomáticas con Gran Bretaña y el resto de las naciones americanas con el objetivo de eliminar el monopolio británico en el mercado de las comunicaciones cablegráficas.⁷

El argumento central de las posiciones de la delegación norteamericana en la Conferencia de Paz era que la pervivencia de la civilización dependía de una red de comunicaciones sin barreras para garantizar la paz y los intercambios comerciales entre

⁶ Joe Alex Morris, *op. cit.*, pp. 115-116.

⁷ Joseph Tulchin, *The aftermath of war: World War I and U. S. Policy toward Latin America*, Nueva York, New York University Press, 1971, p. 210. Para una visión más amplia véase “Thick and Thin Globalism: Wilson, the Communication Experts, and the American Approach to Global Communication, 1918-22”, en Dwayne R. Winseck y Robert M. Pike, *Communication and Empire. Media, Markets and Globalization, 1860-1930*, Durham-Londres, Duke University Press, 2007, pp. 257-276.

las naciones. En ese marco, se acordó realizar una conferencia mundial sobre comunicaciones pautada para comienzos de 1920 que además de renegociar el monopolio británico sobre aquellos territorios ajenos a sus dominios coloniales buscaba resolver la administración de las compañías de cables dependientes del Estado o de capitales alemanes.

Una vez que la guerra finalizó, la compañía norteamericana *The Central and South American Telegraph* cooperó activamente para llevar a cabo esa política del Departamento de Estado y el propio embajador en Buenos Aires, Jesup Stimson, se puso a disposición de Jordan Hebert Stabler, el nuevo representante de la compañía en Argentina. Gracias a las negociaciones entre ambos con el presidente Hipólito Yrigoyen, el 18 de diciembre de 1919 se firmó un nuevo contrato que autorizaba a *The Central and South American Telegraph* a operar en territorio argentino, el cual fue puesto en marcha al mes siguiente. Esa fue la primera victoria de una compañía de cables norteamericana en el ámbito nacional y que se continuó en los años siguientes otorgándoles un poder cada vez mayor en detrimento de las empresas británicas.⁸ Posteriormente, en febrero de 1922 y como parte de esas negociaciones la empresa británica *The Western Telegraph Company*, que había monopolizado gran parte del mercado de las compañías de cables submarinos en Argentina durante la Gran Guerra, aceptó el ingreso en el mercado local de la compañía norteamericana *All American Cables and Radio Cie* responsable de la quiebra del monopolio de la *Western* en Sudamérica.

De esta manera, en concordancia con la puja entre los Estados Unidos y el Imperio británico a nivel mundial el mercado de las comunicaciones tele y cablegráficas de Buenos Aires reflejó esa sorda disputa entre un imperio lleva a su cenit y comenzaba su declive y el ascenso de los Estados Unidos como potencia mundial en gran medida resultado de su participación en la Gran Guerra. La sistemática política norteamericana de acercamiento hacia Sudamérica hizo del control de estos medios de transmisión de la información un vector clave. Esa lenta transformación marcaría para siempre el mapa de la geopolítica de la información en que se hallaban insertos los principales diarios de Buenos Aires.

⁸ Cf. Tulchin, *The aftermath of war, op. cit.*, p. 225.

2. Anhelos y frustraciones: Argentina en el nuevo mundo de la postguerra

Aquella mañana del 12 de noviembre de 1918, a las 7 y 25 para ser más preciso, el diario *La Nación* cumplió con un ritual que había mantenido junto con el resto de sus colegas porteños a lo largo de los cuatro años de la guerra, el de escribir en las pizarras ubicadas en el frente de sus redacciones los principales titulares de las noticias recibidas por cable. Aquella mañana el servicio informativo de Havas contenía una noticia muy especial: se había firmado el armisticio que ponía fin a la Gran Guerra. La noticia no era una novedad absoluta e inesperada, ya que desde los días previos los diarios había brindado detalles sobre las tratativas en torno a la firma del armisticio que pusiera fin a las hostilidades y en rigor, la percepción del final de la guerra era evidente desde la capitulación de la monarquía Austro-Húngara a comienzos de noviembre y la abdicación del káiser Guillermo II.⁹ Tal es así que debido a un error en el servicio telegráfico de la *United Press*, con el objeto de poseer la primicia del fin de la guerra *El Diario* había publicado la firma del armisticio tres días antes.¹⁰ Y como en el inicio de la guerra, el desmentido posterior motivó las críticas de otros colegas como *La Unión*.¹¹ Días después, la noticia de la confirmación definitiva del armisticio se propaló en pocas horas por toda la ciudad que fue barrida por un frenesí popular dando inicio a los espontáneos festejos de la victoria aliada.

La inmensa mayoría de la prensa y de la opinión pública porteña festejó la victoria aliada como si Argentina hubiera formado parte de los beligerantes.¹² Las multitudes volvieron a agolparse en las puertas de los diarios a la espera de más detalles sobre el armisticio mientras la ciudad era recorrida por diferentes grupos que cantaban *La Marsellesa* y *Good Save de King*. Bajo una lluvia torrencial, el Comité Nacional de la Juventud organizó un acto multitudinario en la Plaza del Congreso el día 13 de noviembre que contó con algunos de sus habituales oradores: Leopoldo Lugones,

⁹ Cf. “Nueva Era”, *ED*, N° 11393, 2-11-1918, p. 3 y “Les Rois en exile”, *ED*, N° 11396, 6-11-1918, p. 3.

¹⁰ Cf. “Terminó la Guerra. El armisticio firmado esta mañana. Alemania rendida”, *ED*, N° 11397, 7-11-1918, p. 1. Luego el diario exculpó a la agencia del error del cual se ha desquitado “brillantísimamente” siendo uno de los primeros en notificar la abdicación del káiser. Cf. “El armisticio”, *ED*, N° 11400, 10 y 11-11-1918, p. 3.

¹¹ “Lo de ayer. Las colectividades aliadas celebran ruidosamente la falsa noticias del armisticio”, *LU*, N° 1241, 8-11-1918, p. 1.

¹² La distinción de los motivos del festejo fue hecha explícita por *El Diario*: “No quería Buenos Aires, ferviente aliadófilo, otra paz que la de la victoria, de la entrega alemana y ésta es la que tenemos. No se festeja la paz, se festeja la victoria. Es muy especial que no se olvide esto porque el olvido importaría no menos que una mistificación del verdadero sentir y pensar de nuestra ciudad”. “La paz, no; la victoria”, *ED*, N° 11398, 8-11-1918, p. 3.

Ricardo Rojas, Alberto Gerchunoff y Alfredo Palacios. En ese marco se produjeron algunos enfrentamientos con los partidarios del gobierno radical que culminaron con varios heridos.¹³

Rendido ante la multitud que festejaba la victoria aliada pero aspirando también a reducir al mínimo la violencia entre los manifestantes, el 13 de noviembre de 1918 el presidente Hipólito Yrigoyen firmó un decreto que declaraba feriado nacional el día 14 con el objetivo de festejar la finalización de la Gran Guerra.¹⁴ La prensa proaliada saludó la iniciativa gubernamental aunque vio en ella una actitud oportunista que no se condecía con la postura que el gobierno radical había mantenido durante la guerra e incluso algunos diarios señalaron que ello ejemplificaba el “arrepentimiento” de Yrigoyen por su falta de apoyo a la causa aliada.¹⁵ Nuevamente las críticas a la neutralidad estatal agitaron el fantasma de la germanofilia encubierta incluso después de que el gobierno flexibilizara su postura para con los aliados mediante la firma de un ventajoso convenio para la venta de cereales a Gran Bretaña y Francia rubricado a comienzos de 1918.

La lectura inmediata de los principales diarios porteños sobre el fin de las hostilidades se apoyó en los discursos proaliados que habían circulado en los años previos en las páginas de la prensa porteña. *La Nación* y *La Prensa* titularon: “El día de la victoria de la civilización” y en los comentarios posteriores en un amplio arco de la prensa local el fin de la guerra fue interpretado en esa clave: una triunfo de la civilización latina, del derecho, la libertad, la justicia y la democracia contra el “feudalismo” y la “barbarie alemana”. No hubo lugar a detalles o matices, el frenesí de la victoria impuso en la amplia mayoría de la prensa local una imagen de los aliados como los “campeones” de la democracia. *El Diario* cerraba un exaltado editorial afirmando: “los hombres de la tierra íntegra saludan a la libertad renacida y a la civilización salvada cantando la canción de la Francia inmortal, la Marsellesa de la

¹³ Cf. Yves Saint Cours, “La France et l’Opinion argentine”, *op. cit.*, pp. 140-142; “Aberraciones increíbles”, *ED*, N° 11401, 12-11-1918, p. 3.

¹⁴ Los considerandos del decreto sostenían: “El acontecimiento mundial que da por terminada la gran conflagración llevará a establecer la paz bajo el imperio de la libertad, la justicia y el derecho cuyo mantenimiento sustentara y persiguiera el gobierno argentino asumiendo, durante los meses sucesivos, todas las responsabilidades consiguientes. La acción guerrera animada del más noble espíritu del humanitarismo mueve presurosos a los pueblos vencedores a atender magnánimamente las contingencias porque atraviesan los pueblos vencidos”. Cf. *Libro azul. Documentos y actos de gobierno relativos a la guerra en Europa*, Buenos Aires, s/ed. 1919, p. 149.

¹⁵ “Actos de constricción”, *ED*, N° 11402, 13-11-1917, p. 3.

redenciones gloriosas”.¹⁶ Dado que esos valores eran constitutivos de la cultura y la identidad nacional los festejos por la victoria aliada fueron considerados como el resultado “natural” de un pueblo latino y democrático como el de Argentina.

Las únicas voces discordante ante este clima de festejo provinieron de los diarios proalemanes, en especial *La Unión*, que a pesar de aceptar estoicamente la evidente derrota de Alemania no dejaron de denunciar los intereses británicos y norteamericanos detrás de la firma del armisticio y posteriormente de los términos del Tratado de Versalles al que consideró como “la iniquidad más grande registrada por la historia”.¹⁷ Mientras que el resto de los diarios porteños insistió en que la reorganización de Europa y el desarme alemán eran el único garante para un triunfo completo de la civilización y el resguardo que garantizaba el fin de las guerra, *La Unión* denunció el hambre al que estaba siendo sometida la población civil alemana y exigió una paz sin vencedores ni vencidos.

El extremismo con el que la mayoría de la prensa aliada juzgó las penalidades impuestas a Alemania no era del todo novedoso. En parte, se hallaba vinculado a los cambios en la percepción de la guerra como un combate a muerte contra el adversario que había comenzado a conformarse a lo largo de 1915 y mostró toda su dureza en las réplicas de esos sectores a los primeros ofrecimientos de paz del presidente Woodrow Wilson. Por ejemplo, a mediados de 1916 en un texto escrito especialmente para la edición inglesa de uno de sus poemas, Almafuerte reflexionaba en torno a los alcances de la paz:

Como un fósil antediluviano que descendiera redivivo de su pedestal del museo y se lanzara por la sala repartiendo zarpazos y dentelladas, así las ferocidades salvajes del antepo de primitivo han retomado fuerzas en el seno de la vieja Alemania, enloquecida por el militarismo, y se ha precipitado sobre los conceptos modernos de las relaciones internacionales sacudiendo en los aires la calavera simbólica de los húsares de la muerte. Cualquier tratado de paz que no reinstale en su sitio al fósil aquel, será una paz metafórica, una labor de Penélope que habría de recomenzar cada cincuenta años.¹⁸

Por ello, no sorprende la radicalidad de algunos de los discursos e intervenciones de los intelectuales proaliados en el marco de los festejos que siguieron a la firma del armisticio.

¹⁶ “Abdicación y fuga”, *ED*, N° 11400, 10 y 11-11-1918, p. 3.

¹⁷ Cf. “En torno al armisticio. Los intereses ingleses y norteamericanos”, *LU*, N° 1242, 9-11-1918, p. 3 y “La Paz. Hoy ha sido consumada la inequidad más grande de la historia”, *LU*, N° 1245, 28-6-1919, p. 1.

¹⁸ Almafuerte, texto sin título fechado en La Plata en mayo de 1916 para la versión inglesa de su poema *Apostrophe*, *Apostrophe to H. I. M. William II*, adapted to English by G. de St. Ouen, La Plata, Sub-comisión de Propaganda Pro-aliados, Talleres Olivieri y Dominger, 1916.

Pasado el frenesí de los días posteriores al 11 de noviembre, las tensiones militares, políticas e ideológicas que florecieron como el resultado directo de la salida de la Gran Guerra en los países beligerantes fueron seguidas por la prensa porteña con una relativa curiosidad comentando las alternativas de las negociaciones de paz que remitía las agencias de noticias y la prensa europea que llegaba por correo a las redacciones en Buenos Aires. La información internacional sobre la reorganización democrática de Europa y el problema de las nacionalidades fue acompañada por ciertos discursos e imágenes sobre los líderes militares y políticos de las naciones aliadas, en especial, de figuras como Georges Clemenceau, que había visitado la Argentina en tiempos del Centenario y Woodrow Wilson, las cuales apuntaban a una glorificación de su genio político y militar.

Ligado a ello, el sector de la prensa porteña más vinculado a los aliados se acopló a la puesta en marcha de un proceso de glorificación casi mítica de esas figuras y sobre todo, de algunas batallas emblemáticas como el Marne o Verdún. Sujetas a una construcción simbólica retrospectiva, esos acontecimientos fueron presentados como ejemplos de la lucha heroica del pueblo francés y sus aliados contra la “barbarie”. Ello puede constatarse en la portada del semanario *Fray Mocho* de Pedro de Rojas dedicada a la batalla de Verdún con motivo del festejo del 14 de julio de 1919 (figura 40). En ella, un *poilus* que enarbola la bandera tricolor ocupa el centro de la escena pero la más interesante es el juego de paralelismo que trazan las fechas y las imágenes de fondo: la liberación de 1789 equiparada con 1918 el cañón de la artillería francesa con la leyenda “Verdún” que apunta a la Bastilla.

Sin embargo, un rasgo distintivo de los meses posteriores al fin de la guerra en la prensa porteña fue la apertura de un nuevo capítulo en las reflexiones sobre la “cuestión nacional” en Argentina. Desde esta perspectiva, el periodo abierto por la firma del armisticio fue visto como una nueva oportunidad para la Argentina. Nuevamente, una de las principales aristas de ese renovado debate sobre “lo nacional” estuvo directamente relacionada con la cuestión económica, pues el fin de la Gran Guerra fue presentado como una oportunidad estupenda para el porvenir de la economía nacional. Esas posibilidades venturosas para el futuro argentino se hallaban relacionadas, en primer lugar, a la cuestión económica pero también el fin de la contienda reavivó el siempre candente debate en torno al papel de la inmigración en la historia y la cultura nacional.

Como una estrategia tendiente a desenfocar la importancia de la victoria aliada que ponía énfasis en los deberes que debía encarar la Argentina, el diario *La Unión* dedicó varios editoriales a señalar los problemas legados por los cuatro años de guerra y las iniciativas que el gobierno debería poner en marcha para salvaguardar la situación. “La hora de la paz se aproxima tan precipitadamente que no es posible postergar el estudio de los problemas que ha de plantearnos la nueva situación del mundo” sentenciaba *La Unión*.¹⁹ A juicio del diario, los cuatro años de la Gran Guerra habían sido sorteados apelando a medidas coyunturales pero la inminencia de la paz obligaba a la puesta en marcha de un ambicioso plan de medidas económicas y sociales. Ese programa tenía dos grandes ejes. El primero de ellos vinculado con la inmigración y a los problemas que la guerra había ocasionado en ese sentido: no sólo la detención de los flujos inmigratorios europeos sino también la partida de vastos contingentes de europeos de las naciones beligerantes que fueron llamados a las armas ocasionando graves problemas para la economía nacional. Nuevamente, como en otros balances producidos al calor de la guerra, estas reflexiones establecen un diálogo con el proyecto de nación puesto en marcha por la llamada generación del '80. En ese sentido, en relación a la cuestión inmigratoria *La Unión* planteaba: “El aforismo de Alberdi [‘Gobernar es poblar’] sigue siendo una máxima de autoridad”.²⁰ El segundo eje del programa de medidas inmediatas que debía impulsar el gobierno radical apuntaba hacia la industrialización. Pues una de las enseñanzas de la guerra había demostrado la excesiva dependencia de la economía argentina respecto del mercado externo. Por ello, *La Unión* planteaba la necesidad de desarrollar un plan de industrialización que permitiera complementar a la industria agropecuaria.²¹

En varios artículos posteriores, *La Unión* hizo un fuerte elogio de la neutralidad estatal a lo largo de los cuatro años que duró la contienda como una política que empezaba a mostrar sus frutos en los días finales del conflicto cuando comenzaron a llegar pedidos de diferentes ciudades europeas de granos y alimentos argentinos: “Nada más honroso ni más satisfactorio que ver a nuestros frutos mitigando el hambre que

¹⁹ “Ante la paz. Orientaciones económicas y sociales”, *LU*, N° 1235, 1-11-1918, p. 1.

²⁰ *Íbidem*.

²¹ “Hemos aprendido que es indispensable que nos bastemos, con nuestra producción nacional para cubrir las necesidades propias pero no hemos puesto en práctica los medios más adecuados para conseguirlo. Sin pretender, porque sería absurdo, que nos transformemos en un país industrial y manufacturero, debemos fomentar el desarrollo de aquellas industrias cuyas materias primas poseemos en medida tal, que nos permita, no sólo satisfacer nuestro consumo sino proveer al mercado sudamericano”. Véase también “La inmigración medidas que se imponen”, *LU*, N° 1253, 22-11-1918, p. 1.

amenaza a las doloridas naciones del hemisferio norte. Misión cien veces más saludable que la de participar de la carnicería”. Sin embargo, exigió al gobierno nacional que no fuera condescendiente en la firma de acuerdos bilaterales beneficiosos para los aliados, ya que la economía argentina debería aprovechar al máximo la situación creada por el hambre de la postguerra.²²

Aunque el segundo aspecto tuvo mucho menos eco entre el resto de sus colegas, el señalamiento de *La Unión* respecto a los problemas inmigratorios fue un tópico mucho más extendido en el seno de la prensa y de la opinión pública porteña que en gran medida coincidieron en la necesidad de reactivar, mediante una fuerte presencia del Estado, los mecanismos que favorecieran el retorno de los inmigrantes europeos a tierras argentinas. Esa preocupación por la cuestión inmigratoria puede verse reflejada en la extensísima encuesta realizada por el Museo Social Argentino sobre “La inmigración después de la guerra”. Las respuestas de los intelectuales, políticos, directores de diarios y empresarios que se sumaron a la iniciativa fueron publicadas a lo largo de gran parte del año de 1919 en su boletín.²³

El extenso artículo del director de la institución que trazaba un balance sobre las diferentes respuestas volvía a reiterar la imagen de la Argentina pacífica del crisol de razas:

Todos los pueblos que han sido realmente grandes han demostrado que la heterogeneidad étnica es un factor principal de civilización progresiva y de amplio y generosa hermandad entre las naciones, tal ves [sic] porque despoja a los pueblos de esa rigidez presuntuosa y egoísta que los impulsa a cerrar los oídos a toda idea extraña o a monopolizar y el goce del mundo. Afortunadamente, no ha ejercido sino una influencia limitada en la simpatía y benevolencia con que la Republica Argentina en todo tiempo los hombres de todas las razas y es de creer que continuará imperando en ella la política inmigratoria que se inspira en aquellos sentimientos, de tal modo que también en este punto han de tener altísima significación aquellas grandes palabras de Sáenz Peña: *Sea la América para la Humanidad*.²⁴

Del mismo modo que ocurre con el estallido de la guerra, los meses posteriores a la firma del armisticio revelan la nueva autoafirmación de algunos de los rasgos más sobresalientes de la reciente historia nacional que produce una mirada satisfecha sobre la experiencia argentina que puede vanagloriarse de haber sabido conjugar un acelerado

²² “La neutralidad y nuestro comercio exterior”, *LU*, N° 1242, 9-11-1918, p. 1.

²³ Participaron de la encuesta Estanislao Zeballos, Augusto Bunge, José Ceppi, Emilio Lahita, Horacio Beccar Varela, Teodoro Alemán, Emilio Pellet Lastra, Roberto Lehann Nietzsche y los diarios *La Vanguardia* y *Il Gionarle de Italia*, entre otros.

²⁴ Dr. Emilio Frers, “La inmigración después de la guerra”, *Boletín Mensual del Museo Social Argentino*, N° 85-90, enero-junio de 1919, p. 27.

crecimiento económico y material con una evolución histórica relativamente pacífica ya que, al menos desde su conformación como Estado nacional, no había intervenido en ningún conflicto bélico internacional y había dejado atrás el fantasma de la guerra civil que la acompañara durante gran parte del siglo XIX. A medida que las consecuencias de los cuatro años de guerra se revelen de forma descarnada, esta imagen de la Argentina pacífica obligará a un sector de la prensa porteña a valorar menos críticamente la neutralidad defendida por el Estado nacional a lo largo de los cuatro años del conflicto.

De esta manera, la imagen de la Argentina pacífica del crisol de razas vuelve a ser considerada el epítome de una representación del Estado y del pueblo argentino como esencialmente cosmopolita, pacífico y tolerante dando paso a una alabanza de las libertades democráticas imperantes en el país y que revela de qué manera ciertos valores universales como la libertad y la democracia podían ser reivindicados simultáneamente por los defensores locales de la francofilia y, a su vez, por aquellos intérpretes de la guerra más abocados a reevaluar las características centrales de la identidad nacional.

Los debates que rodearon al fin de las hostilidades confirman que la Gran Guerra operó como un revitalizador del nacionalismo cosmopolita, que reivindicaba la experiencia del crisol de razas y que si bien abrevaba en la cultura europea proponía la necesidad de adaptarla al medio local. Los diferentes discursos que ponderaron el correcto comportamiento de los connacionales de los países combatientes que residían en Buenos Aires dieron lugar no sólo a una revalorización de la inmigración europea y el cosmopolitismo, sino también a un tercer elemento de ese nacionalismo: el pacifismo. Aunque, como revela el epígrafe de María Rosa Oliver, a diferencia de otros momentos de reflexión sobre la cuestión nacional a lo largo de la guerra, la confianza plena en la consolidación de la paz abrigaba ciertos reparos no sólo en Europa sino también en el ámbito local. El estallido de la Semana Trágica en enero de 1919, que coincidió con un ciclo huelguístico que tuvo su correlato en otras partes del mundo, mostró que esa confianza en el crecimiento económico de la Argentina pacífica del crisol de razas podría encontrar algunos escollos en su camino.

Consideraciones finales

Los estrechos vínculos económicos que mantenía con el Imperio británico, la profunda influencia política y cultural ejercida por Francia y la enorme presencia de inmigrantes europeos radicados en el país, hicieron que en Argentina y, en particular, en la ciudad de Buenos Aires las noticias sobre la Primera Guerra Mundial tuvieran una enorme resonancia. Por ello, el objetivo de esta tesis ha sido analizar una problemática que hasta aquí no había llamado particularmente la atención de los historiadores de la cultura y de la prensa en Argentina: el ingreso y la difusión en la prensa periódica porteña de un conjunto de representaciones, valores y sentidos sobre la Primera Guerra Mundial. Dichas representaciones están constituidas por una densa trama de imágenes, percepciones y discursos, provenientes en gran medida del Viejo Mundo pero que serán activamente resignificados en el contexto rioplatense por las élites políticas e intelectuales.

Frente al nuevo escenario europeo marcado por el inicio de la guerra, emergieron un conjunto de problemas derivados de mirar a una serie de “Otros” que venían oficiando de referentes culturales y como modelos de sociedad —construidos incluso, frecuentemente, como faros prescriptivos— los cuales aparecen ahora enfrentados, desatando una verdadera ruptura civilizatoria. La Gran Guerra desencadenó una serie de inconvenientes para una cultura nacional en formación que tradicionalmente se miraba de forma especular con Europa y que ahora debe redefinirse a partir de una imagen trágica que el Viejo Mundo le devuelve tras haber sido por años el modelo paradigmático a seguir para las élites argentinas. Es por ello que diferentes sectores de la opinión pública porteña y la prensa se vieron llamados a tomar partido por ciertas naciones en pugna, es decir, a adscribir a determinados modelos nacionales considerados afines o en los cuales debería nutrirse la cultura argentina. Y, al mismo tiempo, el estallido de la Gran Guerra posibilitó también una serie de reflexiones sobre el legado del magisterio europeo en la Argentina y reabrió un interrogante sobre la identidad nacional.

Con el objetivo de indagar esta problemática, la hipótesis principal que ha sostenido esta tesis es que la Primera Guerra Mundial constituyó un acontecimiento catalizador del interrogante sobre la cuestión nacional en Argentina pues, al tiempo que dinamiza el juego de selección de afinidades con lo europeo, la consternación producida

por el estallido de la guerra en el Viejo Continente reabrió el debate sobre cómo definir la cultura nacional. Las diferentes respuestas ensayadas por la prensa porteña a los interrogantes sobre cuál es la auténtica identidad nacional y cuáles son los modelos a seguir en Europa luego del inicio del conflicto, permitieron la afirmación de un nacionalismo cosmopolita que, sin rechazar de plano la herencia de la cultura europea, se autoreconoce en la experiencia pacífica de la Argentina posterior a 1880. Dichas características lo ubican más próximo del llamado “nacionalismo del Centenario” que de los movimientos nacionalistas que florecerán en Argentina luego de la primera postguerra.

A su vez como hipótesis secundarias, aunque íntimamente vinculadas a la principal, se intentó demostrar que no obstante la preocupación por los destinos de las principales naciones europeas enfrascadas en la guerra, la distancia respecto del teatro de operaciones, la condición de país neutral y la ausencia de restricciones a la opinión en la prensa porteña posibilitaron la emergencia de una mirada local sobre el conflicto, en la cual la Gran Guerra es sometida a diferentes usos y operaciones intelectuales que implicaron su utilización como un insumo para la lucha política local pero que también se hizo presente en la publicidad comercial y el humor gráfico y escrito. Luego, que ciertos aspectos intrínsecos del campo periodístico porteño como la creación de nuevas publicaciones –algunas ligadas a las campañas propagandistas y otras completamente ajenas a ellas–, el aumento de las ediciones motivadas por la guerra, el incremento y la mejora de sus servicios telegráficos y la emergencia de la figura de los modernos corresponsales de guerra, permiten pensar a la coyuntura de la Gran Guerra como un momento modernizador de la prensa periódica de Buenos Aires.

Tal como se analizó en el primer capítulo, la censura ejercida por Inglaterra sobre las compañías de cables submarinos que transmitían las noticias desde Europa condicionó fuertemente la forma en que los inicios de la Gran Guerra fueron comunicados por los diarios de Buenos Aires, manipulando la información en favor de las armas de la Entente y generando un ambiente contrario a Alemania. Probablemente sin ser conscientes del todo, la mayoría de los diarios porteños se prestaron tácitamente a esa campaña aliadófila. Ya sea por incredulidad, por simpatía con alguna de las naciones de la Entente o por el simple hecho de que no había muchas más alternativas a las cuales recurrir, la mayoría de los diarios de Buenos Aires se limitaron a difundir la información aliada sin hacer públicamente ningún tipo de referencia a las

manipulaciones, tergiversaciones e incoherencias que ésta pudiera tener. Sin embargo, algunos diarios como *El Nacional* y *Tribuna*, sin ser unos defensores radicales de la causa germana, denunciaron constantemente las mentiras y falsedades que transmitía el telégrafo y trataron de mantener una postura equidistante de las potencias en pugna. La puesta en marcha del diario germanófilo *La Unión* y la utilización por parte de Alemania a otros soportes tecnológicos, como la radiotelegrafía, fueron un intento de contrarrestar esa hegemónica difusión de noticias favorables a la Entente.

La labor conjunta de las agencias de noticias europeas y las compañías de cables submarinos fue clave para difundir una versión tendenciosa sobre el conflicto europeo, apelado a la censura y la manipulación informativa en favor de la Triple Entente. Antes que cualquier otro tipo de explicación, este hecho ha permitido comprender la mayoritaria simpatía de la opinión pública porteña con las fuerzas de la Entente. Sin embargo, más allá de esa hegemónica difusión de información proaliada, las opiniones vertidas por los diarios de Buenos Aires no pueden comprenderse únicamente por ese particular clima informativo. Muchas de esas impresiones y opiniones sobre la guerra se basaron en diferentes tipos de simpatías o afinidades con los países combatientes que eran largamente preexistentes al conflicto y que también contribuyeron a comprender las interpretaciones y los alineamientos de las publicaciones periódicas porteñas ante la Gran Guerra.

El segundo capítulo analizó la enorme repercusión que el estallido de la Gran Guerra despertó en Buenos Aires y en la opinión pública porteña. En su dimensión más inmediata, los diferentes alineamientos de la prensa local estuvieron, al menos en parte, condicionados por la procedencia de la información, sometida a fuertes manipulaciones en favor de los aliados gracias al monopolio de la agencia Havas sobre el mercado sudamericano de comunicaciones y el control por parte de las compañías británicas de cables submarinos de los principales medios de transmisión de la información. Sin embargo, más allá de la capacidad para formar opinión que pudieron haber tenido las noticias procedentes de Europa, los diferentes alineamientos de la opinión pública local respondieron también a los estrechos vínculos económicos, políticos, demográficos y culturales que ligaban a la Argentina con Europa, que habían forjado con anterioridad al estallido de la guerra diversas afinidades con algunos de los países contendientes y que permiten analizar los posicionamientos de los diarios porteños frente a la Gran Guerra.

El análisis de las diferentes estrategias interpretativas sobre los orígenes del conflicto y las responsabilidades por su desencadenamiento ha mostrado que al menos para los lectores de Buenos Aires el asesinato de Sarajevo no fue considerado inicialmente como un acontecimiento que desencadenaría la Primera Guerra Mundial. Lejos de esta visión estandarizada, los entretelones de la crisis de julio de 1914 no tuvieron una gran trascendencia en la prensa local. Sólo con la masificación del conflicto durante las primeras de agosto, la querrela sobre las responsabilidades adquirió una importancia destacada.

Algunas de las posiciones expresadas en relación al debate sobre la culpabilidad prefiguraron los alineamientos de la prensa una vez desencadenado el conflicto. Los diversos posicionamientos de la opinión pública porteña en favor de las naciones en disputa estaban motivados por una afinidad con aquellos países que tradicionalmente fueron considerados como los modelos a seguir para las élites locales que pusieron en marcha el proceso de inserción de la Argentina en el mercado capitalista mundial. De allí, la extendida francofilia que los diarios evidenciaban en sus páginas y que la opinión pública porteña manifestó en las calles, en los bares y en los teatros. Por el contrario, otras naciones europeas comprometidas en el conflicto como es el caso de Inglaterra y Alemania, suscitaron una adhesión mucho más limitada entre los porteños. Sin embargo, las opiniones y los alineamientos expresados en el conjunto de la prensa periódica porteña no se agotaron en esa dicotomía entre la aliadofilia y la germanofilia. Durante los meses iniciales del conflicto es posible advertir otras posiciones tal vez más excepcionales pero no menos representativas de las diferentes miradas de los periódicos locales sobre la guerra europea. El neutralismo, las diferentes variantes del pacifismo e incluso ciertas apologías de la guerra europea también tuvieron su lugar en las páginas de las publicaciones locales.

Junto a esos diferentes posicionamientos se ha podido constatar la temprana emergencia de una serie de interpretaciones que caracterizaron a la conflagración europea como un verdadero “suicidio de Europa”. Este diagnóstico de la guerra como una crisis civilizatoria dio lugar, concomitantemente, a una serie de reflexiones sobre el legado del magisterio europeo en la Argentina y a un interrogante sobre la cuestión de la identidad nacional. Como en un juego de espejos, el estallido de la Gran Guerra produjo una mirada introspectiva que permitió reevaluar positivamente ciertos elementos del pasado nacional. En primer lugar, la condición de país agroexportador pues, a pesar de

la existencia de una cierta congoja por el destino Europa, en las semanas iniciales de la contienda se advierte la emergencia de un difuso pero palpable nacionalismo económico, por lo general tramado con una defensa de la neutralidad estatal. Desde esta perspectiva, la Gran Guerra fue presentada como una ocasión estupenda para el porvenir de la economía nacional. Es por ello que más allá de las simpatías con Francia o Inglaterra que pudieran albergar algunos sectores de las élites locales, desde el punto de vista económico la posición que más les convenía era la neutralidad pues les permitiría seguir vendiendo los productos agropecuarios a sus clientes tradicionales ahora más necesitados que nunca de ellos.

En segundo lugar, la Gran Guerra operó como un revitalizador del nacionalismo cosmopolita, que reivindicaba la experiencia del crisol de razas y que si bien abrevaba en la cultura europea proponía la necesidad de adaptarla al medio local. Los diferentes discursos que ponderaron el correcto comportamiento de los connacionales de los países combatientes que residían en Buenos Aires dieron lugar no sólo a una revalorización de la inmigración europea y el cosmopolitismo sino también a un tercer elemento de ese nacionalismo: el pacifismo. De esta manera, la imagen de la Argentina pacífica del crisol de razas fue el epítome de una representación del Estado y del pueblo argentino que reemergió en tiempos de la Gran Guerra como el resultado de un renovado interrogante sobre la cuestión nacional.

El capítulo tres indagó las representaciones visuales y textuales de las “atrocidades alemanas” de 1914. Como se ha podido constatar, la violación de la neutralidad de Bélgica fue sin dudas uno de los acontecimientos más relevantes de los primeros meses de la Gran Guerra. Si bien es cierto que en los inicios del conflicto, las movilizaciones de tropas en todos los frentes pusieron en contacto a los ejércitos con la población y dieron lugar a varias situaciones de violencia contra los civiles, ninguna de ellas fue comparable a lo ocurrido en Bélgica ni tuvieron el mismo grado de repercusión en la prensa de Buenos Aires.

Para la prensa porteña, la cuestión de Bélgica planteó esencialmente un problema de circulación y recepción cultural, es decir, la difusión y apropiación en el seno de la opinión pública de un país neutral de un conjunto de sentidos y representaciones construidas mayoritariamente en la Europa aliada. Inicialmente la cuestión de Bélgica fue un tema estrictamente militar, relacionado a la capacidad de resistencia de sus fortificaciones ante el avance alemán pero luego los diarios y las revistas de Buenos

Aires comenzaron a publicar centenares de relatos de los soldados y civiles, opiniones, fotografías y viñetas que contribuyeron a crear un determinado imaginario sobre la conducta de los ejércitos alemanes y movilizar a la opinión pública porteña.

La mayoría de las representaciones sobre la cuestión de Bélgica presentes en la prensa local reproducen con demora y cierta moderación los rasgos principales de la propaganda europea. Por un lado, las publicaciones defensoras de Alemania difundieron una versión de los hechos que presentaba a los fusilamientos de civiles como un acto de defensa y represalia debido a la participación de la población de Bélgica en una suerte de “guerra popular” contra los soldados alemanes. Desde esta perspectiva, la figura de los francotiradores concentró gran parte de los esfuerzos de la prensa proalemana en Buenos Aires para justificar el accionar de sus ejércitos contra la población de los territorios ocupados. Por otro lado, su contraparte aliada, las llamadas “atrocidades alemanas”, tuvieron una difusión mucho más amplia en la opinión pública local. Esta mirada de los hechos estaba constituida por un conjunto de relatos sobre la invasión que, si bien partían de una serie de hechos probados, en su propia circulación se fueron incrustando de pequeños nuevos detalles tomados de rumores y reelaborados por la propaganda aliada, dando vida a un complejo mitológico muy ramificado.

El análisis de estos discursos, tanto los relacionados a la *Franktireurkrieg* como a las “atrocidades alemanas”, ha permitido constatar una rápida difusión y reproducción en los diarios y las revistas editadas en Buenos Aires de un conjunto de sentidos y representaciones construidas por los aparatos de propaganda de las potencias europeas en pugna. La mayoritaria presencia de las “atrocidades alemanas”, debida al monopolio aliado del mercado de comunicaciones en Sudamérica, fue sedimentando una imagen muy negativa de Alemania en el seno de la opinión pública porteña y fijaron en la prensa local una interpretación dicotómica de la guerra como un choque entre dos paradigmas civilizatorios antagónicos: la “civilización” francesa y la “barbarie” alemana. Si bien, esta interpretación no modificó radicalmente el conjunto de alineamientos analizados en el capítulo anterior, varios diarios porteños que ya manifestaban ciertas simpatías por algún miembro de la Triple Entente incrementaron su visión negativa de Alemania a raíz de la invasión a Bélgica.

El fusilamiento del vicecónsul argentino en la ciudad belga de Dinant aportó un elemento específico a esas imágenes y representaciones sobre la cuestión de Bélgica provenientes de la Europa en guerra. Aunque algunos de los partidarios más

intransigente de la Entente hayan consideraron que este hecho era una agravio a la soberanía nacional y a la neutralidad estatal ante el conflicto, la inmensa mayoría de los diarios porteños mantuvieron una postura mucho más mesurada, solicitando a sus lectores esperar a que el gobierno nacional contara con toda la información recabada en el Viejo Continente para poder tomar una decisión sobre el asunto. A su vez, esos debates en torno al fusilamiento del vicecónsul dieron lugar también a la emergencia de una mirada local de la prensa porteña que revela la consolidación de un sustrato nacionalista que adquiriera nuevos bríos a la luz de la Gran Guerra y su utilización satírica como un elemento para la puja política a nivel local y las críticas al gobierno de Victorino de la Plaza.

A diferencia de los capítulos anteriores más claramente relacionados a un acontecimiento concreto, el capítulo quinto estuvo dedicado a analizar una serie de temas y problemas concernientes a los años 1915 y 1916. Luego de un semestre en el cual la Gran Guerra había sido la novedad rutilante en las páginas de la prensa periódica porteña, las expectativas de los contemporáneos sobre una rápida resolución del conflicto comenzaron a desvanecerse. Concebida inicialmente como una guerra breve, más cercana a las campañas decimonónicas que a la guerra industrial de masas en la que se transformará luego, los altos mandos militares y los líderes políticos de todas las naciones combatientes proyectaban pasar la “Navidad en casa”. Lejos de esas aspiraciones, el fin del año de 1914 muestra un panorama mucho más sombrío: en sólo seis meses la guerra había sesgado la vida de medio millón de personas y mutado hacia un nuevo tipo de combate, más brutal y mortífero, la guerra de trincheras, que nadie sabe a ciencia cierta cómo resolver. Se abre así una nueva etapa en las repercusiones de la guerra en la prensa porteña. A partir de 1915 y a lo largo de 1916, la cobertura informativa de la guerra en la prensa periódica porteña de gran tirada pierde progresivamente la efervescencia que la había caracterizado en los meses iniciales del conflicto y se torna más cotidiana, predecible y reiterativa. Incluso por momentos la conflagración europea perderá centralidad y será desplazada por una renovada atención sobre la política local en el marco de la campaña para las elecciones presidenciales de abril de 1916.

Ligado a ello, como deja entrever el recuerdo de María Rosa Oliver que sirve de epígrafe a este capítulo, existen claros indicios de una rápida saturación de los lectores frente a las noticias sobre la guerra que se traduce en un acostumbamiento y en la

progresiva pérdida de interés frente a las novedades provenientes de Europa. En buena medida ese paulatino desinterés también se hallaba relacionado a una desconfianza cada vez mayor sobre la información telegráfica, sometida desde el inicio del conflicto a una burda manipulación por parte de las agencias de noticias y los organismos de la censura de los beligerantes. Tal vez haya sido por ello que la historiografía abocada a estudiar el impacto de la Gran Guerra en la prensa y la opinión pública de Buenos Aires ha pasado por alto este periodo de relativa “tranquilidad”, considerado como una suerte de paréntesis entre las semanas iniciales de la guerra y el recrudecimiento de sus implicancias para nuestro país en el marco de la ya mencionada crisis de 1917. La falta de atención sobre ese periodo es ante todo el resultado de un enfoque que atiende a ciertos momentos del impacto de la guerra en Buenos Aires pero que excluye una perspectiva integral sobre las consecuencias del conflicto y a su vez se encuentra relacionado a un escaso relevamiento de fuentes hemerográficas.

Sin embargo, esta etapa de las repercusiones de la Gran Guerra en Buenos Aires presenta una serie de particularidades muy destacadas. Como nunca antes, la prensa y la opinión pública porteña fueron invadidas por la propaganda de los bandos en disputa. Ligada en gran medida al estancamiento de las acciones en el frente occidental, la información sobre la contienda se vuelve más reiterativa y monótona pero, a su vez, coincide con una mayor circulación en los diarios de aquellos discursos provenientes de las “culturas de guerra” europeas, en particular, de Francia. De esta manera, mientras la sección de cables y telegramas pierde la centralidad que había adquirido durante los meses iniciales del conflicto, la prensa de Buenos Aires da cabida a cientos de escritos provenientes de aquellos intelectuales europeos comprometidos con la defensa de su nación como por ejemplo, Ernst Lavisse, Henri Bergson, Charles Andler y Maurice Barres, entre otros. A su vez, además de dar una mayor cabida a ese tipo de discursos ligados a la propaganda europea, por esos años se acentúa la tendencia a la creación de publicaciones de propaganda iniciada a finales de octubre de 1914 con la fundación del diario *La Unión*. De esta manera, vieron la luz por esos años diferentes diarios y revistas como *La Razón Francesa*, *La Acción Francesa*, *Idea Nacional*, *Germania* y *Alma latina*.

Sin embargo, a lo largo de 1915 y 1916 es posible encontrar una serie de temas y problemas de gran relevancia para la comprensión de una visión integral sobre las repercusiones de la Gran Guerra en la prensa y la opinión pública porteña. Éstos no se

hallan estrictamente relacionados a un acontecimiento concreto de la guerra europea pues, al igual que ocurre con el Marne, las grandes batallas de Verdún o el Somme, ocuparon un lugar relativamente marginal en la cobertura contemporánea de la guerra en Buenos Aires y sólo posteriormente fueron objeto de una construcción simbólica y discursiva que hizo de ellas episodios heroicos de la lucha contra la “barbarie teutona”. La escasa relevancia otorgada a estos hitos destacados de la guerra europea, contrasta con el lugar que ocuparon otros acontecimientos locales como por ejemplo el apresamiento del buque *Presidente Mitre* en diciembre de 1915. A su vez, algunos de los temas más recurrentes de esos años en la prensa porteña están ligados a reflexiones más amplias y menos atadas a los vaivenes del conflicto.

Como se ha demostrado, ese amesetamiento del conflicto se tradujo en una progresiva modificación en la representación de la dimensión técnica de la guerra, un rasgo distintivo de la que puede considerarse como la primera guerra industrial de masas de la historia mundial. En ese contexto, la representación de la guerra que acentuaba su carácter de combate moderno, caracterizada por una verdadera fascinación en torno a los aeroplanos, los zeppelines y los submarinos comienza a dar cabida a una progresiva hegemonización de la imagen de la contienda como una guerra de trincheras. A partir de entonces, ambas representaciones tenderán a coexistir de manera conflictiva e incluso ciertos rasgos de esa primera representación de la contienda como una guerra dinámica serán dominantes durante los años finales del conflicto, relacionada a la cobertura periodística del papel desempeñado por un puñado de aviadores argentinos que participaron de los combates en el Viejo Continente como Vicente Almandos Almonacid.

A su vez, el establecimiento definitivo del frente occidental coincide con un fenómeno en apariencia contradictorio: la globalización de un conflicto que, de manera más o menos directa, comienza a afectar a todos los confines del globo ya desde finales de 1914 con el ingreso de Turquía y Japón en la contienda. Ese cambio de escala que supuso la transformación de la conflagración europea en una verdadera guerra mundial obligó a la prensa porteña a un descentramiento de su atención casi exclusiva sobre Europa occidental para dar cabida a nuevos escenarios de combate en Asia, África y Europa del Este. La renovada atención sobre los escenarios no europeos del conflicto, territorios menos conocidos para la opinión pública local, dio lugar a una circulación de diversas configuraciones simbólicas y discursivas sobre “lo árabe”, “lo oriental” y “lo

africano” que se remontaban a un anterior y largo proceso de representaciones sobre dichos escenarios pero que serán reactivadas y resignificadas en el marco de las campañas de propaganda de las potencias beligerantes.

Por último, la prolongación de la guerra comenzó a tener efectos concretos sobre la economía argentina y la esperanza inicial de beneficiarse económicamente con el conflicto tropezó con las complicaciones comerciales y logísticas causadas por el establecimiento de la guerra submarina irrestricta a comienzos de 1915. Ese nuevo panorama tornó más aplomada y mucho menos coyuntural a la reflexión sobre los alcances y las repercusiones de la guerra en Argentina pero también sobre los destinos del continente. Por ello, no es una casualidad que en ese contexto de prolongación del conflicto y del incremento de sus consecuencias económicas para los países que tradicionalmente colocaban el grueso de sus exportaciones en Europa, emergieran nuevas valoraciones y disputas en torno a diferentes proyectos continentales como el latinoamericanismo, el hispanoamericanismo y, sobre todo, el panamericanismo.

La conflictividad que caracterizó a gran parte del año 1917 fue el resultado de una combinación de factores que implicaron tanto a los acontecimientos internacionales vinculados con el desarrollo de la guerra como así también a un cambio en el escenario político local marcado por el ascenso al poder de la Unión Cívica Radical. En el capítulo quinto fueron analizados dos grandes ejes problemáticos que recorrieron gran parte de las percepciones y representaciones de la prensa local a lo largo de 1917: por un lado, los debates en torno a las revoluciones en Rusia y, por el otro, los alineamientos de la prensa porteña ante la llamada crisis de 1917.

Las primeras representaciones de ese ciclo revolucionario en la prensa periódica porteña fueron el fruto de diferentes lecturas que subordinaron la Revolución rusa en el marco de la Gran Guerra y ello explica las diferentes miradas e interpretaciones que rodearon a las revoluciones de febrero y octubre en el seno de la opinión pública local. Leídas en esa clave, la revolución de febrero fue vista como un acontecimiento favorable por parte de un amplio sector de la prensa proaliada, pues veía en ella el inicio de un proceso de reformas graduales, liberales y progresistas, una interpretación permitió considerar a Rusia como un país democrático, susceptible de ser equiparado a sus pares de la Entente y reiterar una representación de la contienda como una cruzada de la libertad y la democracia contra el “autoritarismo prusiano” y “el oscurantismo teutón”.

Por el contrario, la revolución de octubre cosechó muchas más críticas en la prensa local. Antes que por los alcances concretos de su programa político y social, la revolución bolchevique fue un hecho censurable por sus implicancias para las alianzas estratégicas de los aliados de la Entente. Leída en esa perspectiva, los hechos de octubre implicaban lisa y llanamente poner a Rusia fuera de combate y de esa manera liberar a los ejércitos alemanes del frente oriental. Este fue el motivo principal por el cual amplios sectores de la prensa favorables a la Entente vieron un gran peligro en la revolución bolchevique y abonaron una extendida interpretación propagandística que hacía de Lenin y sus aliados unos agentes al servicio del káiser Guillermo II.

Ese año estuvo signado por un segundo eje conflictivo vinculado de forma más directa al ámbito local, la crisis política que se extendió entre abril y noviembre de 1917. Las investigaciones sobre el comportamiento de la opinión pública porteña durante la guerra han otorgado una gran centralidad al análisis del año 1917 considerado como un “parteaguas” en los posicionamientos de la opinión pública ante la guerra, que se tradujo en una polarización de la opinión en dos bandos irreconciliables y que expresaban una identidad diferenciada: por un lado, los partidarios del sostenimiento de la posición oficial frente al conflicto (los llamados “neutralistas” o “germanófilos”) y, por el otro, los que propiciaban la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania (los “rupturistas” o “aliadófilos”). En el marco de un análisis que atiende prioritariamente a la dimensión social y política de dicha coyuntura, la prensa periódica ha sido objeto de una visión instrumental ligada a la difusión y a la posterior cobertura de las manifestaciones y los mítines que sacudieron a Buenos Aires por esos meses. En ella se reitera la tendencia al etiquetamiento estático de las posiciones de la prensa, soslayando el análisis de los discursos y las representaciones puestas en juego en cada uno de los acontecimientos que jalonaron ese periodo conflictivo.

Sin embargo, una mirada más atenta sobre la prensa periódica permite destacar cuatro aspectos que complejizan esa perspectiva más tradicional sobre la crisis. En primer lugar, si se rechaza la tentación de examinar ese particular momento como una suerte de “microclima” susceptible de ser aislado del resto de la contienda y se la inserta en el cuadro general de las repercusiones de la Gran Guerra en la opinión pública porteña, es posible sostener que el modo en que la prensa interpretó esa coyuntura implicó una reactualización de ciertos instrumentos analíticos, giros e ideologemas previos, adaptados en un contexto político revitalizado por el hundimiento de los buques

de bandera argentina y un cambio en el horizonte político local marcado por el ascenso del radicalismo al poder.

Puesta en perspectiva con la totalidad de las repercusiones de la Gran Guerra en la prensa porteña, la excepcionalidad de esa coyuntura es menos evidente. Del mismo modo que ocurre con el ya señalado debate en torno a la cuestión nacional, los principales tópicos de los discursos expresados por la prensa porteña al calor de dicha crisis, lejos de ser una novedad emergente en 1917, en su gran mayoría estaban presentes desde la invasión alemana de Bélgica y en los debates suscitados en torno al fusilamiento del vicecónsul argentino en Dinant. De esta manera, a lo largo de 1917 fueron reactualizados diferentes diagnósticos e interpretaciones sobre la guerra como un enfrentamiento entre dos paradigmas culturales antagónicos que oponía la civilización y la libertad identificada con la Entente contra la “barbarie alemana”; la asociación entre la defensa de la neutralidad estatal y la germanofilia y, por último, la invocación a la juventud como un agente renovador de un gobierno y una sociedad petrificada. Ninguna de estas claves de lectura sobre la guerra fue un surgimiento *ex nihilo* como suelen presentar apriorísticamente las investigaciones limitadas a la coyuntura de 1917.

El segundo aspecto importante que arroja el análisis de la prensa periódica porteña durante los meses de la crisis permite sostener que esa imagen de una opinión pública polarizada entre dos bandos irreconciliables no se verifica cabalmente durante los primeros meses de esa coyuntura. Ello ha sido constatado mediante el análisis de las reacciones de la prensa ante la ruptura de relaciones entre los Estados Unidos y Alemania en febrero de 1917 y la posterior declaración de guerra entre ambos países revelando el alto grado de consenso que obtuvieron las posiciones del gobierno radical ante el inicio de esa nueva fase de la guerra. Con anterioridad al hundimiento de los buques argentinos la inmensa mayoría de la prensa porteña seguía considerando a la neutralidad estatal como la mejor opción posible.

A su vez, el análisis del comportamiento de la prensa a lo largo de las diferentes manifestaciones que se produjeron en esos meses, permite sostener que la prensa periódica fue un actor clave en la conformación de esa polarización, pues aportó los elementos discursivos que contribuyeron a definir y caracterizar a los bandos en disputa, los “rupturistas” y los “neutralistas”, lo que revela un tercer aspecto importante para la comprensión del rol de la prensa en dicha crisis. Esa caracterización del “neutralismo” reiteraba la asociación entre la neutralidad estatal con una forma encubierta de la

germanofilia, pero también apelaba a diversos términos despectivos para referirse a los miembros que integraban ese conglomerado: clericales, ciertos sectores del movimiento obrero y lo peor de la inmigración europea, los españoles.

El estudio de otros pasajes menos transitados de esa crisis como la visita de la escuadra norteamericana al puerto de Buenos Aires que se produjo en agosto de 1917 revelan la construcción de una imagen muy positiva del “rupturismo” por parte de la prensa aliada. De esta manera, un grupo de intelectuales y dirigentes políticos ligados a las élites junto a ciertos sectores de la prensa proaliada, se erigieron como los representantes de la opinión pública porteña, distanciándose de las posiciones oficiales frente a estos conflictos internacionales. Ese “rupturismo moral”, concebido como un compromiso político e intelectual que tomaba distancia de la posición estatal, descansaba sobre una distinción entre el gobierno y el pueblo de la nación. Desde este punto de vista, dado que el presidente no reconocía las demandas de la ciudadanía en favor de un cambio en la orientación de su política exterior, se ponía en tela de juicio el grado de representatividad del gobierno radical. Pero además, dado que los ideales liberales y democráticos eran considerados constitutivos de la cultura y la sociedad argentina, tanto por esa afinidad política y cultural como por el pragmatismo que aconsejaba quedar en el bando “correcto” al momento de finalizar la guerra, las intervenciones un sector mayoritario de la prensa y los intelectuales partidarios de la ruptura de relaciones con Alemania buscaban mostrar que la actitud del pueblo de la metrópoli era contraria a las posiciones mantenidas por el gobierno en política exterior.

El análisis de los sentidos que rodearon a esos términos, ha permitido develar en qué medida las interpretaciones sobre la actuación de la opinión pública durante la crisis han quedado encorsetadas en una lectura cuyos términos fueron propuestos por ciertos sectores de la propia prensa, en particular, por el arco más vinculado a los aliados de la Entente. Pues aún cuando algunos periódicos terminaron aceptando esos términos como definitorios de sus posiciones frente a la guerra, la imagen de una opinión polarizada entre “rupturistas” y “neutralistas” tuvo una mayor utilidad para la disputa política e intelectual de los contemporáneos pero no resulta totalmente convincente como categorías para el análisis histórico. Ante todo porque al igual que ocurre con otros apelativos utilizados en las disputas públicas durante la guerra, como es el caso de “germanófilo”, presentan una carga peyorativa sobre todo en el caso de los “neutralistas”. Por ello, es problemático analizar la dinámica de esa coyuntura política e

intelectual apelando a los mismo que términos que utilizaban sus contemporáneos sin establecer sobre ellos algún tipo de precisión o definición porque, como ha sido señalado en el capítulo dos en relación a otros términos frecuentemente reiterados por la historiografía como es el caso de “aliadofilia” y “germanofilia”, esos conceptos fueron utilizados como un epíteto descriptivo por los adversarios antes que como el aglutinante de una identidad política o ideológica frente a la guerra.

Por último, la insistencia en una imagen de la prensa y la opinión pública porteña polarizada entre “rupturistas” y “neutralistas” no ha contemplado una serie de matices importantes en relación a los alineamientos de los diarios y las revistas de Buenos Aires frente a esos acontecimientos. En ese sentido, se ha señalado que ambos grupos presentan una heterogeneidad política e ideológica que no coincide con una división entre oficialismo y oposición o entre aliadófilos progresistas y germanófilos reaccionarios. Pues el campo “aliadófilo” congregaba principalmente a opositores del gobierno radical: conservadores, el grupo parlamentario socialista, demócratas progresistas pero también a algunos radicales miembro del gabinete nacional como Honorio Pueyrredon y Federico Álvarez de Toledo y el ministro argentino en París Marcelo T. de Alvear, favorables a la ruptura con Alemania.

En el mundo de la prensa periódica la heterogeneidad multiplica sus variables y torna mucho menos pertinentes a esas categorías de “rupturistas” y “neutralistas” como representativas de los alineamientos de los diarios y las revistas de Buenos Aires ante la coyuntura del año 1917, ya que impide contemplar matices importantes. El grupo de los diarios defensores de las posiciones mantenidas por el gobierno radical encubre posturas muy diversas sólo unificadas por el común acuerdo en torno a la defensa de la neutralidad estatal. De esta manera, bajo el rótulo de “neutralistas” se han agrupado a diarios de propaganda defensores acérrimos de Alemania como *La Unión* que merecen con todo derecho el mote de germanófilo; un diario como *La Época* que actuaba como vocero de la Unión Cívica Radical y en cuyas páginas antes que las simpatías con alguno de los contendientes europeos primaba la defensa de los postura gubernamental de Yrigoyen. Junto a otros diarios como *El Nacional*, *La Razón*, *La Prensa* y *El Pueblo* que se mostraban críticos del radicalismo en el plano interno, pero que apoyaban la defensa de la neutralidad como política de Estado independientemente del signo político del gobierno de turno. Éste último además de sostener la política de neutralidad del gobierno del cual era opositor no renegaba de sus posiciones pacifistas frente al

conflicto incluso durante el año 1917. Algo similar ocurre con el bando de los “rupturistas” que engloba a algunos de los diarios que mantuvieron las posiciones más extremas en relación a la ruptura de relaciones con Alemania como *Idea Nacional* y *La Acción Francesa* con otros diarios de mayor tirada como *La Nación*, *El Diario* y *Caras y Caretas* en los cuales las simpatías por alguno de los miembros de la Entente no se tradujo en un pedido de declaración de guerra a Alemania.

Este último aspecto fue clave para mensurar cabalmente los alineamientos de la prensa a lo largo de esa coyuntura conflictiva de 1917. En los principales formadores de opinión de Buenos Aires —tanto los que se han sido ubicados en el bando “neutralista” como *La Prensa* y *La Razón* como los llamados “rupturistas”, *La Nación*, *El Diario*, *Caras y Caretas* y *Fray Mocho*— las simpatías culturales y políticas con los beligerantes no se tradujo en una política editorial sistemática en favor del ingreso de Argentina en la guerra. Salvo excepciones, ligadas sobre todo a los diarios de propaganda aliada como *Idea Nacional* y con anterioridad en los casos *La Tarde* y *Crítica*, esas posturas extremas contrastaron con la cordura y los discursos más mesurados de la gran mayoría de los diarios y revistas porteñas. Ello revela una mayor responsabilidad y un cierto realismo cuando la adhesión moral a la guerra corrió el riesgo de transformarse en una modificación concreta de la política exterior que implicaría una complicación mayor aún para la economía argentina. Pero también si se tiene en cuenta los problemas financieros que debió atravesar el diario dirigido por Natalio Botana, debido a un compromiso extremo con la causa aliada, esos discursos más mesurados y conciliadores también pueden ser pensados más allá de cuestiones estrictamente ideológicas y políticas como una forma de llegar a una franja de lectores más amplia.

A modo de epílogo, el último capítulo analiza el periodo comprendido entre el armisticio de 1918 y la firma de los diferentes tratados de paz con las naciones vencidas a lo largo del primer semestre de 1919. Dicha etapa es relevante para el análisis de la cobertura mediática del conflicto en la prensa periódica de un país neutral como Argentina porque, en primer lugar, a comienzos de 1919 se produjo una reorganización de los mercados comunicacionales que, en el caso sudamericano, se tradujo en una mayor preponderancia de las agencias de noticias norteamericanas como la Associated Press y, sobre todo, la United Press en los contratos con los principales diarios del continente. Este hecho implicó un evidente retroceso de la agencia francesa Havas que

desde finales del siglo XIX había detentado una posición de privilegio sobre el continente sudamericano y tuvo una gran importancia para la geopolítica de la información internacional que recibían los diarios y las revistas de Buenos Aires.

Y, en segundo lugar, porque al igual que ocurrió con el estallido de la guerra, el periodo comprendido entre la firma del armisticio y el Tratado de Versalles vuelve a poner sobre el tapete la reflexión en torno al papel de la Argentina y del continente sudamericano en el nuevo escenario que presenta el mundo de la postguerra. De esta manera, luego del fervor que acompañó a los días posteriores al fin de la Gran Guerra, caracterizados por las manifestaciones y las celebraciones por la victoria que incluyeron importantes enfrentamientos entre los diferentes sectores de la opinión pública local, la reflexión más meditada sobre el futuro de la Argentina en el escenario de la postguerra fue un tema recurrente en las intervenciones de la prensa porteña. Así, los festejos por la victoria de los aliados fueron acompañados recurrentemente por una visión del escenario de la postguerra como una nueva oportunidad para la cultura y la economía nacional. De manera análoga a los discursos que rodearon el debate sobre la cuestión nacional durante las semanas posteriores al estallido de la Gran Guerra, un aplomado optimismo marcó a la mayoría de esas intervenciones y propuestas sobre los mecanismos que debería emplear la Argentina para beneficiarse de esa situación. Sin embargo, no faltaron algunas voces más escépticas ante los desafíos que planteaba la nueva era que se habría tras cuatro años de guerra.

Bibliografía y Fuentes documentales

ARCHIVOS Y REPOSITORIOS DOCUMENTALES DE INSTITUCIONES

Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina
Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires – “Profesor Augusto Raúl Cortázar”
Biblioteca de la Fundación Gutenberg – “Raúl Mario Rosarivo”
Biblioteca del Instituto de Historia Argentina y América “Dr. Emilio Ravignani”
Biblioteca de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires – “Esteban Echeverría”
Biblioteca Nacional de Buenos Aires – “Mariano Moreno”
Biblioteca Nacional de Maestros
Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDInCI).

FUENTES PRIMARIAS

Diarios

Crítica
El Correo de la Tarde
El Diario
El Nacional
El Pueblo
El Radical (1915-1919)
El Tiempo (1914-1915)
Idea Nacional (1916-1919)
La Acción Francesa (1915-1917)
La Argentina
La Época (1915-1919)
La Gaceta de Buenos Aires
La Mañana
La Nación
La Prensa
La Razón
La Razón Francesa (1915)
La República
La Tarde
La Unión
Tribuna

Revistas y Semanarios populares ilustrados

Alma Latina (1917-1919)
América Latina (1915-1919)
Anales del Instituto Argentino de Artes Gráficas (1914–1916)
Anales Gráficos. Órgano del Instituto Argentino de Artes Gráficas (1916–1919)

Atlántida (1918–1919)
Boletín Mensual del Museo Social Argentino (1914-1919)
Caras y Caretas
Ecos Gráficos
El Hogar
Éxito Gráfico (1914–1916)
Fray Mocho
Germania (1915–1916)
La Nota (1915–1919)
Mundo Argentino
Páginas Gráficas (1914–1919)
P.B.T
Plus Ultra (1916–1919)

Publicaciones oficiales e institucionales

Anuario Industrial de la Nación Argentina (1919)
Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Diputados (1914-1919)
Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores (1914-1919)
Indicador de Correos y Telégrafos 1914, Dirección General de Correos y Telégrafos, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos, 1914.
Tercer Censo Nacional. Levantado el 1º de Junio de 1914, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., 1917.
Ministerio de Marina, *Memoria del Ministerio de Marina correspondiente al ejercicio 1914-1915*, Buenos Aires, Imprenta J. Weiss & Preusche, 1915.
Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, *Memorias presentadas al Honorable Congreso Nacional por el Ministro de Guerra* (1914).
Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, *El apresamiento del vapor 'Presidente Mitre'. Documentos oficiales*, Buenos Aires, Talleres Peuser, 1916.
Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, *Libro azul. Documentos y actos de gobierno relativos a la guerra en Europa*, Buenos Aires, s/ed. 1919.
Presidencia de la Nación, *Mensajes de apertura y otros documentos. Dr. Victorino de la Plaza, 1914-1916*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1916.

Memorias, autobiografías y fuentes de época

AA.VV., *La Argentina ante la guerra*, Buenos Aires, Otero & Cía., 1917.

Botana, Helvio, *Memorias tras los dientes del perro*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1977.

Carulla, Juan, E., *Al filo del medio siglo*, Buenos Aires, Huemul, 1964.

Gerchunoff, Alberto (Dir.) y Bilis, Aarón (Dir. Artístico), *El Álbum de la Victoria*, Buenos Aires, Elías Danon Editor, 1920.

Gerchunoff, Alberto, “Un Quijote argentino”, en *Retorno a Don Quijote*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951, pp. 43-53.

González, Joaquín V. “Almonacid” y “Bajo el Arco del Trinfo”, en *Obras Completas*, La Plata, UNLP, Volumen XX, 1936, pp. 191-203 y 207-216.

Ibarguren, Carlos, *La literatura y la gran guerra*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1920.

—, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Dictio, 1977.

Maceira, Enrique José, *‘La Prensa’ que he vivido*, Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo, 2006.

Oliver, María Rosa, *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969.

Palacios, Pedro Bonifacio, *Almafuerte y la guerra*, Buenos Aires, Otero & Co. impresores, 1916.

— *Apostrophe to H. I. M. William II*, adapted to English by G. de St. Ouen, La Plata, Sub-comisión de Propaganda Pro-aliados, Talleres Olivieri y Dominger, 1916.

Saldías, José Antonio, *La inolvidable bohemia porteña. Radiografía ciudadana del primer cuarto de siglo*, Buenos Aires, Freeland, 1968.

Sux, Alejandro, *Los voluntarios de la libertad. Contribución de los latino-americanos a la causa de los aliados*, París, Ediciones Literarias, 1918.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

Bibliografía general

Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires, CEAL, 1980.

— *Literatura y sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.

Altamirano, Carlos, “Ideas para un programa de historia intelectual”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 3, Bernal, UNQUI, 1999, pp. 203-208.

Baczko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991 [original francés 1984].

Barthes, Roland, *La cámara lúcida. Notas sobre la fotografía*, Buenos Aires, Paidós, 2003 [original francés 1980].

Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995 [original francés 1992].

— *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

Chartier, Roger y Roche, Daniel, “El libro. Un cambio de perspectiva”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (Pres.), *Hacer la historia III. Objetos nuevos*, Barcelona, Laia, 1985 [original francés 1974].

- Chartier, Roger, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1994 [original francés 1987].
- *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1996.
- *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 2006.
- Calhoun, Craig (Edit.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, MIT Press, 1999.
- Darnton, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 1987 [original inglés 1984].
- “¿Qué es la historia del libro?” y “Retorno a ‘¿Qué es la historia del libro?’” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal, UNQUI, N° 12, 2008, pp. 157-168 [original inglés 1982 y 2007, respectivamente].
- *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, Buenos Aires, FCE, 2010 [original inglés 1990].
- Didi-Huberman, Georges, *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, Barcelona, Paidós, 2004 [original francés 2004].
- Einsenstein, Elisabeth, *La imprenta como agente de cambio. Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana*, México, FCE, 2010 [original inglés 1979].
- El Kenz, David, *Le massacre, objet d’histoire*, París, Gallimard, 2005.
- Grafton, Anthony, “La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000 y más allá”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 11, Bernal, UNQUI, 2007, pp. 123-148.
- Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 2009 [original alemán 1990].
- Pratt, Mary Louise, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, FCE, 2011 [original inglés 1992].
- Martín Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones*, Barcelona, Gustavo Gili, 1987.
- Sontang, Susan, *Sobre la fotografía*, Alfaguara, México, 2006 [original inglés 1977].
- Thompson, John B., *The Media and Modernity. A Social Theory of the Media*, California, Stanford University Press, 1995.
- Williams, Raymond, *La larga revolución*, Buenos Aires, 2003 [original inglés 1961].
- *Palabras claves. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008 [1976].
- *Cultura y sociedad, 1750-1950*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001 [original inglés 1980].
- , *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009 [original inglés 1977].

Bibliografía seleccionada sobre el periodo (Argentina, Europa y Sudamérica)

Álvarez Junco, José, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

Araúz, Celestino Andrés y Pizzurno, Patricia, “La construcción del Canal de Panamá, 1904-1914”, *Mesoamérica*, N° 45, enero-diciembre de 2003, pp. 100-130.

Barba, Fernando Enrique, “El proceso electoral de 1917 en la provincia de Buenos Aires y el triunfo de la U.C.R.”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, N° 7, 2007, pp. 11-29.

Bergel, Martín, “Un caso de orientalismo invertido. La *Revista de Oriente* (1925-1926) y los modelos de relevo de la civilización occidental”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 10, 2006, pp. 99-117.

— “La idea de Oriente en el pensamiento argentino decimonónico, de Sarmiento al positivismo de fin-de-siècle. Notas preliminares de investigación”, en Marisa Muñoz y Patrice Vermeren (Comp.), *Repensando el siglo XIX desde América latina y Francia*, Buenos Aires, Colihue, 2009, pp. 371-394.

Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001.

Botana, Natalio, *El orden conservador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.

Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

Bruno, Paula, “Estados Unidos como caleidoscopio. Ensayo sobre las observaciones de viajeros y diplomáticos argentinos del fin de siglo”, *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 39, 2013, pp. 23-38.

—, “Mamuts vs. hidalgos. Lecturas de Paul Groussac sobre Estados Unidos y España en el fin-de-siglo”, en Alexandra Pita y Carlos Marichal (Coords.), *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*, México D. F., El Colegio de México / Universidad de Colima, 2012, pp. 43-68.

Buchbinder, Pablo, *Los Quesada. Letras, ciencias y política en la Argentina, 1850-1934*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

Cisneros, Andrés y Escudé, Carlos (Dirs.), *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Parte II, Tomo VII, “La Argentina frente a la América del Sur, 1881-1930”, Buenos Aires, Nuevohacer-GEL, 1999.

— *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Tomo VIII, “Las relaciones con Europa y los Estados Unidos, 1881-1930”, Buenos Aires, Nuevohacer-GEL, 1999

— *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Parte II, Tomos X, “Las relaciones económicas de la Argentina con Gran Bretaña y los Estados Unidos, 1880-1943”, Buenos Aires, Nuevohacer-GEL, 1999.

Colombi, Beatriz, *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamiento en América Latina (1880-1915)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2004.

Croce, Marcela (Ed.), *Latinoamericanismo. Historia intelectual de una geografía inestable*, Buenos Aires, Simurg, 2010.

Del Mazo, Gabriel, *Las presidencias radicales. La primera presidencia de Yrigoyen*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*, tomo I, *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires, Biblos – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000.

Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Etchepareborda, Roberto, *Yrigoyen/I*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

Fey, Ingrid, *First tango in Paris: Latin Americans in Turn-of-the-Century France, 1880 to 1920*, tesis de doctorado, UCLA, 1996.

Fritzsche, Peter, *A nation of fliers. German aviation and the Popular Imagination*, Cambridge, Harvard University Press, 1992.

Gallo, Ezequiel y Cortés Conde, Roberto, *La república conservadora*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

Garay, Christian, “Las carreras armamentistas navales entre Argentina, Chile y Brasil”, *Historia Crítica*, N° 48, Bogotá, septiembre-diciembre de 2012, pp. 39-57.

García, Ignacio, “...Y a sus plantas rendido un León: Xenofobia antiespañola en Argentina, 1890-1900”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 13, N° 39, Buenos Aires, CEMLA, agosto 1998, pp. 195-222.

—, “Rubén Darío y Francisco Grandmontagne en el Buenos Aires de 1898. La redefinición de los conceptos de Hispanismo en América y de Americanismo en España”, *Iberoamericana*, Vol. LXVIII, N° 198, Berlín, enero-marzo 2002, pp. 49-66.

García, Susana, *Enseñanza científica y cultura académica. La Universidad de La Plata y las Ciencias Naturales (1900-1930)*, Rosario, Prohistoria, 2010.

García Molina, Fernando, *La Prehistoria del poder militar en la Argentina. La profesionalización, el modelo alemán y la decadencia del régimen oligárquico*, Buenos Aires, Eudeba, 2011.

Gasparini, Sandra, *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2012.

Gasquet, Axel, *Oriente al Sur: el orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*, Buenos Aires, Eudeba, 2007.

—, “El orientalismo argentino (1900-1940). De la revista *Nosotros* al grupo *Sur*”, *Working Papers*, Latin American Studies Center, University of Maryland, N° 22, 2008.

Geli, Patricio y Prislei, Leticia, “Apuntes de viaje: Juan B. Justo en los Estados Unidos”, *Entrepasados. Revista de historia*, Año VI, N° 11, fines de 1996, pp. 7-20.

Germani, Gino, *Política y sociedad en época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

Gutman, Margarita, *Buenos Aires. El poder de la anticipación: imágenes itinerantes del futuro metropolitano en el primer Centenario*, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 2011.

Halperín Donghi, Tulio, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino IV, 1999.

Lanús, Juan Archibaldo, *Aquel apogeo. Política internacional argentina, 1910-1930*, Buenos Aires, Emecé, 2001.

Lida, Miranda, “¡A Luján! Las comunidades de inmigrantes y el naciente catolicismo de masas, 1910-1934”, *Revista de Indias*, Vol. LXX, N° 250, pp. 809-836.

Liernur, Jorge y Silvestri, Gabriela, *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura de la modernización de Buenos Aires (1870-1910)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

Lobato, Mirta Zaida (Dirección del tomo), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva Historia Argentina, Tomo V, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
Losada, Leandro *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Lvovich, Daniel, *Nacionalismo y antisemitismo en a Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003.

Matthieu, Gilles, *Une ambition sud-américaine. Politique culturelle de la France (1914-1940)*, París, L'Harmattan, 1991.

Merbilháa, Margarita, “Representaciones finiseculares de los Estados Unidos en el socialismo argentino: los tempranos diagnósticos de Juan B. Justo y Manuel Ugarte”, *A Contracorriente*, Vol. 9, N° 1, 2011, pp. 237-269.

Montserrat, Marcelo, “La mentalidad evolucionista: una ideología del Progreso”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (Comp.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana-UTDT, 1980, pp. 785-818.

— “La presencia evolucionista en el positivismo argentino”, en *Ciencia, Historia y Sociedad en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, CEAL, 1993, pp. 70-82.

Morgenfeld, Leandro, *Vecinos en conflicto. Argentina y los Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1955)*, Buenos Aires, Peña Lillo – Ediciones Continente, 2011.

Mustapic, Ana María, “Conflictos institucionales durante el primer gobierno radical: 1916-1922”, *Desarrollo Económico*, Vol. 24, N° 93, abril-junio de 1984, pp. 85-108.

Palmer, Scott W., *Dictatorship of the air. Aviation culture and the fate of modern Russia*, Nueva York – Londres, Cambridge University Press, 2006.

Payá, Carlos y Cárdenas, Eduardo, *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978.

Peterson, Harold, *La Argentina y los Estados Unidos*, Tomo II, 1914-1960, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985 [original inglés 1964].

Pike, Frederick, *Hispanismo 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberal and their Relations with Spanish America*, London, University of Notre Dame Press, 1971.

Regalsky, Andrés, *Las inversiones extranjeras en Argentina (1860-1914)*, Buenos Aires, CEAL, 1986.

Rock, David, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001 [original inglés 1975].

Roger, Phillipe, *L'ennemi américain. Généalogie de l'antiaméricanisme français*, París, Éditions du Seuil, Colección « La couler des idées », 2002.

Rolland, Denis, *La crise du modèle français. Marianne et l'Amérique latine. Culture, politique et identité*, París, L'Harmattan, 2011 [2000].

Salvatore, Ricardo, (Comp.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2005.

Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007 [1988].

— *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.

— “In Pursuit of the Popular Imagination”, *Poetics Today*, Vol. 15, N° 4, invierno 1994, pp. 569-585.

Scarfi, Juan Pablo, “La emergencia de un imaginario latinoamericanista y antiestadounidense del orden hemisférico: de la Unión Panamericana a la Unión Latinoamericana (1880-1913)”, *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 39, 2013, pp. 81-104.

Schiff, Warren, “The influence of the German Armed Forces and War Industry on Argentina, 1880-1914”, *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 52, N° 3, Duke University Press, agosto de 1972, pp. 436-455.

Scobie, James, *Buenos Aires, Plaza to Suburb, 1870-1910*, New York, Oxford University Press, 1974.

Series, Cristiane, “Microcosme dans la capitale ou l’histoire de la colonie intellectuelle hispano-américaine a Paris entre 1890 y 1914”, en André Kaspi y Antoine Marès (Dir.), *Le Paris des étrangers*, París, Imprimerie National, 1989, pp. 299-312.

Sevcenko, Nicolau, *Orfeo extático en la metrópolis. San Pablo, sociedad y cultura en los febriles años veinte*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo 3010, 2013.

Solveira de Báez, Beatriz, “El ABC como entidad política: un intento de aproximación entre Argentina, Brasil y Chile a principios de siglo”, *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, Año II, Vol. II, N° 2, primer semestre de 1992, pp. 157-183.

— “La Argentina y el pacto panamericano propuesto por Wilson”, *Investigaciones y Ensayos*, N° 42, Academia Nacional de la Historia, enero-diciembre de 1992, pp. 475-515.

— *La Argentina, el ABC y el conflicto entre México y Estados Unidos (1913-1916)*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1994.

— *Las relaciones con Rusia durante las presidencias de Yrigoyen y Alvear*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1995.

— *La evolución del Servicio Exterior Argentino entre 1852 y 1930*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1997.

Tabanera García, Nuria, “El horizonte americano en el imaginario español, 1898-1930”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 8, N° 2, Julio-Diciembre 1997.

Taub, Emmanuel, *Otredad, orientalismo e identidad. Nociones sobre la construcción de un otro oriental en la revista Caras y Caretas, 1898-1918*, Buenos Aires, Teseo – Universidad de Belgrano, 2008.

Tedesco, Juan Carlos, *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009 [1986].

Terán, Oscar, “El primer antiimperialismo latinoamericano (1898-1914)”, en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, Colección Armas de la Crítica, 1985, pp. 85-97.

—, “El fin de siglo argentino. Democracia y nación”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 517-519, julio-septiembre de 1993, pp. 41-50.

—, “Nacionalismo argentinos (1810-1930)”, *Revista de Ciencias Sociales*, UNQUI, N° 1, noviembre de 1994, pp. 31-40.

—, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, FCE, 2008 [2000].

—, “El espiritualismo y la creación del anti-imperialismo latinoamericano”, en Ricardo Salvatore (Comp.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2005, pp. 301-313.

Tulchin, Joseph, *La Argentina y los Estados Unidos. Historia de una desconfianza*, Buenos Aires, Planeta, 1990.

Vazquez-Preedo, Vicente, *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1971.

— *Estadísticas históricas argentinas (comparadas)*, Primera Parte 1875-1914, Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1971.

Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964.

—, *Viajeros argentinos a Estados Unidos*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2008 [1998].

Weinberg, Gregorio, *La ciencia y la idea de progreso en América latina, 1860-1930*, Buenos Aires, FCE, 1998.

White, Elizabeth B., *German influence in the Argentine army, 1900 to 1945*, Nueva York, Garland Publishing, 1991.

Wohl, Robert, *A passion for Wings. Aviation and Western Imagination, 1908-1918*, New Haven – Londres, Yale University Press, 1994.

Yankelevich, Pablo, *La diplomacia imaginaria. Argentina y la Revolución Mexicana 1910-1916*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1994.

Bibliografía seleccionada sobre la Gran Guerra

Audoin-Rouzeau, Stéphane, *L'Enfant de l'ennemi, 1914-1918*, París, Flammarion, 2009 [original 1995].

Audoin-Rouzeau, Stéphane y Becker, Annette, “Violence et consentement. La ‘culture de guerre’ du premier conflit mondial”, en Jean-Pierre Rioux y Jean François Sirinelli (Eds.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, pp. 251-271.

Becker, Annette, *Les cicatrices rouges 14-18. France et Belgique occupées*, París, Fayard, 2010.

Becker, Jean Jacques, *1917 en Europe. L'année impossible*, Bruselas, Éditions Complexe, 1997.

Bley, Helmut y Kremers, Anorthe (Eds.), *The World during the First World War*, Essen, Klartext Verlag 2014.

Bucholz, Arden, *Moltke, Schlieffen and Prussian War Planning*, Londres, Berg, 1991.

Ferro, Marc, *La Gran Guerra (1914-1918)*, Madrid, Alianza, 1984 [original francés 1969].

Field, Frank, *British and French writers in the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

François, Aurore, *Les événements du mois d'août 1914 à Dinant. Essai sur la genèse d'un massacre et réflexions autour de la culture de guerre*, Bruselas, Archives générales du Royaume, 2001.

- Fuentes Codera, Maximiliano, "Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)", *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, N° 91, Madrid, Marcial Pons, 2013, pp. 63-92.
- , *España en la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Akal, 2014.
- Harris, Ruth, "The 'Child of the Barbarian': Rape, Race and Nationalism in France during the First World War", *Past & Present*, N° 141, Oxford University Press, noviembre de 1993, pp. 170-206.
- Hanna, Martha, *The mobilization of intellect. French scholars and writers during the Great War*, Cambridge, Harvard University Press, 1996.
- Horne, John (Ed.), *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- (Dir.), *Vers la guerre totale. Le tournant de 1914-1915*, París, Tallandier, 2010.
- Horne, John y Kramer, Alan, *German atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2001.
- Howe, Glenford, *War and Nationalism. A Social History of West Indians in the First World War*, Kingston, Ian Randle Publishers, 2002.
- Hynes, Samuel, *A war imagined. The First World War and English culture*, London, Pimlico, 1992.
- Isnenghi, Mario, *Il Mito della Grande Guerra*, Bolonia, Il Mulino, 1989.
- Kramer, Alan, *Dynamic of destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Nueva York, Oxford University Press, 2007.
- Keegan, John, *Opening Moves: August 1914*, Nueva York, Ballantine, 1971.
- Kovacsics, Adan, *Guerra y lenguaje*, Barcelona, Acantilado, 2007.
- MacMillan, Margaret, *París, 1919*, Barcelona, Tusquest, 2005.
- Manela, Erez, *The Wilsonian Moment. Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Cambridge, Oxford University Press, 2007.
- Osborne, Eric W., *Britain's Economic Blockade of Germany, 1914-1919*, Nueva York, Frank Cass, 2004.
- Pickles, Katie, *Trasnational Outrage. The Death and Commemoration of Edith Cavell*, Londres, Palgrave-Macmillan, 2007.
- Prochasson, Christophe, *Les Intellectuelles, le socialisme et la guerre, 1900-1938*, París, Seuil, 1993.
- Prochasson, Christophe y Rasmussen, Anne, *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la Première guerre mondiale, 1910-1919*, París, La Découverte, 1996.

Prost, Antoine y Winter, Jay, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, París, Éditions du Seuil, Colección 'L'Histoire en débats', 2004.

Renouvin, Pierre, *La Crise européenne et la Grande Guerre (1914-1918)*, París, Félix Alcan, 1934.

Roshwald, Aviel y Suites, Richard (Comps.), *European culture in the Great War: the arts, entertainment, and propaganda, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002,

Strachan, Hew, *The First World War in Africa (1914-1918)*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

Stromberg, Roland, *Redemption by War: The Intellectuals and 1914*, Kansas, The Regents Press of Kansas, 1982.

Tuchmann, Barbara, *The Zimmermann Telegram*, Nueva York, Ballantine Books, 1994 [original 1958].

Van Dijk, Kees, *The Netherlands Indies and the Great War, 1914-1918*, Leiden, KITLV Press, 2007.

Véray, Laurent, "Montrer la guerre", en Jean Jacques Rousseau y Stéphane Audoin-Rouzeau, *Guerre et culture*, París, Armand Colin, 1994

— *Les Films d'actualité français de la Grande Guerre*, París, SIRPA/AFRHC, 1995.

Verhey, Jeffrey, *The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilization in Germany*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.

Wohl, Robert, *The Generation of 1914*, Cambridge, Harvard University Press, 1979.

Xu, Gouqui, *China and the Great War: China's pursuit of a new national identity and internationalization*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005.

Zuber, Terence, *Inventing the Schlieffen Plan. War German Planning, 1871-1914*, Nueva York, Oxford University Press, 2003.

Repercusiones de la Gran Guerra en Argentina y Sudamérica

AA.VV, *Hipólito Yrigoyen: Pueblo y Gobierno*, Buenos Aires, Raigal, Vol. III, Tomo IX, "Neutralidad", 1953 y Vol. IV, Tomo X, "Sociedad de Naciones", 1953.

Acha, Omar, "La revolución rusa de José Ingenieros: elitismo y progresismo", *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, Año VII, N° 20, invierno de 2002, pp. 163-182.

Albert, Bill (con la colaboración de Paul Henderson), *South America and the First World War. The impact of the war on Brazil, Argentina, Perú and Chile*, Cambridge – New York, Cambridge University Press, 1988.

Alén Lascano, Luis, *Pueyrredón, el mensajero de un destino*, Buenos Aires, Raigal, 1951.

— *Yrigoyen y la Gran Guerra*, Buenos Aires, Korrigan, 1974.

Álvarez, Teresa y Alzola de Cvitanovic, Nilsa, “La historia europea como proceso político integrado a través de *Caras y Caretas*: la Primera Guerra Mundial (1914-1918)”, *Revista Interamericana de Bibliografía (RIB)*, Washington, OEA, N° 1-4, 1997, pp. 3-22.

Bailey, Thomas, *The Policy of the United States toward the Neutrals, 1917-1918*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1942.

Becerra, Marina, “Guerra y Revolución”, en *Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino: Enrique Del Valle Iberlucea*, Rosario, Prohistoria, 2009, pp. 109-161.

Benvenuto, Ángel, *Intransigencia argentina en Ginebra (1920)*, Buenos Aires, Corregidor, 2004.

Campione, Daniel, “¿Partido revolucionario o partido de gobierno. La fundación del Partido Socialista Internacional”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (Edits.), *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 145-157.

Chiocchetti, Magali, “La Vanguardia y la Primera Guerra Mundial. Una construcción y confrontación de identidades políticas”, *Cuadernos de H Ideas*, La Plata, UNLP, Año 1, N° 1, 2007, pp. 59-90.

Compagnon, Olivier y Enders, Armelle, “L’Amérique latine et la guerre”, en Stéphane Audoin-Rouzeau y Jean-Jacques Becker, *Encyclopédie de la Grande Guerre, 1914-1918. Histoire et culture*, París, Bayard, 2004, pp. 889-901.

Compagnon, Olivier, “1914-18: The Death Throes of Civilization. The Elites of Latin-America face the Great War”, en Jenny Macleod y Pierre Purseigle (Eds.), *Uncovered fields: perspectives in First World War studies*, Leiden, Brill Academic Publishers, Colección History of Warfare Vol. 20, 2004, pp. 279-295.

— “‘Si loin, si proche...’ La Première Guerre mondiale dans la presse argentine et brésilienne”, en Jean Lamarre y Magali Deleuze, (Dirs.), *L’envers de la médaille. Guerres, témoignages et représentations*, Québec, Les Presses de l’Université Laval, 2007, pp. 77-91.

— “Entrer en guerre? Neutralité et engagement de l’Amérique latine entre 1914 et 1918”, en *Relations Internationales*, N° 137, París, PUF, 2009, pp. 31-43.

— *L’adieu à l’Europe. L’Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*, París, Fayard, 2013.

Corbiere, Emilio, *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

Cormick, Silvina, “El continente americano durante la Gran Guerra. Las miradas de Manuel Ugarte, Ernesto Quesada, Alfredo Palacios y Leopoldo Lugones”, *Cuadernos*

de *Política Exterior Argentina*, Rosario, CERIR, N° 111, enero-marzo de 2013, pp. 1-23.

Dehne, Phillip, *On the Far Western Front: Britain's First World War in South America*, Manchester/New York, Manchester University Press, 2009.

— “The Resilience of Globalization during the First World War: The Case of Bunge & Born in Argentina”, en Dejung, Christof y Petersson, Niels P. (Eds.), *The Foundations of Worldwide Economic Integration: Power, Institutions, and Global Markets, 1850-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 228-248.

— How important was Latin America to the First World War?, *Iberoamericana. América latina, España, Portugal*, Berlín, Vol. XIV, N° 53, 2014, pp. 151-164.

Delgado, Verónica, “Reconfiguraciones de debates y posiciones del campo literario en el semanario *La Nota* 1915-1920”, *Anclajes. Revista del Instituto de análisis semiótico del discurso*, Vol. VIII, N° 8, diciembre de 2004, pp. 81-99.

— “Sobre los vínculos entre España y Argentina en *La Nota*”, *Olivar. Revista de literatura y cultura española*, Año, 11, N° 14, 2010, pp. 103-114.

— *Revista La Nota: antología 1915-1917*, La Plata, UNLP, Biblioteca Orbis Tertius, N° 3, 2010.

Del Mazo, Gabriel, *Política internacional americana del presidente Yrigoyen*, Montevideo, s/ed. 1960.

De la Guardia, Ernesto, “La primera batalla de las Malvinas”, *Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 335, junio de 1995, pp. 8-25.

De Moreno, Claudia, “¿Cultura o civilización?: Augusto Bunge y la Primera Guerra Mundial”, *Épocas. Revista de Historia*, N° 5, primer semestre de 2012, pp. 33-53.

Di Tella, Guido y Zymelman, Manuel, “El desarrollo industrial argentino durante la Primera Guerra Mundial”, *Revista de Ciencias Económicas*, Año XLVII, abril-mayo-junio de 1959, Serie IV, N° 6, pp. 221-224.

Dorfman, Adolfo, “El despertar de la conciencia industrial”, en *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1970, pp. 323-363.

Etchepareborda, Roberto, “Hipólito Yrigoyen y el conflicto bélico”, *Mayo. Revista del Museo de la Casa de Gobierno*, Tomo II, N° 2, 1960, pp. 64-86.

Fernández Vega, José, “Crisis política y crisis de representación estética. La Primera Guerra Mundial a través de *La Nación* de Buenos Aires”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal, UNQUI, Año 3, N° 3, 1999, pp. 143-163.

Fodor, Jorge y O'Connell, Arturo, “La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX”, *Desarrollo Económico*, Vol. 13, N° 49, abril-junio 1973, pp. 3-65.

Franzina, Emilio, “La guerra lontana: il primo conflitto mondiale e gli italiani d'Argentina”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, CEMLA, Año 15, N° 44, abril de 2000, pp. 57-84.

García, Susana y Podgorny, Irina, “El sabio tiene una patria. La Gran Guerra y la comunidad científica argentina”, *Ciencia Hoy*, Vol. 10, N° 55, febrero-marzo de 2000, pp. 24-34.

Geli, Patricio, “Representations of the Great War in the South American left. The Socialist Party of Argentina”, en Helmut Bley y Anorthe Kremers (Eds.), *The World during the First World War*, Essen, Klartext Verlag 2014, pp. 201-213.

Goñi Demarchi, Carlos Scala, José y Berraondo, Germán, *Yrigoyen y la Gran Guerra. Aspectos desconocidos de una gesta ignorada*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998.

Gravil, Roger, “Argentina and the First World War”, *Revista de Historia*, San Pablo, N° 108, 1976, pp. 385-417.

— “The Anglo-Argentine Connection and the War of 1914-1918”, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 9, N° 1, mayo 1977, pp. 59-89.

Hoffmann, Katrin, “¿Construyendo una “comunidad”? Theodor Alemann y Hermann Tjarks como voceros de la prensa germanoparlantes en Buenos Aires, 1914-1918”, *Iberoamericana. América latina, España, Portugal*, Berlín, Vol. IX, N° 33, 2009, pp. 121-137.

Jalif de Bertranou, Clara, “Diez años de la cultura argentina del Centenario a través de la revista *Nosotros*. Opiniones sobre la I Guerra”, en Clara Jalif de Bertranou (Comp.), *Argentina en el espejo. Sujeto, nación y existencia en el medio siglo (1900-1950)*, Mendoza, EDIUNC, Serie Estudios N° 46, 2006, pp. 223-242.

Llairo, Monserrat y Siepe, Raimundo, *La democracia radical. Yrigoyen y la neutralidad 1916-1918*, Buenos Aires, CEAL, 1992.

— *Argentina en Europa. Yrigoyen y la Sociedad de las Naciones (1918-1920)*, Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1997.

López Perea, Fedra y Rotondaro, María Marta, *De maximalistas, germanófilos y extranjeros. El impacto de la Revolución Rusa en la oligarquía argentina visto a través de la prensa, 1917-1919*, Buenos Aires, Centro Argentino de Estudios Internacionales, 2009.

Lorenz, Federico, “La Gran Guerra vista por un argentino”, *Todo es Historia*, N° 352, noviembre de 1996, pp. 48-65.

— “Voluntarios argentinos en la Gran Guerra”, *Todo es Historia*, N° 373, agosto de 1998, pp. 72-91.

Martin, Percy Alvin, *Latin America and the War*, Gloucester, Massachusetts, 1967 [original 1925].

Moreno Quintana, Lucio, *La diplomacia de Yrigoyen*, La Plata, Editorial Inca, 1928.

Newton, Ronald, *German Buenos Aires, 1900-1933: Social Change and Cultural Crisis*, Austin & Londres, University of Texas Press, 1977, pp. 32-67.

Otero, Hernán, *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

— “Yrigoyen y la Argentina durante la Gran Guerra según los agregados militares franceses”, *Estudios Sociales*, Año XIX, N° 36, Santa Fe, UNL, 2009, pp. 69-90.

— “Emigración, movilización militar y cultura de guerra. Los franceses de la Argentina durante la Gran Guerra”, *Amnis. Revue de civilisation contemporaine Europes/Amériques*, N° 10, 2011, puesto en línea el 1 de abril de 2011, <http://amnis.revues.org/1137>

Pelosi, Hebe Carmen, “Francia y América Latina durante la primera guerra mundial”, en *Argentinos en Francia, franceses en Argentina. Un biografía colectiva*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999, pp. 133-141.

— “Publicaciones de la francofilia argentina”, *Temas de historia argentina y americana*, N° 1, UCA, julio-diciembre de 2002, pp. 64-96, en especial pp. 65-75.

— “La Primera Guerra Mundial. Relaciones internacionales franco-argentinas”, *Temas de historia argentina y americana*, N° 4, Buenos Aires, UCA, 2003, pp. 155-184.

Piemonte, Augusto, “Cuestión nacional y desarrollo económico en tiempos de la Gran Guerra. El Partido Socialista de Argentina en su relación con el librecambio”, *Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del CeDInCI*, N° 10/11/12, verano de 2011/12, pp. 214-223.

Pittaluga, Roberto, “Lecturas anarquistas de la Revolución Rusa”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, UNQUI, Bernal, 2002, pp. 179-188.

— “De profetas a demonios: recepciones anarquistas de la Revolución Rusa (Argentina, 1917-1924)”, *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, N° 11/12, UNLP, La Plata, 2002, pp. 69-98.

Pucciarelli, Alfredo y Tortti, María Cristina, “La construcción de la hegemonía compartida: el enfrentamiento entre neutralistas, rupturistas e yrigoyenistas”, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José Villaruel (Eds.), *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos, 1995, pp. 71-123.

Rapoport, Mario y Lazzari, Ricardo, “La Primera Guerra Mundial y el comercio de granos en la Argentina. Neutralidad y puja anglo-germana”, *Revista de la Bolsa de Comercio de Rosario*, N° 1522, 2014, pp. 38-44.

Remedi, Fernando, “La guerra en la cocina. Las consecuencias alimentarias de la Primera Guerra Mundial en Córdoba”, *Revista de la Junta de Historia Provincial de Córdoba*, N° 17, 1999, pp. 96-131.

— “La sociedad en la guerra. Alimentación y Primera Guerra Mundial en Córdoba (Argentina)”, *Prohistoria*, Año VII, N° 7, Rosario, 2003, pp. 153-176.

Rimoldi, Marcelo, “Argentina-Brasil: la problemática de la integración económica durante la Gran Guerra”, *Investigaciones y Ensayos*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, N° 43, enero-diciembre de 1993, pp. 533-582.

— “Argentina-Brasil; dinámica de relación en la coyuntura 1914-1918”, *Temas de Historia Argentina I*, UNLP-FHCE, Serie Estudios/Investigaciones, 1994, pp. 39-71.

— “El espacio de frontera argentino-brasileño y el transporte terrestre y fluvial como alternativa de encuentro (1914-1919)”, *Investigaciones y ensayos*, N° 55, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, enero-diciembre de 2005, pp. 305-339.

Rinke, Stefan, “Thunderstorm and Lightning: A First Look at Latin América and the First World War”, en Helmut Bley y Anorthe Kremers (Eds.), *The World during the First World War*, Essen, Klartext Verlag 2014, pp. 79-88.

Ryan, Ricardo, *La política internacional y la presidencia de Yrigoyen*, Buenos Aires, s/ed., 1921.

Saint Geours, Yves, “La France et l’Opinion argentine (11 novembre 1918 – 14 juillet 1919)”, *Cahiers des Amériques Latines*, Serie “Sciences de l’Homme”, N° 16, 1977, pp. 127-151.

Sánchez, Emiliano Gastón, “Ecos argentinos de la contienda europea. La historiografía sobre la Gran Guerra en la Argentina”, *Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del CeDInCI*, N° 13, Verano 2012/13, Buenos Aires, pp. 163-169.

— “Ser testigo de la barbarie. La ocupación de Bélgica y las atrocidades alemanas de 1914 en las crónicas de Roberto J. Payró”, *Eadem Utraque Europa [La Misma y la otra Europa]. Revista Semestral de Historia Cultural e Intelectual*, Año 7, N° 13, diciembre de 2012, pp. 163-207.

Siepe, Raimundo, *Yrigoyen, la Primera Guerra Mundial y las relaciones económicas*, Buenos Aires, CEAL, 1992.

Smith, Peter, “El comercio de la carne en tiempos de guerra”, en *Carne y política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986 [original inglés 1969], pp. 73-84.

Solberg, Carl, “Crisis energética: política del petróleo durante la Primera Guerra Mundial, 1914-1918”, en *Petróleo y nacionalismo en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986 [original inglés 1979], pp. 47-86.

Solveira de Báez, Beatriz, *Argentina y la Primera Guerra Mundial según documentos del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, Tomo I, 1979 y Tomo II, 1994.

— “El socialismo y la neutralidad argentina durante la Primera Guerra Mundial”, en Nilsa Alzola y Dinko Cvitanovic, (Comps.), *La Argentina y el mundo en el siglo XX*, Bahía Blanca, Centro de Estudios del Siglo XX, UNS, 1998, pp. 392-402.

Stamponi, Guillermo, *Una visión argentina de la Revolución Rusa: informes diplomáticos reservados y confidenciales*, Buenos Aires, APCPSEN, 2009.

Tato, María Inés, “Nacionalismo e internacionalismo en la Argentina durante la Gran Guerra”, *Projeto História*, San Pablo, N° 36, junio de 2008, pp. 49-62.

— “La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, en Silvia Mallo y Beatriz Moreyra (Coords.), *Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI*, Córdoba-La Plata, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A., Segreti” / Centro de Estudios de Historia Argentina Colonial (CEHAC) –

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 2008, pp. 725-741.

— “La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial”, *Temas de historia argentina y americana*, N° 13, Buenos Aires, UCA, julio-diciembre de 2008, pp. 227-250.

— “La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno a la Primera Guerra Mundial”, en María Inés Tato y Martín Castro (Comps.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2010, pp. 33-63.

— “El llamado de la patria. Británicos e italianos residentes en la Argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, CEMLA, Vol. 25, N° 71, 2011, pp. 273-292.

— “Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos ante la Primera Guerra Mundial”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas/Anuario de Historia de América Latina*, Graz, Institut für Geschichte Karl-Fransens – Universität Graz, N° 49, 2012, pp. 205-223.

—, “Italianità d’oltremare. La comunità italiana di Buenos Aires e la guerra”, en Matteo Ermacora, Felicita Ratti y Andrea Scartabellati, *Frenti Interni. Esperienze di guerre lontano della guerra, 1914-1918*, Napoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 2014, pp. 213-226.

—, “Luring neutrals. Allied and German Propaganda in Argentina during the First World War”, en Troy Paddock (Ed), *World War I and propaganda*, Leiden/Boston, Brill, Colección History of Warfare, Vol. 94, pp. 322-344.

— “The Battle for the Public Opinion: the Argentine newspaper *La Unión* during the Great War”, en Olivier Compagnon y María Inés Tato (Eds.), *Toward a history of the First World War in Latin America*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert Verlag, 2014 [en prensa].

Tulchin, Joseph, “The Argentine economy during the First World War”, *The Review of the River Plate*, Vol. CXLVII, N° 3750, 19 de junio de 1970, pp. 901-903, Vol. CXLVII, N° 3751, 30 de junio de 1970, pp. 965-967 y Vol. CXLVIII, N° 3752, 1 de julio de 1970, pp. 44-46.

— *The aftermath of war: World War I and U. S. Policy toward Latin America*, Nueva York, New York University Press, 1971.

Van Der Karr, Jane, *La Primera Guerra Mundial y la política económica argentina. Un estudio de la legislación fiscal y presupuestaria durante los años del conflicto*, Buenos Aires, Troquel, 1974.

Vega Jiménez, Patricia, “Primicias de la Primera Guerra Mundial en la prensa costarricense (1914)”, *Cuadernos de Inter.c.a.mbio*, Año 4, N° 5, 2007, pp. 271-308.

— “¿Especulación desinformativa? La Primera Guerra Mundial en los periódicos Costa Rica y El Salvador”, *Mesoamérica*, N° 51, enero-diciembre de 2009, pp. 94-122.

Villanueva, Javier, “El origen de la industrialización argentina”, *Desarrollo Económico*, Vol. 12, N° 47, octubre-diciembre 1972, pp. 451-476.

Weinmann, Ricardo, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblios-Fundación Simón Rodríguez, 1994.

Winder, Gordon, “Imagining World Citizenship in the Networked Newspaper: *La Nación* Reports the Assassination at Sarajevo, 1914”, *Historical Social Research*, Vol. 35, N° 1, 2010, pp. 140-166.

Comunicación, opinión pública y prensa periódica en Europa

Ambroise-Rendu, Anne Claude, “Du dessin de presse à la photographie (1878-1914) : histoire d’une mutation technique et culturelle”, *Revue d’histoire moderne et contemporaine*, T. XXXIX, 1992, pp. 6-28.

Ardis, Ann y Collier, Patrick, *Transatlantic Prints Culture, 1880-1940. Emerging Medias, Emerging Modernism*, Londres, Palgrave-Macmillan, 2008.

Barbier, Frédéric y Bertho Lavenir, Catherine, *Historia de los medios: de Diderot a Internet*, Buenos Aires, Colihue, 1999 [original francés 1996].

Becker, Jean Jacques, *1914: comment les Français son entrés dans la guerre, contribution à l’étude de l’opinion publique printemps-été 1914*, París, Presses de la FNSP, 1977. París, Presses de la FNSP, 1977.

Beauchamp, Ken, *History of Telegraphy*, Londres, IET, Serie History of Tecnology N° 26, 2001.

Beurier, Joëlle, “La Grande Guerre, matrice des médias modernes”, *Les Temps des médias*, París, N° 4, 2005, pp. 162-163.

— “Voir ou ne pas voir la mort? Premières réflexions sur une approche de la mort dans la Grande Guerre”, en Thérèse Blondet-Bisch, Robert Franck y Laurant Gervereau (Dir.), *Voir - Ne pas voir la guerre. Histoire mondiale de la photographie face aux conflits armées et aux efforts de paix*, París, Somogy, 2001, pp. 63-69.

Charle, Christophe, *Le siècle de la presse, 1830-1939*, París, Éditions de Seuil, 2004.

Delporte, Christian, “Images de un montre: le ‘boche’. Grande Guerre et mobilisation visuelle”, en *Images et politique en France au XXe siècle*, París, Nouveau Monde Éditions, 2006, pp. 125-163. .

Evans, Heidi J. S., “‘The Path to Freedom’? Transocean and German Wireless Telegraphy, 1914-1922”, *Historical Social Research*, Vol. 35, N° 1, 2010, pp. 209-233

Flodd, P. J., *France 1914-18. Public Opinion and the War Effort*, Londres, Macmillan, 1990.

Frédérix, Pierre, *De l’agence d’information Havas a l’agence France Presse. Un siècle de chasse aux nouvelles*, París, Flammarion, 1959.

Fritzsche, Peter, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008 [original inglés 1996].

Hurdeman, Anton, *The Worldwide History of Telecommunications*, New Jersey, John Wiley & Sons Publications, 2003.

Kalifa, Dominique et. al. (Dir.), *La Civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIXe siècle*, París, Nouveau Monde Éditions, 2011.
Lefebure, Antoine, *Havas. Les arcanes du pouvoir*, París, Grasset, 1992.

Mattelart, Armand, *La comunicación-mundo. Historias de las ideas y de las estrategias*, Madrid, Siglo XXI, 1996 [original francés 1993].

— *La invención de la comunicación*, México, Siglo XXI, 1995 [original francés 1994].

— *Historia de la sociedad de la información*, Barcelona, Paidós, 2002 [original francés 2001].

Miquel, Pierre, *La Paix de Versailles et l'opinion publique française*, París, Flammarion, 1972.

Paddock, Troy (Ed.), *A Call to Arms: Propaganda, Public Opinion and Newspapers in the Great War*, Westport Connecticut, Praeger Editors, 2004.

Read, Donald, *The Powers of News. The History of Reuters*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.

Starr, Paul, *The Creation of the Media. Political Origins of Modern Communications*, Nueva York, Basic Book, 2004.

Weill, Georges, *El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*, México, UTEHA, 1979 [original francés 1934].

Winseck, Dwayne y Pike, Robert, *Communication and Empire. Media, Markets and Globalization, 1860-1930*, Durham, Duke University Press, 2007.

Comunicación, opinión pública y prensa periódica en Argentina y Sudamérica

Alonso, Paula, “‘En la primavera de la historia’. El discurso del roquismo a través de su prensa en los años 80”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*, “Dr. Emilio Ravignani”, N° 15, 1997, pp. 35-70.

— “*La Tribuna Nacional, Sud-América y la legitimación del poder (1880-1890)*”, *Entrepasados. Revista de Historia*, N° 24/25, 2003, 29-66.

— “*La Tribuna Nacional y Sud-América: tensiones ideológicas en la construcción de la ‘Argentina moderna’ en la década de 1880*”, en *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, FCE, 2004, pp. 203-224.

Ahvenainen, Jorma, *The European Cable Companies in South America before de First World War*, Helsinki, Finnish Academy of Sciences and Letters, 2004.

Beltran, Oscar, *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Sopena, 1943.

Boulgourdjian, Nélica (Coord.), *El genocidio armenio en la prensa argentina*, Tomo II (1901-1915), Buenos Aires, Unión General Armenia de Beneficencia, 2005.

Cane, James, *The fourth enemy: journalism and power in the making of Peronist Argentina, 1930-1955*, Pennsylvania, Pennsylvania University Press, 2011.

Cimorra, Vicente, *Historia del periodismo*, Buenos Aires, Atlántida, 1946.

De la Parra, Yolanda, “La Primera Guerra Mundial y la prensa mexicana”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Vol. 10, 1986, pp. 155-176.

De Marco, Miguel Ángel, *Historia del periodismo argentino. Desde los orígenes hasta el Centenario de Mayo*, Buenos Aires, EDUCA, 2006.

De Sagastizábal, Leandro, *Diseñar una nación. Un estudio sobre le edición en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Norma, Colección Vitral, 2002.

Desbordes-Vela, Rhoda, “L’information internationale en Amérique du Sud: les agences et les réseaux, circa 1874-1919”, *Les Temps des médias*, N° 20, 2013, pp. 125-138.

Díaz Rangel, Eleazar, *La información internacional en América Latina*, Caracas, Monte Avila, 1991.

Duncan, Tim, “La prensa política: ‘Sud-América’, 1884-1892”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (Comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana-UTDT, 1980, pp. 761-783.

Eujanian, Alejandro, *Historia de las revistas argentinas (1900-1950)*, Buenos Aires, AAER, 1999.

Fernández, Juan Rómulo, *Civilización argentina. La obra de La Prensa en 50 años*, Buenos Aires, Talleres Gráficos L. J. Rosso, 1919.

— *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Perlado, 1943.

Ford, A., Rivera, J. y Romano, E., *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires, Legasa, 1985.

Galván Moreno, C., *El periodismo argentino*, Buenos Aires, Claridad, 1943.

Gallo, Edith Rosalía, *Prensa política: historia del radicalismo a través de sus publicaciones periódicas (1890-1990)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas Cruz del Sur, Editorial Dunken, 2006.

Garabone, Sydney, *A primeira guerra mundial e a imprensa brasileira*, Rio de Janeiro, Mauad, 2003.

Halperin Donghi, Tulio, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana-UTDT, 1985.

Goldgel, Víctor, *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Buenos Aires Siglo XXI, 2013.

Ibarguren, Carlos (hijo), *Roberto de Laferrère. Periodismo. Política. Historia*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.

Laera, Alejandra, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutierrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, FCE, 2004.

— “Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)”, en Carlos Altamirano (Dir.) y Jorge Myers (Ed.), *Historia de los intelectuales en América latina. Tomo I. La ciudad letrada. De la Conquista al Modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 495-522.

Lida, Miranda, *La rotativa de Dios: prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo 1900-1960*, Buenos Aires, Biblos, 2012.

Malosetti Costa, Laura y Gené, Marcela (Comp.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

— *Atrapados por la imagen. Arte y política en la cultura impresa argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2013.

Mangone, Carlos, “La república radical: entre *Crítica* y *El Mundo*”, en Graciela Montaldo y colaboradores, *Yrigoyen, entre Borges y Arlt (1916-1930)*, Buenos Aires, Paradiso, 2006 [1989], pp. 63-92.

Moraña, Ana, “Argentina y Estados Unidos: ¿defensa ante la amenaza o sueño de hegemonía? *Caras y Caretas*, 1898-1910”, *Hyspamérica. Revista de literatura*, Año XXXV, N° 105, diciembre de 2006, pp. 31-44.

Morris, Joe Alex, *Hora de cierre a cada minuto. Historia de la United Press*, Buenos Aires, Ediciones Gure, 1959 [original inglés 1957].

Navarro Viola, Alberto (Dir.), *Anuario Bibliográfico de la República Argentina. Año IX-1887*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1888.

Navarro Viola, Jorge (Dir.), *Anuario de la Prensa Argentina 1896*, Buenos Aires, Coni, 1897.

Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006 [1988].

Prislei, Leticia (Dir.), *Pasiones sureñas. Prensa, cultura y política en la frontera norpatagónica (1884-1946)*, Buenos Aires, Prometeo/Entrepasados, 2001.

Ernesto Quesada, “El periodismo argentino, (1877-1883)”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, Año III, Tomo IX, Imprenta y Librería de Mayo, 1883, pp. 72-101.

Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2003 [1989].

Reggini, Horacio, *Reseña histórica de los cables submarinos de comunicaciones y de las telecomunicaciones*, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Serie Monografías N° 12, 1995.

— *La obsesión del hilo. Sarmiento y las telecomunicaciones*, Buenos Aires, Academia Nacional de Educación, Buenos Aires, 2011.

Rivera, Jorge B., *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel, 1998 [1985].

Rogers, Geraldine, *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*, La Plata, Edulp, 2008.

Rojkind, Inés, “Prensa, manifestaciones y oposición política. La protesta contra la unificación de deuda en julio de 1901”, *Estudios sociales*, N° 31, Santa Fe, UNL, 2006, pp. 137-162.

— “El gobierno de la calle”. Diarios, movilizaciones y política en el Buenos Aires del novecientos”, *Secuencia*, N° 84, México, septiembre-diciembre de 2012, pp. 97-123.

Román, Claudia, “De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)”, en Julio Schwartzman (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Tomo II, Buenos Aires, Emecé, 2003, pp. 439-468.

— “La modernización de la prensa periódica. Entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en Alejandra Laera (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Tomo III, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-37.

— “De la sátira impresa a la prensa satírica. Hojas sueltas y periódicas en la configuración de un imaginario político para el Río de la Plata (1779-1834)”, *Estudios. Revistas de investigaciones literarias y culturales*, Vol. 18, N° 36, julio-diciembre de 2010, pp. 324-349

Romano, Eduardo, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos, 2004.

Sabato, Hilda, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*, Bernal, UNQUI, 2004 [1998].

Saítta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década del '20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011 [1985].

Sidicaro, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1993.

Tato, María Inés, *Viento de Fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Vásquez Lucio, Oscar, *Historia del humor gráfico y escrito en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1987.

Wasserman, Fabio, “La libertad de imprenta y sus límites: prensa y poder político en el Estado de Buenos Aires durante la década de 1850”, *Almanack Braziliense*, N° 10, 2009, pp. 130-146.

Zimmermann, Eduardo, “La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo. El caso de *La Nación* y el Partido Republicano”, *Estudios Sociales*, Año VIII, N° 15, Santa Fe, UNL, 1998, pp. 45-70.

Szir, Sandra, *Infancia y cultura visual. Los periódicos ilustrados para niños (1880-1910)*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2007.

Anexo I

Tirada de los principales diarios y revistas porteñas en 1913

Diario	Tirada
<i>La Prensa</i>	160.000
<i>La Nación</i>	110.000 (aprox.)
<i>La Razón</i>	80.000
<i>El Diario</i>	60.000
<i>El Diario Español</i>	48.000
<i>La Patria degli Italiani</i>	45.000
<i>Giornale de Italia</i>	45.000
<i>Última Hora</i>	35.000
<i>El Nacional</i>	25.000
<i>El Pueblo</i>	18.000
<i>La Tarde</i>	16.200
<i>Sarmiento</i>	14.000
<i>La Gaceta de Buenos Aires</i>	12.000
<i>El Semanario</i>	8.000
<i>Buenos Aires Herald</i>	5.000
<i>Le Courrier Suisse</i>	2.500
<i>Skandinaven</i>	1.200
Total	684.900

Revista	Tirada
<i>Caras y Caretas</i>	112.000
<i>P.B.T.</i>	105.000
<i>Fray Mocho</i>	96.000
<i>Mundo Argentino</i>	65.000
<i>Tit-Bits</i>	35.000
<i>El Hogar</i>	30.000
<i>El Magazine</i>	19.200
<i>El Semanario</i>	8.000
Total	470.200

Fuente: Lerose & Montmasson (Edit.), *Guía Periodística Argentina*, Buenos Aires, Benet editor, 1913.

Tirada de los principales diarios y revistas porteñas en 1917

Diario	Tirada
<i>La Prensa</i>	165.000
<i>La Nación</i>	135.000
<i>La Argentina</i>	70.000
<i>La Razón</i>	50.000
<i>La Patria degli Italiani</i>	40.000
<i>El Diario</i>	40.000
<i>La Vanguardia</i>	40.000
<i>La Época</i>	40.000
<i>La Unión</i>	35.000
<i>Última Hora</i>	35.000
<i>El Diario Español</i>	30.000
<i>Giornale d'Italia</i>	25.000
<i>La Mañana</i>	20.000
<i>El Nacional</i>	15.000
<i>La Gaceta de España</i>	15.000
<i>Crítica</i>	12.000
<i>La Gaceta de Buenos Aires</i>	12.000
<i>Il Roma</i>	12.000
<i>Deutsche La Plata Zeitung</i>	8.000
<i>La Grande Italia</i>	6.000
<i>The Standard</i>	5.500
<i>La Acción Francesa</i>	5.000
<i>Le Courier de la Plata</i>	5.000
<i>La Protesta</i>	5.000
<i>El Imparcial</i>	5.000
<i>Buenos Aires Herald</i>	4.500
<i>Argentinisches Tageblatt</i>	3.000
<i>Assalam</i>	1.500
<i>La Tradición</i>	1.200
<i>La Bandera Otomana</i>	1.000
Total	841.700

Revista	Tirada
<i>Mundo Argentino</i>	115.000
<i>Caras y Caretas</i>	90.000
<i>Tit Bits</i>	80.000
<i>Vida Porteña</i>	80.000
<i>El Hogar</i>	55.000
<i>P.B.T.</i>	50.000
<i>Fray Mocho</i>	50.000
<i>Mascara Dura</i>	50.000
<i>Los Sucesos</i>	20.000
<i>El Duende</i>	10.000
<i>La Nota</i>	10.000
<i>Alma latina</i>	5.000
Total	615.000

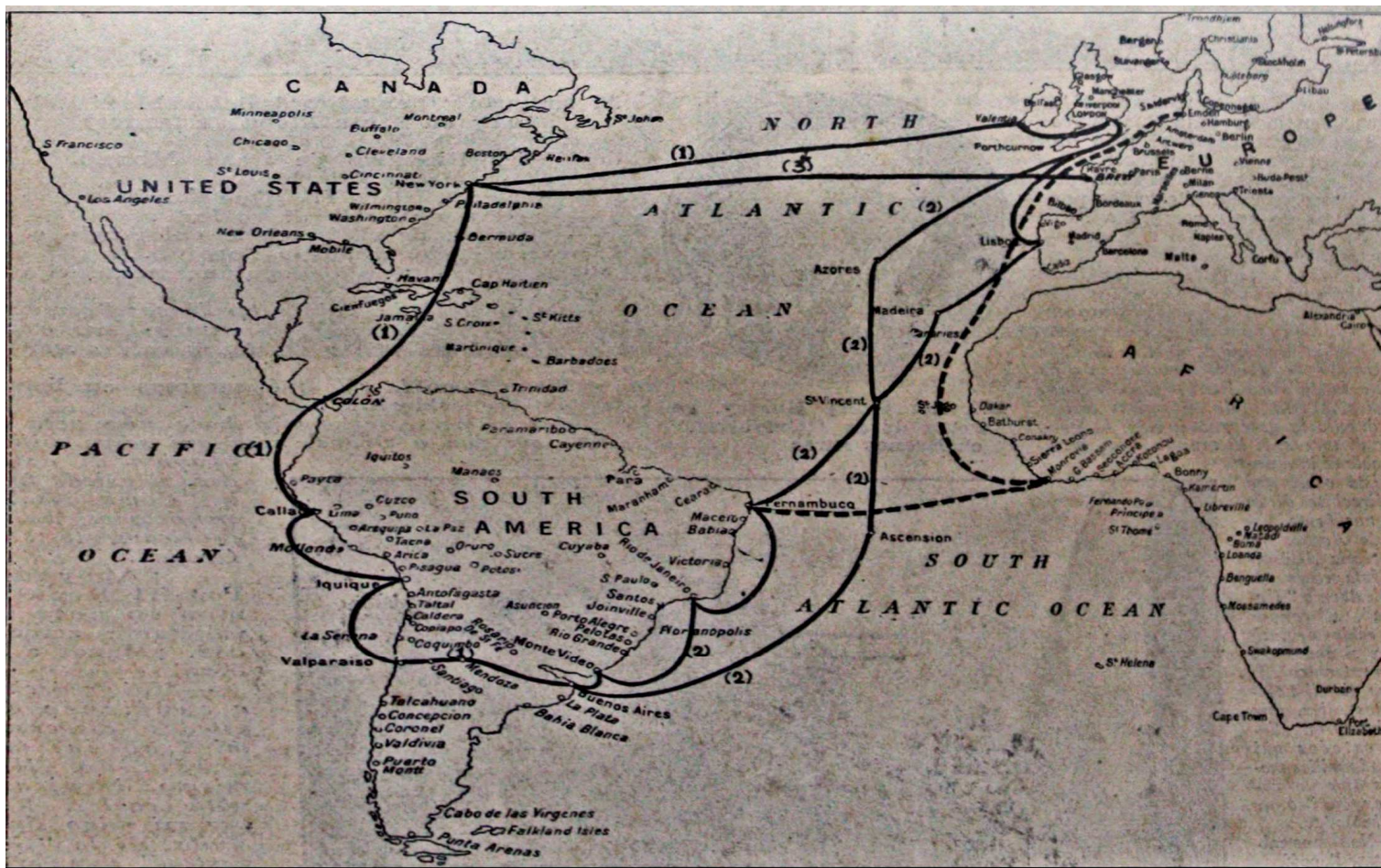
Fuente: Robert Barret, "Paper, paper products and printing machinery in Argentina, Uruguay and Paraguay", *Special Agents Series*, N° 163, Department of Commerce, Washington, 1918.

Tirada de los principales diarios y revistas porteñas en 1919

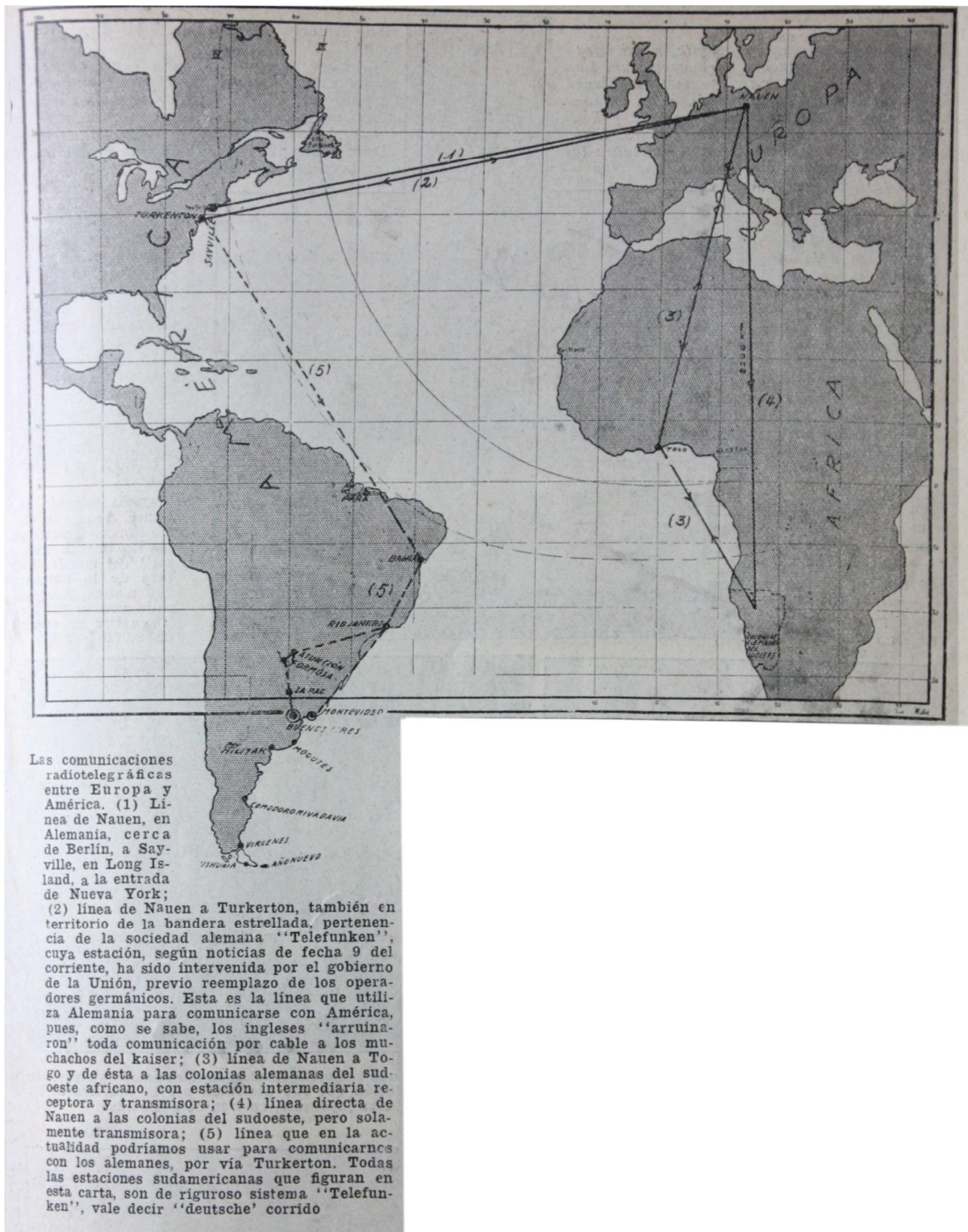
Diario	Tirada
<i>La Prensa</i>	200.000
<i>La Nación</i>	120.000
<i>La Argentina</i>	120.000
<i>La Razón</i>	120.000
<i>La Vanguardia</i>	50.000
<i>La Patria degli Italiani</i>	50.000
<i>La Época</i>	36.000
<i>El Diario</i>	30.000
<i>El Diario Español</i>	30.000
<i>El Nacional</i>	25.000
<i>La Unión</i>	25.000
<i>Última Hora</i>	25.000
<i>Libre Palabra</i>	24.000
<i>La Fronda</i>	20.000
<i>La Montaña</i>	20.000
<i>The Buenos Aires Herald</i>	20.000
<i>The Standard</i>	20.000
<i>Crítica</i>	18.000
<i>Le Courier de la Plata</i>	18.000
<i>La Mañana</i>	15.000
<i>La República</i>	15.000
<i>El Pueblo</i>	14.000
<i>Idea Nacional</i>	10.000
<i>Deutsche La Plata Zeitung</i>	5.000
Total	1.030.000

Revista	Tirada
<i>Caras y Caretas</i>	100.000
<i>Atlántida</i>	72.000
Total	172.000

Fuente: *Anuario Industrial de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Benet Editor, 1919



Anexo II. Fuente: Félix Lima, “Cómo nos comunicamos telegráficamente con Europa”, *Fray Mocho*, N° 122, 28-8-1914
 (1) Vía Galveston; (2) Vía Madeira; (3) Cable P. Q.; Línea punteada, línea alemana de Emden.



Anexo III. Fuente: Félix Lima, "Cómo nos podríamos comunicar radiotelegráficamente con Europa", *Fray Mocho*, N° 125, 18-9-1914

Anexo IV

France – Amérique

Un vent plein de sanglots sur la mer impassible
vient jusqu'ici! La France écoute, grave. Or,
ce sont les voix éplorées, la douleur terrible
des Hécubes en pleurs des Amériques d'or.

Là-bas, dans l'épouvante et l'injure et la haine,
les chasseurs de la mort ont sonné l'hallali,
et de nouveau soufflant sa venimeuse haleine
on croirait voir la bouche d'Huitzilohxtli.

Il semblerait que tous les démons du passé
viennent de s'éveiller empoisonnant la terre.
Si contre nous l'étendard sanglant s'est levé,
c'est l'étendard hideux de ce tyran: la Guerre;

Marseillaises de bronze et d'or qui vont dans l'air
sont pour nous coeurs ardent le chant de l'espérance.

En entendant du coq gaulois le clairon clair
on clamé: Liberté! Et nous traduisons: France!

Car la France sera toujours notre espérance,
la France à la Amérique donnera sa main,
France est la patrie de nos rêves! La France
est le foyer béni de tout le genre humain!

Crions: Paix! sous les feux des combattants en marche,
la paix qui prêche l'aube et chante l'angelus,

la Paix qui promulgua la colombe de l'arche
Et fut la voix de l'ange et la croix de Jésus
Crions: Fraternité! que l'oiseau symbolique
soit nonce de fraternité dans le ciel pur,
que l'aigle plane sur notre immense Amérique
et que le condor soit son frère dans l'azur,

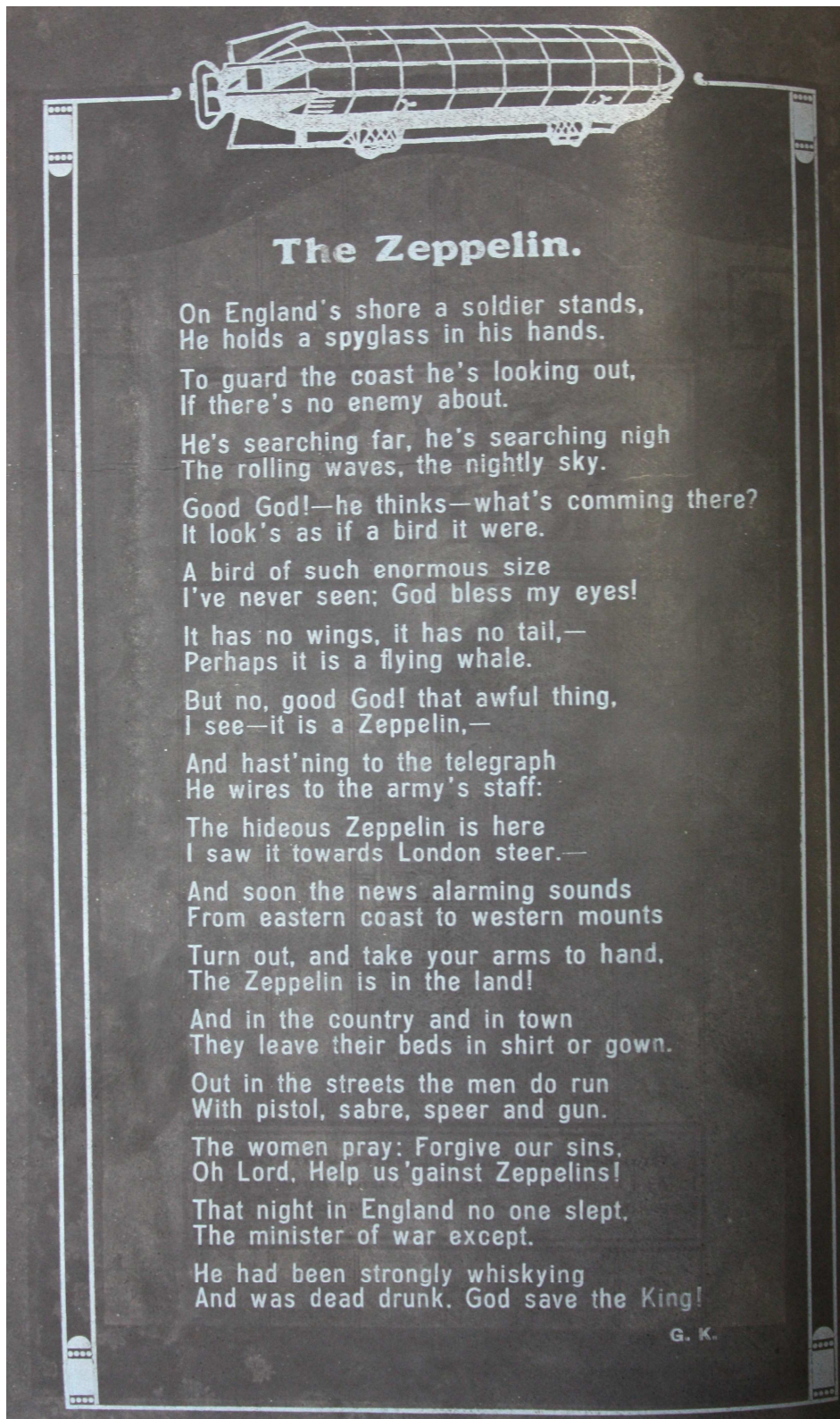
Et toi, Paris! magicienne de la Race,
reine latine, éclaire notre jour obscur,
donnez-nous le secret, que votre pas nous trace
et la force du Fluctuat nec mergitur!

Et quand nous sommes pris dans cette noire flamme,
qui fait de nos esprits, de Caïn les égaux
nous levons nos regards et nous chauffons nos âmes
au soleil de Voltaire et de Victor Hugo!

Rubén Darío

Publicado en *La Nación*, viernes 11 de septiembre de 1914

Anexo V



Poema "The Zeppelin", *Ecos Gráficos*, N° 59, noviembre de 1914

Listado de Ilustraciones

Macaneo telegráfico. — Noticias de la guerra



El aviso de guerra francés «Reclames» cruzó rápidamente por las costas argentinas, con gran velocidad; marchaba a 8 nudos y 3 lazadas por minuto. No nos dió tiempo de leer lo que decía el aviso.



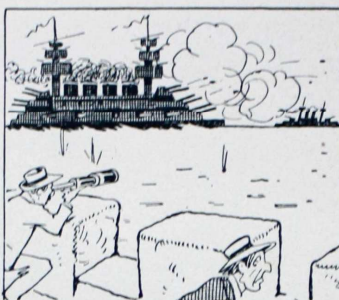
París. General alemán Grosso, que mandaba división Luxemburgo, sufrió fuerte ataque de frente, en el que sucumbió; en este hecho de armas hubo 10.000 bajas francesas y 20.000 alemanas.



Telegrama anterior, error traducción. Es así: General alemán Grosso, que andaba diversión Luxemburgo, sufrió ataque cerebral, del que sucumbió, por hacer 10.000 solitarios barajas francesas, 20.000 alemanas.



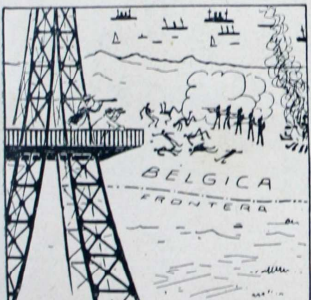
Londres. Crucero inglés apresó paquete correo alemán que conducía 6.075.000 pesos oro sellado en pasta. Según otro informe, el paquete sólo contenía otro pequeño de valores declarados con 6 pesos 75 centavos moneda paraguaya.



Roma. El combate naval frente a Otranto, no fué tanto como dicen. Un acorazado de la entente atacó a un super-dreadnought de la triple, pero éste al ver que el enemigo era más superior y triple que él, cambió rumbo y siguió viaje.



Un torpedero ruso de 60 metros de eslora y 7 de manga, fué acosado por un cazatorpedero teutón, que al primer disparo le descosió toda la manga y levantó la obra muerta, que resultó viva al reconocerla.



París. Desde torre Eiffel se ve en Bélgica escena impresionable. Los alemanes pasan por las armas a miles de prisioneros, los degüellan y queman. Algunos soldados comen cabezas de muerto.



Se desmiente noticia anterior. Los alemanes son artistas cine, impresionando película; los muertos sólo lo son de hambre, los degollados son carneros al asador. Cabezas que comen son de corderito.



Londres. Un barco carbonero fué cañoneado por un crucero inglés, incendiándole las bodegas. El capitán al ver pelgro, las llenó de agua, lo mismo que vió hacer en las de San Juan y Mendoza.



Londres. Velero contrabando harina envenenada fué atacado por destroyer inglés, destruyéndolo. Primer cañonazo, lo dejó sin juanetes, abatió vergas y trinquete, destrozó popa y tapó ojo de buey. Lo que conducía no era harina, sino arena de Montevideo.



Bruselas. Pelotón infantes alemanes se topó con un escuadrón de ingleses. A la presencia de tanto inglés, sable y recibo en mano, emprendieron precipitada fuga. Resultado del combate: ingleses, superiores; alemanes, regulares; caballos, 10.



Señor director: Nue situación en el teatro de la guerra es muy triste. Entre actos muy largos. Tenemos hambre, sed y falta de reposo. Siempre en movimiento entre columnas y con las compañías. En este momento estamos con el agua al cuello. — Corresponsal. Dib. de Redondo.

FRAY MOCHO

SEMANARIO FÉSTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

LUIS PARDO
REDACTOR

CARLOS CORREA LUNA
DIRECTOR

JOSE M. CAO
DIBUJANTE

Año III

BUENOS AIRES, 21 DE AGOSTO DE 1914

N.º 121

Un nuevo oficio



- ¿Estás empleado en la Redacción?
—Soy redactor modernista.
—¿Y qué es eso?
—Modernizo los telegramas de la guerra, publicados hace tres días, y los vuelvo a publicar.

Dib. de Cao.



— ¿Por qué ha cambiado de ese modo el mapa de Europa?
— Esa es una de las reformas que impone la civilización.

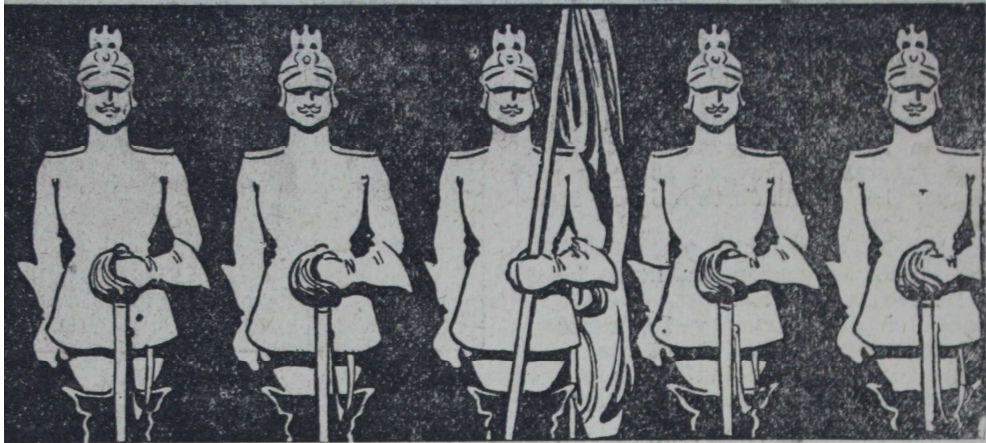


4 –“El ‘foco’ de la civilización”, *PBT*, N° 512, 19-9-1914. Dibujo de José Olivella



5 – Pedro de Rojas, “Nerón el grande y Guillermo el poroto”, *Crítica*, N° 468, 31-12-1914, p. 3.

LOS APOSTOLES DE LA "KULTUR A"



Cómo pretenden aparecer ante el mundo.



Cómo lo son en realidad.



7 – “El nuevo dragón de Capadocia”, *Crítica*, N° 414, 7-11-1914.



8 – Pedro de Rojas, “El héroe”, *Crítica*, N° 306, 4-10-1914, p. 2



9 – “La victoria germana”, *Crítica*, N° 444, 7-12-1914, p. 3.



10 – Pedro de Rojas, “Ante todo la Biblia”, *Crítica*, N° 323, 21-10-1914, p. 3

“El buen vino francés”

SORPRESA DESAGRADABLE



Los prusianos asaltan una bodega de vino en la Champagne y brindan por el triunfo hasta rodar borrachos al pie de las cubas desfondadas. Cuando la borrachera había llegado al desenfreno y los labios sólo sabían blasfemar, llega una patrulla francesa que interrumpe la digestión a los teutones, entablándose entre la luz dudosa de la bodega una lucha cuerpo a cuerpo con los soldados del káiser, que están como la mona. Estos episodios se han repetido en los primeros días de la campaña, cuando la estrategia del general Joffre les dejaba vencer para que se metieran en la “boca del lobo”, de donde los que salgan serán muy pocos.

El arte del... robo



12 – “El arte del...robo”, *Crítica*, N° 408, 1-11-1914, p. 2.



Jhon Bull—Así, quietita hasta que muerdas el polvo de la derrota definitiva y de tu satánico orgullo.

13 – “John Bull”, *Crítica*, N° 319, 17-10-1914, p. 1



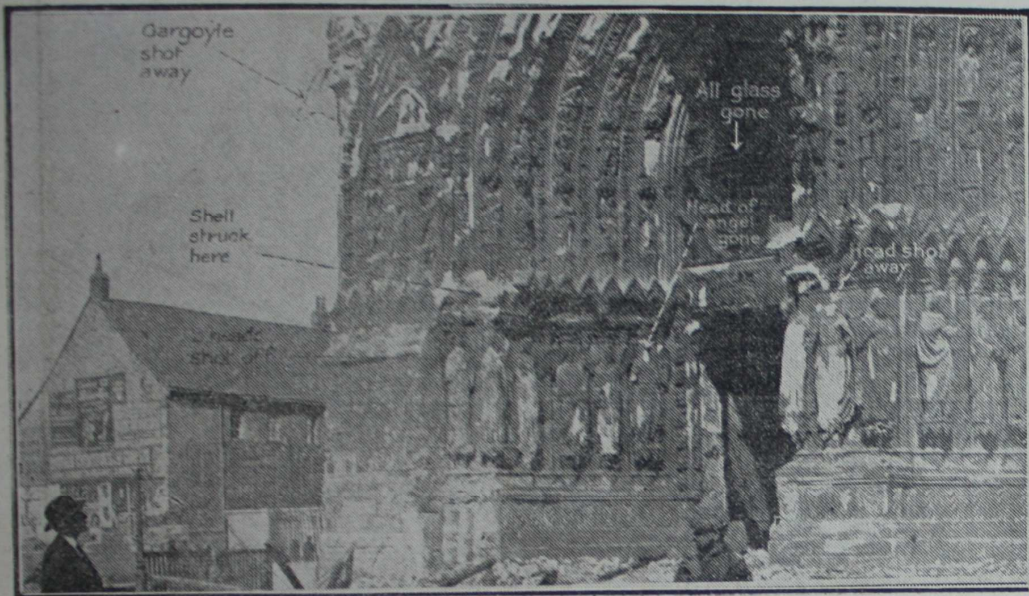
El agape en campaña. — Cuando se ha combatido rudamente y llega la noche con el consuelo de un breve descanso, el rancho comido con los camaradas de la compañía, que constituyen la familia, naciendo afectos que perduran de por vida

14 – *Crítica*, N° 311, 9-10-1914, p. 2.



15 – *Crítica*, N° 323, 21-10-1914, p. 2

LA CATEDRAL DE REIMS Y LA VERDAD DEL OBJETIVO



En las fotografías pueden apreciarse las huellas de los prusianos, que han destruido barbaramente la espiritualidad artística de pasadas generaciones.

16 – “La catedral de Reims y la verdad del objetivo”, *Crítica*, N° 412, 5-11-1914, p. 2

Director: NATALIO BOTANA

DIRECCION Y ADMINISTRACION
SARMIENTO 533

Crítica

DIARIO ILUSTRADO DE LA NOCHE, IMPERSONAL E INDEPENDIENTE

M. ROBIN Y A. TOMADA
Administradores

TELEFONO:
Redacción, 4521 (Avenida,
Administración, 4520 (Avenida)

LA BARBARIE ALEMANA documentos-gráficos para la historia

"CRITICA" PUBLICA HOY UNA COLECCION DE FOTOGRAFIAS SENSACIONALES, LLEGADAS DIRECTAMENTE A NUESTRAS MANOS DESDE LA POLONIA RUSA, Y TRAJIDAS POR UN VIAJERO MOSCOVITA, DE QUIEN LAS HA ADQUIRIDO ESTE DIARIO, DESPUES DE COMPROBAR DEBIDAMENTE SU AUTENTICIDAD. ESTAS FOTOGRAFIAS SON VERDADEROS DOCUMENTOS HISTORICOS, Y "CRITICA" ES EL PRIMER DIARIO DEL MUNDO QUE LAS PUBLICA. SE HABIA HABLADO DE MASACRES, DE MUTILACIONES, DE ASESINATOS POR LAS TROPAS GERMANAS DE NIÑOS Y MUJERES; PERO NINGUNA PUBLICACION, NI LAS NORTEAMERICANAS, QUE SE HAN ESFORZADO EN ELLO, PUDIERON CONSEGUIR HASTA LA FECHA, PLACAS TAN VERIDICAMENTE SENSACIONALES COMO ESTAS. TODAS ELLAS HAN SIDO SACADAS EN LA POLONIA RUSA, DURANTE LA MARCHA QUE SOBRE VARSOVIA INICIARON LOS EJERCITOS ALEMANOS DEL GENERAL HINDENBURG. LA POLONIA RUSA FUE TRATADA, SEGUN NOS DICE UN TESTIGO OCULAR, A SANGRE Y FUEGO POR LAS TROPAS DEL KAISER. NO SE RESPETARON SIQUIERA LAS VIDAS DE LOS NO COMBATIENTES, DE LAS MUJERES Y DE LOS NIÑOS. TODOS FUERON POR IGUAL EXTERMINADOS, MASACRADOS Y MUTILADOS. EN VISTA DE SEMEJANTES PRUEBAS, APORTADAS POR "CRITICA" A LA COMPROBACION DE HECHOS QUE HASTA AHORA SE DIERAN EL RESULTADO MORBOSO DE IMAGINACIONES ENFERMAS, NOS INTERROGAMOS: ¿NO HA LLEGADO EL CASO DE QUE LA JOVEN AMERICA, — ESTADOS UNIDOS Y EL A. B. C. — IMPONGAN A ALEMANIA UNA LINEA DE CONDUCTA MAS HUMANA? TODOS LOS PUEBLOS, COMO TODOS LOS HOMBRES TIENEN DERECHO A Oponerse A LA CONSUMACION DE CIERTAS INFAMIAS. ES EL CASO DE LA HORA PRESENTE.

EN LA REDACCION DE ESTE DIARIO ESTAN LOS ORIGINALES DE LAS FOTOGRAFIAS QUE PUBLICAMOS, A DISPOSICION DE QUIEN QUIERA COMPROBAR PERSONALMENTE EL VERISMO ESPANTOSO DE TANTA NOTA MACABRA.

RODEANDO AL COMPAÑERO MUERTO



Un soldado, que ha fallecido a golpes en la cabeza. Le rodean algunos campesinos de la Polonia Rusa, vistiendo trajes regionales característicos.

El espectáculo obsesionante de la verdad desnuda y descarnada como la muerte, es digno de la fantasía macabra de Edgar Poe; parece arrancada a una página del infierno del Dante, ilustrada por el pintor de un artista demenciado, enfermo de un delirio "medusa" de necromancia, en una especie de monstruoso sadismo del horror...

Viéanse esos rostros mutilados, matematicamente destinados a filo de sable. Parece que en ellos los soldados alemanes hubiesen querido esculpir en carne viva, uno de esos horribles fetiches de los antropólogos africanos...

Los contemplan grupos de palancos; en todos los ojos se siente el horror y el dolor; en muchos, el odio que arma la venganza.

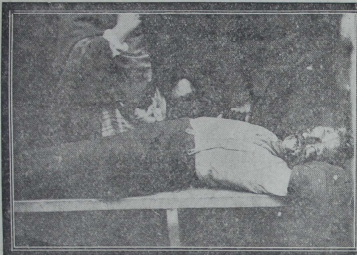
Aquí una mujer en cinta, asesinada con la vida que llevaba en sus entrañas; los bárbaros quieren castigar la vida que ta en sus simientes... Algunos hombres odio implacable de los hombres!

CONTRA LAS MUJERES



Mujer en cinta, asesinada por las tropas alemanas. En el rostro, puede verse las heridas de arma cortante que ocasionaron la muerte.

MUTILACIONES



Un rostro horriblemente mutilado.

IN ESPECTACULO MACABRO



Soldado ruso a quien se ha deshecho la cabeza a golpes, después de sacarle los ojos.

CULMINACION DE LA NOTA
las heridas de arma cortante que ocasionaron la muerte.



Un abuelo y dos nietos, que corrieron la misma trágica suerte, asesinados por la soldadesca, ebria de sangre y de odio. Esta fotografía es espantosa, pero su publicación es necesaria. Hay que decir la verdad de la guerra aunque sea una verdad ingrata que se asemeja a una pesadilla...

TRES MASACRADOS EN LA POLONIA RUSA



Tres soldados rusos masacrados por los teutones. Nadie ignora que la Polonia Rusa ha sido el punto donde los germanos llevaron más inexorablemente la guerra.

CRANEOS TRITURADOS POR LA CULATA DE LOS FUSILES ALEMANES



Campesino polaco, de las cercanías de Varsovia, con el cráneo hundido por los golpes de fusil de las tropas alemanas. Se trata de un caso horrible de encefalamiento.

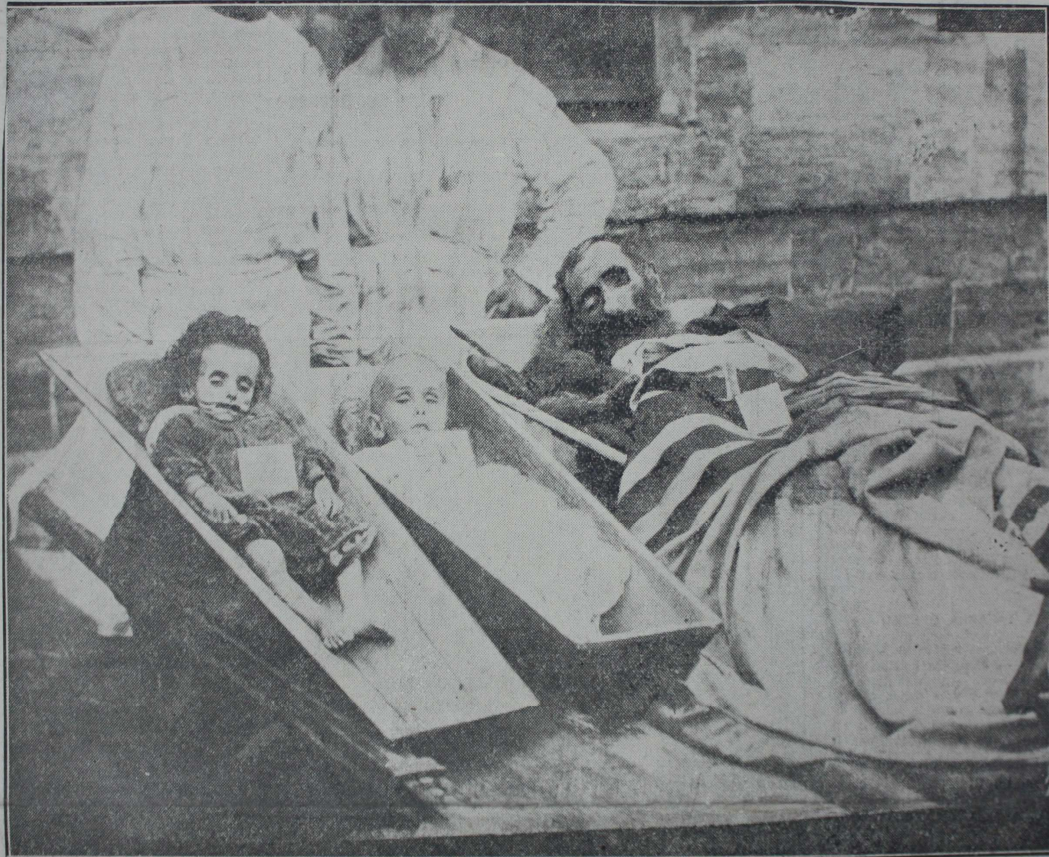
CONTRA LOS NO COMBATIENTES



Un no combatiente, ejecutado por los invasores. Roban el cadáver un grupo de palancos.

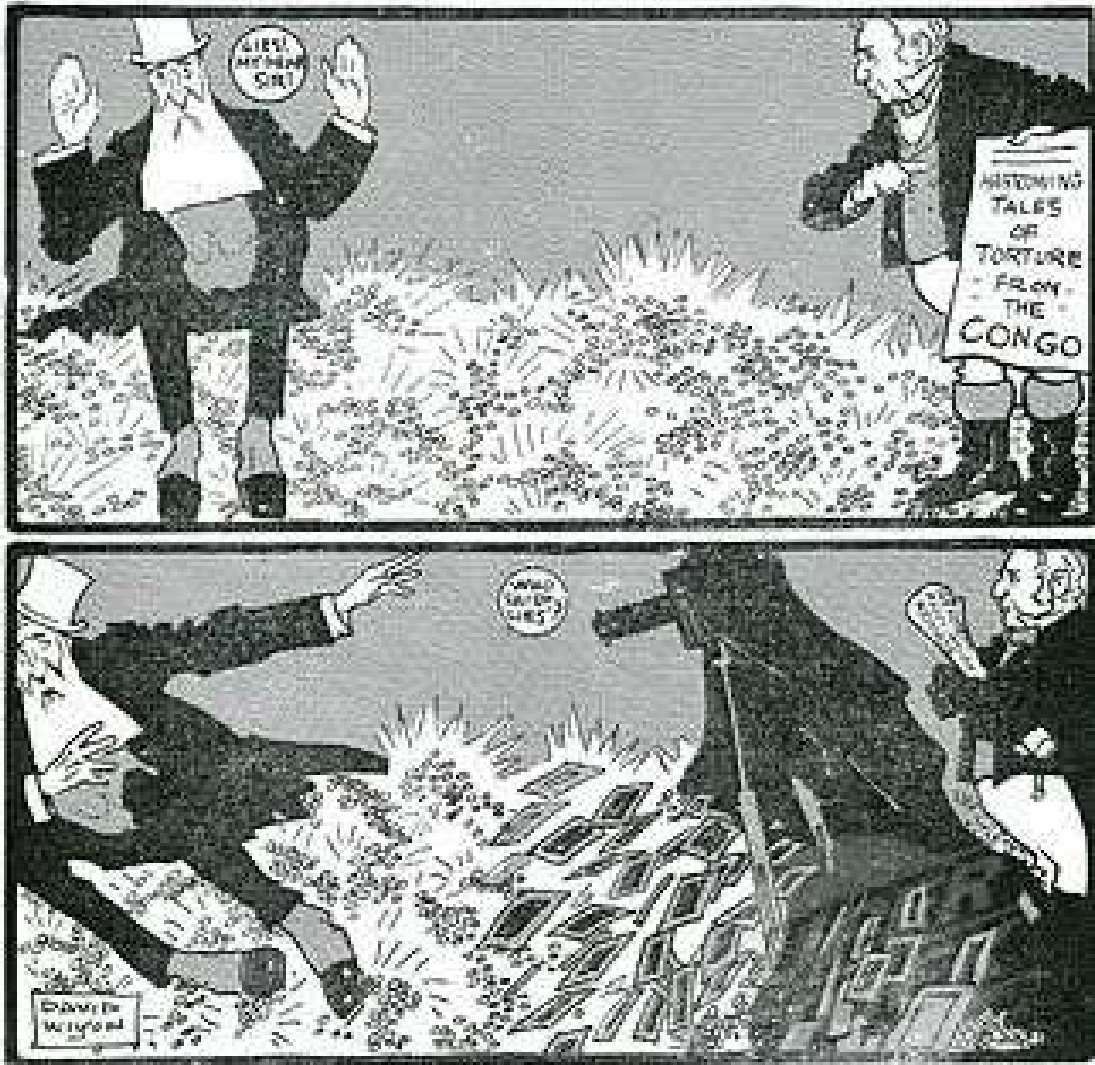
LA BARBARIE ALEMANA

documentos-gráficos para la historia



Hoy publicamos, ampliada para que se puedan apreciar ciertos detalles, una de las fotografías sensacionales aparecidas en nuestra edición de anteayer. Se trata, como se ve, de un infeliz anciano que en compañía de sus dos nietos fué víctima de la saña salvaje de la soldadesca alemana. Esta, con aquella de la mujer en cinta, son las dos fotografías que mayor indignación han causado en nuestro público.

Esta, como tantas otras que expresan de una manera categórica el salvajismo teutón, están en la redacción de CRITICA, a disposición del público.



EFFECT OF THE KODAK.

(Reproduced by kind permission of the Estate of the Artist.)

19 – “Effect of the Kodak”, *New York World Sunday Magazine*, 26-11-1905. Publicado originalmente en *London Daily Chronicle*

FRAY MOCHO

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTISTICO Y DE ACTUALIDADES

LUIS PARDO
REDACTOR

CARLOS CORREA LUNA
DIRECTOR

JOSE M. CAO
DIBUJANTE

Año III

BUENOS AIRES, 2 DE OCTUBRE DE 1914

N.º 127

Coloquio femenino



— La vida con mi marido es imposible. No sé cómo separarme de él.
— Trata de que le nombren cónsul en Bélgica.

Dib. de Friedrich.

¡MEJOR SE ESTA EN LAS TRINCHERAS!



—“En las trincheras subterráneas hay cuartos de baño y todo el confort moderno”.
—¡Che, qué diferencia con las espléndidas piezas de 30 pesos, de aquí!

24- “¡Mejor se está en las trincheras!, MA, N° 214, 10-2-1915. Dibujo de Pelayo

FRAY MOCHO

Año IV

BUENOS AIRES, 14 DE MAYO DE 1915

N.º 159

EN LAS TRINCHERAS



—Kamarada, etídeme estos pollos que tengo desde que tomamos la trinchera que acaban ustedes de tomar, y que tomaremos nosotros dentro de quince días.

— Pero dentro de otros quince días la tomaremos nosotros.

— ¡Ahí está la cosa! ¿Quién se va a comer los pollos?

25- En las trincheras”, *FM*, N.º 159, 14-5-1915. Dibujo de José María Cao



26- José Olivella, "Preparando dulce", *PBT*, N° 548, 29-5-1915



27- "Este solo nos faltaba", *CRI*, N° 450, 13-12-1914, p. 3



28 - "Jugando con el polichinela", *CRI*, N° 428, 21-11-1914, p. 3.

FRAY MOCHO

Año III

BUENOS AIRES, 7 DE AGOSTO DE 1914

N.º 119

LA VIEJA EUROPA Y LA JOVEN AMÉRICA



—Nos criticaban mucho por nuestra conducta irreflexiva. ¿Será este el ejemplo que debíamos imitar?

29- “La vieja Europa y la joven América”, *FM*, N.º 119, 7-8-1914. Dibujo de José María Cao



LA RÉPLICA DE LOS NEUTRALES
—Cuidado, Guillermo, que te estás pasando.

30- "La réplica de los neutrales", CyC, N° 856, 27-2-1915. Dibujo de Juan Carlos Alonso

JULIO
11
1914.

CARAS Y CARETAS

AÑO XVII.
NUM.
823.

CONTEMPLANDO EL DESASTRE



— ¡Me parece que he llegado tarde!

31- "Contemplando el desastre", CyC, N° 823, 11-7-1914. Dibujo de Manuel Mayol

PRINCIPIO DE COMIDA



El Tío Sam. — La rama de olivo de la paz me dió ya estas aceitunas.

32- "Principio de comida", *PBT*, N° 530, 23-1-1915. Dibujo de José Olivella



33- "Esfuerzo inútil", CyC, N° 866, 8-5-1915. Dibujo de Manuel Mayol

P B T

FUNDADOR:
EUSTAQUIO PELLICER

SEMENARIO ILUSTRADO

(PARA NIÑOS DE 8 A 80 AÑOS)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PIEDRAS 160

Año XII

Buenos Aires, 20 de Marzo de 1915

N.º 538

AMIGOS DE LA PAZ



Wilson.— Descan todos tanto la paz, que no se contentan con una rama de olivo. Quieren el olivar entero.

Caras y Caretas



1013
V



“TRISTE ACTITUD DEL OSO CAROLINA”

Guillermo. — Tu admirable trabajo merece una recompensa. No hay duda, que con el oso haces lo que quieres. ¿Se rebelará si me lo entregas?
Trotsky. — Puedes tomarlo sin temor: ahora es un animal inofensivo.

35- “Triste actitud del Oso Carolina”, CyC, N° 1013, 2-3-1918. Dibujo de E. Álvarez



36- Pedro de Rojas, "Lincoln y Wilson", *IN*, N° 91, 5-4-1917, p. 1



ALMIRANTE
 WILLIAM B. CAPERTON

37- "Welcome!", ED, N° 10992, 24-7-1917



38- Portada de *Plus Ultra*, N° 16, agosto de 1917



CONFRATERNIZANDO

GOUACHE DE ALONSO.

39- Juan Carlos Alonso, "Confraternizando", *Plus Ultra*, N° 16, agosto de 1917



40- Pedro de Rojas, Sin título, *FM*, N° 376, 8-7-1919